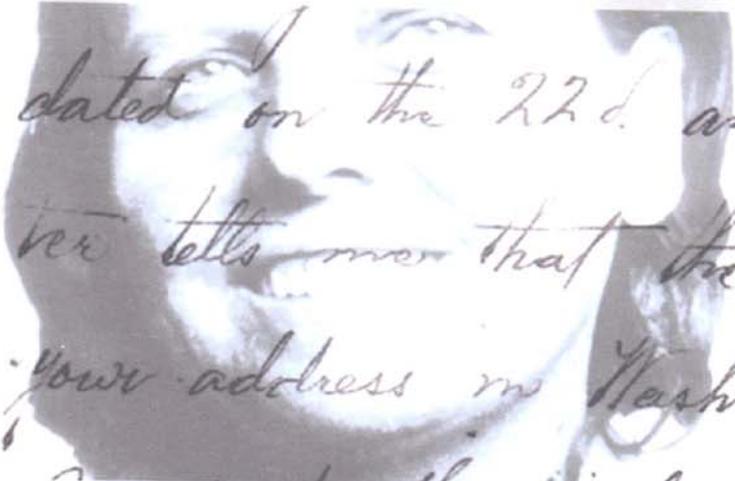


Dec 3th
I am horrified
to find this letter
still here. Ma
Ma is quite
ill and I
have lost count
of everything save "La No
the medicine"
My dear Mary
Your letter has just
though I am very busy



Zenobia Camprubí y la Edad de Plata de la cultura española

Emilia Cortés Ibáñez (Coord.)



un
Universidad
Internacional
de Andalucía

A

dated on the 22^d. and my letter regis-
ter tells me that the letter I sent to
your address in Washington left here
Nov 21st. You will probably get this
before you get the other but won't
it extraordinary that after all this time





Zenobia Camprubí y la Edad de Plata de la cultura española

Me parece volver a verla, acercándose con su caminar airoso, no por los pasillos de la Universidad de Maryland, donde la conocí, sino por los de la Universidad Internacional de La Rábida.

Entraría al salón, saludaría, sonriente, a los alumnos; se dirigiría al escritorio y, al enterarse que la clase era sobre ella, se desvanecería, airosa, de regreso al lugar de los gloriosos.

Graciela Palau de Nemes

Julio de 2010

EDITA: UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA
Monasterio de Santa María de las Cuevas
Calle Américo Vespucio, 2
Isla de la Cartuja. 41092 Sevilla
www.unia.es

COORDINACIÓN DE LA EDICIÓN:
Emilia Cortés Ibáñez y Universidad Internacional de Andalucía

COPYRIGHT DE LA PRESENTE EDICIÓN:
Universidad Internacional de Andalucía

COPYRIGHT:
Los autores

FECHA:
2014

EDICIÓN ELECTRÓNICA

ISBN:
978-84-7993-207-7

MAQUETACIÓN Y DISEÑO:
Olga Serrano García

Índice

Presentación	7
La Edad de Plata española Emilia Cortés Ibáñez	11
Zenobia Camprubí, una vida entre España y América Emilia Cortés Ibáñez	43
Zenobia, española de tres mundos Graciela Palau de Nemes	69
La mujer y el amor en J.R. antes de Zenobia Antonio Martín Infante	85
De cómo la aparición de Zenobia cambió la poesía y la vida de Juan Ramón José Antonio Expósito Hernández	145
<i>Estío</i> o el diario de un poeta recién enamorado: Zenobia y Juan Ramón Jiménez José Antonio Expósito Hernández	159
Zenobia, la elegida M^a Jesús Domínguez Sío	169
Zenobia Camprubí y la JAE Emilia Cortés Ibáñez	209
Zenobia, traductora Soledad González Ródenas	239
El Epistolario, espejo de la intrahistoria Emilia Cortés Ibáñez	265

Circunstancias del exilio español	
José Ramón Saiz Viadero	291
Zenobia Camprubí y las republicanas en el exilio	
José Ramón Saiz Viadero	307
Zenobia en Cuba	
Antonio Ramírez Almanza	329
La presencia de Zenobia en los fondos de la Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez	
Rocío Bejarano Álvarez	361
Tras las huellas de Zenobia en la prosa de Juan Ramón. Su presencia en varios proyectos inéditos	
M ^a Ángeles Sanz Manzano	369
Zenobia y el Nobel	
Graciela Palau de Nemes	423
Anexo de imágenes	441

Presentación

El 19 de enero de 1909 Raimundo Camprubí -padre de Zenobia-, ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, fue destinado a la Jefatura de Huelva. Llegó solo y se instaló en la casilla de La Rábida. Después, en el mes de mayo y desde Nueva York, se le unirían su esposa, Isabel Aymar, y Zenobia, acompañadas por la prima de ésta, Hannah Crooke.

Es sabido que el matrimonio Camprubí-Aymar era una pareja distanciada que había vivido separada físicamente durante los últimos cinco años y La Rábida fue su punto de encuentro, muy a pesar de Zenobia que no deseaba regresar a España. El tiempo que pasó aquí no fue un tiempo anodino para ella, lo dedicó a conocer Andalucía y a volcarse en su sociedad; un claro ejemplo es la escuela que organizó en La Rábida y cuyo recuerdo permanece. La familia vivió aquí hasta el 11 de mayo de 1910 en que el ingeniero fue destinado a Madrid como vocal del Consejo de Obras Públicas, su último destino, donde se jubilaría el 14 de marzo de 1913.

El centenario de la estancia de Zenobia en La Rábida es el motivo por el que la Universidad Internacional de Andalucía incluye el Curso **Zenobia Camprubí y la Edad de Plata de la Cultura Española** dentro de la amplia oferta de Cursos de Verano que viene presentando de manera habitual, y que en este caso cuenta con la colaboración de la Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez. Mi agradecimiento a la UNIA por acogernos en su sede y a la Fundación por el apoyo y ayuda que en todo momento me ha brindado.

El curso, desarrollado del 19 al 23 de julio de 2010 en la sede de La Rábida, tiene como objetivo primordial darnos a conocer la auténtica dimensión de la figura de Zenobia, las diferentes facetas que conforman su personalidad, independiente del poeta. Estamos acostumbrados a analizarla siempre al lado de Juan Ramón, como su comparsa y, no es así, Zenobia tiene su peso específico, un peso riquísimo que debemos presentar de manera documentada ya que, ante la enorme fuerza que genera la figura del poeta, es ésta la única forma de convencer sobre la riqueza de la personalidad de ella.

La vida de Juan Ramón estuvo dedicada a la creación, la de Zenobia a un sinfín de variadas actividades; algunas de ellas creativas, la

mayoría, de entrega social. Así era su compromiso. A través de las páginas de este libro vamos a descubrir a una Zenobia incansable, entregada, a veces feliz; en ocasiones, triste.

Pero no debemos equivocarnos, de todos los trabajos que realizó el máspreciado para ella fue su ayuda y apoyo constante a su marido. Dejemos la tan manida opinión de que fue su enfermera, su secretaria..., ¿qué mujer no lo es del hombre al que ama?, hay sobradas pruebas de ello. Zenobia permaneció al lado del poeta porque así lo eligió, cuando se unió a él lo hizo con pleno convencimiento; no le habría resultado difícil separarse de él, tenía antecedentes en sus padres, pero ello nunca estuvo en su pensamiento. En esta pareja hay un componente que pesó mucho en Zenobia: la vía intelectual, algo que nunca encontró en la relación con su pretendiente Henry Lee Shattuck. Desde que conoció al poeta, Zenobia vivió de manera directa, en primera persona el mundo intelectual que siempre le había atraído -no olvidemos sus artículos juveniles- y que la llevó a traducir a Tagore.

Zenobia es hija de una época brillante de la cultura española, estuvo en primera fila de la misma, y se nos revela como un claro exponente de la nueva mujer española.

Emilia Cortés Ibáñez

julio de 2010



1. La Edad de Plata española

Emilia Cortés Ibáñez

1. INTRODUCCIÓN

Después del desastre de 1898 se inició en España una etapa de luz y de riqueza en el mundo de la cultura, en contraste con la etapa que acababa y con la que le sucedería. Esta etapa de la cultura española, brillante y vanguardista es llamada la Edad de Plata de las Ciencias y Letras Españolas. El término Edad de Plata fue acuñado por José Carlos Mainer¹ y, aunque los límites no están bien precisados, abarca de 1902 a 1936, año en que comienza la guerra civil.

Este florecimiento de nuestra cultura en la primera parte del siglo XX arrancó del movimiento intelectual denominado krausismo que se dio en España en la segunda mitad del siglo XIX, movimiento que se derivó de las ideas del filósofo alemán Karl Krause (1781-1832), para quien el mundo, cuyo fundamento es Dios, estaba compuesto de Naturaleza y Espíritu. Para Krause la igualdad de los hombres ante Dios es absoluta -por supuesto igualdad entre hombre y mujer- y señala ciencia y razón como piezas imprescindibles en las relaciones entre ellos.²

El krausismo³ entró en España gracias a Julián Sanz del Río (Soria, 1814 - Madrid, 1869); no fue una escuela filosófica sino más bien un movimiento intelectual, en torno al cual se agrupó la izquierda burguesa y liberal, que tuvo injerencia directa en la cultura española. Fue un estilo de vida que sustituyó los supuestos tradicionales de la religiosidad española por una moral austera, una religión semisecularizada y el cultivo de la ciencia. Puntos clave en el seno del krausismo son: la ética, el derecho, la sociología y la pedagogía.

El krausismo estuvo vigente de 1850 a 1880 y sus años álgidos fueron 1860-1870.

¹ MAINER, 1987.

² KRAUSE, 1897.

³ Sobre el krausismo véase: CACHO VIU, 1962; DÍAZ, 1973; JIMÉNEZ-LANDI, 1973; GIL CREMADES, 1975; LÓPEZ MORILLAS, 1980.

A esta situación se unió la depuración en la Universidad española en 1864 y 1874; los cátedros Castelar, Nicolás Salmerón, Fernando de Castro, Julián Sanz del Río y Francisco Giner de los Ríos fueron desterrados por no firmar un manifiesto que consideraban iba contra la libertad de enseñanza⁴. Otros muchos renunciaron a sus cátedras. Ante esta situación surgió la idea de crear una institución en la que el profesorado pudiera ejercer su trabajo sin que interfiriese la política. En ese momento la enseñanza estatal, por la Constitución de 1876, era una enseñanza oficialmente católica y conservadora.

2. LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

En este mismo año de 1876, Giner de los Ríos, Azcárate y Salmerón tuvieron la iniciativa de fundar un centro de enseñanza, alejado de los principios de toda comunión religiosa y de todo partido político, que defendiese la libertad de la ciencia y la libertad de cátedra. Este centro fue la Institución Libre de Enseñanza⁵ (ILE) que nació como Universidad privada pero, ante la falta de medios económicos, en 1878 quedó convertida en escuela para niños y jóvenes de cuatro a diecisiete años. Ocupó distintos lugares: Calle Esparteros, 9, Infantas, 42 y Paseo del Obelisco, 8 -hoy, Martínez Campos, 14-, adonde se trasladó el 1 de septiembre de 1884.

Cuando apareció la ILE, la instrucción pública en España se caracterizaba por contenidos pobres, métodos rutinarios, incapacidad de gran parte de los maestros, falta de vocación e ineficacia de la Administración. Frente a esta situación, la ILE ofrecía un nuevo modo de hacer: estudio profundo de la Pedagogía renovadora de la Europa del s. XIX, y conocimiento de las nuevas tendencias, nuevas experiencias y actividades educativas. Trazó las líneas ideológicas sobre educación que estarían vigentes en el primer tercio del siglo XX.

⁴ Giner de los Ríos a Cádiz, Azcárate a Badajoz, Salmerón a Lugo, González Linares y Calderón a La Coruña.

⁵ ONTANÓN, 1988, pp. 201-238.

Entre las novedades que aportó este nuevo tipo de enseñanza están:

- Concepción de la escuela como un todo continuo desde la infancia al ingreso en la Universidad.
- Estudio cíclico de una serie de materias básicas.
- Contacto directo con la naturaleza, arte y vida urbano-industrial, por medio de excursiones, paseos, visitas.
- Y, además, se planteó la unión de los dos sexos en la educación por considerarse conveniente el influjo mutuo y por lo necesario de borrar el abismo existente entre la cultura del hombre y la de la mujer.

El principio capital de la ILE fue: educar antes que instruir⁶; para conseguirlo se basó en el respeto, la tolerancia y la confianza en el contexto de la escuela, entre alumnos, profesores y familias. Les preocupaba formar a la persona, después al profesional.

El método de aprendizaje fue activo, con participación de los alumnos, despertando su curiosidad e interés, fomentando la capacidad de deducción y relación, estimulando la sensibilidad estética y la habilidad manual. Para conseguir todo esto se introdujeron nuevas materias: música, arte, trabajos manuales y se enseñó “a ver” -un accidente geográfico, un fenómeno natural, una obra de arte, etc.-; sin olvidar el deporte y las excursiones de todo tipo -a fábricas, museos, pueblos, campo, etc.-, minuciosamente preparadas y tomando notas. La falta de instalaciones deportivas fue subsanada por estas excursiones y salidas al campo. Desaparecieron los libros de texto, sólo había libros de consulta y lectura; desapareció la enseñanza memorística, sólo mantenida para canciones, juegos y recitado; y cobró importancia el cuaderno

⁶ Este principio no sólo lo preconizaba España, Rabindranath Tagore, poeta indio, Premio Nobel 1913, también lo recogía en 1892 en “Las vicisitudes de la educación”: “La mejor educación no es la que nos informe sobre las cosas, sino la que nos armonice con todo lo que existe en el mundo. Las escuelas actuales ignoran por sistema esa educación de entendimiento y simpatía, y mismo contra ella se levantan por la fuerza. Desde los primeros años, nuestros hábitos se forman, y la enseñanza que nos transmiten nos separa de la naturaleza. Como resultado, se crea una oposición entre nuestro espíritu y el mundo. La más importante tarea de la educación continúa abandonada: se frustra a la infancia apartando de ella la vida y dándole en substitución elementos áridos de información” (Tagore, 1961, pp. 39-48).

del alumno: cuaderno de excursión, cuaderno de trabajo, de botánica, de música, etc.⁷

Se evitó el espíritu competitivo, los premios y castigos, los exámenes y notas. En la ILE no se daba titulación alguna y quien la quería conseguir debía examinarse como libre en los Institutos oficiales.

Al entrar Silvela al gobierno (1899-1900) comenzó por crear un Ministerio propio y por reglamentar la “libertad de cátedra”, además de las disposiciones relativas a los libros de texto -que en este momento estaban más orientadas a ser fuente de ingresos para el autor que guía de conocimientos-, a los programas de curso, a los planes de estudio, al ingreso en la Universidad, al doctorado -que era un simple formalismo, alejado completamente del sentido investigador que tenía en el resto de Europa- y a la formación inicial y permanente del profesorado -con pensiones en el extranjero-.

La labor de la ILE fue decisiva en el panorama educativo y cultural de España en el primer tercio del siglo XX. La Institución tuvo mucho interés en elevar la figura de los maestros y dignificarla, formarlos y potenciarlos al máximo. Para Giner la figura del maestro era de importancia capital. En mayo de 1882 creó el Museo Pedagógico Nacional, dirigido por Manuel Bartolomé Cossío (Haro, 1857-Madrid, 1935), que fue un centro de investigación educativa y renovación pedagógica, además de lugar de formación y asistencia técnica. La ILE fue disuelta por el BOE de 28 de mayo de 1940. En 1978 volvió a la actividad la Fundación Giner de los Ríos y en 1985 se produjo la devolución del emblemático local de la ILE de la calle Martínez Campos de Madrid.

⁷ Véase CORTÉS IBÁÑEZ, 1999, pp. 495-506. <http://sumaris.cbuc.es/cgis/sumari.cgi>

3. EL SISTEMA EDUCATIVO EN ESPAÑA HASTA LA GUERRA CIVIL

3.1. Panorama general

En 1900, el panorama educativo español era desolador⁸ en los tres niveles: primaria, secundaria y universidad, enseñanza ésta última completamente obsoleta -Pío Baroja, *El árbol de la ciencia*, "Primera parte. La vida de un estudiante en Madrid"- . En general el ambiente de la cultura y la enseñanza era de crisis, provocada por el desastre del 98 y el reconocimiento público de que éramos un país sin horizonte.

Así las cosas, en 1907 se dictaron disposiciones muy importantes:

- El 10 de enero: *Junta para el fomento de la educación nacional*, que más adelante se convirtió en *Junta Central de Primera Enseñanza*.
- El 11 de enero: el *Grado normal* (elevaba la titulación para ser inspector); de aquí surgió la idea de la *Escuela Superior de Magisterio* (1909-1932).
- Y la *Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*.

3.2. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas⁹

Fue un organismo autónomo dependiente del Ministerio de Instrucción Pública; la ILE y Giner de los Ríos personalmente inspiraron su diseño y eligieron a quienes iban a ponerla en marcha, no fue en absoluto una iniciativa política. Se fundó por Real Decreto de 11 de enero de 1907, su presidente fue Ramón y Cajal y su secretario José Castillejo (Ciudad Real, 1877- Londres, 1945), verdadera alma de la JAE. La Junta estaba constituida por veintidós vocales que pertenecían a la enseñanza pública secundaria y superior y eran la mejor representación profesoral que tenía España en ese momento: Ramón y Cajal, Menéndez Pelayo, Menéndez

⁸ MORENO GONZÁLEZ, 1988.

⁹ CACHO VIU, 1988. Decisivo es el trabajo de SÁNCHEZ RON, 2007.

Pidal, José Echegaray, Joaquín Sorolla, Joaquín Costa, Gumersindo Azcárate, Luis Simarro, etc. Su sede estaba en el Palacio de Hielo y del Automóvil, en la calle Duque de Medinaceli, 4.

La Junta creía que la formación del personal era importantísima y por ello daba más importancia a la capacidad, seriedad y preparación del solicitante que al almacenaje de conocimientos. La labor de Castillejo como orientador y seguidor del trabajo y avances de los pensionados en el exterior fue de capital importancia.

Los objetivos de la JAE eran precisos:

- promocionar la investigación científica en todas las áreas del conocimiento y
- fomentar la renovación pedagógica.

Sus responsabilidades eran:

- Servicio de ampliación de estudios dentro y fuera de España
- Delegaciones en congresos científicos.
- Servicio de información extranjera y relaciones internacionales en materia de enseñanza.
- Fomento de los trabajos de investigación científica.
- Protección de las instituciones educativas en la enseñanza secundaria y superior.

La JAE suscitó antipatías en la enseñanza privada, sobre todo religiosa, y hubo constantes protestas contra los presupuestos que el Ministerio de Instrucción Pública le asignaba. Pero lo que más molestó fue la facultad que tenía de expedir *certificados de suficiencia* a los pensionados y a quienes acreditaran, y se admitiera como satisfactorio, haber realizado estudios en el extranjero, certificados que daban prioridad para el acceso a plaza de profesor numerario en Universidades, Institutos y Escuelas especiales dependientes del Ministerio de Instrucción Pública.

La JAE fomentó trabajos científicos y promovió centros educativos: Centro de Estudios Históricos, 1910; Residencia de Estudiantes, 1910; Grupo de niños, 1914; Residencia de Señoritas, 1915; Grupo de niñas, 1917; e Instituto-Escuela, 1918, sin olvidar el Grupo Escolar Cervantes y los Institutos-Escuela de Barcelona, Valencia, Sevilla y Málaga que siguieron las iniciativas educativas de la JAE. La JAE también estableció importantes relaciones con instituciones estadounidenses e hispanoamericanas.

3.2.1. Pensiones

En estos años las pensiones en el extranjero estaban implantadas en muchos países. La JAE pensaba que “el pueblo que se aísla se estaciona y descompone”, por lo que puso gran interés en la formación en el exterior y la fomentó con pensiones o becas. Los países más solicitados para esa ampliación de estudios eran: Francia, Alemania, Bélgica, Suiza, Italia, Gran Bretaña y EE.UU.; las materias para las que se otorgaron fueron: pedagogía, medicina, arte, derecho, química, historia, Ciencias Naturales, lengua y literatura, etc¹⁰. La primera pensión otorgada fue en 1908 a Luis de Zulueta para estudiar Filosofía y Educación, aunque finalmente no pudo hacer uso de la misma.

La JAE era consciente de que, al regreso a España de los pensionados, se debía “contar con ellos para formar y nutrir pequeños centros de actividad investigadora y de trabajo intenso”, es decir, crear laboratorios y centros de investigación propios¹¹. No faltó el problema económico y los primeros años fueron extremadamente duros pero poco a poco la situación mejoró, la dotación económica se fue incrementando y sus presupuestos fueron superiores a los que recibían las universidades. Esta situación de privilegio en cuanto a los presupuestos, unida a la conexión con la ILE, fue el motivo de las fuertes críticas que sufrió la JAE a lo largo de su historia.

3.2.2. Devenir de la JAE

El periodo 1910-1913 fue una etapa de consolidación y expansión para la JAE, en ella se crearon los principales centros de investigación, vertebrados en torno al Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales y al Centro de Estudios Históricos.

Durante la I Guerra Mundial -1914-1918- se frenaron las pensiones en Europa y se aproximaron más a los EE.UU. El golpe militar de

¹⁰ Es interesante el trabajo de CORTÉS IBÁÑEZ, [en prensa]. En él se analiza de manera detallada la correspondencia para la concesión de las pensiones en el extranjero.

¹¹ SÁNCHEZ RON, op.cit., 2007, pág. 76.

Primo de Rivera -septiembre 1923- no fue positivo para la JAE ya que una Real Orden anuló todas las pensiones concedidas, aunque finalmente fueron restituidas. No ocurrió lo mismo con la II República -abril 1931- que fue positiva, ya que muchos de los responsables -Fernando de los Ríos, Julián Besteiro, Manuel Azaña, Luis de Zulueta, etc.- habían sido pensionados o estaban próximos a la ILE y/o a la JAE y la favorecieron; así, en 1932, el número de pensiones concedidas se incrementó en un 30%.

En agosto de 1936 los edificios de la JAE fueron incautados y su personal depurado. José Castillejo, el secretario, se vio obligado a entregar llaves y documentos; abandonó España en 1937, se instaló en Londres y murió en 1945. Los grandes responsables de la JAE -Blas Cabrera, Menéndez Pidal- salieron de España, y en diciembre de 1936 se nombró una Comisión Delegada Provisional en Valencia. Mantener viva la JAE no fue fácil, la mayoría de sus centros sufrieron los estragos de la guerra.

El credo laico de la ILE y de la JAE siempre estuvo en conflicto con la ideología católica imperante, así, por Real Decreto de 19 de mayo de 1938 (BOE, 20-5-38) se da a conocer la disolución de la Junta. Su sucesor será el CSIC, creado por Ley de 24 de noviembre de 1939.

3.3. El Centro de Estudios Históricos

Desde el principio, desde 1907, la JAE tuvo la idea de crear el Centro de Estudios Históricos¹² pero no se llevaría a cabo hasta 1910 (Real Decreto de 18 de marzo de 1910). Con el nombre genérico, global de “estudios históricos” se hacía referencia a las ciencias humanas en general. Estaba presidido por Ramón Menéndez Pidal y su secretario era Tomás Navarro Tomás.

Nació para ser una institución investigadora y acogió a los pensionados por la JAE, así como a otros licenciados. En palabras de Navarro Tomás:

¹² ABAD, 1988.

*Con la creación del Centro de Estudios Históricos se trató de ofrecer un lugar en que, alrededor de cada maestro capaz de formar escuela, pudiera reunirse un grupo de discípulos que recogieran y continuaran su doctrina.*¹³

Tal y como indica la *Memoria de la JAE* de 1910-11, el Centro fue creado para responder al “interés creciente que inspiran en todas partes nuestra lengua, arte, historia y literatura”. Estaba encargado: de preparar la publicación de ediciones críticas de documentos inéditos, glosarios, monografías, obras filosóficas, etc.; de organizar misiones científicas para el estudio de monumentos, documentos, dialectos, folklore, etc.; de iniciar en la investigación a grupos de alumnos; de comunicarse y ayudar a los pensionados tanto en el extranjero como en España; de crear una biblioteca para los estudios históricos y establecer relaciones y cambio con análogos Centros científicos extranjeros.¹⁴

En un principio el CEH tuvo su sede en el Paseo de Recoletos, en los bajos de la Biblioteca Nacional; en 1919 pasó a Almagro, 26; para terminar en 1929 en Duque de Medinaceli, 4, en el edificio que fue el Palacio del Hielo y del Automóvil¹⁵ donde tenía su sede la JAE.

¹³ NAVARRO TOMÁS, 1968-1969, pp. 9-24 [p.9]. Para conocer la actividad de TNT véase CORTÉS IBÁÑEZ (coord.), 2008.

¹⁴ Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, *Memoria correspondiente a los años 1910 y 1911*, Madrid, 1912, pp. 131-132.

¹⁵ Información sobre el edificio: “El Palacio del Hielo fue un edificio construido en 1920 como sede de deportes de patinaje sobre hielo, juegos en general y exposición de automóviles, así como lugar de ocio o sala de fiestas. Sin embargo, en 1927 el edificio se puso a subasta y al año siguiente, aprovechando mejores condiciones económicas, el Ministerio de Instrucción Pública quiso hacerse con él y trasladar allí la sede del Centro de Estudios Históricos, junto con el Patronato Nacional de Turismo y Unión Iberoamericana. Fue el arquitecto Muguruza el encargado de llevar a cabo los planos para la reforma del edificio, con el fin de que éste se adaptara a las nuevas necesidades. La Junta, no obstante, tuvo interés en trasladar el Centro de Estudios Históricos a un edificio autónomo en los Altos del Hipódromo, donde se encontraban ya la Residencia de Estudiantes y otras iniciativas de la Junta. Aunque estos planes se llevaron a cabo, las obras se iniciaron en 1935, previéndose su ejecución en varios años, intención que hizo imposible el estallido de la guerra civil” (Limón, 1988, 605-622).

El CEH acogió departamentos dedicados a la historia, el derecho, el arte, la arqueología, la filosofía y la lingüística. Estaba organizado en Secciones que no siempre fueron las mismas y cambiaron en número:

- Filología, dir.: Menéndez Pidal
- Instituciones de la Edad Media, dir.: Eduardo de Hinojosa
- Arqueología, dir.: Gómez Moreno
- Arte, dir.: Elías Tormo
- Historia, dir.: Altamira
- Filosofía Árabe¹⁶, dir.: Miguel Asín
- Instituciones Árabes, dir.: Julián Ribera
- Filosofía Contemporánea, dir.: Ortega y Gasset.

La sección de Filología sirvió para crear la “escuela española”, con Menéndez Pidal a la cabeza y formada por sus discípulos directos: Américo Castro, Antonio García Solalinde, Federico de Onís, Vicente García de Diego, Tomás Navarro Tomás, entre otros. Esta Sección fue la más importante del CEH, se encargó de numerosos trabajos, entre ellos el desarrollo de un laboratorio de fonética experimental en el que Navarro Tomás llevó a cabo varias investigaciones. También hubo estudios de historia literaria, teatro antiguo español, trabajos de folklore, etc. Y el muy importante *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica (ALPI)*.¹⁷

Una novedad introducida por CEH fue los Cursos de vacaciones para extranjeros, iniciados en 1912, que fueron el ensayo para los cursos de invierno que se llevarían a cabo a partir de 1915; las Embajadas eran el conducto publicitario para estos cursos, además de la prensa. El director de los mismos fue Menéndez Pidal, y en ellos había conferencias, clases prácticas y de conversación,

¹⁶ La sección “Fuentes para la historia de la Filosofía árabe española”, bajo la dirección de Miguel Asín y Palacios, funcionó entre 1910 y junio de 1916 y contó con la colaboración de Pedro Longás Bartibás, Maximiliano A. Alarcón y Cándido A. González Palencia. Entre las actividades de esta sección destacó la investigación sobre los orígenes del pensamiento extra-religioso y heterodoxo del Islam español, así como el estudio que Asín realizó de la biografía, bibliografía y sistema filosófico-teológico de Abenházam.

¹⁷ Para conocer la gestación del *ALPI* véase CORTÉS CARRERES y GARCÍA PERALES, 2009.

excursiones y visitas a museos. Se impartieron en la Residencia de Estudiantes -Fortuny- puesto que disponía de biblioteca y alojamiento para los asistentes. El grueso del alumnado era inglés y estadounidense.

La iniciativa de mayor relieve fue la creación de la *Revista de Filología Española*, que empezó en 1914, bajo la dirección de Menéndez Pidal.

3.4. El Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales¹⁸

Los dos brazos fuertes de la JAE en los que se articulaban los saberes de letras y de ciencias eran el Centro de Estudios Históricos y el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, respectivamente. Éste último se creó en 1910 y fue dirigido por Santiago Ramón y Cajal; su secretario fue Blas Cabrera. Incorporó centros que ya existían: Museo Nacional de Ciencias Naturales, Museo de Antropología, Jardín Botánico y Laboratorio de Investigaciones Biológicas -que más tarde sería el Instituto Cajal-.

Creó otros centros nuevos: Estación Alpina de Guadarrama, Misión Biológica de Galicia, Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, laboratorios de la Residencia de Estudiantes, Laboratorio y Seminario Matemático y el Laboratorio de Investigaciones Físicas.

3.5. La Residencia de Estudiantes¹⁹

Se creó en 1910 por Real Decreto de 6 de mayo. Se instaló en un palacete alquilado de la calle Fortuny, 14 y abrió sus puertas el 1 de octubre, era un pequeño colegio universitario, siguiendo el modelo de los *colleges* de Oxford y Cambridge. Nació con la misión de formar una “minoría directora” y fue “el lugar de formación de las nuevas élites intelectuales y políticas que ocuparon un lugar destacado en la II República”²⁰. Su director fue Alberto Jiménez Fraud (Málaga, 1883 – Ginebra, 1964). Sus instalaciones eran

¹⁸ SÁNCHEZ RON, op.cit., 2007, pp. 89-91.

¹⁹ SÁNCHEZ RON, op.cit., 2007, pp. 91-4.

²⁰ GÓMEZ BLESA, 2009, p. 20.

reducidas, sólo disponía de quince habitaciones para residentes, sala de reuniones, comedor, biblioteca y un pequeño laboratorio en el sótano. Al año siguiente hubo ampliación y se abrieron dos laboratorios para los estudiantes: Histología y Química General.

En 1913 se incluyó en los presupuestos generales del Estado una partida de 70.000 ptas. para la construcción de nuevos edificios que albergasen la Residencia. Por Real Orden de 11 de agosto de 1913 se autorizó la construcción de los mismos en terrenos del Ministerio en los Altos del Hipódromo, hoy calle Pinar, en los límites urbanos del Madrid de entonces. Los dos primeros pabellones, “Los Gemelos”, se terminaron en 1914 y se continuó con el tercero, dedicado a laboratorios, al que se llamó “El Transatlántico” por su galería acristalada. El traslado a esta nueva sede tuvo lugar en octubre de 1915.

Se concibió como un centro de formación integral, “un centro dedicado a la ampliación de estudios prácticos para los alumnos residentes (especialmente los de Medicina y Farmacia), en cuyas Facultades seguían sin atenderse debidamente esas tareas”²¹. Llegó a tener un total de nueve laboratorios y el que más destacó fue el de Fisiología, en el que se formaron científicos como Juan Negrín, Severo Ochoa y Grande Covián, entre otros. Lo que ofrecía la Residencia era una formación amplia y general dentro de las líneas krausistas, caracterizadas por la austeridad, por lo que en la Residencia no había, no hay lujos pero sí todo lo necesario.

La Residencia, administrativamente hablando, era autónoma, se mantenía con los pagos de las mensualidades de los residentes que, en 1910, estaban fijadas entre 105 y 180 pesetas al mes, pensión completa -el lavado de ropa aparte-. Los residentes eran: estudiantes a partir de los 15 años, profesores que iban a Madrid a preparar el doctorado, investigadores, opositores, profesores y estudiantes extranjeros.

La Residencia completó la formación académica y humana de los estudiantes y con especial énfasis su educación moral. Ofreció

²¹ FERNÁNDEZ TERÁN y GONZÁLEZ REDONDO, 2007, pp. 9-34.

charlas, cursos, conferencias, veladas artísticas, excursiones y viajes de interés, contacto directo con personalidades de las ciencias y letras españolas o extranjeras, viajes de estudios al extranjero, etc. Hizo especial hincapié en subsanar tres importantes parcelas a las que la universidad no llegaba:

- Falta de conocimientos de lenguas modernas. Ofreció clases gratuitas a los residentes.
- Insuficiencia de material de estudio e investigación. Creó excelentes laboratorios y cuidadas bibliotecas.
- Ausencia de atención individual, que se contrarrestó con tutorías.

En 1913 se fundó la editorial de la Residencia de Estudiantes²² y a partir de 1926 publicó la revista *Residencia*.

La Residencia fue el mayor foco cultural de la España de entreguerras, en sus salas acogió los movimientos más innovadores, las vanguardias del momento. Como nota que corrobore esto sirva decir que las primeras sesiones de cineclub, -proyección precedida de una presentación o charla y seguida de una discusión sobre los valores del filme exhibido-, en los años 20, se llevaron a cabo en la Residencia; fueron películas francesas de directores como Marco de Gastyne, Jean Renoir, Alberto Cavalcanti, René Clair, Germaine Dulac o Jean Epstein. Todas ellas traídas de la mano de Luis Buñuel que en aquella época disfrutaba de su etapa en París²³. Las proyecciones se hacían los sábados y se pagaba 5 ptas. al mes.

Entre sus residentes se encontraban no sólo los tan conocidos Buñuel, Dalí, García Lorca, Juan Ramón Jiménez, sino también médicos, científicos, músicos, filósofos, pintores, etc.

La Residencia también se ocupó de los pequeños con la sección del Grupo de Niños, creada en 1914 y dirigida por Luis Álvarez Santullano, destinada a menores, de 10 a 16 años, que estudiaban bachillerato fuera de sus casas; su objetivo era lograr el desarrollo de la personalidad infantil. Cuando empezó contaba con veinticinco

²² Con el emblema de la cabeza del atleta rubio, reproducido por Fernando Marco.

²³ Véase CORTÉS IBÁÑEZ, 2009, pp. 15-65.

plazas. En 1915, cuando se trasladó la Residencia a los Altos del Hipódromo, el Grupo de Niños también se instaló en los nuevos edificios.

3.6. La Residencia de Señoritas

La Residencia de Señoritas empezó en 1915, se instaló en Fortuny, 28 y 30, edificios que hasta ese momento había ocupado la Residencia de Estudiantes pero que habían quedado libres al trasladarse a los Altos del Hipódromo.

Fue dirigida por María de Maeztu²⁴, la gran impulsora de la cultura femenina en España. El objetivo de la Residencia “era inculcar a las alumnas unas formas de comportamiento que no las singularizase innecesariamente en sus ambientes. El ideal ético era el de una plenitud humana y una conducta íntegra”. La idea de María de Maeztu fue que la Residencia fuese un hogar formativo para universitarias que quisiesen ejercer su carrera. Se orientaba a la lectura y a la relación social; allí se celebraron té-bailes y las residentes asistían a las sesiones nocturnas de cineclub en Pinar. Tenemos información de la Residencia de Señoritas gracias a Eulalia Lapresta, vallisoletana y secretaria de la Residencia desde 1920, que salvó los papeles del archivo; se recuperaron en 1983.

Cuando comenzó la Residencia de Señoritas, en 1915, había pocas mujeres universitarias en Madrid; sesenta y cinco oficiales y cuarenta y tres libres. La Escuela de Magisterio tenía en total setenta y cuatro alumnas. De las treinta residentes con las que empezó la Residencia sólo una asistía a la universidad para preparar su doctorado; las restantes eran alumnas de Magisterio, extranjeras que estudiaban lengua española o alumnas que completaban su cultura general.

La Residencia de Señoritas se alió con el Instituto Internacional y, a través de éste, con los *Colleges* de Nueva Inglaterra, lo que hizo

²⁴ María de Maeztu (Vitoria, 1881-Buenos Aires, 1948), maestra, doctora en Filosofía y Letras, elocuente conferenciante. Su conocimiento de idiomas, poco frecuente en la España de entonces, le permitió representar a España en Congresos Internacionales y traer las ideas de asociacionismo feminista de tipo anglosajón. Trabajó en la Residencia de Señoritas y en el Instituto-Escuela. Fue presidenta del Lyceum Club femenino (1926).

que las españolas tuviesen como ejemplo a mujeres americanas de variada edad y condición que viajaban constantemente por Europa y América y eran independientes y respetadas. La meta de la Residencia era educar a la mujer no como el hombre sino con el hombre.

Al igual que la Residencia de Estudiantes tuvo el Grupo de niños, la Residencia de Señoritas contó con un Grupo de niñas que se inició en 1917-18, en Fortuny, 53 y Miguel Ángel, 8 -ambos edificios propiedad del Instituto Internacional-. La directora fue la misma que lo era de la Residencia de Señoritas: María de Maeztu, acompañada por un Comité hispano-norteamericano integrado por Susan D. Huntington, Anna Thompson, Cecilia Hamilton, María Goyri de Menéndez Pidal, Rafaela Ortega y Gasset y José Castillejo. Sus alumnas eran niñas de 6 a 16 años, alumnas de primera enseñanza y bachillerato, internas, mediopensionistas y externas. El Grupo de niñas se disolvió a medida que las estudiantes de bachillerato eran incorporadas al Instituto-Escuela; quedó un pequeño núcleo de alumnas internas y mediopensionistas, dirigido por la profesora americana Cecilia Hamilton.

Tal y como ocurrió con la Residencia de Estudiantes, la guerra cortó la vida de la Residencia de Señoritas que reinició su funcionamiento, en marzo de 1940, bajo el nombre de Colegio Mayor Teresa de Cepeda de la Universidad Complutense de Madrid y en 1943 tomó el definitivo de Colegio Mayor Santa Teresa de Jesús.

3.7. El Instituto-Escuela

Donde más destacable fue la aportación de la JAE fue en el Instituto-Escuela de Segunda Enseñanza de Madrid, creado por R. Orden del 10 de mayo de de 1918 y planteado como un laboratorio pedagógico a escala modesta donde iniciar la reforma educativa de España, dentro de los cauces oficiales pero con cierta autonomía, de donde, después de seis años, saliesen las directrices “para la reforma y propagación de los nuevos métodos a los demás Establecimientos oficiales”. Abarcaba desde la escuela de párvulos hasta la Universidad y fue sufragado con los fondos del Estado. Estuvo bajo la dirección e inspección de la JAE y en su diseño intervinieron José Castillejo, Luis de Zulueta y María de

Maeztu. Tuvo que afrontar muchas dificultades y funcionó hasta 1939 en que fue disuelto por el Ministerio de Educación Nacional. Abarcaba un alumnado desde los seis a los diecisiete años y sus contenidos estaban dentro de las corrientes europea y americana; el niño era el centro del proceso docente, a diferencia de lo que ocurría hasta entonces, en que profesor y libro de texto eran los ejes de la educación.

Sus objetivos eran:

- Desarrollo de las facultades mentales del niño: del espíritu de observación, de la capacidad de relación y de la imaginación.
- Proporcionar al niño un espíritu abierto y una amplia cultura general que le sirviese de base para estudios superiores.

El método era: la acción, el contacto directo con las cosas, la coordinación de las observaciones; lecturas asimiladas y elaboradas, diálogo de profesores y alumnos, explicaciones del profesor que debían ser sintetizadas por el alumno en unas notas de consulta, etc. El nivel de los alumnos se comprobaba tres veces al año: octubre, enero y después de Semana Santa. Hubo colonias nacionales e internacionales, siguiendo el modelo de las llevadas a cabo por la ILE desde 1892.

El adolescente que procedía del Instituto-Escuela apenas se diferenciaba del procedente de la ILE: refinamiento de costumbres, educación estética, amor al aire libre y deportes, rechazo de la mentira y de la suciedad, patriotismo y tolerancia religiosa. El Instituto-Escuela era un privilegiado porque libró a sus alumnos de los temidos exámenes en los Institutos Nacionales que siempre tuvieron que realizar los alumnos de la ILE.

Para todo esto fue necesaria una formación del profesorado que se consiguió por medio de: Residencia de Estudiantes, Residencia de Señoritas, ILE, Museo Pedagógico, Escuela Superior de Magisterio y otros centros de la JAE. Para la formación del Magisterio primario se contó con el Grupo Escolar “Cervantes” que aunque no pertenecía a la JAE estuvo muy relacionado con ella; todos sus profesores fueron pensionados en el extranjero, visitaron los centros docentes más avanzados. Por ejemplo, en 1925, todo el personal docente del grupo realizó un viaje de dos meses y medio de duración: III

Congreso Internacional de la Escuela Nueva en Heidelberg, Curso de vacaciones del Instituto J.J. Rousseau en Ginebra y visita a Escuelas nuevas de Francia, Alemania, Suiza y Austria.

En 1940 unos cuantos profesores -Jimena Menéndez Pidal, Ángeles Gasset, Carmen García del Diestro, Miguel Catalán, Pura Díaz, Fernanda Troyano, Magdalena Rodríguez Mata, etc.- del desaparecido Instituto-Escuela crearon un centro privado donde poner en práctica los métodos y prácticas ya empleados: la escuela se llamó Estudio. Empezó con un grupo pequeño de alumnos y pronto creció. Se examinaban como alumnos libres en Institutos oficiales. En 1950 se trasladó al edificio del Instituto Internacional de Boston, en Miguel Ángel, 8. Actualmente sigue funcionando como centro privado, independiente, no subvencionado, con un alumnado de los 3 a los 18 años. Está situado en Aravaca y pertenece a la Fundación Estudio.

Con la llegada de la II República (1931-1939), el ministro Fernando de los Ríos puso en marcha la extensión del ensayo pedagógico que se estaba llevando a cabo en Madrid pero el final de la República y la llegada de la guerra civil impidieron la obtención de resultados. No obstante, antes creó las Misiones Pedagógicas (1931) y la Universidad Internacional de Verano de Santander (1932), cuyos primeros rectores fueron el filólogo Ramón Menéndez Pidal y el físico Blas Cabrera, su secretario fue Pedro Salinas.

3.8. Las Misiones Pedagógicas (1931)

El Patronato de Misiones Pedagógicas fue creado en 1931 y su objetivo fue difundir la cultura general hasta en los lugares más apartados.

La Comisión Central del Patronato estaba formada, entre otros, por Antonio Machado, Pedro Salinas, Ángel Llorca, Álvarez Santullano, Cossío, etc. Del Servicio de Biblioteca estaban encargados Luis Cernuda, María Moliner y Juan Vicens. Este servicio era uno de los más importantes del Patronato y a él se destinó cerca del 60% del presupuesto en los tres primeros años de existencia; el resultado fue la creación de cinco mil quinientas veintidós bibliotecas y la realización de cuarenta y cuatro «misiones» a las zonas más deprimidas de España.

Su actividad se centró en tres aspectos:

- Fomento de la cultura en general. Con este fin se llevó a los núcleos rurales bibliotecas, conferencias, audiciones de música coral y de discos, exposiciones itinerantes con reproducciones de pinturas célebres, proyecciones fijas y cinematográficas y representaciones teatrales.
- Orientación pedagógica a los maestros de escuelas rurales.
- Educación ciudadana a través de charlas y reuniones públicas.

A las Misiones pedagógicas respondieron proyectos de teatro itinerante como el Teatro del Pueblo, dirigido por Alejandro Casona, contemporáneo a los de la compañía de teatro universitario La Barraca, dirigido por Federico García Lorca, y el Museo Circulante, que trasladaba por las zonas rurales copias de los cuadros más famosos. En las Misiones Pedagógicas participaron intelectuales, como Miguel Hernández, María Zambrano, Carmen Conde o Ramón Gaya.

Todas estas innovaciones no tuvieron continuidad. A partir del curso 1934-35 cambiaron los planteamientos docentes y volvieron los libros de texto y los exámenes, desaparecidos en anteriores planes. En todos los casos, con aportación o sin aportación de la JAE, los nuevos planes que fueron apareciendo hasta la llegada de la guerra civil resultaron efímeros.

Durante la guerra civil y después de la misma muchos de nuestros intelectuales, que se habían formado o habían trabajado en la JAE, fueron saliendo de España. Bien es cierto que algunos permanecieron en el país, sirvan de ejemplo Ortega, Baroja, Menéndez Pidal, D'Ors, Marañón o Azorín, pero la mayoría marcharon al exilio y hubo países que se convirtieron en una extensión de la Residencia de Estudiantes y del clima intelectual español que se había vivido hasta el estallido de la guerra. Los países que acogieron a nuestros intelectuales fueron: Francia, Inglaterra, EE.UU., Argentina y México, entre otros. España que los había formado no pudo disfrutar del producto de su madurez intelectual.²⁵

²⁵ Para lo relacionado con los intelectuales en el exilio véase NARANJO OROVIO, PUIG-SAMPER MULERO y LUQUE, 2002; y NARANJO OROVIO y PUIG-SAMPER, 2007, pp. 231-254.

4. SITUACIÓN DE LA MUJER EN ESPAÑA HASTA LA GUERRA CIVIL

A comienzos del siglo XX el analfabetismo femenino era del 71%, en 1910 bajó al 65% y en 1930 estaba en el 47'5%; las provincias con más tasa de analfabetismo eran: Almería, Málaga, Jaén y Albacete.²⁶

4.1. El Instituto Internacional

En el último cuarto del siglo XIX el panorama era todavía peor. En 1871, el misionero protestante norteamericano William Gulick y su esposa Alice Gordon Gulick fundaron un pequeño internado femenino en Santander, que trasladaron a Madrid en 1903, a un hotelito de la calle Fortuny -hoy, Fundación Ortega y Gasset-; posteriormente lo instalaron en la calle Miguel Ángel, 8 y fue inaugurado en 1910. Es el Instituto Internacional, inscrito en el Commonwealth de Massachusetts como una asociación benéfico docente sin ánimo de lucro y gobernado desde EE.UU. por el llamado “Comité de Boston”, que se ocupó de la financiación. En 1910 Susan Huntington²⁷ fue nombrada decana del Instituto Internacional en Madrid; lo transformó y lo abrió a intelectuales y educadores. María de Maeztu entró a formar parte de su profesorado en 1914. Cuando llegaron a España, los Gulick conocieron a Azcárate, Giner de los Ríos y Cossío y, en 1915, el Instituto Internacional comenzó a colaborar con la JAE y dio alojamiento a las estudiantes de los cursos de verano para extranjeros creados por la Junta²⁸; la colaboración con la Residencia de Señoritas empezó en 1917. En él estudiaron las hijas de familias progresistas y liberales.

El Instituto Internacional tuvo un importante papel en la formación de la mujer española.

²⁶ Véase SOLÉ ROMERO, 2006, pp. 279-289 [282].

²⁷ Susan Dickinson Huntington (Norwich, Connecticut, 1869-1945), en 1895, fue como voluntaria al colegio de Gulick cuando estaba en San Sebastián; posteriormente terminó sus estudios en *Wellesley College*, trabajó en la Universidad de Puerto Rico -dirigió el Departamento de Pedagogía- y vino a España. En 1916 regresó a EE.UU. y se casó con Howard Wills Vernon. Huntington fue miembro del Instituto de las Españas y presidenta de la Institución Cultural Española en Nueva York.

²⁸ Véase ZULUETA, 1984, pp. 165-187.

4.2. Un nuevo espacio para la mujer

En el proceso de modernización que sufrió España (1900-1936) la participación de la mujer burguesa tuvo gran importancia por su incorporación a la vida política, cultural y artística del país. Estamos ante una nueva España que permitió el acceso de la mujer a la educación secundaria y universitaria. Hubo importantes reformas legislativas que le permitieron acceder a distintos trabajos y profesiones liberales y, además, la Constitución de 1931 dio paso al voto femenino; sin olvidar la aparición del matrimonio civil y del divorcio. Son las primeras mujeres universitarias, con vocación profesional y que, además, son independientes por su trabajo. Estamos ante la “mujer nueva”, ante la “mujer moderna” española.

La mayoría eran de clase media alta, emparentadas con hombres destacados en política, economía, o cultura en general; habían tenido acceso a una buena educación, próxima a la Institución Libre de Enseñanza. Al menos uno de sus progenitores era extranjero, sirvan de ejemplo Victoria Kent, Margarita Nelken, María de Maeztu o la misma Zenobia; ello les facilitaba hablar lenguas extranjeras y estudiar en otros países. Y todas ellas se caracterizaban por su preocupación por la mujer española, algunas dentro de una línea claramente feminista y con militancia en diferentes asociaciones de mujeres.

Esta preocupación por la situación de la mujer, es decir, esta línea feminista ya se había iniciado en el periodo del sexenio revolucionario (1868-1874); las mujeres de clase media alta se preocuparon por la situación de la mujer trabajadora y, como consecuencia, se crearon una serie de asociaciones benéficas, para ayudarlas económicamente mediante donaciones y para mejorar su instrucción.

Al comenzar el siglo aparecen asociaciones varias, aunque con retraso respecto a las aparecidas en otros países europeos y en EE.UU. durante el siglo XIX. En 1911 fue fundada la Institución Teresiana por el padre Pedro Poveda Castroverde (Linares, 1874-Madrid, julio 1936), sacerdote, escritor, humanista y pedagogo, con la finalidad de ayudar a la mujer a acceder al mundo profesional

y de la cultura; para ello abrió academias y centros pedagógicos en distintas ciudades. El 25 de marzo de 1914 Poveda fundó la primera residencia universitaria femenina para estudiantes de la Escuela Superior de Magisterio, en Goya, 46-1º, al darse cuenta de lo necesario que era para la mujer conseguir una educación para valerse en la vida.²⁹ Esta Residencia cambió su emplazamiento: Cuesta de Santo Domingo 20, Sagasta 8, Serrano 18. En 1923 pasa a Alameda 7, donde permanecerá hasta el año 1936. Después pasaría a Isaac Peral, 60, donde se encuentra actualmente como Colegio Mayor Padre Poveda.

Otras Asociaciones que aparecieron: Unión de Damas del Sagrado Corazón (1908), Sindicato Católico de la Inmaculada de Madrid (1909), Sindicato de la aguja y similares (1912), Asociación Nacional de Mujeres Españolas (1918), Unión de Mujeres de España (1918), Acción Católica Femenina (1919), etc. Y en una línea más radical están: Asociación General Femenina de Valencia (1897), Sociedad Progresista Femenina de Barcelona (1898-1926), Unión Femenina del Librepensamiento de Huelva (1897-1906), Asociación Española de Mujeres Universitarias (1920), La Casa de la Mujer (1926), entre otras.

Como consecuencia aparecen revistas y periódicos en la línea claramente femenina: *La Ilustración de la Mujer. Revista Hispano-Americana de Música, Letras y Artes* (1906), *El Pensamiento Femenino*, revista quincenal femenina (1913), *La Voz de la Mujer* (1917), *Mundo Femenino* (1921), entre otros.

Las mujeres que ocupan la Edad de Plata española pertenecen a tres generaciones: generación del 98, generación del 14 y generación del 27. Sofía Casanova, Blanca de los Ríos, Carmen de Burgos, Concha Espina, María Goyri, María Lejárraga, Isabel Oyarzábal, Pilar Millán Astray, María de Maeztu, Carmen Baroja y Nessi, Zenobia Camprubí, Clara Campoamor, Victoria Kent, Margarita Nelken, María Blanchard, Elena Fortún, Concha Méndez, Maruja Mallo, Ernestina Champourcín, Carmen Conde, Josefina de la Torre, Rosa Chacel, M^a Teresa León, Carmen Eva Nelken, María Zambrano, Remedios Varo, etc.

²⁹ Véase SOLÉ ROMERO, 2006, pp. 285-86.

4.3. El Lyceum Club

Un punto de unión y reunión de todas estas mujeres fue el Lyceum Club de Madrid. En 1926, un grupo de mujeres empezaron a reunirse en la Residencia de Señoritas, con la idea de formar un club de señoras como los que había en Londres.

En Londres se fundó el primer Lyceum, el 20 de junio de 1904, llamado *The International Lyceum Club for Women Artist and Writers*, por la escritora Constance Smedley-Armfield que ya pertenecía al *Writer's Club*; lo situó en un edificio amplio y elegante, 128 Piccadilly Street.³⁰ El segundo Lyceum lo fundó en Berlín en 1905. Después serían los de París, Bruselas -1913- y Nueva York -1914-. Este Lyceum londinense sirvió de punto de referencia para el español; en 1925 Carmen Baroja³¹ y su cuñada Carmen Monné fueron solas a Londres y se alojaron en el Lyceum Club. Indudablemente su estancia aportó ideas para la creación del Lyceum español. Precedentes españoles del Lyceum Club fueron el Liceo Femenino -1864- y el Ateneo Artístico y Literario de Señoritas -1869-, ambos fundados en Madrid por Faustina Sáez de Melgar.

Estas reuniones en la Residencia de Señoritas cada vez fueron más frecuentes, a ellas asistían las mujeres que habían hecho algo notorio por ellas mismas o que estaban casadas con hombres conocidos dentro del mundo de la cultura; pertenecían a una élite de un nivel cultural por encima de la media. En la correspondencia entre María Martos³² y María de Maeztu vemos cómo se gesta el Lyceum; Martos escribe a Maeztu:

De Usted en cambio esperamos mucho. No un trabajo grande que le entorpezca sus obligaciones pero sí colaboración espiritual, consejos prácticos, su poderosa influencia... Así si usted pudiera dedicarnos unos minutos el viernes se lo agradeceríamos con toda el alma. He avisado solamente a las

³⁰ Los orígenes quedan recogidos en SMEDLEY, 1929; véase también MANGINI, 2006, pp. 125-140.

³¹ Sobre el Lyceum Club, véase Carmen BAROJA Y NESSI, 1998, pp. 82-110.

³² María Martos Arregui O'Neill Jalón (Manila, 1888-Madrid, 1981) fue una mujer cultivada, estudió francés, inglés, música, además de estar muy interesada por la pintura y la literatura; su actividad la inclinó hacia lo social. Al igual que Zenobia,

que imagino nos serán útiles de momento -Amelia Salaverría, Trudi Araquistáin, Carmen de Mesa, Zenobia... Olga Bauer, Pilar Zubiaurre, Ella Palencia, María D'Ors y alguien más.³³

Zenobia trabajó en los inicios del Lyceum, tal y como lo prueba la carta que le escribió a María de Maeztu el 1 de mayo de 1926:

Nos reunimos el lunes a las 5 en Fortuny, 53, si no nos echa usted a la calle, para redactar el acta resumiendo los acuerdos de las asambleas anteriores, para enviar los datos necesarios a la Dirección de Seguridad. Como sé que estos días estará usted de cabeza, si no tiene usted tiempo para acudir, la someteremos a su aprobación antes de cederla. Lo esencial es que los estatutos estén aprobados y la casa tomada. Escribí al Lyceum en el momento de irse ustedes de casa, pidiéndoles que tramitaran a la mayor brevedad posible nuestro ingreso en su asociación Internacional.

El resultado fue el Lyceum Club, inaugurado el 4 de noviembre de 1926, cuya finalidad fue la de fomentar en la mujer iniciativas y manifestaciones artísticas, sociales, literarias, científicas, etc., manteniéndose ajeno a toda línea política o religiosa. Los objetivos del Lyceum recogidos en su *Reglamento* eran:

[...] defender los intereses morales y materiales de la mujer, admitiendo, encauzando y desarrollando todas aquellas iniciativas y actividades de índole exclusivamente económica, benéfica, artística, científica y literaria que redunden en su beneficio.

Quienes deseaban ser miembros tenían que haber hecho estudios superiores u obras sociales; también podrían unirse como miembros escritoras, artistas, intelectuales en general. Por ejemplo, pertenecían al Lyceum Margarita Xirgu y la bailarina “La Argentinita”.

perteneció al Lyceum Club de Madrid y fue la segunda directora de la biblioteca de esta asociación -la primera fue María Martínez Sierra-. María se casó con Ricardo Baeza (Bayamo, Cuba, 1890-Madrid, 1956), crítico del diario *El Sol*, director teatral, periodista, traductor y asesor literario. María y Zenobia fueron grandes amigas.

³³ Fragmento tomado de MELIÁN, 2001, pp. 379-388.

En un principio se instalaron en la Casa de las Siete Chimeneas, en la calle Infantas, 31 de Madrid, decorada por: Pilar Zubiaurre, Mabel Rick, María Martos de Baeza y Pura Maortua de Ucelay; contaba con salón de té y biblioteca, además de talleres para aprender oficios. Con posterioridad se trasladaron a la calle de San Marcos, 44. Zenobia nos aclara los motivos de este traslado:

[...] Para el otoño nos instalamos en la preciosa e histórica “Casa de las 7 Chimeneas” con su leyenda del Capitán de los Tercios de Flandes y su fantasma y todo. Esa primera casa, más pequeña que la actual, pero con muchísimo encanto, la perdimos, no por el fantasma sino por el agente de Eno’s Fruit Salt [Sales de Fruta Eno]. Este Señor era dueño del inmueble y necesitaba nuestro precioso local para extender su negocio, así que utilizaba todos los medios para aburrirnos y lograr que nos fuéramos. Los visitantes, antes de llegar a nuestra puerta, se desorientaban al encontrarse ante una enorme botella de cartón con el consabido rótulo de “Sales de Fruta Eno”.³⁴

Su organización interna fue la siguiente: presidenta, María de Maeztu; vicepresidentas: Victoria Kent e Isabel Oyarzábal de Palencia; secretaria: Zenobia Camprubí -en 1926-; vicesecretaria: Helen Phipps -profesora del Instituto Internacional-; tesorera: Amalia Galárraga de Salaverría.³⁵ María de Maeztu sólo ocupó la presidencia al comienzo, a partir de 1927 ésta recayó en Isabel Oyarzábal.

El Lyceum sufrió críticas, sirva de ejemplo la siguiente:

La sociedad haría muy bien recluyéndolas como locas y criminales, en lugar de permitirles clamar en un club contra las leyes humanas y divinas. El ambiente moral de la calle y de la familia ganaría mucho con la hospitalización de esas mujeres excéntricas y desequilibradas.³⁶

³⁴ Camprubí, “Discurso ante el Club de Mujeres de la Facultad de la Universidad de Puerto Rico, el 29 de octubre de 1936”, recogido por PALAU DE NEMES, 2007, pp. 11-35 [20].

³⁵ Otras cofundadoras del Lyceum: Marichu Arisqueta Pereira, Carmen Abreu, Matilde Calvo Rodero, Victoria Durán, Amalia Galárraga, Isolina Gallego, Pilar de Zubiaurre, Trudy Graa de Araquistáin, Luisa Graa de Álvarez del Vayo, Matilde Huici, Victoria Kent, Rosario Lacy de Palacio, María Martos, etc.

³⁶ *Iris de Paz* (revista católica), 14 de octubre de 1926. Mi agradecimiento a la profesora M^a Angeles Sanz Manzano por esta nota.

El Lyceum Club de España no es la primera organización de este tipo con la que Zenobia tiene contacto; en la temporada de 1911-12, cuando viajó con su madre a EE.UU., asistió al Flushing Lyceum, que el 31 de enero de 1912, a las 8'15 de la tarde, presentó "Monólogos" de Ruth Draper, en el League Building de Flushing, Nueva York. Ruth Draper (Nueva York, 1884-Nueva York, 1956) era una importante actriz norteamericana, famosa por sus monólogos, que había comenzado a trabajar de manera profesional en 1911.³⁷

El Lyceum contó con dos presidentas honoríficas: la reina Victoria Eugenia y la duquesa de Alba. En 1926 eran ciento quince socias y al año siguiente el número se triplicó. Tuvo diez años de existencia y ejerció gran influencia en la sociedad española en el periodo de transición -Dictadura de Primo de Rivera-República-. Estaba organizado en siete secciones y se realizaron muchos actos culturales: conferencias, cursos, conciertos, exposiciones, etc., con nombres como: Ricardo Baeza, M^a Teresa León, Alfredo Marquerie, Berta Singerman, Alfonsina Storni, Ernestina de Champourcín, Luis Calandre, Manuel Bastos, García Lorca, Alberti, Unamuno, Luis Cernuda (lectura de sus versos el 19 de enero de 1935), Julio Palacios ("De donde sale la luz"), Américo Castro ("Quevedo: un escritor barroco en el Madrid de Felipe IV"), Blas Cabrera ("El mentir de las estrellas"), Enrique Súnier ("La misión de la mujer en la protección al niño"), Pedro Salinas, etc.

El Lyceum prestó mucha atención a la cuestión femenina, así lo demostró con la campaña para suprimir el Art. 57 del código civil, por el que la mujer estaba bajo el mandato del marido; también se manifestaron contra el Art. 438, por el que el marido que matase o hiriese de gravedad a su mujer por infidelidad conyugal sólo sufriría destierro; además defendieron la igualdad económica entre marido y mujer; sin olvidar que el tema del sufragio femenino surgió en el Lyceum.³⁸

En cuanto a sus trabajos sociales, hay que decir que el Lyceum creó y mantuvo "La Casa del Niño", guardería, institución educativa y gratuita para hijos de mujeres obreras, situada en Bravo Murillo,

³⁷ Véase WARREN (ed.), 1979; y WARREN, 1999.

³⁸ Véase MANGINI, 2006, op. cit., p. 135.

32; dirigida por Rosario Lacy, primera mujer licenciada en medicina. Empezó a funcionar el 24 de enero de 1929 y terminó a finales de 1931. En sus inicios tenía doce niños y llegó a sesenta en 1931. Recojo las palabras de Zenobia:

[...] una guardería modelo, alegre, clara, limpia, para niños de dos a cuatro años a cuyo frente estaba la señora del Doctor Bastos y que aparte de las Sras. del Lyceum sería atendida por enfermeras diplomadas. ¡Tener enfermeras en vez de encargar de los niños a una orden religiosa! Ya fue la bomba final. Nos atacaron en la prensa y hasta desde el púlpito.

[...]

El Lyceum, nuestro Club de Mujeres, hacía quince años que mantenía una guardería para sesenta niños, el lugar más bello y mejor administrado que he visto en cualquier país. El Gobierno le donó a nuestro Club un terreno en el medio de los jardines del Acueducto, un arquitecto nos prestó sus servicios, los miembros del Departamento Social del Lyceum trabajaron con entusiasmo y de ello resultó un bungalow encantador en un sitio céntrico con sombra, aunque algo aislado de la ciudad. Allí teníamos muchos baños y lavamanos adecuados para niños de cuatro a seis años y mucha agua corriente. Para los días calurosos de verano teníamos una piscina en el jardín, placer sin fin para los niños. Teníamos cuatro enfermeras y una cocinera con ayudantes voluntarias del Lyceum, todas bajo la dirección de Consuelo Bastos, esposa y alter ego de uno de los más prominentes médicos de Madrid. La guardería infantil fue idea de ella y gracias a su generosa mano desaparecieron todos los déficits de nuestro presupuesto.

Se admitían los niños a esta casa según la necesidad. Había siempre un montón de solicitudes de padres, parientes, guardianes u otras asociaciones filantrópicas pidiendo admisión para los niños necesitados. Miembros del Departamento Social del Lyceum investigaban todos los casos. El lugar en la lista de espera no correspondía a un orden cronológico, sino a la necesidad imperiosa del caso en cuestión. Algunos de los niños vivían tan mal alimentados que solían inclinarse contra la pared para evitar el cansancio de mantener la cabeza enhiesta sobre los hombros. En pocas semanas se convertían en chicos saludables.

Las comidas eran sencillas pero abundantes; la ropa que llevaban estando en la institución eran pocas, pero compatibles con la decencia de la época. Claro que para el invierno teníamos ropa adecuada.

Tuvo tanto éxito nuestro experimento que la ciudad iba a construir otros hogares como el nuestro. Se esperaba que las capitales de las provincias siguieran el ejemplo (Barcelona y Bilbao tenían sus propias buenas instituciones) y que pronto habría una red de guarderías oficiales para niños por todo el país. Por desgracia la guerra lo interrumpió todo.³⁹

El precedente de “La Casa del Niño” fue la guardería creada por Margarita Nelken en 1919 con la misma finalidad, en ella se acogieron a ochenta y seis niños.⁴⁰ Una prolongación de “La Casa del Niño” fue la “Asociación Auxiliar del Niño”, organizada por el Lyceum a finales de 1931 y, a continuación, otro centro para niños en la barriada de la Prosperidad.⁴¹

El Lyceum siempre se había mantenido fuera de la política pero, a partir de 1930, algunas de sus socias -Kent, Campoamor, Oyarzábal- se mostraron muy comprometidas con la República y esto dio lugar a que María Lejárraga fundara la Asociación Femenina de Educación Cívica, “La Cívica”. Empezó a funcionar en marzo de 1932 en la Plaza de las Cortes, 6. y se centró en la formación cultural. Estaba dirigida a las capas bajas de la clase media y daba clases de idiomas, taquigrafía, corte y confección, música, etc.; además de cursillos, conferencias, excursiones, visitas a museos, bailes, etc. Nunca hubo enfrentamiento con el Lyceum. “La Cívica” desapareció con la llegada de la guerra civil.⁴² Lo mismo ocurrió con el Lyceum que terminó en 1936. En 1939 fue confiscado por La Falange, y la Sección Femenina lo convirtió en el Club Medina.

³⁹ Camprubí, “Discurso ante el Club de Mujeres de la Facultad de la Universidad de Puerto Rico, el 29 de octubre de 1936”, recogido por PALAU DE NEMES, 2007, pp. 22 y 28-9. Con anterioridad, en 1920, Margarita Nelken había fundado la Casa de los Niños de España, que se ocupaba de los hijos de madres trabajadoras, tal y como recoge Antonina RODRIGO, 2005, p. 138.

⁴⁰ Véase POZO ANDRÉS, 1985, pp. 203-212; y MANGINI, 2001, pp. 88-92. También en PALAU DE NEMES, 2007, pp.11-35 [28-29].

⁴¹ Véase HURTADO, 1999, pp. 23-40.

⁴² Para todo lo relacionado con “La Cívica” véase Antonina RODRIGO, 2005, pp. 247-260.

La Sección Femenina había nacido en 1934 con un objetivo preciso: la instrucción de la mujer, sobre todo en el mundo rural, con cursos de: higiene, cocina, cultural general, etc. Durante la guerra realizó trabajos asistenciales y después de la contienda se centró en la educación: formación político-social, enseñanza de Hogar, educación física, etc.

Y hasta aquí una aproximación al contexto socio-cultural en el que transcurrió parte de la vida de Zenobia, motivo principal del presente curso.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ABAD, Francisco (1988), “La obra filológica del Centro de Estudios Históricos”, en José M. Sánchez Ron (coord.), *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid, CSIC, vol. II, pp. 503-517.

BAROJA Y NESSI, Carmen (1998), *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*, Barcelona, Tusquets, pp. 82-110. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. Años 1886, 1911, 1915, 1925.

CACHO VIU, Vicente (1962), *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Rialp.

----- (1988), “La JAE, entre la Institución Libre de Enseñanza y la generación de 1914”, en José M. Sánchez Ron (coord.), *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid, CSIC, vol.II, pp.3-26.

CORTÉS CARRERES, Santi y GARCÍA PERALES, Vicent (eds.) (2009), *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica (ALPI). Correspondencia (1910-1976)*, València, Universitat de València.

CORTÉS IBÁÑEZ, Emilia (1999), “Actividades de la Institución Libre de Enseñanza”, *Barcarola*, 58-59, pp. 495-506. <http://sumaris.cbuc.es/cgis/sumari.cgi>

----- (coord.) (2008), *Al-Basit. Monográfico dedicado a Tomás Navarro Tomás*, nº 51-52, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses.

----- (2009), “Comienza una nueva etapa: el *Cine-Club Independiente* de Almansa”, en José Antonio Ruiz Rojo (coord.), *Actas del V Encuentro de Historiadores: En torno al Cine Aficionado*,

- Guadalajara, Diputación Provincial de Guadalajara, pp. 15-65.
- [en prensa], “Cartas de Zenobia Camprubí y María de Maeztu. Inicios del Comité para la concesión de becas”, en *Actas del II Congreso Internacional 100-JAE* [celebrado en Madrid, en la Residencia de Estudiantes del 4 al 6 de febrero de 2008].
- DÍAZ, Elías** (1973), *La filosofía social del krausismo español*, Madrid, Edicusa.
- DÍAZ SÁNCHEZ, Juan Manuel** (1897), “Nicolás Salmerón, fundador y director del Colegio “El Internacional”. Modelo y ensayo para la Institución Libre de Enseñanza, 1866-1874”, *Boletín del Instituto de Estudios Almerienses*, nº 7, pp. 49-56.
- Estatutos de la Institución Libre de Enseñanza.*
- FERNÁNDEZ TERÁN, Rosario E. y GONZÁLEZ REDONDO, Francisco A.** (2007), “La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas”. *Revista Complutense de Educación*, vol. 18, nº 1, pp. 9-34.
- GAMERO MERINO, Carmela** (2007), “José Castillejo y la Junta: Pensiones en el extranjero”, en *El laboratorio de España. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. 1907-1939*. Madrid: Residencia de Estudiantes, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, pp. 29-46.
- GIL CREMADES, Juan José** (1975), *Krausistas y liberales*, Madrid, Seminarios y Ediciones, S.A.
- GÓMEZ BLESA, Mercedes** (2009), *Modernas y vanguardistas. Mujer y democracia en la II República*, Madrid, Ediciones Laberinto.
- HURTADO, Amparo** (1999), “El Lyceum Club Femenino (Madrid, 1926-1939)”, *Boletín Institución Libre de Enseñanza*, 36, pp. 23-40.
- JIMÉNEZ-LANDI, Antonio** (1973), *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Taurus.
- KRAUSE, Karl** (1897), “El derecho referente a la diferencia de los sexos”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, vol. XXI, nº 443. Madrid, 28 de febrero, pp. 50-52.
- LIMÓN, Esteban** (1988), “El Palacio del Hielo: sede del Centro de Estudios Históricos”, en J. M. Sánchez Ron, (coord.), 1907-1987. *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid, CSIC, vol. II, pp. 605-622.
- LÓPEZ MORILLAS, Juan** (1980), *El krausismo español*, México, Fondo de Cultura Económica.
- MAINER, José Carlos** (1987), *La Edad de Plata (1902-1939)*,

Madrid, Cátedra.

MANGINI, Shirley (2001), *Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*, Barcelona, Península.

----- (2006), “El Lyceum Club de Madrid, un refugio feminista en una capital hostil”, *Asparkia*, 17, pp. 125-140.

MELIÁN, Elvira M. (2001), “Rastros de nube: María Martos de Baeza y su mundo”, *Arenal*, vol. 8, nº2, julio-diciembre, Universidad de Granada, pp. 379-388.

Memoria de la Junta para Ampliación de Estudios. 1910-1911, 1919-1921, 1923-1924, 1932-1934.

Memoria del Instituto-Escuela, 1925.

MORENO GONZÁLEZ, Antonio (1988), “Aportaciones de la Junta a la reforma del sistema educativo español”, en José M. Sánchez Ron (coord.), 1907-1987. *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid, CSIC, vol. II, pp. 161-184.

NARANJO OROVIO, Consuelo, PUIG-SAMPER MULERO, Miguel Ángel (2007), “Las redes de la ciencia: la JAE en el exilio”, *Asclepio*, vol. LIX, nº 2, julio-diciembre, pp. 231-254.

NARANJO OROVIO, Consuelo, PUIG-SAMPER MULERO, Miguel Ángel y LUQUE, M^a Dolores (2002), *Los Lazos de la cultura: el Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Historia, Departamento de Historia de América; Río Piedras, Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico.

NAVARRO TOMÁS, Tomás (1968-69), “Don Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos”, *Anuario de Letras*, VII, pp. 9-24.

----- (1975), “Noticia histórica del ALPI”, *Capítulos de geografía lingüística de la Península Ibérica*, Bogotá, pp. 9-20.

ONTAÑÓN, Elvira (1988), “El instituto-Escuela, la experiencia educativa de la Junta para Ampliación de Estudios”, en José M. Sánchez Ron (coord.), 1907-1987. *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid, CSIC, vol. II, pp. 201-238.

PALAU DE NEMES, Graciela (2007), “Escritos particulares de Zenobia Camprubí: trabajo social, arte popular, Marga Gil Roësset”, *Letras de Deusto*, vol. 37, nº 114, enero-marzo, pp.11-35.

POZO ANDRÉS, M^a del Mar del (1985), “Actividades culturales y

pedagógicas del Lyceum Club Femenino de Madrid (1926-1936)", en J. Ruiz Berrio (ed.), *La educación en la España contemporánea. Cuestiones históricas. Libro homenaje a Ángeles Galino*, Madrid, Sociedad Española de Pedagogía, pp. 203-212.

SÁNCHEZ RON, José Manuel (2007), "La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907-2007)", en *El laboratorio de España. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. 1907-1939*. Madrid, Residencia de Estudiantes, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, pp. 65-125.

RODRIGO, Antonina (2005), *María Lejárraga. Una mujer en la sombra*, Madrid, México, Buenos Aires, San Juan, Santiago: Aljaba Ediciones.

SMEDLEY, Constance (1929), *Crusaders: The Reminiscences of Constance Smedley (Mrs. Maxwell Armfield)*, London, Duckworth.

SOLÉ ROMERO, Gloria (2006), "La educación de las mujeres en España en la primera mitad del siglo XX", en Rosa Fernández Urtasun y José Ángel Ascunce (eds.), *Ernestina Champourcin. Mujer y cultura en el siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 279-289.

TAGORE, Rabindranath (1961), "The Vicissitudes of Education", en *Towards Universal Man (introducción de H. Kabir)*, New York, Asia Publishing House, pp. 39-48.

VV.AA. (1977), *En el Centenario de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Tecnos.

WARREN, Dorothy (ed.) (1979), *The Letters of Ruth Draper: Self-Portrait of an Actress, 1920-1956*, New York, Scribner; y Southern Illinois University Press.

WARREN, Dorothy (1999), *The World of Ruth Draper: A Portrait of an Actress*, Southern Illinois University Press.

ZULUETA, Carmen de (1969), *Misioneras, Feministas, Educadoras*. Sesenta aniversario del Instituto-Escuela, Madrid, Castalia.



2. Zenobia Camprubí, una vida entre España y América

Emilia Cortés Ibáñez

Al aproximarme a la vida de Zenobia Camprubí lo primero que debo y quiero hacer es mostrar el reconocimiento que todos los seguidores de Zenobia, y yo en particular, debemos a la profesora Graciela Palau de Nemes. Ella ha sido nuestra guía para llegar a conocer a Zenobia. No puedo por menos que recordar algunos de sus trabajos, como *Inicios de Zenobia* y *Juan Ramón Jiménez en América* que, publicado en 1982, bien merecería una reedición, o los tres volúmenes de su ya reeditado Diario de Zenobia, sin olvidar el Epistolario.

Y, ya situada en el tema que nos ocupa, debo decir que el título de este trabajo, “Zenobia Camprubí, una vida entre España y América”, define, resume la existencia de Zenobia y es que, ya antes de que naciese, sus sendas entre los dos continentes estaban marcadas. Las habían marcado sus padres.

Raimundo Camprubí Escudero¹, padre de Zenobia, era hijo de catalán y pamplonico; la familia tenía fijado su hogar en Barcelona. Raimundo terminó la carrera de ingeniero de Caminos, Canales y Puertos en 1871, en la Escuela de Madrid, única en España hasta 1957. A lo largo de su vida esta profesión lo llevó a destinos variados; el primero fue Tarragona, con un sueldo de 2.250 pesetas al año. Dos años más tarde, y a petición propia, marchó a Puerto Rico, como jefe de Negociado de 1ª clase -con un sueldo de 3.000 pesetas y sobresueldo de 7.000-, adscrito a la Dirección General de Obras Públicas del Ministerio de Ultramar, para construir la carretera que atraviesa la isla, trabajo que formaba parte del gran impulso a la construcción de carreteras pavimentadas en la isla, que el Ministerio de Ultramar español dio en 1872, a instancias del gobernador de la Torre. La carretera en la que trabajó es la arteria principal de la isla, va de San Juan a Ponce pasando por Caguas, Cayey, Aibonito y Coamo, termina en la Playa de Ponce. Camprubí construyó el tramo de Caguas a Cayey y el de Aibonito a Coamo. Diseñó varios puentes: el Puente Íñigo, el Puente Obispo Zengotita, el Puente Cuyón; además erigió el Puente Pezuela y el Puente de Vega Baja.²

¹ Raimundo Camprubí Escudero (Pamplona, 15-3-1846-Madrid, 15-3-1924).

² Véase todo esto en detalle en: www.dtop.gov.pr/ACT/Puentes/Trsfhist.htm [consultado 17-9-2009]; así como en el minucioso trabajo de SÁENZ RIDRUEJO, 2009, pp. 311-341.

El día a día en Puerto Rico no era fácil, tal y como Sáenz Ridruejo recoge: “Las condiciones de vida de estos ingenieros fueron duras, sometidos a las enfermedades tropicales, así como a frecuentes terremotos e inundaciones”³, sin embargo sus sueldos -casi el triple de lo que se percibía en la Península- y los avances en sus carreras hacían que el destino isleño resultase atractivo. Este mismo autor escribe de Camprubí: “En el señor Camprubí el extremado rigorismo va acoplado a un espíritu de extremada rectitud [...]”⁴

En la isla, Raimundo Camprubí se enamoró de Elvira Santiago, hija del alcalde de Coamo, pero ella ya estaba comprometida y no fue correspondido. Después conoció en San Juan a Isabel Aymar Lucca⁵, con la que coincidió en la misma pensión.

Isabel Aymar era hija del norteamericano Augusto Aymar y de la puertorriqueña Zenobia Lucca Ballester, de antepasados italianos y educada en Nueva York. Los Aymar Lucca disfrutaban de una excelente situación económico- social resultado de sus actividades mercantiles con las islas caribeñas. El matrimonio tenía otro hijo, José Aymar, tres años menor que Isabel.

Raimundo Camprubí pidió la mano de Isabel por escrito en carta dirigida al padre de ella, en la que le decía:

Hace tres meses que tuve el honor de ser presentado casualmente a su familia en Ponce, desde cuya época he tenido un especial gusto en cultivar la amistad que me brindó y que ha sido para mí de gran estima.

El tiempo transcurrido me ha dado a conocer a su hija Isabel, a cuyo mérito no he sabido ser indiferente, y, lleno de fe en sus virtudes, me atrevo a confesar a su padre mis aspiraciones a la mano de su hija (Ponce, 2-3-[1878]).

Se casaron el 9 de marzo de 1879, en la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe de Ponce, la ciudad más señorial de la isla en el

³ Ibid. p. 320.

⁴ Ibid. p. 335.

⁵ Isabel Aymar Lucca (Guayanilla, Puerto Rico, 5-8-1850 - Madrid, 18-8-1928).

último cuarto del siglo XIX; la luna de miel la pasaron en los EE.UU. Graciela Palau de Nemes⁶ recoge la semblanza del matrimonio: “[...] don Raimundo era un hombre culto y correcto, un verdadero caballero, [...] doña Isabel era una mujer buena y cariñosa. Pero culturalmente, en esta pareja cada cual tiraba por su lado”, y así fue durante toda su vida.

En Puerto Rico nació José, primer hijo de la pareja, el 29 de noviembre de 1879 y nueve meses más tarde, en agosto de 1880, la familia regresaba a España. Raimundo Camprubí había permanecido en la isla durante seis años y regresó por enfermedad, según recojo de su amplio expediente laboral⁷. A su vuelta a España, el matrimonio Camprubí Aymar se instaló en Barcelona; el primer destino del ingeniero fue Granada pero se vio obligado a pedir licencia por enfermedad, a causa de unas fiebres intermitentes que ya había padecido en Puerto Rico. Comenzó 1881 con su traslado a Barcelona, aquí nació el segundo hijo, Raimundo, el 16 de agosto de 1884. Después, Cuenca, Valencia -adscrito a la División de los Ferrocarriles del Este-, para inspeccionar las líneas de Almansa a Valencia y Tarragona, y de Carcagente a Denia. En 1887 fue destinado a Barcelona y Zenobia nació en Malgrat de Mar -Barcelona- el 31 de agosto de 1887, donde la familia había alquilado una casa en la Calle de Mar para pasar los veranos⁸. El 8 de octubre de 1889 Raimundo Camprubí fue nombrado ingeniero Jefe de Lérida. El último hijo, Augusto -Epi-, nació en Barcelona el 29 de noviembre de 1890.⁹

⁶ PALAU DE NEMES, 1982, p. 84.

⁷ Ministerio de Fomento, Archivo General, legajo 6163.

⁸ Esta casa había sido construida por Mariano Alsina entre 1869-1873 y estaba rodeada por un exuberante jardín. En 1879 pasó a ser propiedad de su hijo, Mariano Alsina Fernández-Pellón, menor de edad, y fue alquilada a Raimundo Camprubí. En 1891 la casa era llamada “La Quinta”; desde 1981 pertenece al Ayuntamiento de Malgrat de Mar.

⁹ Conocemos a la familia Camprubí Aymar gracias al material fotográfico que se conserva. Fueron fotografiados por los fotógrafos más famosos del momento; ejemplo de ello tenemos con las fotografías realizadas por Pablo Audouard (La Habana, 1856-1919) que tuvo su estudio en la Granvía de las Cortes Catalanas y, después, en el Paseo de Gracia. Fue fotógrafo oficial de la Exposición Universal de Barcelona de 1888. Cuando fotografía a Zenobia ya había conseguido la Medalla de Oro en París -1889-.

Los niños Camprubí crecieron en un ambiente familiar, rodeados del cariño de las familias materna y paterna. De hecho, los abuelos americanos pasaban temporadas en Barcelona, cerca de su hija y de los niños y, cuando el abuelo Aymar murió, en diciembre de 1891, la abuela Zenobia se quedó a vivir en Barcelona definitivamente y con ella su hijo José, único tío materno de la niña Zenobia. Vivían en el Paseo de Gracia y los veranos los pasaban en Malgrat de Mar. La niña tuvo una relación muy estrecha con su abuela, que la introdujo en la lectura y que sin duda ayudó a que Zenobia consiguiese un excelente dominio de la lengua inglesa. Los hermanos Camprubí eran aficionados a lecturas infantiles, por eso no resulta extraño que la primera carta de Zenobita a la que he tenido acceso sea una dirigida a *Saint Nicholas*, revista infantil-juvenil, para lectores de 5 a 18 años; era una revista de calidad, con historias, poesía, artículos, etc., en la que los suscriptores podían colaborar con sus trabajos. Y Zenobia le escribe en inglés:

Querido Saint Nicholas:

Tengo ocho años. Mi hermano mayor colecciona vuestra maravillosa revista desde hace diez años. Me gusta Teddy y Carrots y Zach. Ballister, el mejor. Vivo en una ciudad preciosa llamada Barcelona¹⁰ que está en el mar Mediterráneo.

Isabel y Raimundo eran dos personas muy distintas, habían crecido en países y culturas distintos, en hogares también diferentes, y ello se traducía en desencuentros en la vida diaria. Por lo tanto no es de extrañar que tampoco estuviesen de acuerdo en la educación de

¹⁰ A su regreso de Puerto Rico, los Camprubí Aymar se instalaron en Barcelona, en el Paseo de Gracia, ocuparon el nº 46 - 2º; en 1895 están situados en el mismo Paseo, nº 14 - 2º; desde esta dirección escribe Zenobia a *Saint Nicholas*. Cerca, en Paseo de Gracia, 90, 3º, vivían los Camprubí Escudero, abuelos paternos de Zenobia. Los padres de Isabel venían a España a pasar temporadas; se instalaron en Paseo de Gracia, 90, entresuelo -en 1882- y en el nº 114 -en 1884-. Cuando Zenobia tenía cuatro años murió su abuelo materno, Augusto Aymar -Flushing, Long Island, 18 de diciembre de 1891-, y su viuda, Zenobia Lucca y Ballester, se vino a Barcelona a vivir al lado de su hija Isabel. La acompañó su hijo, José Aymar, todavía soltero. Madre e hijo alquilaron un piso en el Paseo de Gracia, contiguo al de los Camprubí, y Zenobita, la única niña de la familia, vivió muy próxima a su abuela hasta la muerte de ésta, cuatro años más tarde, el 21 de agosto de 1895. Está enterrada en Tarragona, nicho nº 1361 y el abuelo lo está en el panteón de la familia Aymar, en el Greenwood Cemetery, Brooklyn, Long Island.

sus hijos; Isabel quería que se educasen y preparasen en EE.UU., donde ella conservaba amigos bien relacionados y donde podrían labrarse un mejor futuro. Raimundo prefería educar a sus hijos en España. Isabel no atendió a razones y se educaron en EE.UU. y Europa, fuera de España.

El que Isabel Aymar fuese puertorriqueña e independiente económicamente fue decisivo para que hoy estemos aquí hablando de la vida de Zenobia “entre España y América”. Zenobia viajó por primera vez a EE.UU. cuando tenía nueve años, en 1896; la abuela Zenobia Lucca murió y sus dos hijos, Isabel y José Aymar, tuvieron que ir a Nueva York para arreglar el tema de la herencia ya que el patrimonio heredado estaba en Norteamérica. En su testamento, Augusto Aymar dejó heredera universal a su esposa; también dispuso que, cuando ella muriese, la mitad de su patrimonio pasase a manos de su hijo José Aymar y con la otra mitad creó un *trust* a nombre de su hijo José y del esposo de su hija Isabel, Raimundo Camprubí. Los intereses que dicho *trust* generase estarían destinados al uso personal de su hija, Isabel. En un principio, el fideicomisario o administrador del *trust* fue José Aymar pero ante su pésima gestión, que desembocó en el enfrentamiento de los hermanos ante los tribunales, sería Henry Shattuck el encargado de gestionarlo desde el 11 de julio de 1912. Antes de ello, Jo Camprubí intervino en el asunto sin lograr resultados positivos, como lo prueba su carta, fechada en Schenectady, New York, el 7 de enero de 1912, dirigida a Zenobia y que transcribo puesto que da una idea clara de la situación:

Como sabes, a mediados del pasado octubre tuve una conferencia privada con tío José en la que él me aseguró que el trust fund estaba íntegro. Yo le pedí por favor que si, en parte o en todo, se hubiese perdido que me lo dijera y que todo se arreglaría en familia y que nada se haría para perjudicarlo. Me aseguró que todo estaba íntegro. Entonces yo le dije: “Bien, entonces para lo sucesivo puedo obrar sobre la base de que todo está intacto y puedo regirme en todo según lo entendido esta tarde y es que todo está íntegro”. Dijo: “Sí”. En Boston, desde casa de Mrs. Wheelwright, hace más de tres semanas, le escribí pidiéndole al menos “to file an account that there may be some public record of the state of affairs”

[hacer una auditoría para que constase de manera pública la situación]. No me ha contestado aún. Además, en la primera entrevista me volvió a decir lo que me dijo hace tres años, que iba a “give up being trustee” [renunciar a su puesto en el trust]. Desesperando de conseguir que haga nada, ayer le escribí una carta, copia de la cual te incluyo.

La situación no sólo no se solucionó sino que el dinero depositado en el *trust*, y al que tenía acceso José, fue mermando cada vez más hasta que Shattuck pasó a ser el administrador. Por ello, la fortuna de Isabel se vio seriamente afectada; hay cartas de Jo y de Shattuck dirigidas a Isabel y a Zenobia en las que les recomiendan que reduzcan gastos.

Otra de las cláusulas del testamento de Augusto Aymar, abuelo de Zenobia, indicaba que su legado sólo podría ser heredado por descendientes directos de la familia Aymar, nunca por los cónyuges. A la muerte de Isabel en 1928, Zenobia heredó y ésta es la razón por la que mensualmente percibía una renta que Shattuck le enviaba a España. Es interesante tener en cuenta que los cónyuges de la línea Aymar no podían heredar el *trust* porque, años más tarde, en 1956, ya próximo el final de Zenobia, y como ella viese que J.R. no quedaba en buena situación económica, rogó a sus sobrinas Nena y Leontine, hijas de Jo, y a quienes correspondía heredar el *trust*, permitiesen que los ingresos mensuales que percibía del *trust* pasasen a J.R. mientras éste viviese. Las sobrinas accedieron a su ruego, lo que supuso un gran alivio para el sufrimiento de Zenobia.

Vuelvo a 1896, cuando José e Isabel van a Nueva York a recoger la herencia de su madre y a instalar a Jo, el hijo mayor, en la ciudad donde realizaría sus estudios, tal y como ella había decidido sin tener en cuenta los deseos de su marido. Isabel llevó con ellos a Zenobia y a los otros dos hijos los dejó en España al cuidado de su fiel sirvienta Bobita y de Raimundo Camprubí.

Este viaje ensanchó el mundo de la niña. Llegaron en el mes de febrero y la primera carta que escribió fue para Bobita, le dice:

He llegado bien a New York. Ahora estoy en el Hotel Bristol, en la 5ª Avenida y la calle 42, hasta ahora es un Hotel muy bonito.

El siguiente destinatario de sus cartas fue su hermano Raimundito:

Si tú estuvieses aquí verías por la 5ª Avenida las bandadas de coches y carros que hay y también las bandadas inmensas de bicicletas que hay en el Central Park. Una vez en la 5ª Avenida se chocaron un tranvía y un trineo, el tranvía cogió al trineo por el medio y cuando salió el trineo ya había pasado una hora y se habían amontonado los carros de todos lados.

Viajaban como lo que eran, personas ricas -después vendrían tiempos peores-, y se alojaban en los mejores hoteles. Este Hotel Bristol estaba al lado de la Biblioteca Pública de Nueva York, fue derruido en 1929 y en su lugar se levantó el 500 de la 5ª Avenida, ya terminado en 1930.

Zenobia y su madre regresaron a España tres meses más tarde, en mayo, y poco tiempo después se instalaron en Sarriá donde vivieron cuatro años y donde también estaba el hogar de los dos hermanos de Raimundo Camprubí. Zenobia e Isabel siempre tuvieron una relación muy estrecha con la familia paterna.

La estancia en Sarriá duró hasta diciembre de 1900. Aquí conoció a su gran amiga de la infancia, María Muntadas, amistad que duraría toda la vida. Y aquí creó Zenobia su primera sociedad, “La abeja industrial”, como un anticipo de todas a las que pertenecería en el futuro. Su hermano Jo le escribió el 15 de julio de 1900, desde el campamento de ingenieros de Martha’s Vineyard:

Acabo de recibir tu cartita. Me alegro mucho que hayas fundado la sociedad de “las abejas industriales” y espero que aumentarás el número de las socias, pero siempre con reserva y cuidado para que no entre en la sociedad ninguna que os sea antipática. Corresponde al “Sewing Circle” en las ciudades americanas. Sólo espero que coseréis más que las chicas americanas. En el “Sewing Circle” de Boston hay 60 o

*70 chicas y tienen que hacer dos piezas de ropa para los pobres o, si no, son expulsadas del “Sewing Circle”. Luego tienen sus lanches y en los reglamentos de la sociedad hay reglas para no permitir que los lanches se conviertan en banquetes. Espero que encuentres en Tarragona amiguitas a tu gusto, si no, tendrás que arreglarte con María [...]. Cuéntame todo lo que haces, por ejemplo: los libros que lees, las cosas que estudias y que te interesan, si sigues con tu dibujo, si sigues con el piano y qué piezas tocas. No digas que en Barcelona no hay diversiones lícitas pues sí las hay.*¹¹

“La abeja industriosa” y el “Sewing Circle” son el precedente de los “Roperos” y asociaciones similares a los que Zenobia asistió. Sirvan de ejemplo, el Ropero de las Calatravas que Zenobia frecuentaba en 1911; el Comité Femenino de Higiene Popular, del que era su tesorera en 1912; la Visita Domiciliaria, 1912; la Enfermera a Domicilio, de la que fue cofundadora en 1919¹² y su tesorera en 1920; el Ropero de Santa Rita, etc.

Raimundo Camprubí fue trasladado a la Jefatura de Obras Públicas de Tarragona y con él su familia. Isabel siguió con la idea de que sus hijos varones estudiaran fuera de España y envió al segundo de ellos, Raimundito, a Alemania; de allí pasó a Suiza al año siguiente.

Zenobia ya tiene quince años -1902- y empieza una etapa movida en su vida. Pasa temporadas con sus tíos en Barcelona y Sarriá y en julio Isabel coge a Zenobia y al hijo pequeño, Epi, y se van a Suiza, sin duda a visitar a Raimundito. Allí pasan cuatro meses, de julio a octubre, y allí se encuentran con sus tíos norteamericanos, tía Bessie y Tío Tom, y con la hija de ambos, su prima Zenobia. Zenobia establece sus primeras relaciones sociales, como vemos por la correspondencia recibida y por su álbum de fotos. A su regreso de Suiza se instalan en Valencia, Raimundo había sido nombrado jefe de la División de Trabajos Hidráulicos del Júcar y

¹¹ “Libro de recuerdos de Zenobia”, Archivo de la Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez.

¹² El 1 de febrero de 1919 se fundó La Enfermera a Domicilio por Katherine Bourland (*Smith College*), María de Maeztu, Rafaela Ortega y Gasset y Zenobia Camprubí.

el Segura en esta ciudad, después de haber pasado unos meses en la Jefatura de Ávila. Este puesto lo desempeñó hasta el 19 de abril de 1905 en que fue trasladado a Madrid como secretario de sección del Consejo de Obras Públicas. Se instalaron en un piso de la calle Navellos, nº 14, en la *ciutat vella*. Era una casa nueva, propiedad de Tomás Trenor Bucelli, edificada en 1890, por el arquitecto de la familia, Joaquín María Belda. Es la típica casa burguesa que consta de planta baja -acceso a la calle-, entresuelo -dedicado a actividades laborales, vivienda del portero, etc.-, principal -planta noble, la más importante del edificio-, primer piso, segundo piso y ático. Los Trenor Bucelli -matrimonio y tres hijos varones- habitaban el principal y el primer piso -dormitorios-; su vivienda tenía una entrada independiente del resto del edificio. Los Camprubí ocupaban el segundo. En la actualidad el propietario del edificio es José María Trenor Arróspide, marqués de Serdañola y de Sot. Los Trenor, familia importante en la ciudad, habían creado un emporio, hasta el punto de que a uno de ellos, Tomás Trenor Palavicino, se le debe la Exposición Regional Valenciana de 1909, que marcó un antes y un después en el desarrollo de la ciudad.¹³ Un Trenor, Fernando, era ingeniero de la División de Trabajos Hidráulicos del Júcar y el Segura; de ahí la relación por la que los Camprubí habitaban en uno de los pisos de los Trenor.

El edificio sigue en pie, hace esquina y da a la Plaza de San Lorenzo; desde las ventanas del piso que ocupaban -2º-, Zenobia tenía frente a ella la cúpula de la iglesia de San Lorenzo, incluida en su relato “Valencia”. Por este relato sabemos que no fue muy feliz en esta ciudad:

[...] esos dos años de mi vida fueron el colmo del ennui y uso la palabra francesa porque abarca tanto más que el aburrimiento español. Yo estaba fastidiada, triste, encogida, rara. Es verdad que estaba en la edad del pavo o de la pava pero había muchas cosas más. Vivíamos en un piso de la ciudad. El piso hacía esquina y era espacioso y claro pero por los dos lados daba a calles ciudadanas y sólo el cuarto de la esquina daba sobre un ensanche-plaza más allá de la cual estaba el río que yo no podía

¹³ Véase VV.AA., 2009.

*ver, pero por ahí escapaba mi imaginación. Creo que no tenía cuarto, y que dormía en el mismo cuarto que mamá. Lo mismo daba ¡la vida era tan gris! Lecciones de música y de francés con profesores que venían a casa, italiano, historia, literatura con mamá. Paseos de una hora diaria, rígidos, aburridos, por hacer ejercicio, con papá. Los domingos a misa con Bobita. No conocía a una sola niña de mi edad. Una vida hacia dentro y por únicos compañeros: mamá, Epi y los libros. ¡Parecía que la vida se había secado! Pero recuerdo la cúpula de azulejos de colores de una iglesia y una campana... La única gran alegría eran las cartas de Yoyó tan maravillosas y continuas, las de Raimundito eran divertidas a veces, pero ¡quién se fiaba de ellas! Raimundito era un sin fundamento!*¹⁴

Zenobia no fue muy feliz en Valencia, a pesar de vivir en una zona muy bonita, en la parte monumental. Sin embargo, la ciudad fue el referente de su artículo “Valencia, the City of the Dust, Where Sorolla Lives and Works”¹⁵ en él no sólo se detiene en panorámicas, también en costumbres y fiestas.¹⁶

Raimundo Camprubí ha sido para los seguidores de Zenobia el gran desconocido, y digo “ha sido” porque gracias al hallazgo de una tarjeta postal y una carta -de la que hablaré más adelante-, en medio de la enorme cantidad de correspondencia de la familia Camprubí Aymar, conocemos un poco los sentimientos de este hombre. Por la tarjeta postal sabemos que en julio y agosto de 1903 se marchó a Suiza para visitar a su hijo Raimundito, fue solo y estuvo viajando con él, visitaron el lago Como y las poblaciones que lo bordean: Bellagio, Como, etc. Este viaje nos permite saber que se preocupaba por sus hijos y que no era tan frío como pensábamos. Zenobia, Epi y su madre también fueron a Suiza y él regresó a Valencia. Ellos pasaron allí cuatro meses, de agosto a noviembre; se instalaron en Lausana, en Villa Grancy, Boulevard Grancy. Amigas en este viaje son Dora Berry y Gabrielle Martin.

¹⁴ CAMPRUBÍ, 1995, pp. 324-25.

¹⁵ *The Craftsman*, vol. XVIII, 2 de mayo 1910, New York, pp. 206-218.

¹⁶ Véase CORTÉS IBÁÑEZ, 2006, pp. 337-353.

En diciembre regresaron a Valencia. Esta ciudad no hizo feliz a nadie de la familia porque en mayo de 1904 Isabel salió de la ciudad precipitadamente, acompañada de Zenobia, Epi y Bobita, es decir, abandonó a su marido. El motivo fue que Raimundo perdió una fuerte suma de dinero en la Bolsa y el acreedor amenazó a Isabel con matar a Epi si ella no pagaba dicha deuda. Isabel, muerta de miedo, optó por abandonar España. Después de varios transbordos para evitar que los siguiesen, llegaron a Nueva York en agosto de 1904.

En septiembre, desde Nueva York, Isabel escribe a su cuñado Pepe una larga carta de la que extraigo un fragmento para aclarar la relación del matrimonio:

[...] Yo había salvado nuestro buen nombre pagando lo que Camprubí había perdido en aquellas especulaciones que tanta pena me causaban, pero tú mismo me dijiste que ni por salvar al padre debía yo arruinar a mis hijos. ¿No comprendes, me contestaste, que la separación de bienes es lo último? ¿que es la separación verdadera entre Vds.? ¡Ay! Dije, hace años que es un hecho consumado puesto que para todo lo que sea su cariño, su apoyo, su consejo, no tengo esposo, para todo lo que sea el cumplimiento del deber, sí. Jamás abandonaré a mi marido, es el compañero que elegí, que Dios me dio, el padre de mis hijos y hasta el día de mi muerte encontrará en mí todo lo que una hermana fiel y cariñosa pudiera hacer. Jamás he variado de propósito, ni en los momentos más aciagos de mi vida y sin embargo he huido de mi hogar y he dejado a Camprubí solo! Y esto he hecho porque no me quedaba otro camino [...].

Era el segundo viaje de Zenobia a Nueva York. Raimundito también acudió desde Suiza. En cuanto llegaron Isabel organizó a la familia en dos bloques. A Zenobia y Raimundito los mandó con su hermano José Aymar -acompañado por su criado Pascasio-, a pasar una temporada en Pointe au Pic, Canadá, donde veraneaban José Camprubí y su esposa Lillian. El otro grupo, formado por Isabel, Epi y Bobita, se quedó en casa de tía Bessie, en Yonkers.

Zenobia, Raimundito y acompañantes se alojaron en el Hotel The Lorraine, Fifth Avenue 45 Street, en Nueva York. Salieron por la noche en tren hacia Montreal y de allí a Québec. Durmieron en una suite del impresionante Château Frontenac y al día siguiente salieron hacia Pointe au Pic, una ciudad turística a unas cuatro horas de Québec, a orillas del río St. Lawrence. El hotel Château de Frontenac, situado en el corazón del viejo Québec, abrió sus puertas en 1893 y actualmente continua siendo un magnífico hotel de lujo, categoría cinco estrellas, está situado en un alto promontorio con vistas al río St. Lawrence. Este edificio es imagen emblemática de la ciudad de Québec.

En Pointe au Pic comenzó una nueva vida para Zenobia, con muchas salidas, amigos, reuniones, etc. con gente de su edad. A ella, un tanto tímida, esta nueva vida le costaba un poco.

Mientras tanto Isabel preparó su casa, su hogar en Newburgh, ciudad de unos veinticinco mil habitantes. Jo, el hijo mayor ya era ingeniero y trabajaba en uno de los túneles del río Hudson; Raimundito, el segundo, comenzó a estudiar en la Universidad de Columbia, en Nueva York; y el pequeño, Epi, aunque Isabel siempre lo había mantenido en casa a causa de su delicada salud, ahora ya debía empezar sus estudios. Isabel escribe a su marido y le da una panorámica general de la situación familiar. Le escribe así en el otoño [de 1904]:

He escogido como residencia una pequeña capital de provincia donde vivimos muy económicamente, pero sin que nos falte nada necesario para la salud. El frente de esta casa da a una calle, la de atrás al campo, de modo que tenemos la protección de un vecindario decente a la vez que gozamos de aire puro del campo.

Al abrirse las escuelas públicas coloqué en ellas a nuestros hijos. Estas escuelas no dejan nada que desear, pero por efecto del desnivelamiento entre los distintos pasos de instrucción recibida por la niña, quedamos, ella y yo, convencidas de lo que siempre pensé y es que, dadas sus condiciones de aplicación, le sería mucho más ventajoso estudiar en casa dirigida por persona capaz y es lo que hacemos y va resultando que nuestra nena no está por debajo del término medio, más bien por encima.

Epi sigue en la escuela habiéndose captado el aprecio de sus instructores. Está en una clase compuesta de niños que por término medio tienen 12 años, pero habiendo por fin conseguido resolver el problema de su vista va trabajando tan bien que me dicen que es más que probable que el invierno que viene pueda pasar dos clases y entonces ya no se podrá considerar rezagado¹⁷. El Director quiere hacerle pasar a una clase más alta desde ahora pero yo no quise, comprendiendo que tenía que habituarse, no solamente al trabajo sino a los pequeños detalles como el poder leer a prisa y de lejos lo que hubiese en la pizarra, a distinguir bien los ruidos a distancia etc. Es nuestro nene sumamente deberoso, jamás tengo que recordarle la hora de estudio, por el contrario tengo que vigilar que no trasnoche con sus libros desde que me enteré de que no había dormido una pasándola toda estudiando. No descuido la cuestión física y hace ejercicio a diario al aire libre y está mejor de su padecimiento nervioso. [...]
En circunstancias ordinarias hubiéramos echado de menos algunas cosas, pero como realmente jamás nos han faltado alimentos no se puede decir que hayamos pasado miseria y aunque aquí existen ventajas de las cuales por falta de medios no pueden gozar nuestros hijos en cambio la instrucción que reciben supera en gran manera a la que en Valencia hubiesen podido recibir.

Con todo esto trato de consolarme y a ti confiando que del mal que nos quisieron hacer resulte el bien que Dios nos da. [...]

Epi se muestra como buen estudiante pero sólo fue al principio. Jo, muchacho responsable, estudioso, trabajador, correcto, simpático y con mucho sentido común, había hecho amigos en su nuevo país, amigos que lo fueron hasta el final de su vida y amigos que también lo fueron de su madre y hermanos. Éste fue el caso de los Wheelwright, de los Rotchs, de Henry Shattuck...

Al mes siguiente, en octubre de 1904, encontramos a Zenobia en Boston.

¹⁷ Epi tiene 14 años, por lo que vemos que está ligeramente atrasado con respecto a su edad.

2. BOSTON Y ZENOBIA

A lo largo del tiempo, las ciudades por las que pasamos inciden en nuestra vida y establecen con nosotros una estrecha relación. La mayor parte de las veces esta incidencia no se produce con las ciudades en las que hemos nacido o en las que vayamos a morir; son otras intermedias en nuestra línea vital las que, sin saberlo, son testigo de los momentos de más calado en nuestra vida, en ellas se tejen los hilos finísimos y definitivos de nuestra existencia.

Esto exactamente es lo que veo entre la vida de Zenobia y Boston, lo veo ahora, gracias a la perspectiva que voy teniendo al conocer más y más los pequeños detalles de su vida, el devenir de su día a día. Sí, ya sé que Nueva York fue la primera ciudad extranjera que conoció, la primera ciudad del país de su familia materna; sé que le encantaba, que allí dejó de ser adolescente, que allí disfrutó de su familia, que allí se casó... Pero la ciudad que la hizo muy feliz, la ciudad en la que vivió ilusiones, emociones, la ciudad en la que despertó al mundo de los adultos..., esa ciudad fue Boston. Boston ha sido testigo de los momentos más felices y de los más tristes y amargos en la vida de Zenobia Camprubí.

Boston es una ciudad fuerte, bella, con carácter. Zenobia la conoció en 1904 y ni ella ni los que la seguimos habríamos adivinado nunca la estrecha relación que, desde su primer viaje, se establecería entre ambas. Esta relación no es sólo con Boston sino con una serie de pequeñas localidades -Annisquam, Jamaica Plain, Brookline, Wheelwright, etc.- que ya en el siglo XIX fueron anexionadas a Boston.

Llegó allí invitada por una amiga de la familia: Mrs. Rotch. Su esposo, el Dr. Thomas Morgan Rotch era médico del Hospital Infantil de Boston, estaba especializado en medicina infantil.

La casa de los Rotchs estaba enclavada en una zona nueva de la ciudad, la Commonwealth Avenue, que comienza donde termina el muy bonito y bien cuidado Public Garden de Boston; es una Avenida amplia, de dos vías y un gran paseo central con abundante vegetación. Años más tarde, en 1911 (23 de febrero), Zenobia escribe a Helen Rotch desde Madrid y le dice que la Castellana le

recuerda a la Commonwealth Avenue; ante esta comparación debo decir que la Castellana de hoy es mucho más urbana y acementada que la avenida bostoniana, aunque posiblemente no fuese así en los años en que Zenobia vivió en Madrid.

Los edificios de la Commonwealth son casas bonitas, elegantes, la mayoría se construyeron a finales del siglo XIX. La que habitaban los Rotchs era una casa unifamiliar de ladrillo rojizo, de cinco alturas, con miradores, en el número 197. Los Rotchs eran padres de dos hijos, Tom y Clara. Tom era compañero de estudios y amigo de Jo Camprubí, el hermano mayor de Zenobia; tenían la misma edad, ambos habían nacido en 1879.

En 1902, dos años antes de que llegase Zenobia, el hijo de los Rotch había muerto de neumonía, tenía 23 años. Cuando Zenobia llegó a casa de los Rotch tenía 17 años, y enseguida se hizo amiga de Clara Rotch. En este primer viaje pasó una semana con ellos; las impresiones que le escribe a su madre son muy claras: “Todos estamos buenos y divirtiéndonos muchísimo”.

Un año más tarde, en otoño de 1905, Zenobia estaba nuevamente en Boston, fue con su hermano Jo. Allí estuvieron con Henry Lee Shattuck, buen amigo de Jo y pretendiente eterno de Zenobia.

La familia de Shattuck, originaria de Boston, era conocida y prestigiosa. Sus antepasados paternos pertenecían al mundo de la medicina; incluso su hermano gemelo, George Cheever Shattuck, era profesor de Medicina Tropical en la Universidad de Harvard -la existencia de su gemelo es un dato poco conocido-. Los antepasados maternos se dedicaban a negocios y finanzas. Tanto una familia como otra estaban entregadas a la ciudad de Boston. Por ejemplo, su abuelo paterno fundó el colegio privado St. Paul School, en Concord; y el materno fue uno de los fundadores, además de presidente, del Union Club, sito en 8 Park Street, el Club más antiguo de Boston, fundado en 1863 por destacados profesionales de la ciudad; actualmente continúa funcionando. Por Zenobia sabemos que a J.R. le encantaron los objetos de escritorio y el papel de este Club.

Henry, como todos sabemos, fue abogado y, desde 1912, se ocupó de los asuntos patrimoniales de Isabel Aymar. Cuando ésta murió en 1928 se ocupó de los asuntos de Zenobia.

Raimundo Camprubí, que había quedado en Valencia, escribe a su hija y en dicha carta se muestra como un hombre paciente, razonable y que quiere a su familia aunque realmente no hay un buen entendimiento entre ellos; es una carta que nos informa del tejido interno familiar. El 28 de marzo [de 1905] le escribe desde Valencia:

Tu carta del 19 de marzo que acabo de recibir ha sido un gran consuelo pues hace días que estaba muy inquieto, no sabiendo atribuir vuestro silencio sino a hallarse mamá o alguno de vosotros enfermo. ¿Por qué mamá no me escribe? [...]

Yo dejaré Valencia dentro de tres o cuatro días para pasar un par de semanas en Barcelona con tío Pepe y de allí me iré a Madrid a mi nuevo destino en el Ministerio, pues estoy destinado a la Secretaría del Consejo de Obras Públicas que lo forman los Inspectores del Cuerpo y, aun cuando ascienda, yo no tendré que cambiar de residencia, si es que continúo entonces en el destino que tengo ahora. Esto dependerá de los proyectos que forme con mamá cuando penséis en volver. [...]

Ahora me encuentro bien del estómago y de todo y sólo me falta mi mejor mitad y mis hijos.

No vuelvo a escribirte nada de mis propósitos y planes porque es tomar el rábano por las hojas y no nos entendemos. Yo no creo que mamá esté loca pero sí que su cabeza se encuentra débil y todo lo que no puede salir como ella desea la atormenta, y hay que proporcionarle tranquilidad. Pues bien, ella no ha sabido nunca, ni le ha gustado, ocuparse de la casa y sin embargo, para la satisfacción de toda familia, es indispensable que en el hogar haya quien se ocupe de las cosas materiales.

En nuestra casa, desde que faltó granmamá, ha sido la pobre Bobita la que se ha ocupado de muchas cosas para las que no sirve su buena voluntad, su fidelidad, interés y yo pretendo que, mientras vivas con tus padres, te encargues tú de suplir los cuidados que corresponden a mamá ya que ésta no está en edad de aprender y siempre les ha tenido aversión. [...]

Al año siguiente, en octubre de 1906 encontramos a Zenobia nuevamente en casa de los Rotchs. Cuando estaba allí no paraba de salir; en este último viaje fue a ver dos obras de teatro, a un concierto y a una exposición floral, y todo ello en aproximadamente una semana. Parece ser que entre Mrs. Rotch y Zenobia existía una gran corriente de simpatía, de buen entendimiento y aprecio y, aunque Zenobia estuviese en casa de alguna otra de sus amigas, en otra zona de Boston -Jamaica Plain, Brookline, Wheelwright, etc.- visitaba a Helen Rotch y salía con ella. Y poco a poco se fue estrechando la amistad entre ambas. Zenobia escribe a su madre:

Las personas que más me gustan en Boston son: Mrs. Rotch, Elsie Barker, Clara Rotch y Bob Seymour. Mrs. Rotch me gusta porque es tan buena, tan amable y tan cariñosa; Elsie Barker porque tiene un gran corazón y un alma muy generosa; Clara Rotch porque es muy agradable, tiene sentido común y sabe lo que se pesca; y Bob Seymour porque se molesta por cualquiera, es muy divertido y al mismo tiempo dice cosas que demuestran bastante profundidad de sentimientos. Sin embargo, de todos, aunque me gustan la mar, quien más me gusta es Mrs. Rotch (10-11-1906).

Algo que desconocíamos hasta el momento presente es que Raimundo Camprubí fue a EE.UU. a visitar a su familia. No he leído carta ni documento alguno, salvo una carta de Raimundo, donde se hace referencia a dicho viaje. La escribió a su hija Zenobia, en el buque *Carpathia*, el 12 de diciembre [de 1908] cuando regresaba a España:

Queridísima hija:

Hace ya ocho días que me separé de ustedes y aún no he logrado rehacer mi ánimo por completo después de las luchas que sostuve entre mi corazón y mi cabeza, antes de decidirme a regresar a España para continuar mis ocupaciones profesionales [...]

Llevo el consuelo de creer que me ayudarán a reconstituir nuestro hogar si la Providencia nos dejara ocasión de hacerlo, donde quiera que sea, y que entretanto trataremos de buscar ocasión de reunirnos donde podamos. Ya no me considero un paria como durante los cuatro últimos años y esto me da resignación para emprender esta nueva etapa de soledad [...].

La buena corriente entre Zenobia y Mrs. Rotch se ve mejor cuando Zenobia, después de cuatro años en EE.UU., regresa a España y le escribe; son cartas muy largas en las que Zenobia abre su corazón a Helen porque está convencida de que la entiende.

En octubre de 1911 Zenobia volvió a EE.UU. con motivo del nacimiento de la primera hija de su hermano Jo; pasó cuatro meses: octubre, noviembre, diciembre de 1911 y enero de 1912. Naturalmente, fue a Boston, necesitaba aclarar cosas con Shattuck.

Su siguiente viaje a esta ciudad fue en enero de 1916. Volvió a disfrutar de sus amigos: Eric y Olga Lingard, los Wheelwright, Henry Shattuck, Miss de Meli, Miss Paulding... En palabras de Zenobia, lo está pasando divinamente, además de estar vendiendo cerámica y antigüedades. Regresa a Nueva York antes de terminar enero.

Cuando volvió a Boston mes y medio después ya era Sra. de Jiménez. Fueron durante su luna de miel. Las dos primeras noches como matrimonio las habían pasado en Nueva York, en el National Arts Club, en el nº 15 del acogedor y tranquilo Gramercy Park South.¹⁸ Se casaron un jueves, descansaron el viernes en el National Arts Club y el sábado por la tarde salieron para Boston; llegaron al Hotel Bellevue a las 11.30 de la noche.

El Hotel estaba situado en 21 Beacon Street, un hermoso edificio que hace esquina con Bowdoin Street; abrió sus puertas como hotel en 1868. En él vivió, en 1869, Louisa May Alcott, la autora de *Mujercitas*, mientras escribía la segunda parte de esta obra; en 1899 este edificio fue sustituido por el que acogió a Zenobia y Juan Ramón y que todavía existe. Este hotel tiene enfrente el Ateneo de Boston. Como vemos, la zona respira atmósfera literaria. En él también se alojó J.F. Kennedy en 1946; esto me hace recordar que Zenobia y J.R. también fueron coincidentes con Kennedy en otro edificio, en la Dorchester House, en la calle 16 de Washington.

¹⁸ Éste era un buen Club, fundado en 1898 tuvo su sede en una casa de la calle 34; en 1906 se trasladó a la Tilden Mansion de Gramercy, un edificio construido en 1840. Y allí sigue, en él se presentan exposiciones de pintura y arte en general.

El edificio de lo que fue Hotel Bellevue hoy está destinado a apartamentos pero todavía permanece el nombre del hotel en la puerta.

Parece ser que a los recién casados no les gustó mucho este hotel y, al día siguiente Zenobia escribe a su madre:

[...] salimos Juan Ramón y yo a ver Boston y bajamos tranquilamente por Beacon Street y Commonwealth Ave[nue], explicándole yo todas las cosas que me gustan en Boston [...]

Nos metimos en el [Hotel] Somerset para almorzar como un gran spree [especial], temblando de miedo de los precios y pensando comer poco y, una vez dentro, nos gustó mucho. La comida a la carta no era nada más cara que la del National Arts Club y se nos ocurrió preguntar por los cuartos y ¡Oh, qué alegría! no costaban ni una pizca más que aquí y son preciosos y con unas vistas lindas al parque nevado. Estoy entusiasmada con tal que se le pase este frío a Juan Ramón. Dirígenos [el correo] al Somerset, Boston. Hemos vuelto aquí por el equipaje y salimos enseguida para allá. Me gustaría mucho que pudieras ver todo esto, es agradabilísimo (5-3-1916).

El Hotel Somerset fue construido en 1897 por el famoso arquitecto Arthur H. Bowditch; es un edificio muy bello, elegante, enclavado en 400 Commonwealth Avenue, la misma Avenida en la que vivieron los Rotchs. En sus elegantes salones se celebraron bailes, cotillones, tés y fiestas de debutantes. Su vida como Hotel terminó en 1984 y se convirtió en edificio de apartamentos. Era vecino de otro interesante Hotel, el Puritan, también convertido en apartamentos.

Se trasladaron al Somerset, y al día siguiente le escribe a su madre:

Estamos en el [Hotel] Somerset que es un encanto. Ya he visto a Mrs. Wheelwright, a Delia y a Billy, este último almorzó con nosotros hoy y lo pasamos divinamente. He hablado con Henry [Shattuck] y con el prof[esor] Sedgwick por teléfono y ya todos están enterados de que estoy aquí. Billy nos va a llevar a Harvard [Universidad] y a editores y Delia nos ha regalado un

chafingdish [calienta platos] y Mrs. Wheelwright, un portafolio para mí (6-3-1916).

Me gustaría que pudieras ver qué monada de cuartitos que tenemos con private bath [baño privado] y todo (8-3-1916).

Ese mismo día también escribe a su suegra, a mamá Pura:

Queridísima mamá: estamos en Boston desde ayer, muy contentos.

Por todo esto vemos muy bien cómo es el estado anímico de Zenobia al encontrarse de nuevo en Boston, en la ciudad y con sus amigos. Salieron mucho, punto nada extraño en Zenobia, que escribe:

Hoy vamos en un momento al [Hotel] Copley Plaza a almorzar con Billy [Wheelwright] y con un editor de libros de escuela, amigo suyo. Luego yo voy con Margaret a ver la Comedia Francesa y Juan Ramón se queda solito toda la tarde en el hotel para escribir un artículo sobre Jardines españoles (10-3-1916).

Zenobia visitaba los mejores hoteles. El Hotel Fairmont Copley Plaza de Boston, al que hace alusión en este último fragmento que acabo de leer, es un céntrico y elegante hotel que abrió sus puertas en 1912. Fue diseñado, al igual que el Hotel Plaza de Nueva York y el Hotel Willard de Washington -otros dos de los más elegantes-, por Henry Janeway Hardenbergh; continúa abierto en la actualidad.

Zenobia escribe a su madre:

Ayer almorzamos con George Wheelwright, visitamos a Mr. & Mrs. Wheelwright, que pusieron a nuestra disposición su trineo para dar un paseo por el parque, y tomamos el té en casa de Page [Wheelwright], concluimos cenando con Billy y Delia [Wheelwright]. Esta mañana salimos primero a encargar las fotografías de Garo, luego fuimos a Ginn & Co. (compañía que publica libros de escuela) en donde Juan Ramón se encantó, luego fuimos al lunch al Union Club con George y Page W[heelwright]. Luego vimos a Mifflin de Houghton y

Co[mpany], luego a Harvard en donde dimos una ojeada general y especializados en publicaciones universitarias. Acabamos de regresar, cansados saludablemente. Se me olvidó decir que tomamos el té en casa de Longfellow con su hija Edith que es ahora una señora de edad. Mañana tenemos todo el tiempo ocupado conque no te extrañe si no te escribo (13-3-1916).

Despliega gran actividad:

Esta mañana almorzamos con Margaret Paulding en Brookline y esta noche viene Henry [Shattuck] a cenar con nosotros. Todo es interesantísimo y hay mucho que hacer siempre. Mucho más de lo que se puede. Se nos han acumulado por lo menos dos docenas de libros ¡Qué caja vamos a llevar para allá! (14-3-1916).

El 17 de marzo regresaron a Nueva York y se instalaron en el Hotel Marlton, situado en la calle 8, entre la 5ª y la 6ª Avenidas, zona bohemia de Greenwich Village; sólo se quedaron una noche, no les gustó. Zenobia lo define como “tristísimo, pobre y sucio” y al día siguiente salieron rápidamente en busca de otro hotel y se mudaron al Hotel Van Rensselaer, en Washington Square.

Veinte años después, en agosto de 1936, salieron de España; vivieron en Cuba, Miami, Washington, Riverdale y a continuación al destino definitivo: Puerto Rico.

Cuando Zenobia volvió a Boston, muchos años después, el 26 de diciembre de 1951 fue por motivos bien distintos: para operarse cinco días más tarde, el 31 de diciembre.

Inés Muñoz me acompaña con una fidelidad sin límites desde que llegué al aeropuerto de “Idlewild” [John Fitzgerald Kennedy]. Tiene una habitación en un hotel cercano y se pasa conmigo todas las horas de visita, de 1 a 8. Aquí no me faltan amigos y lo pasaría magníficamente si no fuera el dolor interior profundo que me causa estar separada de J.R. En el hospital no admiten a las familias como huéspedes y no dejo de darle gracias a Dios en todo momento porque no logró acompañarme (Carta a Juan Guerrero, 29-12-51).

Zenobia se operó en el Massachusetts General Hospital de Boston y el hotel cercano en el que se instaló Inés es el Bellevue, el que ellos dejaron durante su viaje de novios para ir al Somerset, como ya hemos visto. Y escribe:

En los Estados Unidos tengo muchísimos amigos y parientes que me cuidarán bien en este trance [su inmediata operación]. En cuanto a mi bienestar momentáneo aquí es perfecto. Inés se está de 1 a 8 (las horas permitidas de visita) y, además, todos los días tengo una o dos amigas un rato. El gran amigo de mi hermano José y mío [Henry Shattuck], de toda la vida, vuelve a Boston el lunes y él y su oficina se ocupa de todos los detalles de mi instalación actual, ya que es el albacea de mi madre. No me falta nada excepto en lo afectivo por una cruel circunstancia (29-12-51).

Zenobia en todo momento estuvo acompañada por su buena amiga Inés Muñoz quien, además de cuidarla y atenderla, le escribía a Juan Ramón y le contaba el estado en el que se encontraba y los adelantos que hacía:

A las horas que no estoy saben los médicos y las enfermeras dónde llamarme, y el hotel está tan cerca que, si necesitan llamarme, al momento estaría allí. Precisamente por eso vine a este hotel [Hotel Bellevue, Beacon Hill, Boston],

escribe Inés a Juan Ramón el 7 de enero de 1952.

Zenobia recibió las visitas de sus amigas de juventud: Charlotte Greene, Grace Nichols, Delia Wheelwright y Gladis Fitch; y su cuñada y sobrina le enviaron rosas.

Voy tan bien que me dan de alta cuatro días antes de la fecha. La operación fue felicísima. Voy a una preciosa casa de convalecencia. De allí les escribiré” (Carta a Juan Guerrero, 9-1-52).

Al día siguiente, 10 de enero, Zenobia salió del hospital y marchó a Storrow House, casa de convalecencia. Desde allí escribe el 14 de enero de 1956:

Estoy batiendo todos los precedentes con mi rapidísima recuperación. Salí del hospital cuatro días antes de cumplirse los quince de reglamento después de operada y ahora, en cuatro días, ¡me he echado siete libras encima! (Bien es verdad que perdí diez en los once días anteriores). Afortunadamente, para las ganas de devorar que me aquejan, aún puedo echar dieciocho más encima antes de alcanzar mi peso normal en Riverdale, antes de ponerse malo J.R. Bueno, bromas aparte, las cosas van muy bien.

Storrow House está situada en 14 David G. Mugar Way. Su vida comenzó en 1824 como clínica oftalmológica, fundada por el Dr. John Jeffries. El edificio que hoy vemos, en el que estuvo Zenobia, se construyó en 1909 y fue vivienda de enfermeras, después casa de convalecencia. En 1986 sufrió una rehabilitación y cambió su nombre por el de su creador, se llama The John Jeffries House of Boston. Por tener un enclave cercano al Massachusetts General Hospital y a otros hospitales, aloja a enfermos y a sus familiares, además de ser *bed and breakfast* para viajeros en general. Unos días después, el 20 de enero escribe:

Yo salí del hospital cuatro días antes de lo prometido por el médico; de Storrow House, siete días antes porque los convalecientes me deprimían; y ahora estoy en un preciosísimo club de mujeres, en donde me hago servir el desayuno en el dormitorio por las mañanas, y llevo una vida de lo más comoda esperando el jueves, cuando el Dr. Meigs me abra la puerta de la jaula y escape a la granja de una prima que, por haberse operado cuatro veces este año, cree que está en mejores condiciones que nadie para cuidarme. Allí no tendré más remedio que pasarme la vida holgazaneando y comiendo. Se me olvidó contarle la hazaña de la que más orgullosa me siento: ¡adquirir siete libras en cuatro días! Aquí tengo, además de a Inés Muñoz, a muchísimos amigos que me miman un horror y esta vez mi conciencia me permite dejarme querer. [Boston. Women's City Club], 20 de enero de 1952.

El Women's City Club estaba situado en 40, Beacon Street, Boston. Zenobia llegó a él el 17 de enero, siempre con Inés Muñoz, quien escribe a J.R.:

Estamos cómodamente instaladas en esa casa. Los dormitorios no son grandes pero hay muchos salones agradables donde recibir visitas, leer, etc. Aunque el cuarto de Zenobia no es grande, tiene buena cama, mesa de escribir, y en él pasa Zenobia las horas de descanso, con buena luz, calentita, tranquila y con mi dormitorio al lado del suyo (20 de enero de 1952).

Su prima es Hannah Crooke, la misma que vino con ella a La Rábida en 1909; cuando Zenobia regresó de Boston pasó tres días con ella en su granja para recibir sus cuidados. Durante toda la vida ambas mantuvieron muy buena relación, como se puede ver a través del *Epistolario* de Zenobia. Inés también la acompañó.

Su siguiente viaje a Boston sería el 24 de junio de 1956 para ir al Massachusetts General Hospital, nuevamente, con el deseo de sufrir una segunda intervención quirúrgica, que no se llevó a cabo.

El último viaje sería tres meses después, el 2 de septiembre, y fue el definitivo. La última entrada de su Diario la escribe precisamente desde Boston, el 13 de septiembre de 1956.

Veo que en cierto modo Boston cierra el ciclo vital de Zenobia: la abre a la vida y también le cierra la existencia, y todo ello en un área de Boston más bien reducida: la zona de Beacon Hill, posiblemente la zona más bohemia y de más influencia inglesa de la ciudad. Allí se encuentran: el Hotel Bellevue, el Union Club, el Massachusetts General Hospital, la Storow House, el Women's Club... Y sólo un poquitín más hacia allá la Commonwealth Avenue con la casa de Mrs. Rotch y el Hotel Somerset.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CAMPRUBÍ, Zenobia (1910), “Valencia, the City of the Dust, Where Sorolla Lives and Works”. *The Craftsman*, vol. XVIII, 2 de mayo, New York, pp. 206-218.

----- (1995), *Diario 2. Estados Unidos (1939-1950)*, Graciela Palau de Nemes (ed.), Madrid, Alianza Tres-EDUPR.

CORTÉS IBÁÑEZ, Emilia (2006), “El folclore en los relatos de juventud de Zenobia Camprubí”, en Cousillas Rodríguez, Fernández Roca, Cancelo López y Jarazo Álvarez (eds.), *Actas del II Congreso Internacional de SELICUP. Literatura y cultura popular en el nuevo milenio*, A Coruña, Universidade da Coruña / SELICUP, pp. 337-353, CD-ROM. <http://www.udc.es/congresos/traduccion/selicup/> “Libro de recuerdos de Zenobia”, Archivo de la Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez.

PALAU DE NEMES, Graciela (1982), *Inicios de Zenobia y Juan Ramón Jiménez en América*, Madrid, Fundación Universitaria Española.

SÁENZ RIDRUEJO, Fernando (2009), “Ingenieros de Caminos en Puerto Rico, 1866-1898”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 55, Las Palmas de Gran Canaria, Patronato de la “Casa de Colón”, pp. 311-341.

VV.AA. (2009), *Trenor. La Exposición de una gran familia burguesa*, Valencia, Universitat de Valencia [ed. en español].



3. Zenobia Camprubí Aymar: española de tres mundos

Graciela Palau de Nemes

Me valgo del título del famoso libro de Juan Ramón Jiménez¹ para hablar de su esposa Zenobia, que reunió en sí la cultura de tres partes del mundo: la América Hispana, la América Sajona y España. Por el lado de su madre emparentó con labradores acaudalados de Puerto Rico y grandes comerciantes de los Estados Unidos. Por el lado de su padre, fue española y de buena casta.

Es bien sabido que Raimundo Camprubí, ingeniero español, miembro de una familia catalana de militares distinguidos y profesionales, fue asignado a construir parte de una carretera principal en Puerto Rico entre dos poblaciones importantes: de Ponce a Coamo. La primera, al sur de la isla, era una de las más adelantadas desde el punto de vista cultural y mercantil, y Coamo es famosa desde los tiempos de los indios por dos fuentes naturales, medicinales, la una contiene azufre, usada para curar enfermedades de la piel, la otra, fría, contiene nitrato, que se bebe para curar enfermedades internas.

Raimundo Camprubí conoció a Isabel Aymar, futura madre de Zenobia, porque ella se hospedaba en la misma pensión que él en San Juan, puerto y capital de Puerto Rico, al ir y venir en sus viajes a Nueva York, tierra de su padre y parientes paternos. El ingeniero español pidió su mano y se casaron en esa isla en 1879, ella tenía veinticuatro años y él treinta.

El primer hijo les nació en la ciudad de Ponce ese mismo año. Como era la costumbre entre las buenas familias, le dieron un montón de nombres para honrar a ambos lados. Se llamó José, como el bisabuelo corso, tronco de la familia; Augusto, como el abuelo norteamericano; Raimundo, como el padre; y Luis, como el tío abuelo materno, y lo llamaban José.

A los dos años del matrimonio, los Camprubí Aymar establecieron residencia en Barcelona. Allí nació otro hijo varón, y en Malgrat, pueblo de veraneo, nació Zenobia Camprubí el 31 de agosto de 1887, y por último un hermano menor.

¹ Juan Ramón JIMÉNEZ. *Españoles de tres mundos. Viejo Mundo, Nuevo Mundo, Otro Mundo (1914-1940)*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1942.

Todos estos niños fueron criados por su madre en inglés, los dos mayores marcharon como internos a escuelas de los Estados Unidos, y Zenobia y el menor, enfermizo, fueron educados en España por tutores particulares.

Isabel Aymar de Camprubí era miembro de una importante y rica familia de un pueblo de Puerto Rico llamado Guayanilla, al sur de la isla y junto al mar. El historiador puertorriqueño Otto Sievens Irizarry, pariente lejano, nos da noticias del pueblo y sus antecesores². Próspero por la fertilidad de su valle, allí se cultivaba la caña de azúcar y en las alturas el café. Servía de entrada a aventureros y refugiados políticos y se permitía el comercio legal e ilegal. En 1815, el Rey Fernando permitió la entrada a extranjeros para promover la industria, la agricultura y el comercio local, ofreciendo toda clase de ventajas como la donación de tierras, la importación libre de aperos para la labranza y la importación y exportación de productos. Sólo se le permitiría la entrada a extranjeros de países amigos de España y católicos y se establecieron requisitos para asegurar que los inmigrantes eran personas de buena conducta, beneficiosos para el país. Si lo merecían, se les daba, primero, Carta de Domicilio y sólo si demostraban buena conducta y éxito en sus empresas se les daba «Carta de Naturaleza» para establecerse permanentemente en la isla con sus dependientes, en cuyo caso, tenían que jurar lealtad a la Corona Española y renunciar a la ciudadanía natural.

Un grupo de ciudadanos de la isla de Córcega, en el Mediterráneo, se aprovecharon de esta oferta y otro autor puertorriqueño, Josué G. Lucca, también pariente e investigador de la genealogía de Zenobia Camprubí, nos dice que en 1822 el corso Guiseppe Lucca, descrito como hombre blanco, rubio, de nariz perfilada, llegó a la capital de Puerto Rico al norte de la Isla e hizo la travesía a Guayanilla a través de montes y llanos por caminos para bestias y hombres valientes. Tenía solamente diecinueve años y llegó a ser un gran político y comerciante de la región.³

² Otto SIEVENS IRIZARRY. «Guayanilla en la genealogía de Zenobia Camprubí de Jiménez», *Hereditas*, 3-4, 1995, págs. 51-60.

³ Josué G. LUCCA. *Labrador*. Rincón Cultural, Seattle, WA, 2000, pp. xi y 5.

Este corso se casó con la puertorriqueña Luisa Ballesté, hija de un catalán, y fueron padres de María Magdalena Zenobia Lucca, nacida en Guayanilla en 1827, que habría de ser la abuela de Zenobia Camprubí y la que establecía la relación de sus descendientes Camprubí-Aymar con grandes familias de los Estados Unidos.

Al casarse Don José (Giuseppe) Lucca con Doña Luisa Ballesté, se emparentaba con las familias rectoras del lugar, que por generaciones habían practicado la endogamia para mantener la limpieza de sangre, para retener las propiedades y sobre todo, el poder.⁴

El corso Giuseppe Lucca crió bien a sus hijos y mantuvo su identidad nacional hasta su muerte. Dice Josué G. Lucca que Córcega ha sido una isla en la que sus habitantes, independientemente de la nación que los gobernara, se han sentido nacionales corsos, con su propia forma de pensar, su propio lenguaje e identidad, que los romanos le llevaron la cristiandad y el lenguaje y fue poblada principalmente por italianos, después por franceses, pero conservaron su propia forma de pensar, su propio lenguaje e identidad⁵. Esto se ve por la manera en que Giuseppe Lucca crió a sus hijos. Tuvo cuatro, una hembra y tres varones. La hembra, María Magdalena Zenobia, abuela de los Camprubí, fue la mayor seguida por los tres hermanos: Luis, Eduardo y Julio Benigno.

Giuseppe Lucca los educó bien; asistieron a escuelas en Córcega, pero se interesaron más por el dinero. El mayor abrió, sin permiso, el testamento de su padre. No se casó, pero adoptó a un niño recién nacido y tuvo un hijo natural con una esclava. El siguiente, Eduardo, perdió a su esposa y a la hija recién nacida y quedó desolado a cargo del hijo de un año. De él sólo se sabe que informaba a su hermana y a su sobrina Isabel, madre de Zenobia, de todo lo que pasaba en Puerto Rico. El hermano menor, Julio, inteligente y medio enamorado de su sobrina Isabel (futura madre de Zenobia), quería ser médico y fue educado en Francia, admitido a la famosa Universidad de la Sorbonne y expulsado por retar a un

⁴ Sievens Irizarry, op. cit.

⁵ Lucca, op. cit., p. 4.

duelo a uno de sus compañeros. Regresó a Puerto Rico, se divirtió mucho, se casó, se convirtió en un buen agricultor de cafés y frutos menores, tuvo una tienda de provisiones básicas y catorce hijos que mantener, que siempre estaban enfermos, como él, lo que le impidió salir de la Isla, como quería y murió desencantado.⁶

Lo que les faltó a los hijos de Giuseppe Lucca, le sobró a la única hija María Magdalena Zenobia Lucca Ballesté.

Su padre, que creía en la educación de la mujer, la mandó, a los doce años, a un colegio de niñas llamado «Linden Hall», en el pueblo de Bordenstown del estado de Nueva Jersey, al lado de Nueva York.

La selección de escuelas tenía que ver con las raíces del padre corso, porque la Directora y encargada de las niñas era Madame Murat, cuñada de Jacquet Murat, Rey de Nápoles de 1808 a 1812, que se casó con un Bonaparte y los Bonaparte, originarios de Italia, se establecieron en Córcega. Sus descendientes, además de Napoleón, estuvieron emparentados con las casas reales de Holanda, Nápoles y Westfalia.

Es de suponer que en Linden Hall la niña estaría rozándose con otras de ascendencia corsa y ricas; que aprenderían, además del inglés, el francés y el italiano, lenguas de Córcega.

Por más que la niña echaba de menos a sus padres siguió en la escuela y a los diecinueve años se casó en Nueva York con Augusto Aymar, nacido allí, en la que nos imaginamos una gran boda, porque ofició el Obispo Católico de esa ciudad.

Los Aymar se habían establecido en Nueva York desde el siglo XVIII. Benjamín Aymar, el padre del novio, a los cuarenta años era dueño de un negocio de exportación e importación que llevaba su nombre «Benjamín Aymar». Tenía un barco llamado «De Witt Clinton and Co.» y exportaba e importaba productos de las Indias Orientales (ron y azúcar) y de la China y Rusia. El negocio pasó a ser «Aymar

⁶ Lucca, op. cit., pp. 43-60.

and Co.», incluyendo a su hijo. La madre del novio, Elizabeth Van Buren, pertenecía también a una de las primeras familias de Nueva York.

El joven matrimonio Aymar-Lucca pasó la luna de miel en Europa y regresaron a Puerto Rico en 1849. En 1850 nació Isabel Nieve Aymar, futura madre de Zenobia Camprubí y tres años después el hermano, José Benjamín Augusto Aymar.

Augusto Aymar, padre, se convirtió en socio de Giuseppe Lucca, su suegro y fue condueño de una hacienda de caña en Puerto Rico llamada «La Regenta». Se encargaba de ella y de los asuntos del suegro cada vez que éste se marchaba a Córcega con su mujer e hijos, pues tenía allí muchos familiares y jamás cortó los lazos con su tierra natal.

Las páginas más negras de la historia de las islas del Caribe: Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, tienen que ver con el maltrato de los esclavos. La crueldad existió en algunos lugares de Puerto Rico sin alcanzar la dimensión que tuvo en las otras islas. Por unas memorias de la madre de Zenobia titulada «Reminiscencias de Puerto Rico»⁷ se deduce lo bien que se llevaban los esclavos con los amos del ingenio de sus padres y sus abuelos. Describe la celebración del Día de Año Nuevo, en la que los esclavos, vestidos de fiesta y con música iban a saludar a los amos cerca de sus viviendas y después se reunían en el batey para recibir el aguinaldo que consistía de toda clase de ropa para las mujeres y los hombres y hasta picadura de tabaco y otros regalos envueltos y atados. Entonces tocaban sus instrumentos, cantaban y daban vivas a los amos. En 1872, cuando la abolición de la esclavitud fue decretada para Puerto Rico, la abuela de Zenobia se encargó de proveer a todos un medio de vida decente, dándoles casa, terreno y aperos para la siembra. Este sentimiento humanitario pasó a sus hijos.

Cuando la madre de Zenobia Camprubí se fue a vivir a España con su marido, la gente se asombraba del buen trato que le daban a

⁷ Graciela PALAU DE NEMES. *Inicios de Zenobia y Juan Ramón Jiménez en América*. Fundación Universitaria Española, Madrid, 1982, pp. 78-79.

la antigua esclava Bobita (se llamaba Honorina) que la acompañó toda su vida. Creían que era su sirvienta porque era mulata, hija de un hacendado blanco y una negra esclava. Un familiar compró a Bobita cuando Isabel tenía dos años y ella siete, para compañera de juegos. Bobita rehusó la libertad y se quedó con su dueña que la trató siempre como un miembro de la familia.

En cuanto a la abuela de Zenobia, el historiador Josué G. Lucca la describió como una mujer de intelecto privilegiado que dominaba cuatro idiomas: español, inglés, francés y lengua corsa, y que se destacó en finanzas, teniendo, igual que su padre, habilidad para el manejo de capital monetario, y fue del tronco, la rama más saludable, de donde todos los demás se fortalecieron en tiempo de necesidad, volviéndose un personaje clave en la vida de cada uno de los miembros de la familia, cuyas amistades cruzaron los lindes de la isla de Puerto Rico y se escribían de diferentes partes del mundo. Termina este descendiente diciendo que «sufrió la desesperación de los suyos como propia y de los propios, nadie se enteró».⁸

¡Qué mucho se parecía Zenobia Camprubí a su abuela! Zenobia hablaba español, inglés, francés, y leía el italiano. Fue un personaje clave para su madre y hermanos y sobre todo para su marido. Supo manejar el capital que le dejó su madre y sus familiares maternos; tuvo habilidad para los negocios y sobre todo, como su abuela, sufrió la desesperación de los suyos, como propia, y de los propios, nadie se enteró. En los cinco últimos años de su vida en Puerto Rico, afectada hondamente por la enfermedad de su marido y declarado el cáncer que le quitó la vida, Zenobia Camprubí sufrió en silencio sus dolores. Solamente en su gravedad se enteraron que los padecía y es curioso el caso de que fuera Zenobia Camprubí la favorita de su abuela y que ésta la criara desde los cuatro años, iniciando su norteamericanización como lo había hecho con Isabel Aymar de Camprubí, su hija, y con cada uno de sus hijos.

Abolida la esclavitud y por ende las grandes haciendas, los abuelos de Zenobia se fueron a vivir a los Estados Unidos y la abuela

⁸ Lucca, op. cit., pp. 41-43.

visitaba a sus nietos los veranos en Malgrat, donde nació Zenobia, y en Barcelona. El abuelo murió en Flushing, pueblo de Nueva York, y la viuda y el hijo varón se fueron a Barcelona para estar cerca de Isabel y su familia. La abuela tenía medios, alquiló una gran casa en el Paseo de Gracia, ocupando el cuarto delantero y puso una camita al lado de la de ella para Zenobia, su nieta de cuatro años, y se dedicó a su crianza hasta su muerte en 1895, cuando Zenobia tenía ocho años. Hablándole en inglés y enseñándola a leer en inglés las obras clásicas de su buena biblioteca, la abuela inició la norteamericanización de Zenobia que su madre continuó.

Para que se mantuvieran al corriente con el inglés, la madre de Zenobia suscribió a sus hijos a una popular revista para niños llamada *St. Nicholas*, que se publicaba en Nueva York y en la que colaboraban famosos escritores e ilustradores. Tan buena era que duró más de sesenta años, de 1873 a 1941. Tenía una sección especial para niños suscriptores, a los que invitaban a contribuir cuentos cortos sobre un tema determinado. Se publicaban los mejores y se daba un premio que consistía en una «insignia de oro».

Entre 1902 y 1904, a Zenobia le publicaron cuatro cuentos y ganó una insignia. Se basaban estos cuentos en hechos reales que oía de sus mayores y se publicaban dando la edad del contribuyente y aunque a veces Zenobia estaba a punto de cumplir un año más no lo decía.

Para la fecha de la colaboración de Zenobia en la revista *St. Nicholas* ya había usado el inglés en un viaje que hizo a los Estados Unidos a los nueve años, cuando su madre fue a hacer diligencias para matricular al hijo mayor en la Universidad de Harvard. A los quince años (en 1902), anduvo con unos tíos norteamericanos que hablaban inglés. La llevaron a pasear a Suiza. Para esa fecha, la familia Camprubí-Aymar vivía en Tarragona a donde fue enviado el padre como Jefe de Obras Públicas. De allí lo trasladaron a Valencia y la familia se sintió aislada y se intensificó el uso del inglés. En Barcelona, en Malgrat, en Sarriá, donde antes residieron, la vida les era agradable. Tenían amistades cultas, acomodadas, de ideas adelantadas, cuyos hijos también estudiaban con tutores e institutrices y algunos sabían inglés, como Zenobia y su hermano

menor, quien en contra de la voluntad de su padre no asistía a la escuela. La difteria padecida en su niñez le afectó la vista y el oído tenía un tic nervioso.

Residiendo fuera de Barcelona se recibió una amenaza contra el niño por cuestiones de dinero. Don Raimundo jugaba a la bolsa y quizás incurrió en deudas, pero no tomó el asunto en serio, su mujer sí. Sordo a la preocupación de ella y sin conseguir ésta que la familia de él con quien se llevaba muy bien lo convenciera, Isabel Camprubí se fue huyendo a los Estados Unidos con sus dos hijos. Su marido, enfadado hasta se negó a ocuparse de lo que dejaban en España. Su mujer, con fondos de su herencia, se marchó en 1904, se estableció en Newburgh, ciudad del estado de Nueva York, cerca de sus familiares y después en Flushing, pueblo tenista más cerca de la gran ciudad. Allí vivió Isabel Aymar de Camprubí una vida recogida al lado de todos sus hijos y allí Zenobia completó el proceso de norteamericanización y afloraron todas las dotes de su carácter que habrían de convertirla en la extraordinaria mujer del poeta Juan Ramón Jiménez.

Zenobia tenía diecisiete años cuando se trasladaron a los Estados Unidos. Había hecho vida de familia, aislada de los de su edad. Sabía como llevar una casa, su madre la dejó a cargo del servicio durante una larga ausencia en Barcelona donde su hijo menor recibía tratamiento médico. El padre, Don Raimundo, no era un hombre cariñoso, pero los vecinos que habían hecho amistad con Isabel Aymar de Camprubí se ocupaban de la joven Zenobia y ésta le escribía constantemente a su madre, asegurándole que todo iba bien: el manejo de la casa, sus estudios con la institutriz, incluyendo piano y lenguas, su salud; ella era débil y delicada y al servicio. Zenobia cumplía sus deberes sin darse cuenta de las limitaciones de su vivir.

Hacia 1906, ya en los Estados Unidos, su madre la hizo llevar un diario para seguir la evolución de su persona desde la niñez a la madurez y para darse cuenta de sus actos útiles que eran: puntualidad en las comidas (Zenobia siempre se levantaba tarde para el desayuno); mantener el correo (Zenobia escribía a su papá y a sus familiares paternos); ocuparse de las cosas de su hermano menor; atender a sus estudios de música, inglés, francés,

composición; encargarse de las comidas; hacer compras y pagos; coser y remendar; visitar y recibir; y lavar en la máquina, si era necesario. Se ocupaba también de su madre, si se enfermaba; se leían la una a la otra las obras de los clásicos que sacaban de la biblioteca pública.

Para su diversión, viviendo en Flushing, pueblo tenista famoso, Zenobia jugaba al tenis con las muchas chicas de su edad con quien hizo amistad, y con los jóvenes amigos de su hermano; andaba en bicicleta, paseaba en automóvil, asistía a té, bailes y comidas y se dio cuenta de que la amistad entre ambos sexos era una cosa normal y sana, y que no cada hombre se consideraba un candidato para el matrimonio. También aprendió que cada individuo tenía que servir al prójimo, que no se trataba solamente de darle de comer al hambriento y vestir al desnudo; que había muchos modos de contribuir a la sociedad. Su madre la enseñó a recoger las cosas que estaban de más o ya no se necesitaban en la casa, para el «Salvation Army» (Ejército de Salvación), organización internacional caritativa fundada en 1805, que aún existe y se ocupa de los más pobres; además, hizo que Zenobia sirviera de voluntaria en una guardería infantil, haciéndoles muñecos de papel a los niños, cosiendo para ellos y comprándoles ropa.

Más importante aún fue el hecho de que Zenobia se dio cuenta de su valía ante los demás. Los Aymar y Van Buren, de los que su madre descendía, eran todos ricos, todos se consideraban tíos de Isabel, y por lo tanto de sus hijos, los Camprubí. Estos parientes vivían en Nueva York, Nueva Jersey, Massachusetts, Rhode Island, Washington y hasta en el cercano Canadá. Allí, en la provincia de Quebec, tenía casa el tío José, hermano de Isabel Camprubí, que había vivido en España con ellos y luego se casó con la viuda Lillian Le Bau a quien los sobrinos llamaban Tía Lillian. La parentela invitaba a Zenobia a pasar temporadas en sus casas y hasta los amigos íntimos de algunos de dichos familiares daban fiesta: té, comidas y bailes en su honor. Zenobia conoció a muchos jóvenes educados y ricos, entre ellos a un Du Pont, cuyo padre, senador del Congreso de los Estados Unidos, tenía una de las casas más extraordinarias del país que era su residencia en el pequeño estado de Delaware, cercano a la capital. Hoy es un museo, llamado «Winterthur», tiene 178 cuartos que el Senador Du Pont decoraba

y amueblaba con objetos creados en los Estados Unidos entre 1640 y 1840. Su hijo, Henry, el amigo de Zenobia, era feo, pero ella simpatizaba con él por su conversación y sus modales⁹. Su otro admirador, Henry Shattuck, era íntimo amigo de su hermano José Camprubí. Zenobia lo conoció en España, cuando su hermano lo llevó de visita. Shattuck era invitado a todas las celebraciones en honor de Zenobia en los Estados Unidos y era, como solemos decir, un gran partido: culto, alto, bien parecido, abogado de profesión, graduado como José, el hermano de Zenobia, de la prestigiosa Universidad de Harvard en los Estados Unidos¹⁰. Era hijo de una rica y distinguida familia que contribuyó, entre otras muchas obras, a la distinción de dicha Universidad y del Massachusetts General Hospital, a donde Zenobia, que le dio calabazos a Henry Shattuck, tuvo que ir tres veces viviendo en Puerto Rico, buscando alivio para su enfermedad.

Cuando la joven Zenobia iba a Washington, a visitar a unos tíos que vivían en una gran casa, en la mejor parte de la ciudad, asistía con ellos a los bailes más selectos que se daban en el país; una navidad, al de la Casa Blanca y al llamado «Bachelor's German» en la cercana ciudad de Baltimore, que se daba una vez al año, y era un gran baile para las chicas debutantes en la sociedad al que ni la fama ni el dinero daban acceso, solamente el linaje.¹¹

No hay duda de que Zenobia era la escogida y la admirada de sus parientes. Era bonita, pero no una belleza. Culta, bien educada, bien hablada, graciosa, sencilla y casta, ella, que nunca había presumido, se sintió contenta, segura, tranquila. Como sus mayores, las amigas de su edad la querían y la respetaban.

Sus diversiones no le impidieron faltar a sus deberes, fue siempre el apoyo de su madre; practicaba la religión católica por costumbre, pero en Nueva York encontró a un jesuita que la instruyó en la fe. Zenobia se confirmó y comulgó por primera vez y aprendió a confiar en Dios. Decidió cultivarse, obtener un diploma universitario, convalidó las asignaturas estudiadas y la admitieron a los Cursos

⁹ Palau de Nemes, op. cit., pp. 109-110.

¹⁰ Palau de Nemes, op. cit., pp. 95-96.

¹¹ Palau de Nemes, op. cit., pp. 101-112.

de Extensión de la Escuela de Pedagogía en la Universidad de Columbia en Nueva York.

En 1908, al cumplir la mayoría de edad, Zenobia formuló un juicioso plan de vida que incluía la libertad de espíritu; el dominar las cosas y no ser dominada por ellas; evitar los extremos; recordar que nada se mueve de por sí; considerar sus acciones bien antes de actuar y cumplirlas sin excepciones.

En 1909, de vuelta a Nueva York de una de sus visitas a familiares, encontró a su madre buscando casa y planeando regresar a España al lado de su marido. Se casaba José, el hijo mayor, con Ethel Leaycraft, una gran muchacha con la que los Camprubí se relacionaban muy bien. Descendía de un famoso inventor e ingeniero de los Estados Unidos, Nicholas J. Roosevelt y de mercaderes de las Indias Occidentales y dueños de barcos como los Aymar. La boda se celebró en febrero, en el vecino estado de Nueva Jersey, Zenobia tuvo un ataque de apendicitis al otro día y la operaron unos días después en un hospital de Nueva York.

La oposición de Zenobia en cuanto a volver a España le pareció a su madre una ingratitud. Pero Zenobia soltaba las amarras. Al fin accedió a ir, aunque fuera por poco tiempo. Invitó a una prima favorita, Hanna Crooke, pintora y dueña de una finca, que pensó que podían establecer un negocio sembrando toronjas en Andalucía. Con ella, el viaje se le hizo agradable. El barco hacía escalas en muchos lugares y a todos: Algeciras, las Azores, Gibraltar, Granada, Ronda, Tagua, Huelva y Niebla. Por todas partes pasaban por extranjeras y mientras tanto, a Zenobia le iba gustando su tierra nativa por pintoresca y por sus bellezas naturales; por la dignidad de la gente del campo y por la antigüedad de su arquitectura.

Vivió gustosa en La Rábida, su paradero, donde su padre estaba destinado. Guiada por el concepto de ayudar el prójimo adquirido en los Estados Unidos, estableció una escuela para los niños del lugar y al cumplir el término de la estancia de su padre se marcharon a Madrid, que no les gustó tanto como Andalucía.

Isabel y su hija habían creído que el padre, al jubilarse, se iría a los Estados Unidos a reunirse con el resto de la familia; pero no

fue así. Zenobia, en Madrid, se unió a instituciones que tenían que ver con los norteamericanos como la Sociedad de Conferencias, que se reunía en la Residencia de Estudiantes al iniciarse los Cursos de Verano para Extranjeros, y al Instituto Internacional de Señoritas, cuya directora era una norteamericana. Allí conoció al matrimonio Byne. Él era arquitecto, autor y pintor. La esposa era periodista y escribía artículos sobre España para los periódicos norteamericanos, lo que, por remuneración, hizo también Zenobia. Sabemos que por los Bynes, Zenobia conoció a Juan Ramón Jiménez y que se casó con él en los Estados Unidos en 1916 en contra de la voluntad de su madre.

Al casarse, Zenobia se adaptó al modo de vida del país, donde nació y sin saberlo se convirtió en española y en la musa de su marido, que, obsesionado por la carne, equivocaba el camino hacia la trascendencia.

La casta y buena Zenobia, con su conocimiento del inglés, amplió los horizontes poéticos de Juan Ramón y lo libró de preocupaciones económicas, cooperando con él a su manera. Pionera como mujer de negocios en España, su tienda de «Arte Popular Español», decorada con la ayuda de su marido, inició la participación de las mujeres en oficios reservados para los hombres. Dio empleo a las mujeres artesanas del lugar y aumentó el ingreso de los conventos, valiéndose de las monjas para la creación de bordados y tejidos finos. Y le hizo a su tierra natal un beneficio, dando a conocer en el extranjero lo mejor de la artesanía española: deshilados, bordados, muebles, vidrio, cerámica, cobres, forja, cuero repujado, cestería y tejidos.

En los veinte años de residencia en Madrid, antes de marcharse a América exiliado, en 1936, Zenobia contribuyó a adelantar la causa de la mujer española y la protección de los niños. Fue secretaria y socia fundadora del Lyceum, primer club de las mujeres de España independiente de la religión y del gobierno; fue Presidenta del Comité Internacional y Secretaria de la «Junta de Becas para Mujeres Españolas en los Estados Unidos». Fue socia fundadora de «La Enfermera a Domicilio» y Secretaria del «Comité Femenino de Higiene Popular», fue miembro de la organización para Protección de Menores y de «La Casa del Niño», una guardería modelo. Ella y

su marido se encargaron de un grupo de niños desplazados durante la Guerra Civil y los mantuvieron, desde el exilio en América en 1936.

Durante el exilio, en Cuba, Zenobia se ocupó, en La Habana, de mejorar la situación de las mujeres en la cárcel, lo que ya había intentado en España y fue Socia Honoraria del Lyceum de La Habana.

En la larga estancia de residencia en los Estados Unidos, de 1939 a 1951, donde ya existían todas las asociaciones benéficas habidas y por haber y las mujeres disfrutaban de todos los derechos del hombre, Zenobia, por primera vez asalariada, como miembro del profesorado de la Universidad de Maryland, dio a conocer la lengua, la civilización, cultura y literatura española. Norteamericanizada en todo el sentido de la palabra, la tomaban por española por ser esposa del poeta español. En Washington y en Maryland disfrutó de todo lo que estos lugares ofrecían. Tenía infinidad de amistades norteamericanas, pertenecía a clubes artísticos y culturales, asistía a té, almuerzos, exhibiciones, conferencias, celebraciones. Hacía de secretaria de su marido, llevando su correspondencia y pasándole a máquina sus escritos. El resto del tiempo era de ella. Antes de la residencia en Washington y Maryland, tomó cursos universitarios en la Universidad de Miami y en la de Duke en Carolina del Norte, donde dio algunas conferencias sobre España durante los cursos especiales de la Escuela de Verano en los que su marido tomaba parte.

En 1948, disfrutó del extraordinario recibimiento que le hicieron a su marido en la Argentina y el Uruguay sin darse cuenta, como tantos, que su marido había llegado a la meta de una búsqueda existencial por ella, cuyo amor, inteligencia y devoción le mostró el camino. Volvió a la vida normal de Norteamérica a la que ya se había acostumbrado. Pero su marido se enfermó. Necesitaba médicos de su lengua. Fueron a Puerto Rico en busca de ellos proponiéndose regresar, pero no lo consiguieron porque su mejoría no duró. Y el poeta volvió a enfermarse de un mal para el que entonces no había cura.

En comparación a la activa vida de Zenobia en España y en los Estados Unidos los últimos cinco años de su vida en Puerto Rico fueron sedentarios. Zenobia enseñó un año en la Universidad de Puerto Rico. Asistió también a algunos actos sociales, académicos y artísticos. Después de tres estancias en el Massachusetts General Hospital y ser desahuciada, en lo que le quedaba de vida, se ocupó solamente de las cosas de su marido, cuidándolo, atendiendo a su correspondencia, a la edición de la *Tercera Antología Poética*, ayudándonos a los que íbamos a su lado a documentar nuestro trabajo sobre el poeta. Preocupado por el futuro de su marido, acudió a su sobrino Francisco Hernández-Pinzón, enseñándole a cuidar a su tío y por las buenas, sin violar su voluntad y encargándole que se lo llevara a España al lado de su familia que podía ocuparse mejor de él. Hernández-Pinzón cumplió su cometido, lo demás es historia. Los restos de sus tíos descansan hoy en Moguer, la cuna de Juan Ramón y las memorias de ellos están en la sala «Zenobia y Juan Ramón Jiménez» de la Universidad de Puerto Rico, isla que fue cuna de los grandes antepasados de Zenobia Camprubí que tanto influyeron en su vida.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

JIMÉNEZ, Juan Ramón (1942) *Españoles de tres mundos. Viejo Mundo, Nuevo Mundo, Otro Mundo (1914-1940)*. Editorial Losada, Buenos Aires.

LUCCA, Josué G. (2000) *Labrador*. Rincón Cultural, Seattle, WA, págs. xi y 5.

PALAU DE NEMES, Graciela (1982) *Inicios de Zenobia y Juan Ramón Jiménez en América*. Fundación Universitaria Española, Madrid.

SIEVENS IRIZARRY, Otto (1995) «Guayanilla en la genealogía de Zenobia Camprubí de Jiménez», *Hereditas*, nº 3-4.



4. Juan Ramón, las mujeres y el amor antes de Zenobia

Antonio Martín Infante

INTRODUCCIÓN

Desde que la conoció en Madrid en el verano de 1913, Zenobia Camprubí se convirtió en la piedra angular de la vida de Juan Ramón Jiménez, lo que en su caso significaba también una influencia capital (sin duda, la mayor) en su obra literaria, ya que, como es sabido, vida y obra son dos elementos indisolubles en la existencia del poeta moguerense. A partir de aquel verano, pero muy especialmente después de que se casaran el 2 de marzo de 1916, Juan Ramón consiguió la estabilidad mental y vital que necesitaba para encauzar definitivamente su producción poética. En esto están la mayoría de los expertos de acuerdo.

Desde ahí, desde esa ya mítica boda que tuvo lugar en la Iglesia de Saint Stephen de Nueva York, al final de sus días Juan Ramón y Zenobia, Zenobia y Juan Ramón, serían como una sola persona, tal fue su amor. Pero, ¿qué ocurrió antes?, ¿cómo sentía y amaba Juan Ramón antes de conocer al verdadero amor de su vida? A explicar esto precisamente voy a dedicar el presente trabajo. Para simbolizar esta importancia crucial que tuvo Zenobia en Juan Ramón, vamos a partir desde ella hacia atrás, recorriendo de forma inversa el orden cronológico para ir conociendo una a una las mujeres que hubo en la vida de Juan Ramón y cómo éste entendió en cada momento la forma de amarlas y el amor en sí.

Para expresarlo con mayor claridad, el artículo está dividido en dos bloques. El primero va desde 1913 hasta el cambio de siglo, aproximadamente hasta finales de 1899, que es cuando Juan Ramón descubrió el nuevo movimiento literario y artístico del Modernismo, lo que le llevaría a publicar sus dos primeros libros, *Ninfeas* y *Almas de violeta*, en septiembre de 1900; aunque mucho más importante que eso fue que la nueva estética se basaba en principios muy radicales de libertad creadora, lo que sirvió a nuestro poeta para desinhibirse considerablemente en asuntos amorosos. Y el segundo bloque irá desde finales de 1899 hasta su infancia, periodo que está dominado en gran parte por una forma de amar temerosa y mediatizada por un sentimiento de culpabilidad de índole religiosa, que también estudiaremos, siempre teniendo en cuenta que ambas concepciones del amor no fueron en todo momento ni mucho menos estancas. El primer bloque consta de una extensión mayor

que el primero, puesto que, lógicamente, conforme fue ganando en años, el poeta también lo hizo en historias amorosas.

En definitiva, a través de su biografía, pero más que nada a través de sus poemas en particular y de sus escritos en general, podremos comprobar cómo Juan Ramón entendió el amor y a las mujeres antes de Zenobia.

BLOQUE I. JUAN RAMÓN Y EL AMOR DESPUÉS DEL MODERNISMO

1. AMADAS PLATÓNICAS, LOUISE GRIMM Y GEORGINA ÜBNER, Y LA TENTACIÓN CONCEDIDA DE SUSANA ALMONTE

a) Louise Grimm

Justo antes de Zenobia estuvo en el corazón de Juan Ramón alguien muy parecida a Zenobia: Louise Grimm. ¿Casualidad?, ¿destino? Ya veremos después que no.

Si en el verano de 1913 Juan Ramón conocía a Zenobia, su último romance documentado se extendió hasta apenas unos meses antes, llegando hasta la primavera de ese mismo año. En la última carta de Juan Ramón dirigida a Louise, de 1915, es evidente que la relación entre ellos se había enfriado notablemente, sin duda porque hacía ya algún tiempo que Zenobia había entrado en su vida, y del amor se había pasado a una amable amistad (la misiva, que comenzaba con un «Mi querida amiga» terminaba con un «Me gustaría saber más de usted y de su vida», lo que al mismo tiempo que señalaba ese aprecio mostraba también el distanciamiento existente¹). No obstante, la carta anterior a esa, la de la primavera de 1913, sí sigue siendo la de un Juan Ramón enamorado (enamorado de alguien que no era Zenobia por la sencilla razón de que aún no la conocía)²:

¹ JIMÉNEZ 2006, p. 59.

² JIMÉNEZ 2006, pp. 557-558.

Si no este año, el próximo, iré a Londres o a donde usted esté. (...) He renovado amistades de mujer y he conocido mujeres nuevas; he tenido éxitos puros. Pero el vacío sigue siendo el mismo (...). Va Melancolía. Seguirá encontrándose usted por muchos versos. Además, he ornamentado los tercetos melancólicos con su nombre, guirnalda de mis pensamientos (...). Suyo siempre y como siempre, corona de mis sueños.

Y un año antes, el 31 de marzo de 1912, era aún más efusivo³:

Quando se vaya usted a esa casita de campo de su país, búsqüeme otra por ahí cerca, pequeñita, al final de un jardín grande. Tengo una firme esperanza en que la vida ha de ponerme a su lado un día y para siempre. Cuando usted haga feliz a su hija y ya ella no la necesite tanto, será tiempo de que me haga usted feliz a mí. Nada es la edad. La primavera está en el alma y la de usted florecerá en su otoño. Además yo amo el otoño de la mujer tanto —o más— como su primavera. ¿Puedo esperar que me consagrará usted su otoño?

Pero, ¿quién era Louise Grimm y como la conoció Juan Ramón⁴. Louise Grimm de Muriedas nació el 23 de noviembre de 1878 en Filadelfia, en el seno de una familia acomodada y célebre en su ascendencia, ya que el apellido Grimm le venía directamente de los famosos Hermanos Grimm, aquellos folcloristas alemanes autores de una de las recopilaciones de cuentos populares más importantes de la historia. Por su estatus social, tuvo una excelente educación que pronto se tradujo en un gran amor por la literatura, especialmente la poesía en lengua inglesa. En un viaje a México conoció a su futuro marido, Antonio Muriedas y Manrique de Lara, con quien se casó poco antes de 1900, y en este mismo año nació su única hija, María Luisa. Algo después el matrimonio se trasladó a vivir a Madrid, en un piso de la familia Muriedas (la madre de Louise era hija de españoles asentados en Cuba, por lo que no le

³ JIMÉNEZ 2006, p. 554.

⁴ Sigo a YOUNG, 2000, pp. 26-27; y a EXPÓSITO, en JIMÉNEZ, 2007, pp. 33-34; aunque PALAU, 1974, pp. 296-302 y 432-435, también habla ampliamente de esta relación.

resultaría extraño lo español y, de hecho, Louise hablaba castellano). Desgraciadamente, su marido, un terrateniente «grandote, fuerte e imperioso» (en palabras de Howard Young, que habló en persona con la hija), también era alcohólico y la maltrataba a menudo. Es probable que este lamentable detalle influyera en que Louise estuviera por aquel entonces más sensible a establecer una relación extramatrimonial con Juan Ramón, aunque, todo hay que decirlo, ésta siempre fuera absolutamente platónica.

Dicha relación comenzó a forjarse en 1903, seguramente en algunas de las reuniones sociales (en los «salones galantes», como se les llamaba entonces) a las que asistía Juan Ramón en Madrid, una vez mejorado de sus problemas nerviosos de entonces, más probablemente en la casa del historiador Carlos Navarro Lamarca. Ahí comenzó una atracción mutua (más intensa por parte de Juan Ramón⁵, lo que no dejaba de ser habitual en él), que no se desataría realmente hasta 1907, cuando Louise se separó de su marido, tal y como le contaba la escritora María Martínez Sierra a su amigo Juan Ramón en una carta de entonces: «La bella ingrata ha tenido que separarse de su marido, porque era borrachísimo y no entendía de poemas»⁶. En estas breves palabras se apuntan dos asuntos interesantes: que, efectivamente, la norteamericana sufría algún tipo de maltrato doméstico; y que el poeta y su amiga estaban un poco picados por algún gesto de Louise, más exactamente que ésta rechazó una dedicatoria en *Pastorales* (libro de 1905, aunque publicado en 1911) que Juan Ramón le proponía, posiblemente por evitar males mayores en su deteriorada relación matrimonial.

Desde 1907 en adelante, se desarrollaría entre ellos una apasionada relación epistolar, con cruce de libros, retratos y flores incluido. Ésta

⁵ Así lo señalaba PALAU (1974, p. 470), y lo demuestra el hecho de que con declaraciones postales juanramonianas de 1907 muy exaltadas («Si yo tuviera más dinero y usted me quisiera más, usted se divorciaría y nos viviríamos del todo y para siempre»), lo máximo a que podía llegar Louise era esta respuesta: «Estando yo libre, las costumbres de España me tendrían sin cuidado, pero tengo que complacer a otros que no son de mis opiniones en nada, y la experiencia me ha probado que es más fácil negarme; en otras palabras: la abnegación es más fácil que la conversión» (YOUNG, 2000, pp. 33-34).

⁶ YOUNG 2000, p. 28.

duró, como se ha adelantado antes, hasta que conoció a Zenobia (aunque habría alguna carta después, ya sería en otros términos, como también hemos comprobado). Y es que Louise, en realidad, era una especie de «pre-Zenobia»: era joven y guapa, era medio norteamericana y medio española, y despertó en Juan Ramón su lado amoroso más espiritual; además era una «mujer culta, de espíritu sensible e interesada por la poesía [que] inició a Juan Ramón en la lectura de algunos autores ingleses»⁷, exactamente igual que ocurrió con Zenobia. Teniendo en cuenta lo crucial de la aparición de Zenobia en la vida y la poesía de Juan Ramón, es difícil y embarazoso preguntarse aquí por qué hubiera pasado de no haber surgido finalmente ésta; ¿hubiera sido Louise quien ocupara su papel? Es una pregunta de respuesta imposible, pero lo cierto es que el poeta onubense sintió algo muy fuerte por Louise, tal y como se observa en muchas muestras amorosas de la primera etapa de su poesía⁸. Aparte de la dedicatoria general de *La soledad Sonora* (escrito en 1908 y publicado en 1911) «A/ Louise Grimm/ honda, fina y dulce/ entre todas las mujeres», cito dos de las más evidentes, aunque hay más. «A Luisa/ Enviándole unas rosas blancas» (*Laberinto*, escrito en 1910-11, publicado en 1913).⁹

Las rosas que te mando, esta tarde estuvieron
regias de sol en mi jardín... Sus tiernos pétalos
guardan una armonía de ocaso y de fragancia,
ornada de esplendor de fantasía en gracia.

Son cual hermanas dulces de mi corazón. Tienen
esa blancura pensativa de mis sienas,
y, cuando tu las cojas con tus manos de nardo,
crearás que las mías te están acariciando.

De agua de fuente son y de rayo de luna,
mariposas de espuma vinieron en su busca,
en el silencio verde de las vagas auroras
su altivez pálida se engalanó de gloria,
dieron un consonante a cada pura estrella,
fueron nidos de miel de plata a las abejas,
y en las tardes de *estío*, frescas, largas y azules,
alumbraron el parque como pálidas luces...

⁷ JIMÉNEZ 2007, p. 34.

⁸ Vid. JIMÉNEZ 2007, pp. 34-36.

⁹ JIMÉNEZ 2005, pp. 1325-1326.

¿Están muertas? No sé... Son de un vago marfil,
de un encanto de sueño, de una esencia sin fin;
exaltan la nostalgia de mi frente serena
hecha botón de nieve, de música y de seda,
y parecen, redondas, en las manos celestes
un manojo opulento de corazones débiles...

Tómalos... Latirán, esparciendo su aroma,
reirán, dulces y amigos, bajo tu boca roja,
y cuando los contemples, con tus profundos ojos,
parecerán más blancos...

Luisa, pues que somos
poetas, adornemos nuestra ilusión con rosas;
ellas serán las galas de las felices horas
y pondrán en el aire que tiemble de esperanza
una correspondencia de amistad sin palabras.

Y «Balada del perfume de sus cartas», de *Baladas para después*, libro inédito por Juan Ramón y redactado en gran parte por la época de este idilio¹⁰:

Día tras día, se va el perfume de sus cartas. Yo lo respiro, ávidamente, para fijarlo en la memoria de mi alma. Pero es en vano. El perfume que se va no vuelve, o vuelve sólo cuando quiere, como el amor ingrato.

Perfume de sus cartas. Perfume de sus manos que tocan el papel, de sus ojos azules que lo miran, de su aliento que lo entibia. Olor de lo que es ella, de sus sedas, de sus joyas, de sus encajes, ¡de su hija!

A veces, vuelve una onda como el suspiro de una flor errante. Pero cuando quiero aspirarlo ya se ha ido, o tiene otro matiz de olor, o se confunde, o torna tristemente, más tenue cada vez como un adiós... de lejos... de muy lejos...

Torna a mí, perfume errante; no te vayas nunca, mariposa de

¹⁰ Libro inédito escrito hacia 1908 según Alegre (JIMÉNEZ 2006, p. 537), entre 1906 y 1907 según Expósito (JIMÉNEZ 2007, p. 36), y entre 1901 y 1906 según Fernando García Lara (JIMÉNEZ 2005, p. 157). Fue finalmente publicado, como tantos otros libros juanramonianos inéditos, por Francisco Garfias en *Libros de Prosa*, de donde copio el texto (JIMÉNEZ 1964, p. 305). Sabemos que este poema está dedicado a ella por la correspondencia juanramoniana (JIMÉNEZ 2006, p. 537).

*su alma, brisa de un cuerpo inaccesible, aire de sus sueños,
sueño de mi vida, vida de mi vida, no te vayas. ¡Vuelve a mí!*

No obstante, insisto en que parece ser que, una vez iniciada la relación, no se llegaron a ver o, si lo hicieron no hubo intimidad física entre ellos. En realidad, desde que era adolescente, Juan Ramón se había debatido internamente a través de una psicomaquia evidente entre el espíritu y la carne. La llegada del nuevo movimiento modernista al final del siglo XIX, con la libertad en todos los sentidos que propugnaba, provocó que el escritor onubense basculase más hacia el lado carnal (mucho más, tal y como comprobaremos en breve), pero en el momento en que conoció a Louise, y sobre todo a partir de que comenzaron su relación epistolar y adquirieron verdadera confianza, el poeta volvió a arrepentirse de tanta carnalidad y a buscar el lado más sensible y no tan sensorial del amor.

Eso no quiere decir que renunciase del todo a su pasado más sexual (ni siquiera su presente, como veremos en la inmediata excepción de la moguereña Susana Almonte) y, de hecho, justo antes de conocer a Zenobia, el moguereño estaba trabajando en la edición de un volumen de poemas titulado *Libros de amor*, en el que recordaba sobre todo los momentos más íntimamente carnales que había tenido en poco más de una década. Se daba además la circunstancia curiosa de que, antes de conocer a Zenobia en persona, Juan Ramón oía su característica risa al otro lado de la pared, en las fiestas que daban sus vecinos (Arthur Byne y Mildred Stapley), cuyos ruidos precisamente le molestaban en su trabajo de entonces, que no era otro que el de ultimar la edición de *Libros de amor*: su futura esposa le incordiaba involuntariamente mientras se acordaba de todos aquellos antiguos amores que terminaría olvidando definitivamente gracias a ella¹¹. Algo que le ocurriría incluso con el libro en sí, ya que, una vez que comenzaron a tener confianza, Zenobia censuró enérgicamente este tipo de poesía (le acababa de regalar *Laberinto*, escrito en 1910-11, publicado en 1913), optando Juan Ramón por dejar inéditos sus *Libros de amor* e incrementar considerablemente las posibilidades ante un noviazgo

¹¹ JIMÉNEZ 2007, p. 16.

que se presentaba arduo y difícil, especialmente por la oposición de Isabel Aymar, la madre de Zenobia.

Después de algún intento parcial de rescatar dicha obra, afortunadamente Juan Antonio Expósito realizó su edición definitiva en 2007, recuperando a ese Juan Ramón seductor y sensual que también se ve en los dos libros inmediatamente anteriores, *Pastorales* y *Laberinto*, pero no de forma tan clara y evidente. Porque *Libros de amor* no es una obra cualquiera, es el mayor testimonio del lado lujurioso del poeta moguerense, el cual le «atormentaba» sobre todo, como destacaba Expósito, en aquellas noches solitarias y aisladas allá en Moguer, ya que, en palabras del propio Juan Ramón «[e]n las madrugadas de los pueblos, monstruos de sensualidad devoran el descanso. La falta de un estímulo espiritual hace que el cuerpo se entregue de lleno a incomprensible exaltaciones carnales»¹². De cualquier modo, como ya he señalado, parece ser que Louise (Luisa para Juan Ramón) llegó a mantenerse del otro lado de su psicomaquia. De hecho, cuando coincidieron en Madrid, al conocerse en 1903, una relación sexual era prácticamente imposible porque aún no se había separado, y a partir de 1907 (cuando se produjo dicha separación) todo apunta a que ya no coincidieron en la misma ciudad, debido a los continuos viajes al extranjero de Louise y las temporadas en Moguer de Juan Ramón e incluso no llegaron a encontrarse en Madrid en el año 1912 por una cuestión de días, ya que Louise volvió a partir para Londres poco antes de llegar el poeta a Madrid.¹³

Para terminar de hablar de este gran amor de Juan Ramón sólo queda recordar que Zenobia se lo haría olvidar bien pronto, que

¹² Nota manuscrita del Archivo Histórico Nacional, en JIMÉNEZ 2007, p. 14.

¹³ PALAU 1974, p. 500. Aunque es contradictorio en este sentido un poema de *Libros de amor* (el nº 86, JIMÉNEZ 2007, p. 160) que habla en parte de Luisa en estos términos «¡Oh, cómo naufragaba mi vida entre sus brazos/ ¡qué revuelo de besos, de carne y de ojos!». Yo resolvería esta contradicción con una sublimación 'a la inversa' de su relación con Louise, la cual podría perfectamente darse en la otra parte del poema, dedicada a Blanca Hernández-Pinzón, su principal novia de adolescencia, con quien es de presumir que tampoco tuvo relaciones sexuales serias. Quizá con estos versos estamos más ante lo que el poeta deseó e imaginó gráficamente que sucediera que ante lo que realmente sucedió.

Louise no se volvió a casar y que siempre conservó esa melancolía tan parecida a la del propio poeta que tanto gustaba a éste, que le acompañó especialmente en los últimos años antes de su muerte, el 12 de noviembre de 1960.¹⁴

Pero parémonos en un breve epílogo para hablar de la hija de Louise, María Luisa, puesto que Juan Ramón también sintió verdadera pasión por ella, tal y como se demuestra en estas líneas postales de 1907 enviadas a la madre: «¿Y su hijita? Recuerdo haber visto en Madrid, en la calle de Alcalá, un retrato precioso de ella. ¿No es así? ¿Quiere usted mandarme uno? Las niñas me llenan de alegría»¹⁵. Esto con siete años, pero más tarde, con 15, sabemos por la correspondencia de Juan Ramón que éste le escribía e incluso se citó alguna vez ella¹⁶, lo que no quiere decir ni mucho menos que tuviera alguna relación sentimental con ella (no olvidemos además que ya estaba Zenobia de por medio). No obstante, teniendo en cuenta que esta «devoción» por la hija de alguna madre con la que tenía relación no era la primera vez que se daba (ocurrió también con Marthe y Denise Lalanne, como observaremos a continuación), sí es un detalle a tener en cuenta. Ese gusto de Juan Ramón por las niñas se evidencia en un temprano poema de 1901 precisamente titulado «Las niñas», publicados en *Rimas* (1902) y del que citaré unas estrofas en lugar más oportuno.

De todas formas, apuntaré dos detalles que suavizan cualquier interpretación pedofílica de esta información: una, que la edad núbil de principios de siglo era considerablemente menor que hoy en día (véase el célebre ejemplo de Antonio Machado y su malograda Leonor, con la que se casó cuando ésta tenía quince años, pero a la que conoció con doce); y otra, que ese gusto morboso por las chicas demasiado jóvenes pertenecía también a un tópico modernista muy común, proveniente de la literatura decadentista, y que, por ejemplo, Valle-Inclán llevó al extremo insinuando una posible relación sexual del Marqués de Bradomín con su hija Maximina en la *Sonata de Estío* (1903).

¹⁴ YOUNG 2000, p. 30.

¹⁵ JIMÉNEZ 2006, p. 536.

¹⁶ YOUNG 2000, pp. 24-26.

b) Susana Almonte

Como se acaba de adelantar, hasta la llegada de Zenobia Juan Ramón nunca pudo resolver con garantías su psicomauquia entre la carne el y espíritu, entre el sexo y el amor y, precisamente en un periodo en el que el lado platónico parecía ganar la partida con Louise Grimm y un poco antes con Georgina Hübner, sucumbió de la forma más estrepitosa a una de esas tentaciones carnales. Su nombre era Susana Almonte. A comienzos de 1906, el muguereño había vuelto a su pueblo procedente de Madrid, donde había permanecido tratándose de sus problemas nerviosos desde finales de 1901 (había viajado antes a Moguer, en 1905, pero sólo de forma temporal¹⁷). Y al llegar comenzó a asistir a las reuniones sociales y musicales de Juan Ignacio Almonte, típico representante de la burguesía muguereña y dueño de una fábrica de anisados (la familia de Juan Ramón poseía negocios muy similares). Este empresario tenía tres hijas: Teresa, casada, y María Dolores y Susana, ambas solteras. Esta última, «una chica guapa, agradable y naturalmente coqueta, llamó su atención, aunque no era ella la que tocaba el piano»¹⁸. Este detalle del piano, que puede parecer nimio, es muy simbólico, ya que representa la poca profundidad cultural de Susana (y seguramente también espiritual), lo que probablemente fue la principal causa de que el apasionado idilio que mantuvieron en el verano de 1907 o 1908¹⁹ fuera sólo eso, una aventura sin importancia (y basada únicamente en la atracción sexual), la cual, lejos de producirle al menos un placer consistente, lo sumió en un profundo arrepentimiento que tiene que ver con ese lado espiritual de su debate interior ya mencionado. Por eso, los tres poemas de *Libros de amor* que Juan Ramón dedicó a Susana Almonte están llenos de hastío y renuncia por una relación meramente física («fea», palabra que utilizaría para una relación anterior similar), tal y como se puede apreciar en el n° 58²⁰:

Nada faltaba ya. Tus más hondos secretos
naufugaron cien veces entre mis locos brazos.

¹⁷ BLASCO y PIEDRA 2006, p. 102.

¹⁸ PALAU 1974, p. 403.

¹⁹ JIMÉNEZ 2007, p. 38.

²⁰ JIMÉNEZ 2007, p. 129.

No tuve que pedirte, y tú me dabas más...
el sol doró tus más recónditos encantos...

Era ya más allá del placer. Era un triste
hastío que quería renovar lo gastado...
las ideas venían en ayuda del cuerpo,
el tiempo nos sobraba... ¡Fuiste novela, cuadro,
escultura, hasta música!
— ¿Te acuerdas? Mientras, casta,
tu hermana despertaba a Chopin en el piano...
Dijiste: anda..., y te dije: deja: no puede ser...
y sí podía ser... pero te tuve asco...

c) Georgina Hubner

Una vez que hemos terminado con la Luisa Grimm de Juan Ramón y la lasciva excepción de Susana Almonte, retrocedamos un poco más en el tiempo para encontrarnos con el «siguiente» hito amoroso del poeta (evidentemente, para hablar con propiedad, deberíamos utilizar el adjetivo «anterior», pero me tomaré esa licencia). Ahora tenemos que hablar de Georgina Hübner, cuya historia con nuestro poeta es, cuando menos, singular.

Todo comenzó el 6 de mayo de 1904, cuando Juan Ramón recibió una carta con remite en Lima (Perú), y firmada por una tal Georgina Hübner²¹. En ella, se declaraba admiradora suya y se atrevía a pedirle el envío de un ejemplar de su último libro, *Arias tristes* (1903), del que decía que era imposible de conseguir en su país. Muy amablemente, el mogueño le mandó el libro y se ofreció a seguir haciendo lo mismo con los que publicase en adelante. La respuesta de Georgina, de veinte años, fue en tono amable, halagador e insinuante, y, lo que es más importante, al igual que ocurriera poco después con Louise Grimm, demostraba ser una chica inteligente y con juicio crítico en cuestiones literarias. Esto dio pie a que Juan Ramón se entusiasmara y a que se estableciera entre ellos una relación postal que duró meses (unas treinta cartas, como mínimo, mandó el escritor onubense). Como afirmaba Palau, estas cartas revelan a «una mujer comprensiva, romántica, sensitiva, capaz de despertar la admiración y el amor del poeta;

²¹ Sigo a PALAU 1974, pp. 296-303.

sus palabras oscilaban entre el apasionamiento y la discreción, en un sagaz juego femenino destinado a mantener vivo el interés del poeta. (...) Georgina era la mujer diferente que siempre llamó la atención del poeta, desde la infancia»²² (como Grimm y después Zenobia). Se intercambiaron elogios, confidencias, sentimientos hasta retratos (costumbre muy de la época, como se ha visto), y Juan Ramón terminó perdidamente enamorado de ella, declarando en algunas cartas que o bien ella podía venir a visitarle a España o él podría desplazarse a Lima: («¿Para qué esperar más? Tomaré el primer barco, el más rápido, el que me lleva [sic] a su lado. No me escriba más. Me lo dirá usted personalmente, sentados los dos, frente al mar, o entre el aroma de su jardín con pájaros y luna»)²³.

Desgraciadamente, todo esto quedó en nada, porque un buen día de 1904 o 1905, a Juan Ramón le llegó por mediación del cónsul de Perú en España el siguiente telegrama: «Georgina Hübner ha muerto. Rogámosle comunicar la noticia a Juan Ramón Jiménez. Nuestro pésame»²⁴. Esto fue un mazazo para Juan Ramón, quien compuso un bello poema sobre el tema en el que incluso se reproducen a modo de encabezamiento algunos pequeños fragmentos de las cartas enviadas por Georgina. Esto no es de extrañar, puesto que la poesía juanramoniana siempre ha tenido un sólido fundamento autobiográfico que la crítica ha señalado con mayor o menor acierto. De hecho, algunos de sus poemas menos evidentemente biográficos han sido interpretados correctamente de forma tardía porque faltaban esas coordenadas vitales necesarias para su total comprensión, especialmente en la temática amorosa que hoy nos ocupa. Veamos una parte de este largo poema incluido en *Laberinto* y titulado «Carta a Georgina Hübner. En el cielo de Lima»²⁵:

²² PALAU 1974, pp. 299-300.

²³ PALAU 1974, p. 300. Palau tomaba estos fragmentos de las cartas juanramonianas del libro de Ramiro W. Mata, *La Generación del 98*, Ediciones Liceo, Uruguay, 1947. Hemos de entender que, salvo la primera carta enviada a Georgina por Juan Ramón, del 6 de mayo de 1904 y publicada por Alegre en el *Epistolario I* (JIMÉNEZ 2006, p. 138), los originales de las demás se han perdido y sólo nos quedan los párrafos transcritos por Mata.

²⁴ PALAU 1974, p. 300.

²⁵ JIMÉNEZ 2005, pp. 1289-1291.

El cónsul del Perú me lo dice: «Georgina
Hübner ha muerto...»
¡Has muerto! ¿Por qué?, ¿cómo?, ¿qué día?
¿Cuál oro, al despedirte de mi vida, un ocaso,
iba a rosar la maravilla de tus manos
cruzadas dulcemente, sobre el parado pecho,
como dos lirios malva de amor y sentimiento?

...Ya tu espalda ha sentido el ataúd blanco,
tus muslos están ya para siempre cerrados,
en el tierno verdor de tu reciente fosa
el sol poniente inflamará los chuparrosas...

Ya está más fría y solitaria La Punta
que cuando tú la viste, huyendo de la tumba,
aquellas tardes en que tu ilusión me dijo:
«¡Cuánto he pensado en usted, amigo mío!...»
(...)

Ahora, el barco en que iré, una tarde, a buscarte,
no saldrá de este puerto, ni surcará los mares;
irá por lo infinito, con la proa hacia arriba,
buscando, como un ángel, una excelente isla...
¡Oh, Georgina, Georgina!, ¡qué cosas!..., mis libros
los tendrás en el cielo, y ya le habrás leído
a Dios algunos versos...; tú hollarás el poniente
en que mis pensamientos dramáticos se mueren...;
desde ahí, tú sabrás que esto no vale nada,
que, salvando el amor, lo demás son palabras...
(...)

El cónsul del Perú me lo dice: «Georgina
Hübner ha muerto...»
Has muerto. Estás, sin alma, en Lima,
Abriendo rosas blancas debajo de la tierra...
Y si en ninguna parte nuestros brazos se encuentran,
¿qué niño idiota, hijo del odio y del dolor,
hizo el mundo, jugando con pompas de jabón?

¿Y fin? Nada más lejos de la realidad..., literalmente hablando,
ya que fue todo una farsa. Esta gran mentira, de no haber sido
precisamente por la existencia del poema citado, hubiera quedado
en el olvido y Juan Ramón ni se hubiera enterado (ni nosotros,
claro), pero la publicación del mismo unos ocho años más tarde,
debilitó la discreción de los autores de la broma allá en Lima.
 Toda la correspondencia había sido inventada por unos escritores

peruanos que, efectivamente, querían hacerse a toda cosa con un ejemplar de *Arias tristes*, entre ellos José Gálvez Barrechenea y Carlos Rodríguez Hübner, quienes, con la ayuda de la prima de éste, la célebre Georgina, tejieron el engaño. Ella prestó su nombre pero, según declararon posteriormente los timadores-admiradores, no escribió una palabra, algo sobre lo que duda Palau, que veía claramente una mano femenina en muchas de las frases de las cartas, aunque no en los juicios críticos sobre literatura, que encajan perfectamente con el criterio técnico de un escritor. Al recibir en la primera respuesta la promesa del envío de más libros, los suplantadores decidieron continuar de forma maliciosa con el fraude hasta que Juan Ramón manifestó su disposición de viajar a Lima, lo que les produjo una gran inquietud y finalmente decidieron «matar» a Georgina.

¿Cómo se lo tomó nuestro poeta? Palau desde luego no lo comentaba, sólo se me ocurre que por respeto a Juan Ramón. Ella realizó su pionera e importantísima investigación sobre la *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez* (1974; 1ª ed. 1957) en permanente contacto con Zenobia y el poeta en su exilio americano, en la ciudad norteamericana de Maryland, en la década de 1940. La íntima amistad que, con sus 21 años, desarrolló con el matrimonio debe de estar en las razones de que, por convencimiento propio o sugerencia del propio Juan Ramón, no nombrase las reacciones de éste al conocer la curiosa trama. Sin embargo, él mismo habló un par de veces a su secretario personal y gran amigo Juan Guerrero Ruiz, y lo sabemos porque sus conversaciones fueron recogidas en los dos tomos de *Juan Ramón de viva voz* (1998; 1ª ed. 1961). Aunque desde luego todo apunta a que, efectivamente era un asunto espinoso, porque en la primera vez que se nombra a Georgina en esta obra Guerrero no se atrevía a comentarle nada y decía para sí: «Al azar me muestra uno de éstos, *Laberinto*, y entre las correcciones que advierto al rápido pasar de las hojas veo tachado el nombre de Georgina Hübner, en la carta que el poeta le dirigió al cielo de Lima [el poema que acabamos de leer]. — (¿Habría llegado a conocimiento de Juan Ramón la historia que circuló entonces respecto de la falsa existencia de Georgina Hübner?)»²⁶. Esta conversación es del 27 de marzo de 1931, pero

²⁶ GUERRERO 1998, p. 190.

uno poco más tarde, el 4 de junio de este mismo año, ya sería el propio Juan Ramón quien sacara el tema, pero para desacreditar la farsa, ya que él seguía pensando que las cartas las escribió Georgina: «Ya sabe usted —[comentaba el mogueño mientras ordenaban sus cartas]— que esta correspondencia había sido una broma que me gastaron varios escritores de Lima; vea usted esta carta y comprenderá por su acento que eso no es posible, que la carta es verdad»²⁷. Lo afirmaba por el acento de mujer, por el tono femenino, claro está, lo cual encaja en parte con las reflexiones de Palau que, en mi opinión, acertaba bastante más, ya que, sin descartar una mayor intervención de Georgina daba crédito a la broma de mal gusto que urdieron sus amigos. Esto último lo apartaba Juan Ramón de sus pensamientos, probablemente por orgullo consciente o inconsciente, ampliando la participación de Georgina, la cual no fue tan grande como él pretendía, pero parece ser que tampoco tan nimia como quisieron hacer entender su primo y José Gálvez, quienes se esforzaron en encubrirla y protegerla debido a su juventud.

Aunque también es cierto que, ya muy mayor, el mogueño exiliado llegaba a admitir que, aunque fuera todo un invento, él lo disfrutó igualmente. Así queda claro en un texto inédito que rescató Alegre en la edición de su *Epistolario I*. La nota es de sus últimos años y pertenece a un proyecto de libro titulado *Vida*: «Sea como sea yo he amado a Georgina Hübner, ella llenó una época de vacío mía, y para mí ha existido tanto como si hubiera existido. Gracias, pues, a quien la inventara».²⁸

2. AMADAS IMPOSIBLES: LAS NOVICIAS DEL SANATORIO DEL ROSARIO

Pero abandonemos este rocambolesco amor y retrocedamos hasta principios o mediados de octubre de 1901, ya que fue entonces cuando Juan Ramón ingresó en el Sanatorio del Rosario, «situado en el número 14 de la calle Príncipe de Vergara, en aquel entonces

²⁷ GUERRERO 1998, pp. 263-264.

²⁸ JIMÉNEZ 2006, p. 593.

a las afueras de Madrid»²⁹. Como veremos más tarde, desde la muerte de su padre, el escritor onubense había desarrollado unos importantes problemas nerviosos para lo cual vino a tratarse a Madrid, en lo que sería su segunda visita a la capital después de la breve que realizó en abril de 1900.

Afortunadamente para el melancólico poeta —siempre agradecido a la compañía femenina—, el sanatorio estaba atendido por las monjas y novicias de la Congregación de Santa Ana. No tardó mucho el joven y romántico escritor de casi veinte años en entablar amistad con las novicias más jóvenes y aun más, porque también pronto comenzó a sentirse atraído por ellas, a quienes galanteaba sin reparos. Llegó a flirtear con un buen número de hermanas: Manuela, Andrea, Amalia, Filomena, Ángela y dos de nombre Pilar. En las prosas del «Sanatorio del Retraído»³⁰, que era como llamaba irónicamente al lugar el poeta en su propio honor, hay más de una alusión a sus flirteos, como en la titulada «Las niñas»³¹:

Eran las hermanas más jóvenes. La hermana Pilar Ruberte, la hermana Filomena y la hermana Amalia Murillo. Yo les traía golosinas que ellas, aunque les estaba prohibido, se comían alrededor de mi estufa. Cuando había tormenta venían gritando a mi cuarto. Me vestían de monja una escoba y me la ponían sentada en el sofá, y una fotografía que tenía yo, encima de la chimenea, de una amiga francesa, me la encontraba, puesta por ellas, arrojada, en mi cama, sobre mi almohada. La verdad es que lo pasábamos tan bien las tres y yo. Jugábamos por los pasillos, en verano sobre todo, cuando no había enfermos.

No obstante, con las dos novicias con quien más intimó fueron la hermana Pilar Ruberte y la hermana Amalia Murillo.

²⁹ Sigo aquí a Expósito, de quien es la cita (JIMÉNEZ 2007, pp. 27-33), y a Prat, en su imprescindible libro *El muchacho despatriado* (PRAT 1986, pp. 233-236); aunque Palau también hablaba de ello en el capítulo VII de su libro *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez* (1974).

³⁰ Es una sección de *La colina de los chopos*, libro inédito publicado por Francisco Garfías en *Libros de prosa 1* (JIMÉNEZ 1969).

³¹ JIMÉNEZ 1969, p. 500.

a) La hermana Pilar

La primera había nacido en Zaragoza en 1881 y había tomado los hábitos en 1900. En 1912 fue destinada a Venezuela, muriendo en 1971. La joven coetánea llamó la atención de Juan Ramón nada más pisar el centro de salud. Así lo expresó con el paso de los años en la cuarta prosa del «Sanatorio del Retraído», titulada en su honor «Mi Venus de Milo»: «Desde luego había otras. Pero yo no encontraba otra que la hermana Pilar. Desde el primer día me pareció un mármol de museo ablandado y calentado por mí. Daba al Sanatorio un aire clásico de jardín superior. Sus ojos eran tan negros como blanca su frente. Gran parte de mi romanticismo en esta época viene de la clásicamente romántica hermana Pilar»³²; y un poco antes, en la prosa tercera, «El salón», decía: «[N]os quedamos solos la hermana Pilar y yo, y recuerdo su presencia de Venus de Milo: clara, transparente, como resurgida de la espuma de algún sueño»³³. Fue su preferida en esta época y, de hecho, le dedicó la tercera parte de *Arias tristes* (1903), «Recuerdos sentimentales», «A Sor María del Pilar de Jesús».

b) La hermana Amalia

No obstante, la relación con la hermana Amalia llegó a ser más importante, no porque superara en el nivel de los sentimientos del poeta hacia su compañera, sino porque terminó convirtiéndose en la más problemática y la que a la postre dio más qué hablar. La hermana Amalia Murillo Arín murió en Barcelona en 1921 y había nacido en Sariñena (Huesca) en 1873, por lo que era casi una década mayor que Juan Ramón. No sabemos si esto influyó o si fue por descuido o despiste o puro azar, pero la cuestión es que la relación «amorosa» entre el poeta y la hermana Amalia llegó a los oídos de la madre superiora, quien decidió, para evitar males mayores, trasladar a la joven monja y, posteriormente, «invitar» a Juan Ramón a abandonar sus instalaciones. Parece ser que durante un tiempo este episodio se convirtió en cotilleo de la *high class* madrileña y que incluso le perseguiría al moguerense años después, ya que la madre de Zenobia lo llegó a utilizar como uno de sus

³² JIMÉNEZ 1969, p. 902.

³³ JIMÉNEZ 1969, p. 901.

argumentos para desestimarle como un buen partido para su hija. El último poema de *Arias tristes*, el LXXVI³⁴, describe precisamente el momento en que la hermana Amalia abandonaba el sanatorio:

Su carita blanca y triste
llena de amor y de ensueño,
se perdía entre la sombra
que arrojaba el manto negro.

El manto negro envolvía
el misterio de su cuerpo
de nardo y nieve, enterrado
como si ya estuviera muerto.
(...)

La toca blanca, y más blanca
la carita...; quiso el cielo
dejar ver solo lo blanco
de su frente y de su pecho!

Pasó a mi lado; sus ojos
a mi corazón hirieron...
y yo me quedé en el mundo
y ella se fue hacia el convento.
(...)

y al pensar que no serían
nunca míos sus secretos,
en vez de seguir mirándola
bajé los ojos al suelo.

Parece mentira! Al irse
no me dio siquiera un beso;
¡cómo matan a las rosas
la azucena y el incienso!

Mi corazón me lo ha dicho:
ella me miró un momento;
pero se fue... para siempre...,
y ya nunca nos veremos.

Sin embargo, como cuenta Prat después de consultar un escrito inédito del Archivo de Puerto Rico fechado en 1951 o 1952, Juan

³⁴ JIMÉNEZ 2005, p. 260.

Ramón daría su particular versión de los hechos, en la que, por supuesto, el amor seguiría siendo el protagonista pero más. En aquella época de su exilio americano intentó ingresar sin éxito en un hospital puertorriqueño³⁵:

El doctor Roldán, director del Auxilio Mutuo, dijo a los que quisieron internarme en dicha clínica que no quería porque cuando yo estuve en Madrid, en el Sanatorio del Rosario, cuando él con sus 26 años era el director y yo el enfermo melancólico, yo le hacía el amor a las hermanas. El hecho era así. La Madre superiora, con gran escándalo de la comunidad, se enamoró de mí y venía constantemente a mis habitaciones (un dormitorio y una salita). Las hermanas jóvenes, que eran las que a mí me gustaban (y yo a ellas) nos burlábamos de la madre cincuentona. Entonces ella indignada expulsó a una hermana Amalia, de 20 años como yo. Las otras eran las hermanas Pilar, a quien yo le dediqué una parte de Arias tristes, la hermana Andrea y la hermana Filomena a quien perseguía el doctor Roldán. Y después, la madre me expulsó a mí, sin atreverse a aparecer en mi despedida a la que vinieron todas [...] menos ellas. Y todas lloraban y yo también.

De cualquier modo, las declaraciones posteriores de Juan Ramón, sobre todo las de edad adulta y senectud, hay que tomarlas siempre con cautela. La lógica fragilidad de la memoria y más aun el afán de literaturizador que tuvo siempre a la hora de hablar de su vida arrojan ciertas inexactitudes o medias verdades que ya constituyen un tópico a la hora de hablar de la biografía juanramoniana (sin ir más lejos, en este mismo párrafo podemos comprobar un error evidente: no era la hermana Amalia la que tenía 20 años, sino su compañera Pilar). En mi libro *Juan Ramón Jiménez, 1881-1900. Una biografía literaria* explico esta cuestión³⁶. Y dicho esto, también hay que afirmar sin reparos que Juan Ramón siempre fue un gran conquistador con las mujeres y, aunque el episodio haya podido exagerarse un poco, no ha de extrañarnos que la Madre superiora se enamorara de él. El escritor onubense siempre tuvo un atractivo especial para las mujeres, incluso en su edad más

³⁵ PRAT 1986, p. 235.

³⁶ MARTÍN 2007, pp. 40-42.

madura. De hecho, un episodio que ilustra esto perfectamente y que nos queda fuera de época para el presente trabajo es el de la escultora Marga Gil Roësset, una prometedor y joven escultora que había desarrollado una gran amistad con el matrimonio Jiménez, especialmente a raíz de que comenzara a frecuentar a diario su casa para realizar un busto de Zenobia. Lo que comenzó con una gran amistad, primero con Zenobia y después con Juan Ramón, terminó en un enamoramiento imposible y desesperado de la artista hacia éste, lo que la llevaría a suicidarse a finales de julio de 1932, cuando ella contaba con veinticuatro años y él con cincuenta y uno.³⁷

Y para terminar esta parte, me gustaría añadir que si Juan Ramón no pudo acceder carnalmente a ninguna de estas monjas amadas, debió de ser sobre todo por la resistencia última de las mismas, que probablemente invocarían a tiempo en sus mentes lo extraordinariamente escandaloso de sus posibles consecuencias, pues, como comprobaremos inmediatamente al hablar de sus aventuras francesas, en esos momentos el poeta se encontraba en el lado más lascivo de su controversia personal entre la carne y el espíritu. El poema nº 18 de *Libros de amor* —no sabemos si inspirado en Pilar o en Amalia— es una prueba evidente y muy gráfica de lo que estamos hablando³⁸:

Quando huía, en un vuelo de tocas trastornadas,
de la impetuosa voluntad de mi deseo,
se refugiaba en un rincón, como una gata...
pero sus uñas eran más dulces que mis besos...

Se le venía el velo hasta los ojos mágicos;
surgían leves rizos del cortado cabello,
rizos que descubrían un jardín imprevisto,
¡aquellos rizos de oro en los ojos inmensos!

Y en la proximidad ardiente del placer de su carne
me incendiaba el olor de todos sus secretos,
aquel olor más fuerte para mí... y para ella...
¡que el olor de los lirios y el olor del incienso!

³⁷ Vid. la conferencia de Antonio Portero Soro, “Marga Gil Roësset. Amor y desesperanza” (2000); y también el *ABC Cultural* (7-2-1997).

³⁸ JIMÉNEZ 2007, p. 87.

3. AMADAS POSIBLES: FRANCIA Y EL SEXO

Veamos qué ocurrió antes de estos amores monjiles. Cuando el mogueño llegó al Sanatorio del Rosario, venía directamente de Francia, más exactamente de Burdeos³⁹. Antes habíamos hablado de un Juan Ramón con problemas de salud. Es cierto que el agravamiento de los problemas nerviosos que se derivó de la muerte de su padre no fue tan complicado como él mismo se encargó de contar tras el paso de los años⁴⁰. Los sucesos que protagonizó a raíz de ello confirman este detalle, puesto que emprendió varios viajes a prestigiosos centros sanitarios, pero también es cierto que su condición en ellos, más que de enfermo ingresado, fue de visitante; y, de hecho, sus estancias fueron empleadas en menesteres mucho menos relajados que los que requería una estricta convalecencia, como acabamos de constatar en el caso del sanatorio madrileño.

De todas formas, es evidente que Juan Ramón estaba mal de salud a finales de 1900 y que tenía problemas nerviosos que empeoraron a lo largo de la primera mitad de 1901 de tal modo que su familia decidió mandarlo a un sanatorio mental de Burdeos (no sabemos si él influyó en tal decisión, pero es muy probable que no le desagradara nada emprender dicho viaje). No obstante, la crisis no debió de ser tan grave o al menos no fue motivada tanto por la muerte de su padre como por el hecho de tener que asumir todo el peso de los negocios familiares (eso sin entrar a valorar cuánto de la típica ‘pose modernista’ había en todo esto)⁴¹. Y la verdad es que su comportamiento en Burdeos parece corroborar esta línea interpretativa, puesto que el joven poeta, más que mostrar debilidad psíquica y física, exhibió una actividad amorosa y sexual impropia de un enfermo de cuidado.

a) Madame Lalanne

El 8 de mayo de 1901, Juan Ramón ingresó en la «Maison de Santé du Castel d’Andorte», en Le Bouscat (Burdeos, Gironde) y estuvo allí

³⁹ Para este apartado también sigo a Prat (PRAT 1986, pp. 63-135) y a Expósito (JIMÉNEZ 2007, pp. 20-26).

⁴⁰ Vid. MARTÍN 2007, pp. 320-321.

⁴¹ Vid. MARTÍN 2009, pp. 53-56.

hasta que finalizó el verano como mínimo, pero no lo hizo como un enfermo más sino que se albergó en una habitación de invitados de la residencia del doctor a cargo del sanatorio, el psiquiatra gascón Jean Gaston Lalanne, junto a éste, su esposa y sus tres hijos. Esto, lógicamente, refuerza lo que se ha dicho hasta aquí, pero lo hace más aún el hecho de que mantendría relaciones sexuales con la mujer de su psiquiatra, Jeanne-Marie Roussie, de veintinueve años, a la que llamaba en sus escritos «la romántica». Esta relación, perfectamente rastreable en su poesía, se mantuvo ignorada, o al menos poco señalada por la crítica, debido al esfuerzo lógico que hizo el poeta por encubrirlo para no ofender al doctor francés, a quien estaba muy agradecido por su ayuda.

Como decía Expósito, «no fueron estos encuentros fruto de un hermoso idilio, sino un relampaguear del deseo»⁴², esto es, que supuso una relación puramente sexual. De hecho, la sección segunda de *Libros de amor* se llama precisamente «Lo feo» por esto, ya que, como hemos señalado varias veces, para Juan Ramón la parte sexual del amor era, por un lado, muy apetecible y difícil de dominar para él, pero, por otro, suponía también una negación de su parte espiritual, la verdaderamente importante y aceptable desde el punto de vista moral. Desde que estudiara el bachillerato con los jesuitas, el moguerense se había debatido en esta psicomacquia interna que, como advertí, acababa de ser ganada momentáneamente para el lado carnal gracias la aceptación de las nuevas ideas modernistas, muy innovadoras en lo literario pero también muy abiertas al libre albedrío en cuestiones hedonistas (no olvidemos lo afín que es el Modernismo al concepto de bohemia). Esto ocurrió a finales de 1900, por lo que la estancia en Burdeos (un lugar además extranjero y, por tanto, en el que importaría mucho menos el «qué dirán») supuso el perfecto periodo de pruebas en el que experimentar su recién reconquistada libertad sexual. La relación con Madame Lalanne estuvo formada de encuentros «previamente concertados, apresurados y por supuesto siempre clandestinos»⁴³, a veces en el interior de la propia casa familiar, tal y como se aprecia en el poema nº 32 de *Libros de amor*⁴⁴:

⁴² JIMÉNEZ 2007, p. 22.

⁴³ JIMÉNEZ 2007, p. 22.

⁴⁴ JIMÉNEZ 2007, p. 103.

Nunca nos enfadábamos. ¡Para qué si no íbamos
tras el encanto dulce del amor verdadero!
Antes de los encuentros ya estaba preparada
la hora; todo era... aprovechar el tiempo.

A veces, un dolor oculto se asomaba
tristemente a los ojos locos, como queriendo
curiosear, igual que un niño, aquellas cosas
que hacíamos, en un olvido de lo eterno.

Pero como a los pobres niños, que cuando estorban
se quitan, con palabras engañosas, de en medio,
engañábamos, falsos, un dolor que quizás
hubiera, como un ángel, ¡perfumado lo feo!

b) Francina

Sin embargo, el adulterio con la señora Lalanne no fue la única aventura francesa de Juan Ramón. En muchos de sus poemas aparece el nombre «Francina». Éste fue el alias que el mogueño dio a Marie-Françoise Larrègle, una bearnesa de diecisiete años que trabajaba en el sanatorio como ayudante de cocina. Había nacido en 1884 en Oloron-Sainte Marie, entró en el servicio de la Maison de Santé en 1900 y lo abandonó en 1907 para casarse; tuvo tres hijos, fue viuda de guerra y murió en 1957⁴⁵. Expósito la describe como «una joven dulce y risueña de bellos ojos negros, de finos rizos y de piel muy blanca que se citaba por las noches con Juan Ramón en un oculto sendero del sanatorio de Castel d'Andorte»⁴⁶. Aunque con ella existieran sentimientos amorosos complementarios (no como en el caso anterior), es de suponer que también mantuvo relaciones sexuales con Francina⁴⁷. No olvidemos que en aquella época, si era sumamente difícil que una señorita de clase media-alta tuviera sexo antes del matrimonio, no tenía por qué ocurrir lo mismo con el personal de servicio y sus amos. Son abundantes las señales evidentes de Francina en la poesía juanramoniana, como ocurre con la tercera parte de *Poemas mágicos y dolientes* (escrito en 1909, publicado en 1911), titulada «Francina en el jardín», o con

⁴⁵ PRAT 1986, pp. 127-128.

⁴⁶ JIMÉNEZ 2007, p. 22.

⁴⁷ Prat especulaba hasta qué grado de consumación llegaron estas relaciones sexuales en su libro citado (PRAT 1986, p. 123).

la primera parte de *Pastorales* (escrito en 1905, publicado en 1911), dedicada «A/ Francina/ carne blanca, ojos bellos,/ finos rizos». Podemos ver los preliminares de este proceso en el siguiente poema de *Jardines lejanos*⁴⁸:

Francina, en la primavera
tienes la boca más roja?
—La primavera me pone
Siempre más roja la boca.

—Es que besas más, o es
que las rosas te arrebolan?
—Yo no sé si es mal de besos
o si es dolencia de rosas.

Y, te gustan más los labios
o las rosas? —Qué me importa?...
La rosa me sabe a beso,
el beso a beso y a rosa.

Entonces le puse un beso
en la rosa de su boca...
La tarde de abril moría,
rosamente melancólica;

las fuentes iban al cielo
con su plata temblorosa...
Francina deshojó a besos
Su boca sobre mi boca.

Y en este otro ejemplo de *Libros de amor*, el nº 8, la evocación es incluso más erótica⁴⁹:

Otra vez más retornas, Francina, del pasado
toda desnuda y fresca, bella como la vida,
con la brisa en los rizos, con tus ojos risueños
sobre el carmín sensual de tu boca de guinda.

Aquellos brazos tuyos saliendo del jardín
verde, se enredan a mis negras fantasías
como si en el recuerdo te acordaras de mí
desde la paz de idilio de tu aldea tranquila...

⁴⁸ JIMÉNEZ 2005, pp. 346-347.

⁴⁹ JIMÉNEZ 2007, p. 77.

¿Te acuerdas? Fue una tarde de estío... Vino un coche
y tú, con tu bonete rojo, con tu sombrilla
abierta, te alejaste entre el verdor, rosado
del sol poniente que, entre los jardines, caía.

c) Filomena Ventura

Pero la actividad amorosa durante el verano francés de 1901 no se quedó en estas dos mujeres. A los pocos días de ingresar, el poeta visitó junto a su psiquiatra la bahía de Arcachon, localidad en la costa atlántica del sur de Francia famosa por sus balnearios-hospitales. A raíz de esta visita parece ser que entabló contacto postal con Filomena Ventura, joven de su misma edad, nacida en Toulouse de padres españoles. En esta ocasión la relación no pasó del intercambio de cartas, libros y fotografías, pero eso fue así probablemente porque el moguereño no tuvo oportunidad, pues acabamos de comprobar cómo disfrutaba de un alto grado de desinhibición durante su estancia francesa. En realidad, ni siquiera llegaron a conocerse en persona y parece ser que les presentó postalmente un amigo común, el escritor madrileño Viriato Díaz Pérez, y en su descargo hay que apuntar que los sentimientos que desarrolló por Filomena eran mucho más puros que los anteriormente descritos, puesto que Juan Ramón se dejó conmovir sobre todo por el drama personal de Filomena, quien tenía en Arcachon a un novio irlandés que estaba agonizando por la tuberculosis⁵⁰. No se ha encontrado ninguna alusión clara en sus poemas, pero sí la dedicatoria, inspirada en un retrato de la chica, de una de las partes de *Melancolía* (escrito en 1910-11, publicado en 1912): «*Tenebrae: A/ Filomena Ventura/ que, en su opulencia morena/ y triste,/ me evoca la “melancolía”/ de Arnold Böcklin*».

⁵⁰ En realidad los expertos no se ponen de acuerdo sobre si Juan Ramón llegó a conocer personalmente a Filomena en Arcachon. Palau por ejemplo piensa que sí (PALAU 1974, p. 167), lo cual, por otra parte no deja de ser una opción bastante lógica. Lo que sí queda claro, por los documentos conservados en el Archivo Histórico Nacional y en la Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez de Puerto Rico, es que se escribieron al menos hasta 1908.

d) Marthe y Denise Lalanne

Y antes de seguir retrocediendo en nuestro particular viaje en el tiempo juanramoniano, repasemos brevemente esa atracción morbosa que tuvo Juan Ramón hacia las hijas de la señora Lalanne durante su estancia bordelesa, la cual, como ya adelanté antes, tenía mucho más de pose modernista que de perversión sexual. Pero la cuestión es que los testimonios de esta dedicación a Marthe, de casi siete años, y a Denise, de apenas tres, existen y son muy claros, y así se observa en este poema nº 3 de *Libros de amor* dedicado a la mayor de las hermanas (a quien además dedicó la segunda parte de *Melancolía*, «El alma encendida», «Pensando en Marthe Lalanne»)⁵¹:

¿Te acuerdas, Marthe? El oro verde de tu cabello
se te entraba en los ojos, irisado y romántico,
a la gran sombra dulce del sombrero de arroz,
que rusía en el sol su lazo colorado.

La sangre levantaba tu mejilla pecosa,
y en el fondo con pintas de tus ojos fantásticos,
se copiaba chiquito el jardín de tu padre,
con su rincón de exóticos pájaros enjaulados.

Un momento dejabas de ser niña. Tu cuerpo
traslucía otra alma con sol, momentáneo,
mientras abril, más lento, que venía a tu vida,
daba a tu carne, cada día, un nuevo encanto.

Mucho más llamativo es el tributo sensual y erótico que hizo Juan Ramón a la niña menor, y no me refiero a la dedicatoria que le consagró en la sección quinta de *Laberinto* («Sentimiento musicales», «A/ Denise/ que miraba de lado, doblando/ la cabeza,/ como las palomas»), sino al poema de *Rimas* (1901), «A una niña mientras duerme», el cual Prat contextualizó y analizó perfectamente⁵², advirtiendo que se fundamenta en una imagen real, ya que «[e]l doctor, o Madame Lalanne, llevaron a JRJ, una de las primeras noches de su estancia en «Castel de'Andorte», hasta la habitación

⁵¹ JIMÉNEZ 2007, p. 70.

⁵² Vid. PRAT 1986, pp. 93-101.

en la que dormía Denise y se la mostraron desnuda”⁵³. Veamos algunas estrofas de este largo poema sobre el que planea sobre todo un simbolismo muy modernista que conecta el elemento floral con el sexo y la virginidad⁵⁴:

Esá lumbre apacible que derrama la pura
suavidad de sus tintas en tu plácido sueño,
lleva un alma de rosas que deslíe su esencia
en la esencia que exhalan tus delirios serenos.
Sobre ti flota un algo de visión errabunda,
un efluvio virgíneo, ese vago misterio
de la niebla opalina de los lagos, la onda
perfumada que sube de un jazmín entreabierto.
(...)

Tu belleza infinita; la cascada de bucles
que en tu frente derraman los dorados cabellos;
el jardín de tu carne, saturado de rosas,
de jazmines, de nardos, de violetas; tu tierno
palpitar... ¡todo, todo para ti es una muerte!
(...)

Cuida, cuida el jardín virginal de tu alma;
con tus dedos de rosa abre flores de ensueño,
y perfuma los cálices de las flores nacientes
con la esencia que fluye de tu cándido aliento.

Si mis labios rozaran tus mejillas, serían
asesinos de dichas y de fe..., ¡no te beso!
¡Sueña cosas azules, sueña luces de plata,
sueña eternas auroras ante soles eternos!
¡Ojalá que más tarde, cuando mires marchitos
los jardines del mundo, lleves viva en el pecho
la nostalgia serena del jardín que ahora cuidas
con tu amor! ¡Ojalá, cuando mires que el cielo
no es azul solamente, puedas ir a tu alma
a arrancar ese lirio que hoy florece en tu sueño!

⁵³ PRAT 1986, p. 97.

⁵⁴ JIMÉNEZ 2005, pp. 35-36.

4. UNA AMADA DE TRANSICIÓN: ELOÍSA DE CÓRDOVA

Antes de desplazarse a Francia, la familia de Juan Ramón decidió que intentara mejorar de sus problemas nerviosos sin salir de España. Así, entre finales de agosto y principios de septiembre de 1900, el moguereno viajó junto a su madre y a su hermana Victoria hasta el balneario zaragozano de Alhama de Aragón, donde estuvo varias semanas. Las aguas termales de Alhama eran «muy recomendadas para el tratamiento tanto de las afecciones nerviosas periféricas (...) como para las manifestaciones de neurosis, especialmente en la neurastenia y en el “*surmenage*” o agotamiento por exceso de trabajo», decía un folleto publicitario de unos años más tarde⁵⁵. Sin embargo, ya en aquella corta estancia Juan Ramón dio indicios de tener fuerzas suficientes para otros empeños aparte del restablecimiento al flirtear con una tal Eloísa de Córdoba, extremeña, casada y aficionada a la literatura. Hizo amistad con la familia Córdoba y Córdoba (de Don Benito, Badajoz) y con algunos otros agüistas, como el diplomático portugués Francisco de Calheiros, pero fue Eloísa quien «*deslumbró* al joven poeta con su belleza y con su afición a las cosas literarias. (...) Eloísa y JRJ paseaban por los jardines próximos al Casino y por la senda que unía el balneario con la estación de ferrocarril. En cierta ocasión, mientras descansaban en uno de los bancos de piedra de una glorieta, Eloísa pidió a su amigo que “hiciera una canción a las niñas”»⁵⁶. Argumentaba Prat que no pudo estar dedicada a las hijas de Eloísa, puesto que ella tenía dos hijos varones y una sola niña, que quizá el motivo pudo estar en «algunas niñas presentes que les llamara la atención o quizá las niñas moguerenos que, sin duda, habrían aparecido en las confidencias de JRJ o en los poemas propios que éste recitara a su amiga»⁵⁷. El poema, titulado «Las niñas», terminaría apareciendo en *Rimas*, dedicado «A Eloísa de Córdoba», y, como ya advertí anteriormente, si leemos atentamente la pieza, comprobaremos que estamos ante una temprana muestra más de ese erotismo infantil modernista que acabaría desarrollando en breve durante su tratamiento en Burdeos:

⁵⁵ PRAT 1986, p. 228.

⁵⁶ PRAT 1986, pp. 228-229.

⁵⁷ PRAT 1986, p. 229.

Cuando llora la nieve postrera
y el almendro se viste de flores,
y, al preludio de la primavera,
entrebren los nuevos amores;

al epílogo azul del invierno,
que da el oro a las muertas campiñas,
del altísimo alcázar eterno
van bajando almas blancas de niñas.
(...)

¡Qué florezcan las carnes de niñas!,
y las almas que alegran la calma
del frescor de las verdes campiñas,
a las carnes darán flor de alma.

Me embriagan las niñas. Adoro
sus mejillas de nardo y violeta,
y en sus bucles de seda y oro
doy mi beso mejor de poeta.
(...)

Me embriagan las niñas. Semejan
florecentes abismos... Mi anhelo
es besar las estelas que dejan
cuando vuelan en paz hacia el cielo.

Me ha pedido una madre que cante
la canción de las niñas. ¡Quién fuera
el cantor que a los sueños pudiera
arrancar la canción más fragante!
(...)

«La amistad entre las familias Jiménez y de Córdoba [no olvidemos que Juan Ramón viajaba con su madre y su hermana Victoria] se afianzó durante los últimos días de estancia en Alhama de Aragón, y, juntas, viajaron a Zaragoza, donde visitaron el templo de Nuestra Señora del Pilar (...). Vueltos a Moguer y a Don Benito, respectivamente, JRJ y Eloísa sostuvieron una larga correspondencia en la que predominaron los asuntos poéticos»⁵⁸. Hemos de suponer que en esta ocasión la posible presencia del marido en el balneario y en la excursión subsiguiente (aunque Prat no la menciona) o, en su ausencia, sí al menos el acompañamiento

⁵⁸ PRAT 1986, pp. 228-231.

de la madre y la hermana de Juan Ramón, fueron elementos suficientemente disuasorios para que la relación entre ellos no llegase «a mayores».⁵⁹

Al volver a Moguer Juan Ramón decía postalmente esto a su amigo el escritor Timoteo Orbe: «Sin embargo, yo no debiera estudiar tanto. He contraído una anemia cerebral y de resulta de ella una neurastenia horrible. En Alhama de Aragón me he restablecido algo, aunque poco» (3-10-1900)⁶⁰. Durante los meses siguientes Juan Ramón estuvo encargándose de la gestión de sus dos primeros libros, *Ninfeas* y *Almas de violeta*, recientemente publicados (el 11 de septiembre de 1900), especialmente en lo relativo a intentar que sus jóvenes amigos escritores hablaran de ellos en la prensa de la época, ya que ambos habían sido acogidos en general con indiferencia o desdén. También se dedicó a escribir más poesía; de forma frenética, porque no sabía hacerlo de otra forma, y eso volvió a provocar un empeoramiento en sus problemas nerviosos. Uno de sus mejores amigos por aquel entonces, el poeta almeriense Francisco Villaespesa, escribía esto a Rubén Darío a principios de 1901: «Jiménez continúa en Moguer, haciendo vida de solitario. ¡Lástima de poeta enfermo!»⁶¹. De hecho, su empeoramiento lo llevó, como acabamos de ver, hasta el Sanatorio de Burdeos,

⁵⁹ Eloísa de Córdoba Gutiérrez nació en Enciso (Logroño) en 1879 o 1880. En fecha indeterminada quedó viuda de su marido, su primo hermano Ángel de Córdoba Tutor, originario de Olvega (Soria). Eloísa murió en Madrid en 1921 o 1922. Prat la convierte en musa del libro inédito juanramoniano *Besos de oro* (escrito entre 1900 y 1901), o al menos de varios poemas (PRAT 1986, pp. 230-231). Juan Ramón la recordaría con el paso de los años, al hablar casualmente sobre Don Benito, en una conversación con el escritor Francisco Valdés transcrita por Juan Guerrero (13-2-1934); éste contaba que «era una muchacha entonces de gran temperamento, muy inteligente, tal vez algo anormal, con genialidades; la trató en las termas, y luego las dos familias vinieron a Zaragoza, donde se vieron, conservando correspondencia literaria durante algún tiempo. Valdés dice que esta persona ha muerto ya y que en Don Benito tenía fama de ser persona de talento, pero algo extravagante» (GUERRERO 1998, vol. II, p. 152). Por otro lado, el poema «Las niñas» también fue publicado en la revista madrileña *Electra* (nº 2, 23-3-1901, p. 51), precisamente subtítulo como perteneciente a *Besos de oro* y dedicado también a Eloísa; también en la sevillana *La Quincena* (nº 1, 30-11-1900, p. 2), con la misma dedicatoria aunque sin tal subtítulo.

⁶⁰ JIMÉNEZ 2006, p. 74.

⁶¹ GUIRALDO 1943, pp. 90-91.

un episodio gracias a cuyo repaso hemos podido comprobar además que tampoco estaba tan mal. El propio poeta narró, un poco dramáticamente, toda esta época en un ya clásico artículo autobiográfico publicado en el número 8 de la revista *Renacimiento* (1907, pp. 422-426): «Mientras, me sentí muy enfermo y tuve que volver a mi casa; la muerte de mi padre inundó mi alma de una preocupación sombría; de pronto, una noche, sentí que me ahogaba y caí al suelo; este ataque se repitió en los siguientes días; tuve un profundo temor a una muerte repentina; sólo me tranquilizaba la presencia de un médico —qué paradoja!— Me llené de un misticismo inquieto y avasallador; fui a las procesiones, rompí todo un libro —“Besos de oro”— de versos profanos (?); y me llevaron al Sanatorio de Castel d’Andorte, en Le Bouscat, Bordeaux».

En realidad, la destrucción de aquel libro no fue tan evidente y, de hecho, muchos de sus poemas pasaron al libro que lo sustituyó, *Rimas*, el cual se forjó precisamente de forma mayoritaria en su estancia bordelesa. Y desde luego, la desestimación del mismo fue posterior al viaje de Alhama, ya que existe una carta de noviembre de 1900 a otro amigo suyo, el poeta malagueño José Sánchez Rodríguez, en el que Juan Ramón afirmaba seguir trabajando en *Besos de oro*.⁶²

Eloísa fue una especie de amada de transición hacia la desinhibición total de Francia, la cual se consiguió, como he advertido más de una vez, con el Modernismo. Antes de marchar a Alhama, aunque con problemas de salud, Juan Ramón seguía luchando por el movimiento desde Moguer, al igual que lo hiciera durante el casi mes y medio que estuvo en Madrid, viviendo de primera mano la recién planteada lucha modernista. La ruptura total con los medios y los modos de hacer literatura y arte del realismo del siglo XIX era la premisa principal. Adscrito a esta corriente cultural desde que se pusiera en contacto postal con Francisco Villaespesa y poco después con Rubén Darío a finales de 1899, Juan Ramón abrazó la manera de hacer poesía y la ilimitada libertad creadora e ideológica que proporcionaba el Modernismo en poemas como estos dos que voy a citar, aparecidos en su libro *Ninfetas* (1900) aunque publicados anteriormente en prensa, el primero en la revista madrileña *Relieves*

⁶² Vid. MARTÍN 2007, pp. 332-336.

(nº7, 3-5-1900, p. 2) y el segundo en la también madrileña *Vida Nueva* (nº 93, 18-3-1900, p. 3). A pesar de que en general los primeros poemas modernistas juanramonianos tienen menos trasfondo biográfico que el resto de su producción poética (el Modernismo, como el Romanticismo, era, al fin y al cabo, una huida desesperada de la realidad), quizá podríamos ver en estos versos basados en el tópico de la amada muerta (Poe, Bécquer, Ludwig Tieck, José Asunción Silva...⁶³) una alusión a Carmen Rasco, niña muerta de tuberculosis en Moguer cuando Juan Ramón era niño y de la que hablaré después. El primero se titula «Somnolenta»⁶⁴:

El Sol muerto derrama morados fulgores
inundando de nieblas la verde espesura...
Dulce ritmo armonioso de vaga amargura
me despierta... A mi lado se duermen las flores...

Taciturno prosigo mi senda de abrojos
y mis ojos contemplan la azul Lejanía...
Allá lejos..., muy lejos..., está mi Alegría,
en los míos clavando sus lívidos ojos...

¡Ah! ¡delirio! ¡delirio...! Al través de una rama
una Sombra adorada ligera se mueve;
una Sombra con cara de lirios y nieve,
que sus labios me ofrece y gimiendo me llama...

Y se aleja llorando con triste misterio...
Inundados de llanto mis ojos dormidos,
al recuerdo doliente de Amores perdidos,
tras la Sombra camino al fatal cementerio...

Pero más significativo para el tema que nos ocupa es el siguiente poema titulado «Marchita», que trata precisamente de la pérdida de la virginidad por parte de una joven —de forma no muy agradable, se intuye—, probablemente con ningún trasfondo autobiográfico, pero desde luego no puede descartarse que Juan Ramón viviera alguna situación de índole parecida⁶⁵:

⁶³ Vid. MARTÍN 2007, pp. 304-309.

⁶⁴ JIMÉNEZ 1964, pp. 1476-1477.

⁶⁵ JIMÉNEZ 1964, p. 1498.

A la oliente sombra del rosal de sangre, del rosal florido,
muerta su inocencia, muerta la fragancia de su frente pura,
llora sin consuelo la pálida niña por su amor perdido,
llora abandonada, con ardiente llanto de inmensa amargura.

El gemido horrible, el gemido fúnebre de su pecho herido
halla frío sepulcro en la helada calma de la noche oscura,
sin que allá a los lejos tenga un eco mágico en otro gemido,
sin besar el alma que su alma loca busca con ternura...

¡Pobre niña pálida, pobre niña amante, pobre confiada
que en las negras garras de un amor ingrato quedó desflorada!
.....
...Ya el pesar la duerme..., y dormida ríe con blancos delirios...

Y llorando, el viento le da un dulce beso, un beso doliente,
y compadecido de la niña pálida, corona su frente
con guirnalda triste, triste y melancólica, de nevados lirios...

Aunque, si queremos leer algún poema verdaderamente significativo en cuanto a la libertad sexual que trajo al joven poeta onubense la forma de pensar modernista, sólo tenemos que echar otro vistazo a *Ninfeas*, el libro que publicó junto a *Almas de violeta* (menos modernista, más romántico y más sentimental que sensual, al contrario que *Ninfeas*), en el que podemos encontrar poemas tan evidentemente sexuales como «La canción de los besos» en la que habla de varios «tipos» de besos: un beso de oro que «era un Beso de amores virgíneos, /era un Beso de afusiones tiernas,/ que al salir de unos labios más fragantes y puros/ que una pura y fragante azucena/ buscando iba otros labios amantes/ al país de las Flores Eternas»; e inmediatamente después hace hablar a otro beso, un Beso de fuego, de esta manera⁶⁶:

«Salí de sus labios
en vapores de vino espumoso,
como nota de lasciva música,
como nota inflamada de anhelitos locos,
de carnales espasmos febriles,
de deliquios furiosos...;
vengo envuelto en fragancias de Carne lasciva ,
vengo envuelto entre risas de orgiástico gozo...;

⁶⁶ JIMÉNEZ 1964, pp. 1467-1471.

a los Ayes, Gemidos y Trenos neuróticos,
que conmigo salieron
entre el ritmo carnal de sus pechos turgentes y mórbidos...;
y me muero, me muero y no encuentro
a los rojos hermanos que busco amoroso».
(...)

Aunque sea un comentario fácil, salta a la vista que, escribiendo estas cosas, parece no extrañar que hiciera aquellas otras allá en Francia.

BLOQUE II. JUAN RAMÓN Y EL AMOR ANTES DEL MODERNISMO

1. AMADAS Y AMANTES DE SEVILLA: ALGO DE AMOR EN ROSALINA Y ALGO DE VIDA POCO EDIFICANTE EN LAS NOCHES SEVILLANAS

Nuestro joven escritor viajó a Alhama una vez que hubo vuelto a Moguer desde Madrid, después de su famoso viaje de apenas mes y medio hasta la capital de España en abril de 1900. Hasta allí fue para conocer a Rubén Darío, Francisco Villaespesa y algunos otros jóvenes escritores que, como él, querían luchar en aras del recién llegado Modernismo⁶⁷. Como ya he comentado en más de una ocasión, la libertad ideológica que le proporcionó descubrir el nuevo movimiento modernista inclinó considerablemente su balanza moral hacia el lado del sexo y si Eloísa de Córdova no comprobó en sí misma este detalle, fue probablemente porque el acompañamiento de varias miembros de una y otra familia, pero también quizá porque había pasado demasiado poco tiempo desde que Juan Ramón recuperara su «libertad sexual» — si se me permite la expresión — y su pericia en este terreno no sería completamente desarrollada hasta la estancia en el sanatorio francés.

⁶⁷ MARTÍN 2007, pp. 281 y ss.

a) Amantes sevillanas desconocidas

Pero, ¿cómo fue el comportamiento amoroso de Juan Ramón antes de la llegada del Modernismo? Veámoslo⁶⁸. En el otoño de 1896, un jovencísimo bachiller, llamado «Juanito» por sus allegados y Jiménez Mantecón de apellidos, llegaba a Sevilla para estudiar Pintura y, en teoría, Derecho (hago esta objeción porque está probado por su expediente en la Universidad Literaria de Sevilla que sólo permaneció matriculado, y por libre, durante el curso 1898/1899, sin aprobar ninguna asignatura). El entonces futuro poeta venía del estricto y profundamente religioso ambiente del colegio jesuita de El Puerto de Santa María (Cádiz), donde, como veremos un poco más adelante, tuvo su origen esa psicomaquia entre el placer y el pecado de la que vengo hablando durante todo este trabajo sobre el amor juanramoniano. Obviamente, el lado que desarrolló allí fue el segundo de ellos, el del miedo y la obsesión por el pecado, especialmente «de la carne», como se decía antiguamente. Pero lo importante es que no venía directamente de allí, sino que antes había pasado todo un verano en la finca familiar de Fuentepiña, en Moguer. El ambiente amable y despreocupado del verano moguerense (incluidos también los asuntos amorosos) relajó la obsesión moral del bachiller adolescente, a lo cual se sumaba otro ambiente muy determinante: el de la gran ciudad que ya era Sevilla en aquella época. Y el factor último y definitivo que terminó de hacer olvidar momentáneamente la preocupación por el pecado fue su maestro de Pintura, Salvador Clemente.

Este gaditano pero sevillano de adopción se había ganado una sólida reputación artística en la ciudad del Guadalquivir como pintor de temas costumbristas y folclóricos y técnica colorista. No obstante su buen nombre como artista, parece ser que su taller también era muy conocido por las grandes juergas que organizaba el maestro de Pintura. Aunque el moguerense no terminó de fijar la residencia en Sevilla (pues alternaría frecuentes periodos en su pueblo), cuando estaba en la ciudad hispalense habitaba en una casa de huéspedes de la calle Gerona, cerca de la calle de las

⁶⁸ Para hablar de esto sigo mi libro *Juan Ramón Jiménez. 1881-1900* (MARTÍN 2007, pp. 69 y ss.).

Dueñas, donde tenía el taller Clemente. Esto, más todo lo dicho anteriormente, debió de influir en que Juan Ramón se entregara ampliamente al estilo de vida de su maestro. Jorge Urrutia fue el primero en llamar la atención sobre este aspecto en algunas publicaciones, como su artículo «La prehistoria poética de Juan Ramón Jiménez: confusiones y diferencias» (1991). Proponía como hipótesis un periodo especialmente activo, que estaba casi desconocido hasta que él lo estudió, en el que Juan Ramón pudo practicar “cierta bohemia señoril, con frecuentación de lugares de expansión sexual. Dado que, como parece, la familia Jiménez creía que los hermanos Eustaquio y Juan Ramón acudían a clases universitarias, y solo el mayor se matriculó realmente desde 1896, podemos pensar que muy distinto destino que el de sufragar tasas académicas tuvo el dinero paterno, en el caso del joven poeta”⁶⁹. Dicho autor afirmaba que hubo de acudir a este tipo de locales de esparcimiento, puesto que en su ficha médica, redactada el 7 de septiembre de 1901, precisamente por el doctor Gaston Lalanne en el sanatorio de Burdeos, se podía leer: «Se ha entregado a los placeres sexuales». Aseguraba Urrutia también que, por si el entorno del taller de su maestro no hubiera supuesto suficiente estímulo para tales visitas, los encuentros en Sevilla con su antiguo compañero de instituto en Cádiz y amigo el escritor Fernando Villalón, que tenía fama de mujeriego, pudieron haberle motivado igualmente para este tipo de actividades lúdicas. No obstante, el buen recuerdo que conservaría de Villalón en su madurez⁷⁰, en contraste con la evocación negativa de Clemente, parece apuntar a que fue este último, y no aquél, quien introdujo a Juan Ramón en tan poco edificantes prácticas.

Así se ve en este inédito titulado «Recuerdos»: «[L]a guitarra y las copas eran el ornamento de la tarde. Mi maestro apenas pintaba tampoco — y tenía talento, pero era un fracasado— (...) [C]reo que no seguí pintando porque el ambiente me mató la esperanza. Si en vez de ir a aquel estudio tropiezo con un gran maestro, quizá hoy sería un gran pintor»⁷¹. La carta que escribió Francisco Hernández-

⁶⁹ URRUTIA 1991, pp. 43-44.

⁷⁰ Vid. JIMÉNEZ 1961, pp. 79-88.

⁷¹ CRESPO 1999, p. 195.

Pinzón, sobrino del poeta, a Ángel Crespo sobre el tema también sugiere que la imagen que del pintor transmitió el poeta a su entorno más próximo no fue muy buena: «Los grandes cuadros que Clemente tenía en proyecto para concurrir a los más prestigiosos premios, le entusiasmaban a Juan Ramón y le hacían admirar a su maestro; pero éste nunca los iniciaba. La realidad era bien diferente: Clemente se dedicaba a pintar gitanas y toreros para los turistas ingleses; en el estudio se organizaban frecuentes juergas entre modelos y amigos que acudían».⁷²

Volviendo a la ficha del sanatorio de Burdeos, en realidad, en algo en lo que no cayó Urrutia es que la fecha en que firmó el doctor francés la ficha mencionada podría superar cronológicamente los encuentros sexuales de Juan Ramón con su esposa, lo cual, por otro lado, no dejaría de ser una ironía realmente curiosa. Sin embargo, aunque no hay que descartar la posibilidad de que el mogueño perdiera su virginidad con Madame Lalanne, yo me inclino más a pensar que fue en Sevilla con Salvador Clemente donde llegó a completarse tal iniciación. Primero, porque era una costumbre típica de la burguesía de la época, y así se evidencia en unas frases de una novela de entonces, *La Millona* (1902) de Juan Francisco Muñoz y Pabón, que dibuja perfectamente la Sevilla de la que se trata aquí y en la que, hablando de Frasco Guerra, un joven burgués sevillano de La Hondonada, se dice: «Este año se ha gastado en picos pardos el dinero del doctorado y se ha venido como se fue»⁷³. Este caso paradigmático encaja además con el comportamiento académico del joven Juan Ramón. Y en segundo lugar y sobre todo, porque el final de este periodo de vida disoluta pudo verse reflejado en varios poemas suyos que publicó en la prensa hispalense.

Dicho final y el giro radical hacia el otro lado de la balanza moral tuvo lugar a finales de 1898 o principios de 1899, toda vez que el mogueño había por fin abandonado el magisterio de Clemente en el verano de 1898 y había entrado en contacto con un grupo de escritores sevillanos, reunidos en torno al veterano poeta José

⁷² CRESPO 1999, p. 32.

⁷³ MUÑOZ Y PABÓN 1902, p. 191.

Lamarque de Novoa, que estaba caracterizado por un fuerte fundamentalismo católico. Esta poderosa influencia no sólo tuvo el efecto de recuperar la obsesión moral de herencia jesuítica, sino que además supuso su definitivo despertar a la poesía, ya que su forma de redimir los pecados fue apartarse progresivamente de la pintura y comenzar a publicar en la prensa sevillana una serie de poemas de índole moral y religiosa (no había escrito poesía precisamente desde que estudiara en El Puerto de Santa María). Esto fue algo que no gustó a sus antiguos compañeros de juerga y así se aprecia claramente en el soneto titulado «A varios ¿amigos?», aparecido en el diario sevillano *El Programa* el 2 de marzo de 1899 (p. 4), tan importante para él como símbolo del punto de inflexión que había marcado en su vida que lo volvería a publicar unos meses después en *Vida Nueva* (nº 56, 2-7-1899, p. 2), curiosamente poco antes de que se librara de dicha influencia moral gracias al Modernismo:

Vosotros que tenéis los corazones
podridos del placer y de la orgía,
y que pasáis un día y otro día
entregados al ocio y las pasiones,

sin conciencia, ni dignas ambiciones,
y sin fe, que es la luz que el alma guía,
¿impíos os burlasteis de la mía,
porque alentaba ensueños e ilusiones?

Semejáis charca inmóvil, cenagosa;
yo, soy torrente de agua impetuosa,
y vuestro vil escarnio no me inquieta;

¡infelices! os miro con desprecio...
¡Superior a vosotros yo me aprecio
tan sólo con soñar en ser poeta!

b) Rosalina Brau

Pero antes de que el inquieto estudiante de Pintura intimara con aquellas amantes eventuales de las noches de juerga sevillanas, estuvo cortejando a la que siempre consideró su segunda novia: Rosalina Brau (de la primera sabremos en breve). Según su vaivén moral, lo más lógico sería que este cortejo tuviera lugar antes de esas juergas, pero tampoco se puede descartar que fuera simultáneo, ya que no poseemos una fecha aproximada del inicio

de la vida disoluta juanramoniana, pero sí del fin de la relación con Rosalina: principios de 1897. Lo ideal sería situar las primeras juergas del joven moguerense tras la marcha de su segunda novia, y desde luego encajaría perfectamente, pero no existen pruebas de tal concatenación.

Antes de continuar hablando de Rosalina, hay que advertir que ésta, ya de mayor, «insistía en que no había sido novia de él en el sentido estricto de la palabra; decía que Juan Ramón “se había enamorado de ella a lo adivino” y “le había dedicado unos versos”»⁷⁴. También es cierto que estas palabras, sacadas de un reportaje de su sobrino, E. Ramírez Brau, titulado “Aclara noviazgo de Juan Ramón” (*El Mundo*, San Juan de Puerto Rico, 7-1-1958), son al mismo tiempo una evidencia de que dicha relación, fuera de la naturaleza que fuese, existió. Por lo que contaba Palau, Rosalina era «hija de un Cronista Oficial de la Isla de Puerto Rico que estaba documentándose en el Archivo de Indias, Salvador Brau Asencio, hijo de españoles, romántico escritor de obras dramáticas con temas de costumbres, de aventuras y episodios históricos»⁷⁵. Fue desde luego una relación breve, puesto que la familia Brau, efectivamente, abandonó España de regreso a Puerto Rico a principios de 1897, según narraba la introducción a un libro escrito por su cabeza de familia: *Disquisiciones sociológicas y otros ensayos*. Juan Ramón hablaba de este «noviazgo» de pasada en la prosa LXXIV de *Platero y yo*, «Sarito»⁷⁶; y en su libro *Por el cristal amarillo*, en la prosa titulada precisamente «Rosalina», lo hacía de una forma mucho más extensa y emocionada, aunque probablemente exagerada⁷⁷:

¡Cuánto me ha pesado después haber consentido que rompiera aquellas cartas! De ellas quedan en mí frases

⁷⁴ PALAU 1974, p. 79.

⁷⁵ PALAU 1974, pp. 78-80.

⁷⁶ JIMÉNEZ 1988, p. 173.

⁷⁷ JIMÉNEZ 1969, p. 1214. Con la hermana de Rosalina, Graciela, también tuvo muy buena relación y seguramente algo de enamoramiento, tal y como indica el hecho de que le dedicara «Tesoro», la segunda parte de *Laberinto*, de este modo: «A Graciela, la hermana mayor de Rosalina, que me quería tanto ¡o más! que ella». Palau también habla de la dedicatoria a Rosalina en algún lugar de *Pastorales*, pero no parece existir; quizá se refiera a alguna dedicatoria manuscrita de un ejemplar del mismo (vid. PALAU 1974, pp. 79-80).

imborrables que yo entonces, que era un niño, no comprendía, pero ahora cobran un sentido profundo, lleno de pasión y de voluptuosidad. Hay una que me persigue obsesionante y forma como un remordimiento: «Tú no puedes figurarte como quiere una criolla». Rosalina tenía entonces veintidós años y yo catorce. Nos enamoramos, sin saber cómo, locamente; ella era hija de un poeta puertorriqueño que había venido a Sevilla con no sé qué comisión literaria cerca del Archivo de Indias. Entonces yo pintaba flamencas y campos de sol, como mi maestro, y no tenía la menor sospecha de mi porvenir poético. (...) Tuvieron que tornar a su país y yo me quedé solo —¡solo como nunca!— en aquel verano de Sevilla (...). Y un buque negro, inmenso, surcaba mi ensueño, por los mares eternos, con una mujer pálida y opulenta en la cubierta.

2. AMADAS DE LA ADOLESCENCIA: LOS FRACASOS DE BLANCA HERNÁNDEZ-PINZÓN, MARÍA ALMONTE Y MARÍA TERESA FLORES

Como hemos constatado, hasta la liberación mental del Modernismo, Juan Ramón había estado encorsetado por la rigidez moral de su educación jesuítica, lo que le había supuesto una concepción muy puritana del fenómeno amoroso, con la excepción notable de sus juergas sevillanas, las cuales en el fondo no debían de contener conquistas amorosas, sino relaciones mucho más simples y efectivas de oferta y demanda. Y es que su adolescencia va a estar marcada por el apocamiento del futuro galán, fruto en parte de ese peso moral de la religión, pero también, lógicamente, de su propia inexperiencia en las operaciones románticas. Podría decirse que el inmenso éxito con las mujeres que le acompañaría el resto de su vida fue al principio de la misma todo lo contrario, y que sufrió la cara amarga del amor, con relaciones que él mismo exageró o en las que no fue tan correspondido como pensaba. Lo hemos comprobado con Rosalina, a quién el poeta siempre consideró su novia y de quien afirmó que estaba enamoradísima de él (y no sólo ella, sino también su hermana Graciela), y, sin embargo, la propia Rosalina se encargó de relativizar muchísimo todo esto con el paso de los años, llegando a negar claramente dicho noviazgo, el cual, por otra parte, ¿cuándo tuvo tiempo de suceder? Si Juan Ramón llegó a Sevilla en otoño de 1896 (o un poco antes) y Rosalina y su

familia dejaron España a principios de 1897, apenas nos queda medio año para que «intimaran» los dos jóvenes.

a) Blanca Hernández-Pinzón

En cuanto a la que Juan Ramón siempre llamó su «primera novia», Blanca Hernández-Pinzón Flores, es sin duda la amada que más presencia tuvo en su obra. Él siempre defendió este noviazgo y las pocas pruebas documentales que tenemos del mismo (tres cartas y dos borradores de cartas de Juan Ramón a Blanca⁷⁸) apuntan a que realmente existió. Sin embargo, todo indica que fue un noviazgo problemático, que la familia de Blanca pronto lo vio con malos ojos, que la relación probablemente se acabó antes de lo que Juan Ramón creía y que, de cualquier modo, Blanca no correspondió con la misma intensidad a los sentimientos del joven moguerense.

Como apunta Palau (que es quien, como en tantos otros temas, más datos ha aportado sobre Blanca), aunque se conocían desde pequeños en Moguer, Juan Ramón se enamoró de Blanca al terminar el bachillerato con los jesuitas en El Puerto de Santa María⁷⁹. El ambiente bucólico de Moguer era uno muy distinto al del colegio, mucho más propicio a pensar en el amor que en las penas del infierno. Justo en el verano de 1895, una vez terminado el Bachillerato nos encontramos con las que, salvo un par de poemitas escritos en sus libros escolares, son las primeras muestras poéticas de «andaluz universal»: un *Álbum de poesías* en el que, junto a poemas de autores que admiraba, puso unos cuantos suyos. Y de hecho, escribió dos en agosto con el mismo título: “A mi novia”⁸⁰. El segundo, muy corto: “¡Cuántas horas felices y tranquilas/ Pasaré de ti enfrente,/ Si yo puedo vivir eternamente/ Asomado al balcón de tus pupilas!”; y el primero algo más largo:

Yo soy volcán apagado sin ti,
A quien tú comunicas la vida;
En tu lado el amor yo sentí
Niña del alma querida.

⁷⁸ Vid. JIMÉNEZ 2006, pp. 85-86 y 613-615.

⁷⁹ PALAU 1974, pp. 66-70.

⁸⁰ Vid. MARTÍN 2007, pp. 58 y ss.

Sin tu amor ¿yo qué fuera mi niña?
El hombre más simple y más huero.
Mas ya que iluminas mi vida
Yo rey me considero.

Si ingratas me fueras mi vida
Pronto de pena muriera,
Quiéreme y no me olvides mi niña
No me des esa pena.

Si me muero tampoco me olvides.
En mi tumba pon flores.
Que el que de veras quiere bien sabe
Que son amores.

Sin embargo, la mayoría de los poemas que escribió Juan Ramón durante su adolescencia y primera juventud sobre tema amoroso abordan de forma clara el tema del desengaño (siendo además el tópico de los celos mucho más común en la poesía amorosa de la época). Esto apunta también en la dirección de que el futuro poeta no comenzó con buen pie su trayectoria como donjuán. Otro poema del *Álbum*, muy sintomáticamente titulado “El desengaño”, ilustra perfectamente este detalle, el cual, todo hay que decirlo, tampoco es que fuera muy ajeno al poema anterior recién citado:

Te vi, te idolatré, quedé sin calma.
¡Torpe de mi,
Que en mi ciego delirio a mi ser sin alma
La mía di!
La dicha que soñé trocöse en yugo.
¡Loca ilusión!
Tras mi cielo corrí, y halló un verdugo
Mi corazón.

Pero volvamos a Blanca. Ella era amiga de la familia Jiménez y sobre todo de su hermana Victoria. De hecho, José Hernández-Pinzón, el hermano de Blanca, acabaría casándose con Victoria, teniendo como descendencia, entre otros, a Francisco Hernández-Pinzón Jiménez, cuya incansable labor en la conservación de la obra de su tío es sobradamente conocida; desgraciadamente, nos abandonó hace poco⁸¹. Parece ser que el enamoramiento de

⁸¹ «Sus padres [los de Blanca y José] eran don Antonio Hernández-Pinzón

Blanca continuó a lo largo de la etapa sevillana, especialmente durante sus estancias en Moguer, aunque el noviazgo no debió de durar demasiado.⁸²

Ya en 1901 la madre de la joven no veía con buenos ojos esta relación debido a los problemas nerviosos y emocionales del poeta, y al simple hecho de ser poeta (y poeta modernista, no lo olvidemos) y no un burgués al uso; quizá entonces se produjo su distanciamiento. A su regreso a Moguer, a principios de 1906, Juan Ramón volvió a ver regularmente a Blanca, «ya que frecuentaba la casa de su hermano casado con Victoria, (...), repuesto de sus achaques iba allí a menudo a jugar con sus sobrinos».⁸³ Seguramente entonces se le revolverían los sentimientos hacia su primer gran amor, atenuados por la lejanía y las mujeres galantes de Madrid, pero eso no tiene por qué indicar que su noviazgo siguiera en activo. Yo me atrevería a sostener la hipótesis de que desde su visita al Sanatorio de Burdeos se podría dar prácticamente por finiquitada la relación, especialmente por la oposición de la familia de Blanca⁸⁴ y que ya después fue Juan Ramón el que tardó algunos años en aceptar la realidad. De hecho, existen dos borradores de cartas

Berruero y doña Dolores Flores Tello. Don Antonio, muerto cuando Blanca era pequeña, había sido Juez Municipal de Moguer, además de agricultor acomodado, y tenía, como los Jiménez, negocio de vinos (...). Blanca y su hermana María Gracia vivían con su madre viuda en una casona de la calle de la Cárcel propiedad de los Hernández-Pinzón. José, el hermano que estudiaba para abogado en la Universidad de Sevilla, era novio de la hermana de Juan Ramón, Victoria Jiménez, a quien él no le había hecho mucho caso de pequeñito, por haber preferido a Ignacia, la hermana mayor; pero ésta se había casado por los años de su entrada al “Colegio San Luis Gonzaga” (...) [con] un joven de una familia como la de Blanca; se llamaba Pedro Gutiérrez Díaz y era agricultor, ganadero y vinatero» (PALAU 1974, pp. 66-67).

⁸² Sí es evidente la importancia que atribuyó el de Moguer a Blanca, independientemente de cuánto llegó a ser realmente su novia; al menos es lo que se desprende de su poesía posterior, especialmente de las *Baladas de primavera* y *Laberinto* (vid. PALAU, 1974, pp. 164, 366, 373 y 441). Las tres cartas juanramonianas dirigidas a Blanca, publicadas por Alegre, confirman los celos de la madre de la joven que, al parecer, escondió las misivas para que no llegaran a su destinataria (vid. JIMÉNEZ 2006, pp. 85-86). Por otro lado, el tono y el contenido de las mismas no desautoriza en ningún modo la hipótesis de que Juan Ramón exageraba su supuesto noviazgo o que, al menos, no era correspondido sentimentalmente dentro del mismo.

⁸³ PALAU 1974, p. 373.

⁸⁴ Vid. JIMÉNEZ 2007, p. 40.

del poeta a Blanca escritos en Fuentepiña y Moguer, de los que no se puede saber la fecha exacta y ni si fueron enviados finalmente, que podrían representar esta situación. En ambas se nos muestra a un Juan Ramón despechado que intenta disimular su amor y su despecho ante el silencio o la indiferencia de Blanca, incluso mintiendo (o quizá fabulando) con una inminente boda suya, es de entender que con Louise Grimm. Puesto que durante su periodo madrileño de 1901-1905 volvía durante la mayoría de los veranos a Moguer⁸⁵, el primero de los borradores bien podría ubicarse (aunque esto es una mera conjetura) en alguno de esos periodos estivales en los que Blanca ni podía ni —quizá— quería continuar con la relación (de hecho, este proyecto de carta está escrito desde la casa veraniega de Fuentepiña): «Al mismo tiempo, [*tachado*: y como entre nosotros todo ha concluido] te suplico que hagas un paquetito con todo lo que tienes de mí, cartas, retratos, libros, etc. —absolutamente todo, hasta lo más insignificante— y que me digas cuándo puedo mandar a recogerlo». El segundo, mucho más vehemente, sí se puede fechar con más garantía alrededor de 1906 por la alusión mencionada a Louise Grimm⁸⁶:

[N]ecesito que me mandes todas mis cosas, pues pienso casarme dentro de unos meses y quiero que todo eso quede en mi poder, de modo que me haces un paquetito con todo lo que tienes de mí —cartas, libros, retratos, etc.—, desde el barquito que te pinté cuando éramos niños hasta esta carta de hoy, y, me mandas decir cuándo pueden ir a recogerlo de mi parte. Claro está que no me podrás devolver algunas cosas, por ejemplo todos los besos que te he dado. Yo en cambio, lo único que puedo devolverte es nada, pues tus cartas, única cosa que tenía de ti, están rotas hace tiempo por una dama, Luisa Grimm.

En cuanto a las tres cartas que envió Juan Ramón desde el sanatorio de Burdeos (las únicas enviadas con toda seguridad que se conservan), reproduzco la tercera de ella, la más desesperada, la que da idea del silencio de Blanca. También es cierto que, como contaba Alegre, «[s]egún relata la familia, la madre de Blanca nunca

⁸⁵ BLASCO y PIEDRA 2006, p. 100.

⁸⁶ JIMÉNEZ 2006, p. 614-615.

permitió que las cartas llegaran a su destinataria. Aparecieron años después, sin abrir, en un cajón de su hermana María Gracia»⁸⁷. Aun así, y a pesar de este silencio obligado, por la poca información de que disponemos, se intuyen muchos otros silencios ya más voluntarios. Tampoco se conserva ninguna carta de Blanca dirigida a Juan Ramón, lo que (sin entrar a especular sobre las posibles razones de ello) es desde luego una verdadera lástima. Veamos la carta, que es del 14 de mayo de 1901 y, por lo tempranera, debe eliminar la posibilidad de que el moguereno ya hubiera comenzado alguna relación amorosa o sexual en territorio francés; está encabezada sencillamente “Blanca” y dice así⁸⁸:

*Hace un día bochornoso; un calor atroz; voy a Burdeos con el doctor Lalanne; antes te escribo esta carta para decirte otra vez que me perdones y que me quieras. Yo soy ahora mejor que antes; ayer noche di un paseo por el parque con Lalanne y su señora; ¿no te zumbaron los oídos? Hablamos de ti. Adiós.
¡Escribe por Dios!*

Por otro lado, ya he comentado que las referencias a Blanca en la poesía juanramoniana son abundantísimas⁸⁹. Una de ellas, muy significativa, es la dedicatoria de la sexta parte de *Laberinto*, «*Nevenmore*», «Llorando a Blanca/ casta y pálida/ como una rama de almendro en flor»; en el adjetivo calificativo «casta» podemos apreciar además cómo este amor adolescente (al igual que el resto) no debió de ser consumado desde el punto de vista sexual. Esto es algo que no se confirma del todo con los poemas que le dedicó en *Libros de amor*, ya que alguno hay con un marcado componente erótico (nº 61), pero, como ocurrió con Louise Grimm (con la que Blanca comparte protagonismo en el poema nº 86), debe de deberse más al deseo que a la realidad y por eso transcribo aquí el que me parece más acorde a esa realidad, con menos sensualidad, más sentimiento y una nueva alusión a la castidad; es el poema nº 66⁹⁰:

⁸⁷ JIMÉNEZ 2006, p. 86.

⁸⁸ JIMÉNEZ 2006, p. 86.

⁸⁹ Vid. JIMÉNEZ 2007, pp. 40-41.

⁹⁰ JIMÉNEZ 2007, p. 140.

Entre la sombra verde y azul, que hace más grande
el jardín, blanca, blanca, blanca, la dulce rosa
perdura tristemente, como la mano blanca,
como la frente blanca de una primera novia.

Y en la frescura del momento, una amargura
romántica, anhelante y casta, me acongoja.
El sollozo del agua me obliga a sollozar.
Al llanto de la estrella, mi vida llora, llora...

¡Amor blanco — ¿qué amor? —, que fuiste cual la luna
de mi juventud pálida, toda llena de historias;
no sé quién eras tú; pero sé bien que eres
como una rosa blanca que perdura en la sombra!

Para terminar de hablar de esta primera novia juanramoniana simplemente debo decir que acabaría casándose —no con Juan Ramón sino con un tal Diego de la Concha— el 23 de diciembre de 1913, hecho que no afectaría al poeta, ya que «entonces todos sus pensamientos estaban puestos en Zenobia Camprubí».⁹¹

b) María Almonte

Otro amor fracasado de su adolescencia fue el de María Almonte, hija de Rafael Almonte, el médico de la familia en Moguer⁹². De hecho, ella es el nombre de mujer que más aparece en *Pastorales*, cuya tercera parte, «La estrella del pastor», está dedicada «A/ María del Rocío,/ la de gala-de-rosa». «María del Rocío» es seudónimo de María Almonte, algo evidente para la gente de Huelva, puesto que la Virgen del Rocío es patrona del pueblo onubense de Almonte. Tanto el uso del seudónimo como la razón del fracaso de esta posible relación, de la que no existen pruebas de su concreción salvo algunos escritos adultos del poeta, es la misma, y Palau lo explicaba muy bien: «Pero Juan Ramón no podía dedicarle versos a María Almonte abiertamente en el pequeño pueblo de Moguer, porque allí tenía fama de loco; porque al padre de María, su médico, que conocía a fondo su mal, no le hubiera gustado que galanteara a su hija, y el pueblo hubiera censurado a María de saber que no le

⁹¹ PALAU 1974, p. 535; vid. también JIMÉNEZ 2007, p. 39.

⁹² Palau es quien ha hablado más de ella y siga sus datos (PALAU 1974, pp. 33 y 319-321).

desagradaban las atenciones del poeta enfermo de los nervios»⁹³. En el final de uno de los poemas dedicados a ella en *Pastorales* podría observarse un reclamo irónico por parte de Juan Ramón sobre su condición poco pragmática de poeta y, por tanto, mal partido: «Y tú sueñas con un novio/ que te labre la campiña,/ y yo no sé labrar.../ Qué pena..., ¿verdad, María?»⁹⁴. Como todo indica que el joven moguerense empezó a tener verdaderos problemas nerviosos a raíz de la muerte de su padre en julio de 1900, hemos de deducir que, aunque conociera a María desde pequeño y comenzara a interesarse en ella en su adolescencia, fue en el estricto fin de siglo cuando debió de incrementar su interés por la chica, quizá cansado de su relación con Blanca. En el siguiente fragmento de unos «Recuerdos» inéditos que citaba Palau, se pueden observar los emocionados sentimientos del poeta (que no probablemente la realidad exacta), el cual en «las tardes claras de septiembre iba (...) a buscar a María con el padre de ella, al colegio de las Esclavas»⁹⁵:

Tú venías lijera, sofocada, con tus ojos negros encandilados y más intensos de cielo azul y la sonrisa de tu boca de cereza era para mí una cosa mágica y sin nombre. Tú querías todo lo que yo quería, eras siempre partidaria de mis sueños y me preguntabas qué quería yo que tú hicieras. Sabías de memoria todos mis versos. Alguna vez —¿te acuerdas?— en la soledad me preguntabas: ¿no estás mejor aquí conmigo? Evitabas mi mirada, te turbabas ante mí y la gente me decía que tú me querías. Verdaderamente, tú me querías. Y yo te tengo aún en el alma, tal como entonces eras, con tu trenza, tus senos nacientes, tu boca enormemente roja, tus ojos negros, dorados, azules encandilados...

Es muy difícil saber con certeza si María le correspondió o no, pero es más lógico pensar que no fue así por todo lo dicho hasta ahora. Lo que sí ha quedado claro es el recuerdo de los sentimientos del poeta, tanto el lejano citado como alguno más reciente, y así se

⁹³ PALAU 1974, p. 320.

⁹⁴ JIMÉNEZ 2005, p. 954.

⁹⁵ PALAU 1974, p. 321.

observa en este poema de *Pastorales* en el que, como volvía a señalar Palau, María «tiene categoría de mujer casta y admirada»⁹⁶:

María, que alegre estaba
la luna sobre las viñas!
El sol ya se iba rosando,
ya los rebaños volvían...
(...)

Yo iba pensando en la suave
boca grana que tenías,
la que te nevó la luna,
aquella noche, María.

María..., aunque toda mi alma
es solo alma tuya; mira
aunque el jardín nos aguarda
y no faltaré a la cita;

María, aunque vas de blanco
y, por tristeza, eres mía,
aunque te beso en los ojos,
aunque no quiero tu risa,

¡si vieras qué alegre estaba
la luna sobre las viñas!
Mira..., el sol se iba rosando,
y era una rosa de oro..., mira...

c) María Teresa Flores Íñiguez

Por último, hay que incluir entre las amadas adolescentes que no debieron de prosperar demasiado una menos importante que María Almonte y Blanca Hernández-Pinzón, pero que también rondó los pensamientos y los sentimientos del poeta: María Teresa Flores Íñiguez. De ella, que era prima de Blanca⁹⁷, decía Palau que «también estaba un poco enamorado»⁹⁸ y, basándose en una de las *Baladas para después* (la “Balada de cuando yo estaba lejos de

⁹⁶ PALAU 1974, p. 322. El poema está en JIMÉNEZ 2005, pp. 948-949.

⁹⁷ JIMÉNEZ 2006, p. 614.

⁹⁸ PALAU 1974, p. 67.

la luna”) comentaba que probablemente Juan Ramón se refería a ella cuando contaba que «consultaba sobre palabras inglesas a mi novia porque estaba en un colejo de Irlandesas —vacaciones— y ella me traducía la etiqueta de frasco de esencia»⁹⁹. Y es cierto que «María Teresa Flores Íñiguez, su otra novia moguereña, (...) asistió a ese colejo cuando él estaba en el de los jesuitas del Puerto de Santa María, de ahí la referencia a las vacaciones»¹⁰⁰. Desde luego, parece claro que el moguereño la sintió como una de sus amadas de adolescencia, puesto que eso insinuaba al hablar de ella así en uno de esos borradores de carta a Blanca en el que rompía con ella: «María Teresa Florez me ha pedido un retrato que yo tenía de ella y que tú me quitaste; por lo tanto, te ruego que me lo mandes lo más pronto que sea posible».¹⁰¹

También contaba Palau que la hermana de María Teresa, Coral, se interponía entre ellos reclamando su atención. No hay que entender esto como un detalle aislado, pues hemos visto que algo parecido ocurría con la hermana de Rosalina Brau y —lo apunto ahora— con la de Blanca. Explicaba Palau en el mismo párrafo en el que hablaba de Coral Flores, que «a él le parecía que Gracia, la hermana de Blanca, se interponía entre los dos, queriendo que él se fijara en ella»¹⁰². Por lo que parece, al igual que ocurriría unos años después con las hijas de sus amadas, durante la adolescencia Juan Ramón desarrolló, alimentada por su mentalidad romántica, alguna especie de fijación por las hermanas de sus «novias», a quien las sentía «también» enamoradas de su persona.

Para concluir con este apartado romántico adolescente, me detendré brevemente en un episodio crucial en la formación de la personalidad juanramoniana —en el tema amoroso, pero también en todo lo demás— y al que ya he hecho alusión en más de una ocasión: su estancia en el colegio jesuita de El Puerto de Santa María, origen claro de su obsesión por la moral y el pecado y desencadenante evidente de su particular psicomauia entre el espíritu y la carne.¹⁰³

⁹⁹ JIMÉNEZ 1969, pp. 319-320.

¹⁰⁰ PALAU 1974, p. 387.

¹⁰¹ JIMÉNEZ 2006, p. 613.

¹⁰² PALAU 1974, p. 67.

¹⁰³ MARTÍN 2007, p. 47 y ss.

A principios del curso 1893/1894, don Víctor Jiménez trasladó a su hijo al jesuita Colegio San Luis Gonzaga de El Puerto de Santa María, en Cádiz. Después de dos años estudiando con matrícula libre en el Instituto de Enseñanza Media de Huelva, pensó que la educación que podía recibir con los jesuitas sería mucho mejor (no sin razón, ya que en la época la calidad de la enseñanza religiosa era la de mayor nivel). Sin embargo, el estricto ambiente y la fundamentalista educación jesuítica provocaron unos serios daños colaterales en un adolescente tan sensible. Influencias poderosas como *De la imitación de Cristo* de Tomás de Kempis o las colecciones de fábulas morales que se utilizaban por aquel entonces en los colegios religiosos lograron crear en Juan Ramón un sentimiento de culpa ante todo lo que tuviera apariencia de pecado, lo que influiría claramente en su concepción del amor, que, como ya hemos visto, fue basculando hasta que conoció a Zenobia entre aquello que le dictaba su conciencia y aquello hacia lo que le impulsaban sus deseos, sin poder reconciliar esta antinomia durante casi treinta años.

No es casualidad que el primer poema juanramoniano conservado, de mediados de 1895, sea precisamente un poema de marcado tono moral y religioso escrito en uno de esos libros que utilizaba en Cádiz:

Aquí yace de un hipócrita
el cuerpo malvado y necio
que por no sufrir desprecio
bueno quiso aparecer.

Teniendo manchada el alma
con la lepra del pecado
ahora ya está condenado
a las penas del infierno.

Después, como también vimos, el verano y el ambiente de Fuentepiña suavizaron esta preocupación moral (y la prueba son los varios poemas amorosos que incluyó en el *Álbum* de 1895), pero ya la semilla había germinado en su interior y las páginas precedentes han dejado testimonios de los vaivenes sentimentales y sexuales que esta estricta educación le ocasionó.

3. AMADAS INOCENTES DE LA INFANCIA

Y casi para concluir este trabajo hablaré sobre las amadas infantiles de Juan Ramón, lógicamente inocentes y puras por su edad en cuanto al sexo pero muy intensas a veces en la evocación que el poeta hizo en sus escritos autobiográficos de adultez y senectud, como es el caso del libro autobiográfico *Por el cristal amarillo*, inédito hasta que lo publicara Francisco Garfias en 1961 (yo sigo la reedición de 1969 en *Libros de Prosa 1*, también de Garfias). Si nos fijamos bien, éstos también fueron amores en cierto modo fracasados o imposibles, lo que engancharía con la tónica de la adolescencia. Evidentemente, si he señalado para las amadas de otras épocas de mayor edad que nunca debemos fiarnos del todo de los escritos juanramonianos no coetáneos, para éstas, con quienes la memoria de Juan Ramón hubo de hacer un esfuerzo y un trayecto de vuelta mayores, la advertencia es aún más seria. A pesar de ello, lo que importa ahora, al fin y al cabo, es que Juanito Ramón Jiménez Mantecón, de un modo otro, llegó a sentir estos amores. Coherentemente con esto, de dos de esos amores infantiles copio parte de las prosas dedicadas expresamente a ellas.

a) Pepita Gonzalo

En cuanto a la onubense “Pepita Gonzalo” decía Juan Ramón en “Entes y sombras de la infancia”, sección de *Por el cristal amarillo*¹⁰⁴:

Fuimos a Huelva, de noche, a ver una zarzuela... (...) Al salir, en el olor a gas de la calle del Puerto —olor que entonces era para mí señal de cosmopolitismo—, en la acera ancha, Pepita Gonzalo que me mira, confusa, al irse, con sus ojos verdes de niña de fuera, elegante, estraña para mí, niño fino, pero tosco de maneras, y triste, de pueblo.

Luego mi prima que me dice que ella «me quiere»... Retorno a Moguer por la carretera —¡qué triste!— con esa angustia de madrugada de la imposibilidad de una cosa posible vista desde fuera, en la incompreensión de los diez años...

¹⁰⁴ JIMÉNEZ 1969, p. 1073.

El primer sentimiento de la mujer delicada, fina, sutil, incorpórea, hermana del sueño y de la enredadera, me lo dio Pepita Gonzalo.

Sus ojos eran de un verde claro y redondo, en un rostro blanco con pecas, agudo, tierno y mimoso. (...)

b) Matilde Navarro

La siguiente prosa es sobre Matilde Navarro, «una niña muy guapa que a él le gustaba», como decía Palau, moguerense, al igual que él¹⁰⁵. El título del texto es, muy gráficamente, «Amor» y pertenece a otra sección de *Por el cristal amarillo*, «Vida y época»¹⁰⁶:

Recuerdo la plaza de la iglesia de Moguer en tardes de tormenta. Se trocaba el brillo de las fachadas y se quedaba solitaria y medrosa.

Yo estaba, con una blusa grana y negra, en un banco, con la niñera de Matilde Navarro, que me decía:

—¡Qué ojos tienes, Juanito! ¡Jesús, qué ojos tienes, hijo!

Luego, ya estábamos solos las niñas y yo. Ellas se iban corriendo por la calle y se entraban en su casa por la puerta falsa. Yo me iba solo, y cuando nadie me veía, me ponía a besar las piedras que yo me figuraba que había pisado Matilde.

Cuando yo me iba, recuerdo que la veía, por la cancela —unos ojos inmensos—, entre cristales de colores, plátanos, ya en el trueno y los goterones.

c) Carmen Rasco

Y por último, siguiendo a Expósito¹⁰⁷, vamos a saber de «[o]tra muchacha con la que JRJ tuvo una de sus primeras ilusiones amorosas y de la que hasta hoy no se sabía nada». Se refería a Carmen Rasco Rasco, una moguerense que murió en 1889 de tuberculosis, cuando ella tenía doce años y Juan Ramón apenas ocho. Carmen contaba con un origen humilde, puesto que su padre

¹⁰⁵ PALAU 1974, p. 31.

¹⁰⁶ JIMÉNEZ 1969, p. 1213.

¹⁰⁷ JIMÉNEZ 2007, pp. 41-43.

era el labrador José Rasco Alfaro, casado con Montemayor Rasco Hernández; vivían en la calle Hornos, nº 18. A la luz de estos datos, podemos interpretar las alusiones existentes en su obra a una tal Carmen (la prosa XCVII, «El cementerio viejo», de *Platero y yo*¹⁰⁸) o incluso simplemente a una niña que enfermó de tuberculosis (la prosa XLVI, «La tísica», del mismo libro¹⁰⁹). Expósito citaba un fragmento de una prosa titulada «Una risa inesplicable» de otro libro autobiográfico, *Con el carbón del sol* (inédito también hasta que lo publicó Garfias en 1973, Magisterio español, Madrid); en él los sentimientos del niño mogueño quedan fielmente reflejados, aunque sea desde la distancia de los años¹¹⁰:

Después, ya muchacho, llegó Carmen, y cuando Carmen murió sin ser toda mía, se llevó con ella mi amor y me dejó para siempre la idea de lo imposible. Y desde entonces, que yo recuerde, donde no estaba «ya» la luz y la sombra de la mujer, el amor misterioso de la mujer, faltaba todo para mí, el mundo estaba vacío y poco a propósito para reírme, como no fuera de él y de mí.

No obstante, el testimonio más evidente y más bello que dejó Juan Ramón a su pequeña amada enferma fue el del poema nº 85 de *Libros de amor*, titulado “Balada de Carmen la humilde, en la noche de luna”¹¹¹:

La luna está en las rosas que tu carne florece;
es blanca, como armiño, la tapa de su tumba;
tu nombre dulce, grabado sobre piedra,
se lee vagamente a la luz de la luna...

Y tu recuerdo es, en la noche tranquila,
algo que pone lírica la celeste penumbra...
Como un ramo de estrellas, caído desde el cielo,
eres de plata, de agua, de cristal y de música.

¡Oh, parece que vagas por las sendas! Que huele
tu leve estela blanca como a violetas mustias,
que se vuelven de seda tus ojos de ceniza,
que tus pies son de carne, que tus manos alumbran...

¹⁰⁸ JIMÉNEZ 1988, p. 199.

¹⁰⁹ JIMÉNEZ 1988, p. 135.

¹¹⁰ JIMÉNEZ 2007, p. 42.

¹¹¹ JIMÉNEZ 2007, p. 159.

Ante la imagen espectral, aunque bella, con que termina este poema y ante la alusión a la sombra y el misterio de la mujer de la cita anterior, quizá tuviéramos que hablar también de fondo autobiográfico en el ya citado poema «Somnolenta», donde el tópico romántico y modernista de la amada muerta pudo basarlo el poeta en su propia amada física y fallecida en la flor de la vida: Carmen Rasco.

4. AMADAS ANÓNIMAS Y CASI OLVIDADAS

A estas alturas no hace falta decir que el historial amoroso de Juan Ramón es notablemente amplio, y eso que sólo hablamos de la mitad de su vida, ya que en 1913 conoció a Zenobia y se plantó. Si ya de por sí ha sido bastante complicado, por esta razón, realizar el presente trabajo, cuesta imaginar cómo hubiera sido la labor de no haber sentado la cabeza el escritor onubense en las cercanías del ecuador de su vida. Y sin embargo, la lista aún podría ampliarse más, pues existe una serie de nombres que aparecen en su obra de los que o bien apenas sabemos nada salvo que el poeta desarrolló algún tipo de sentimiento romántico o atracción sexual hacia sus personas, o bien conocemos su identidad pero casi nada sobre la naturaleza de los sentimientos juanramonianos.

Un amor moguereno que debe de ser de la época inmediatamente posterior a Rosalina Brau fue el de Feliciano Sáenz. No se sabe mucho de ella aparte de que era una moguerena cosmopolita y refinada que tocaba excelentemente el piano, algo a lo que el poeta no estaba acostumbrado y que era, en realidad, lo que buscaría años después en mujeres como Louise Grimm, Georgina Hübner y finalmente Zenobia. La única información disponible es la de la prosa «Chopin» de «Vida y época».¹¹²

¹¹² «Feliciano Sáenz tocaba deliciosamente el piano. “Feliciano es muy fina”, me decía mi madre, que sabía de esto. Había viajado mucho, había vivido en Francia, donde había conocido a Lucio Félix Faure, con quien, vuelta de todo a Moguer, guardó el escape de una correspondencia amistosa. Esta familia de los Sáenz, parientes nuestros, me gustaba mucho. Paca, la hermana de Feliciano, era también delicada y escojida, aunque menos cultivada, y era madre de Margarita, una niña, perla en flor, verde, blanca y oro, que estuvo mucho por mi ilusión en mi primera juventud. Margarita Garrido Sáenz, que

Palau también hablaba de Margot, un dama de la alta sociedad madrileña a la que admiraba Juan Ramón y que, al igual que ocurrió con Louise Grimm, denegó, por el qué dirán, la dedicatoria de una de las tres partes de *Pastorales*.¹¹³

Esta misma autora daba un nombre más, el de Dolores Bedoya, que asistía a las tertulias musicales de Susana Almonte: «era menuda, de apariencia gentil y vivaracha» y también le gustaba a Juan Ramón.¹¹⁴

Y en el poema XIV de *Jardines lejanos* (1904) aparece junto Francina una tal Magdalena (Madeleine), de la que poco sabemos aparte de que fue ayuda de cámara en Castel D'Andorte entre 1901 y 1904¹¹⁵ y de que, si hacemos caso al poema en cuestión (lo cual ya sabemos que no es siempre aconsejable del todo), pudo formar alguna especie de trío erótico junto a la citada Francina y nuestro poeta: «...Ya no sé lo que somos... Las bocas/ de ellas ponen su fiebre en la mía./ Tengo miedo... Parecen dos locas/ que me quieren volver la alegría».¹¹⁶

Además, en *Libros de amor* se cita, en el poema nº 78, el nombre de Genoveva junto al de Louise Grimm como ejemplos de «[m]ujeres altas, finas, un poco mustias, que/ me alucináis el alma con vuestros ojos mágicos»¹¹⁷. A ella está dedicado el romance «Sol de otoño» de *Laberinto*.¹¹⁸

Y la segunda parte de *Pastorales*, titulada «El valle», está dedicada «A/ la memoria de/ Estrella, que se murió en mayo». Podríamos

su padre [sic], "Pepe" Garrido, decía que tenía que casarse conmigo./ Yo iba algunas veces a casa de Feliciano, allá al fin de la calle de la Ribera, a oírle tocar y hablar, a verla. Era de una belleza rasgada y franca que me fascinaba (...) Entonces yo tenía diecisiete años: oí a Chopin por vez primera y de qué primer modo. Feliciano, ahora lo comprendo bien, espresaba a Chopin con un sentimiento delicioso y completo que me estremecía, me embriagaba, me enloquecía» (JIMÉNEZ 1969, p. 1238).

¹¹³ PALAU 1974, p. 340.

¹¹⁴ PALAU 1974, p. 403.

¹¹⁵ PRAT 1986, p. 128.

¹¹⁶ JIMÉNEZ 2005, p. 344.

¹¹⁷ JIMÉNEZ 2007, p. 152.

¹¹⁸ JIMÉNEZ 2005, pp. 1295-1296.

estar hablando de otra amada muerta, aunque posterior y menos significativa que Carmen Rasco. «Estrella, en los poemas, es una muchacha del campo que el poeta a veces llama por el diminutivo y que aparece por primera vez en *Arias tristes*, en el poema XIII de la primera parte, que debe estar relacionado a la estancia de Juan Ramón en el Guadarrama con el doctor Sandoval».¹¹⁹

Y por último, el libro *Laberinto* está dedicado de forma genérica «A la mujer escogida» y cada una de sus siete partes a Graciela Brau, Madame Lalanne, Denise Lalanne, Marthe Lalanne, Blanca Hernández-Pinzón y Susana Almonte, por este orden, salvo la primera que está dedicada a Natalia, la hija del pedagogo e historiador «Manuel Bartolomé Cossío, cuya casa Juan Ramón visitó más de una vez en Madrid».¹²⁰

La conclusión más sencilla que se puede obtener después de todo lo dicho hasta aquí (que aún puede ser estudiado más en profundidad, por supuesto) es que pocas cosas hay en la vida de Juan Ramón más importantes que el amor y la mujer; y ya sabemos de sobra que en él vida y obra van de la mano. Por tanto, para Juan Ramón (al menos para el de la primera parte de su obra, hasta que conoció a Zenobia y terminó evolucionando hacia términos insospechados vital y poéticamente) podemos decir, con Bécquer, que la Poesía es la Mujer.

En homenaje a Ella, cierro estas páginas con un fragmento juanramoniano que ilustra muy bien la enorme influencia de la Mujer en su vida¹²¹:

Mi madre solía decir que, de niño chico, yo estaba siempre riéndome (...). Y que no comprendía cómo, luego, me volví tan serio. (...) Muchas veces, he querido encontrar la razón a este cambio. ¿La muerte brusca de mi padre a la madrugada; el colegio de los Jesuitas, con su paño morado constante de

¹¹⁹ PALAU 1974, p. 317.

¹²⁰ PALAU 1974, p. 432.

¹²¹ Pertenece también a “Vida y época”, de *Por el cristal amarillo* (JIMÉNEZ 1969, pp. 1216-1217), y se titula, al igual que una de las citas anteriores «Una risa inexplicable», puesto que es una versión algo diferente de dicha prosa.

muerte; el despertar sexual con la idea de lo imposible? Sí; sólo alcanzo a ver que en el fondo de toda esta lucha de espejos y ondas, como en el fondo de todos los fondos de mi vida, yerra siempre, desde mi niñez segunda, el espejismo de la mujer esbelta, ideal con aura oscura o dorada, dorada preferente, naturalmente. En forma de gloria, forma de amor, de obra, en forma de muerte, en forma de imposible, la mujer ideal, niña, adolescente, joven, mayor, caída, última, muerta, estatua, aparición, vaga al fondo de todos los mirajes espejismos de mi vida y es término así de mi vida toda.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BLASCO, J. y PIEDRA, A. (2006), “Cronología (1881-1958)”, en VV. AA., *Juan Ramón Jiménez. Premio Nobel 1956*, Madrid, Residencia de Estudiantes/ Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, pp. 84-184.

CRESPO, Á. (1999), *Juan Ramón Jiménez y la pintura*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca.

GUERRERO RUIZ, J. (1998), *Juan Ramón de viva voz. Volumen I.* (1913-1931), Valencia, Pre-Textos.

— (1998), *Juan Ramón de viva voz. Volumen II.* (1932-1936), Valencia, Pre-Textos.

GHIRALDO, A. (1943), *El archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, Editorial Losada.

JIMÉNEZ, J. R. (1961), *La corriente infinita* (crítica y evocación), Madrid, Aguilar.

— (1964), *Primeros Libros de Poesía*, Madrid, Aguilar.

— (1969), *Libros de Prosa: 1*, Madrid, Aguilar (ed. de Francisco Garfías).

— (1988), *Platero y yo*, Madrid, Cátedra.

— (2005), *Obra poética, vol. I.*, Madrid, Espasa-Calpe.

— (2006), *Epistolario I. 1898-1916*, edición de Alfonso Alegre Heitzmann, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

— (2007), *Libros de amor*, Ediciones Linteo, Ourense (ed. de José Antonio Expósito Hernández).

MARTÍN INFANTE, A. (2007), *Juan Ramón Jiménez, 1881-1900.* Una biografía literaria, Huelva, Ayto. de Huelva.

— (2009), *Juan Ramón Jiménez y Huelva. Fin de siglo*, Colección “Los libros del Trienio”, Huelva, Servicio de Publicaciones de la Diputación de Huelva.

MUÑOZ Y PABÓN, J. F. [1902], *La Millona*, Barcelona, Sociedad General de Publicaciones, S. A., Diputación, 211.

PALAU DE NEMES, G. (1974), *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez. La poesía desnuda*, 2 vols. Madrid, Gredos.

PORTERO SOTO, A. (2000), “Marga Gil Roësset. Amor y desesperanza”, Malgrat del Mar, Centre d’Estudis i Documentació Zenòbia Camprubí.

PRAT, I. (1986), *El muchacho despatriado. Juan Ramón Jiménez en Francia (1901)*, Madrid, Taurus.

YOUNG, H. (2000), “La fina y dulce Luisa”, *Unidad*, nº II, Moguer (Huelva), Fundación Juan Ramón Jiménez, pp. 25-36.

URRUTIA, J. (1991), “La prehistoria poética de Juan Ramón Jiménez: confusiones y diferencias”, en *Juan Ramón Jiménez. Poesía total y obra en marcha. Actas del IV Congreso de Literatura Española Contemporánea*, Barcelona, Anthropos, pp. 41-60.



5. De cómo la aparición de Zenobia cambió la vida y la poesía de Juan Ramón

José Antonio Expósito Hernández

«Creo que en mis primeros 15 años poéticos he resumido una época y la he echado al pasado. Y desde mis 31 años, he abierto otra y la he lanzado al futuro. Y yo seco, en medio»

JRJ

RAZONES DE UN CAMBIO

Mucho se ha escrito hasta ahora y se seguirá escribiendo aún para intentar explicar las auténticas razones del cambio poético de JRJ producido en torno a los años 1911–1916. Quien les habla ha dedicado algunos estudios a mostrar cómo ya en 1911 se inició una reorientación de su poesía al decantarse a partir de entonces preferentemente por los modelos de la lírica inglesa frente a los ofrecidos por la francesa y al asimilar el nuevo credo estético-poético que defendía Miguel de Unamuno. Este cambio en sus intereses lectores estuvo auspiciado en un primer momento por su relación amorosa con la norteamericana Luisa Grimm. Ahora bien, siendo cierto y probado lo anterior como se puede constatar con la lectura del libro inédito *La frente pensativa* de flamante aparición¹, no menos innegable resulta que el descubrimiento del amor verdadero tras conocer a Zenobia supondrá la transformación definitiva de su vida y, por supuesto, también de sus versos. El amor hará que la expresión del poeta se torne más comedida, serena y profunda. Por ello, es esta vivencia amorosa la que hoy queremos destacar. Y aunque el encuentro con su futura esposa Zenobia también contribuyó indudablemente a acrecentar y consolidar esa fascinación por la lírica inglesa nos concierne ahora reflexionar sobre la trascendencia de la irrupción del amor definitivo en su vida y en su Obra. Para percibir suficientemente la profundidad de ese cambio vital y artístico del poeta es preciso mostrar cuál era su situación durante los meses previos a ese trascendental hallazgo.

¹ JRJ, (2009).

EL ENCUENTRO

De nuevo instalado en Madrid, en la primavera de 1913 JRJ había trazado un plan muy definido para ese verano: en junio pensaba terminar una curiosa e interesantísima obra en versos alejandrinos: *Libros de amor*, para después en los meses siguientes dedicarse a traducir la *Vida de Miguel Ángel* de Romain Rolland. También quería gestionar la beca de su pensión en el extranjero y además preparar otros dos libros nuevos². Juan Guerrero anotó en su diario el día 27 de mayo de 1913 el deseo de JRJ: «En breve quiere dar *Libros de amor*». Lo mismo se desprende del contenido de una carta del poeta dirigida a su hermano Eustaquio fechada al mes siguiente, en junio de 1913, en la que le dice: «Mi libro *Laberinto* está listo; se pone a la venta el 25. *Libros de amor* queda en la imprenta para salir en septiembre. Llevaré ejemplares»³. Así, pues, todo hacía pensar en la inminente aparición de este título, puesto que a finales de junio JRJ lo había dado ya por terminado al enviarlo para su impresión. Sin embargo no llegó a editarse: durante ese verano el poeta conoció a Zenobia Camprubí y sus planes como poeta y también su propia vida dieron un notable giro.⁴

Desde su regreso a Madrid el 27 de diciembre de 1912 JRJ se alojó en una casa de huéspedes en el número 11 de la calle Gravina de la cual el poeta valoraba sobre todo su cercanía a la Casa de Socorro de la calle Arco de Santa María. Pero huyendo de los ruidos de una familia con muchos niños que vivían en el piso superior y también de los que provocaba un mercado próximo, se trasladó a la pensión de las señoritas Arizpe, en el tercero izquierda, del número 5 de la calle Villanueva, en una elegante casa nueva del barrio de Salamanca. Sus vecinos norteamericanos, el arquitecto Arthur Byne y su mujer la periodista Mildred Stapley, organizaban unas reuniones algo concurridas y molestas. JRJ protestaba inútilmente golpeando con su bastón en la pared contra ese ruido de pianos y voces. Allí los Byne recibían de vez en cuando la visita de una joven, cuya alegre

² AHN, Caja 21, 157 / 13.

³ JRJ (2006), pág. 392.

⁴ JRJ (2007). Estos y otros aspectos más son desarrollados en la introducción de esta misma edición.

risa escuchaba JRJ al otro lado del tabique. El poeta se interesó por las entradas y salidas de esta bella muchacha de la que sus vecinos le informaron que era hija de Raimundo Camprubí, el ingeniero jefe del puerto de Huelva que había vivido algún tiempo en La Rábida. Resulta curioso imaginar cómo mientras JRJ se afanaba en corregir y ordenar un libro de poemas de sus pasados amores con distintas mujeres, escuchaba al otro lado de la pared la risa inquietante de la que luego sería su esposa.

JRJ aprovechó para conocer a Zenobia al saber que acudía con los Byne a un curso de verano para extranjeros que ofrecía la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones. Ramón Menéndez Pidal dirigía el ciclo de conferencias que se impartió entre el 25 de junio y el 5 de agosto de 1913 en la Residencia de Estudiantes en la calle Fortuny, 8. El día en que Manuel Bartolomé Cossío daba su lectura sobre La Rábida y los lugares colombinos, probablemente a primeros de julio, JRJ y Zenobia fueron presentados por los Byne. Tras una larga conversación, JRJ esa misma tarde se le declaró y aprovechó para regalarle días después su nuevo libro *Laberinto*, recién publicado, cuyo erotismo era algo atrevido para la sociedad de la época. A Zenobia le desagradó su lectura precisamente por ese motivo y así se lo expresó abiertamente al poeta en una carta fechada un martes de julio:

«Anoche leí *Laberinto*. Lo leí porque lo había escrito Vd., conste, que si no estoy segura de que no hubiera 'aguantado' hasta el final. Y cuando lo concluí tenía una *rabia* contra Vd., que si llego a saber que estaba Vd., abajo en la Castellana, seguramente sale el libro volando por la ventana. Yo sí que decía '¡Parece mentira!' Yo no sé siquiera cómo me lo ha prestado, aunque claro, que no es por habérmelo prestado que me enfado, sino porque lo ha escrito. ¡Qué bien le va Vd. a hacer a nadie ni a nada con *Laberinto*. No lo puedo comprender».⁵

Efectivamente, JRJ acudía muchas tardes a sentarse en un banco situado enfrente de los balcones del tercer piso del número 18 del Paseo de la Castellana esquina a la calle Lista, donde vivía Zenobia

⁵ JRJ (1986), pág. 37.

con su familia. Algún escritor ha dejado testimonio de cómo se sentaba a acompañar en ese banco a JRJ. En ese mismo lugar bajo los balcones de la vivienda de su enamorada escribió el poema con que se abre *Estío* titulado significativamente «Tú»: «Pasan todas, verdes, granas... / Tú estás allá arriba, blanca. / Todas, bullangueras, agrias... / Tú estás allá arriba, plácida. / Pasan arteras, livianas... / Tú estás allá arriba, casta». Por eso dice Zenobia en su carta que si llega a saber que estaba abajo le hubiera arrojado el libro por la ventana.

En cuanto a los reparos sobre la utilidad o el posible bien que pudiera hacer esta obra a los lectores respondió el poeta defendiendo no sólo su último libro, sino todos los demás. Y aunque no era muy explícita Zenobia en su queja, JRJ sí lo es en su respuesta, ya que entendía muy bien qué le reprochaba:

«En cuanto a *Laberinto*, te diré que no tienes razón. Es cierto que hay en este libro poesías que no son todo lo puras que yo quisiera, pero tampoco hay que tomarlas tan al pie de la letra. En todos mis versos 'carnales' hay, si lo miras bien, una tristeza de la carne. Puedes o no creerlo; pero te diré que me bastaba tanto el placer material, que siempre que he caído me he levantado muy a tiempo. Estoy libre, nada me impide 'gozar' materialmente. No lo hago, sin embargo. He llegado a respetarme de una manera absoluta en ese sentido. Por lo demás, ese y todos mi otros libros están plenos de aspiración ideal y de sentimientos nobles».⁶

Ciertamente en este debate epistolar entre los futuros esposos se expone con claridad el escollo que a partir de entonces sorteará la poesía de JRJ, que no fue otro que el de la explícita sensualidad de esos 'versos carnales' que muy pronto, en 1914, se convertirán significativamente en los *versos espirituales* de sus *Sonetos espirituales*. Ahí está larvado un punto de inflexión en su poesía, que poco a poco irá desnudándose de anécdotas, circunstancias, para ir decididamente hacia la esencia de los hechos y los sentimientos.

⁶ Ídem, págs. 38–39.

Si el erotismo y la sensualidad de *Laberinto* causaron tan mala impresión a Zenobia, mucho se temía JRJ que todavía fuese peor la que podría provocar la lectura de su nueva obra recién concluida *Libros de amor*. Por ello y a pesar de las razones expuestas en su carta, JRJ decidió ese mismo verano retirar de la imprenta inmediatamente el libro que debía aparecer en otoño y evitar así una nueva ocasión de conflicto estético y ético no sólo con Zenobia, sino también con la rigidez moral de su madre, doña Isabel Aymar que no veía con buenos ojos al poeta como pretendiente de su hija.

Sin duda, si JRJ quería vencer los recelos de Isabel Aymar acerca de sus intenciones con su hija Zenobia, no era muy aconsejable que publicase nuevos versos con detalles de un pasado amoroso variado e intenso con diferentes mujeres. Bastante tenía ya JRJ con diluir lo que a los oídos de su futura suegra había llegado sobre sus amoríos con algunas monjas de un sanatorio de Madrid, como para alimentar aún más esa llama. No era pues el momento vital idóneo para que JRJ publicase esta especie de diario psíquico de amores carnales y lujuriosos como tarjeta de presentación ante la familia de Zenobia.

Al postergar *Libros de amor*, JRJ estaba arrinconando no sólo una obra, sino que además ponía también fin a toda una época de su poesía. *Libros de amor* es el último título que cierra la primera etapa de su Obra, a cuyos libros se referirá JRJ en 1932 en la famosa antología seleccionada por Gerardo Diego con la expresión «borradores silvestres».

La reciente publicación de *Libros de amor*⁷, por fin, después de un largo siglo de olvido y silencio supuso una verdadera revelación de ciertos aspectos de la personalidad y de la obra de JRJ para el gran público, ya que para muchos era el «enamorado de la luna» de *Arias tristes*, o el poeta de aire franciscano que paseaba con Platero. La lectura de sus variados y atrevidos amores con mujeres de distinta condición nos descubrió la imagen de un joven apasionado y sensual, muy distinto del que hasta entonces conocíamos.

⁷ JRJ, (2007).

UN NOVIAZGO EN VERSO

En los últimos libros de su primera etapa: *Laberinto* o *Libros de amor*, JRJ canta con poemas carnales al amor físico, mientras que ya desde el inicio de su poesía desnuda: *Sonetos*, *Estío* y *Diario* el amor se eleva hacia un ámbito espiritual, en el que el alma y no la carne triunfa en unos versos nuevos también en sus formas. La reflexión, la contemplación hacen que el amor definitivo sea más profundo y más bello, por oposición a ese otro amor ocasional y a veces incluso falso, al que apoda precisamente «Lo feo» en una de las secciones de *Libros de amor*. El contraste en la manera de abordar esta vivencia amorosa entre el final de una etapa y el comienzo de la siguiente es indiscutible, puesto que sus nuevos poemas carecen del sentimentalismo y de la sensualidad de sus últimas obras. Hay ahora un recogimiento, un intimismo y una naturalidad que antes no había.

La lectura de *Libros de amor* ha hecho posible ver con mayor nitidez si cabe contra qué excesos reaccionaba la poesía de *Estío*, de qué huía y hacia dónde quería encaminar sus nuevos versos. Sólo es posible entender la concentración y la sencillez amorosa de *Estío* después de haber leído la desmesura y el atrevimiento de *Libros de amor*. *Estío* supone una contraposición temática a esta obra y al mismo tiempo una continuación formal de la nueva expresión poética desnuda que había iniciado en 1911 con *La frente pensativa*. Parece como si Zenobia hubiese contribuido decisivamente a que el poeta se decantase finalmente por ese otro estilo de poesía meditativa afín al de la lírica inglesa. JRJ ciertamente no se prodigará a partir de ahora en detalles amorosos, sino que buscará la trascendencia del amor. Esto representa un significativo cambio de actitud, en consonancia con la elegancia y la mentalidad anglosajonas. JRJ salía así del asfixiante ámbito lírico de la poesía francesa y se alejaba definitivamente de la estética de los alejandrinos modernistas⁸.

Todo ello obedecía a que por fin JRJ, tal como le escribió en una carta a Zenobia había hallado la mujer ideal a que durante tanto

⁸ Para conocer más detalles sobre el desarrollo de este proceso véase la introducción a JRJ (2009).

tiempo aspiraba: «En usted ha tomado forma esa mujer que siempre me sonrió desde las estrellas. ¡Yo la he soñado a usted tantas veces! ¡Oh! ¡gracias, Dios mío, gracias por esta bendición!». Este mismo pensamiento se transforma líricamente en *Estío* (LXXXV) así: «Te encontraré cien veces por las rosas / y las estrellas, como yo quería / que fueras tú, mujer, motivo / de mi pasión divina / y mi ilusión humana».

Este decidido tránsito hacia un nuevo ciclo lírico se plasma también incluso de manera mucho más gráfica en dos aspectos muy personales: la propia firma del poeta que dejará de hacerlo a partir de julio de 1914 de forma abreviada como «Juan R. Jiménez» y pasará a desarrollarse en «Juan Ramón Jiménez»; y el segundo detalle también llamativo es el cambio a una caligrafía de apariencia «aljamiada» que calificó certeramente el conde de Manila con la expresión «logogrifo indescifrable». Estos dos hechos coinciden, no por azar, con la fecha de una carta de Zenobia en la que le ofrece a JRJ promesas certeras sobre su noviazgo. Por lo tanto, nos hallamos ante una gran conjunción de cambios vitales: hay un cambio de caligrafía, un cambio de nombre y firma, un nuevo domicilio en la Residencia de Estudiantes, su primer empleo remunerado como director de publicaciones de la Residencia; y lo que es más importante un cambio definitivo en su poesía.

GARCILASO Y JRJ: «SEGUNDO RENACIMIENTO»

A veces en la evolución y en el destino de un artista, de un pintor o de un poeta hay factores, circunstancias o personas que irrumpen accidentalmente por sorpresa con tal fuerza que a partir de ese momento ya no se pueden explicar sus respectivas obras si no se tiene presente ese hecho decisivo. Una existencia o toda una evolución creadora pueden estar a merced de algo inesperado, porque en definitiva la vida siempre nos arrolla con su ciego ímpetu a todos.

Probablemente, el amor de Zenobia no bastaría para explicar por sí solo el profundo cambio que se observa en su poesía si no se considerasen en ese proceso otros factores decisivos que hicieron posible esta mudanza poética. Entre ellos nos referimos

concretamente a los primeros poemas que muestran esa renovación estilística iniciada por JRJ ya en la soledad de Moguer en 1911 con obras inéditas como *La frente pensativa* o *El silencio de oro*. Esta transformación poética y en adelante consecuentemente de buena parte de la lírica española es equiparable a lo que sucedió en el siglo XVI cuando Garcilaso de la Vega introdujo en España la versificación italianizante en la que cantó de manera exclusiva su amor por Isabel Freire, a quien por cierto tampoco cita nunca en sus versos de manera explícita.

JRJ fue junto con Rubén Darío, Unamuno y Antonio Machado uno de los protagonistas de ese «nuevo Renacimiento» poético que se vivió en España principios del siglo XX. Bajo el influjo del moguereno otros muchos poetas españoles empezaron a mirar y a seguir los modelos que ofrecía la meditativa lírica inglesa, en lugar de interesarse exclusivamente como hasta entonces habían hecho por la musicalidad de la poesía francesa. La influencia que ejercieron libros como el *Diario de un poeta recién casado*, *Estío*, *Eternidades* o *Piedra y cielo* tanto en los poetas coetáneos como en las generaciones posteriores dentro y fuera de España es incuestionable, tal como han señalado suficientemente todos los críticos.

El paralelismo que señalábamos con Garcilaso resulta más que notable si tenemos en cuenta que ambos poetas rompieron con los respectivos modelos estéticos que heredaban: verso, estrofa, rima y estilo. El atrevimiento de los dos poetas coincide en descubrir en su momento en las líricas de otras lenguas foráneas como la italiana o la inglesa ciertos aspectos novedosos que supieron trasvasar y adaptar a nuestra poesía. Con ello consiguieron reverdecer el camino lírico que después seguirán otros futuros escritores. Tanto Garcilaso como JRJ emprendieron esa renovación teniendo el amor y la mujer amada como motivo preferente de sus versos. La labor de Garcilaso al introducir definitivamente el endecasílabo y el soneto (antes lo habían intentado Francisco Imperial y el marqués de Santillana) es equivalente a la que a su vez realizó Juan Ramón con el verso libre (antes lo había iniciado Miguel de Unamuno).

Lo que en definitiva hizo JRJ fue impulsar nuestra lírica por otros derroteros a través de una nueva forma y una nueva mentalidad. El

amor es uno de los temas centrales en esta renovación, y aunque no todo queda reducido a esta cuestión, JRJ se aleja aquí de Garcilaso al no abordar el dolor del fracaso amoroso. En cambio, la Naturaleza real, que nunca idealizada, sí que ha tenido siempre una importancia crucial en la poesía de JR. Lo fundamental en ambos poetas en sus respectivas épocas fue avanzar hacia la sencillez y la naturalidad expresivas, alejándose conscientemente de ciertos convencionalismos y retoricismos provenientes de la tradición o imitados de fuera y acudir con sincera decisión hacia una interiorización de la realidad personal para trascenderla.

En su libro *El Modernismo*, JRJ estimaba a Garcilaso como uno de los mejores poetas españoles, y la lectura que hizo de sus versos en una hermosa edición facsímil que le regaló su amigo Mr. A. Huntington dio origen al poema en prosa del *Diario* (III, CXIV) titulado «Garcilaso en New York», en el que simbólicamente habla de una «primavera nueva»⁹. También cita Juan Ramón algún verso del toledano al frente de sus poemas «Malvas», de *Arte menor* y de *Poemas mágicos y dolientes* (II, XXII), compuestas ambas obras en las mismas fechas.

La aparición de Zenobia en la vida de JRJ transformó su destino vital y su rumbo poético al igual que le sucedió a Garcilaso cuatro siglos antes. En los libros escritos hasta entonces; es decir, los que el poeta llamaba «mis libros amarillos de Moguer», en alusión al color de la cartulina que utilizaba para sus cubiertas al estilo de las cuidadas ediciones del *Mercure de France*, se puede rastrear una variada y considerable presencia femenina encarnada en distintas mujeres, las cuales quedarán borradas de su poesía tras el conocimiento de Zenobia. Las anécdotas amorosas, que no siempre fueron muy explícitas en sus versos, quedaron ahora desleídas en una vaga e ideal alusión al amor. Ya no habrá más evocaciones nostálgicas de pasiones pasadas o perdidas, ya la presencia de Zenobia eclipsará el brillo de cualquier otro recuerdo amoroso. Por ello, el poeta cantará en *Estío* (LXXXVIII) la desaparición definitiva de todas esas mujeres: «Con todos los corazones, / ya enterrados, que me amaron». De manera definitiva, el pasado ya ha quedado muy atrás en la conciencia del poeta.

⁹ Gallego Morell, Antonio (1981), págs. 85–87.

JRJ, siguiendo a su admirado San Juan de la Cruz, dirá en un aforismo: «En amor no hay más que presente»¹⁰ y para Juan Ramón no hubo ya otro presente más que junto a Zenobia. La visión que ofrece de la amada es una divinización de la mujer que traerá a estos versos una mayor espiritualidad y consecuentemente supondrá la eliminación de todo lo superfluo y discursivo. Su poesía se hará más densa con menos recursos verbales; es decir, será más intensa en su brevedad. JRJ camina ya seguro hacia la desnudez del poema.

NUEVAS PERSPECTIVAS DEL AMOR

Concisión y abstracción son dos rasgos que sobresalen en esta segunda época, ello responde a una búsqueda consciente de lo cardinal en donde el amor queda así descontextualizado, desnudo de toda anécdota para centrarse exclusivamente en sus elementos esenciales. Ahí nace esa palabra poética sobria y sugestiva que define la expresión juanramoniana de esta nueva etapa. El amor lo ha trastornado todo, la irrupción de Zenobia en la vida de JRJ es la palmaria constatación de la mudanza que afecta a toda la existencia. El muguereño colocó no por casualidad al frente de *Estío* el significativo soneto «Mutability», de Shelley, que ilustra y simboliza con transparencia el carácter mudable y el tránsito permanente al que están abocados todos los seres. Ese poema «Mutability» ubicado en tan conveniente lugar es el marbete o pórtico que una vez traspasado abre un nuevo ciclo ya irreversible en su poesía y, por ende, en la lírica española.

Este notable cambio en el tratamiento del concepto del amor hace que se convierta en un elemento central en la gestación de una estética también nueva. Tras sentir este amor verdadero, el verso de JRJ se vuelve más pudoroso y templado; pierde enredos, adornos y adjetivos, para hacerse más íntimo, más recogido. El poeta renuncia a ritmos y marcadas musicalidades, acudiendo bien a la libertad del verso libre, o bien a la sencillez de la canción popular española. A través de esta última se revela una vez más la influencia decisiva de Bécquer en la poesía de JRJ. Ya Gómez de la

¹⁰ JRJ, (1990), pág. 341.

Serna señaló de forma atinada el justo «becquerianismo» de Juan Ramón en el famoso e injusto «Retrato» que escribió del poeta¹¹.

Ahora bien, el canto de Zenobia a partir de entonces no será obsesivo, y rara vez lo hará de manera directa; sin embargo, Zenobia será la destinataria y la protagonista silenciosa y oculta de estos versos en los que se puede rastrear su presencia a través de constantes alusiones en libros como *Estío*, *Sonetos espirituales* o *Diario de un poeta recién casado*. Aunque las tres obras fueron publicadas tras su vuelta de América en 1916 y en 1917, se corresponden con dos momentos decisivos en la vida del poeta: los dos primeros títulos, *Sonetos espirituales* y *Estío*, fueron escritos ambos durante su noviazgo en Madrid y el tercero, el *Diario*, durante su viaje a Nueva York para casarse en marzo de ese año.

JRJ como buen degustador y mejor crítico de poesía siempre destacó la importancia del *Diario* sobre el resto de sus obras, tal como le confirmó en una conversación muchos años después a Ricardo Gullón: «Lo creo mi mejor libro. No se pone viejo»¹². No obstante hay que advertir que anteriormente, a finales del verano de 1915, le había escrito en una carta a su amiga María Martos algo similar, pero esta vez, referido a *Estío*: «El verano me ha traído un nuevo libro, *Estío* [...] Es una especie de ‘Diario lírico’ inquieto y agudo; [...] Es el mejor libro que he escrito, porque tiene más sangre y más cenizas que ningún otro»¹³. Resulta evidente que JRJ reconoce en estas dos obras una voz distinta, con una expresión sencilla que va progresivamente hacia la desnudez.

Lo que es muy importante destacar es que este cambio no resulta tan extraño si lo comparamos con lo que el poeta ya había realizado en algunos de sus libros inéditos: *La frente pensativa*, *El silencio de oro*, etc. Durante los últimos años de su retiro en Moguer (1911–1913), JRJ había cultivado paralelamente dos vías poéticas distintas. Una la de los libros publicados bajo la impronta de la influencia de la lírica francesa y otra la de ciertos libros que permanecieron inéditos en los que hallamos una palabra más

¹¹ Gómez de la Serna, Ramón (1941), págs. 39–40.

¹² Gullón, Ricardo (1958), pág. 92.

¹³ JRJ, (1962), pág. 123.

natural, un verso más meditativo, germen de lo que luego será su definitiva desnudez poética. Hasta ahora esta transición no se había visto suficientemente, ya que esos libros no han sido conocidos más que parcialmente a través de breves selecciones incluidas en sus antologías. Por ello, la aparición de *Estío* o del *Diario* sin el conocimiento de sus eslabones previos resultaron con sus numerosos y sorprendentes aciertos tremendamente novedosas dentro de la lírica española del momento. Esa nueva palabra poética que estas obras aportaban había sido ensayada con anterioridad en los libros inéditos escritos en la soledad de Moguer, aunque resultaban desconocidos para el público. Parece como si el poeta hubiese necesitado del impulso y de la verdad del amor definitivo para hacer ciertos y visibles estos versos y renunciar de manera concluyente a la melancolía y a la sensualidad modernista.

En años sucesivos su poesía se depurará aún más, tal y como sucederá en sus siguientes entregas poéticas: *Eternidades* (1918) y *Piedra y cielo* (1919). Zenobia convertida ya en esposa, en la mujer del poeta, acabará simbolizando a la Mujer, con mayúscula. Zenobia había encarnado de manera completa el ideal de mujer fina y cultivada a que aspiró siempre JRJ. Y posteriormente, este despojó en su obra a Zenobia no sólo de su nombre, sino también de su pronombre e incluso de su contexto vital para transformarla sencillamente en la Mujer de su Poesía. De esta manera, acabó convirtiéndose en una de las tres grandes presencias o temas de sus versos junto con la Muerte y la Obra.

Zenobia fue sencillamente la Mujer ideal, «la mujer desnuda», que reunía, a juicio de su amado, todas las cualidades por él soñadas en una mujer real. *Eternidades* va dedicado sencillamente «A mi mujer» e incluye además su famoso lema: «Amor y Poesía cada día».

Por lo tanto, asistimos en esta evolución poética a una paulatina descorporeización de la mujer concreta y real, hasta alcanzar la mujer ideal (bella, sensible y cultivada), sin que esta haya sido fruto de una quimera o una ensoñación, sino elevación o abstracción sacada de una presencia viva de mujer. Hay una sublimación de lo cotidiano, de la vida amorosa transformada por el verso en puro idealismo. Una realidad despojada de sus detalles indaga afanosa

a través del poema esa otra realidad invisible más profunda que el muguereño ansiaba comunicar.

Juan Ramón fue siempre un poeta platónico y este hecho se manifiesta de forma permanente en su obra y también en sus consideraciones teóricas sobre la poesía y la misión del poeta fatal; es decir, del que no puede dejar de serlo nunca. El amor es una forma de acceso al infinito y el poeta es el *medium*, el ser privilegiado y elegido, cuya verdadera misión es revelar a nuestros ojos ciegos esa otra belleza oculta de la existencia. Por lo tanto, conocer el amor gracias a Zenobia supuso acceder a la esencia oculta no sólo de los seres, sino también de toda la existencia. Zenobia le permitió ir hacia lo ignoto del cosmos. JRJ salió definitivamente de su ensimismamiento poético para ahondar en la búsqueda del misterio.

El cambio lírico en su escritura obedece, por lo tanto, a la yuxtaposición en unos mismos años de dos aspectos relevantes. En primer lugar, Juan Ramón había ensayado durante su plácido retiro en Moguer una expresión poética distinta a la habitual en algunos libros suyos que quedaron inéditos. Posteriormente, descubrió el amor verdadero en una mujer diferente a cuantas había conocido hasta entonces. Es decir, JRJ encontró una certera armonía o conjunción entre una nueva forma poética renovada por él mismo en nuestra lírica, que, muy pronto, supo asociar con un fondo amoroso pleno de espiritualidad y de idealismo.



6. *Estío* o el diario de un poeta recién enamorado

José Antonio Expósito Hernández

VERSOS DE UN NOVIAZGO

Estío, que lleva como subtítulo «(A punta de espina)», fue el primer libro publicado por Juan Ramón tras regresar a España después de contraer matrimonio en Nueva York el 2 de marzo de 1916. El libro se acabó de imprimir apenas unos meses más tarde, el 13 de diciembre de ese mismo año en la imprenta de Fortanet. Era esta la primera de sus obras editadas con la Casa Editorial Calleja y también su primer libro de poemas publicado con la firma Juan Ramón Jiménez, en lugar del conocido «Juan R. Jiménez». Probablemente por estrategia comercial se indica que hubo tres ediciones, aunque más bien se trata de una misma y única edición, ya que las tres están fechadas el mismo día. El libro consta de 178 páginas y su precio de venta fue de 3,50 pesetas; aparte también se tiraron 100 ejemplares numerados en papel de hilo. JRJ inauguró con esta obra la costumbre de incluir en su interior el conocido dibujo de una ramita de perejil que le pidió a su amigo Fernando Marco, junto al lema escrito en griego «πετροσ ελινον», perejil silvestre. A partir de entonces este sencillito dibujo se convirtió en el emblema y en el único «honor fugaz y máximo» a que aspiraba el poeta para sus publicaciones, tal y como en la antigüedad acostumbraban los lacedemonios a reconocer el mérito. Así lo refiere el poeta en «La corona de perejil», de *Platero y yo* (CXXI). Sin duda fue esta su bella respuesta tras no haber obtenido en 1913 su libro *Melancolía* el premio Fastenrath que concedía anualmente la Academia. A pesar de que la propuesta había partido de Benavente y Azorín y de que había sido apoyada por toda la prensa, JRJ estaba convencido de que no sería premiado ni él, ni tampoco su amigo Antonio Machado por *Campos de Castilla*, tal y como así sucedió.

Estío está dedicado precisamente a uno de esos dos ponentes: «A / Azorín / en su sereno escepticismo resignado / con una rama permanente / de yedra / cogida del estío» y lo forman ciento seis poemas, precedidos por el soneto «Mutability», de Shelley y repartidos en dos secciones «I. Verdor» (poemas I-XLIV); un poema intermedio titulado «Amanecer de agosto (LV)»; y «II. Oro» (poemas LVI-CVI).

Podríamos calificar *Estío* como el diario de un poeta *recién enamorado*, ya que fue escrito durante el verano de 1915, cuando Juan Ramón recibió de Zenobia, por fin, promesa segura de matrimonio. Hay en sus versos un dejo de júbilo y una confianza en el amor cierto. Efectivamente, se trata de un libro de contenido principalmente amoroso, pero expresado en un tono comedido tanto en su fondo como en su forma. Se prescinde de lo sensual erótico tan característico de sus libros anteriores, para decantarse por un delicado y sugerente conceptismo. La amada queda siempre enmascarada en el pronombre de segunda persona, un enigmático e inquietante «tú», que cobra un indudable protagonismo en esta obra.

Cabría preguntarse por qué JRJ prefiere aquí encubrir el nombre de Zenobia bajo ese misterioso «tú», puesto que hasta ahora nunca había eludido incluir los nombres de sus amadas en sus poemas, tal y como conocemos sobradamente. Lo que sí había hecho antes, en algunas ocasiones, fue demorar la publicación de ciertos poemas para alejarlos temporal y geográficamente de sus protagonistas.

La evolución poética de JRJ en este terreno fue muy clara, ya que en su primera etapa, que él mismo denominaba «sensitiva», evocó numerosas veces diversas presencias femeninas con nombre propio, rasgos definidos e historias o circunstancias concretas. Después, a partir de conocer a su futura esposa, todas esas historias amorosas se concentraron en una única mujer: Zenobia, a quien curiosamente no menciona de manera explícita en ninguno de los libros de esta segunda etapa «intelectual», a diferencia de lo que sucedía con las protagonistas de sus anteriores poemas: Blanca, María Rosa, Gloria, «Francina», Jeanne, Susana, Genoveva, Pilar, Estrella, Luisa, Georgina, etc. El poema titulado «Gracia» incluido en *Diario de un poeta recién casado* (I, XII) va dedicado llanamente «A ti» y en sus primeros versos quiere el poeta mostrar su renuncia a la identificación personal explícita de su amada: «Esta gracia sin nombre ni apellido / es la que tienes tú». Zenobia queda así en todos los poemas enmascarada en un sencillo e impreciso, pero sugerente pronombre personal «tú». En este sutil detalle se descubre otra vez una clara evidencia de la influencia estilística y conceptual de Gustavo A. Bécquer, en la que un «yo lírico» se dirige a un «tú» receptor femenino. Esta fórmula ya había sido

empleada ocasionalmente por JRJ en su obra anterior, en *Sonetos espirituales*, donde ciertamente ese «tú» era también Zenobia.

Sin duda la razón de esta omisión lírica de la identidad de su prometida hay que explicarla a través de una clara circunstancia biográfica. Como decíamos anteriormente estos poemas de *Estío* fueron escritos en el verano de 1915 durante su noviazgo con Zenobia, y de sobra es sabido que su madre, Isabel Aymar, no aprobaba esa relación con su hija. Así, pues, parece razonable que el poeta prefiriera utilizar esta fórmula pronominal para no interferir ni su deseado destino con Zenobia, ni su propia evolución poética.

Desde mediados de 1914 la relación entre ambos se había ido estrechando con motivo de la traducción que habían iniciado de la versión inglesa del libro *The Crescent Moon*, hecha a su vez del bengalí por el propio Tagore. JRJ vio en esa colaboración conjunta una excelente oportunidad de mantener un contacto más fluido con Zenobia, a pesar de la manifiesta oposición de su madre, de la que JRJ estaba al corriente. Finalmente, el libro traducido apareció el 31 de julio de 1915 con el título *La luna nueva* e iba precedido de un poema de Juan Ramón. En su portada figuraba únicamente como traductora Zenobia, aunque tan sólo consintió que apareciesen sus iniciales: «Z. C. A.». Su deseo de no perturbar el ánimo de su inflexible madre también la llevó a enmascarar su identidad de esta forma. Así, pues, si Zenobia prefería no asumir el riesgo de que su nombre figurase al lado del de JRJ en un libro cuya traducción habían realizado juntos, mal podría aceptar que fuese identificada en los versos que el mogueño le escribía en esos meses de incierto noviazgo. Zenobia por fin le acabaría dando ese verano de 1915 su sí definitivo a JRJ. En cambio, la madre de Zenobia en un último y desesperado intento por zanjar esa relación se llevó a su hija en diciembre a Estados Unidos. Juan Guerrero recoge en su diario el sentir del poeta respecto al desenlace final de este asunto: «Quiero casarme con esta muchacha y es un problema muy difícil de resolver».¹

¹ Guerrero Ruiz, Juan (1998), pág. 34.

Pocas personas, todas ellas de confianza, tuvieron noticia de este compromiso de Juan Ramón y menos aún quienes supieron posteriormente que el poeta se había casado. Así, Rafael Cansinos-Asséns, viejo amigo de JRJ, escribió algo extrañado un revelador artículo titulado «Juan Ramón se ha casado».²

El miedo a desbaratar ese idilio o a arruinar el sí de Zenobia le hizo prudentemente esperar la ocasión propicia para publicar *Estío*, a pesar del cauteloso uso de los pronombres que realiza en el libro. No obstante, el 15 de septiembre de 1915 Juan Guerrero anotó que a partir de octubre Juan Ramón pensaba publicar dos libros de los que se sentía especialmente satisfecho: «*Estío* que ha escrito durante este verano; un libro ‘muy maduro’, en el que todo está terminado, muy conseguido, y los *Sonetos espirituales*. Los considera de lo mejor que ha hecho hasta ahora».

Hay que destacar una vez más que este poemario del noviazgo no llegó a aparecer hasta diciembre de 1916 tras regresar ya casado de EEUU. Unos meses más tarde ya en 1917 aparecieron otras cuatro obras suyas: *Sonetos espirituales*, *Diario*, *Platero y yo*, y *Poesías escogidas*. La publicación casi simultánea de estos cuatro títulos hizo que la crítica acentuase su interés en libros como *Diario*, o en la edición completa de *Platero y yo* y, en cambio, dejase las valoraciones o comentarios sobre *Estío* un poco olvidados. Fueron escasas las reseñas que se escribieron sobre esta obra, cuya importancia quedó un tanto ensombrecida por la magnitud que alcanzó el *Diario*. El conocimiento que se tuvo de *Estío* fue en muchas ocasiones parcial, restringido exclusivamente a los poemas incluidos en sus diversas antologías, ya que fueron pocos los que se adentraron con profundidad en la lectura completa de este libro.

La primera crítica que apareció fue la de José Ballester, «Obras de Juan Ramón Jiménez. *Estío*», en el homenaje que le tributó el suplemento literario de la revista murciana *Polytechnicum*³, donde se publicó su retrato junto con otros tres artículos más, uno sobre

² Cansinos Asséns, Rafael (1916).

³ *Polytechnicum*, año X, núm. 114, Murcia, junio de 1917, págs. 83–85.

cada uno de estos nuevos libros editados: *Sonetos espirituales*, por Andrés Sobejano; *Diario*, por Isidoro Solís; *Platero y yo*, por Juan Guerrero; y el ya citado de Ballester.

La opinión de JRJ sobre Zenobia fue registrada convenientemente por Juan Guerrero en junio de 1915: «Yo de cuantas he encontrado es la mejor. [...] Es agradable, fina, alegre, de una inteligencia natural, clara, y que tiene gracia; esa gracia especial que se adquiere con los viajes, con la gran educación social del país norteamericano donde está educada; que sabe varios idiomas, ha viajado, ha visto muchísimo, ha leído también mucho, y con todo es muy joven». Este retrato enamorado que hace Juan Ramón es el de una mujer cuyo aspecto físico y sus costumbres o maneras de actuar eran muy distintas del resto de las mujeres que hasta entonces había conocido. No resulta extraño que la novedad de este deslumbramiento en el poeta provocase al mismo tiempo la necesidad de cantar a Zenobia en un verso diferente del alejandrino modernista en que había rimado sus amores pasados. En el verso libre o sin rima y en la canción de *Estío* halló el noguereño el definitivo cauce adecuado.

ESTÍO, DIARIO LÍRICO

JRJ piensa y siente en *Estío* al mismo tiempo: «¡Con qué segura frente / se piensa lo sentido!», que define con exactitud la simbiosis a que aspira su nuevo rumbo poético. El cual está en clara sintonía, como señalábamos anteriormente, con lo que afirmaba su admirado amigo Unamuno en el primer verso de su famoso «Credo poético»: «Piensa el sentimiento, siente el pensamiento». Se trata, en palabras de Xavier Zubiri de una «inteligencia sensitiva». Para JRJ el proceso creador pasaba por dos inevitables momentos: el primero era dejarse llevar por la emoción y escribir sin la vigilancia de la conciencia; y el segundo era el esfuerzo tenaz del poeta por encerrar esa conciencia en cada palabra y en cada coma.

Sin embargo la decidida abstracción así como la desnudez que ofrecen estos poemas amorosos ha propiciado que algunos estudiosos hayan negado la evidencia de la identificación de ese «tú» con la mujer amada; es decir, con Zenobia, al no interpretar la

clara condición de «diario de amor» de *Estío*. Prefieren, en cambio, estos críticos una lectura más compleja en la que ese «tú» sería un desdoblamiento del yo en dos entidades dialogantes: cuerpo y alma; yo temporal y yo eterno; yo presente y yo pasado...

Ya José Ballester señaló pronto las posibilidades interpretativas que ofrecía el «sugestivo conceptismo» de esta obra⁴. También Alejandro Plana en su crítica de libros en el periódico *La Vanguardia* destacaba que en *Estío* «hay que buscar la profundidad que encierra».⁵

Ahora bien, a nuestro juicio existe una clara condición diarística amorosa en *Estío* y para ello mostraremos a continuación algunos reveladores ejemplos en los que ese «tú» no puede ser más que la mujer amada. No es nuestra intención mostrar tan sólo una empobrecedora interpretación biográfica de este libro, ya que reduciría notablemente las posibilidades significativas del mismo, pero no se puede obviar que se trata de un libro marcadamente amoroso. Por otro lado, ese citado carácter diarístico de la obra ya fue acertadamente advertido también por María Ángeles Sanz⁶. En este sentido los 106 poemas que contiene la obra poseen una clara ordenación cronológica, lo cual refuerza nuestra hipótesis de libro diarista. Las referencias temporales nos permiten deducir que el libro comienza en primavera (poema XIII) y termina en otoño (poema CI), pasando por un amplio verano.

Por otro lado, que la propia Zenobia se reconocía en ese «tú» de *Estío* es algo incontestable, ya que bien sabía ella que era el libro de su noviazgo con el poeta. A este respecto resulta revelador que la propia Zenobia elija precisamente esta lectura y no otra para confortarse en un momento tan delicado como cuando en diciembre de 1951 tuvo que separarse de JRJ para viajar hasta Boston para someterse a una grave operación. Ya en el avión le escribe esta emotiva carta a JRJ: «En vez de leer *Animal de fondo*, estoy leyendo *Estío*, sintiéndome tan joven como entonces» y cita además los versos iniciales del segundo poema del libro: «Para

⁴ Ballester, José (1917), págs. 83–85.

⁵ Plana, Alejandro (1917).

⁶ Sanz, María Ángeles (2010), pág. 363.

quererte, al destino / le he puesto mi corazón». Vuelve a citar su preferencia por estos mismos versos en otra carta del 29 y 30 de diciembre, justo un día antes de ser operada: «Mi poema sigue siendo el que más me dice: ‘Para quererte al destino / le he puesto mi corazón. Puedes leerlo a la inversa ahora, es decir, de mí por ti. Por eso me molesta tanto que el destino de vez en cuando luce conmigo».

Veamos la más que probable identificación del «tú» con la amada a través de estos ejemplos en los que el poeta cita «los ojos», «su voz», «tu boca», «tu mejilla» o «tu reír».

Los ojos que le ponías,
azules, encima, eran
cual dos curiosas estrellas (*Estío*, IV)

¿Quedarme
aquí, a donde no viene
ya su voz, su voz pura, (*Estío*, LXI)

En aquel beso, tu boca
en mi boca me sembró
el rosal (*Estío*, LXXI)

El beso aquel, ascua rota,
no en tu mejilla, en mi boca
se quedó. (*Estío*, IV)

–Tu reír suena, fino,
muy cerca... desde lejos.– (*Estío*, VI)

la luna de miel eterna
de los dos enamorados! (*Estío*, XXXVII)

El cielo, más lejano
desde que tú te has ido,
tiembla, con la pasión que no sentiste
por mí, (*Estío*, LX)

Ni una abstracción excesiva y confusa, ni tampoco el conocido narcisismo de JRJ le harían escribir estos versos referidos a sí mismo. Por lo tanto, no cabe otra interpretación para ese «tú» más que la mujer amada, como la propia Zenobia reconoció durante toda su vida.

Transcurrido ya casi un siglo desde la publicación de *Estío*, el lector actual parece que, acostumbrado a otros hallazgos poéticos posteriores, no tiene en cuenta u olvida con cierta facilidad la enorme novedad que aportó este libro a la alicaída poesía española en su momento. Hoy nos parece natural lo que entonces era una manera completamente distinta de escribir poesía. Si *Estío* no ha alcanzado la repercusión que realmente merecía, quizá se debió a que fue eclipsado por la inmediata aparición del *Diario de un poeta recién casado*, aunque esto no quiere decir que no haya ejercido su correspondiente influjo en otros jóvenes poetas.

Estío no sólo marcó un punto de inflexión definitivo en la permanente sucesión poética juanramoniana; sino que además se convirtió años más tarde en un claro referente estético para bastantes poetas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BALLESTER, José (1917): «Obras de Juan Ramón Jiménez. *Estío*», *Polytechnicum*, año X, núm. 114, Murcia, junio.

CANSINOS ASSÉNS, Rafael (1916): *La Nueva Literatura, II*, Madrid, V. H. de Sáenz Calleja.

GALLEGO MORELL, Antonio (1981): «Un recuerdo a Garcilaso en el New York de Juan Ramón Jiménez», en VV. AA., *Criatura afortunada*, Granada, Universidad de Granada.

GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón (1941): *Retratos contemporáneos*, Buenos Aires, Sudamericana.

GUERRERO RUIZ, Juan (1998): *Juan Ramón de viva voz, I*, Valencia, Pre-Textos.

GULLÓN, Ricardo (1958): *Conversaciones con Juan Ramón*, Madrid, Taurus.

JIMÉNEZ, Juan Ramón, (1916): *Estío*, Madrid, Calleja.

(1917): *Diario de un poeta recién casado*, Madrid, Calleja.

----- (1962): *Cartas (Primera selección)*, Francisco Garfias (ed.), Madrid, Aguilar.

----- (1986): *Poemas y cartas de amor*, Santander, *La Isla de los Ratones*.

----- (1990): *Idelolojía (1897–1967)*, Antonio Sánchez Romeralo (ed.), Barcelona, Anthropos.

----- (1998): *Ideolojía II*, Emilio Ríos (ed.), Moguer, Ediciones de la Fundación,.

----- (2006): *Epistolario I*, Alfonso Alegre (ed.), Madrid, Residencia de Estudiantes, pág. 392.

----- (2007): *Libros de amor* (Libro inédito), José Antonio Expósito Hernández (ed.), Ourense, Linteo.

----- (2009): *La frente pensativa* (Libro inédito), José Antonio Expósito Hernández (ed.), Ourense, Linteo.

PLANA, Alejandro (1917), «Las ideas y el libro. Juan Ramón Jiménez: *Sonetos espirituales, Estío, Platero y yo, Diario de un poeta recién casado*», *La Vanguardia*, Barcelona, 27 de junio.

SANZ MANZANO, M^a Ángeles, (2010), «Juan Ramón y Zenobia, escritores de diarios», en VV. AA., *Mujer y escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí*, Emilia Cortés (ed.), Huelva, Diputación de Huelva.



7. Zenobia, la elegida

M^a Jesús Domínguez Sío

A través de la poesía de Juan Ramón se puede ver clara la importancia que concedía al amor, tema obsesivo de su primera época que se corresponde en la vida con su búsqueda de la mujer ideal, aquella que resolviese en alegría y luz todas las contradicciones. Esperaba el hallazgo para colmar el deseo de pureza, la belleza del ideal con la carnalidad de la vida en la mujer real. La buscó afanosamente en otras: Blanca, *Francina*, en las monjas del sanatorio del Rosario (en busca de «el frescor de mis aventuras de toca blanca»), en la ficción imprevista de la limeña Georgina, en Louise Grimm... por eso, cuando se encontró con Zenobia, el flechazo lo hirió definitivamente sin cura ni redención. Nada le importaron la tibieza de ella, primero, y el rechazo, después; nada la oposición frontal de sus futuros suegros; el amante, iluminado por esa clarividencia, ensayó todos los recursos, todas las tácticas de seducción, sin reparar en obstáculos ni matices. Los sabios consejos de Ovidio en *Ars amandí* están desarrollados fielmente por Juan Ramón en las cartas previas al noviazgo: halagos; regalos; mimos, medias verdades, exageraciones e, incluso, mentiras; protestas de injusticia, crueldad e ingratitud de ella; descripción de las consecuencias de ese desvío en él; hipertrofia de sensaciones y sentimientos; promesas, los poemas, las amenazas... Todo destinado a mejorar el cortejo, a reforzar su eficacia. Al leer el epistolario amoroso del poeta, nos invade la certeza de que Zenobia no tuvo una sola oportunidad de escaparse al cerco de artillería amorosa a que la sometió Juan Ramón. Esa misma intuición tuvo Ortega, cuando escribe en el dorso de un retrato, que está en la Sala Zenobia Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico, la siguiente dedicatoria: «A Zenobia y Juan Ramón, labradores de inverosimilitud, que pasan sobre la vida como Titania y Oberón, su amigo, José Ortega y Gasset, 5 de mayo de 1917». Y, en otra ocasión, el filósofo amigo explica la misma idea:

Señora, el nombre de Zenobia Camprubí suena a nombre de un hada que nos parece haber visto en el cuento mejor. En uno de sus vuelos, casi irreales, esta hada, que tiene los ojos azules y una nube rubia sobre las sienes, cayó en la red de un poeta. Porque los poetas son furtivos cazadores de hadas: tienden en las afueras de la realidad redes de cristalinos hilos, que tejen para ellas unas arañas sentimentales. Todo lo grávido, todo lo material, todo lo filisteo atraviesa las ilusorias retículas sin romperlas ni mancharlas. ¡Sin enterarse de ellas! Sólo las

hadas quedan prendidas. Así esta hada Zenobia es hoy un hada bien maridada al egregio poeta Juan Ramón Jiménez. En lírico homenaje, como Titania y Oberón por la selva, atraviesan nuestra árida existencia nacional, fabricando inverosimilitud. Jiménez tañe sus propios versos, y ambos juntos traducen poetas lejanos, esto es, se dedican a hacer en España el contrabando de la poesía. Pues no otra cosa que contrabando es introducir en nuestro país mentefacturas poéticas, si se advierte que los españoles solemos adoptar ante el lirismo una actitud de carabineros.¹

Palabras que, sin duda, gustaron mucho al poeta quien, fiel a su deseo de fundir vida y obra pasando a esta última todas sus vivencias, concibe el proyecto de reunir todas las cartas cruzadas entre ellos, más ciertos poemas de amor, en un mismo volumen, homenaje a Zenobia, que se llamaría «Monumento de amor: Epistolario y lira», donde relatasen por sí mismos esta apasionada historia. Ellos adoptarían los nombres del bautismo orteguiano: Oberón y Titania, nombres y título que transparentan la devoción shakesperiana de los tres. Pues Titania es la reina de las hadas y la esposa de Oberon en *El sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare, obra que Zenobia tradujo en colaboración con su esposo.

Esta complicidad y la que el poeta disfrutó durante toda su vida en común sólo fue posible por la excepcionalidad del hada captada por la fina red del poeta. Y es que el que había sido elegido por don Francisco Giner como discípulo (elección mutua de un magisterio consciente) requería y admiraba a la mujer cultivada. En uno de sus aforismos, él mismo nos explica por qué:

El amor de la mujer espiritual es el placer más completo, porque la mujer responde. Nos seduce la belleza de una rosa, pero la rosa no lo sabe; una obra de arte –un cuadro, una sonata, un libro– nos estasia, pero la obra no se entera; los pensamientos y los sentimientos platónicos están indudablemente y sólo en nosotros. La mujer cultivada recoge la ilusión de nuestra

¹ “Un poeta indo” en “Epistolario liminar” 1918, *El Sol*, 27 de enero. Incluido en Rabrindranaz Tagore (Premio Nobel 1913) 1960, *Obra escogida*, Madrid, Aguilar, pág. 61.

*carne con alma, y la goza y la complica y la devuelve en esos instantes en que vemos países ideales a través de unos ojos apasionados, instantes que son como una pasajera realización de lo eterno, en que nos suspendemos sobre la vida.*²

Juan Ramón necesita a la mujer cultivada como necesita el arte, la música y la poesía, para «suspenderse» sobre la vida cotidiana con sus imperfecciones y desalientos. La mujer (el amor) y la poesía son una vía de acceso a lo absoluto, al ideal de bondad, verdad y belleza.

Antes del encuentro con Zenobia, el poeta, como todos los modernistas, tenía una visión ambivalente de la mujer: la pura y la sensual, la mujer partida de Shakespeare y su *Rey Lear*:

De cintura arriba son la madre, hermana, la hija, la amiga. / Difícil es concebir cosa más fea, más sosa, más perfectamente baja, que la mujer bella de cintura abajo, con la ceguera impersonal de su sexo, tan lejano a su frente. De cintura abajo son la prostituta, la querida. / La esposa es el difícil, el imposible equilibrio³.

HISTORIA

Ese modelo había sido heredado de los románticos, que en su exaltación de la libertad, se olvidaban de la correspondiente a la mujer, o temían la emancipación femenina. Vemos, por ejemplo, la agresividad de Espronceda con la prostituta Jarifa («¡Siempre igual! Necias mujeres, / inventad otras caricias, / otro mundo, otras delicias, / o maldito sea el placer»)⁴, mientras la mujer deseada es una idea inexistente como la descripción de Teresa («aérea cual dorada mariposa, (...) / angélica, purísima y dichosa».⁵). Lo que no impide que en el mismo «Canto II», el autor nos propine esta descripción:

² JIMÉNEZ 1990, *Ideología.*, p. 54.

³ Op. cit., p. 706.

⁴ ESPRONCEDA 1958, «A Jarifa en una orgía», p. 258.

⁵ Op. cit., «A Teresa», p. 519.

Mas, ¡ay!, que es la mujer ángel caído,
o mujer nada más y lodo inmundo:
hermoso ser para llorar nacido,
o vivir como autómata en el mundo.

Bécquer, a través de Manrique, el protagonista de *El rayo de luna*, nos habla de una mujer ideal, incorpórea, y en la *Rima XIII*, muestra otra figura femenina, en que su mirada, azul, según el prototipo clásico de belleza rubia, deber ser hermosa, pero no necesariamente inteligente:

Tu pupila es azul y si en su fondo
como un rayo de luz radia una idea
me parece en el cielo de la tarde
una perdida estrella.

El teatro romántico continúa la mujer-ángel de amor, una sombra de su amante que vive enajenada en él y por él arrostra toda dificultad. Como ejemplo, veamos a Laura de *La conjuración de Venecia* contestar convencida a la pregunta de Rugiero sobre si está arrepentida de haber transgredido la norma y abandonado a sus padres:

... ¡pesarme!... yo no vivo sino por ti; yo no pienso sino en ti; yo no pudiera existir ni un solo día si llegara a perderte (...) yo no tengo más voluntad que la tuya.⁶

En la literatura, pues, se nos muestra la mujer-musa, objeto de la inspiración amorosa o creadora del hombre, ángel o demonio, nunca ser humano de carne y hueso, contradictorio y ambivalente. Al mismo tiempo, la sociedad española de fin de siglo XIX aborda ya el problema de la educación femenina, y la novela realista (Pardo Bazán, Galdós, Clarín) critica el modelo de mujer ignorante y rezadora, incapaz de sostenerse a si misma -prototipo femenino español- y propone una mujer nueva, autosuficiente que pudiera realizar los deseos de Tristana:

⁶ MARTÍNEZ DE LA ROSA 1964, p. 273 y s.

Quiero tener una profesión (...) No veo la felicidad en el matrimonio. Quiero estar casada conmigo misma, y ser mi propia cabeza de familia. No sabré amar por obligación.⁷

Pero mayoritariamente se sigue tratando a las mujeres como seres de segundo rango. La Institución Libre de Enseñanza (ILE), junto con las Escuelas Laicas de Barcelona y alguna otra iniciativa privada minoritaria, es el único centro no religioso que se ocupa de la educación femenina, al considerar -desde su ética krausista-, que la ignorancia de la mujer es la causa de los males de la familia y la sociedad española. Los krausistas entonces, ante la elegida, actúan como Pigmaliones, educándola y moldeándola a su medida, conducta por cierto ridiculizada por Unamuno en *Amor y pedagogía*, cuyos protagonistas lucen nombres simbólicos de esa idea: la materia (Marina) y la Forma (Avito Carrascal). Francisco Giner de los Ríos alienta y fomenta las vocaciones artísticas de Concepción Arenal (la pionera de las jurisprudencias españolas, empeñadas en mejorar la condición de los presos, actitud y objetivos que luego continuó Victoria Kent); la de Emilia Pardo Bazán, quien tradujo y difundió en España una obra que había influido mucho en el movimiento feminista británico: *La esclavitud femenina*, de Stuard Mill, cuyas tesis en pro de la liberación de la mujer coinciden con las de los institucionistas. Giner inaugura en nuestro país lo que Antonio Machado llamó la nueva sentimentalidad con respecto a la mujer y al amor, con su concepto natural del cuerpo, que lejos de ser un obstáculo para la unión con Dios, como señalaban los místicos, constituye un órgano sagrado que nos permite construir nuestra obra que, aunque limitada en el tiempo, es semejante a la infinita de Dios. Giner era un premodernista, pues el modernismo fue también una vía de conocimiento de lo trascendente a través del cuerpo.

Juan Ramón, su discípulo voluntario desde los 21 años, asume esta ética convencido, por eso cuando, después de su estancia madrileña, vuelve a Moguer a principios de 1905, ya no le gustan las amadas blancas, admiradas antes de su marcha. El poeta expresa este desencuentro en un poema de *Estío*:

⁷ PÉREZ GALDÓS 1969, p. 131.

... cerró la sinfonía
romántica de Schubert (...)
dijo Blanca: no entiendo la música alemana;
y la señora -¡musas!- del forense: A mí joven,
no me dice esto nada; (...)
Yo andaba con mi llanto; y por huir de ellas
bajé al jardín.⁸

Efectivamente, el joven de Moguer ya tiene otras exigencias, al haber conocido en el entorno de la ILE, a donde le había llevado el doctor Simarro, el neuropsiquiatra del Sanatorio del Rosario, donde vivió el poeta a su regreso de Burdeos. Como se sabe, Juan Ramón se fue a vivir con él cuando el médico le invitó, junto con Achúcarro, al quedarse viudo en 1903. El joven, además de paciente y amigo, se convierte en su discípulo, lo acompaña a las clases de psicología que el médico impartía en la Universidad y consigna en su diario las lecciones sobre Descartes, Kant, Spinoza... «Hoy ha hablado Simarro del pensar hipológico y del pensar lógico –todavía Spinoza.» (27 de octubre de 1903). Esa convivencia fue decisiva en la curación y fecundidad poética de Juan Ramón, pues Simarro, contrariamente a lo que le decía el doctor Lalanne, le animaba a escribir, cuestión vital que resultó la mejor terapia. Además, la biblioteca del psiquiatra, y la de Achúcarro, que el poeta absorbió, eran una de las más ricas y actualizadas del panorama español. Por si fuera poco, el doctor lo llevó a la Institución, a que conociera a su amigo, don Francisco Giner. A través de estas relaciones madrileñas, Juan Ramón accede al conocimiento y trato de otro tipo femenino, son mujeres sensibles y cultas, como Mercedes Roca, la primera esposa de Simarro, a María Lejárraga, mujer del escritor y empresario teatral Gregorio Martínez Sierra, a Louise Grimm de Muriedas, la malcasada, con una hija, de la que se enamora...

PANORAMA FEMENINO DE ÉPOCA

En la sociedad coetánea al poeta, las cosas en ese aspecto apenas habían evolucionado: existían las mujeres *decentes*, esposas o vírgenes destinadas al matrimonio; y las otras, aquellas que ponían precio a su relación física. Recíprocamente, la educación

⁸ JIMÉNEZ 1964, *Libros Inéditos de Poesía*, p. 156.

en internados religiosos provoca en los jóvenes más sensibles un conflicto: o abstenerse del sexo, siempre visto como pecado y culpa, o ceder al deseo y asumir la derrota del espíritu, de ahí que el erotismo esté en la obra de los poetas coetáneos, asociado a la melancolía, es «la tristeza de la carne», a la que alude Valle Inclán en *Femeninas*, donde las visiones lujuriosas provocan en el protagonista «una gran melancolía llena de confusión y de misterio; la melancolía del sexo, germen de la gran tristeza humana».⁹

En la dicotomía antedicha (lucha entre su sensualidad de joven meridional y sus deseos de pureza), Juan Ramón siempre se decanta por el ideal, pues influido por el racionalismo Krausista, considera que todos los contenidos de la conciencia superan abarcándolos a los de la existencia, por eso ve la belleza del arte superior a la natural, porque emana del espíritu y es capaz de revelar lo divino al ser humano. Con este deseo de ideal, de pureza, hay que relacionar sus ideas ‘mujer desnuda’, ‘poesía desnuda’, ‘muerte desnuda’, sus tres presencias. De ahí que cuando, según Ignacio Prat, el poeta tiene una relación carnal adulterina con Jeanne Marie Rousié, esposa del doctor Lalanne, director del sanatorio de Le Bouscat en Burdeos, adonde había ido el poeta a curarse de la neurosis que le provocó la muerte de su padre, cuando se relaciona con ella, digo, el resultado más allá del placer del momento, es la tristeza, el remordimiento y la culpa: «Tú estás frívola... yo loco, / no nos podemos querer; / se van yendo poco a poco, / tus encantos de mujer»¹⁰. Remordimiento que le hace volverse a Madrid, ingresar en el Sanatorio del Rosario, e iniciar una etapa fecunda en su formación espiritual, de la mano su maestro ético: don Francisco Giner de los Ríos. Allí encuentra, como hemos apuntado, ese nuevo tipo de mujer, con la que se puede hablar de contenidos espirituales y artísticos, como con un amigo, trascendiendo la relación erótica de varón y hembra en dimensión intelectual e ideal de persona.

Esta misma evolución observamos reflejada en la obra. Desde *Ninfeas*, su primer libro, vemos que el sexo está asociado a la culpabilidad que condiciona la imagen femenina. Habría la mujer,

⁹ VALLE INCLÁN 1976, p. 1332.

¹⁰ JIMÉNEZ 1981, *Jardines lejanos*, p. 213.

objeto de pecado, como les decían los religiosos en los internados donde se educaban, y mujer pura, la novia buena. En toda la obra primera de Juan Ramón hay una búsqueda del ideal femenino, visto el amor como un modo de recuperar el paraíso perdido, la inocencia elemental, previa a la culpa, la búsqueda de la mujer espiritual a través de cuyo cuerpo se entreviera la eternidad. Así lo vemos en la «Balada de la mujer ideal», donde parece que el autor hace de vate y está viendo a Zenobia:

*Te encontré en cualquier parte, sin saber cómo, de vuelta de
pordioseos de carne y de chanzas sin sentido. Y tú, la buena,
la bella, la verdadera, me estabas esperando -¡desde cuándo!
con la sonrisa en los labios, entre el barullo de los que no son
como tú... ni como yo....¹¹*

La sensualidad del yo lírico se extiende a las cosas en *Entes y sombras de mi infancia*; en *Pastorales*, vemos distintas mujeres asociadas a la naturaleza y la música, y aunque sigue la dicotomía entre la mujer salvadora y la opuesta, como «La mujer de los muslos malva» en el circo, cuando pasaba en su caballo tangencial al poeta y «un olor a carne y a perfumes me cegaba, me alejaba de mí, me envilecía...»¹². En *Platero y yo* predomina la visión idealizada, prerrafaelista, que se repite hasta *Laberinto*, pues en *Melancolía* (1910-1911) la imagen negativa de la mujer reaparece:

... ardió obscena de ansia, la viva rosa negra,
triste de olor malsano, del olvidado sexo...¹³

En *Laberinto*, el libro que el poeta dejó a Zenobia y del que ella le dice que, si no fuera de él, lo tiraría por la ventana, pues a la mentalidad puritana y práctica de la lectora le parecía malsano en sus desbordamientos de sensualidad y tristeza. La opinión de Zenobia influyó de tal forma en el autor que retira un ejemplar de la Universidad de Maryland y no lo devuelve. La «tristeza de la carne» recorre todo el libro, donde el poeta se muestra como crucificado entre la figura desdoblada de la mujer: la ideal, bella y desnuda; y la

¹¹ JIMÉNEZ 2005, *Obra poética*, p. 171.

¹² JIMÉNEZ 2005, *Obra poética*, p. 793.

¹³ JIMÉNEZ 1981, *Melancolía*, p. 172

de carne y hueso, provocadora del deseo punzante y doloroso
Roto quedé. Como un lepra triste me comí mi dolor...

Con lento paso,
voy hacia una pureza... ¡que no existe!
Teñido por la sangre de mi ocaso...¹⁴

Y por supuesto, la imagen negativa de la mujer es la Eva adúltera, con su fuerza demoníaca, revelada en metáforas, («.. son como dos serpientes que salen entre rosas, / los chorros apretados y tibios de tus brazos»), imágenes que no podían gustar a Zenobia, mujer feminista y buena. Juan Ramón, adulto apasionado, que practica la castidad como una ética gineriana, considera la sensualidad un escollo para el arte, tal como dice en varios aforismos. «La sensualidad es el prado en que padece mi tristeza».

En la prosa de la época sigue la visión antagónica de lo fememino. El poeta se debate entre la mujer virginal, idealizada, descrita con los rasgos simbólicos de blancura, vaguedad y tristeza, propios de la estética prerrafaelista; y la impura, que tiene las características de la mujer del sur, es morena, de ojos ardientes y voluptuosos. Juan Ramón es en esta época, al mismo tiempo, un poeta que en contraste con lo que hacían sus compañeros de generación, no elude la descripción física del amor. Frente a lo pudibundos que son Antonio Machado o Unamuno.

Tu sexo negro, suave como un plumón de pájaro,
entre las sedas blancas, amarillas, malvas
era como un faro de sombra para mis ojos
en un revuelto mar de tibias olas pardas...¹⁵

Sin embargo, con la mujer educada, el poeta tenía una visión del sexo como parte del espíritu, en la entrega amorosa, visión heredada del panteísmo krausista que veía en el cuerpo el vehículo del alma. A este respecto, se explica en uno de sus aforismos:

¹⁴ JIMÉNEZ 1982, «Nunca más la blancura adolescente», en *Laberinto*, p. 159.

¹⁵ JIMÉNEZ 2007, «Lo feo» p. 104.

VICIOS: Se une a los vicios verdaderos –alcohol, cartas- el placer carnal. Es un error. Lo sexual pertenece a la inteligencia, al espíritu. El vehículo es material, el sexo, como es material –ojo, nariz, oído- el vehículo de todas las sensaciones. Pero el goce, el acto en sí, es intelectual porque indica conquista, dominio, entrega, amor, algo de alma a alma, no, como en los que antes señalo como únicos vicios, de alma a cosa.¹⁶

Pero si la imagen de la mujer en el autor de los *Sonetos espirituales* era análoga a la de los intelectuales liberales coetáneos, la figura y la actitud de Zenobia también lo es de un tipo de mujer española, concienciada, culta, y vital, que va a componer lo que podríamos llamar la mujer de la II República, aunque en el caso de «la americanita», con maravillosas y suplementarias especificidades.

Si Juan Ramón tiene clarísimo que necesita y quiere una mujer cultivada en inteligencia y sensibilidad es precisamente porque vivió durante su segunda estancia en Madrid la atmósfera de la Institución Libre de Enseñanza, de larga tradición en la educación de la mujer, cuyos resultados pudo gozar, al contacto con las pupilas de la Residencia de Señoritas o de las profesoras americanas de Instituto Internacional. Ambas, instituciones afines en sus objetivos pedagógicos, y con las que Zenobia se mantenía muy relacionada.

Como es sabido, después de la creación de la Residencia de Estudiantes en 1910, el mismo impulso institucionista inauguró la Residencia de Señoritas, abierta en 1915 como «obra que ha de ser de la mayor trascendencia para la educación femenina». El organismo continuaba la labor krausista en pro de la educación de la mujer y, situada en los números 28 y 30 de la calle Fortuny, llegó a contar con más alumnas que la masculina, internas y medio pensionistas de las Facultades universitarias, Escuela Superior de Magisterio, Escuela Normal, Conservatorio, Academias de Arte y Escuelas Técnicas y de Comercio. Incluía además opositoras e investigadoras, y también un grupo de treinta o cuarenta inglesas y norteamericanas en el primer programa permanente de enseñanza

¹⁶ JIMÉNEZ 1990, «Sexualidad», *Ideología*, p. 139.

de lenguas y cultura española para extranjeros, establecido en Madrid por el Smith College y el Instituto Internacional de Boston. La decana del Instituto, Susan Huntington, fue durante toda su vida amiga de Zenobia y Juan Ramón, y aliada de María de Maeztu, la directora de la Residencia de Señoritas. Ambas deseaban educar a la mujer en los niveles superiores porque «sólo (...) dirigiéndose hacia las profesiones liberales o los cuerpos del Estado podría la mujer alcanzar en España su plena madurez civil»¹⁷. Y efectivamente consiguió ser el primer centro de investigación dirigido por mujeres, cuando Louise Foster creó el laboratorio con alumnas de farmacia, medicina y ciencias. Su biblioteca, las conferencias con invitadas de honor como Gabriela Mistral, Victoria Ocampo, Berta Singerman, la recitadora de Juan Ramón, o la asistencia a las conferencias de la Residencia masculina como la de Mme. Curie, completaban la educación de las jóvenes. Por eso, una mujer de la Generación del 27, es decir, de la edad de las alumnas de la Residencia pudo decir:

*(Hubo tiempos en que se confundieron lamentablemente los papeles de esposa y de musa, colmando de exigencias a una sola persona, vituperándola si no las satisfacía todas (pues no se había definido aún el papel de compañera que tan natural nos parece ahora).*¹⁸

Refiriéndonos ahora a esos tiempos vemos que en Suiza o EE. UU. las mujeres fueron admitidas a la universidad a partir de la segunda mitad del s. XIX. En nuestro país la asistencia a centros de cultura de la mujer es tan fugaz como los periodos revolucionarios o de tendencia liberal. Por eso, en 1821, las señoritas de Madrid asistían a las clases de Botánica de don Mariano Lagasca en el Jardín Botánico a las 4'30 de la tarde, pero la reacción de 1823 termina con el intento. Casos excepcionales conocidos son los de dos mujeres gallegas: doña Concepción Arenal (Ferrol, 1820-Vigo, 1893), que asistía en Madrid a las clases de la Universidad Central vestida de hombre; y el de doña Emilia Pardo Bazán, con más posibilidades por su privilegiada familia, pero que sufrió el boicot de sus compañeros de claustro, por el delito único de ser mujer,

¹⁷ CACHO VIU, V. 1962, p. 17.

¹⁸ CHAMPOURCIN 1997, P. 123.

cuando fue nombrada profesora de la Universidad Central. Ambas se beneficiaron de sus relaciones con los krausistas, especialmente con don Francisco Giner, que las alentó en su vocación y les abrió cauces.

Pero la posición de la mujer intelectual en España seguía siendo penosa y el modelo de conducta, masculino, así por ejemplo, la maestra debía tener un «aspecto grave, austero, abroquelada contra los menores latidos de su corazón», nos dice Jiménez Landi¹⁹. De ahí que la mayoría permanecieran solteras, en una sociedad que les penalizaba el haberse salido del carril de una educación religiosa, todo lo más con «clases de adorno» para la joven privilegiada. Un 80% de mujeres eran analfabetas cuando la Revolución de Septiembre de 1868. Por eso Fernando de Castro, seguido entusiásticamente por todos los krausistas, en la convicción de que la instrucción y el progreso llevarían la paz y felicidad al pueblo, instituye las *Conferencias dominicales para señoras*, en la Universidad madrileña, con un éxito enorme; funda también la *Escuela de Institutrices* y *La Asociación para la Enseñanza de la Mujer*. Todo paradójicamente inscrito en la enseñanza evangélica: «La verdad os hará libres», era el lema elegido por unos librepensadores anticlericales, que reprochaban precisamente a la Iglesia haber abandonado la enseñanza de Cristo. Por eso el liberalismo y el krausismo fue condenado en distintas encíclicas como parte de los «errores modernos», y esos hombres tuvieron que vivir la contradicción entre su fe y su ciencia en un proceso de secularización que vivía toda Europa, pero aquí se condenaba.

A Fernando de Castro le sucedió otro krausista, Ruiz de Quevedo, que dedicó su vida a la educación femenina. Ellos defendían la superioridad de la ética sobre la religión, la moral sería la religión de las almas cultas, de la perfección, del progreso, de la libertad de las personas y de las naciones. Querían dar a las jóvenes las nociones indispensables de cultura intelectual, ética y social. La Escuela de Institutrices, con programas enciclopédicos, que incluían idiomas y mecanografía fue el precedente de la Escuela Normal o de Magisterio actual. Concepción Arenal dice en sus obras, *La mujer del porvenir*

¹⁹ JIMÉNEZ LANDI 1973, p. 41.

y *La mujer de su casa*, que hay que convencer a las mujeres de que la persona no tiene sexo, de que tienen derecho y deber a la cultura y al trabajo, y denuncia el hecho de que la mujer inculta no puede educar bien a sus hijos ni participar en el desarrollo social. Se fija, sobre todo en la función de esposa y madre y dice:

*Tenemos por cierto que habrá más armonía en el matrimonio a medida que la esposa tenga más cultivada su razón y más elevados sus sentimientos. No puede llamarse armonía el silencio de la mujer, que si no tiene una palabra para la contradicción, tampoco la halla para el consuelo, y que si no se opone a nada, tampoco comprende ni consuela.*²⁰

También previene otro peligro para las mujeres sin educación: el de la pasión arrebatada, contra la que ella no podrá esgrimir ningún arma, como ilustra el personaje de Ana Ozores, *La Regenta*, o *Madame Bovary*, pues ella «tiene abiertos todos los caminos del sentimiento, cerrados todos los de la inteligencia. En sí no halla recursos para combatir la pasión que es la única forma en que concibe la vida»²¹. La señora Arenal dedica un capítulo a desmontar la tesis de Augusto Comte sobre la inferioridad del cerebro femenino, y contribuyó con su ejemplo a borrar los prejuicios respecto a la capacidad intelectual de la mujer, aunque todos los derechos reivindicados por la autora deban aunarse con las funciones de ama de casa, sumisa a su marido. La sociedad de finales del XIX, que imponía la técnica, excluía a la mujer. Manuel B. Cossío, hijo espiritual de Giner, introducía el tema en el congreso de 1897: «En cuanto concierne al *alumno* hay dos problemas de primera importancia. La educación de la mujer es el primero; el de los anormales, el segundo»²². Pero, pese a los esfuerzos de los liberales, la instrucción femenina, debido a prejuicios religiosos, progresa muy lentamente. La ILE se inspira en las enseñanzas krausistas de Julián Sanz del Río, inscritas en la tradición ilustrada de las escuelas lancasterianas y pestalozzianas, importadas desde Londres por Pablo Montesino, claro precedente de Giner de los Ríos. Todos quieren acabar con las escuelas

²⁰ «La educación de la Mujer». Memoria presentada en el Congreso Pedagógico de 1882. Citada por Ivonne Turín, p. 229.

²¹ Op. cit. p. 30.

²² COSSÍO 1897, p. 73.

monásticas e integrar a los niños en la naturaleza. Krause lo había dicho bien claro hablando de la conducta del hombre nuevo:

... cuando observa que esta mitad esencial de la humanidad está hoy en unos pueblos oprimida y degradada; en otros, postergada o abandonada a su educación por el varón, que hasta ahora se ha atribuido una superioridad exclusiva; cuando observa que la mujer dista hoy mucho del claro conocimiento de su destino en el todo, de sus derechos y funciones, y altos deberes sociales, se siente poderosamente movido a prestar ayuda y fuerza a la mujer.²³

Así pues, Sanz del Río, el importador del krausismo en España, ve a la mujer capaz de actividad científica, artística y social, y le preocupa la distancia cultural entre ella y el hombre. Considera el matrimonio la forma más digna de respetar la «pureza del amor femenino» y cree que los cónyuges deben ayudarse mutuamente para superar las limitaciones del individuo y lograr así, entre los dos, la persona superior que dé ejemplo y eleve el nivel social. Sus seguidores nacionales interpretan la falta de educación de la mujer como el origen del mal de la familia española, por eso don Julián escribe varios artículos sobre el tema en la *Revista de instrucción pública*²⁴. Si nos fijamos en la elección de esposa de los hombres de la ILE podremos trazar el perfil de la mujer institucionista, cuyas hijas y nietas frecuentará Juan Ramón. Los contemporáneos de Giner se enfrentaban con la contradicción de que una mujer sensible y dúctil a sus enseñanzas contaba con una familia reacia a casarla con un librepensador de escasa fortuna (caso de don Francisco). Una carta que Emilia Pardo Bazán escribe a Giner hablando de las virtudes que debería tener la mujer de Augusto González de Linares, amigo de los dos, define el femenino perfil institucionista:

... la necesita *joven*, para poder formarla, simpática, para amarla, distinguida, porque eso, si no nace con la mujer, ¿quién lo infunde?. Además requiere (...) ser muy *poeta* para asociarse a las grandes aspiraciones de Augusto; y muy

²³ SANZ DEL RÍO 1860, p. 94.

²⁴ Años 1858-1859, citado por Ivonne Turín 1967, p. 63.

práctica, porque como él tiene en ciertas materias la inocencia bautismal, importaría que ella fuese un espíritu positivo en el buen sentido de la palabra.²⁵

Como vemos, está prefigurando el perfil de Zenobia, educada por su abuela y su madre (portorriqueñas de origen y cultura norteamericana) por sus viajes a EE: UU., Francia y Suiza; y por la actividad cultural de las dos Residencias y el Instituto Internacional, organismos herederos o simpatizantes del espíritu institucionista que los propulsó. Debido a esto, no es casual que muchos institucionistas se casasen con extranjeras (Azcárate, Riaño, González de Linares...), pues las jóvenes nacionales, de educación dogmática, no les servían. Doña Emilia había dicho antes del texto anterior, que en España no había una sola mujer para Augusto, quien finalmente se casa con una francesa. Como J. R. que, ya en la generación siguiente, elegirá muy conscientemente a «la americanita».

«ZENOBIA ERES ÚNICA»,

le dice muchas veces Juan Ramón a lo largo de su convivencia, y era verdad, pues Zenobia Camprubí añadía a las María de Maeztu, Natalias Cossío, María Martos, Victoria Kent o Clara Campoamor, la enorme riqueza de una educación internacional, con años de experiencia entre la élite estadounidense, y una formación abierta en la conciencia social, el utilitarismo y la acción, que no eran comunes entre las españolas. Además de todo esto, era bella, auténtica y buena, resumen y dechado de las cualidades que el exigente pretendiente necesitaba. Era también, por si fuera poco, autónoma económicamente, pues su abuela y una tía le habían dejado cierto fondo en dólares, que le administraba un despacho de Boston para permitirle recibir mensualmente una cantidad, fluctuante con los cambios de divisa, pero que suponía un desahogo considerable.

Juan Ramón asistía a los actos culturales de las dos Residencias,

²⁵ Carta del 27 de septiembre de 1887, citada por Jiménez Landi, 1973, Vol. II, p. 455.

donde podía relacionarse con las mujeres antedichas y con las profesoras americanas del Instituto Internacional, mayoritariamente jóvenes, todas cultas, con deseo de aprender y de formarse profesionalmente. Éstas son las que dan satisfacción a las aspiraciones del poeta, que propone a Louise Grimm, casada pero separada de su marido, mujer educada y cosmopolita, con gran conocimiento de la literatura inglesa y norteamericana, unirse a él en el extranjero y compartir su vida. Ella será el más claro precedente de Zenobia, la elegida.

Aunque después de un intensísimo cortejo del poeta y de un corto noviazgo, al casarse en 1916, Zenobia renuncie a la creación literaria propia, para dedicar sus esfuerzos a alentar la obra de su marido, propiciando las condiciones idóneas a la creación, ella, entre múltiples ocupaciones, sigue traduciendo a Tagore, Synge, Shakespeare, Yeats... La misma decisión adoptaron en mayor o menor medida muchas mujeres de su generación, o un poco más jóvenes, casadas, como ella, con escritores. Son las *silenciadas*, como les llama Antonina Rodrigo²⁶: Eulalia Galvarriato, mujer de Dámaso Alonso; Concha Méndez (de Manuel Altolaguirre), María Teresa León (Alberti), mujeres que posponen sus anhelos creativos para cumplir con generosidad ese papel de esposa abnegada, que le exigía la sociedad de su tiempo. Papel prácticamente incompatible con la propia creación personal. El ejemplo extremo de autoanulación es María Lejárraja de Martínez Sierra, quien escribía las obras de teatro, firmadas con los apellidos de su marido; y todo ello, pese a considerarse feminista, y dar conferencias en pro de la liberación de la mujer.

Sí, la rica proteica y generosa personalidad de Zenobia hizo posible la magnífica obra de su marido, como él mismo reconoce en numerosas ocasiones, y en el momento mismo de saber la concesión del Nobel. Cuando Adriana Ramos Mimoso, profesora portorriqueña amiga de los Jiménez, dio la noticia a Zenobia, enferma ya en la agonía, ésta abrió los ojos y se puso a entonar un villancico en señal de alegría. Ella se lo dijo inmediatamente a Juan Ramón, que recibió la nueva «con amargura y desolación»

²⁶ RODRIGO 1988, p. 121.

y exclamó, ante todos: «Ella es quien lo merece». Luego escribió las archiconocidas palabras para que el rector de la Universidad de Puerto Rico, don Jaime Benítez, pudiera leer en Estocolmo en representación suya, en la recepción del Premio Nobel:

Mi esposa Zenobia es la verdadera ganadora de este premio, su compañía, su ayuda, su inspiración de cuarenta años han hecho posible mi trabajo. Hoy me encuentro sin ella desolado y sin fuerzas.²⁷

En una carta inédita, destinada al proyecto de libro, que Juan Ramón siempre tuvo en mente, y que, como tantos otros, las circunstancias y sus múltiples recaídas en la enfermedad, frustraron. Hablamos de «Monumento de amor», el homenaje a su esposa y hada madrina, en esa epístola del 2 de enero de 1952, cuando Zenobia está en el hospital de Boston, operada de un cáncer de matriz, su marido escribe: «¡Cuánto vales, Zenobia mía, que yo no merezco más que porque sé como nadie lo que vales en cualquier sentido!»

Aquí está la clarividencia y honradez del poeta, que se sabe beneficiario de un tesoro único, y tiene la sensibilidad de disfrutarlo y reconocerlo. Ella ha sido y es todo para él, hombre y poeta, y ante su enfermedad, él, dominado por el miedo a perderla, y con la angustia consiguiente, escribe los poemas de *De ríos que se van*, cuyo título evoca a Jorge Manrique, el autor que ella pide en el hospital, en 1951, cuando cree que puede morir en o después de la operación, *Las coplas*, que el sacerdote italiano de la clínica no le consigue, y de las que espera la conformidad estoica y cristiana necesaria. Cuando sale del quirófano y se siente cada vez mejor, dice que ya no son necesarias, puesto que «la Dama de Negro se ha alejado». *De ríos que se van* comienza con un poema, del que Juan Ramón le envía varias versiones en una carta al Massachusetts General Hospital de Boston, variantes entre las que ella elige la definitiva, pues Zenobia ejerce también como la primera y principal crítica literaria del poeta:

¡Sólo tú más que Venus,

²⁷ *La Torre. Revista General de la Universidad de Puerto Rico* 1957, Año V, Núms. 19-29, Julio-Diciembre, p. 13.

puedes ser
estrella mía de la tarde,
estrella mía del amanecer!

El segundo poema de *Ríos...* «Sobre una nieve» Termina: «Por mi parte quedó la eternidad para más tarde; y ella salió, como me dijo, por la otra boca del pensado túnel». En el último y séptimo poema, «Este inmenso Atlántico», el mar es el espacio de la vida y del amor, relacionado con Zenobia, desde que abandonando toda aprensión (los submarinos alemanes de la Primera Guerra Mundial), Juan Ramón se embarca hacia Nueva York para casarse. Con ritmo de copla andaluza termina el poeta los poemas de ese libro escalofriante, donde Zenobia está en cuerpo («Sobre una nieve», «Nuestro ser de ilusión», «Mirándole las manos»...) y en alma («El color de tu alma», «¡Yo lo quiero, ese oro!», «Fuego único»...) y, por fin:

Con tu voz
Cuando esté con las raíces
llámame tú con tu voz.
Me parecerá que entra
temblando la luz del sol.

Ritmo de coplas y de correr de agua («Mi Guadiana me dice») que ella recoge y disfruta, sabiéndose la inspiradora total. Pero si volvemos a la carta del 2 de enero, el poeta lo dice bien claro: ella ha transformado la escritura de Juan Ramón con su inspiración y la abertura espiritual a la poesía anglosajona. Él ha ido por ella hacia la poesía pura, hacia la hondura y sencillez formal, que Zenobia le pide en el epistolario. Juan Ramón lo sabe y le escribe en la carta antedicha:

Para mí has sido revelación de lo mejor y en mis libros está esa revelación por todas partes. No hay más que leer lo que escribía luego y antes de conocerte.

Estas palabras merecen un análisis detenido, pues Zenobia fue el catalizador que hizo avanzar al poeta hacia un vitalismo que se desprendiese de los últimos coletazos del tono elegíaco. El primer reactivo había sido el encuentro con Giner y su ética de acción social mejoradora. Con Zenobia encontrará la alegría y la afirmación vital y

poética que rechaza la tristeza de *Laberinto* como algo que no hace bien a nadie –le dice ella. Él, asumiendo su juicio, se lanza hacia una poesía pura, conforme con el ser y el estar, en armonía también con el vitalismo orteguiano. En esto va a influir mucho el conocimiento de la poesía anglosajona, al que él estaba inclinado por el aprecio que se hacía de ella en la ILE, y en el que profundiza con la ayuda de su mujer. A la recíproca, también es verdad que los múltiples e innegables méritos de Zenobia necesitaban en su desarrollo las circunstancias de precariedad económica y la sensibilidad del poeta para reconocerlos y potenciarlos, con su amor por ella. Amor que era respeto por lo excelente, admiración por su gracia, su bondad, su audacia y sus múltiples capacidades. Él, mejor que nadie, sabía que Zenobia, en la sociedad española de su época, era el mirlo blanco, el talismán de la alegría para su tristeza congénita. Y la prueba de que lo reconoció así, desde el momento mismo en que la conoció, fue el largo *vía crucis* del cortejo, doloroso camino, que aceptó con ahínco y empecinamiento de héroe. Las *estaciones* de la *vía* estaban jalonadas por la rotunda negativa de los Camprubí, sobre todo, de la madre, doña Isabel Aymar, desde el momento en que supo que las intenciones del poeta excedían las de una visita amistosa y culta, que a ella misma le agradaba. Juan Ramón como tertuliano en las reuniones sociales de los Camprubí era bienvenido, otra cosa era que pretendiera a su única y amada hija, cortejada por un magnate bostoniano...

Antes de casarse, el poeta de Moguer había publicado 18 libros de poesía y escrito mucho más. Zenobia se caso con un poeta, pero ella lo fue mejorando, propiciando el altísimo nivel de la poesía desnuda y los hallazgos vanguardistas del *Diario de un poëtarecien casado*; el conocimiento de la poesía anglosajona, rumiado en las traducciones de Shakespeare, Blake, Tagore, Synge, no impide la prosa neobarroca y deslumbrante de *Españoles de tres mundos*; ni la lealtad al verso corto y tradicional de *Canción*, pero hace posible todo lo que escribió en América, cuya síntesis es *Animal de fondo*, *Espacio*, y los conmovedores poemas de *De ríos que se van*.

Si en la obra Zenobia fue vela y brújula, en la vida, lo fue todo: sin ella, el Juan Ramón hipersensible y enfermo crónico, de varias dolencias del cuerpo y del alma, no hubiera alcanzado la longevidad que para su época significaban los 77 años. Se hubiera muerto mucho antes,

asediado por las dificultades materiales y la melancolía, convertida en depresión nerviosa. Tampoco hubiera escrito la inmensa obra, que exigía tener cubiertas las necesidades materiales, ni hubiera recibido el Premio Nobel, pues fue Zenobia con su simpatía, quien captó y dirigió hacia él la atención del Claustro de Maryland; quien eliminó toda dificultad en la relación con los compañeros de docencia, como Graciela Palau de Nemes, tan importante en ese logro; con los profesores de otras universidades; los críticos y editores, a quienes ella escribió incansable, hasta más allá de sus fuerzas. Zenobia era el oxígeno y la alegría vital para Juan Ramón que, cuando ya siente el triunfo de tenerla, después del difícilísimo cortejo, se dirige lúcido y contento a la conquista de la poesía desnuda, necesaria para vencer a la muerte, su tercera presencia. Zenobia es consciente de ser su inspiradora y, cuando en 1951, va camino del hospital de Boston, quiere llevarse *Estío*, libro escrito en el largo noviazgo de los dos, empapado del sentimiento y sufrimiento del amor, y entonces le dice a su marido en una carta:

En vez de leer *Animal de fondo*, estoy leyendo *Estío* y sintiéndome tan joven como entonces (...) «Para quererte, al destino / le he puesto mi corazón.»²⁸

En los *Sonetos espirituales*, escritos también en esa época previa al noviazgo, el poeta logra expresar su mal de amores de forma magistral. La dedicatoria a Federico de Onís no impide la cita shakespeariana de Dante Gabriel Rossetti, que es todo un mensaje críptico de amor, donde el prerrafaelista inglés identifica el soneto con un monumento contra la muerte.

A sonnet is a monent's monument,
Memorial from the Soul's eternity
To one dead deathless hour.²⁹

²⁸ Son los dos primeros versos del poema núm. II, de *Estío*, el libro gestado en pleno noviazgo del poeta con la que había de ser su esposa y, aunque la dedicatoria explícita sea para Azorín, el poemario está impregnado del sentimiento amoroso y de la inspiración que ella le provoca. Fue publicado en 1916, año de su boda, de ahí la alusión de Z., a la juventud, y al amor.

²⁹ «El soneto es el monumento a un instante, ya pasado; un recuerdo desde la eternidad del alma para inmortalizarlo». Más literal sería: «Un soneto es el monumento de un momento / Homenaje desde la eternidad del alma / Para la inmortalidad de una hora muerta».

Consciente o inconscientemente, J. R. guardaría esta identificación soneto (poesía) = mujer amada, ambos potentes antídotos contra la “dama de negro”, y atesoraría este sintagma mítico como título para el homenaje definitivo que pensaba hacer a su esposa: el libro «Monumento de amor». En el soneto II, «Primavera» ella está vista como el renacimiento de la vida, en unas metáforas (rosa, brisa, lumbre, paz) y una perfección expresiva digna de San Juan de la Cruz. En el III, también está «la ingrata», en el reproche y la amenaza de ser responsable de su mala conducta («Y haré lo que se hace entre la sombra»). En el V, «Ojos celestes» («Yo creí que el color azul del cielo / bajaba a veces a la tierra oscura», el VI, «Guardia de amor» («Pongo mi voluntad en su armadura / de dolor, de trabajo y de pureza»), el XV «Retorno fugaz» («¿Cómo era, Dios mío, como era? / -¡Oh, corazón falaz, mente indecisa!»), el XVI, «Mujer celeste» («Trocada en blanco toda la hermosura / con que ensombreces la naturaleza»).

La seguridad de la posesión de «la elegida» hace brotar los poemas del *Diario de un poeta recién casado*, el libro que abre la puerta de la vanguardia en la poesía española. En el Diario, la dedicatoria es para Rafael Calleja, pero Zenobia está implícita en el contenido, al bautizar el autor su libro como «esta breve guía de amor / por tierra, mar y cielo». El poeta puede sentirse ya tranquilo y alegre para dedicarse a crear y recrear la belleza porque:

Mientras trabajo, en el anillo de oro
puro me abrazas en la sangre
de mi dedo, que luego sigue, en gozo,
contigo, por toda mi carne.

¡Qué bienestar! ¡Cómo mis fuertes venas
de ti van, dulces, embriagándose, cual de una miel celeste que tuviera
la luz de los eternos cálices.

Mi corazón entero pasa, río
vehemente y noble, bajo el suave
anillo que, por contenerlo, en círculos
infinitos de amor se abre. (Poema III).

Zenobia está en todo lo que ve el autor: «... me pareces Giralda –igual que ella, alegre, fina y rubia- / mirada por mis ojos negros –como ella-, / apasionadamente!» (XVIII). La presencia de la elegida

vive en el pronombre y en el sentimiento, no directamente, porque ella tiene la «gracia sin nombre ni apellido», el color y la alegría de un día alegre y soleado camino de Moguer (XII). Es también la fortaleza («¿Tan finos como son tus brazos, / son más fuertes que el mar!») (XXVII) y, en el CLX exclama:

(...) Nunca ya construir con la masa ilusoria.
pues que estoy en la gloria,
ya no hay más que vivir.

En el viaje de vuelta dice: (CLXVI) «¿El mar acierta!?:» «hoy el mar ha acertado y nos ofrece una visión mayor de él que la que teníamos de antemano, mayor que él hasta hoy», el mar naturalmente ya posee el contento de la compañía amorosa.

Eternidades se abre con el lema: «amor y poesía / cada día» y va dedicado por el autor «A / mi mujer» y, en fin, el último libro que publicó Juan Ramón en España, *Canción*, fue un homenaje a Zenobia, explícitamente expresado en la dedicatoria: «A / MI MUJER / ZENOBIA CAMPRUBÍ AYMAR / A QUIEN QUIERO Y DEBO TANTO / ESTAS CANCIONES QUE LE GUSTAN / Y TANTAS DE LAS CUALES HA ANTICIPADO Y CONFIRMADO / ELLA / CON SU ESPÍRITU, SU BONDAD Y SU ALEGRÍA». Precisamente, de este libro que supo le pertenecía, Zenobia eligió el poema «La flor tú», lo enmarcó, y lo mantuvo siempre a la vista. La composición desarrolla libremente la técnica de la soleá, que aquí contradice la tradición de su nombre para hacerse canción de amor y dicha. Su última estrofa, dice:

Ten esta flor, la flor
del costado del torreón.
¡Qué feliz es su olor!

La *Tercera antología poética* es, como se sabe, la última obra en que trabajaron juntos. Juan Ramón rebosa gratitud amorosa en la dedicatoria, «A Zenobia de mi alma», y, cuando le piden una fotografía, el poeta envía una de su mujer, tomada póstumamente al retrato de Sorolla, de la Sala de Puerto Rico, con unas rosas amarillas, elegidas por Graciela Palau de Nemes. La última parte de la *Tercera Antología*, «De ríos que se van», escrita, como hemos dicho, por el poeta desconsolado e inquieto en 1951 es ya como una autonecológica lírica de los dos; la elegía a la mujer amada.

LA LÓGICA YERRA

Pero para que el poeta llegase hasta aquí fue necesaria una fe inquebrantable en el éxito final, convicción que se mantuvo contra viento y marea, incluso en los momentos más críticos, cuando Zenobia, crucificada por las dos fuerzas centrífugas (el amor filial hacia su madre, y el que comenzaba a sentir por Juan Ramón) decide sacrificarse y rompe con el pretendiente en 1914. Doña Isabel es intransigente con respecto al novio, se niega a aceptarlo, y esa negativa permanecerá en el tiempo prematrimonial con la rigidez acerada de sus potentes razones. Todavía días antes de la boda, ya decidida, de su hija con el indeseado candidato, la madre de la novia escribe a una amiga íntima, María Coderch, y se desborda en confidencias sobre el remordimiento de madre, que le atenaza el alma. Reproduciremos una larga cita por el enorme interés que tiene para nuestro tema:

Lo que he sufrido y sufro no es decible, aunque en todo esto no tengo más que un regret³⁰ y un remordimiento. / Primero: no haberme venido con mi hija a los E. U., cuando hará dos años me suplicó que la trajera acá. Aparentemente dejé aquel viaje por temor a los submarinos³¹ –en realidad porque mi marido se oponía (...) Haber permitido que la lástima que me inspiraba un ser que creía y creo, perturbado, haya sido causa de falta de dureza en mí, que tal vez le hubiera alejado de mi hija, por más que, más clara no pude estar con él, diciéndole lo que era y es verdad –que preferiría ver a mi hija muerta a verla esposa suya.³²

Y sigue doña Isabel exponiendo ahora los argumentos que avalan tan trágica y *contra natura* afirmación:

³⁰ En francés, ‘pena causada por la pérdida o ausencia de alguien querido’, ‘Arrepentimiento’

³¹ Estaban en plena Gran Guerra, y los submarinos alemanes hundían los trasatlánticos de los aliados, como hicieron con el Sussex el 24 de marzo de 1916, en el Canal de la Mancha, cuando los Granados (el músico amigo y su esposa Amparo) regresaban de Nueva York donde disfrutaron el éxito de su obra, *Goyescas*.

³² Archivo Familia de J. R. J.

Al oponerme al enlace de mi hija sé que perderé su cariño, pareceré dura y egoísta y tal vez todo mi esfuerzo será en vano, pero también sé que ceder sería abandonar una lucha por salvarla de males indecibles. Conozco a J. R. bien a fondo y también conozco a mi hija. Al primero hasta le tenía cariño. Su neurastenia, su sufrimiento, todo apelaba el instinto materno en mí hasta que su vanidad, su intenso egoísmo y sobre todo su falsedad³³ destruyeron mi cariño por él aunque no mi lástima (...). J. R. J. tiene una imaginación desordenada al punto que no sabe si dice verdad o mentira, además de lo cual, siendo de un carácter sumamente débil torna de lo que le rodea y como lo expresó una amiga de Zenobita —«cuando está con ella es un reflejo de ella. Esto y su lástima la han engañado»- (...) No hay que confundir la terquedad con la firmeza. J. R. J. me ha dicho que no tiene religión, pasaría por eso aunque con dolor; pero además me ha dicho a mí, que no tiene reglas de conducta, porque lo que uno siente está bien. Un hombre que ha pasado dieciséis años de su vida escribiendo treinta y tres tomos de poesías que en general sólo describen sensaciones sin aspiraciones ni ideas, ¿le parece a usted bien calculado para ser esposo y padre? Ahora consideremos esto bajo un punto de vista práctico, del cual no me había ocupado hasta ahora por venir, a mi modo de sentir, en último término. Literato de más o menos mérito, depende del éxito de sus obras, por una parte, por otra, vive libre de gastos (según él me dijo) en la Residencia de Estudiantes, no sé si por editar los libros de esa institución o en qué capacidad: además, parece tener ocupación en la Casa Calleja. / ¿Cree usted María, que después de casada sería posible que mi hijita, que no es robusta, siguiera escribiendo con él y encantándolo, habiendo tenido antes que ocuparse de cosas que no ha hecho en su vida y que rendida por trabajos materiales e inquietudes, llegara a todo?

Continúa la señora Camprubí comunicando a su amiga que Juan Ramón se ha torturado a sí mismo toda la vida, que la felicidad le

³³ Dña. Isabel se refiere aquí al hecho de que el poeta había dicho a Zenobia que tenía un sueldo en la Residencia, aun antes de que eso fuese verdad, pues tal cosa no ocurrió hasta septiembre de 1915. El poeta tenía la promesa de tenerlo y adelantó el acontecimiento a sabiendas de que sería razón de peso para ser aceptado. Pero nunca mintió en lo fundamental: su intenso amor por Zenobia.

durará días y entonces «en vez de un desgraciado tendremos dos vidas destrozadas». Cree que un hombre a los treinta y cinco años ya no cambia y que Zenobia tendrá que hacer en ese matrimonio «de madre y padre al mismo tiempo» / «Más pienso en todo esto y más claro veo y comprendo que es un sagrado deber oponerme a que se inmole mi hija, sin por eso asegurar la felicidad de ese desgraciado. Así pues, jamás daré mi consentimiento».

Sin embargo, y a pesar de estas rotundas palabras, doña Isabel Aymar de Camprubí había de terminar queriendo mucho a su yerno y ayudándolos a los dos en sus momentos de dificultades económicas, que fueron abundantes. La madre de Zenobia era una mujer culta y sensible, de las que Juan Ramón admiraba, y el poeta, muy temperamental pero nada rencoroso, la quería de verdad y la asimilaba a Zenobia. Además, él comprendía sus razones de madre que trata de proteger a su hija, pero a pesar de la lógica de los razonamientos de doña Isabel, Zenobia se arregló para ser feliz y hacer feliz a su marido en toda circunstancia, salvo en los momentos que la muerte de los seres queridos o sus propias enfermedades se lo impidieron. Es muy probable, casi seguro que, sin su mujer, el poeta no pudiese desarrollar una obra tan fecunda y honda, pero también es cierto que si ella se hubiese casado con uno de sus pretendientes norteamericanos opulentos, Henry Sattuck, por ejemplo, no hubiese vivido las circunstancias que le llevaron a un crecimiento personal continuo, a hacer estudios reglados de bachillerato y licenciatura pasados los cincuenta años, a ser profesora de universidad, a realizar una serie de gestiones, transacciones, empresas y negocios en los que desarrolló una personalidad autónoma que brilló con destellos personales, pese a estar al lado del potente foco juanramoniano.

ENCUENTRO

Gracias a estos centros, derivados de la ILE, Zenobia y Juan Ramón pudieron conocerse. Él vinculado a la Residencia por afecto y admiración devota a Giner, y por amistad con Alberto Jiménez Fraud, su director, quien le invita a vivir en ella para que dé ejemplo poético a los jóvenes, y eso hará, desde febrero de 1913, además de dirigir las publicaciones de la casa que crecieron en número y

prestigio desde que estaban a su cargo. Ella, Zenobia, asidua de los cursos del Instituto Internacional y de las actividades culturales de la Residencia, en una de cuyas conferencias durante el curso de verano para extranjeros de 1913, conoció al poeta. Era el segundo año de los Cursos de Vacaciones, organizados por la Junta para Ampliación de Estudios (del 25 de julio al 5 de agosto) y la conferencia a la que asistieron se titulaba «La geografía de España y su relación con la literatura», en la que Cossío, el ponente, habló de La Rábida, lugar mítico para los dos, donde estuvieron a punto de conocerse. No es casual que «la americanita» y el poeta se encuentren en el acto cultural de un centro caracterizado por el cultivo del arte y la ciencia al máximo nivel. Es más bien causal, pues la formación y las circunstancias vitales de ambos favorecieron, como veremos, esa aparente coincidencia.

Juan Ramón buscaba, en estado de alerta, la mujer con quien ir hacia el ideal y como un zahorí avezado, la encontró al primer temblor. No lo tenía fácil, pero era el poeta y el hombre que amaba lo difícil y lo conseguía. En un texto de *La corriente infinita* declara:

Ni puedo estar de acuerdo con los poetas materialistas que aseguran que el hombre debe limitarse a lo material, y que ponen como límite el canto del amor material conseguido, en el que para mí empieza lo ilimitado (...) Yo gozo de lo material como el que más, pero lo material no me ha limitado nunca ni me ha satisfecho, por ventura mía. El amor no es nada para mí, si no es el cambio de dos infinitos por enlace material.³⁴

ZENOBIA: LA DEFINITIVA

Este enlace, que sabe muy difícil, «el cambio de dos infinitos por enlace material», es lo que consigue con Zenobia, la mujer que había nacido en Malgrat de Mar (Barcelona), durante uno de los veraneos de su familia (¡Tangará catalana!, le llamará admirativamente Juan Ramón) el 30 de agosto de 1887. La niña era frágil, rubia y con los

³⁴ JIMÉNEZ 1981, «Sobre mis lecturas en Argentina», *Antología general en prosa*, p. 764.

ojos azules. Le llamaron Zenobia Salustiana Edith. Zenobia Lucca era su abuela materna con la que vivió en estrecha relación hasta sus ocho años, momento en que la trasladaron del cuarto donde dormía con ella, debido a la enfermedad y muerte de la anciana. La nieta mantendrá siempre un gran afecto y gratitud por quien la introdujo en el mundo de la literatura, haciéndole leer una estupenda selección de cuentos de varias tradiciones, cuestión de extrema importancia para quien había de seducir al mayor poeta español de su siglo, y que ella recuerda emocionada:

La segunda habitación que disfruté, la disfruté de veras. Dormía en una camita junto a la gran cama de mi abuela (...) En mi cuarto instaló mi abuela mi primera biblioteca y me hizo amiga, antes de los ocho años, de todos los dioses del Olimpo y de los legendarios mortales que surgen de las páginas de La Iliada y La Odisea.³⁵

Su nombre, Zenobia, de tradición familiar materna, aludía a la legendaria reina de Palmira, mujer inteligente e independiente, que logró sortear con éxito los peligros y la codicia de los reyes limítrofes, y ya viuda y sola extendió las fronteras de su reino desde el Éufrates hasta el Mediterráneo, en una sociedad de hombres, caravanas, codicia y brutalidad. Allí logró crear una sociedad, hasta entonces utópica, donde reinaban la tolerancia y la libertad, hasta que, a finales del siglo III, los ejércitos de Aureliano retoman la colonia rebelde y llevan a Zenobia prisionera a Roma, exiliada en una villa próxima. Si los antiguos creían en el influjo del nombre sobre las personas, en el caso de la mujer de Juan Ramón algunos aspectos se cumplen: Como su tocaya, Zenobia será inteligente, generosa, digna, amante de la libertad y el respeto para la persona, con gran capacidad de iniciativa, enorme inteligencia emocional, y una bondad de base y raíz. Virtudes procedentes de una educación por vía femenina: su abuela, primero; su madre, después, le transmitieron en casa el legado que habían recibido de sus antepasados, los Aymar, una muy próspera familia norteamericana, descendiente de hugonotes, huidos de Francia en las persecuciones religiosas del siglo XVII.

³⁵ CAMPRUBÍ 2006, *Diario 2*, p. 320.

Se llamó hugonotes a los protestantes calvinistas franceses en los siglos XVI y XVII. El origen de la palabra, que se les adjudicó despectivamente, parece proceder de los protestantes de Tours, quienes se reunían en la noche cerca de la puerta del rey Hugo, anécdota que sirvió a un fraile para que les llamase *hugénots*. Los hugonotes comienzan en Francia cuando se publica en París la obra de Jacobus Faber Stapulensis, *Sancti Pauli Epistolae XIV ex Vulgat: adiecta intelligentia ex Graeco, cum commentariis*, en 1512, donde se enseñaba la doctrina de la justificación religiosa por la sola fe. Entre los hugonotes, discípulos de Lefèvre d'Étaples del círculo de Meaux, destacan Guillermo Farel y otros, pero el verdadero cerebro de este movimiento sería Juan Calvino, francés que pese a que dedicó su obra, *La institución de la religión cristiana*, al rey de Francia, Francisco I, en 1534, luego, perseguido, tuvo que refugiarse en Ginebra. Calvino, de personalidad rígida e intransigente, defendió en Ginebra la recién implantada doctrina protestante, que continuaba la reforma iniciada por Lutero en Sajonia, con métodos propios de la república teocrática que fundó cuando, en 1541, se instaló definitivamente en la ciudad. De este modo, la que se llamó Nueva Roma Protestante, vio actuar a Calvino como estricto Papa de la Reforma, donde todo opositor, considerado hereje, debía morir en la hoguera, como nuestro compatriota Miguel Servet. El hecho de sentirse rodeados de países católicos, tanto en Ginebra como en Francia, hizo vivir a los calvinistas la debilidad de su reciente incorporación al protestantismo, en que cualquier disidencia podía estrangular el arraigo de la nueva fe y favorecer la victoria de los católicos. Por eso, tanto en Ginebra como en Francia, los calvinistas, reaccionaron hacia un fundamentalismo religioso que contradecía su origen y provocaba enfrentamientos con la autoridad católica.

En el primer Sínodo de la capital de Francia, celebrado en 1559, bajo la presidencia del Pastor de París, Francisco Morel, los hugonotes pidieron reformas religiosas, y se publicó una Confesión de Fe y un Código de la Iglesia Reformada, armas con las que se convirtieron en una poderosa fuerza política. Captaron a algunos importantes disidentes del partido de la reina regente, Catalina de Médicis, entre ellos los príncipes de Borbón, y entonces, con gran audacia, ocuparon iglesias para el culto calvinista, lo que provocó

la persecución. Se les rechazó y persiguió cruelmente durante el último tercio del s. XVI (entre 1562-1598). Incluso Enrique IV, rey de Francia, casado con Margarita de Valois, tuvo que abjurar de su fe de hugonote, para salvar su vida («¡París bien vale una misa!»). Y antes, durante la llamada Matanza de San Bartolomé el 24 de agosto de 1572, genocidio en que se estima murieron asesinados muchos miles de hombres, mujeres y niños en una sola noche, en distintas ciudades en el entorno de París. Cuenta Felix Benlliurer en su libro: *Los hugonotes, camino de sangre y lágrimas*³⁶, que cuando el sol se levantó el 24 de agosto del año 1572.

Habían muerto asesinados unos veinte mil hugonotes. En las calles todo era un tumulto impresionante, desorden y carnicería. Arroyuelos de sangre corrían por las calles; cadáveres de hombres, mujeres y niños estorbaban delante de las puertas; el populacho corría detrás de los asesinos que mutilaban a los hugonotes, les arrastraban atados con cuerdas por el barrizal y la sangre para ser también partícipes de esta fiesta de caníbales.

Aunque el rey Enrique IV, convertido al catolicismo, procuró ayudarlos durante su reinado con el Edicto de Nantes (1598), las Guerras de Religión duraron desde 1559 hasta 1598, casi cuarenta años por la debilidad de la dinastía Valois, ya en decadencia. Aunque el reformismo religioso tenía fuerte arraigo entre los aristócratas, coordinado desde Ginebra por Calvino, Luis XIV revocó el Edicto de Nantes para reiniciar la persecución a partir de 1685. Los cardenales Richelieu y Mazarino intentaron conversiones forzadas, sin éxito. Se inició entonces una diáspora de setenta mil personas para establecerse en Berlín, Países Bajos, Inglaterra y sus colonias, sobre todo, en EE.UU. Naturalmente, el hecho suscitó muchas críticas entre los espíritus libres, Voltaire se supone autor de una censura a esta medida, con un artículo, publicado en la *Enciclopedia*, «Refugiado», donde dice: «Luis XIV, al perseguir a los protestantes, ha privado a su reino de más de un millón de hombres trabajadores».

³⁶ BENLLIURER 2006, p. 94.

Entre los que emigraron a América a finales del XVII estaba el antepasado de Zenobia, Jean Aymar o Eymar, que se quedó en lo que hoy llamamos Nueva York. Pues el primer asentamiento francés en EE. UU. fue hugonote: Fort Caroline, en 1564, destruido al año siguiente por los españoles de San Agustín de la Florida. A pesar de todo, los protestantes franceses se organizaron en colonias independientes de Francia y, parte de ellos, contribuyeron a fundar la ciudad de Nueva York y los llamados, Nuevos Países Bajos Holandeses. Liderados por Louis Dubois, compraron a los nativos tierras, desde el Hudson hasta las montañas, y siguieron prosperando, incluso después de que los ingleses controlaran el río y la actual Nueva York.

Las virtudes de los hugonotes son, sin duda, la tolerancia, con la que nacen, para huir de la rigidez de la disciplina católica y sus jerarquías; su creencia intimista; su laboriosidad; la disciplina, sus ideales humanitarios, y el puritanismo. Con las virtudes calvinistas, consiguieron una gran influencia entre las clases más cultas, la aristocracia y la universidad, pese a ser minoría. Ya que, aunque Lutero creó la Reforma protestante, fue Calvino, un hugonote, quien la sistematizó con su doctrina del Espíritu Santo, su don de la gracia, y su teología cultural, donde la música era el arte más importante, al servicio de la religión y del canto en lenguas vernáculas. Los hugonotes siguieron la teoría de la felicidad social y la libertad humana, que luego concilió, en el s. XIX, dosis de panteísmo y de evolucionismo darwiniano, con el cristianismo purificado, en una forma de religiosidad que inunda todos los actos de la vida. De esta fe sale una mayor inclinación al racionalismo económico y un sentido del negocio que no considera mala la riqueza, sino el uso que se haga de ella. Todas estas ideas las practica Zenobia, como sabe quien conozca su biografía. La mayor parte de los primeros hugonotes eran monjes, comerciantes, industriales, y artesanos. Por eso los sociólogos expertos califican su éxodo del s. XVII como el semillero de la economía capitalista, por su espíritu de laboriosidad, inmerso en una creencia atemperada en las virtudes de la libertad, la piedad individual y el comercio³⁷. Efectivamente, la ética protestante del trabajo, en contraste con la visión católica

³⁷ Ver: Max Weber 1991.

del mismo como castigo bíblico, provoca el capitalismo moderno, heredero del dogma calvinista de la predestinación, que suponía una humanidad de elegidos de Dios, y la otra, abocada a la condenación eterna. El elegido, el santo, debía actuar conforme a la fe y su conducta sería metódica, constante, y racionalista, para poder elevarse al estado de gracia de esos pocos, rechaza los votos católicos de obediencia, pobreza y castidad, y crea un marco religioso que incita a la acción incansable. Por primera vez en la historia del Cristianismo, se levanta el veto contra el exceso de lucro y las consecuencias son la hegemonía industrial de los países protestantes.

La mujer de cultura calvinista es puritana en cuestiones de amor y sexo, pero se empeña en su realización personal, como Marianne Weber (1870-1954), esposa del filósofo economista y sociólogo alemán, Max Weber (1864-1920) de origen hugonote, que (como Zenobia, su contemporánea, de sólo siete años menos) se arregló para realizar su obra en los momentos que le dejaban libre las enfermedades nerviosas del marido. La más conocida de sus publicaciones es *Esposa y madre en el desarrollo jurídico*, de 1907, donde ataca el patriarcalismo del matrimonio coetáneo. Mujer luchadora y feminista que nos recuerda a Zenobia, quien también dejó constancia en sus diarios y riquísimo epistolario de su propia vida y la de su marido. Ambas eran descendientes de hugonotes y habían sido educadas en un ideal ético como norma que se debe seguir en toda circunstancia, aun a costa de la felicidad. Por eso «la americanita» somete sus decisiones a la «conciencia», modo de llamar a ese imperativo ético. En un poema en prosa de Juan Ramón, probablemente inédito, escrito seguramente en los momentos duros del prenoviazgo, dice:

*Me habías hablado tanto de tu conciencia, que yo, inocente idealista, había llegado a creer y a esperar firmemente en su luz, como los niños creen y esperan en Dios el cielo.*³⁸

La conciencia significa, en este caso, la educación recibida en el amor a la verdad, al valor del esfuerzo, la tenacidad, el orden,

³⁸ Archivo Histórico Nacional. Caja 30, 291/13.

virtudes necesarias para cumplir las tareas del deber. Ética que rige la vida de Zenobia en sus papeles de hija, amiga, y esposa. En este último, añadido al amor y admiración que sentía por su marido, explica muy bien la conducta, muchas veces heroica, de «la americanita».

Ernestina de Champourcin, que la trató en ambas orillas del Atlántico, se pregunta:

A veces he pensado en la influencia de Zenobia en algunas ideas expuestas por el poeta en el tema del trabajo, ya que ella le dio desde el comienzo de sus relaciones un ejemplo continuo de tenacidad y perseverancia en todo lo que emprendía, aunque no buscara la altura poética tangible de Juan Ramón. Aunque fue siempre en su campo un trabajador nato, ¿no consolidó sencillamente ella, con su modo de ser y obrar, esa tendencia, poco materializada en otros escritores de auténtica valía?³⁹

Naturalmente que sí, afirmamos nosotros, Zenobia reforzó una tendencia innata en el poeta, asumida como un deber al contacto madrileño con Giner de los Ríos. Estamos seguros de que ella era la elegida, precisamente, en armonía con esa ética.

ANALOGÍAS. CAUSALIDAD

La mayor parte de las virtudes descritas son análogas a las practicadas en la ILE, con su moral del trabajo, contraria al señoritismo, su responsabilidad social, su religión intimista y su ética. Este era el ambiente que absorbió el poeta en su juventud madrileña bajo la dirección espiritual del admirado maestro, don Francisco Giner de los Ríos. En la Institución se hacía una vida casi monacal en lo material, pero refinada espiritualmente: se trabajaba de un modo estajanovista, se practicaba la frugalidad y la sencillez en la comida, se viajaba en la tercera clase del ferrocarril, se daba al dinero un valor ético, por la cantidad de ayuda social

³⁹ Champourcin 1997, p. 131.

que podía provocar, se valoraba la buena educación, el deporte, el amor a la naturaleza y al arte. Uno de sus estudiosos, don Vicente Cacho Viú, precisamente, atribuye a las primeras generaciones de krausistas una moral de cuáqueros, otra de las organizaciones norteamericanas, dedicadas a mejorar la sociedad en que viven con una ética de austeridad que ayudaría a los humanos en muchos de sus conflictos.

Por todo esto, vemos que el encuentro: flechazo unilateral y seducción encarnizada de él-coqueteo inicial, huida relativa, y entrega seducida de ella, sólo son casualidad en el tiempo del encuentro, fortuito y preciso: Julio de 1913. Podía haber sido antes, en La Rábida, o después, en cualquier acto cultural madrileño; pero el espacio donde coincidieron no fue casualidad, la Residencia de Estudiantes, lugar de cultura y responsabilidad social, elegido y admirado por ambos. Y no fue casual que Juan Ramón, rendido ante «la americanita» desde el primer momento, aguantara con un estoicismo senequista los desplantes y enfriamientos de la amada, durante más de dos largos años de meritoriaje, con fe de cruzado y astucias de florentino. Esto, añadido a la verdad de su amor y al heroísmo de la constancia que, junto con el objetivo común de las traducciones, y la belleza conmovedora de la escritura juanramoniana, lograrían el triunfo siempre vislumbrado. Ella, al fin, comprendió y aceptó su destino de hada bienhechora para el poeta frágil y fuerte a la vez. Destino cumplido en una obra poética, de los dos, si hemos de creer al poeta.

Tampoco fue casual la convicción determinada de Juan Ramón. Él supo inmediatamente que ella era «la del hilo de oro», anécdota que compartió el poeta de joven con el doctor Almonte, al que le decía que su mujer ideal debía bajar del cielo en un hilo de oro. Zenobia poseía infrecuentes virtudes, que heredó por vía de matriarcado. Fue su abuela quien la enseñó a leer en inglés y español. Le inculcó también los valores que reinaban en las instituciones educativas americanas a las que asistió. En 1896, a los nueve años, hace su primer viaje con su madre y hermano José a los EE. UU. Al año siguiente, se trasladan a vivir a Sarriá por recomendación médica para curar la fiebre de la niña lejos de la ciudad. Allí intimaría con María Muntadas, cuyos padres son amigos de los suyos. Con ella formará en 1900, a los 13 años, una sociedad, de título significativo:

«Las abejas industriosas». Al año siguiente, la familia se traslada a Tarragona, ciudad, de la que Zenobia guarda buenos recuerdos. Aquí conoció a Henry Shattuck, amigo invitado por su hermano José, abogado de una ilustre familia de Boston, que se enamoró de ella para siempre. Un día visitan con su huésped el monasterio de Poblet y la adolescente escribe su emoción artística:

Aquellos claustros, aquellos refectorios, la escalera del rey Martín (por la que no nos dejaron subir) y que terminaba en un portalón románico cerrado... Y como si esto no fuera bastante para un solo día, el estudiante norteamericano me dijo, muy grave, que no me podía tutear porque yo era ya una señorita...⁴⁰

La joven enseguida manifiesta su deseo de escribir. Estaba suscrita a una revista de Nueva York, titulada *Sant Nicholas. Illustrated Magazine for boys and girls*, donde se estrena enviando cuentos sobre su propia experiencia o la de su familia. A la vuelta de EE. UU., desde 1910 a 1912, redacta: «Valencia, la ciudad del polvo, donde Sorolla vive y trabaja», sobre su vida, no muy afortunada en la ciudad del Turia, adonde habían destinado de nuevo a su padre. La joven confiesa que allí: «No conocía a una sola niña de mi edad. Una vida hacia dentro y por únicos compañeros: mamá, Epi y los libros»⁴¹ y es desde allí donde su madre huye con sus hijos a Francia por miedo a una venganza de los acreedores de su marido. Esto provoca una crisis conyugal entre los Camprubí que hace a los esposos separarse amistosamente. Doña Isabel se va con su hija y Epi a los EE:UU en 1905 y no vuelven hasta 1909. La joven desde España, recuerda con nostalgia su vida en América, y años más tarde escribirá:

Dos ventanas desde lo alto sobre el Hudson. Epi en la escuela completamente curado; yo preparándome con una profesora para ingresar en la universidad. Raimundo ya en ella. Yoyó trabajando en Nueva York, pasando los fines de semana con nosotros (...) el río helado en invierno, azul en verano (...) En la

⁴⁰ Zenobia Camprubí, Vol. 2, p. 324. Epi era el apelativo familiar de Augusto Camprubí, el benjamín de la familia.

⁴¹ Zenobia Camprubí, Vol. 2, p. 325.

primavera alquilamos una casita en Flushing (...) Mi cuarto era pequeño de esquina y ambas ventanas de cortinas blancas daban sobre los árboles y praderas de un pueblo tranquilo, moderno, y lleno de gente joven que acudía, diariamente, en nuestra busca para jugar al tenis o a bailar. Este fue un verano encantador, excepto que José había enfermado trabajando en el aire comprimido del túnel bajo el río y su acostumbrada alegría se había transformado en pesimismo.⁴²

(Zenobia adoraba a su hermano José, con el que siempre estuvo en comunicación epistolar -desde que él se fue a los EE. UU. para estudiar ingeniería en Harvard- hasta su muerte. Cuando estaban viviendo en Valencia, Zenobia escribe. «la única gran alegría eran las cartas de Yoyó tan maravillosas y continuas, las de Raimundito eran divertidas, a veces, pero ¡quién se fiaba de ellas! Raimundito era un sin fundamento»⁴³. Por eso, cuando se casa con el poeta, su principal preocupación es que los dos hombres simpaticen, cosa que ocurre con gran alegría de ella).

«Carta desde Palos», es el cuento de Zenobia, que jalona el siguiente destino del ingeniero Camprubí; «Impresiones de Cádiz» y «La bienvenida de España a la primavera». Este último, inspirado en las historias que sobre cosas de Andalucía le contaba la guardesa de La Rábida, Catalina de Lagares, su compañía cuando la prima Hannah, que las había acompañado desde su vuelta de EE.UU., regresa a América.

La señorita Camprubí había estudiado en España Literatura española e Historia europea y americana, además de español, inglés, francés y conocimientos de alemán e italiano, con institutrices en casa. En América álgebra y latín, además de unos Cursos de Extensión de la Universidad de Columbia. En el verano de 1908 estudia Literatura inglesa y Composición en la misma Universidad, por lo que es probable que asistiera a la Exposición de pintura de Sorolla en febrero y marzo de 1909. Se casa su hermano José, sufre ella una intervención quirúrgica por un ataque de apendicitis, y el 23 de

⁴² Op. cit., p. 326. Yoyó era el apelativo familiar de José Camprubí, el hermano mayor de Zenobia.

⁴³ Op. cit. 325. Yoyó era el apelativo familiar de José Camprubí el hermano mayor de Zenobia.

marzo de 1909, junto a su madre y su prima, se vuelven a Gibraltar, Algeciras, Granada, y Sevilla. En la segunda semana de abril se trasladan a Huelva y enseguida a La Rábida, donde don Raimundo era ingeniero jefe de las obras de Huelva. Viven en la casa de los ingenieros, frente al Monasterio. Enseguida la joven, siguiendo su ética social, decide ser útil creando una escuelita para escolarizar a los diecinueve niños de los campesinos y trabajadores del puerto. Se interesa por las canciones andaluzas y, como se sabe, allí pudo haber conocido al poeta cuando éste y su hermano Eustaquio acompañaron a Sorolla, que pretendía inspirarse para un encargo pictórico sobre los lugares colombinos. No fue allí, en 1909, sin embargo, pero fue en una conferencia en que se hablaba de la Rábida donde se produjo.

En 1911, Zenobia acompañó a su madre a un viaje a Suiza y, a finales de año, volvió a EE.UU. para conocer a su primera sobrina, Inés Camprubí (*la Nena*), hija de su querido hermano José. Regresan a principios de 1912. En julio, publica sin firma, en la revista estadounidense *Vogue* un artículo «Spain's welcome to the spring» y los trabajos «The King of Spain opens las Cortes», «Doña Blanca», «The catalans and Ferrer», Sobre Francisco Ferrer Guardia y los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona, en octubre de 1909. Cuando vuelve de América, ya casada, la editorial Calleja, donde trabajaba Juan Ramón, le encarga que escriba y traduzca cuentos. Ella consigna en su diario cómo ganó treinta pesetas por escribir “Los tres osos”; le lee a su madre otro, “El rey del río de oro”, por el que le pagan lo mismo, y otros varios de esas narraciones míticas. Estos primeros conatos de escritora crearán en la joven una sensibilidad lingüística y literaria que Juan Ramón apreciaría enseguida, en el trato y en las cartas, donde ella hace algunas descripciones verdaderamente plásticas y poéticas. A lo largo de su vida, Zenobia mantendría la costumbre de redactar un diario, que resultaría de un enorme interés para conocer su devenir matrimonial, pese a no tener más vocación que la utilitaria, como desahogo terapéutico y reflexión personal sobre los hechos de cada día.

Zenobia era conocida por su constante sonrisa, fruto de una infancia feliz. Si la edad de la inocencia ha sido llamada el paraíso perdido, la niñez de la niña de los Camprubí transcurrió entre algodones y

sedas, como ella misma reconoce de adulta y como correspondía a la única hija de un matrimonio burgués y acomodado. El que se formó entre don Raimundo Camprubí Escudero, ingeniero de Caminos, enviado por la Metrópoli a la isla de Puerto Rico a finales de 1870 y doña Isabel Aymar, de acomodada familia norteamericana y portorriqueña, con negocios en la isla. Pero, en este caso, la niña disfrutó de la atención directa de una abuela y madre bilingües, educadas en las lecturas y en las relaciones sociales de la élite norteamericana. La importancia que ellas dieron a la educación de su nieta e hija no era nada común entre las familias del mismo rango en España, y este bagaje cultural, junto con la seguridad de una infancia feliz será lo que propicia la alegría permanente de Zenobia, su maravillosa sonrisa y la generosidad de su trato en toda circunstancia, es decir, con palabras de Ernestina de Champourcin, el encanto de Zenobia «era la envoltura de una personalidad única y fascinante».⁴⁴

Zenobia muere el 28 de octubre de 1956; Juan Ramón el 29 de mayo de 1958, por lo que el poeta sobrevivió como viudo veinte meses en la desolación y la enfermedad. Desde los poemas de *De ríos que se van*, Juan Ramón apenas pudo escribir más que la dedicatoria de la edición de *Libros de poesía*⁴⁵, ofrenda muy expresiva del lugar en que se quiso situar desde entonces: “A la sombra transparente de Zenobia”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BARÓN FERNÁNDEZ, J. (1970), *Miguel Servet*, Madrid, Espasa-Calpe.

BENLLIURER, F. (2006), Barcelona, Ed. Clíe.

CACHO VIU, V. (1962), *La Junta de Ampliación de Estudios entre la Institución Libre de Enseñanza y la generación de 1914*, Madrid, Rialp.

CAMPRUBÍ (2006), *Diario, 2 y 3*, Edición de Graciela Palau de Nemes, Madrid, Alianza.

⁴⁴ CHAMPOURCIN 1997, p. 136.

⁴⁵ JIMÉNEZ 1957, *Libros de poesía*.

- CHAMPOURCIN** (1997), *La ardilla y la rosa (Juan Ramón en mi memoria)*, Huelva, Ediciones de la Fundación Juan Ramón Jiménez.
- COSSÍO** (1897), «Los problemas contemporáneos en la ciencia y en la educación», Madrid, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*.
- DOMÍNGUEZ SÍO, M. J.** (1991), *La Institución Libre de Enseñanza y Juan Ramón Jiménez*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense de Madrid.
- JIMÉNEZ** (1981), *Antología general en prosa*, Edición de Ángel Crespo y Pilar Gómez Bédate, Madrid, Biblioteca Nueva.
- JIMÉNEZ** (1982), *Estío*, Madrid, Taurus.
- JIMÉNEZ** (2005), «Balada de la mujer ideal», en *Baladas para después, Obra poética*, Madrid, Espasa Calpe.
- JIMÉNEZ** (2005), *Obra poética, 2 Vol.*, Edición de Javier Blasco y Teresa Gómez Trueba, Madrid, Espasa-Calpe.
- JIMÉNEZ** (2007), «Lo feo» en *Libros de amor*, Edición de José Antonio Expósito Hernández, Madrid, Linteo.
- JIMÉNEZ LANDI, A.** (1973), *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Taurus.
- JIMÉNEZ**, (1964), *Libros Inéditos de Poesía*, Edición de Francisco Garfías, Madrid, Aguilar.
- JIMÉNEZ, J. R.** (1981), *Melancolía*, Prólogo de Javier Blasco, Madrid, Taurus.
- JIMÉNEZ, J. R.** (1982), *Laberinto*, Edición de Antonio Campoamor y Fermín Solana, Madrid, Taurus.
- JIMÉNEZ, J. R.** (1957), *Libros de poesía*, Edición de Agustín Caballero, Madrid, Aguilar.
- JIMÉNEZ, J. R.** (1981), *Jardines lejanos*, Edición de Antonio Campoamor y Fermín Solana, Madrid, Taurus.
- JIMÉNEZ, J. R.** (1990), *Ideología*. Reconstrucción, estudio y notas de Antonio Sánchez Romeralo, Barcelona, Anthropos.
- MARTÍNEZ DE LA ROSA, F.** (1964), *La conjuración de Venecia*, Madrid, Espasa- Calpe.
- MAX WEBER**, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México, Premia Editora, 1991.
- PÉREZ GALDÓS, B.** (1969), *Tristana*, Madrid, Alfauara.
- RODRIGO** (1988), *Mujeres de España: las silenciadas*, Madrid, Círculo de Lectores.
- SANZ DEL RÍO, J.** (1860), *El Ideal de la Humanidad para la vida*,

Madrid, Imprenta de Manuel Galiano.

SIMIOT, B. (1978), *Yo, Zenobia. Reina de Palmira*, Barcelona, Editions Albin Michel.

TURÍN, I. (1967), *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902*, Madrid, Aguilar.

VALLE INCLÁN, R. (1976), *Femeninas en Obras escogidas*, Madrid, Aguilar.

VARIOS AUTORES (2009), *Zenobia Camprubí con luz propia. Centenario de la estancia de Zenobia en La Rábida*, al cuidado de José Luis González Escobar y Rocío Bejarano Álvarez, Huelva, Fundación Zenobia Juan Ramón Jiménez y Universidad Internacional de Andalucía,



8. Zenobia Camprubí y la Junta para Ampliación de Estudios

Emilia Cortés Ibáñez

1. INTRODUCCIÓN

Conociendo un poco a Zenobia sabemos que no fue una mujer ajena a lo que ocurriese a su alrededor, todo lo contrario; se implicaba constantemente en temas sociales y culturales. Un ejemplo de ello lo tenemos en su colaboración con la Junta para Ampliación de Estudios, en dos temas concretos y muy distintos:

- 1) como miembro del Comité para la concesión de becas o pensiones en el extranjero y
- 2) como decoradora de la Casa de las Españas de la Universidad de Columbia en Nueva York.

Antes de comenzar debo decir que la base documental en la que me apoyo para elaborar el presente trabajo es esencialmente el epistolario de Zenobia Camprubí, y en algunas cartas de sus corresponsales¹.

Como ya sabemos, la Junta para Ampliación de Estudios, que había nacido en 1907, bajo la Institución Libre de Enseñanza, estuvo completamente volcada en la innovación pedagógica, de la que tan necesitada estaba España a comienzos del siglo XX; en realidad nació para ello. Recordamos que uno de los puntos capitales para la Institución Libre de Enseñanza, y consecuentemente para la Junta, fue el abrirse al exterior mediante la ampliación de estudios, en el extranjero, de profesores y estudiantes en los últimos años de carrera. Dio pensiones con la finalidad de que, a su regreso, incorporasen en nuestro país los últimos métodos y hallazgos científicos. La mayoría de las pensiones eran para nueve meses o un año.

El tema de las becas o pensiones dentro y fuera de España ya le había sido encomendado a la Junta en 1907, además de otros

¹ La parte del trabajo que trata de la actividad de Zenobia como secretaria del Comité de Becas fue presentada como “Cartas de Zenobia Camprubí y María de Maeztu. Inicios del Comité para la Concesión de Becas”, en el II Congreso Internacional *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su centenario*, celebrado en Madrid, Residencia de Estudiantes, los días 4-6 de febrero de 2008, organizado por SECC, CSIC, Fundación Giner de los Ríos y Residencia de Estudiantes [Actas en prensa].

varios -fomento de la investigación, relaciones con el exterior: EE.UU., Hispanoamérica y Europa, etc.- encaminados a mejorar la enseñanza. En el tema de las becas, por la repercusión que tuvo en las mismas, hay que recordar la colaboración que existió entre la JAE y el Instituto Internacional de mujeres, desde que éste se instaló en Madrid, en 1910, en su nuevo edificio de Miguel Ángel, 8. Ambas instituciones tenían objetivos comunes que podrían recogerse en uno primordial: derecho de la mujer, como el hombre, a una educación. Después de la I Guerra Mundial esta relación se estrechó y la JAE y el Instituto compartieron edificios e incluso proyectos; todo ello llevó a favorecer el tema de la primera parte de esta exposición: intercambio de alumnas y becas².

Pero ¿cómo se vio Zenobia implicada en el tema de las becas?

2. LA JAE Y LOS COLLEGES NORTEAMERICANOS

En EE.UU., la creación de los *Colleges* femeninos tuvo lugar en los últimos treinta y cinco años del siglo XIX. Hubo algunas Universidades -Utah, Iowa, Washington, Kansas, Minnesota y Nebraska- que admitían mujeres desde sus comienzos pero hubo otras muchas que no las aceptaban; de ahí que se creasen universidades exclusivamente para mujeres.

En 1881 se fundó en EE.UU. la Association of Collegiate Alumnae -ACA-, con el objetivo de promover la formación universitaria de las mujeres; para ello, desde 1891, ofreció pensiones de viaje a universitarias para que estudiaran en EE.UU. Los intercambios con España comenzaron a través del Instituto Internacional, en su nueva sede de Miguel Ángel, 8, edificio también utilizado por la Residencia de Señoritas desde 1917.

El intercambio de becarias entre el *Smith College* y la Residencia de Señoritas fue el resultado de la conversación que tuvo Castillejo con el presidente del *Smith College*, William Allan Neilson; la JAE tomó acuerdos sobre este tema en sesión del 27 de septiembre de

² Véase MAGALLÓN PORTOLÉS, 2007, pp. 37-62.

1919³. La becaria española daba seis horas de clases de español en el *College* y recibía \$600; la norteamericana, seis horas de clases de inglés, estudiaba en el Centro de Estudios Históricos y recibía 600 duros, dinero que salía del presupuesto de la Residencia de Señoritas.

El 21 de junio de 1919 la ACA se dirigió a la JAE para comunicarle el intercambio que *Bryn Mawr College* de Filadelfia, Pensilvania, tenía establecido con universidades extranjeras, y la posibilidad de que universitarias españolas accediesen a dicho intercambio⁴. Las Universidades norteamericanas tenían centrada la educación en el lado práctico y preparaban a sus estudiantes para una vida muy activa y de servicio a su país.

El 1 de junio de 1920⁵ María de Maeztu escribió a José Castillejo, secretario de la JAE, para comunicarle que la Presidenta de *Bryn Mawr College* -Miss M. Carey Thomas-, había estado en Madrid y le había ofrecido dos becas de 250 dólares cada una para estudiantes españolas. Como en las becas no iban incluidos los gastos de viaje y, además, las estudiantes españolas no disponían de recursos económicos, Maeztu pidió a la Junta que ayudase económicamente en los viajes.

2.1. EL COMITÉ PARA LA CONCESIÓN DE BECAS: ZENOBIA CAMPRUBÍ

Como mujer activa y resolutiva que era, al día siguiente, 2 de junio, María escribió a José Castillejo una carta que, con la perspectiva que nos da el ahora, resulta imprescindible para conocer el porqué y el cómo de la aparición del Comité de Becas:

³ La primera becaria que mandó la Residencia de Señoritas al *Smith College* fue Milagros Alda, maestra superior, con la subvención de 2.000 ptas. La becaria que, a cambio, mandó el *Smith College* fue Emilia Paster.

⁴ Residencia de Estudiantes, Archivo JAE, Expediente “Comité de becas para mujeres españolas. Madrid”, signatura 155-46. Interesante es la panorámica general de la labor de la JAE que ofrece Capel Martínez, 2006, pp.127-151.

⁵ Residencia de Estudiantes, Archivo JAE, Expediente “Comité de becas para mujeres españolas. Madrid”, 155-46.

Presidenta Thomas me manifestó el deseo de que, para designar con mayor garantía de acierto las becarias de que hablé a Ud., se nombrase un comité compuesto en su mayoría de mujeres españolas con título universitario que eligiesen las muchachas que han de ir a América y estuviesen en correspondencia con ellas para ejercer desde aquí una cierta tutoría. [...] desea que éstas [las estudiantes] vivan en comunicación constante con aquellas personas de su país que mejor puedan orientarlas y aconsejarlas en su labor intelectual.

La idea me pareció excelente y para realizarla de una manera oficial propongo a la Junta el nombramiento de un Comité compuesto de cinco personas que podrían ser: La doctora [Arroyo de] Márquez, la Sra. de Menéndez Pidal, la Sra. D^a Zenobia Camprubí de Jiménez y usted como Secretario de la Junta y profesor de Universidad y, si a ustedes les parece, yo podría ayudarles con mi conocimiento de las muchachas y de aquellas Universidades⁶.

El Comité quedó como sigue: María Goyri, presidenta; Zenobia Camprubí, secretaria; María de Maeztu, Dra. Trinidad Arroyo de Márquez y José Castillejo, vocales.

Debo recordar que Zenobia no tenía titulación universitaria⁷. Carmen de Zulueta y Alicia Moreno⁸ aclaran sobre Zenobia: “es muy valiosa

⁶ Residencia de Estudiantes, Archivo JAE, Expediente “Comité de becas para mujeres españolas. Madrid”, 155-46.

⁷ No tuvo una educación reglada, nunca asistió al colegio, hasta los 16 años estudió en casa con profesores particulares: piano, idiomas, literatura, etc. En 1906, dedicó diez meses a la preparación intensiva de latín y álgebra y en 1907-08 siguió el “Special Student” en la Universidad de Columbia y estudió literatura inglesa; en 1913 siguió el curso de verano para maestros en la Residencia de Estudiantes en Madrid (Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez, sobre 127-10). Ya en el exilio, en 1940-41, se matriculó en la Facultad de Artes y Ciencias de la Universidad de Miami y obtuvo excelentes calificaciones (Véase el interesante artículo de J. Riis OWRE, 1970, pp. 120-23). En 1941-42 estudió en la Universidad de Duke, Carolina del Norte: Shakespeare, Historia Hispanoamericana, tragedia griega, etc. En 1943 comenzó su labor docente con cursos de español en el Senado de Washington; después vendrían sus lecciones en las Universidades de Maryland y Puerto Rico sobre lengua, literatura y cultura españolas. Con anterioridad, en 1928, Barnard College de la Universidad de Columbia, Nueva York, le ofreció trabajo de septiembre a enero; Zenobia no aceptó.

⁸ ZULUETA y MORENO, 1993, pp. 165.

porque conoce perfectamente el inglés, cosa indispensable para llevar la correspondencia con los *colleges*". Sabemos que ésta no es la única razón, Zenobia era una mujer muy preparada, gran lectora, que hablaba también francés, además de saber italiano y alemán; sin olvidar que era una gran relaciones públicas y buena concedora de la vida norteamericana.

El 15 de enero de 1921, la Doctora Arroyo de Márquez, María Goyri de Menéndez Pidal, Zenobia Camprubí de Jiménez y María de Maeztu escriben una carta al Presidente de la JAE, Santiago Ramón y Cajal, en los siguientes términos:

Muy señor nuestro:

Algunas Universidades de Mujeres de los Estados Unidos han acordado ofrecer becas a alumnas de las Universidades o Escuelas Superiores españolas, y nos han rogado que constituyamos un Comité para la elección de las jóvenes españolas que mejor podrían aprovechar aquellas becas.

De acuerdo con las referidas Universidades norteamericanas, hemos decidido que forme parte de nuestro Comité el Secretario de esa Junta para Ampliación de Estudios.

Las becas ofrecidas cubrirán los gastos de enseñanza y residencia en los respectivos *Colleges*. Ahora bien, como en muchos casos las designadas se encontrarán sin recursos para pagarse el viaje, se nos ha ocurrido que la Junta podría tomar bajo su protección esta obra, ofreciéndonos así una ocasión de tener en los Estados Unidos estudiantes españoles sin más coste que el del viaje.

Al acercarse la época de hacer los nombramientos, este Comité someterá a la Junta la designación de las becarias y le rogará que las considere como becarias oficiales y que al mismo tiempo les otorgue los recursos necesarios para el viaje⁹.

En 1920 a la Residencia de Señoritas le resultaba imposible hacer este pago de 600 duros debido al considerable aumento de alumnas -de 60 a 85- y, en consecuencia, al aumento de los

⁹ Residencia de Estudiantes, Archivo JAE, Expediente "Comité de becas para mujeres españolas. Madrid", 155-46.

gastos de profesorado, además de haberse reducido la cantidad asignada por la JAE a la Residencia¹⁰. Aquí vemos el inicio de un problema que se va a arrastrar durante bastante tiempo. María dijo a Castillejo que debía mantener el acuerdo económico con *Smith College* durante el curso 1920-21 porque éste ya había nombrado a la estudiante que vendría a España.

La relación de la Residencia de Señoritas con el *Smith College* fue muy intensa; al frente de su departamento de Español estaba Caroline Brown Bourland, que obviamente mantuvo relación epistolar con María de Maeztu. Bourland, mujer inteligente y directa, tenía muy claro qué se buscaba con el intercambio de estudiantes y así se lo hace saber a Maeztu en carta del 24 de febrero de 1921:

[...] Nuestro arreglo era para un intercambio de estudiantes cuyo interés principal, en España y en los Estados Unidos, había de ser *el provecho que pudiera sacar la muchacha* de una estancia en el extranjero; no los servicios que pudiera prestar en el colegio, universidad, o lo que fuera, que la recibiera. Extraño que Ud. se haya confundido en esto; también me sorprende que haya olvidado que nuestro intercambio era con la Residencia, y no con el Instituto Escuela. [...] no es una cosa puramente egoísta la que les proponemos. [...] Nuestra becaria va a España a estudiar español; la de Uds. viene aquí a estudiar lo que quiera. En esto consiste la verdadera intención del intercambio”¹¹.

Y le dice de manera muy clara que las becas son para estudiantes, no para profesoras, no se trata de intercambio de profesorado.

Con anterioridad -9 de febrero de 1921- ya había escrito a Zenobia una carta¹² en similares términos pero más dura; en ella insiste en que el intercambio pactado es con la Residencia de Señoritas y no con el Instituto Escuela, además, le comunica que ha sido autorizada por el Presidente del *Smith College*, Mr. Neilson, para modificar las

¹⁰ Todo ello según carta de María de Maeztu, directora de la Residencia de Señoritas, dirigida al secretario de la JAE, José Castillejo, fechada el 1 de junio de 1920 (Residencia de Estudiantes, Archivo JAE, Expediente “Comité de becas para mujeres españolas. Madrid”, 155-46).

¹¹ Fundación Ortega y Gasset, Archivo Residencia de Señoritas, 9/3/27.

¹² Fundación Ortega y Gasset, Archivo Residencia de Señoritas, 9/3/24.

condiciones del intercambio de becarias y eliminar las horas de clase que deberían dar, así como la compensación económica que recibirían a cambio -esto por ambas partes-, y el intercambio sería de una sola persona. El alojamiento y la asistencia a las clases, gratuitos y no percibirían cantidad alguna de dinero de ninguna de las dos instituciones. Para sus alumnos, Bourland pedía las clases de Tomás Navarro Tomás, Castro, Reyes, etc. También se queja del rendimiento de las becarias que ha mandado la Residencia de Señoritas. Completa esta dura carta con la petición a Zenobia de que no tarde mucho en contestar a su carta y proposición.

Cuando en años posteriores Bourland escribe a Zenobia en numerosas ocasiones -para pedirle pisos en alquiler, de los que Zenobia tenía- se muestra menos dura, más asequible y agradable.

El Comité se puso a trabajar y el 5 de abril de 1921, la secretaria, Zenobia Camprubí, comunica al Presidente de la JAE el resultado de sus gestiones:

“El Comité para la Concesión de Becas a Mujeres Españolas”, constituido en Madrid a instancias de la Universidad de *Bryn Mawr*¹³ y bajo la presidencia de D^a María Goyri de Menéndez Pidal, tiene el gusto de poner en conocimiento de Uds. que este año han sido designadas cuatro señoritas becarias: dos para la Universidad de *Bryn Mawr* y una para las Universidades de *Smith y Barnard*.

El Estado Mayor norteamericano en Coblenza, por mediación del agregado militar de la Embajada de los Estados Unidos en Madrid, coronel Van Natta, ha ofrecido pasaje gratuito para dichas señoritas becarias, de Amberes a Nueva York. Pero, como no hay asignación ninguna para cubrir los gastos de su viaje de Madrid o Barcelona a Amberes, ni para los días de su estancia en los Estados Unidos anteriores a su entrada en las Universidades, o durante las vacaciones de Navidad y Pascua de Resurrección, el Comité acordó en su última reunión solicitar de esa Junta una pequeña pensión suplementaria, que permita a las alumnas españolas valerse

¹³ *Bryn Mawr College*, Filadelfia, fundado en 1885, ofrecía \$620 por curso (Véase Vázquez Ramil, 2001, pp. 278).

de estas becas en condiciones de igualdad con las demás estudiantes de dichas Universidades¹⁴.

Poco a poco se va conociendo la labor que hace el Comité y, el día 26 de abril de 1921, Federico de Onís, que trabaja en la Universidad de Columbia, Nueva York, desde 1916, escribe a María una carta, interesante no sólo por hacer referencia al citado Comité sino porque en ella aparece también el Instituto de las Españas, o Casa Hispánica, además de la opinión crítica del autor de la carta:

[...] Tengo entendido (no sé quién me lo ha dicho) que se ha constituido en Madrid un comité, que usted preside o del que usted forma parte, encargado de arreglar cambios de becas y envío de mujeres estudiantes a los colegios norteamericanos. He visto aquí a una de las muchachas ya enviadas, mi prima María Luisa Dorado. Muy a menudo recibo yo cartas de colegios y se reciben igualmente en el Spanish Bureau, dirigido por Miss Newcomb, que se dedica especialmente a ese aspecto de becas para mujeres. A través de ese Bureau han venido de Francia más de 50 muchachas este año. Tanto Miss Newcomb como yo deseáramos hacer algo con España en ese sentido; pero no podemos hacer nada hasta que no estemos en comunicación con ustedes. He explicado algo de esto a Mrs. Vernon, que parece ser que es quien está en relaciones con ustedes, y se ha puesto al habla con Miss Newcomb. Pero creo que, si yo o, mejor dicho, el Spanish Bureau tuviera alguna intervención en ese asunto, no se perdería nada. Tengo en ello además un interés bastante sencillo de comprender, y es que deseo evitar la extrañeza que produce el hecho de que se haya creado aquí un Spanish Bureau y un Instituto de las Españas que son ignorados por los mismos españoles, que se supone son sus fundadores y de los que habría derecho a esperar por lo menos un poco de fuerza moral¹⁵.

Zenobia reconoce la importancia que María de Maeztu tiene en la creación del Comité; a ella le escribe el 13 de mayo de 1921 en estos términos:

¹⁴ Residencia de Estudiantes, Archivo JAE, Expediente "Comité de becas para mujeres españolas. Madrid", 155-46

¹⁵ Fundación Ortega y Gasset, Archivo Residencia de Señoritas, 21/26/26.

En cuanto me mande usted el nombre de la becaria de *Barnard*, enviaré los cuatro nombres de las señoritas, que deben embarcarse en Amberes, al brigada Johnston y le enviaré a usted el borrador del suelto que decidimos mandar a la prensa para que usted le añada el primer párrafo, pues usted fue quien sacó al Comité de la nada y a usted corresponden los ocho primeros días de la creación -aparte de cuantas alteraciones se le ocurra hacer en el texto¹⁶.

Mary Louise Foster, del *Smith College*, directora del Instituto Internacional en 1920 -uno de sus años sabáticos-, trabajó estrechamente con el Instituto-Escuela, enclavado, a partir de 1918, en las instalaciones del Instituto Internacional; el 1 de abril de 1921, Foster escribía a la JAE y enviaba la solicitud de beca de Concepción Lazárraga, además de añadir elogiosas opiniones sobre ella: “estudiante ardiente y entusiasta, trabajadora rápida e inteligente”. La conocía bien, Concepción había trabajado bajo la dirección de Foster en el laboratorio¹⁷ que tenían instalado en la Residencia de Señoritas, por lo que la directora estaba completamente segura del excelente aprovechamiento de su estancia en Norteamérica; de hecho, Concepción fue elegida por María de Maeztu para ir a *Barnard College*¹⁸.

Dos meses más tarde -junio, 1921- Zenobia expone la lista propuesta para las becas:

1º Srta. Carmen Castilla. Maestra Superior, Inspectora de las Escuelas del Gobierno. Estudios de educación y enseñanza de las Ciencias en *Smith College*. Northampton, Mass[achusetts].

2º Srta. Concepción Lazárraga, Licenciada en Farmacia (Ciencias químicas) en la Universidad de Madrid. Estudios de Ciencias químicas en *Barnard College*, Nueva York.

¹⁶ Las cartas escritas por Zenobia, a las que hago referencia en el presente trabajo, pertenecen al Archivo privado de Francisco Hernández-Pinzón. En el caso de que pertenezcan a otro Archivo, se hará notar.

¹⁷ Para conocer la labor de Foster es imprescindible el artículo de MAGALLÓN PORTOLÉS, op. cit., 2007.

¹⁸ The Barnard College Archives, Spanish Scholarship, fichero 57.

3º Srta. María Luisa Cañomeras. Licenciada en Farmacia (Ciencias químicas) en la Universidad de Barcelona. Estudios de Química en *Bryn Mawr College*, P[ensilvani]a.

4º Srta. Loreto Tapia, que tiene aprobados dos años de Medicina en la Universidad de Madrid. Estudios de Fisiología en *Bryn Mawr College*, P[ensilvani]a¹⁹.

El 18 de junio, Zenobia escribe a Federico de Onís, en la Universidad de Columbia, para comunicarle la nueva actividad en la que se había embarcado. Lo sabemos por la respuesta que Onís da a esa misiva de Zenobia, el 27 de agosto:

Gracias por su carta del 18 de junio en la que me informa de las actividades del Comité de Becas en el extranjero. Excuso decirle que estoy a su servicio en esa labor; la mejor prueba de mi interés la tienen ustedes en el hecho de que aún sin haber recibido noticia alguna de su organización y sus planes expuse a Miss Newcomb lo que indirectamente sabía de ellos y le sugerí la conveniencia de hacer su viaje a España para ponerse al habla con ustedes y llegar a un acuerdo para la colaboración en el porvenir²⁰.

El 19 de junio Zenobia escribe a Bernaldo de Quirós, integrado en el Instituto de Reformas Sociales desde que comenzó en 1903 hasta su desaparición en 1924. Por esta carta vemos que Zenobia, desde su puesto de secretaria del Comité, no deja nada al azar y es insistente en el suplemento necesario para los gastos de viaje:

[...] nuestro Comité se encarga de comunicar al Comandante del Puerto de Amberes el aviso de la llegada de las becarias. Sus nombres obran ya en poder de las autoridades norteamericanas en Coblenza y Amberes, así como los demás datos necesarios.

Al referirse Ud. a la propuesta hecha por el ministerio, supongo que va incluida en ella la petición que hicimos de

¹⁹ Los nombres de estas pensionadas aparecen también recogidos por PUIG-SAMPA, 2007, p. 226.

²⁰ Véase Albert Robatto, 2003, p. 35. En nota correspondiente a esta carta, Albert indica la colaboración de Federico de Onís con Zenobia y María de Maeztu en el tema de las becas, fue la “persona de enlace”.

pensión suplementaria para gastos de viaje hasta Amberes, y de estancia en N[ueva] Y[ork] antes de entrar las señoritas en sus respectivas universidades y durante las tres semanas de vacaciones en Navidad y Pascua.

Con fecha de 27 de junio de 1921 se comunica a Zenobia la concesión de 500 ptas. para cada una de las becarias, “suficientes a los gastos de viaje hasta Amberes y a la alimentación personal a bordo del transporte americano. [...]. Sin embargo, si son insuficientes podría hacerse una ampliación en su día, previo acuerdo de la Junta”²¹.

Zenobia, que desempeña muy bien la función de secretaria y lleva al dedillo las cuentas -como siempre ocurrió a lo largo de su vida, hasta el final-, responde:

Desde luego, las 500 ptas. para cada una son suficientes para los gastos de viaje hasta Amberes y para la alimentación personal a bordo del transporte americano. Sin embargo, como se agotarán necesariamente en estas dos cosas y las becarias han de vivir por su cuenta unas cuatro semanas en los EE.UU. -días antes de la apertura del curso, tres semanas de vacaciones y días antes de embarcar de regreso-, necesitarán unas 750 ptas. más para esto.

A pesar de la solicitud de Zenobia, la cantidad asignada por la JAE fue insuficiente, así lo comunicarán las becarias a Castillejo en carta escrita desde Nueva York, el 13 de septiembre de [1921]. En Nueva York fueron atendidas por Susan Huntington -que había sido directora del Instituto Internacional- “siendo nuestro faro de salvación”. En la carta incluyen lista detalladísima de gastos realizados. Esta carta no tuvo éxito y la Junta se negó a que el Consulado de España en Nueva York ayudase a las becarias económicamente con parte de un fondo que tenía de la JAE. Las becarias escribieron nuevamente a Castillejo -16 de septiembre de 1921- y le dijeron que mandasen menos becarias y que las atendieran mejor. La Junta mantuvo su postura y dos días más

²¹ Residencia de Estudiantes, Archivo JAE, Expediente “Comité de becas para mujeres españolas. Madrid”, 155-46.

tarde -18 de septiembre de 1921- le escribe al cónsul de España en Nueva York, Francisco Javier de Sales:

Nos parece mucho más eficaz auxiliar personas, que tengan ellas que contribuir en alguna porción con su dinero y su trabajo, que mandarlas a expensas totalmente del Presupuesto español²².

La JAE también envió una circular a las familias de las becarias para aclarar la situación:

[La JAE] Ofrece una cantidad limitada y previamente determinada. Los que la aceptan saben que, en cuanto exceda de ello, todo gasto corre de su cuenta. No son delegados del Gobierno ni emisarios con función oficial, sino estudiantes que reciben un auxilio [...]²³.

En Nueva York las becarias se vieron obligadas a pedir dinero prestado a Virginia Newcomb, jefa de División de Becas del Instituto Internacional de Nueva York, para poder continuar viaje a sus respectivos *Colleges*, y se dirigieron por escrito al Presidente de la JAE para que les fuese reembolsado a la mayor brevedad.

El Instituto Internacional, a través de Miss Virginia Newcomb, concedió otras dos becas, una para el *Trinity College* de Washington y otra para el *College of Saint Teresa* de Winona, Minnesota, así lo expone Zenobia al presidente de la JAE, en su carta del 19 de julio de 1921, y en otra dirigida a José Castillejo en este mismo mes²⁴.

El trabajo del Comité fue dando sus frutos y al año siguiente, el 7 de marzo de 1922, Federico de Onís le escribía a María: “[...]”

²² Estas cartas del 13, 16 y 18 de septiembre de 1921 se encuentran en Residencia de Estudiantes, Archivo JAE, Expediente “Comité de becas para mujeres españolas. Madrid”, 155-46.

²³ Todo lo referente al tema de las becarias se encuentra en la Residencia de Estudiantes, Archivo JAE, Expediente “Comité de becas para mujeres españolas. Madrid”, 155-46, tal y como venimos recogiendo a lo largo del presente trabajo.

²⁴ Residencia de Estudiantes, Archivo JAE, Expediente “Comité de becas para mujeres españolas. Madrid”, signatura 155-46.

Creo que ahora está ese asunto perfectamente montado, mediante la creación aquí del Comité que corresponda con el de Uds. en España”²⁵.

Zenobia consigue que, a través del marqués de Comillas, la Compañía Transatlántica les rebaje el 30% del pasaje de las becarias, que salieron el 19 de septiembre de 1922.

Parece ser que el tema de las becas tenía algunos puntos de fricción, según se desprende de la carta -25 de abril de 1922- de Carolina Bourland, de *Smith College*, a María de Maeztu:

Como no he recibido todavía contestación a la última carta que escribí a la señora de Jiménez, no sé qué habrán decidido Uds. respecto de Rosa Herrera. Si no quieren continuar el intercambio de becarias en las condiciones existentes actualmente, nuestra muchacha pagará cuarto y comida en la Residencia, como nos propuso en su última la secretaria del Comité de Uds²⁶.

Pero los problemas derivados de las becas no eran solamente económicos. El 2 de agosto de 1922 Zenobia escribe a María:

Ando algo escamada del buen efecto que puede tener sobre Cándida la vida de los EE.UU. Comprendo que con ciertos temperamentos de libertad es un peligro en lugar de ser una ventaja.

Parece ser que los problemas fueron en aumento. En abril de 1925, María de Maeztu le escribía a Zenobia desde la Residencia de Señoritas:

He cumplido el encargo que me hizo usted el día pasado de enterarme si la Srta. Mercedes Loperena trabaja lo bastante el inglés para estar en condiciones de poder ir a América. En efecto, esta señorita además de la clase que da con Miss Decker está cambiando conversación con otra señorita americana [...]

²⁵ Fundación Ortega y Gasset, Archivo Residencia de Señoritas, 21/26/28.

²⁶ Fundación Ortega y Gasset, Archivo Residencia de Señoritas, 9/3/34.

no puede responder si se encontrará en condiciones de hablar esta lengua lo suficientemente bien para el mes de septiembre. [...] esta señorita dice que teme que su familia no la deje ir si no van juntas dos compañeras [...]. Parece que siempre se complica indefinidamente este asunto del intercambio con América.

Al mes siguiente Zenobia nuevamente escribe a María y le dice:

Casi simultáneamente con su carta me llega una de Mrs. Vernon pidiéndome que por nada mande más muchachas que no dominen el inglés²⁷. Así que, entre esto y la dificultad que pone la familia de la muchacha para que ésta vaya sola, desistí por completo y en ese sentido escribo hoy mismo a mi hermano²⁸ para que no se quiebre la cabeza con combinaciones para buscar el dinero suficiente para pagar el viaje de Mercedes Loperena -que no va-. ¡Qué difícil está esto de las becas americanas!

A pesar de los inconvenientes que iban surgiendo, *Smith College* y la Residencia de Señoritas continuaron trabajando de manera

²⁷ A propósito del dominio de la lengua inglesa, por parte de las becarias, recojo el siguiente fragmento de Zenobia: "También me visitó para pedirme una beca Victoria Kent que entonces estaba a punto de terminar la carrera de leyes. Esta muchacha, a pesar de su apellido, no sabía inglés. Quiero insistir en que el inglés en esta época no entraba en la mayoría de los casos en la formación cultural de muchachas y muchachos en los institutos, lo corriente era el estudio del francés. Por más que quise animar a Victoria Kent a que asistiese a estudiar el proceso de los tribunales juveniles de Judge Lindsay, fracasé ante la dificultad del idioma. Esta muchacha con tan pocos ánimos para aprender inglés se había estudiado toda la carrera de leyes sin tener seguridad ninguna de que al terminarla la pudiera ejercer. "Sin embargo" me decía muy animosa, "yo tengo fe completa en mis compañeros. Ellos me ayudarán a conseguirlo". No fue necesaria la ayuda de sus compañeros, porque nadie se opuso a sus proyectos. En España ninguna mujer ha encontrado oposición por parte de los hombres para participar en actividad intelectual alguna. Únicamente los prohombres de la Real Academia Española, algunos de los cuales no sabían escribir correctamente a sus señoras, se opusieron sistemáticamente al ingreso de algunas escritoras, como por ejemplo D^a. Emilia Pardo Bazán que escribía mucho mejor que la mayoría de ellos. -Este inciso lo debo a mi esposo-" (Camprubí, 2007, op. cit.).

²⁸ José Camprubí, director del periódico *La Prensa* de Nueva York, que también ayudaba en el tema de las becas.

conjunta, así lo prueba el proyecto “Junior Year in Spain”. Un grupo de estudiantes, formado por cuatro de *Wellesley College*, una de *Vassar* y cinco de *Smith*, pasaría un año en la Residencia de Señoritas. Se anunció su llegada para el 30 ó 31 de agosto de 1930 e irían desde San Sebastián a Madrid²⁹; con posterioridad se agregó una más. Bourland, siempre preocupada de que sus alumnas aprovecharan el tiempo, fuesen felices y amasen a España, pidió a María que fuese “un poco indulgente con nuestras chicas con respecto a su asistencia al teatro, y a la tardanza en presentarse a la mesa”³⁰. El experimento del “Junior Year” terminó bien aunque con algunos problemillas; al año siguiente se repitió³¹ y también en el curso 1933-34³².

Algo similar ocurrió con *Barnard College*. En carta del 13 de marzo de 1935, Carolina Marcial Dorado escribe a Zenobia desde el departamento de Español de esa institución y le ofrece una beca para el curso escolar 1935-36; la becaria deberá costearse su pasaje de ida y vuelta “y tener algún dinero disponible para lavado y gastos personales (unas mil trescientas pesetas -\$200.00-)”³³. Le incluye los requisitos que deben reunir las becarias:

Edad aproximada: de 18 a 22 años.

Cultura: Estudios correspondientes a unos cuatro años de bachillerato. Hablar el inglés con soltura y dominio.

Dotes personales: La becaria deberá ser inteligente y deberá tener inclinaciones hacia el estudio. Deberá tener una grata personalidad y saber adaptarse al nuevo medio ambiente.

²⁹ Todo ello queda recogido en las cartas de Carolina Bourland a María de Maeztu, del 23 de abril y 22 de junio de 1930 (Fundación Ortega y Gasset, Archivo Residencia de Señoritas, 9/3/58).

³⁰ Carta de Bourland a María de Maeztu del 22 de junio de 1930 (Fundación Ortega y Gasset, Archivo Residencia de Señoritas, 9/3/60).

³¹ Carta de Bourland a Eulalia Lapresta, secretaria de la Residencia de Señoritas, del 26 de agosto [de 1931] (Fundación Ortega y Gasset, Archivo Residencia de Señoritas, 9/3/67).

³² Carta de Bourland a María de Maeztu del 8 de junio de 1933 (Fundación Ortega y Gasset, Archivo Residencia de Señoritas, 9/3/76).

³³ Los cursos en los que mejor funcionó el intercambio fueron 1919-1922 y 1930-1936; en el periodo 1923-1928 -gobierno de Primo de Rivera- no hubo becarios (Véase FORMENTÍN IBÁÑEZ y VILLEGAS SANZ, 1992, pp. 266-271).

También deberá tener el don de gentes y por su agrado y simpatía ser una excelente representante de su país en *Barnard College*³⁴.

Se desconoce la fecha exacta en que Zenobia dejó de ser secretaria del Comité de Becas; la carta que le escribe a María de Maeztu, en la que hace referencia a este hecho, está sin fechar, posiblemente es de 1927 y en ella le dice:

Como hace cuatro años dimití el cargo [sic] de secretaria del Comité para Becas y no sé quién es la secretaria actual, le envío mi archivo en el mismo orden alfabético en que lo tenía en mi registradora.

Todo esto encaja con el hecho de que desde 1923 no se menciona al Comité de Becas en ninguna parte: ni en las *Memorias*, ni en las *Actas*, ni en documentación alguna de la JAE³⁵. Por todo ello pienso que Zenobia perteneció al Comité de 1920 a 1923. No obstante, como vemos por su correspondencia, aunque dejó de manera formal el puesto de secretaria, continuó colaborando en este tema. Zenobia estaba inmersa en otros proyectos y realidades: en su tienda de Arte Popular, en su negocio de alquiler de pisos, en la “Asociación Nacional de Mujeres Españolas de Acción Feminista Política-Económica-Social” y en el Lyceum Club³⁶. Y en otra empresa, también muy querida por ella y que la mantenía en colaboración con la Junta para Ampliación de Estudios: la decoración de la Casa de las Españas en la Universidad de Columbia en Nueva York.

³⁴ The Barnard College Archives, “Correspondencia de la decana de Barnard College”, año escolar 1934-35, fichero 42.

³⁵ Tal y como indican FORMENTÍN IBÁÑEZ y VILLEGAS SANZ, 1992, cit. De cualquier manera, debo hacer constar que en la “Personal Data Memorandum” de Zenobia -Universidad de Maryland- (Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez, sobre 127-16), ella hace constar que trabajó como secretaria en el Comité de Becas durante los años 1918, 1919 y 1920. Zenobia muchas veces se equivoca en años y fechas y posiblemente ésta sea una de ellas, ya que hemos visto que existe correspondencia fechada.

³⁶ Para los orígenes del Lyceum Club véase HURTADO, 1999, pp. 23-40.

3. LA JAE Y LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA, NUEVA YORK

A principios del siglo XX se vivía en Norteamérica en general y en Nueva York en particular una etapa de interés creciente por la lengua y literatura españolas -en parte a consecuencia del desastre del 98-, interés que aumentó después de la I Guerra Mundial³⁷. Resultado de todo ello fue la aparición, en 1904, de la *Hispanic Society of America*, gracias a Archer M. Huntington. Unos años después, en 1916 la Universidad de Columbia, Nueva York, pidió al Centro de Estudios Históricos de la JAE que le enviase un profesor de español, para que organizase la enseñanza de la lengua, la literatura y la civilización españolas, de una manera seria y profunda, como catedrático en el Departamento de Lenguas Romances de dicha Universidad. La respuesta del Ministerio español de Instrucción Pública fue el envío de Federico de Onís (Salamanca, 1885-Puerto Rico, 1966) que era miembro del Centro de Estudios Históricos y catedrático en la Universidad de Salamanca. Debería encargarse de conocer a fondo las relaciones intelectuales entre los dos países, así como la difusión y enseñanza del español. La estancia de Onís en Nueva York, que cuando marchó era para un año, se convirtió en un periodo de treinta y ocho años, fue su único destino laboral hasta el momento de su jubilación en 1954. Durante su estancia en Nueva York fue delegado de la JAE y de la Junta de Relaciones Culturales en Estados Unidos y el alma de los estudios hispánicos en América.

Desde que llegó a Nueva York tuvo una estrecha amistad con Mr. Huntington, ante su interés común por todo lo español; al año siguiente, en 1917, Onís fue nombrado miembro de la *Hispanic Society* por su colaboración con dicha entidad; y el 26 de octubre de 1920 se fundó el Instituto de las Españas³⁸ por la Universidad de Columbia y al frente de él: Federico de Onís. Huntington y Onís

³⁷ A todo ello también habría que añadir el tema religioso, traducido en la tradición misionera de los *colleges* norteamericanos y en el catolicismo de España.

³⁸ Para una completa visión del inicio y devenir de esta institución, véase *Instituto de las Españas en los Estados Unidos. Its history and significance, with a brief outline of the purposes and proposed development of the organization*, New York, 1926; y UCELAY, 1972, dentro de la sección “Entidades Hispánicas en los Estados Unidos (3, 4 y 5)”.

fueron dos figuras decisivas en el estudio de todo lo español y me atrevo a añadir una tercera, aunque en un distinto nivel, se trata de José Camprubí, el hermano mayor de Zenobia y dueño del periódico en español *La Prensa* de Nueva York, el más leído. Camprubí coincidía con ellos en su amor por todo lo español que recogía en su periódico; Jo Camprubí fue consejero del Instituto de las Españas y su periódico *La Prensa* publicó la vida de la institución. Al lado de Zenobia importaba libros españoles, artesanía, muebles, antigüedades, etc., es decir, su relación con España era estrecha y constante.

Los fines del Instituto de las Españas eran puramente culturales. La inauguración oficial fue el 24 de febrero de 1921, en la Avery Library de la Universidad de Columbia, y Onís se dedicó al Instituto en cuerpo y alma, así lo vemos en la carta que escribe a María de Maeztu el 26 abril de 1921:

El Instituto de las Españas ha ocupado lo mejor de mi actividad este año. Estoy escribiendo ahora un folleto acerca de lo que hemos hecho y lo que vamos a hacer. Cuando usted lo vea comprenderá mejor que con explicaciones mías la significación de toda esa obra. Espero que llegue un día en que hasta en España y, en ella, hasta en la Junta encuentre ayuda y respeto³⁹.

De 1920 a 1930 el Instituto de las Españas no tuvo edificio propio, utilizaba los locales de la Universidad de Columbia; en 1930 Nicholas Murray Butler, presidente de la Columbia, compró un edificio -435 West 117 Street- para fundar la Casa de las Españas, que es el lugar físico, el edificio donde se alojó el Instituto de las Españas.

3.1. Zenobia y la Casa de las Españas

Federico de Onís, director de la Casa hasta 1954, encargó a Zenobia que la decorase con objetos y obras de arte españoles. Cuando Onís le hizo el encargo en 1931, Inés Muñoz, amiga de Zenobia y socia en el negocio de Arte Popular Español, estaba en EE.UU.

³⁹ Fundación Ortega y Gasset, Archivo Residencia de Señoritas, 21/26/26.

para atender a sus clientes norteamericanos y Zenobia le rogó que visitase la Casa y se entrevistase con Onís para mejor conocer las necesidades que tenía antes de comenzar el trabajo de decoración. Inés escribió a Onís desde Filadelfia para concertar su visita y éste le contesta el 28 de noviembre de 1931: “[...] tendremos mucho gusto en verla cuando pase por Nueva York. Entonces puede usted visitar la Casa de las Españas para que pueda usted después explicar a Zenobia lo que no puede ir en los planos”.

Inés fue a Nueva York, visitó la Casa y escribió a Zenobia una carta en inglés y sin fechar -23 de enero [de 1932]-, como es habitual, en la que le decía:

[...] En general, quieren cosas del siglo XVI, serias, buenas, bastante sólidas y naturalmente típicamente españolas; deberíamos hacer los presupuestos habitación por habitación, así, si no tienen suficiente dinero para toda la casa, podrían decorar ahora las habitaciones más importantes y dejar el resto para más adelante. 1er. Piso. Entrada. Mesa y silla para la chica que dé información, varias sillas, algunos muebles apropiados para la entrada, como un arcón, etc. Se necesita una alfombra pequeña, también una lámpara, quizás algunas luces laterales o de sobremesa. Creo que en esta habitación podríamos poner algo de forja, la tela de las cortinas clarita; ¿tapices? (ya hablaré esto contigo). En el mismo piso, la habitación que se usará para conferencias con pocos asistentes, con una mesa central, quizás con librería a todo alrededor, y las lejas podrían hacerse aquí [USA] y nosotras sólo tendríamos que conseguir una buena mesa y ocho o doce sillas a juego y posiblemente algún otro mueble que le diese carácter; alfombra, lámpara y algunas cosas pequeñas. Si la habitación no tuviese librería, necesitaríamos varios muebles, un armario, etc.

2º Piso. Todo es una habitación grande, hay que derribar las separaciones; ésta es la parte más importante de la casa; necesitará una mesa muy bonita donde sentarse tres, cuatro o cinco personas, unas sillas muy bonitas sobre una alfombra también bonita para hablar con los miembros, que se sentarán en sillas de tijera americanas. Los únicos muebles que se necesitarán serán cosas planas, para estar apoyados en las paredes y no ocupar mucho espacio, quiero decir, deben tener poco fondo pero no demasiado pequeñas ni insignificantes. Mi idea es tres piezas grandes, un poco altas, una de ellas como nuestro armario de ropa blanca, un vargueño sencillo,

además de una mesa de té. Decoraciones varias para la pared, paños bordados, etc.; piensa en cosas típicas, también para adornar la pared de la escalera [...] Necesitamos decorar el camino hacia el tercer piso, donde está la oficina, con muebles americanos funcionales pero podemos poner algo español. Esta habitación se comunica con la Biblioteca, que debería tener una mesa bonita y bastantes sillas; hay librería a todo alrededor, así que lo único que se necesita son luces, una alfombra grande y uno o dos objetos apropiados para la mesa. Conectado con la Biblioteca y la oficina hay una especie de pasillo donde quieren poner cuatro mesas pequeñas haciendo juego y sillas y quizás cuatro alfombras pequeñas y cuatro lámparas de sobremesa, donde la gente pueda sentarse y trabajar.

El 4º piso es el despacho o estudio de Mr. Onís, que tiene que ser muy español y bonito porque la gente sube allí a hablar con él. Mesa, varias sillas, algunos muebles bonitos, algo para la pared, una o dos alfombras, lámpara central y posiblemente otra para la mesa de escritorio, cortinas y varios objetos típicos. Estos muebles podrían ser modernos⁴⁰.

Y le confiesa a Zenobia en español: "Estoy muy embullada".

Con fecha 23 de marzo de 1932, Inés escribe a Onís, por encargo de Zenobia que está en Marruecos:

Poco después de llegar yo de Norteamérica, se marchó fuera⁴¹ Zenobia una temporada, encargándome le enviara el adjunto presupuesto preliminar para la Casa de las Españas. Cree Zenobia que esto les dará una idea de lo que aquí se puede conseguir, aunque siempre con la dificultad que cualquiera de los muebles antiguos pudiera haberse vendido y tener que ser sustituido por otro de un precio diferente.

Usted verá que Zenobia no les envía ningún dato para el cuarto detrás del recibimiento pues aún no sabían ustedes qué hacer allí, y ella cree que con los precios que envía podrán ustedes formarse una idea de lo que les conviene hacer.

En cuanto a cortinas, aparte de las de la biblioteca, no

⁴⁰ Todas las cartas de Inés Muñoz se encuentran en la Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

⁴¹ Véase DOMÍNGUEZ SÍO, 2008, pp. 323-337.

encontró Zenobia nada que le gustara del todo, y cree que probablemente esto se encuentre mejor en Norteamérica pero, si ustedes tienen mucho interés en que sea todo de España, Zenobia seguirá buscando. Había pensado que, para el recibimiento, cortinas de “rep” amarillo estaría muy bien, y para el salón grande, de terciopelo recortado en verde. En el caso de querer que se busquen telas, deben enviar la altura de las ventanas y las puertas y, en todo caso, desearía, si le piden más datos, saber la altura de las paredes.

Me encargó Zenobia dijese que podía darles los precios que indico y que considera muy ventajosos, siendo éstos, claro está, los de costo. Ella sólo aumentará a esos precios el 10% de comisión.

Como usted probablemente sabe, los muebles de madera, modernos, pagan el 40% de derecho de aduana para entrar en Norteamérica.

Parece ser que el entendimiento fue rápido porque el 29 de junio de 1932 Zenobia recibe 24.280 ptas. de Federico de Onís, a través del International Banking Corporation, sucursal de Madrid. En el verano de 1932 Onís estuvo en España y seguramente encontraron tiempo para hablar largo y tendido de la decoración de la Casa. El 10 de julio Zenobia escribe a Hester, persona que, por el contenido de la carta, está estrechamente relacionada con el tema:

Sobre La Casa de las Españas. Lo primero que he hecho es ver a Gómez Ocerín⁴² porque hasta que sepa lo que la España oficial hace por nosotros puedo tomar unas cuantas cosas esenciales pero no puedo hacer un presupuesto ajustado. [...] Ha escrito a Cárdenas para saber exactamente cuál es la mejor vía para hacer envíos, si a la Embajada española o directamente a Columbia [University]. A continuación ha preguntado a La Junta de Relaciones Extranjeras (espero que sea éste el nombre exacto) de la que D. Ramón Menéndez Pidal es presidente para que nos dé algo de dinero para el embalaje y envío, así que todo el dinero se puede usar para muebles. Dice que se siente optimista sobre este asunto porque sabe que a D. Ramón le gusta mucho Onís y le encanta ayudar a las aventuras de Onís en Nueva York. [...] He puesto una nota

⁴² Justo Gómez Ocerín (Madrid, 1881-1968), diplomático.

de mi puño y letra para dar al asunto un toque personal de amistad hacia la Universidad de Columbia en general y hacia La Casa de las Españas en particular, presentando un objeto que sería un regalo especial del Ministerio de Estado. G[ómez] O[cerín] me prometió una pintura y precisó para seleccionarla “Juan de la Encina”⁴³. Cuando la mujer de “Juan de la Encina” vino a una excursión conmigo antesdeayer, le dije todo sobre La Casa de las Españas para estar segura de que la pintura encajaría. También sugirió que presionase a Orueta⁴⁴ para una pintura antigua de la Dirección de Bellas Artes, así que lanzaré la cuestión mañana. Si consiguiésemos algunos regalos de este tipo sería estupendo para España, demostraría que hay interés y afecto por el Instituto de las Españas no sólo aquí y permitiría cubrir las paredes con cosas mejores que las que nosotros podemos permitirnos comprar. [...] Así que, lo que he comprado hasta ahora es:

La mesa que te gustaba, a D. Pedro.....600
 El banco largo.....200
 (He suprimido el banco de respaldo alto, por lo que es 800)
 La cómoda catalana de Arte Popular.....700
 Dos sillas de respaldo alto (modernas).....120
 Las tres lámparas Escorial están hechas (“cobre” no “hierro”).
 Las tres lámparas y la lámpara de mesa, todas por 350
 ptas. (Esto no incluye la borla y el cordón). Mañana J.R. y yo
 decidiremos las cortinas y alfombras. El estante de hierro para
 las macetas lo he encargado y voy a encargar las perchas de
 hierro forjado que viste en dibujo y te gustaron. El próximo
 sábado tendré más cosas para escribir.
 Estoy segura de que no has olvidado escribir para la altura del
 techo, puertas y ventanas.

Zenobia trabajó a buen ritmo: compró cuatro estatuas al escultor madrileño Antonio Cruz Collado (1905-1962) por las que pagó \$300 (14-7-1932); eran unos desnudos pequeños, de unos 50 cm., de madera clara. El Museo de Arte Moderno, cuyo nuevo director,

⁴³ Juan de la Encina es Ricardo Gutiérrez Abascal (Bilbao, 1888-México, 1963), crítico de arte, estudió en Alemania y en 1931 fue nombrado director del Museo de Arte Moderno de Madrid.

⁴⁴ Ricardo Orueta y Duarte (Málaga, 1868-1939), crítico de arte y director de la Academia de Bellas Artes en Madrid desde 1931.

Juan de la Encina, había sido nombrado el año anterior, entregó a Zenobia tres cuadros para decorar la Casa: *El Molino*, de Joaquín Mir (Barcelona, 1873-1940), óleo sobre lienzo de 1'31x1'16 cm., que colgaron en el salón intermedio; *La Dèu*, de Juan Vila Puig (1890-1963), óleo sobre lienzo de 0'96x1'16 cm., que situó en la sala de conferencias; y *Palacio Rosa* (Aranjuez), de Gregorio Prieto (Valdepeñas, 1897-1992), óleo sobre lienzo de 0'91x1'01 cm. Todo ello fue entregado en depósito a la Casa de las Españas por el secretario del patronato del Museo Nacional de Arte Moderno, Ramón Sans de Pinilla, el 11 de septiembre de 1932. Recientemente, y por O.M. de 8 de noviembre de 2006, el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía ha levantado el depósito de estas tres pinturas y actualmente se encuentran en dicho Museo.

Onís, muy inteligente, nombró a Zenobia representante oficial, en España, del Instituto de las Españas, con fecha 7 de noviembre de 1932, y la involucra más: le pide se encargue del control de las publicaciones del Instituto que se hacen en España, así como de las liquidaciones de ejemplares vendidos que debe hacerle su agente, Espasa-Calpe, y que hace dos años no ha presentado.

A partir de enero de 1931 comenzó a publicarse el *Boletín del Instituto de las Españas*, germen de lo que en su nº12, correspondiente a julio de 1934, sería la *Revista Hispánica Moderna*.

Zenobia continuó pendiente del tema de la decoración y le escribió nuevamente a Hester, siempre en inglés, el 6 de diciembre de 1932:

Le escribo desde la tienda porque he venido a ordenar todas las facturas de “Casa de las Españas” para enviar a Onís un estado de cuentas pero, como tengo que contestar una carta de usted recibida ayer, voy a contestarla antes de meterme a fondo en un trabajo más complicado. En cuanto recibí la suya llamé al hombre que hizo los muebles para el Parador de Úbeda⁴⁵ y conseguí esos dibujos para usted. Precios: Cama,

⁴⁵ El Parador Condestable Dávalos de Úbeda, Jaén, situado en la renacentista Plaza de Vázquez Molina, es un antiguo palacio renacentista, construido en el siglo XVI y reformado en el siglo XVII, atribuido a Andrés de Vandelvira; su dueño fue el deán Ortega, de la Sacra Capilla de El Salvador. Es Parador de Turismo desde 1930.

ptas. 125. Cómoda de cajones, 200. Espejo, 60. Mesa, 65. Puesto que ahora hay una ley que prohíbe sacar de España cualquier cosa que tenga 100 años de antigüedad, supongo que la única alternativa a las reproducciones son las piezas de segunda mano que tengan menos de 100 años. Puesto que los muebles de los “paradores de turismo” son tan atractivos, sugiero enviarle muebles de este tipo. He enviado por los modelos usados en el “Parador de Oropesa”⁴⁶ pero imagino, por el hombre que los hizo, que serán mucho más caros. Si no los consigo a tiempo para enviarlos con esta carta, los enviaré con la próxima. [...] Creo que estamos bastante locos para mandar la alfombra de la escalera desde aquí. [...] Cuénteles a Onís que he estado pensando sobre ello y no creo que consigamos colocarla correctamente. ¿Podría usted encontrar ahí alguna que no sea muy cara? Si Onís me envía la longitud de las barras de hierro y el ancho y el alto del peldaño (para la proporción del grosor), podría conseguir que el herrero empezase ya. La negativa de Guggenbuhl a rebajar su factura y al descuento de ptas. 6.000, sobre lo que yo no sabía nada, se ha comido nuestro presupuesto [...]

Hizo los hierros para la escalera y los mandó el 10 de septiembre; salieron del puerto de Alicante en el buque *Exiria*, pesaron 23 kgs.

Zenobia estaba quedando contenta con el resultado de su trabajo, Onís también, a juzgar por la carta que Zenobia escribe a Lázaro Bartolomé, vicedéputa de España en Detroit, el 6 de diciembre de 1932:

Don Federico de Onís, en su carta del 7 de noviembre, nos dice que le ha hablado a usted de nosotros para amueblar la Casa de España de Detroit, como lo hemos hecho con la “Casa de las Españas” de Columbia University. Antes de hacernos el encargo en firme, el Sr. Onís nos envió planos de la casa y nos dio una idea general de cómo pensaba distribuir las habitaciones. Luego le enviamos un presupuesto

⁴⁶ El Parador de Oropesa, Toledo, está instalado en el castillo palacio de los condes de Oropesa, construido en el siglo XIII. Es Parador de Turismo desde 1930 y fue el primer monumento histórico artístico adaptado a Parador de Turismo.

aproximado de lo que podría costar. Cobramos el 10% de los gastos del amueblado menos en los objetos comprados en nuestra casa.

El cambio extraordinariamente favorable y las muchísimas atenciones que con nosotros tuvieron el Ministerio de Estado y la Dirección de Bellas Artes nos han permitido un resultado verdaderamente extraordinario dentro de un presupuesto modesto.

Si puede usted darnos una idea de lo que desean gastar en la casa, abreviaría los trámites anteriores a fijar un presupuesto casi exacto.

Ni Zenobia ni Onís dejaban cosas al azar, así lo vemos en la siguiente carta de Onís:

Adjunto le envío el plano que me han hecho de la escalera, que parece bastante detallado y claro, si hay alguien capaz de entenderlo. Mandé hacer este plano para que pudiera hacerse la estera del tamaño exacto. No sería necesario que la estera fuese de la misma calidad para toda la escalera. Podría usarse una estera más lujosa hasta el tercer piso (contando como se cuenta aquí honradamente desde el primero, o sea el de entrada de la casa). Para los pisos restantes puede usarse una estera más sencilla y económica.

Sería sin duda muy conveniente fabricar una estera especial en España para la parte de subida hasta los pisos segundo y tercero, porque es lo que vería la gente más según suben a las reuniones. Lo que no entiendo es cómo se puede adquirir esa estera si no tenemos más que un saldo de 1.101'50 pesetas. [...]

Otro asunto, bastante urgente, de que quería hablarle hoy es el de la medalla del Instituto, que le envío en paquete aparte. Necesitamos un número considerable de medallas cada año y he pensado que la acuñación de ellas se podría hacer en España a coste mucho menor que aquí. Por eso le ruego que en sus funciones de representante del Instituto en España nos hará el favor de estudiar el asunto y averiguar en qué forma podría acuñarse esa medalla en España, de modo que saliese más barata. Necesitaríamos unas 200 cada año [...]. También habría que fabricar las cajas de cartón en que va envuelta cada medalla, y enviarlas dirigidas a la Embajada para que no hubiera que pagar aduanas.

Es posible que a usted se le ocurra la posibilidad de tener ayuda oficial para acuñar esta medalla en la Casa de la Moneda, logrando así hacerlas por un coste mínimo. Quizá esto fuera fácil de obtener y estaría justificado solicitarlo, porque estas medallas se distribuyen por el Instituto como premio a los mejores estudiantes de las escuelas y colegios de los Estados Unidos, con lo cual se hace un gran servicio al estudio del español en este país. [...] ⁴⁷

Zenobia respondió al tema de la medalla el 17 de marzo de 1933; le comunicaba que cada medalla saldría aproximadamente por 3 pesetas y, sí, la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre se encargaría de hacerlas. También se ocupó de la vajilla de la Casa de las Españas, compró ocho docenas de tazas de té y además completó la decoración con muchos objetos procedentes de Arte Popular Español: jarrones, platos, ceniceros, candeleros, cuencos, jarras, orzas, manteles de té, paños, etc. Todo fue enviado a través de Gustavo Guggenbuhl, Transportes Internacionales, casa con la que trabajaba Zenobia

El emblema del Instituto de las Españas era la Dama de Elche, como símbolo del “iberismo”, y el verso de Rubén Darío -“Sangre de Hispania fecunda”- que lleva en forma de orla fue escrito de puño y letra por Federico García Lorca en el curso 1929-30. En 1962 dejó de usarse dicho emblema. Onís, que no olvidaba detalle, encargó a Zenobia un busto de la Dama de Elche para colocarlo en una de las lejas de la biblioteca. Costó 638'90 pesetas y para esta finalidad Mrs. Frederic S. Lee ⁴⁸ había regalado \$100 al Instituto ⁴⁹.

La inauguración de la Casa de las Españas tuvo lugar el 21 de febrero de 1934. Federico de Onís escribió al presidente Butler el 16 de abril de 1934 y le hizo un resumen de los gastos generales que ha ocasionado la puesta a punto de la Casa de las Españas:

⁴⁷ Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

⁴⁸ Esposa del Dr. Frederic Lee, jefe del departamento de Fisiología de la Universidad de Columbia.

⁴⁹ Todo ello según carta de Federico de Onís al Dr. Fackenthal, secretario de la Universidad de Columbia, fechada el 19 de agosto de 1935 (Columbia University Archives, Central Files, 346/17).

Cuando el Instituto se trasladó a la Casa la instalación del edificio era provisional para atender las necesidades básicas. Se hicieron cambios a medida que aumentaba el trabajo. En el verano de 1932 se compró en España el mobiliario fuera del crédito de \$2.000 hecho por la Universidad y usando parte del regalo de Mrs. Frederic S. Lee. El gobierno español contribuyó con un regalo de 6.000 pesetas y tres pinturas del Museo de Arte Moderno. El arreglo de la casa en el verano de 1933 pudo hacerse gracias al regalo de \$3.000'00 de Mrs. Frederic S. Lee. Miss Alice Blackstone contribuyó con una copia de una obra de Velázquez, y otras personas han hecho varias donaciones. La Casa puede ser considerada terminada, excepto la parte posterior de la planta baja y el campo anejo, que se ha dejado pendiente hasta que se tengan los fondos necesarios para hacer los arreglos planeados. Ya tenemos varios bocetos de tapices del Museo del Prado regalados por el gobierno español⁵⁰.

De su mantenimiento así como de las actividades y estudios que se realizaban en el Instituto Hispánico se encargaba la Universidad de Columbia. Siempre hubo un contacto estrecho con las instituciones españolas y a partir de 1934 la JAE destinó al Instituto \$2.000 anuales. El Instituto celebraba numerosas actividades, todas ellas con gran aceptación, e incluso éxito, por parte de los estudiantes, una de ellas era la asistencia de estudiantes americanos a los cursos de verano en Madrid, organizados por la JAE, y que se daban en el CEH; alumnos y alumnas se alojaban en la Residencia de Estudiantes y en la Residencia de Señoritas, respectivamente. Tuvieron tanto éxito que se llevaron a cabo durante quince años, hasta 1936.

En 1940 el Instituto de las Españas pasó a llamarse *The Hispanic Institute in the United States*; vivió años de gloria que se han dado en llamar “años dorados”. El esplendor de esta Institución se recuerda con gran admiración y cierta nostalgia por los que conocieron aquella época.

⁵⁰ Columbia University Archives, Central Files, 346/17.

En 1966 el edificio que alojaba la Casa de las Españas fue demolido para construir en su lugar la *School of Internacional Affaires*. La institución fue trasladada a otro edificio de la Universidad, 612 West 116 St., donde se encuentra actualmente. Pero lo que hoy encontramos dentro no es ni ligero reflejo de lo que Zenobia colocó.

Y nada más. Sólo decir que espero que, ante las actividades de Zenobia aquí presentadas, la dimensión de su figura vaya ocupando cada vez más el lugar que le corresponde.

ARCHIVOS REFERENCIADOS

Archivo JAE, Residencia de Estudiantes. Madrid.

Archivo privado de Francisco Hernández-Pinzón. Madrid.

Archivo Residencia de Señoritas, Fundación Ortega y Gasset. Madrid.

Barnard College Archives. Nueva York.

Columbia University Archives

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALBERT ROBATTO, Matilde (2003), *Federico de Onís: Cartas con el exilio. Edición anotada*. A Coruña, Edición do Castro.

CAPEL MARTÍNEZ, Rosa María (2006), “La enseñanza de la mujer en la política educativa de la JAE”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza. En el centenario de la Junta para la Ampliación de Estudios (1907-2007)*, nº 63-64, IIª Época, diciembre. Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos.

CORTÉS IBÁÑEZ, Emilia [en prensa], “Cartas de Zenobia Camprubí y María de Maeztu. Inicios del Comité para la Concesión de Becas, en Actas del II CONGRESO INTERNACIONAL *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su centenario*, celebrado en Madrid, Residencia de Estudiantes, los días 4-6 de febrero de 2008, organizado por SECC, CSIC, Fundación Giner de los Ríos y Residencia de Estudiantes.

DOMÍNGUEZ SÍO, M^a Jesús (2008), “Cartas Marruecas II (de Zenobia a Juan Ramón)”, en Emilia Cortés Ibáñez (ed.), *Mujer y*

escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí. Huelva, Diputación Provincial de Huelva, SECC, Universidad Internacional de Andalucía, pp. 323-337.

FORMENTÍN IBÁÑEZ, Justo y VILLEGAS SANZ, M^a José (1992), *Relaciones Culturales entre España y América: la Junta para Ampliación de Estudios*, Madrid, MAPFRE.

HURTADO, Amparo (1999), “El Lyceum Club Femenino (Madrid, 1926-1939)”, *Boletín Institución Libre de Enseñanza*, 36, Madrid, pp.23-40.

Instituto de las Españas en los Estados Unidos. Its history and significance, with a brief outline of the purposes and proposed development of the organization, New York, 1926.

MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen (2007), “El Laboratorio Foster de la Residencia de Señoritas. Las relaciones de la JAE con el International Institute for Girls in Spain, y la formación de las jóvenes científicas españolas”, *Asclepio*, nº 2, julio-diciembre, pp. 37-62.

MELIÁN, Elvira (2001), “Rastros de nube: María Martos de Baeza y su mundo”, *Arenal*, vol. 8, nº2, julio-diciembre. Universidad de Granada, pp. 379-388.

ONÍS, Federico de (1921), *Junta para Ampliación de Estudios. Instituto de las Españas en los Estados Unidos. Report for the Year 1920-21 Made to the General Executive Council*, Madrid-New York.

OWRE, J. Riis (1970), “Zenobia estudiante”, *La Torre*, año XVIII, nº 67, Universidad de Puerto Rico, enero-marzo, pp. 120-123.

PUIG-SAMPA MULERO, Miguel Ángel (ed. científico) (2007), *Tiempos de Investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*, Madrid, CSIC.

RIIS OWRE, J. (1970), “Zenobia, estudiante”, *La Torre*, nº 67, año XVIII, Universidad de Puerto Rico, pp. 120-23.

UCELAY, Margarita (1972), “The Hispanic Institute in the United States (I), (II), (III)”, *La Estafeta Literaria*, nº 488, 15 de marzo, nº 489, 1 abril, y nº 490, 15 abril de 1972.

VÁZQUEZ RAMIL, Raquel (2001), *La Institución Libre de Enseñanza y la educación de la mujer en España: la Residencia de Señoritas (1915-1936)*, La Coruña, R. Vázquez.

ZULUETA, Carmen de y MORENO, Alicia (1993), *Ni convento ni college. La Residencia de Señoritas*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.



9. Zenobia Camprubí, traductora

Soledad González Ródenas

Hace un tiempo, cuando la editorial Gredos planeaba la edición del primer *Diccionario histórico de la traducción en España*¹, se me pidió colaboración para redactar el artículo dedicado a Juan Ramón Jiménez. Mi reacción inmediata fue preguntar, ya que era un diccionario de traductores, si también iba a dedicarse una entrada a Zenobia Camprubí. Noté enseguida la inconveniencia de mi pregunta, pues ni siquiera se había previsto esta posibilidad. Insistí entonces en que Zenobia había sido no sólo la primera traductora de Tagore en el mundo hispánico, sino la también más importante, pues son veintiocho² los libros de este autor que llegó a versionar, y hablar hoy de Tagore en castellano es hablar, indefectiblemente, de sus traducciones. Se me respondió que esas traducciones, sin duda meritorias, se consideraban en su mayor parte obra de Juan Ramón. Volví a insistir en que por decisión de ambos siempre fueron publicadas con el solo nombre de Zenobia en los créditos, ya que Juan Ramón reconoció que el trabajo de su mujer en las obras del Nobel bengalí era mucho mayor que el suyo y, por lo tanto, el colaborador puntual, ocasional o secundario era él y no ella. El poeta así quiso proclamarlo, y cuando proyectó la ordenación del conjunto de su obra manifestó en una de sus notas manuscritas: «Tagor [sic] irá en un libro aparte, pero igual de formato, estilo, tipo, color todo, que los de mi propia serie. Este libro no es *Mío* y de

¹ Francisco Lafarga y Luis Pegenaute, ed., *Diccionario histórico de la traducción en España*, Madrid, Gredos, 2009.

² *La luna nueva* (1915), *El jardinero* (1917), *El cartero del rey* (1917), *Pájaros perdidos* (1917), *La Cosecha* (1917), *El asceta (Sanyasi)* (1918), *El Rey y la Reina* (1918), *Malini* (1918), *Ofrenda lírica (Gitanjali)* (1918), *Las piedras hambrientas, I* (1918), *Las piedras hambrientas, II* (1918), *Ciclo de la Primavera* (1918), *El Rey del Salón Oscuro* (1918); *Sacrificio* (1919), *Morada de paz. (Santiniketan)* (1919), *Regalo de amante* (1919), *Chitra* (1919), *Mashi y otros cuentos* (1920), *Tránsito* (1920), *La hermana mayor y otros cuentos* (1921), *La fujitiva I* (1922), y *La fujitiva II* (1922). Ya en el exilio publicarán: *Verso y prosa para niños* (La Habana, Cultural S. A., 1937), *Obra escogida* (Madrid, Aguilar, 1955). Con carácter póstumo aparecieron en *Recuerdos* (Barcelona, Plaza & Janés, 1961), *El naufragio* (Barcelona, Plaza & Janés, 1964), *Entrevisiones de Bengala. Poemas de Kabir* (Barcelona, Plaza & Janés, 1965), y *El sentido de la vida. Nacionalismo* (Madrid, Aguilar, 1967). Quedan aún inéditos en el Archivo Histórico de Madrid y en la Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez de Puerto Rico diversos fragmentos de la novela *Hogar y Mundo*. De esta última se conserva, además de las traducciones de Zenobia, un breve fragmento versionado por el propio Juan Ramón.

Zenobia como las otras traducciones, en parte, sino *De Zenobia y Mío*»³.

A pesar de mis argumentaciones no tuve ningún éxito. Se me adujeron razones de espacio, y otras prioridades, para concluir que bastaba con mencionar la aportación de Zenobia en el artículo dedicado a Juan Ramón. Y así, Zenobia, al menos en este diccionario, publicado en 2009, no pasará a la historia de los traductores españoles con entidad individual, sino, una vez más, como compañera y colaboradora de Juan Ramón.

Esta circunstancia lleva a plantearnos una cuestión fundamental: cómo es posible que Zenobia llegara a traducir y publicar tantos libros, y, sin embargo, siga estando hoy en día tan poco considerada en su labor por los especialistas en el tema. En este punto no me parece que debamos recurrir a reivindicaciones de corte feminista que, posiblemente, a la primera que molestarían sería a la propia Zenobia. Cualquiera que conozca mínimamente su biografía, o haya leído sus cartas y sus diarios, habrá encontrado en ellos a una mujer con una capacidad de trabajo inmenso, con una necesidad vital de mantenerse constantemente activa, de sentirse útil y, a la vez, la de hacerlo sin pretensión alguna de protagonismo. Es la personificación de la verdadera modestia. Y, aunque siempre defendió que las mujeres de su tiempo debían aspirar a algo más que a la ejecución de las tareas domésticas y debían empezar a cultivarse para algo más que el lucimiento en las reuniones de sociedad, ella jamás trabajará para obtener un reconocimiento público por sus actividades ni por afán de notoriedad, sino porque se siente verdaderamente infeliz en los escasos momentos en los que le parece que derrocha su vida en banalidades, o sea, en nada. Zenobia tiene, además, un evidente espíritu altruista. Se sabe una privilegiada por haber nacido dentro de una familia de clase social alta, que le permitió ciertos lujos y una exquisita educación, y por ello siente que le debe algo a la vida. Se entienden así las inquietudes sociales, cívicas e intelectuales que muestra desde su juventud y que no abandonará nunca.

³ Cit. Young 1996, p. 491.

Hay que entender que para ella traducir es una más de las muchas actividades que era capaz de desarrollar a lo largo del día y no un «destino vocacional único». Creo que por ello no dio demasiada importancia a que incluso en su tiempo se minimizara su labor y se atribuyera la mayor parte de su trabajo a Juan Ramón. Da la impresión de que no le hubiera importado tampoco que sus traducciones fueran conocidas hoy día como obra del poeta y, de hecho, en la primera que realizaron juntos, *La luna nueva*, sólo accede a figurar como traductora por la insistencia de Juan Ramón, al que únicamente permite poner en la cubierta sus iniciales, pues no deseaba significarse públicamente, más aún conociendo el disgusto con el que su madre veía su relación con el poeta. Así pues, en la primera edición española de *La luna nueva* se apunta: «Traducción de Z. C. A. con un poema de Juan Ramón Jiménez». Cuando traducen el siguiente libro de Tagore, *El jardinero*, ella ya firmará con su nombre completo, pero con una pequeña salvedad, y es que por entonces este nombre se había convertido en Zenobia Camprubí de Jiménez.

En las contadas ocasiones que Zenobia fue entrevistada por la prensa y se le pregunta por sus aportaciones al campo de la traducción, ella evita conscientemente referirse a esta labor como un trabajo únicamente suyo y acostumbra a pluralizar al hablar del tema incluyendo siempre a Juan Ramón. Cuando en 1936 es entrevistada en Puerto Rico por Ángela Negrón afirmará: «Yo le traduje a Juan Ramón *La luna nueva*. Juan Ramón puso la poesía que yo no puse y el libro apareció con mi nombre de soltera. En *El jardinero* mi nombre había cambiado»⁴. En 1948, entrevistada en Buenos Aires por Ramuncho Gómez, insistirá: «Tradujimos como buenos amigos y compañeros de letras *La luna nueva*, de Tagore. El libro apareció en Madrid y lo firmamos muy compuestos: Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez. Tres años después tradujimos *El jardinero*, y entonces ya firmé como la esposa de Juan Ramón»⁵. Más adelante, refiriéndose al conjunto de sus traducciones de Tagore dirá: «Conocemos a fondo el inglés, y con el valioso concurso de Juan Ramón en el tallado de la forma, hicimos algunas

⁴ Negrón Muñoz 1936.

⁵ Gómez 1948.

felices traducciones». Cuando en ambas entrevistas se le pregunta si alguna vez había deseado dedicarse no sólo a la traducción sino a escribir sus propios versos su respuesta es muy similar: un tributo de elogio y admiración a Juan Ramón. Exactamente concreta en 1948:

A los veinte años estuve a punto de hacerlos [versos]. Los sentí brotar dentro de mí. Conocí luego a Juan Ramón. Tengo un agudo sentido de la autocrítica. Consideré que poco podía dar entonces a la poesía, y, en todo caso, no mucho más en el futuro. Me limité, pues, a ser la esposa y compañera espiritual de un gran poeta. He vivido su obra. Comparto el pensamiento vivo de toda su labor. He visto nacer sus poemas con honda emoción, y cuando escribe prosa, soy su dactilógrafa. Es una forma íntima de estar en su trabajo. Sólo que a veces el pensamiento de Juan Ramón vuela mientras dicta. Mis pobres dedos no lo pueden seguir, y tengo que exclamar «¡Para, para, Juan Ramón, que no puedo alcanzarte!»

Las citas son muy significativas porque en pocas palabras narran toda una historia que va desde la amistad al matrimonio pasando por la admiración y por las traducciones de Tagore. Como es bien sabido, Zenobia y Juan Ramón se conocieron en 1913 cuando casualmente coincidieron en una conferencia sobre La Rábida pronunciada en la Residencia de Estudiantes. Parece que ambos pasaban por un momento de indefinición o de transición en sus vidas. Ella, acostumbrada a los ambientes de Nueva York y Washington, soportaba el tedio de una España excesivamente provinciana sólo por cariño y respeto a su madre, que así lo deseaba. Tenía ya 26 años, una posición acomodada y el tiempo pasaba sin que su relación con el indeciso Henry Shattuck se concretara en algo más que una buena amistad. Tampoco había conseguido despuntar en el campo de las letras por el que, como hemos visto, sentía una enorme atracción. Juan Ramón, después de un largo retiro de seis años en Moguer, vuelve a Madrid más enérgico que nunca y dispuesto a iniciar una nueva vida. Es ya un poeta muy reconocido, pero no ha tenido la misma suerte ni en el campo sentimental ni en el económico. Languidecía entonces su eterna y parsimoniosa relación, más platónica que real, con Luisa Grimm, y la fortuna familiar, con la que se había mantenido holgadamente hasta entonces, se había quedado en nada. Parece que el destino

los une justo en el momento en que ambos necesitaban un aliciente para dar un paso adelante, para enriquecer y completar sus vidas.

Desde el principio Juan Ramón vislumbra con perfecta claridad que Zenobia es la mujer con la que quiere pasar el resto de sus días y urde todo tipo de estrategias para acercarse a ella. Zenobia, atraída por Juan Ramón, pero fuertemente contrariada por su madre, que no veía en el poeta un pretendiente a la altura de su hija, pone constantes trabas. Finalmente Juan Ramón encontrará el camino idóneo para acercarse a ella. Ya que ésta dominaba perfectamente la lengua inglesa y él tenía contactos editoriales y reconocida fama de buen poeta, por qué no unir sus talentos para traducir a Tagore al que en ese mismo año, 1913, habían concedido el Premio Nobel. Por entonces no existía ninguna versión en castellano del bengalí, y su obra, traducida por él mismo al inglés, había resultado un éxito clamoroso en el mundo anglosajón. La oportunidad se la dará el editor de La Lectura, Francisco Acebal. Escribirá Juan Ramón a Zenobia:

Querida Zenobia, antes, cuando volvía a casa, me encontré con el director de «La Lectura». Hablando de la biblioteca (que ahora va a publicar) para niños, me rogó que hiciera alguna cosa a propósito. Yo había pensado hace meses, darle «Elegía» en prosa que tengo escrita; unas escenas entre un asnucho y yo. Pero ahora como este libro va en la edición completa de mis obras, no me conviene darlo a «La Lectura». Le he propuesto una traducción del libro de Tagore que esta tarde me ha enseñado usted [*The Crescent Moon*]. Ha aceptado. De modo que ya sabe usted que hemos de traducirlo... ¿cuándo podríamos empezar? ¿El jueves? ¿A qué hora?⁶

No pretendo decir con esto que a Juan Ramón no le interesara verdaderamente la obra de Tagore, pero sí parece evidente que en ese momento le importaba más acercarse a Zenobia que la difusión de aquel poeta bengalí del que apenas sabía nada. En el trabajo conjunto tendrá la oportunidad que esperaba para afianzar su relación con ella. Necesitaba, además, esos ingresos que Isabel Aymar, su futura suegra, le recriminaba no tener, y por segunda

⁶ González Ródenas y Young 2005, p. 433.

vez en su vida se planteará la llamada «traducción alimenticia» como forma de subsistencia. Pocos años antes, cuando aún mantenía la esperanza de afianzar sus relaciones con Luisa Grimm, había intentado trasladarse a Londres y dedicarse a traducir del francés al castellano, pero una desalentadora carta de su amigo José Pla Cárceles, al que había pedido consejo, le hizo desistir de este empeño. De hecho, Juan Ramón hasta entonces sólo había traducido algunos poemas de autores con los que sentía afinidad estética por el simple gusto de hacerlo, pero nunca había pensado seriamente en dedicarse de manera regular a la traducción⁷.

Cuando Zenobia accede a trabajar con Juan Ramón en el libro de Tagore es el comienzo de una nueva vida para ambos. La impronta de Zenobia se hace más que notable en esta primera traducción, ya que el libro elegido *La luna nueva*, subtítulo «Poemas de niños», responde a su particular interés por la educación de la infancia en la que había reparado tras su experiencia como profesora ocasional en La Rábida. Y, así, mientras en el resto del mundo Tagore será conocido por los poemas amorosos de su obra *Gitánjali*, en el mundo hispánico, y por el gusto de Zenobia, será introducido por este libro protagonizado enteramente por un indefinido niño hindú cuyos sentimientos, andanzas y reflexiones representan la inocencia, la ilusión y las cuitas de un posible niño universal.

El trabajo conjunto, sin embargo, no fue fácil porque en realidad no sólo estaban traduciendo, sino fraguando un idilio, un noviazgo que Zenobia aún no quería reconocer, y ello desencadenaba inevitables tormentas emocionales, discusiones, idas y venidas, que fueron retrasando la traducción hasta el punto de que no pudo publicarse en la fecha prevista. Juan Ramón tuvo que compensar el compromiso que había contraído con Acebal entregándole algunos capítulos de su *Platero*, la primera de sus *Elegías andaluzas*, que, a pesar de que nunca fueron escritos para niños, terminaron en una colección infantil porque en ella iba a aparecer *La luna nueva* en 1914. El poeta, contrariado en sus propósitos, antepuso a *Platero* y yo una «Advertencia a los hombres que lean este libro para niños» en la que comienza diciendo:

⁷ Véase González Ródenas, Soledad, «Prólogo», en Juan Ramón Jiménez, *Música de otros. Traducciones y paráfrasis*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores, 2006.

Este breve libro, en donde la alegría y la pena son gemelas, cual las orejas de Platero, estaba escrito para... ¡qué sé yo para quién!... para quien escribimos los poetas líricos... Ahora que va a los niños, no le quito ni le pongo una coma. ¡Qué bien!

Y así Zenobia, indirectamente, también será la causante de que *Platero y yo* pasara a la posteridad como el libro para niños que en realidad nunca fue⁸.

Durante los tres años que se prolonga su noviazgo no será *La luna nueva* la única obra en la que colaboren. Como apunté hace un momento Juan Ramón, por primera vez en su vida, se propone trabajar por dinero y no por el simple gusto de hacerlo, y verá en la traducción una vía posible para conseguirlo. Aliado con su buen amigo Alberto Jiménez Fraud, con la ayuda del cual había versionado el «Himno a la belleza intelectual» de Shelley poco antes de conocer a Zenobia⁹, planea traducir varias obras de William Shakespeare —«todo Shakespeare», llega a decir—, por entonces muy de moda en los ambientes madrileños¹⁰. También Jiménez Fraud andaba en dificultades económicas y con la voluntad de resolverlas para así poder casarse. Escribirá Juan Ramón a Zenobia:

Otra cosa: Alberto G[jiménez]., como está en un caso parecido, —sólo parecido ¿eh? porque ellos van a una boda segura y sin otras dificultades que las del dinero— al mío, quiere también hacer cosas. Hemos empezado a traducir la comedia de Shakespeare *Mucho ruido para nada* con destino al teatro Lara. Eso además del gusto de la traducción porque la obra es deliciosa, nos va a dar dinero de veras.

Zenobia, a pesar de los sinsabores por los que a veces pasa su relación con el poeta, no duda nunca en colaborar con él y en sus

⁸ Véase Cejudo, José, «Un enfado temporal de Juan Ramón y Zenobia posibilitó la publicación de *Platero y yo*», *ABC*, Sevilla, sábado, 25 de octubre de 1997.

⁹ Traducido en 1913 y publicado más tarde en *La Ilustración Española y Americana*, 15 de Agosto de 1915, p. 610.

¹⁰ Véase el estudio de José Manuel González, *Shakespeare y la Generación del 98. Relación y trasiego literario*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

cartas hablan de traducir juntos el *Rey Lear*, el *Sueño de una noche de verano*, *Macbeth*, *Hamlet* y más tarde, ya casados, *La tempestad*. También le interesa a ella traducir las adaptaciones para niños que los hermanos Lamb realizaron de las obras del clásico inglés con el título *Tales from Shakespeare*. A pesar de que en sus cartas parece que Zenobia había avanzado considerablemente en la traducción de todas estas obras, ninguna de ellas llega a publicarse y no se conserva en sus archivos más que un fragmento del citado libro de los Lamb, la versión inacabada de largo extenso *Venus y Adonis*, y los confusos borradores de los treinta y cinco primeros sonetos del poeta inglés¹¹.

En 1914 Juan Ramón es nombrado director de las ediciones de la Residencia de Estudiantes y poco después se interesa por la traducción de extensos ensayos biográficos. Comienza traduciendo y publicando la *Vida de Beethoven* de Romain Rolland, el cual había obtenido el Premio Nobel en 1915, pero su proyecto se trunca aquí y no publica, como había previsto, la biografía de Miguel Ángel —de la que llega a concluir un primer borrador— ni la de Tolstoi y Millet, escritas también por Rolland. Tampoco termina las *Memorias de Shelley, Byron y el autor*, compuestas por Edward John Trelawny, cuyo principio se conserva en sus archivos. Las cartas que cruza con Zenobia revelan que, además, ambos llegaron a concluir y tenían dispuesto para su edición en la Imprenta Clásica la traducción del libro de la duquesa Millicent Sutherland *Seis semanas en la guerra*¹³, también de corte autobiográfico. De este libro no quedó ningún rastro en sus archivos, sin que se sepa exactamente por qué razones esta traducción no llegó nunca a publicarse.

A la vista de estos datos, tan extraño resulta la repentina «afición» de Juan Ramón por los ensayos biográficos como su renuncia a continuar por este camino una vez iniciado. Cabe pensar que el poeta se embarca en estos proyectos por intereses más económicos que estéticos y, como demostró a lo largo de su vida, Juan Ramón no tenía ni voluntad ni capacidad para trabajar en aquello que realmente no satisfacía su espíritu. Cuando en 1916 la

¹¹ Véase Jiménez 2006.

¹² Madrid, Residencia de Estudiantes, 1915.

¹³ *Six Weeks at the War*, Londres, *The Times*, 1914.

editorial Calleja lo nombra director literario de sus nuevas ediciones consigue los ingresos regulares que necesitaba para casarse con Zenobia, y nunca más se planteará la traducción como medio de vida. Hasta podríamos concluir que, si alguna vez lo hizo, sólo fue por amor a Zenobia. Curiosamente será ella la que muchos años después, el 14 de mayo de 1951, apremiada por los rigores económicos a los que los condenó el exilio, firme un contrato con la Universidad de Puerto Rico para traducir folletos de divulgación científica¹⁴ durante un año por 200 dólares mensuales.

Sorprende, incluso, que Juan Ramón se comprometiera tan fiel y firmemente en la traducción de las obras de Tagore del que obtuvo de la editorial MacMillan derechos exclusivos para su traducción al castellano y entre 1915 y 1922 publicó hasta veintidós de sus libros. Sin duda esto fue únicamente posible por la laboriosidad, el tesón y la constancia de Zenobia, la cual realizaba el grueso del trabajo. Además, cuando ambos versionaron el primer libro de este autor ni siquiera imaginaban la inmensidad de su producción literaria, y Juan Ramón, a pesar de la enorme admiración que llegó a sentir por Tagore, terminó encontrando la tarea de traducirlo monótona y repetitiva. Al parecer su colaboración fue muy intensa en las primeras traducciones conjuntas, pero poco a poco fue dejando cada vez más tarea en manos de Zenobia y terminó por, en cierto modo, distanciarse de este trabajo, pues su propia obra y la atención a otros autores le requerían casi todo su tiempo. Por otra parte, a Juan Ramón le molestó profundamente que se viera en Tagore un precedente de su prosa lírica y se emparentara el novedoso y singular estilo de su popular *Platero*, que el poeta consideraba uno de sus mayores logros estéticos, con la obra del bengalí. Se defendió argumentando que él había iniciado la redacción de *Platero* en 1907, cuando ni siquiera había oído el nombre de Tagore y su obra era completamente desconocida en mundo occidental. «¿No será —dirá— que yo he inventado, en nuestra traducción, un Rabindranath Tagore andaluz, un R. Tagore parecido a mí?»¹⁵.

¹⁴ El contrato puntualiza que ha de traducir los folletos *The Basic Science Education Series*, revisar la versión castellana del libro *Common Human Needs* y traducir cuanto desde la Universidad se le solicitara.

¹⁵ Cit. Young 1995, p. 49.

Lo cierto es que, a pesar de estas contrariedades, en la traducción de Tagore encontrarán ambos un «trabajo gustoso» y a la vez inesperadamente rentable, ya que la traducción de *La luna nueva* venderá miles de ejemplares y sólo será comparable en su éxito al que Juan Ramón obtendrá con *Platero y yo*. En palabras de Gerardo Diego:

Mientras la poesía de Juan Ramón, la más pura y elevada de su definitiva manera, tropezaba con muchas incomprendiones y precisamente entre sus más habituados fieles de su primera etapa, la de Tagore se deslizaba como un aceite aromoso e impregnaba con facilísima suavidad telas y epidermis del ingenuo aficionado a la ilusión poética. Fue entonces cuando los libros de Tagore se agotaban y los del poeta de Moguer no se vendían sino lentamente, y fue también cuando empezó a circular la falsa especie de la influencia del poeta de Calcuta sobre el de Moguer¹⁶.

El propio Juan Ramón reconocerá a principios de los años cuarenta que las traducciones de Tagore les reportaban los beneficios que no siempre obtenía con su propia obra y, destaca sobre todo la importancia del trabajo de Zenobia. Dirá de ella:

Mi mujer ha trabajado siempre, soltera y casada, por una vocación innata, por altruismo, por gusto o por necesidad, y porque lo aprendió en los Estados Unidos, donde ella vivió de muchacha algunos años. Cuando yo conocí a mi mujer nos pusimos a traducir a Tagor [sic] por gusto primero, luego por gusto y porque un editor nos animó a hacerlo. [...] A mí siempre me ha gustado mucho trabajar junto con mi mujer. Ella me ha puesto siempre a máquina mi difícil escritura, hemos leído mucho juntos y colaboramos en las traducciones de Tagor. Además, y esto no es lo de menos, necesitábamos hacer varias cosas para vivir, ya que en aquella época mis libros no me daban un ingreso normal¹⁷.

Así pues Zenobia durante su noviazgo traduce incansablemente para Juan Ramón y lo continuará haciendo una vez casados. Y

¹⁶ Diego 1984, pp. 243-244.

¹⁷ Juan Ramón Jiménez 2009, pp. 630-631.

nótese que ella afirmará: «Yo le traduje a Juan Ramón *La luna nueva*», a Juan Ramón y no al público lector. Uno de los puntos habituales que tratan en sus cartas es esta colaboración que poco a poco va convirtiendo el trabajo conjunto en una complicidad vital e intelectual. Si bien en el futuro Zenobia, a decir de ella misma, se convertirá en la dactilógrafa del poeta, traducir con él implica un grado de mayor cercanía y cooperación. Ya en 1915 Juan Ramón le escribirá: «Yo quiero que, en el porvenir, nos unan a los dos nuestros libros. Así viviremos “aquí” siempre».¹⁸ Ambos encontrarán, por tanto, en el otro una respuesta sus respectivas inquietudes sentimentales e intelectuales y sus traducciones conjuntas serán el crisol que favorezca esta unión que será indisoluble hasta su muerte. Creo que es verdaderamente importante valorar esta circunstancia porque sólo cuando traducen juntos entretejen la autoría del texto que componen, aunque rara vez se muestren al público como coautores. De hecho, la única traducción que firman juntos será *Jinetes hacia el mar* de John Millington Synge, la cual publican en 1920 bajo el sello editorial «Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí de Jiménez. Editores de su propia y sola obra».

Tras su matrimonio en 1916 leer y traducir juntos se convierte una de sus actividades cotidianas. Juan Ramón, a pesar de los varios intentos que hizo de aprender inglés a lo largo de su vida, nunca consiguió dominar esta lengua con la suficiente solvencia como para poder conversar con fluidez, ni tampoco como para traducir sin ayuda. Zenobia lo salvará siempre de estas dos dificultades: la de acceder a autores angloamericanos apenas conocidos en España, y la no menos importante de comunicarse con su entorno cuando el exilio los obliga a residir desde 1939 a 1951 en Estados Unidos. Se podría decir que Zenobia traduce incansablemente *por*, *para* y también a Juan Ramón. Si me permiten la licencia, diría que es Juan Ramón, y no Tagore, el poeta más traducido por Zenobia.

Los testimonios que describen la vida del matrimonio en los Estados Unidos, uno de los cuales es el de la Prof. Graciela Palau de Nemes coinciden en afirmar la rapidez, habilidad y discreción con la que

¹⁸ Cit. Young 1996, p. 492.

Zenobia era capaz de traducir al poeta para que éste pudiera seguir cualquier conversación en inglés y participar en ella. Sin embargo, a pesar de la destreza de Zenobia, esta situación no podía equivaler en modo alguno a una fluida conversación en castellano y Juan Ramón se resentía en su nostalgia cada vez más aguda no sólo de su patria perdida, sino fundamentalmente de su lengua estancada. El 18 de septiembre de 1939, apenas comenzado su exilio, escribe Zenobia a Olga Bauer: «Yo aquí me siento en un nido y quisiera que J. R. compartiera mis sentimientos. Pero él es un hombre que ha perdido una patria sin ganar otra. No aprende el inglés y no quiere aprenderlo».

Cuando al poeta se le presenta la oportunidad de participar en distintas charlas y conferencias en la Universidad de Miami los problemas idiomáticos se van a hacer especialmente notorios. Estos ocasionales contactos directos de Juan Ramón con el público norteamericano no van a resultar siempre lo satisfactorios que pudieran haber sido, ni suponen exactamente una apertura del poeta al exterior. Sus conferencias suelen ser extensas, muy meditadas y perfectamente trabadas. La complejidad del pensamiento y la riqueza del vocabulario juanramoniano serán difícilmente seguidas por un auditorio universitario que muchas veces se está iniciando en el estudio de la lengua castellana, o que desconoce los pormenores de la literatura hispana y su historia. Un público que, además, a menudo se siente desconcertado, pues espera que el poeta los obsequie con un recital de sus propios versos, pero no con disertaciones sobre cuestiones sociales o literarias. Hay que recordar que Juan Ramón rarísima vez leyó sus poemas en público. El 2 de abril de 1939, después de las primeras visitas del poeta a la Universidad de Miami, escribirá Zenobia en sus diarios:

La desilusión más grande de ayer fue sentir que J. R. hablaba fuera del alcance de casi todas las profesoras presentes, no solamente por su falta de conocimiento de la literatura española, sino, en particular, porque no podían entender su variado vocabulario ni su pronunciación española. No hubo casi comentarios ni preguntas y para él eso es muy malo. Después de la conferencia, el profesor de francés se acercó y dijo: «Su esposo no leyó nada de su obra y apenas habló de él mismo». Yo dije: «Nunca lo hace». Y él me contestó:

«Muy pocos son así. Eso demuestra que es un hombre muy inteligente». Y yo: «Sencillamente, decente»¹⁹.

En consecuencia, cuando pronuncia en enero de 1940 sus primeras conferencias formales en la misma Universidad se decide leer simultáneamente una versión en inglés traducida por Zenobia.

Juan Ramón, no sólo sufrirá por la escasez de buenos interlocutores, sino por verse obligado progresivamente a rebajar la calidad de su idioma para poder así ser comprendido por hablantes poco diestros en él. En «Mi español perdido», serie que incluye en los «Diarios poéticos» de su libro *Guerra en España*, recogió el texto «Traducir mi español», donde refleja la «pesadilla» de tener que desvirtuar constantemente su idioma para lograr la atención de alumnos y hasta de profesores. En él dirá:

TRADUCIR MI ESPAÑOL

Y como yo tengo que traducirles en estas universidades mi español a otro español más sencillo y más lento para mis alumnos, maestros muchos de ellos, sigo a veces sin darme cuenta hablando como en la clase.

De pronto, como despertando de una pesadilla, me digo «¡Qué extraño, yo haciendo eso!»

Curiosamente este fragmento fue censurado cuando esta serie de reflexiones se publicó en *Ínsula* en 1950²⁰. Es posible que se viera en él una actitud insultante hacia el nivel cultural de las prestigiosas universidades norteamericanas.

En este sentido merece una especial mención el papel que la traducción conjunta desempeñó en un momento tan difícil para ambos como los primeros años de su exilio. En 1937, instalados en el Hotel Vedado de La Habana, Juan Ramón sin sus papeles, sin sus libros, sin recursos, al borde de la depresión que lo atenazó toda su vida, es literalmente salvado por el emotivo apoyo de los jóvenes poetas cubanos, la energía sin tregua de Zenobia y un

¹⁹ Camprubí, *Diario*, 2, 1991, p. 41.

²⁰ «El español perdido», *Ínsula*, Madrid, 49, 14 enero 1950, p. 1.

libro: *The Oxford Book of Modern Verse*, la antología editada por William B. Yeats en 1936, regalo de Inés Muñoz Poey la Navidad de ese mismo año, de cuyas páginas provienen la gran mayoría de los poemas que versionó tras su salida de España. La vieja costumbre de leer y traducir con Zenobia se transforma para él en un momento tan difícil en una armoniosa intimidad que lo retrotrae a lo que llamará «la España interior de los dos»²¹. El 11 de marzo de 1937 escribe Zenobia en sus diarios:

Juan Ramón está tan feliz después que trabajamos juntos. Esta mañana dijo: «Esto es lo único que vale la pena, este trabajo que hacemos juntos», y parecía muy contento. Qué bendición tenerlo suficientemente aislado como para que no piense en esta terrible tragedia que nos llena a los dos de inquietud²².

Y parece que ella no se equivoca y la impresión es acorde con la que tiene Juan Ramón. Para él la única felicidad posible resuena con el nombre de Zenobia en esos momentos de *trabajo gustoso* en los que puede palpar la complicidad y esa armonía que lo engrandece y disipa sus sombras al ver prolongado en ella su entusiasmo por idénticos valores. En los años cuarenta en contra de lo que pudiera pensarse se confiesa un hombre feliz, feliz en esos instantes en que Zenobia, él y su mutua vocación de entrega y trabajo se funden en una sola unidad. Así lo confiesa en *Tiempo*:

Ahora –dirá– llevamos los dos una vida muy fundida en lo mejor, trabajamos, paseamos, guisamos, oímos música, viajamos, leemos juntos. Tengo la suerte de que a ella le guste lo que a mí y de que llegue a todo y todo lo sienta. Estamos más cerca que en España y si no fuera porque a mí me falta España de este modo, y por lo que pasa en España y en el mundo, sería feliz en la medida que puede serlo el hombre interior²³.

De este modo el trabajo y, muy particularmente, la traducción tiene para Zenobia y Juan Ramón un componente de satisfacción

²¹ Jiménez 2009, p. 33.

²² Camprubí *Diario*, 1, 1991, p. 9.

²³ Jiménez 1986, p. 82.

que no se deslinda de su vida cotidiana y familiar, y que adquiere una relevancia fundamental en dos momentos cruciales de su existencia: su noviazgo y las dificultades de su exilio, pues son los dos momentos en los que más necesitan afianzar su unión. Primero porque ésta se estaba gestando y después porque circunstancialmente lo perderán todo y no se tendrán más que el uno al otro.

Hasta aquí he venido haciendo valoraciones en las que he incidido más en el papel que la traducción desempeñó en el desarrollo de la relación vital entre Zenobia y Juan Ramón que en la importancia que estas traducciones tienen en sí mismas. Por encima de apreciaciones biográficas, personales o sentimentales se superpone su calidad, su valor histórico y su trascendencia no sólo en la evolución estética del poeta que nos ocupa, sino en la introducción en las letras hispanas de autores prácticamente desconocidos que tienen en Zenobia y Juan Ramón lectores alerta y traductores pioneros en España. No debe olvidarse que Juan Ramón desde la publicación del *Diario de un poeta recién casado* fue considerado uno de los maestros fundamentales de la poesía contemporánea y a su casa acudían multitud de discípulos entre los más célebres, los componentes de la llamada «Generación del 27» a los que no dejaba nunca de recomendar encarecidamente la lectura de los autores que a los que él tenía un acceso de privilegio gracias a Zenobia.

A partir de 1916 las lecturas y versiones de autores angloamericanos, alemanes e incluso orientales traducidos al inglés o al francés, se convierten, como ya he mencionado, en una costumbre familiar que se inicia durante su luna de miel en Estados Unidos y se prolongará hasta la muerte de Zenobia. Entre los muchos proyectos de orden vital y laboral que el poeta intenta desarrollar en los años veinte, anota incluso listas que distribuyen por horas sus actividades diarias desde el aseo hasta las comidas. En un documento inédito conservado en Puerto Rico puntualiza: «De 5 a 7: un día traducción y su imprenta; otro envío de libros y arreglo de biblioteca»; y después de cenar a las nueve y media: «idiomas y lectura; hasta las 12». Este propósito de rigor obedece a la voluntad que tuvo el poeta de embarcarse a partir de 1918 en distintos proyectos de traducción, cuyo fin común ya no fue la obtención de beneficios

económicos sino la difusión en lengua castellana de aquellos autores extranjeros con los que sentía un vínculo estético –a los que llamó «huéspedes y bienhechores»–, homenajando así la impronta que habían dejado en su obra y reconociéndolos como maestros en su arte. Para ello siempre contó con la colaboración indispensable de Zenobia, que no sólo se ocupaba de hacer la primera versión castellana de los textos traducidos y pasar una y otra vez a limpio las distintas versiones que Juan Ramón elaboraba de cada uno de ellos, sino que actuaba como intermediaria en la obtención de derechos de autor y se ocupaba de todas las labores administrativas en las cuales el poeta no mostró nunca demasiada habilidad ni interés.

Juan Ramón desde su juventud había aspirado a publicar un volumen de traducciones poéticas con el título *Música de otros*, pero será tras su matrimonio con Zenobia cuando proyecte hasta tres completos planes editoriales de traducción que sucesivamente se van traslapando. El primero, datado hacia 1918, pretendía editar con título genérico *Teatro realista universal*, una colección de obras dramáticas desde los clásicos griegos hasta el teatro japonés, para lo cual quiso contar –además de con Zenobia– con colaboradores de renombre tales como Azorín, Unamuno, Baroja, Ortega y Gasset, Ayala, Antonio Machado, Gabriel Miró, José Moreno Villa, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Corpus Barga, Alejandro Plana, Pedro García Morales, Josep Carner y Gabriel Alomar. No obstante, sólo Zenobia realizó su parte comenzando a traducir a los irlandeses Synge y Yeats. Fracasado este primer intento, demasiado ambicioso, decide iniciar un segundo proyecto denominado *El jirjol y la espada*, una amplia selección de textos poéticos breves «minúsculas curiosidades y agrados», los llama, cuyo denominador común iba a ser la «Belleza». Zenobia será su única colaboradora y para ello crea, como hemos visto, el sello editorial «Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí de Jiménez. Editores de su propia y sola obra», donde aparece en 1920 *Jinetes hacia el mar* de John M. Synge. Aunque no hay más testimonios impresos en forma de libro, ya desde 1916 acostumbra a incluir traducciones breves en su obra –es el caso de Emily Dickinson y Robert Browning en el *Diario de un poeta recién casado*–, en sus cuadernos y en periódicos y revistas diversas, costumbre que continúa y afianza durante los años veinte y treinta. El aislamiento estético y comercial que suponía *El jirjol* y

la espada unido a un sinfín de complicaciones imprevistas, como, por ejemplo, la imposibilidad de obtener los derechos de autor de Yeats, Van Lerberghe o Robert Frost, dan al traste con este segundo gran proyecto. Se centrará entonces Juan Ramón en recoger todas las traducciones realizadas hasta el momento bajo el título *Otros, traducciones y paráfrasis*, que más tarde formarán parte de su Obra completa bajo el escueto epígrafe: *Traducción*.

Si bien en sus traducciones anteriores a 1916 predominan los poetas franceses, a partir de entonces se afianza una clara predilección por la poesía anglosajona que él certifica con la conocida expresión «Baja de Francia» que tanto le criticará Luis Cernuda²⁴. Fuera de toda duda está la definitiva influencia que ejerció Zenobia en este decidido cambio de gusto estético tanto directa como indirectamente. Por amor a ella viaja a Estados Unidos y toma fortuitamente contacto con el llamado imaginismo que proclaman Ezra Pound y Amy Lowell y publica a sus mejores representantes en la revista *Poetry*, a la cual se suscribe. Se reafirma también en su gusto por los románticos ingleses y norteamericanos como Shelley, Poe, Robert y Elizabeth Browning o Whitman. Poco a poco van entrando en su poesía, y por ende en sus traducciones los nombres de Blake, Yeats, Eliot, Pound, Robert Frost y un larguísimo etcétera de poetas contemporáneos al que Juan Ramón nunca hubiera tenido acceso sin la constante solicitud de Zenobia, que siempre suple sus deficiencias en el manejo de la lengua inglesa²⁵. Sin su paciencia, que continuamente bosqueja los poemas que a Juan Ramón más le interesan, se hubiera dificultado hasta límites hoy imprevisibles la amplia renovación de su estética que se consolida tras su viaje a Estados Unidos y lo convierte en uno de los principales introductores de la lírica anglosajona en las letras hispánicas. Estos primeros borradores unas veces son corregidos por Juan Ramón para la imprenta, y otras quedan olvidados en sus archivos sin posibilidad alguna de publicación, puesto que Zenobia termina puntual su parte, pero Juan Ramón no concluye nunca la suya. Son así muy numerosos los borradores en los que Zenobia traduce literalmente del inglés con la única finalidad de que

²⁴ Véase Cernuda 1970.

²⁵ Véase Jiménez 2006.

Juan Ramón comprendiera el contenido de los textos y perfilara después, según su parecer, la forma en la que éstos debían ser versionados en castellano. El poeta, sin embargo, también en los años veinte se embarca en la corrección de toda su obra y empieza a proyectar su edición completa, con lo cual, a menudo retrasa *sine die* otros proyectos como el de la traducción o, cuando vuelve sobre los textos, su primera impresión positiva sobre ellos ha cambiado y decide no continuar. Esto ocurrió, por ejemplo, con varios poemas de T. S. Eliot. Cuando conoció una parte de su obra hacia 1930 se entusiasmó con ella y tradujo inmediatamente tres de sus poemas: «Marina», «Som de l'escalina» y «La figlia che piange»²⁶, pero poco después aborreció su estética y será éste uno de los poetas más denostados por él²⁷. En consecuencia quedó arrinconada en sus archivos la traducción que Zenobia llegó a concluir de «Los hombres huecos» («The Hollow Men»). Lo cual viene a demostrar que alguna vez este poema verdaderamente interesó a Juan Ramón al igual que otros que se encuentran en el mismo estado, aunque no siempre podemos determinar con exactitud las razones por las cuales no concluyó su composición. De lo que no cabe duda es de que Zenobia cuando traduce estos textos lo hace indefectiblemente para Juan Ramón y para nadie más y como una metodología habitual de trabajo, puesto que ella nunca trata de impresionar al poeta con traducciones que aspiren a ser magistrales, sino simplemente prácticas. Revisando las primeras versiones que realiza nos damos cuenta de que trabaja para otro, para ser útil, para ayudar, para ser corregida, y no para ensanchar su *ego literario*, ni para ponerse jamás por encima de Juan Ramón. En su trabajo conjunto hay un sano equilibrio y tan consciente es ella de que nunca llegará a la brillantez expresiva del poeta, como él lo es de que sin ella su trabajo se haría inviable.

Cuando recopilé las traducciones de Juan Ramón para el volumen *Música de otros* (2006) evidentemente sólo incluí aquellos textos que el poeta había corregido, sin embargo la revisión de sus

²⁶ Publicadas el 15 de febrero de 1931 en el número 99 de *La Gaceta Literaria* (p. 3) con el título «Acento. Poemas (hora diversa) de T. S. Eliot». Reeditados en *Música de otros* 2006.

²⁷ Véase Young 1983.

archivos, tanto los conservados en Madrid como los de Puerto Rico, revela que el trabajo de Zenobia fue mucho más amplio del que Juan Ramón llegó a concluir. Es un trabajo interesante en tanto y cuanto revela los gustos del poeta y su evolución y nos ayuda a comprender el avance de su estética. Estos borradores son a menudo difíciles de catalogar porque Zenobia «olvida» anotar el autor o el título de los poemas y tampoco se guarda el original, con lo cual algunos de ellos son de autoría que aún no he podido determinar²⁸. Entre los que he catalogado hay evidentes sorpresas, además del ya mencionado poema de Eliot, se encuentran en sus archivos ocho poemas de Walt Whitman²⁹, tres de Robert Frost³⁰, dos de Goethe³¹, otros tantos de Thomas Hardy³², Heine³³ y Alice Meynell³⁴, y varios textos de E. Dickinson³⁵, Æ³⁶, Douglas Hyde³⁷, Robert Nichols³⁸, Frank O'Connor³⁹, Rudyard Kipling⁴⁰, Friedrich Hölderlin⁴¹ y Robert Louis Stevenson⁴², amén un cuento de Charles Dickens⁴³. Es posible que estas traducciones aún fueran

²⁸ Es el caso de los poemas que Zenobia titula: «Anteprimavera», «La muerte», «Réquiem», «Verso» y «Eterna claridad».

²⁹ «Gran is The Seen» («Grande es lo visto»), «While Behind All Firm and Erect» («Mientras detrás de todo firme y derecho»), «Unseen Buds» («Capullos no vistos»), «Mother and Babe» («Madre y niño»), «Beautiful Women» («Mujeres hermosas»), «Gliding Over All» («Deslizándose sobre todo»), «Pensive and Faltering» («Pensativo y vacilante») y «The Last Invocation» («La última invocación»).

³⁰ «Mending Wall» («Remendando la pared»), «After Apple-Picking» («Después de coger manzanas»), y «The Sound of Trees» («El rumor de los árboles»).

³¹ «Lied» de Wilhem Meister y «Gedichte. Talismane» («Dichos. Talismán»). Publicados en Soledad González Ródenas, «Zenobia Camprubí: dos versiones de Goethe para Juan Ramón», *Piedra del Molino*, núm. 7, Arcos de la Frontera (Cádiz), Primavera 2007, pp. 33-36.

³² «The Convergence of Twain» («La convergencia de los dos») y «In The Moonlight» («A la luz de la luna»).

³³ «An meine Mutter» («A mi madre») y «Wir saßen am Fischerhause» («Nosotros estamos sentados en la casa de pescadores»).

³⁴ «Soy el camino» y «Renunciación».

³⁵ «Succed is Counted Sweetest» («El éxito es estimado más dulce»).

³⁶ «Alegres».

³⁷ «Frio, agudo lamento».

³⁸ «Amor trágico».

³⁹ «Otoño».

⁴⁰ «Canción de cuna de Santa Elena»

⁴¹ «Hyperions Skiksaalslied» («Canción del Destino»).

⁴² Un fragmento de «Prayers Written at Vailima»

⁴³ «A Child's Dream of a Star» («El sueño de un niño con una estrella»).

muchas más y que se hayan extraviado o que Zenobia terminara deshaciéndose de ellas, dado que su estado de elaboración es tan rudimentario que, en su mayor parte, no son aptas para ser publicadas si no es como curiosidad filológica. Como pequeña muestra se adjunta en el «Anexo» un fragmento de la traducción del poema de Robert Frost «The Hill Wife» donde se puede seguir el proceso por el que pasaba el trabajo conjunto de ambos. Zenobia sólo hace una primera versión literal y el poeta corrige varias veces sobre ella hasta conseguir transmitir el efecto que desea: lo que llamaba «el acento», y no una equivalencia con aspiración a ser exacta ni en la forma ni en el contenido.

Con este sistema Juan Ramón llegó a versionar a una cincuentena de autores, a los que considera, al contrario que a Tagore *más suyos que de Zenobia*. No obstante, la colaboración de ésta es indiscutible desde que entra en su vida, e incluso será la artífice y participará en las versiones que de textos franceses hará en el exilio, como es el caso de sus traducciones de Baudelaire⁴⁴ y Élie Faure⁴⁵. A pesar de que Juan Ramón firma sistemáticamente sus traducciones distintas de Tagore con su solo nombre –con la excepción de «La casada del monte» de Frost–, quiso que en su volumen de traducciones constaran los nombres de todos sus ayudantes. Se reconoce abiertamente poco hábil en el manejo de lenguas extranjeras, y agradece la colaboración ocasional de Alberto Jiménez Fraud, Olga Bauer, Inés Muñoz Poey, Francisco Ayala, un conjunto anónimo de «americanos» y, por encima de todos, a Zenobia. En uno de los borradores para el prólogo de este volumen anota: «En muchas de estas traducciones me ha ayudado mi mujer, y aquí le dejo con ellas, mis gracias, como en tantas otras cosas».

Finalmente, como conclusión, me gustaría volver al principio. Tras revisar las versiones que hace Zenobia de los textos y las que consigue Juan Ramón después de pasarlas por el tamiz de su

⁴⁴ «La Musique» («La música»), publicado en *Música de otros* 2006 y *Guerra en España* 2009.

⁴⁵ Fragmento de *Histoire de l'Art. L'Art renaissant*, publicado con el título «Trozo del fresco *La reina de Saba*». Véase *Música de otros* 2006.

palabra, es posible que Zenobia tenga que seguir relegada a su papel de colaboradora y acaso no merezca un papel en solitario dentro de la historia de la traducción en España. Sin embargo, después de haber estudiado el trabajo de ambos también se hace claramente patente que sin Zenobia también sería muy difícil que Juan Ramón figurara hoy en ese *Diccionario histórico de la traducción en España*.

ANEXO

THE HILL WIFE V. THE IMPULSE

It was too lonely for her there,
And too wild,
And since there were but two of them,
And no child,

And work was little in the house,
She was free,
And followed where he furrowed field,
Or felled tree.

She rested on a log and tossed
The fresh chips,
With a song only to herself
On her lips.

And once she went to break a bough
Of black alder.
She strayed so far she scarcely heard.
When he called her—

And didn't answer — didn't speak—
Or return.
She stood, and then she ran and hid
In the fern.

He never found her, though he looked
Everywhere,
And he asked at her mother's house
Was she there.

Sudden and swift and light as that
The ties gave,
And he learned of finalities
Besides the grave.

(Robert Frost, *Mountain Interval*, 1916).

LA ESPOSA DEL CERRO

El Impulso

Era demasiado solitario para ella allí
Y demasiado silvestre.
Y puesto que eran sólo dos de ellos,
Y ningún niño.

Y el trabajo era poco en la casa,
Ella estaba libre.
Y seguía donde él zurcaba [sic] el campo,
Y derribaba árboles.

Ella descansaba sobre su tronco y echaba
Los frescos cachos,
Con una canción sólo para ella misma
sobre sus labios.

Y una vez ella fue a partir una rama
De cedro negro
Ella erró tan lejos, ella apenas oyó
Cuando él la llamó—

Y no contestó —no habló—
Ni volvió.
Ella estuvo quieta, y entonces ella corrió y se
en el helecho. [escondió

Él nunca la encontró, aunque él miró
En todas partes,
Y él preguntó en casa de la madre
(Si) estaba ella allí.

De repente y rápido y ligero como eso
Las ligaduras cedieron.
Y él supo de finalidades
Además (de) la tumba.

(Borrador de Zenobia, c. 1918).

LA ESPOSA DE LA COLINA

El impulso

Aquello era muy solo y muy salvaje para ella. Y como no eran más que los dos, y sin niños, y el trabajo de la casa era tan poco, ella estaba libre, y se iba adonde él labraba el campo o derribaba un árbol.

Y se sentaba en un tronco, y jugaba con las frescas astillas que saltaban, cantando bajito, sólo para ella.

Una vez que ella había ido a cortar una rama de un álamo negro, llegó tan lejos, que apenas oyó que la llamaba él. Y no contestó –¡silencio! ni volvió ya. –Se estuvo quieta, y luego salió corriendo, y se escondió por los helechos .

Él no la encontró nunca, aunque buscó por todas partes y preguntó en casa de la madre de ella. Así, tan de pronto, tan rápida y brevemente como se cuenta, los lazos se desataron; y él supo de otros finales que la tumba.

(*El Liberal*, Madrid, 1 de agosto de 1918, p. 1. Traducción firmada únicamente por Zenobia. En el Archivo Histórico de Madrid se conserva un manuscrito del texto casi idéntico realizado por Juan Ramón que demuestra su definitiva intervención en la versión publicada).

LA MUJER EN EL MONTE

El impulso

Aquello era muy solo y muy salvaje para ella. Y como no eran más que los dos, y sin niños, y el trabajo de la casa era tan poco, ella estaba siempre desocupada, y se iba adonde él labraba el campo o derribaba un árbol.

Y se sentaba en un tronco, y jugaba con las frescas astillas que saltaban, cantando bajito, sólo para ella.

Una vez que ella quiso cortar una rama de un álamo negro, se fue tan lejos, que apenas oyó que él la llamaba. Y no contestó

—¡silencio!— ni volvió ya. —Se estuvo quieta, y luego salió corriendo, y se escondió por los helechos—.

Él no la encontró jamás, aunque buscó por todas partes y preguntó en casa de la madre de ella. Así, tan de pronto, tan rápida y brevemente como se cuenta, sus lazos se desataron; y él supo de otros finales que la tumba.

(Recorte del texto anterior corregido por Juan Ramón. Al final del mismo modifica la autoría de la traducción y anota: «Z. C. A. y J. R. J.»).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CAMPRUBÍ, Zenobia (1991), *Diario. 1. Cuba (1937-1939)*, edición de Graciela Palau de Nemes, Alianza Tres-EDUPR.

CAMPRUBÍ, Zenobia (1991), *Diario. 2. Estados Unidos (1939-1950)*, edición de Graciela Palau de Nemes, Alianza Tres-EDUPR.

CERNUDA, Luis (1970), «Juan Ramón Jiménez (1942)», en *Crítica, ensayos y evocaciones*. Barcelona, Seix-Barral, pp. 173-193.

DIEGO, Gerardo, (1984), «Tiempo y música en Tagore» en *Crítica y Poesía*, Madrid, Júcar, pp. 227-252.

GÓMEZ, Ramuncho (1948), «Zenobia Camprubí: la gran compañera de Juan Ramón Jiménez», *El Hogar*, Argentina, año XLIV, núm. 2029, 3 de septiembre de 1948, pp. 10-11.

GONZÁLEZ RÓDENAS, Soledad y YOUNG, Howard T. (2005) «Introducción» a *Platero y yo* en Juan Ramón Jiménez, *Obra poética. Volumen II. Obra en prosa. Tomo III*, Madrid, Espasa-Calpe, págs. 430-461.

JIMÉNEZ, Juan Ramón (1986), *Tiempo y Espacio*, edición de Arturo del Villar, Madrid, EDAF.

JIMÉNEZ, Juan Ramón (2006), *Música de otros. Traducciones y paráfrasis*, edición de Soledad González Ródenas, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores

JIMÉNEZ, Juan Ramón (2009), *Guerra en España*, edición de Ángel Crespo y Soledad González Ródenas, Sevilla, Point de Lunettes.

NEGRÓN MUÑOZ, Ángela (1936), «Una hora de charla con Zenobia Camprubí de Jiménez», *Puerto Rico Ilustrado*, 31 de octubre de 1936.

YOUNG, Howard T. (1983), «Juan Ramón y T. S. Eliot: gustos y disgustos» en *Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del Centenario de Juan Ramón Jiménez*. Huelva, Instituto de Estudios Onubenses, pp. 625-631.

YOUNG, Howard T. (1995), «The Invention of an Andalusian Tagore», *Comparative Literature*, vol. 47, núm. 1, pp. 42-52.

YOUNG, Howard T. (1996), «In Loving Translation: Zenobia and Juan Ramón». *Revista Hispánica Moderna*, vol. 49, núm. 2, pp. 486-483.



10. El epistolario, espejo de la intrahistoria

Emilia Cortés Ibáñez

En el último cuarto del siglo XX hemos asistido a la aparición de otras formas de comunicación por medio de las nuevas tecnologías; hoy, el correo electrónico ha venido a ocupar, en cierto modo, el lugar que antes llenaba la epístola, con la finalidad de superar las barreras espacio-temporales. Bien entendido que la comunicación a través de Internet ha alterado profundamente nuestra percepción del tiempo y el espacio.

Actualmente, cada vez más, asistimos al rescate de cartas, a la publicación de Epistolarios de personas conocidas, importantes y, lejos de quedar relegadas al olvido, el interés que despiertan cada vez es mayor, interés en el público en general y en la crítica en particular.

Entendidas como un género menor, las cartas están muy valoradas por los estudios culturales, de gran auge en la actualidad, como documentos-testimonio. Así, la gran cantidad de situaciones que pueden establecerse entre emisor y destinatario

[...] hacen de lo epistolar un instrumento de articulación de la subjetividad a través de los tiempos, digno de estudio. [...] La utilización de la correspondencia ha contribuido a la interiorización de los valores de nuestra cultura, tanto en su carácter de experiencia “ordinaria”, cotidiana y privada [...] como de experiencia política, estatal¹.

Cada vez conocemos más cosas, más detalles de la existencia de Zenobia, sobre todo de la primera parte de su vida, antes de conocer al poeta. Estamos accediendo a esta primera etapa gracias a su abultada correspondencia. Las cartas nos vierten una información de primera mano y en gran medida subjetiva o, cuando menos, presentándonos los hechos con unos matices que la mayoría de las veces no son percibidos por las otras personas, simplemente porque el que escribe lo vive desde dentro.

¹ Esperanza BOUVET, 2006, p. 16. Esta interesante obra realiza un estudio profundo del tema.

Zenobia escribió muchas cartas y hemos llegado a bastantes de ellas, obviamente no a todas². Son muy variadas: amistosas, familiares, de trabajo, a editoriales, a escritores, relacionadas con su labor en el campo de la artesanía y antigüedades, etc. y muchísimas a su madre. Obviamente, ante tal cantidad de destinatarios los temas que aparecen en las cartas, testimonios de una época, son variados así como los registros lingüísticos empleados³.

El estilo de su comunicación epistolar es sencillo y directo en líneas generales y en numerosas ocasiones presenta características de la oralidad. Sólo en alguna ocasión se torna seudoliterario; estas cartas están escritas en inglés.

Para mostrar cómo las epístolas recogen el día a día, voy a detenerme en las dirigidas a un destinatario importante, muy conocido: Rabindranath Tagore⁴. Como veremos, las cartas “íntimas” de Zenobia son un medio importante para

[...] comentar sucesos y textos publicados, es decir, han servido para expresar cuestiones que no pertenecen al ámbito estrecho de lo íntimo, lo que muestra la connivencia de la carta y del universo intelectual de la cultura⁵.

No son muchas las cartas dirigidas a Tagore a las que he tenido acceso, sólo seis, pero nos permiten conocer detalles de la situación, además del sentir de Zenobia. La correspondencia entre ambos siempre fue en inglés.

² *El Epistolario* de Zenobia está en proceso de publicación; hasta el momento presente han aparecido dos volúmenes: Zenobia CAMPRUBÍ, *Epistolario 1. Cartas a Juan Guerrero Ruiz (1917-1956)*, Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez (eds.), Madrid, Residencia de Estudiantes, 2006 [Edición anotada, 693 cartas y 1.600 páginas]; y Zenobia CAMPRUBÍ – Graciela PALAU DE NEMES, *Epistolario 1948-1956*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Madrid, Residencia de Estudiantes, 2009 [Edición anotada, 120 cartas y 307 páginas]. Los volúmenes 3 y 4 están en preparación.

³ Véase CORTÉS IBÁÑEZ, 2008, pp. 83-109.

⁴ Para el trabajo de Zenobia como traductora véase GONZÁLEZ RÓDENAS, 2005; y GONZÁLEZ RÓDENAS, 2008, pp.193-121.

⁵ BOUVET, op. cit., p. 16.

Siguiendo lo expuesto por Sarramia⁶, la popularidad de Rabindranath Tagore en los EE.UU. y en el Reino Unido comenzó en 1912, un poco antes de ganar el Premio Nobel en 1913. En España no se le conocía; lo único que se sabía de él era lo vertido por Pérez de Ayala en *La Tribuna*⁷, con la traducción de algunos fragmentos de *Gitanjali*, y las traducciones a inglés de su obra, publicadas por MacMillan de Nueva York.

En 1913 Zenobia leyó en inglés *La luna nueva* y se dispuso a traducirla a español. En este tiempo conoció a Juan Ramón Jiménez, a quien mostró la traducción, éste la animó a continuar en el trabajo y se ofreció a revisarlo con el fin de que no perdiese belleza, además de incluir algún poema de creación propia. *La luna nueva* apareció el 31 de julio de 1915 pero el año anterior ya se habían publicado fragmentos de las traducciones en *La Lectura*⁸ y en *El Imparcial*⁹. En 1915 también aparecieron algunas traducciones de Tagore hechas por los Martínez Sierra¹⁰.

El libro tuvo mucho éxito, tanto que tres meses más tarde, el 20 de octubre, salió la segunda edición; incluía el poema de J.R. “Al niño indio de *La luna nueva*”. La traducción estaba firmada por unas discretas iniciales, “Z.C.A.”, que no eran otras que las de Zenobia Camprubí Aymar; quiso mantener el anonimato pero no lo consiguió porque María Martínez Sierra lo dio a conocer en su sección de

⁶ SARRAMÍA, 1986-87, pp. 8-24.

⁷ Los días 23 y 29 de agosto de 1913 (Véase Agustín COLETES BLANCO, “Un apunte sobre la fortuna de Tagore en España”, *Archivum*, núm. 48-49, 1998-1999, págs. 147-179), además de “Tabla rasa. Optimismo y pesimismo”, *La Tribuna*, 24 de octubre de 1913, pág. 6; en este artículo PÉREZ DE AYALA, desde Allentown, Pensilvania, se refiere al ensayo filosófico de Tagore publicado en *The Hibbert Journal* e identifica la India con el pesimismo y Grecia con el optimismo.

⁸ “Anochecer de julio, por Rabindranath Tagore”, *La Lectura*, año XIV, nº 159, Madrid, marzo, 1914, pp. 272-276.

⁹ *El Imparcial*, año XLVIII, nº 17.052, Madrid, 10 de agosto de 1914, p.4.

¹⁰ Véase Agustín COLETES BLANCO, “Más sobre Tagore en España: una traducción olvidada (inglés-español) de Martínez Sierra”, *Archivum*, núm. 50-51, 2000-2001, págs. 119-148; en su trabajo incluye las traducciones de “The Beginning”, “The Wicked Postman” y “Twelve o’clock”, versión de Zenobia y versión de María, además de un trabajo comparativo sobre las mismas.

*Blanco y Negro*¹¹, aunque de manera errónea porque dio “Zenaida” por Zenobia, así se lo contó J.R. a Zenobia en su carta del 16 de septiembre, miércoles, de 1915.

El 19 de agosto de 1915 aparecen poemas traducidos por Zenobia en la revista *España*¹²; el 12 de octubre en *Gil Blas*¹³; y en *Letras*¹⁴ en enero de 1916, en esta ocasión sin la firma de la traductora.

Zenobia se fue con su madre a Burguete (Navarra) y allí continuó con las traducciones, así lo confirma la carta de J.R. del 6 de septiembre: “Hasta que termine todo esto, no me mandes esas traducciones. Te avisaré. Estos días ha de ir todo un poquillo más despacio”. Unos días más tarde, el día 21¹⁵, J.R. le escribe:

Te tengo que dar un noticia. *Se ha agotado La luna nueva*. ¿No te digo que hemos de ser más ricos que Salomón? Hoy vinieron por 150 ejemplares, creyendo que tendría yo en casa. Estuve luego a ver a Müller¹⁶, que no está en Madrid. Viene el jueves. Hasta ese día no podré mandarle el certificado para Londres. Ese día también le propondré la nueva edición de *La luna nueva* pues estoy seguro que para octubre empezarán a pedir de todas partes, cuando ya el libro haya circulado. Pienso ahora hacer una edición de 3.000 ejemplares, puesto que el libro es un éxito. De esas 6.000 ptas. (el libro vale 4 y le damos a Müller el 50%), pagadas la imprenta (unas 1.000 porque, a medida que la edición aumenta, disminuye, en relación, su importe) y la propiedad (1.200), nos quedarán libres 3.800. ¿Qué dices? ¿Te gusta? Ya tú verás como un “poeta lírico” puede ganar tanto como otro “ser” cualquiera, por mucho que gane.

¹¹ MARTÍNEZ SIERRA, 1915, p. 26.

¹² *España*, año 1, nº 30, Madrid, 19 de agosto de 1915, p.9.

¹³ “*La luna nueva*, de Rabindranath Tagore”, *Gil Blas*, año 1, nº 38, Madrid, 12 de octubre de 1915, p.6.

¹⁴ *Letras*, año 1, nº 1, Rosario de Santa Fe, 1 de enero de 1916, pp. 13-14.

¹⁵ Fecha dada por Ricardo Gullón en su edición de Juan Ramón JIMÉNEZ y Zenobia CAMPRUBÍ, 1986, p. 91.

¹⁶ Müller era el representante o director de la Sociedad General Española de Librería, encargado de la edición de las publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

Zenobia, desde Burguete, se muestra muy alegre por la venta de *La luna nueva* y el 23 de septiembre le escribe:

¡Qué entusiasmo! ¡Quién iba a decir que se vendería el libro tan bien! ¡Qué suerte tenemos! Ya ves como Dios nos está protegiendo desde el comienzo. Ya lo creo que vas a tener que hacer otra edición. ¿Sabes a donde me gustaría mandar? A Puerto Rico¹⁷. Me parece que la gente allí cogería el libro con verdadero entusiasmo. Claro que hay toda la América del Sur pero yo sé más de Puerto Rico, o por lo menos, más de simpático. ¿Para dónde te pedían 150? La mayor parte de la gente que quiere el libro no lo tiene todavía y figúrate si falta gente aun por volver a Madrid y Barcelona.

Zenobia, mujer activa y ordenada, continúa con su trabajo de traducción, actividad que, en cierto modo, es un escape cuando no se siente a gusto en su contexto. Así ocurre cuando escribe desde Nueva York, el 24 de diciembre de 1915, adonde su madre la había llevado para alejarla del poeta:

Mi vida encogida de Madrid me ha hecho más dispuesta a sacrificarme para los demás pero también me hace rutinaria y enfundada en el convencionalismo estrecho de mis pobres padres que no tienen un horizonte intelectual muy amplio que digamos. Traduje anoche cinco poemas, sintiéndome completamente feliz y deseando todo el tiempo que estuvieras a mi lado.

El año 1916 fue un año sin actividad en el terreno de las publicaciones; el 2 de marzo se casaron en Nueva York y regresaron a España en el mes de junio. En 1917 aparecen cuatro nuevos títulos¹⁸ traducidos, con buena aceptación por parte de la crítica; entresaco unas líneas de lo escrito por Margarita Nelken¹⁹:

¹⁷ Señalo el tono premonitorio de las palabras de Zenobia. Puerto Rico la acogerá en el futuro y allí morirá.

¹⁸ *El jardinero, El cartero del rey, Pájaros perdidos y La cosecha*.

¹⁹ Margarita NELKEN, 1917, pp. 11-12.

La obra de la traductora no se puede comparar, claro está, con la del poeta; pero la sigue y se hace inseparable de ella, y ya nosotros no podemos pensar en la obra de Juan Ramón Jiménez sin pensar en la paz que a esta obra da el espíritu de paz, de alegría tranquila y de espontaneidad de Zenobia Camprubí.

En 1918 aparecen ocho nuevos títulos²⁰. Cuatro²¹ más en 1919; dos²² en 1920; uno²³ en 1921; y dos²⁴ en 1922. En 1931 han publicado veintidós tomos de Tagore y Juan Ramón tiene una idea clara de lo que quiere hacer:

[...] reunir todo lo que su mujer y él han traducido, que hoy son 22 tomos, en unos 12 volúmenes que se publicarían como Obra escogida de R. Tagore. Las obras de tipo filosófico indio y las novedades grandes que ha dado después no tienen tanto interés en Europa y, además, él está ya dispuesto –a los 49 años– a dedicar su tiempo solamente a su obra. Lo que sí llevará esta colección será un tomo de Apéndices muy interesante, que formará con lo demás un conjunto armónico, muy agradable²⁵.

Pero, mientras todo esto ocurría ante la sociedad, ¿cómo se desarrollaban los acontecimientos en la intimidad de la casa de los Jiménez?

Zenobia estaba encantada con el trabajo de traducción de la obra del poeta indio y deseaba fervientemente cambiar impresiones con él, conocerlo porque presentía que sus almas –las de Juan Ramón y ella– estaban en la misma onda que la de Tagore. En las cartas a Tagore se ven claramente las dos dimensiones que articulan lo epistolar: la ilusión de un acercamiento y la realidad de una separación, es decir, presencia / ausencia. Ausencia que en el

²⁰ *El asceta, El rey y la reina, Malini, Ofrenda lírica, Las piedras hambrientas, I, Las piedras hambrientas, II, Ciclo de la primavera, El rey del salón oscuro.*

²¹ *Sacrificio, Morada de paz, Regalo de amante, Chitra.*

²² *Mashi, Tránsito.*

²³ *La hermana mayor.*

²⁴ *La fujitiva, I, La fujitiva, II.*

²⁵ GUERRERO RUIZ, 1998, p. 193.

discurso epistolar no puede ser superada, a pesar de que la meta de la epistolaridad es suplir dicha ausencia.

Así, el 13 de agosto de 1918, desde Castellana, 18 -su dirección de soltera que seguía utilizando para el trabajo y los negocios- escribió a Tagore:

Mi querido Sir Rabindranath Tagore²⁶:

He estado escribiéndole durante tanto tiempo con la imaginación y han sido tantas las cartas que he escrito que ahora, cuando realmente me siento a escribir, no me doy cuenta de que ésta vaya a llegar a usted y sé que no le diré nada en absoluto de todas las cosas que he pensado durante cuatro años. Mi marido siempre me ha dicho “No escribas. No ves que Rabindranath Tagore no nos conoce. ¿Qué le va a decir una carta? Espera a que acabe la guerra y entonces iremos a verlo a Inglaterra, si está allí, y si no, a la India, a su escuela. Que sería mejor”. Pero la India está tan lejos y el tiempo pasa y nunca nos encontramos y he perdido para siempre la ilusión de comunicarme directamente con usted, al menos una vez. Cuando pienso en todas las maravillosas almas, a través de los siglos, y en que podría haber tenido la bendición de sentarme por un momento en su presencia, la idea de que, ahora, existe esa alma en el mundo y que estoy

²⁶ Incluyo seis cartas dirigidas a Sir Rabindranath Tagore, que fueron publicadas por SARRAMÍA RONCERO, 1983, pp. 134-156. Transcribo y traduzco de los originales, que se encuentran en la Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez, de Puerto Rico. La correspondencia entre Zenobia y Tagore siempre fue en inglés. Esta carta apareció publicada con anterioridad a la publicación de Sarramía, formando parte de una selección de cartas -todas en inglés- dirigidas a R.Tagore y remitidas por: William Rothenstein, Ernest Rhys, Stopford A. Brooke, Harriet Monroe, Susan H. Owen, N. Roerisch, Helen Meyer-Franck, W.W. Pearson, C.F. Andrews, Sylvain Levi, M. Winternitz, Carlo Formichi, Andrée Karpeles, además de la remitida por Zenobia; sólo aparece una carta de cada uno de ellos y el motivo de publicarlas es, en palabras de su editor -del que no aparece el nombre-, para que nos hagamos una idea del impacto que tuvo la personalidad de Tagore en las mejores mentes de Occidente (*The Visva-Bharati Quarterly*, 1961, pp. 1-21 [carta de Zenobia en pp. 6-7]). Con posterioridad, CAMPOAMOR GONZÁLEZ (1988) también se ha detenido en la correspondencia de Zenobia y Tagore.

dejando pasar el tiempo sin apresurarse para tocar la orla de su manto²⁷, es insoportable.

No le he contado a mi marido que escribo esta carta porque, si usted no me contesta, él se sentirá triste y decepcionado y prefiero mantener estas cosas para mí, si tienen que ser, pero, si usted me contestase, entonces la alegría sería para los dos.

Hace más de tres años que empezamos a traducir su obra y deseamos, cuando todas las ediciones estén terminadas, poder ir a la India y llevárselas y pedirle si usted tiene tiempo o, si no, a uno de sus amigos que lo conozca muy bien, nos ayude a hacer una edición nueva y perfecta comparándola con los originales bengalíes. Desgraciadamente no sabemos bengalí y, probablemente, no hay en España quien sepa. Pero hay tal similitud de sentimientos y condiciones entre la India y Andalucía que todos los andaluces sienten que usted habla de su hogar. Indudablemente a usted se le lee mucho más en Inglaterra y en los Estados Unidos pero no creo ni por un momento que usted sea tan profundamente sentido como por nosotros. Aquí, sus lectores lo aman tan ardientemente y con tanta comprensión que creo que usted se conmovió mucho si lo viese.

Todos nosotros deseáramos tener idea de la música de sus canciones pero parece que no hay posibilidad de escucharlas, y los poemas están completamente llenos de música. Los jóvenes compositores que conocemos todos tienen sus canciones favoritas inspiradas en sus poemas. Falla, nuestro brillante y sentimental compositor, nos dijo, cuando lo vimos últimamente, que él se había emocionado tan profundamente con *El cartero del rey* que había empezado una composición inspirada en él. *El cartero del rey* ha tenido una atracción para los españoles más profunda que cualquier otra, excepto *La luna nueva*²⁸. La ternura de todo lo que se refiere a la infancia lo ha hecho a usted más querido.

²⁷ En clara referencia a la Biblia: Lucas, 8: 40-56, "La hija de Jairo y la hemorroísa" [Lucas, 8: 44].

²⁸ Véase *Gil Blas*, 1915, p. 6.

Estamos constantemente recibiendo muestras de profundo afecto hacia sus trabajos y yo siempre he querido enviárselas enseguida pero no sé si significarían mucho para usted [...]

Querido Sir Rabindranath, deseo no haberlo aburrido con esta larga carta; cuando pienso en su amabilidad para con todos los seres humanos, deseo que me conteste y estaré esperando durante largos días mientras mi carta viaje a la India, dos veces largos, como Amal²⁹, con todo mi corazón en la espera.

Zenobia Camprubí de Jiménez

Vemos claramente cómo para Zenobia la carta suple la ausencia de Tagore.

Las críticas que recibieron las traducciones de Zenobia fueron buenas y abundantes, como lo prueba la prensa diaria. Ortega y Gasset publicó las suyas³⁰ en *El Sol* en los meses de enero, febrero y marzo de 1918; de ellas recojo las siguientes líneas:

[...] y ambos juntos traducen poetas lejanos, esto es, se dedican a hacer en España el contrabando de la poesía. Pues no otra cosa que contrabando es introducir en nuestro país mentefacturas poéticas, si se advierte que los españoles solemos adoptar ante el lirismo una actitud de carabineros.

El 27 de octubre de 1918, desde Santiniketan³¹, Tagore le escribe:

Querida Sra.:

Estoy profundamente emocionado al saber por su maravillosa carta que tengo lectores en su país que verdaderamente aprecian mis escritos. Creo que hay algo similar en la atmósfera

²⁹ Amal es el niño huérfano y enfermo, protagonista de *El cartero del rey*.

³⁰ ORTEGA Y GASSET, 1957, pp. 13-24.

³¹ Santiniketan, pequeña ciudad cerca de Bolpur, a unos 180 km. al norte de Calcuta, India, donde Tagore escribió parte de su obra. Aquí creó su escuela que, después de conseguir el Nobel en 1913, se convirtió en la Universidad Visva-Bharati.

y en los aspectos físicos de su país natal y del nuestro que pone mis palabras cerca de sus corazones. Y esto produce en mí un fuerte deseo de visitar su país y posiblemente vaya a Europa cuando termine esta guerra.

Sinceramente suyo.

Rabindranath Tagore

Ya sabemos de la afición de Zenobia a la escritura, lo demuestra una vez más en la correspondencia con Tagore, siempre cartas extensas. En la siguiente que le escribió, 10 de julio de 1919, se muestra vehemente, nada tibia en sus sentimientos; como casi todas, es un buen exponente del título de este trabajo que presento hoy, “El Epistolario, espejo de la intrahistoria”. La activa Zenobia trabajando siempre en varios frentes a la vez, decide al lado de Juan Ramón poner en escena *El cartero del rey*, la obra de Tagore que habían traducido. Esta carta de Zenobia dice así:

Su ansiosamente esperada carta llegó el pasado noviembre mucho antes de lo que esperaba y fue recibida con gran regocijo. Nunca pensé que tardase tanto en contestarle pero este invierno las enfermedades han sido verdaderamente una plaga en esta parte del mundo, que a mi familia también le ha tocado compartir. Fui víctima de la epidemia en noviembre y no estuve bien de nuevo hasta enero, entonces fue el turno de mi marido y finalmente mi querida madre ha estado a las puertas de la muerte. Ha sido una larga y ansiosa lucha antes de que pudiese sentirme realmente fuerte y feliz de nuevo. Por fin, cuando estaba libre de toda esta preocupación, me he atrasado durante varias semanas para darle los últimos y definitivos detalles sobre la obra (de teatro) de *El cartero del rey* en España y Sudamérica. He escrito a MacMillan y a French³² y por fin todo está en orden. Siento tener que admitir que el teatro en España tiene poco arte. Así las cosas, sin duda no hay otra Compañía teatral en España del nivel que la de los actores que van a interpretar *El cartero del rey*. Además, se han encargado de producir la obra sin pensar en el provecho

³² Samuel French Inc., agente literario, con sede en 52 Fitzroy Street, London.

material sino con la idea de instruir a la audiencia de habla hispana en una más alta comprensión del arte y, si un teatro puede hacerlo, ése es el de La Princesa³³, por la excelente posición que ocupa en el aprecio del público en general y del más exigente público en particular. La Compañía de Guerrero-Mendoza trabaja en invierno en su propio teatro en Madrid, hace giras por provincias en primavera y, cuando llega el verano, navega al hemisferio sur y trabaja en las Repúblicas Latinoamericanas en el invierno de ellas. Le cuento todo esto pensando que probablemente a usted le gustará saber quién va a producir *El cartero del rey* y dónde. Hay todavía otra cuestión, cómo se va a presentar. The Irish Players³⁴ nos han enviado directrices para una puesta en escena simple y sencilla; en los trajes intervine yo. Estamos tan lejos de la India que sé positivamente que ellos [la Compañía] nunca encontrarán nada real si no se les ayuda. Estoy segura de que vamos a tener el lujoso orientalismo que hemos repetido en Europa durante generaciones y mostrado en ridículas ilustraciones de orientales (¿?)³⁵ historias. Por ello, intervine y les rogué “¿Me permiten preguntar a Sir Rabindranath Tagore sobre ello?”. Naturalmente, aceptaron y por eso escribo esta carta y me pregunto si a Sir Rabindranath Tagore le preocupa suficientemente todo esto y si está contento de que nosotros queramos sólo lo mejor para la producción de sus obras de

³³ El Teatro de la Princesa de Madrid, situado en Tamayo y Baus, 4, fue inaugurado el 15 de octubre de 1885, con la puesta en escena de la comedia *Muérete y verás*, de Bretón de los Herreros, y del sainete *El corral de comedias*, de Tomás Luceño, a cargo de la Compañía de Emilio Mario. Fue construido por el marqués de Monasterio con la idea de que fuese el teatro más selecto de la época pero el luto, tras la muerte de Alfonso XII, lo llevó a dificultades económicas. Posteriormente, en 1908, fue comprado por el matrimonio Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero -Compañía Guerrero-Mendoza- y vivió una etapa de esplendor. Al morir María Guerrero, en 1928, el teatro fue comprado por el Estado español y tomó el nombre de María Guerrero en 1931. En 1934 el Gobierno de la II República hizo una concesión gratuita del teatro a Cipriano Rivas Cherif para sede de su Teatro Escuela de Arte. Al estallar la guerra civil fue cerrado, en 1940 fue nombrado Teatro Nacional y desde 1978 es la sede del Centro Dramático Nacional. Su última remodelación tuvo lugar en 2003.

³⁴ The Irish Players, Compañía teatral que representó obras de Tagore y actuó en el Abbey Theatre de Irlanda.

³⁵ El signo de interrogación es de Zenobia.

teatro para hablantes de lengua española, o si se dice a sí mismo “Deseo gente que no sea tan pelma y que me deje tranquilo”. Si yo conociese a alguien más en la India podría haberle escrito pero he pensado que como *El cartero del rey* fue representado en Santiniketan, alguno de los maestros podría duplicar los trajes y enviárnoslos. He hablado con el director de escena y me ha dicho que el mejor y más corto camino sería pedirle a usted que me envíe un cable con la suma necesaria y él puede darle a usted la respuesta por cable enseguida. El cable naturalmente para cubrir sus gastos de comunicación, trajes y envío y, si fuese más conveniente pagar al destinatario, no nos importaría.

Zenobia es consciente de que pide mucho pero no le importa y sigue:

Y aprovechando que estoy pidiendo tanto, voy a hacer una petición para mí, que me envíen la edición de sus trabajos de Bolpur en la caja con los trajes porque ¿cuándo tendré otra oportunidad de que me manden esos maravillosos libros sin que se golpeen y con los cantos sin estropear? Todo esto incluido en el cable. Si piensa que mi petición es una molestia, ¿le importaría cablegrafiar “Camprubí, Castellana 18, Madrid, España. No”, y así sabremos que tenemos que preparar nuestros propios trajes aquí? Ahora deseo saber lo que usted piensa sobre ello porque estoy muy entusiasmada y sería una gran diferencia [el vestuario]. ¡La idea del color es tan maravillosa en las ilustraciones indias de sus libros! Pienso que eso es lo que me ha animado a intentar conseguir los trajes desde la India.

No olvida detalle, continúa:

Me gustaría poder tener una lámpara india para ponerla en el suelo cerca de la cama de Amal y, si pudiese saber los tonos de la llamada del apuntador, cuando grita: “Requesón, etc.”. También si el gong³⁶ del vigilante en la India tiene un sonido

³⁶ SARRAMÍA (“Zenobia Camprubí-Hispanic Link of Rabindranath Tagore”, 1986-87, cit., p. 146) transcribe “song” en lugar de “gong” -palabra escrita por Zenobia-. No hay lugar a dudas que la correcta es “gong”, tanto por la grafía como por el contexto.

especialmente melodioso y, si no es muy grande, ¿usted cree que valdría la pena traerlo también? ¡Son tan importantes los sonidos para crear ambiente! ¿Y en qué deberían estar las flores de Sudha³⁷?

Obviamente, los actores tampoco escapan a sus opiniones:

Amal será representado por una muy joven (14 años) sobrina de María Guerrero, a propósito de cuyo debut hay mucha expectación. Se dice que es muy buena actriz y que su intervención en *El cartero del rey* será su primera aparición en Madrid. La temporada empieza con su presentación, va a ser un gran acontecimiento para todos los que lo amamos. Naturalmente, si una cosa tan buena como su visita a España, a la que se refirió en su carta, fuese cierta, nosotros esperaríamos el tiempo necesario con el fin de trabajar bajo su dirección. No quiero pensar en esa posibilidad porque una vez pensé que usted iba a venir y no vino y yo tendría un amargo desengaño. Bien, la gran guerra³⁸ ha terminado, quién sabe por cuánto tiempo pero por ahora ha terminado, y usted dijo que pensaba venir a Europa cuando eso ocurriese. ¡No está muy lejos Londres de Madrid!

Mi marido y yo le agradecemos sinceramente su preciosa carta y espero que no tardemos demasiado en tener la alegría de conocerlo personalmente.

Zenobia Camprubí de Jiménez

La puesta en escena de *El cartero del rey* se fue aplazando, el anunciado viaje de Tagore a España nunca llegaba y, el 12 de noviembre de 1919, Zenobia escribe nuevamente a Tagore:

³⁷ Sudha, niña que vende flores, personaje de *El cartero del rey*.

³⁸ Sarramía (“Zenobia Camprubí-Hispanic Link of Rabindranath Tagore”, 1986-87, cit., p. 147) transcribe “now” en lugar de “war” -palabra escrita por Zenobia-. Nuevamente no hay lugar a dudas, la transcripción correcta es “war”. Una muestra de la confusión a la que a veces puede llevarnos el bilingüismo es la expresión de Zenobia “the big war”, cuando en realidad en lengua inglesa es “the great war”.

Me pregunto si hay esperanza de que usted venga. Dijo que cuando la guerra terminase, pero ¡qué lejana está la paz! Quizás quiera descansar y viajar y pensé que su obligación sería estar [en India]. Es bueno que haya una voz con autoridad tanto en Occidente como en Oriente. Sin embargo para nosotros es triste no verlo. Si supiésemos positivamente que usted iba a venir, aplazaríamos la representación de su obra indefinidamente. Somos bastante egoístas y pensamos que la obra y los libros (de los que hemos editado o traducido dieciséis volúmenes) son lo más importante de su venida. Cuánto desearía que fuese una realidad. Hasta tal punto usted es parte de nuestras vidas, y vivimos con nuestro trabajo tan entrelazado al suyo, que nunca me perdonaría no verlo por lo menos una vez. Lo que más me gustaría de todo es encontrar un rinconcito en el que estar durante unos minutos en Shantiniketan, si tal cosa fuese posible, pero ahora que mi madre está tan delicada sería imposible también para nosotros. Desearía que me diese el consuelo de escribirle de vez en cuando, cuando lo necesite [...].

Los trajes para la obra no le son enviados y Zenobia se queja a Tagore en otra carta. El 12 de diciembre de 1919 escribe nuevamente:

[...] Deseamos que venga a Europa y que podamos verlo. En mi carta le decía que si pensase venir a España, nosotros pospondríamos indefinidamente la producción de la obra hasta que usted viniese. Mr. Gide³⁹ ha escrito que él también ha traducido *El cartero del rey* y que va a ser representada por Jacques Copeau⁴⁰ en el teatro del *Vieux Colombier*⁴¹.

³⁹ André Gide (París, 1869-1951), escritor francés, Premio Nobel 1947. No fue ésta la primera traducción que hacía André Gide, con anterioridad había traducido *L'offrande lyrique (Gitanjali)*, París, Nouvelle Revue Française, 1914.

⁴⁰ Jacques Copeau (París, 1878-Beaune, 1949), actor, director, productor y crítico teatral de varias revistas, entre ellas *La Nouvelle Revue Française*. En 1913 fundó en París el Teatro *Vieux Colombier*; fue productor de la *Comédie Française* de 1936 a 1941.

⁴¹ El Teatro *Vieux Colombier* de París está situado en el Barrio Latino y fue inaugurado en 1913. Nació vinculado a la *Nouvelle Revue Française* de Gallimard, Gide y Copeau. En 1919 leemos: “Un espíritu poderosamente organizador, una inteligencia de primer orden anima este admirable centro de

Afortunado Gide por tener el teatro del viejo Colombier y a Mr. Lennox Robinson⁴² con sus Irish Players. Yo tampoco lo he visto pero he leído y visto los dibujos, y me parece que representan lo que uno desea y no tiene. ¿Quién sabe? Quizás los veamos y descubramos que lo que deseo existe sólo en sueños pero ciertamente deben de estar cerca de la realidad. No quiero desacreditar a mi gente y menos a los actores. *El cartero del rey* tendrá música de cámara al estilo español, los músicos tendrán más cuidado y gastarán más dinero que nadie, su popularidad no tiene rival en España y en los países hispanoamericanos. Cuando regresen de sus giras anuales transatlánticas vendrán colmados de honores y su aparición en Madrid será un acontecimiento social. Pero en España estamos todavía en esa fase en que se supone que la complejidad del detalle ingenioso es la más alta condición. Intenté evitar lo “fastidioso” cuando escribí al Sr. Lennox Robinson para poner en escena sus indicaciones (consejos) e intenté obtener los trajes de la India, y de esta manera evitar tener toda la representación en manos de personas en las que no confío. Sin embargo, he aquí nuestro gran consuelo: los actores españoles son completamente inconscientes y naturales en el escenario, no sobreactúan como algunos actores franceses, yo los he visto y no están ni tensos, ni afectados como la mayor parte de los actores ingleses. No puedo permitirme estar decepcionada de esta manera [...]

actividad artística: Mme. Jane Bathori-Engel, la maestra del nuevo arte vocal francés. Mme. Bathori es para el nuevo género de la canción en Francia lo que Ricardo Viñes fue para su nuevo arte pianístico. [...] Las representaciones del “Vieux Colombier” constituyen lo más nuevo y avanzado en criterio teatral que se hace hoy día en Francia. La escenografía del *Jeu de Robin et Marion* -la primera ópera cómica francesa, con música a base de aires populares, compuesta por Adam de la Halle, en el siglo XIII-, estuvo dirigida por Fernand Ochsé[...]” (SALAZAR, 1919, p. 12). En los años 20 ofrecía conciertos infantiles, con explicación de las canciones ofrecidas (Véase MORLA LYNCH, 2008, p. 45). En la actualidad es uno de los tres teatros en los que trabaja la Comédie Française, Compañía Nacional Francesa de Teatro.

⁴² Lennox Robinson (Douglas, 1886-Dublín, 1958), dramaturgo, director y productor irlandés. Su primera obra, *The Cross Roads*, se representó en 1909 en el Abbey Theatre. Fue director de este Teatro de 1910 a 1923 y envió a Zenobia indicaciones para la puesta en escena; mantuvo con ella una relación cordial.

[...] Puesto que vivimos una vida de ciudad multitudinaria, nos quedamos cada noche hasta la 1 porque es el único rato en que la casa está tranquila, ¡¡¡sin una pianola o un fonógrafo!!! sonando, y en este tiempo llevamos nuestra vida más real y agradable, cuando los dos estamos entre trabajo, lectura o creando castillos en el aire. En esos ratos mi marido a menudo me cuenta cosas para usted o planes de trabajo relacionados con los suyos, por eso, cuando escribo, mis cartas se componen de lo que él y yo queremos decir. Él le habría escrito hace mucho tiempo si escribiese inglés pero está empezando ahora a entenderlo. Está obsesionado con el deseo de oír el sonido de las palabras y música del original bengalí y eso le molesta mucho [...] ⁴³.

Zenobia había escrito al director irlandés Lennox Robinson y le había pedido indicaciones para la representación de *El cartero del rey* en España, indicaciones que Lennox le envió y son las siguientes:

El cartero del rey. Producido por el Abbey Theatre, Dublín. Acto 1. La escena se desarrolla fuera de la casa. Las paredes de la casa son color crema, no hay luz dentro y la puerta y la ventana son dos parches oscuros. Al nivel de la ventana hay un asiento amplio en la parte interior, en el que Amal está sentado y habla a la gente que pasa. Poner la mayor cantidad de luz -blanca y ámbar- para conseguir el efecto de sol brillante. Los personajes pasan a lo largo del camino desde un lado o de otro, el padre entra [en escena] desde la casa. Acto 2. La escena se desarrolla dentro de la casa. La misma ventana y la misma puerta pero naturalmente vistas desde dentro, han cambiado los sitios. Es de noche y la luz es tenue -ámbar-. Una lámpara india parpadea en el suelo. Una cama -que sólo levanta del suelo seis pulgadas- está en un lado y Amal está tumbado en ella. El decorado del fondo que se ve a través de la ventana es azul oscuro con luz verde que hace el efecto del cielo por la noche. La chica al final de la obra habla a través de la ventana y no entra a la habitación. [Manuscrito:] Lennox Robinson ⁴⁴.

⁴³ No he tenido acceso a la página siguiente.

⁴⁴ A.H.N., 35/72.

Y finalmente llega el estreno, el 6 de abril de 1920, casi sin ser anunciado y tras muy pocos ensayos. La función recibió aplausos pero los auténticos triunfadores de la misma fueron: Tagore, Vázquez Díaz y Zenobia. Hubo dos funciones más, el 7 por la noche y el 8 por la tarde. Y el 9 de abril, Zenobia, profundamente triste, escribe a Tagore

Está usted tan lejos que ¡es muy difícil escribir sin saber si recibe las cartas! Ayer estuve en el teatro viendo *El cartero del rey*, *The King's Carrier*, como llamamos a *The Post Office* en su forma española, y siento como si debiese limpiar el polvo de sus pies,⁴⁵ le pido me perdone por haberme permitido semejante sacrilegio, permitir que *El cartero del rey* caiga en las manos de esos miserables murmuradores⁴⁶. Cuando regresé a casa, lloré. Juan Ramón y yo hemos vivido en una pesadilla durante los últimos diez días tratando de evitar cosas y hemos aprendido la amarga lección de que no hay que echar perlas a los cerdos⁴⁷. El encargado, primero “perdió” todas las indicaciones de escena que Mr. Lennox Robinson me envió con tanto entusiasmo, diciendo que estaba encantado de ayudar en todo lo que se refiera a usted. El director de escena no hizo nada con esas guías, sólo quejarse de que no eran suficientes. Pretendía que el escenario estuviese invadido por ineptos. Después de esto nos pusimos extremadamente nerviosos y suspicaces por los resultados e insistimos en tener nuestro propio pintor⁴⁸. La organización lo permite puesto que le pagamos nosotros. En el último momento se cambiaron la mitad de los decorados y del vestuario. Juan Ramón pidió al artista otra vez, seis días antes de la representación, que pintase todo él solo y no confiase en los trabajadores. Pero el pintor no quiso. Casi estuvimos enfermos el día de

⁴⁵ En clara referencia a la Biblia: San Mateo, 10: 14. Cuando algo no es apreciado, no merece la pena ser ofrecido.

⁴⁶ Zenobia se refiere a todos aquellos que se quejan de la obra.

⁴⁷ Nuevamente referencia a la Biblia: San Mateo, 7: 6. Equivale a “dar flores a los cerdos”.

⁴⁸ El pintor fue el onubense Daniel Vázquez Díaz, amigo de Juan Ramón. Se ocupó de los figurines y de los bocetos de los decorados, que pintó Salvador Alarma (CAMPOAMOR, 1988, p. 41)

la representación, no obstante en estos tres años hemos publicado dieciséis volúmenes de sus traducciones y llenado el teatro con sus amigos, que vinieron preparados para ver y disfrutar *El cartero del rey*, cualquiera que fuese el vehículo. Hubo un silencio intenso y al final un emotivo y prolongado estallido de aplausos que hizo levantar el telón cinco veces. No había mucho público pero sí extremadamente selecto. Las críticas a la mañana siguiente y por la tarde, con la excepción de dos periódicos pequeños y sin importancia, fueron unánimes y sinceras en su alabanza. La ternura de *El cartero del rey* ha emocionado a todos. La obra consiguió un gran éxito y marcó una “noche de moda” y un “jueves blanco”. (Lo último significa un matinal una vez a la semana, en que las madres pueden llevar a sus hijas). El teatro estaba completamente lleno pero el público no estaba muy preparado. Yo estuve muy contenta de volver al abrigo de mi hogar y encontré a Juan Ramón y a otro ferviente amigo de *El cartero del rey* haciendo planes para el teatro. [...]

La Compañía sale para provincias esta noche y en el verano para Sudamérica. Juan Ramón y yo, querido maestro, que estamos en diaria comunión con su intangible espíritu, deseamos que el destino nos una, un día feliz [...]

Aunque Zenobia dice que las críticas “fueron unánimes y sinceras en su alabanza”, hay que aclarar que así fueron para la labor de la traductora pero no para el trabajo de interpretación⁴⁹; sirva como

⁴⁹ muchos los periódicos que recogieron la noticia: *El Sol*, 7-4-1920, p.3. Recojo parte de lo aparecido en el periódico madrileño *Hoy*, 6-4-1920, p. 3, en la sección “Novedades Teatrales”, bajo la firma de “Casado” [señalo que no hay error en la redacción de esta nota a pie de página, ya que aparecen inexactitudes: “Ayer, 6 de abril, por la tarde, y casi en secreto, se estrenó *El cartero del rey*, traducido a español por doña Zenobia Camprubí, viuda del poeta D. Juan Ramón Jiménez”. Continúa: “[...] la empresa Guerrero-Mendoza, única que se permite el lujo de estrenar, de vez en vez, obras a sabiendas de que no va a ser un buen negocio estrenarlas”. En la misma sección teatral, bajo la firma de “Correa-Calderón”, se dice que el estreno de *El cartero del rey* “ha sido un avance hacia el teatro de arte”. En cuanto a los decorados añade: “[...] interesantes los *esquises* de los trajes y de las decoraciones pintadas por Vázquez Díaz [...]. Claro que la manera como resolvieron los proyectos los sastres y los escenógrafos profesionales es deficiente. Pero así y todo, hay en la realización de los proyectos de Vázquez Díaz vibrantes y armoniosas

muestra la siguiente, aparecida en el *Heraldo de Madrid* (7-4-1920, p. 4):

Aquí por el contrario la acción es lánguida y el movimiento nulo, confiando todo a las exquisiteces del diálogo y a la bien dibujada psicología de los sencillos personajes. Por esta causa el público se mostró algo frío, aunque reconociendo las muchas bellezas que la obra encierra. La Srta. Hermosa, muy bien en el papel de Amal y los demás, discretos y notándose cierta vacilación que probaba la falta de ensayo suficiente.

El cartero del rey no fue la única obra de Tagore que se representó. Al año siguiente, el 9 de abril de 1921, el Teatro de la Escuela Nueva, con Cipriano Rivas Cherif, puso en escena *El rey y la reina*, en la sala de fiestas del Hotel Ritz que adecuaron para teatro. Al frente de la Compañía estaban Magda Donato y Rivas Cherif y “el selecto público supo apreciar las bellezas que contiene esta obra, más lírica que teatral, del famoso poeta indio”⁵⁰. La función fue

notas de color, aciertos aislados. Las decoraciones, por ejemplo, no tienen el color febril y el cerebralismo que es inconfundible en las obras de Vázquez Díaz [...]” (*España*, nº 258, Madrid, 10-4-1920, p. 15; y Eugenio D’ORS, 1922, pp. 22-24, 83-84). Cuando la crítica es positiva, carece de peso y calidad: “La interpretación, excelente. La gentilísima señorita Hermosa declama la obra con unción poética y arte encantadores. Ella es toda la obra. La presentación, de un gusto artístico depuradísimo. El público gustó mucho del drama” (*El Universo*, Madrid, 7-4-1920, p. 3); otras veces completa información sobre la compañía dramática: “María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza han evidenciado su buen gusto al incluir esta obra en su selecto repertorio. Bien merece un aplauso. La señorita Hermosa dio expresiva delicadeza y conmovedora expresión a su papel. Los Sres. Cirera, González Marín, Juste, Guerrero y Capilla mostráronse muy discretos” (*ABC*, 7-4-1920, p. 10). Más críticas: *El Debate*, Madrid, 7-4-1920, p. 2; *El Liberal*, Madrid, 7-4-1920, p. 3. En ocasiones, los críticos no hacen una lectura sólo literaria: “Tagore, degradado recientemente de los honores oficiales que el Gobierno inglés le hubo concedido, adquiere ahora, por su significación política, mucho mayor relieve en su propio país. El sentimiento de la nacionalidad y de la independencia del apóstol de la libertad de su pueblo no habría de ser ajeno a la inspiración del poeta. Vislumbrar, pues, en ciertos poemas un sentido oculto no sería una hipótesis temeraria” (*El Imparcial*, Madrid, 7-4-1920, p. 2).

⁵⁰ *El Imparcial*, Madrid, 12-4-1921, p. 2.

aplaudida, así como la labor de la traductora, recogido todo ello por la prensa⁵¹.

El vehemente deseo de Zenobia de ver a Tagore en España parecía que iba a verse cumplido; un año después, el 3 de abril de 1921, Zenobia y Juan Ramón dieron al periódico *El Sol* la noticia de que el poeta venía a España. Sin embargo dos días después, el 5 de abril, desde Ginebra, Tagore le escribió:

No puedo contarle cuánto siento haber tenido que posponer mi visita a España hasta más adelante. Desgraciadamente he venido a Europa cargado con una causa y mis movimientos no están libres en absoluto. Debe saber que es por el folleto que incluyo. Ha sido totalmente necesario venir primero a Suiza con el propósito que tengo in mente. Y si hubiese seguido estrictamente mi programa original, mi visita a su país habría sido muy apresurada, lo que me habría decepcionado enormemente por el hecho de que España me atrae mucho. Estoy esperando el momento en que tenga tiempo para disfrutar plenamente de mi estancia en su maravilloso país y poder llegar a relacionarme íntimamente con el corazón de España.

No obstante, el 6 de abril la prensa *-Hoy, ABC, El Día-* se hizo eco de la llegada de Tagore, y hubo cambio de planes porque unos días después, el 18 de abril, el hijo de Tagore, R.N. Tagore, Jr., le escribió a Zenobia en los siguientes términos:

Su carta y telegrama nos han esperado durante mucho tiempo en París. Nos atrasamos inevitablemente en Londres y llegamos

⁵¹ *El Sol*, Madrid, 11-4-1921, p. 3; *La Libertad*, Madrid, 10-4-1921, p. 5. En ocasiones, el lugar de representación tampoco escapa a las críticas (*El Debate*, Madrid, 10-4-1921, p. 3). La Escuela Nueva también puso en escena *Jinetes hacia el mar* de Synge, traducción de Zenobia y Juan Ramón, el día 2 mayo de 1921; Rivas Cherif escribió a Juan Ramón el 21 de febrero [de 1922?]: “[...] incluso con la interpretación casi ininteligible que le dimos en el Ateneo el público se mostró complacido e impresionado” (A.H.N., 316/1). El Teatro de la Escuela Nueva había comenzado el 28 de junio de 1920 con la obra *Un enemigo del pueblo*, de Ibsen (Véase AGUILERA y AZNAR SOLER, 1999, pp. 91 y ss.).

a París el pasado sábado. No estaremos aquí mucho tiempo y esperamos poder salir para Madrid el próximo martes. Usted probablemente habrá recibido ya, al efecto, un telegrama mío. En uno o dos días le haré saber definitivamente el tren que tomaremos. Mi padre no tiene un plan definitivo sobre su visita a España. Piensa que lo mejor sería ir a Madrid primero y hacer planes con usted pero debería saber que él no dispone de mucho tiempo, quizá no más de una semana o diez días. Usted tiene total libertad para organizar su alojamiento en el sitio que crea mejor. Lo único que yo, quizás, debería advertir es que él preferiría un lugar tranquilo y que le gusta tener baño en la habitación. Quizás yo no pueda acompañarlo pero irá otro amigo con él. Tenga la amabilidad de escribirme si desea información. En París, nos encontrará siempre en la dirección de arriba, 9 Quai du Quatre Septembre, Boulogne/Seine.

Los Tagore habían aprovechado este viaje a Europa para visitar un buen número de países; España quedaba para el final. Tres días más tarde, el 21, le confirman que saldrán de Francia el día 26 a las 5 de la tarde. Mientras tanto, los periódicos *-ABC, El Liberal-* que recogían la llegada de Tagore, iban posponiendo la fecha *-el 24, el 27-*.

Juan Ramón, siempre minucioso, preparó un programa detallado para la estancia del indio:

Miércoles: Noche: Llegada. (Auto de Marañón. Esperando: sólo nosotros dos. En el cuarto del hotel: sus libros, flores y los periódicos con cosas sobre él).

Jueves: Invitación de marañón. Mañana: a Toledo. (Dos autos. Invitados: Tagore, su hijo, Sras. de Marañón, Mitjana, Kocherthaler, Laurie, Jiménez, Cossío, Vega-Inclán, Marañón y yo). Parada en Illescas. Almuerzo en el cigarral de Marañón. Aspectos sintéticos. Merienda en la casa del Greco. Tarde: regreso.

Viernes: Mañana: Paseo por Madrid: Ritz, Prado, Alcalá, Retiro (un rato a pie), Alfonso XII, Velázquez, Hipódromo, Castellana, Alcalá, Arenal, Oriente, Ferraz, Rosales, Bulevar. Almuerzo en casa. Descanso hotel. Cinco y media: Fiesta Residencia.

Sábado: Invitación nuestra. Mañana: al Escorial. (Dos autos.

Invitados: Tagore, su hijo, Marañón y Sra.). Almuerzo: Hotel Reina Victoria. Aspectos sintéticos. Merienda en el mismo hotel. Tarde: regreso.

Domingo: Mañana: Para él (libre). Cinco: Moncloa y El Pardo, o Residencia de Señoritas, Inst[ituto] Internacional, o Museo. Almuerzo: ? Tarde: Concierto en la Residencia. Té en la Residencia.

Lunes: Mañana: Canedo y Salazar (con nosotros), en el hotel. Almuerzo: ? Tarde: Para él. Noche: a Andalucía⁵².

Pero un telegrama, enviado desde París el 23 de abril, suspende definitivamente el ansiado viaje⁵³.

Años más tarde, en 1924, continuaba pensando en el viaje a España. El 4 de septiembre su hijo le escribe a Zenobia:

Estoy contento de informarle que mi padre, el Dr. Rabindranath Tagore, está intentando visitar Europa en su viaje a Sudamérica. Navegará desde Colombo el 24 de septiembre y llegará a Marsella sobre el 12 de octubre. Navegará a Sudamérica desde Barcelona sobre la primera semana de noviembre. Por lo tanto, tendrá unas tres semanas para dedicarlas a dar una vuelta por Europa. Si usted considera que las fechas no son inoportunas, mi padre estaría encantado de pasar una quincena en España. Siempre ha querido hacerles la visita que les prometió y desea aprovechar la primera oportunidad para hacerlo. Puesto que no hay tiempo para recibir aquí su contestación, ¿le importaría escribir unas líneas para informar al secretario de mi padre, Mr. L.K. Elmhirst, que está ahora en Inglaterra y cuya dirección es: Barnsley, York, England, sobre su decisión de si mi padre sería bien recibido en Madrid durante la última parte de octubre y si se podrían hacer los arreglos para su estancia en España durante una quincena? Mi padre no puede ir a España directo desde Marsella porque tiene pensado ir a París primero, donde estará durante una semana. [...]

⁵² A.H.N., Fondos J.R.J., 8:32-28/30.

⁵³ La prensa se hizo eco: *ABC*, 10-4-1921, p. 21 y 24-4-21, p. 16; *El Sol*, Madrid, 27-4-1921, p. 3. Aprovechando su "no venida", la Condesa de Pardo Bazán hizo una valoración de la obra de Tagore: *ABC*, 4-5-1921, p. 3.

Pero el viaje nuevamente fue suspendido. Nunca se llevó a cabo.

Vemos muy bien cómo, en sus misivas, Zenobia quiere eliminar la ausencia de Tagore, para ello da a sus cartas un aire de conversación y, aunque el tiempo y el espacio de emisora y destinatario son distintos, ella confía en la “perduración de lo escrito” y el tiempo de sus cartas está formado por una sucesión de presentes⁵⁴. Las cartas de Zenobia dan cuerpo a la ausencia de Tagore, le transmiten su presencia desde la lejanía de la India y, como no lo conoce, estas cartas evocan “proyecciones del futuro”⁵⁵.

Las epístolas que acabo de leer nos aproximan a los autores de las mismas, a sus problemas, alegrías y tristezas, a todo aquello que día a día va tejiendo nuestra Historia.

Termino con las palabras de Patrizia Violi⁵⁶:

Se escribe siempre buscando una presencia: para hacerse presente al otro, para que se acuerde de nosotros, pero, por encima de todo, para que el otro se nos haga presente a nosotros mismos. Se escribe para evocar. Y, no obstante, justo en el momento en que se lo evoca, el otro parece alejarse aún más y su ausencia se hace más real.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AGUILERA, Juan y AZNAR SOLER, Manuel (1999), *Cipriano de Rivas Cherif y el teatro español de su época (1891-1967)*, Madrid, Publicaciones de la Asociación de Directores de Escena de España.

CAMPOAMOR GONZÁLEZ, Antonio (1988), “Dos estrenos de Tagore y su anunciado viaje a España”, *Peña Labra*, nº 64-65, Santander, primavera, pp. 39-44.

⁵⁴ ESPERANZA BOUVET, pp. 68-9.

⁵⁵ Véase MANDINGORRA LLAVATA, 2000.

⁵⁶ VIOLI, 1987, pp. 87-99 [97].

CAMPRUBÍ AYMAR, Zenobia (2006), *Epistolario 1. Cartas a Juan Guerrero Ruiz (1917-1956)*, Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez (eds.), Madrid, Residencia de Estudiantes.

CAMPRUBÍ AYMAR, Zenobia y PALAU DE NEMES, Graciela (2009), *Epistolario 1948-1956*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Madrid, Residencia de Estudiantes.

COLETES BLANCO, Agustín (1998-1999), “Un apunte sobre la fortuna de Tagore en España”, *Archivum*, núm. 48-49, págs. 147-179.

----- (2000-2001), “Más sobre Tagore en España: una traducción olvidada (inglés-español) de Martínez Sierra”, *Archivum*, núm. 50-51, págs. 119-148.

CORTÉS IBÁÑEZ, Emilia (2008), “Cartas de Zenobia a Juan Guerrero. Una aproximación”, en Emilia Cortés Ibáñez (ed.), *Mujer y escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí*, Huelva, Diputación Provincial de Huelva, SECC, UNIA, pp. 83-109.

ESPERANZA BOUVET, Nora (2006), *La escritura epistolar*, Buenos Aires, Eudeba.

GONZÁLEZ RÓDENAS, Soledad (2005), *Juan Ramón Jiménez a través de su biblioteca. Lecturas y traducciones en lengua francesa e inglesa (1881-1936)*, Sevilla, Universidad de Sevilla.

----- (2008), “«Mío y de Zenobia» o «de Zenobia y mío»”, en Emilia Cortés Ibáñez (ed.), *Mujer y escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí*, Huelva, Diputación Provincial de Huelva, SECC, UNIA, pp. 192-212 .

GUERRERO RUIZ, Juan (1998), *Juan Ramón de viva voz*, Valencia, Pre-Textos / Museo Ramón Gaya, vol. 1, p. 193.

JIMÉNEZ, Juan Ramón, y CAMPRUBÍ, Zenobia (1986), *Poemas y cartas de amor*, edición de Ricardo Gullón, Santander, La isla de los ratones.

MANDINGORRA LLAVATA, M^a Luz (2000), *Conservar las escrituras privadas, configurar las identidades*, Valencia, Universidad de Valencia, Publicacions del Seminari Internacional d'Estudis sobre la Cultura Escrita, Sèrie Arché 7.

MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio (1915), “Un buen libro”, *Blanco y Negro*, 12 de septiembre, pág. 26.

MORLA LYNCH, Carlos (2008), *En España con Federico García Lorca (Páginas de un diario íntimo, 1928-1936)*, Salamanca, Renacimiento, Biblioteca de la memoria.

ORS, Eugenio d' (1922), *Nuevo glosario. Hambre y sed de verdad*, Madrid, Caro Raggio.

ORTEGA Y GASSET, José (1957), "Estafeta romántica", en *Obras Completas, tomo III (1917-1928)*, Madrid, Revista de Occidente, 4ª ed., pp. 13-24.

PÉREZ DE AYALA, Francisco (1913), "Tabla rasa. Optimismo y pesimismo", *La Tribuna*, 24 de octubre, p. 6.

SALAZAR, Adolfo (1919), "El Vieux Colombier", *España*, núm. 239, Madrid, 6 de noviembre, p. 12.

SARRAMÍA RONCERO, Tomás (1983), "Pulso íntimo de un epistolario (Las cartas de Zenobia Camprubí a Rabindranath Tagore)", *La Torre XXXI*, 121, julio-septiembre, pp. 134-156.

----- (1986-87), "Zenobia Camprubí – Hispanic Link of Rabindranath Tagore". *Hispanic Horizon* 4, pp. 8-24.

The Visva-Bharati Quarterly, "Letters to Tagore. A Bunch of Letters", 1961, XXVI, 3-4, pp. 1-21 [carta de Zenobia en págs. 6-7].

VIOLI, Patrizia (1987), "La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar", *Revista de Occidente*, 68, pp. 87-99.



11. Circunstancias para el exilio republicano español

J.R. Saiz Viadero

La guerra civil española de 1936-1939 ha sido denominada por algunas fuentes la última guerra carlista, pero desarrollada en este caso en toda la geografía española. Durante el siglo anterior se habían ya producido varios exilios: los de los *afrancesados*, los *liberales*, los *carlistas* y los *republicanos*, éste lo fue en el último tercio de siglo. Al XIX se le apellidó *el siglo de las revoluciones* y los *pronunciamientos* debido a que cerca de medio centenar de asonadas tuvieron lugar en España, pero en su mayor parte tales movimientos se vieron frustrados: el refugio principal para los fugitivos españoles de entonces fue Francia y, en menor medida, Inglaterra.

En la década de los años veinte del siguiente siglo también se vivieron tiempos convulsos políticamente hablando, sobre todo cuando durante la Dictadura de Primo de Rivera significados personajes de la vida intelectual, política y militar española viéronse confinados en algunos lugares lejos de la península (Unamuno en Canarias; los abogados Jiménez de Asúa y Arturo Casanueva, junto con el periodista Francisco de Cossío y el estudiante Salvador María Vila, en mayo de 1926, en las islas Chafarinas¹...; más tarde, Miguel de Unamuno, Indalecio Prieto, Ignacio Hidalgo de Cisneros, Rodrigo Soriano y Eduardo Ortega y Gasset, entre otros, hubieron de refugiarse en Francia a la espera de mejores tiempos para la democracia de su país²; lo mismo sucedió como consecuencia de la Revolución de Octubre de 1934. Con la marcha del dictador Primo de Rivera al destierro francés en 1930 y con el triunfo del Frente Popular en las elecciones de 1936, unos y otros regresaron a su país. La sublevación militar de 1936 -una vez perfeccionado el intento fallido del 10 de agosto de 1932, también encabezado en aquella ocasión por el general Sanjurjo-, daría al traste con las ilusiones democráticas y progresistas de un país.

¹ Sobre este pasaje poco estudiado de la dictadura de Primo de Rivera se encuentra pendiente de publicación mi trabajo titulado *Viviréis en Chafarinas*.

² Esta cuestión la trata de una forma bastante exhaustiva GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva en su libro *Los intelectuales contra la dictadura de Primo de Rivera*, Alianza Editorial, Madrid 1987.

La sublevación de 1936 desencadenó una guerra fratricida alargada durante casi tres años, contabilizándose un saldo de sufrimiento y muerte que supera las 600.000 víctimas, a las cuales han de sumarse otros tantos exiliados y casi igual número de presos internados en los campos de concentración y en todo tipo de prisiones habilitadas en España para albergar a los detenidos a la espera de juicios sumarísimos. En muchas ocasiones llegaron tales juicios con las correspondientes sentencias; en otras, no hubo lugar ni para el juicio ni para la sentencia; y en otras, cuando llegó la sentencia era ya demasiado tarde para la vida del encausado. Durante bastantes años, una gran parte del país se transformó en un silencioso campo de concentración; casi tan silencioso como lo fueron para los españoles del interior los avatares que sufrieron los que salieron al exilio.

Por razones históricas y geográficas, la guerra civil tuvo un comportamiento diferente en algunas de las diversas regiones españolas. En primer lugar, porque el hecho de que el golpe militar no triunfara inmediatamente en todas ellas y fuera preciso ver cómo transcurrían los meses y hasta los años para que las tropas autodenominadas nacionales conquistaran para los sublevados los territorios que habían permanecido leales a la legalidad republicana, colocó a sus habitantes en una situación sensiblemente distinta a la de los residentes en las comunidades en las cuales el triunfo había tenido caracteres automáticos o casi (como en Navarra, La Rioja, Galicia, Castilla y León, parte de Andalucía). En estos lugares, la represión llevada a cabo lo fue de manera instantánea, sin apenas ofrecer posibilidades a los contrarios a la sublevación militar para intentar oponerse, para defenderse o para huir hacia la zona republicana y, finalmente, al exilio. Los fugitivos que cruzaron la raya portuguesa fueron devueltos a la policía española por los mandos de una dictadura que, aunque aliada con Inglaterra, no ocultaba sus simpatías totalitarias, manteniéndose vigente durante más tiempo que la española.

La represión ejercida sobre los vencidos lo fue en demanda de cuanto había sucedido antes del 18 de julio de 1936, puesto que la ley de responsabilidades políticas contenía efectos retroactivos, pero no por aquello que pudiera suceder posteriormente a la sublevación, cuando las gentes ya se hallaban prácticamente imposibilitadas en

la zona nacional para realizar cualquier movimiento considerado delictivo por parte de las nuevas autoridades.

Tres acontecimientos de violencia socio-política habrían de sacudir al país durante los cinco años que permaneció vigente la legalidad republicana: el intento de sublevación derechista de agosto de 1932 (anteriormente mencionado), la revolución izquierdista de octubre de 1934 y la sublevación militar de julio de 1936. Poco antes de instaurarse la Segunda República, la sublevación de Jaca en diciembre de 1930 había acarreado algunas resonancias sangrientas en la España de la dictadura post-primorriverista, y diversas consecuencias de prisión que precipitarían las simpatías republicanas. En las tres ocasiones mencionadas en primer lugar se vieron frustrados los sucesivos intentos de alterar por la fuerza el orden constitucional existente, pero las actuaciones de uno y otro bando contribuyeron al exacerbamiento de las pasiones, iniciándose de forma imparable la dinámica de una espiral de odios que desató la represión posterior. Las dos Españas, tantas veces citadas y otras negadas, estaban ya dispuestas para el anunciado enfrentamiento. Como decían los versos del poeta Antonio Machado, una de sus víctimas más preclaras:

*Españolito que vienes al mundo
te guarde Dios,
una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.*

A lo que bien pudiera añadirse el epitafio que rezaba:

*Aquí yace media España
murió víctima de la otra media.*

A juicio de algunos analistas históricos, las elecciones de noviembre de 1933 habían sido perdidas por las organizaciones de izquierda no solamente a causa de la fragmentación registrada y el enfrentamiento existente en el seno del conglomerado de fuerzas políticas que sostenían el sistema republicano, sino también como consecuencia de la llegada a las urnas por vez primera de un electorado tradicionalmente marginado: la mujer. Algo que ha demostrado como falso la abogada y diputada republicana en

las Cortes Constituyentes Clara Campoamor³. Efectivamente, a partir de la aprobación de la Constitución republicana -entre cuyas novedades con respecto a la anterior carta magna se encontraba el establecimiento del derecho femenino al ejercicio del voto-, las llamadas Cortes Constituyentes nacidas de las elecciones celebradas en junio de 1931 perdieron gran parte de su razón de ser legislativa, al mismo tiempo que algunos artículos de la propia Constitución (el de la libertad religiosa, por ejemplo), antes de ser aprobados ya enfrentaban a los diversos sectores con fuerza en el país.

Las elecciones de febrero de 1936, ganadas por el Frente Popular después de la brutal represión ejercida como consecuencia de la Revolución de Octubre de 1934, significó ya el clarín para los políticos de derechas, apoyando una iniciativa de una parte del estamento militar (principalmente monárquico), siempre demorada pero expectante. Todo hacía pensar que el pronunciamiento en pleno verano hubiera sido un paseo militar que apenas duraría unos días o, a lo sumo, unas semanas. Pero el fracaso en Madrid y Barcelona, las dos grandes capitales españolas, levantó una importante barrera para las expectativas de los sublevados.

Paulatinamente se fueron incorporando a la población residente en la zona republicana otras gentes procedentes de las provincias vascas y castellanas que, entre los primeros meses de la sublevación (Irún, San Sebastián...) y los últimos de la resistencia, iban cayendo en manos de las tropas nacionales. Calcula Consuelo Soldevilla Oria, en un documentado trabajo⁴, que en el mes de junio de 1937, coincidiendo con la caída de Bilbao en manos de las tropas sublevadas, se habían concentrado en la antigua provincia de Santander alrededor de doscientas mil personas procedentes de aquellos lugares, con el consiguiente problema de avituallamiento: muchas conseguirían huir en barcos y otras continuarían su éxodo hacia Asturias, donde permanecerían hasta la caída de Gijón, en

³ Vid. su libro *El voto femenino y yo. Mi pecado mortal*, horas y Horas, la editorial, Madrid 2006.

⁴ *La Cantabria del exilio: una emigración olvidada (1936-1975)*, Universidad de Cantabria, Santander 1998.

compañía de los montañeses que optaron por esta última salida del frente Norte.

La represión ejercida en la antigua provincia de Santander por las tropas franquistas, tanto en los primeros momentos como a lo largo de los años siguientes, es todavía un territorio sin explorar a efectos del verdadero alcance de su cuantificación. Incluso en las publicaciones más recientes apenas es tratado este aspecto, cuando en lo que se refiere a otros lugares ya se conocen datos casi exhaustivos, aun con los riesgos inherentes a las dificultades derivadas del silencio en que se han venido desenvolviendo estos temas, sobre todo a lo largo de los cuarenta años de dictadura. En un trabajo muy reciente se habla de 22.000 prisioneros vascos hechos en Santander durante el mes de agosto de 1937, de los cuales la mitad ya habrían sido liberados tres meses más tarde, mientras que la otra mitad permanecería en prisión o en batallones de trabajadores a partes iguales. Entre los detenidos y fusilados se encontraban militares, políticos, sindicalistas y sacerdotes vascos⁵, procedentes fundamentalmente de los batallones de gudarís nacionalistas rendidos en Cantabria ante los mandos de las tropas mussolinianas, mediante lo que se denominó *la paz de Santoña* que los italianos no lograron hacer respetar por parte de los franquistas las condiciones del pacto firmado con los vencidos. La periodista Matilde Zapata (1906-1938), directora-propietaria del diario *La Región* desde poco tiempo después de haberse producido el asesinato de su marido Luciano Malumbres a comienzos de junio de 1936, fue interceptada en alta mar junto con los tripulantes del barco que les trasladaba a Francia y obligada a regresar a España, desde donde la enviaron a Santander, para ser condenada a muerte y fusilada al amanecer del 28 de mayo de 1938⁶.

Había comenzado el drama para unos españoles que salían forzosamente de su país, perseguidos por los sublevados llegaban a Francia, atravesaban el sur del país para entrar nuevamente

⁵ JULIÁ, Santos (Cd): *Víctimas de la guerra civil*, Temas de hoy, Madrid 1999, pp. 204-205.

⁶ Sobre la trayectoria de esta periodista, vid. mi libro: *Las páginas femeninas de Matilde Zapata*, Asociación de la Prensa de Cantabria, Santander 2007.

en España por Cataluña, donde permanecieron hasta el final de la guerra, para nuevamente cruzar la frontera, refugiándose en una Francia acechada por los nazis y que también hubieron de abandonar varias decenas de millares, hasta conseguir asilarse en otros países. Fue un éxodo continuado, que en el caso de las provincias del Norte duró dos años más que en el resto de la España republicana.

Según el historiador francés Guy Hermet⁷, al producirse la caída del Frente Norte fueron alrededor de 150.000 personas las que partieron al exilio francés; o sea, aproximadamente un 25% del total que salió de España al término de la contienda. En su mayor parte, fueron a parar a los campos de internamiento (Argelès-sur-Mer, Barcarès, Saint-Cyprien, Septfonds, Gurs, Vernet, Agdir..., bajo control de soldados senegaleses) creados por el gobierno francés para recibir a los refugiados españoles; el mismo Hermet⁸ asegura que, durante el tiempo que duró este internamiento, murieron allí 4.700 españoles víctimas de las precariedades y malos tratos. Un testimonio fidedigno acerca de la vida cotidiana en aquellos barracones lo tenemos en las páginas del libro *Entre alambradas*, diario escrito y conservado por el entonces jovencísimo periodista Eulalio Ferrer Rodríguez⁹, quien encontrándose en el frente de Aragón permaneció en las filas del Ejército republicano hasta el último momento en Cataluña: "¿Cuántos seremos en Argelès? –escribe-. Se calcula que 120 mil. Hay otros campos en Barcarès, Saint-Cyprien, Gurs, Braum, Agde... *La Dépêche* de Toulouse informa que fuimos 600 mil los refugiados que entramos en Francia y que de éstos habrán regresado ya a España como 100 mil¹⁰".

La caída de Cantabria en manos del ejército sublevado, en agosto de 1937, provocó la salida, principalmente por mar, de miles de ciudadanos de la región temerosos de la anunciada represión

⁷ *Los españoles en Francia*, Guadiana, Madrid 1969

⁸ *Ibidem*, pp. 24-27..

⁹ Pangea, México 1987, segunda edición revisada en Grijalbo, Barcelona 1988. Aunque en diversos libros suyos ha ido dando a conocer algunas páginas de su vida en el exilio, recientemente acaba de publicarse un extracto de las mismas, bajo el título de *Mi Santander*, Edic. Lib. Estvdio, Santander 1999.

¹⁰ *Ibidem*, p. 25 de la versión mexicana.

por parte de los vencedores; no hay que olvidar que el ejército franquista, ayudado eficazmente por la aviación nazi, puso en práctica una estrategia de bombardeos sobre la población civil y fusilamientos masivos, como un instrumento de guerra para infundir el terror y poder desmoralizar así al adversario. Tras conseguir burlar la vigilancia del “Almirante Cervera”, que patrullaba la costa cantábrica, el destino de la mayoría de las embarcaciones fueron los puertos franceses. Algunos protagonistas de aquella travesía la relatan como espantosa: gritos, lloros vómitos y muertos sepultados en alta mar. Aunque no hay datos exactos, se calcula que unos 10.000 cántabros abandonaron la región hacia el exilio en esa primera oleada masiva, siendo más de veinte mil la cifra total alcanzada.

Una vez llegados a Francia, sus autoridades deciden trasladar a todos los fugitivos a Cataluña, que por esas fechas permanecía bajo el gobierno republicano. Durante el tiempo que permanecen en esta región son integrados, lo mejor posible, dentro de la situación de excepción que se vive; los hombres, con edad suficiente, son movilizados dentro del ejército o destinados a tareas de asistencia, y las mujeres y niños, acogidos en centros y casas repartidos por toda Cataluña.

A finales de julio de 1938 las tropas republicanas cruzaron el río Ebro abriendo un frente de 60 kilómetros entre las provincias de Tarragona y Zaragoza, comenzando así una batalla de desgaste que finalizará a mediados de noviembre con la derrota del ejército republicano. El desenlace de la Batalla del Ebro provoca la huida masiva de refugiados que pasan la frontera de los Pirineos. Se calcula que cerca de 700.000 españoles son recibidos en el sur de Francia y alojados en campos de concentración en unas condiciones penosas.

Nada más cruzar la frontera, los españoles eran agrupados en campos de internamiento. Se producían entonces las separaciones familiares. La mayoría de las mujeres y niños eran conducidos en camiones o trenes hacia distintos pueblos del interior de Francia, donde fueron alojados en improvisados refugios. Los hombres acabaron en los campos instalados en playas a la intemperie. Hubo quienes, desesperados por las malas condiciones en las

que se encontraban, claudicaron ante las presiones que ejercía el gobierno francés para que retornaran a España. En algunos casos los retornos fueron voluntarios; pero, en otros, mujeres y niños fueron trasladados sin mediar su consentimiento en trenes hasta la frontera para allí ser entregados a las autoridades españolas.

Posiblemente la enorme avalancha humana desbordaría las posibilidades francesas de acogida pero también es preciso considerar la mala prensa que, en general, los refugiados tenían entre la población más conservadora del país vecino, siendo señalados como *rojos españoles*, considerándoles revolucionarios, perseguidores de la Religión y de los religiosos; algo que, por cierto, había sucedido en la propia Francia a raíz de la Revolución de 1789. La batalla de la propaganda, muy importante en la época, también será perdida por el gobierno de la República española.

La agresión alemana a Polonia, en septiembre de 1939, dio origen a la Segunda Guerra Mundial; Francia y Gran Bretaña se declararon entonces en guerra contra Alemania. Los muchos millares de españoles que se encuentran en suelo francés se convierten, de pronto, en potenciales servidores útiles del país vecino, y oficiales del ejército galo visitan con insistencia los campos de concentración, animando a los internados a enrolarse en la legión extranjera. Algunos lo hicieron, pero mayoritariamente se negaron a ello, en respuesta al sentimiento de rechazo provocado por la mala acogida que habían tenido.

El grueso de los españoles alistados lo hizo en las Compañías de Trabajo Militarizadas, destinados a reforzar la línea defensiva Maginot. Cuando los alemanes lanzaron su gran ofensiva del 10 de mayo de 1940, que provocó la derrota y rendición de Francia, en primera línea del frente y en la zona de guerra se encontraban unos 55.000 españoles. En la retaguardia habían quedado unos 15.000, además de los 25.000 obreros especializados destinados a las fábricas de armamento, un colectivo que rondaba la cifra de 100.000 bajo la voluntad del gobierno alemán.

En los días 20 y 28 de agosto de 1940 la embajada alemana envió sendas cartas al ministerio español de Asuntos Exteriores en las que preguntaba si el gobierno de Franco quería hacerse cargo de

los rojos españoles capturados en Francia, advirtiendo que, de no ser así, Alemania tenía la intención de alejarlos de territorio francés. No consta respuesta alguna a esta y otras misivas posteriores, aunque llama la atención el hecho de que el ministro Serrano Súñer, cuñado del dictador, hiciera una visita oficial a Berlín para tratar la posibilidad de que España entre en la guerra, y es a partir de ese momento cuando comienzan, de forma sistemática, las deportaciones. En vagones dispuestos para el transporte de animales, los españoles tuvieron el lamentable privilegio de iniciar los primeros viajes por ferrocarril hacia los campos de exterminio nazis; posteriormente, eslavos, gitanos y judíos siguieron el mismo destino.

Se calcula que en los campos de Mauthausen, Gusen, Auschwitz, Dachau, Buchenwald, Ravensbruck, Sachsenhausen, Bergen-Belsen, Wöbbelin, Morgues, Neuengramm, Hinzert, etc. murió una población reclusa compuesta por alrededor de cinco millones de personas, principalmente judíos procedentes de toda Europa, a consecuencia de un programa de exterminio denominado por los propios nazis como *la solución final* y conocido ahora mundialmente con el nombre de *Holocausto*. Entre ellos se encontraban republicanos españoles -*rojos*, también para los nazis-, desposeídos de su nacionalidad y abandonados por el gobierno franquista español. En mayo de 1945, transcurridos cinco años, los supervivientes fueron liberados por las tropas aliadas, encontrando en el interior a algunos jóvenes que habían entrado siendo unos niños: dos de ellos sobreviven en la actualidad y, aunque viajan periódicamente a España, han preferido fijar su residencia en París.

Tras la liberación por los ejércitos aliados, los cerca de 60.000 supervivientes comenzaron a ser reclamados y devueltos a sus países de origen, salvo en el caso de los 2.500 españoles. Considerados apátridas, el gobierno español de la época no mostró ningún interés en su regreso y tuvo que ser el gobierno francés, liderado por el general De Gaulle, el que los diera acogida, otorgándoles los mismos derechos que a los deportados franceses, en reconocimiento a los servicios que habían prestado a la Francia democrática. No hay que olvidar que muchos grupos de españoles se integraron en los componentes de la Resistencia anti-nazi y que

fueron los miembros de la unidad española conocida como *La 9* los que llegaron en vanguardia para liberar París.

Aunque en España durante varias generaciones trató de ocultarse la existencia de los campos de exterminio siguiendo una política de simpatía y complicidad hacia el nazismo, y, posteriormente, de minimizar las consecuencias de su actuación, hoy sabemos que más de 10.000 republicanos españoles acabaron internados en estos recintos de la muerte y que sólo en el campo de Mauthausen dejaron la vida cerca de 6.000 de ellos.

¿EMIGRANTES O EXILIADOS?

Conviene al llegar aquí matizar algunos problemas de los diferentes lenguajes empleados para calificar a los republicanos vencidos que se vieron obligados a abandonar España y decidieron posteriormente no regresar, o regresaron paulatinamente y casi de puntillas algunos años más tarde, cuando el régimen franquista estableció cierta permisividad política, sujeta a restricciones severas y al control de sus movimientos. Suele utilizarse el término *emigrados* para calificar a los españoles en el exilio, y este término no sólo no es exacto sino que conduce a una ambigüedad eufemística promovida de forma calculada por sectores del propio régimen. Porque emigrados son aquellos que en España han decidido voluntariamente salir del país en busca de mejores horizontes económicos en el extranjero, fundamentalmente en tierras americanas hasta la guerra civil y en países de Europa (tales como Francia, Alemania, Suiza, Bélgica, Holanda...), a partir de la segunda década del siglo XX. Esa voluntariedad está sujeta a una comprensión hacia el hecho de que el hambre o la falta de trabajo y de futuro les llevaba a salir hacia otros países en busca de lo que no encuentran en el suyo propio.

Pero con guardar ciertas similitudes, el punto de partida no tiene ningún parangón con el de la España peregrina del exilio, cuyos componentes huyen por temor a las represalias de los vencedores y no regresan por mantener un concepto de la dignidad, también por temor a las otras represalias y por la ausencia de libertades y clima democrático en la España de Franco durante los casi cuarenta años que duró su permanencia en el poder. A los exiliados se les ha

llamado también refugiados, pero esto es una terminología acuñada en algunos de los países de acogida (Francia, México, Chile...), que puede hacerse extensiva en los primeros años de permanencia a los demás países hispanoamericanos que recibieron españoles en sus territorios, para luego asentarse e, incluso, en algunos casos, solicitar la nacionalidad de la patria de acogida. Hablemos, pues, lisa y llanamente, de exiliados, los últimos exiliados de España por motivos políticos, en una situación que a veces superó los marcos temporales de la muerte del dictador.

El contingente salido al exilio recibió también algunas otras denominaciones, más o menos poéticas, como son: *los desterrados*, la que más gustaba a Juan Ramón Jiménez, *la diáspora republicana*, *la España peregrina* (José Bergamín), *los transterrados* (José Gaos), *la España del éxodo y el llanto* (León Felipe), *los expatriados*...

EL LLAMADO EXILIO BLANCO

Además del exilio republicano –o *rojo*, utilizando la terminología simplificadora, a la vez que peyorativa, del bando vencedor-, existió otro pequeño contingente de españoles que ha sido denominado como *exilio blanco*, formado por aquellas personas que habían quedado en el territorio leal a la República y que, debido a sus simpatías con el bando de los sublevados, consiguieron salir de sus líneas para pasar la frontera a Francia o Portugal, estableciendo principalmente su lugar de residencia en Biarritz y San Juan de Luz, a la espera de poder integrarse en el bando nacional. Ellos se unieron a otros antiguos exiliados, simpatizantes con la causa monárquica, que anteriormente habían decidido salir de España con sus capitales o se encontraban de vacaciones más allá de las fronteras españolas, pendientes del desarrollo de los acontecimientos políticos. No podemos cuantificar el número de componentes de este colectivo que iba engrosándose a medida que conseguían salir –muchas veces asegurando a las autoridades republicanas que no pensaban unirse a la causa nacional-, pero que en algunos momentos de la guerra civil llegaron a coincidir en los mismos lugares con exiliados republicanos procedentes del País Vasco y hasta de Cantabria¹¹.

¹¹ Un relato de este ambiente se encuentra en la novela de Ana María Cagigal *Leña húmeda*, Barcelona 1946.

Como había sucedido con su abuela la reina Isabel II en 1868, en el exilio se encontraron los miembros de la familia real, a partir del advenimiento de la Segunda República en el año 1931. El ex rey Alfonso XIII, abdicado el 14 de abril, moriría en Roma en 1941, sin haber vuelto a España por decisión del general Franco, lo mismo que su esposa la reina Victoria Eugenia que falleció en Suiza en 1969, donde vivía después de su separación legal de Alfonso XIII, habiendo regresado solamente para asistir al bautizo de su bisnieto el príncipe Felipe. El joven Juan Carlos de Borbón nació en el exilio romano en 1938, y llegó a España siendo un mozo, por deseo del dictador, no pudiendo acceder a la corona –que en sucesión dinástica correspondía a su padre don Juan de Borbón- hasta que hubo fallecido Franco en el mes de noviembre de 1975.

Un caso curioso de doble exilio fue el de monseñor Mateo Múgica, obispo de Vitoria, quien, aun siendo partidario de los sublevados, no aceptó la sumisión a Franco. Por su oposición a la Segunda República se había exiliado desde el comienzo de la misma hasta el año 1933; después, siendo obispo de Vitoria fue expulsado de su diócesis y de España en 1936 por el general golpista Cabanellas, y, con los cardenales Vidal i Barraquer y Pedro Segura, se negó a firmar la Carta Colectiva a los obispos del mundo publicada el 1 de julio de 1937 con la rúbrica de 48 preladados. Obligado por el franquismo a renunciar a su diócesis, se instaló en el País Vasco francés, hasta que finalmente fue autorizado a regresar a España en el año 1947.

Por su parte, el cardenal Vidal i Barraquer al estallar la Guerra Civil se refugió en el Monasterio de Poblet, siendo detenido por los milicianos de la FAI y conducido a Barcelona: gracias a la intervención personal del consejero Gassol consiguió la liberación y el traslado a Italia, ya que el único consulado que pudo tramitar su salida fue el italiano, aunque el cardenal había manifestado deseos de salir a través del consulado francés o el británico. No reconoció al régimen franquista, así que la dictadura no le permitió el regreso a su sede e, incluso, presionó al Vaticano para que le obligase a renunciar, cosa que no fue aceptada por los papas Pío XI y Pío XII. Trasladado a Suiza ante la ocupación alemana, falleció en Friburgo en el año 1943.

VOLVER O NO VOLVER: ESA ES LA CUESTIÓN

Desde el primer momento del exilio, diversos enviados de Franco recorrían los campos de internamiento franceses prometiendo la no aplicación de represalias con los que quisieran regresar a España, siempre y cuando sus manos estuvieran limpias de sangre. Algunos aceptaron estas promesas y volvieron a su país, donde en muchas ocasiones se encontraron con una situación que les hacía la vida imposible a consecuencia de su pasado republicano. La mayoría de ellos decidieron permanecer en suelo francés a la espera, primero, de la evolución de los acontecimientos en la España en guerra y, después, de lo que sucediera durante la Segunda Guerra Mundial: centenares de millares se quedaron en Francia, y otros consiguieron trasladarse paulatinamente a los países hispano-americanos, entre los cuales figura en primer lugar México, que gracias a la generosidad y solidaridad del presidente Lázaro Cárdenas acogió alrededor de 30.000 personas. Argentina, Chile, Cuba, Santo Domingo y Venezuela fueron otros países que aceptaron contingentes de republicanos españoles. Barcos como el “Sinaia” (1.600), el “Mexique”, el “Cuba” (500), el “Ipanema” (2.000), el “Nyassa” (442), “Serpa Pinto”, “Quonza”, “Champlain”, “De Grase” –a México-, o el “Winnipeg” (2.500) -a Chile-, surcaron los mares con millares de personas a bordo, sorteando los peligros derivados de la presencia de submarinos alemanes en medio de la Segunda Guerra Mundial. En total serían unos 40.000 los españoles que se establecieron en América: entre ellos se encontraba lo más representativo de la intelectualidad española y de los ámbitos científicos, artísticos y literario, que tanto contribuirían al enriquecimiento cultural de Hispanoamérica al tiempo que su ausencia empobrecería el desarrollo español: el inmenso cuadro de Rodríguez Luna titulado “Don Quijote camino del exilio”, que se encuentran en el Museo Iconográfico del Quijote de la ciudad mexicana de Guanajuato (obra del exiliado Eulalio Ferrer Rodríguez), rememora gráficamente el drama vivido al finalizar la guerra civil.

Una parte de los llamados *niños de la guerra* regresó a España. Según palabras del ministro republicano Mariano Ansó: “En Francia, la central obrera CGT se comprometió a acoger a dos mil trescientos niños, en Gran Bretaña acogió a cuatro mil pequeños vascos un comité de asistencia subvencionado por la Iglesia Católica de

Inglaterra, y el Gobierno de los soviets aceptó encargarse de los hijos de comunistas”.¹² De ellos, regresaron aquellos que habían sido enviados a Francia y Dinamarca: un total de 122 niños y niñas, en este caso, formando un contingente que se denominó *los niños de Dinamarca*.¹³ No lo hicieron los que fueron trasladados a la Unión Soviética en cuatro expediciones: Valencia, Santurce (Bilbao), El Musel (Gijón) y Barcelona, entre 1937 y 1938, un total de 2.895 niños y niñas, acompañados de maestros, familiares y médicos, que cuidaron de ellos no solamente durante el viaje sino en el transcurso de su estancia en la Unión Soviética, y que no regresarían, en su mayoría, hasta una vez restablecida la democracia en España¹⁴. Como tampoco volvieron los conocidos como *niños de Morelia* (442, comprendidos entre los 4 y 15 años), que fueron enviados a México en el mes de junio de 1937.

En general, para la mayor parte de los exiliados supuso una cuestión de honor y coherencia no volver a pisar suelo español mientras permaneciera Franco en el poder. El abogado católico José María Semprún Gurrea lo llevó a rajatabla, siendo ministro del gobierno de la República en el exilio¹⁵, aunque su cuñado el antiguo ministro republicano Miguel Maura fuera mucho más flexible, regresando a España en 1953, instalándose en Barcelona por consejo del Régimen y viviendo desde entonces lo que se ha denominado un *exilio interior*.

Desde los primeros días de las caídas de las diferentes provincias españolas en manos de los sublevados se adiestraron paisanos dispuestos a seguir defendiendo con las armas a la República en peligro. A esta decisión se le llamó primero *tirarse al monte o echarse al monte*, según la comarca elegida, y a sus protagonistas

¹² *Yo fui ministro de Negrín*, Editorial Planeta, Barcelona 1976, p. 200.

¹³ Sobre la peripecia de este contingente de niños, vid. CEBALLOS, Josefina: “Los niños de Dinamarca”, en SAIZ VIADERO, José Ramón (edit.): *El exilio republicano en Cantabria. Setenta años después* (en prensa)

¹⁴ VVA: *Los niños españoles en la URSS (1937-1997): narración y memoria*, Editorial Ariel, Barcelona 2001.

¹⁵ Dos de sus hijos, los escritores Jorge y Carlos Semprún Maura, también exiliados en Francia desde niños, han hecho referencia en algunas de sus novelas al especinamiento de su padre.

los escondidos, guerrilleros o maquis, expresión esta última heredada posteriormente de los franceses. Precisamente desde Francia llegaron diversos contingentes, una vez liberado París, con la intención de unirse a las guerrillas dispersas, dotándoles de un planteamiento más ideológico que sirviera para crear en el interior de la península una situación de conflicto cuyo final sería desencadenar la intervención de las potencias aliadas, vencedoras en la Segunda Guerra Mundial contra los componentes del Eje, aliados de Franco. La mayor parte de los que entraron por la frontera francesa al valle de Arán y aquellos otros que actuaban en el interior fueron eliminados paulatinamente. Muchos de ellos regresaron a Francia o se trasladaron definitivamente a América, perdidas las esperanzas de que se produjera un cambio político en España mediante el uso de las armas o como consecuencia de la presión de las potencias democráticas.

Hasta la muerte del dictador, en noviembre de 1975, se fueron produciendo continuamente exilios de carácter aislado, procedentes de españoles que se sentían en peligro y otros que salían de la cárcel y preferían huir del control policial al que eran sometidos, así como aquellos que militando en los partidos políticos y centrales sindicales en la clandestinidad se veían obligados a traspasar la frontera para sentirse a salvo de la policía y los tribunales del régimen franquista.

Al fallecer Franco se inicia un tímido proceso de transición hacia la democracia cuya corroboración tiene lugar es el 15 de junio de 1977 con las primeras elecciones democráticas, en las cuales participa la mayor parte de los partidos políticos hasta entonces en la clandestinidad. Regresa también un importante número de republicanos supervivientes, algunos de los cuales se quedarán a vivir en España mientras que otros prefieren hacer viajes intermitentes desde los países de acogida (Francia y México, principalmente). México, único país que nunca reconoció la dictadura franquista ni estableció relaciones diplomáticas con sus representantes, reconoce al régimen democrático de España una vez fue refrendada su Constitución el día 6 de diciembre de 1978.



12. Zenobia Camprubí y las mujeres republicanas en el exilio

J.R. Saiz Viadero

El exilio republicano español de 1939 contó con un extenso componente femenino, algo solamente comprensible si se tiene en cuenta la elevada presencia en el mismo de familias enteras y, también, al hecho de que, con la llegada de la Segunda República, las mujeres habían adquirido importantes cotas de participación en la vida pública, a la vez que un grado de compromiso con la política progresista y avanzada en ideas como nunca antes se había conocido. Esta asunción del compromiso político las obligaría a tomar similares decisiones que los hombres, abandonando forzosamente el país ante el temor de las represalias que sobre ellas pudiera tomar el bando vencedor, que en muchas ocasiones no hizo distinciones entre sus oponentes de ambos sexos. Aunque en la actualidad no existen cifras, ni siquiera aproximadas, capaces de evaluar el alcance del éxodo republicano femenino, ciertamente su número es bastante elevado, tanto en lo cuantitativo como en lo cualitativo.

Las mujeres pertenecientes al proletariado y la clase pequeño-burguesa que hubieron de partir al exilio acompañando a sus padres y maridos y, en muchas ocasiones, con un cierto número de hijos a su cargo, además de tener que atender las necesidades del hogar de la misma manera que lo habían hecho en España, se encontraban con la dificultad añadida de la ausencia de los denominados cabezas de familia o con la imposibilidad que tenían éstos para encontrar trabajos suficientemente remunerados. Así que, en muchos casos, tuvieron que asumir el doble rol de madre y padre de familia: la máquina de coser Singer supuso una eficaz herramienta laboral para subsanar las penurias que conocieron aquellos hogares de transterrados, fundamentalmente durante su primera estancia en el exilio francés, lo mismo que ocurriría en los largos años del exilio americano.

Posiblemente se encontraran los componentes del matrimonio formado por el poeta Juan Ramón Jiménez y su esposa Zenobia Camprubí entre las primeras personas decididas a abandonar España, después de producirse la sublevación militar del 18 de julio. Era el día 22 del mes de agosto de 1936 cuando Zenobia y Juan Ramón -nombrado apresuradamente agregado cultural honorario de la Embajada española en los Estados Unidos-, salieron de Madrid cubriendo un itinerario a través de Valencia, Figueras,

La Junquera, París y Cherburgo, puerto francés donde cuatro días más tarde embarcarían con destino a América.

Sin saberlo entonces, partían hacia un exilio del cual jamás regresarían con vida. Atrás quedaba un penoso episodio que a punto estuvo de costarle la existencia al autor de *Platero y yo* en el Madrid de los inicios de la guerra civil, precisamente por culpa de algunos elementos que formaban parte del propio bando leal al Gobierno legalmente constituido; un episodio aislado, que dio lugar a las gestiones efectuadas por Zenobia para, a través de Cipriano Rivas Cherif, cuñado y secretario del presidente Manuel Azaña, lograr de éste la designación para ocupar un cargo que, en la práctica, Juan Ramón nunca llegó a desempeñar oficialmente. Desconocían también que su amigo Federico García Lorca ya había sido asesinado en Granada, en su Granada natal, por algunos de los fascistas del lugar.

Tras ellos, un poco después, a finales del mismo mes de agosto saldrían desde el puerto de Santander, con el mismo destino americano el poeta Pedro Salinas, a la sazón secretario general de la Universidad Internacional de La Magdalena, y su esposa Margarita Bonmatí, no regresando a España el primero jamás, mientras que ella volvió en el año 1952, una vez muerto su marido en Estados Unidos, para fallecer transcurridos unos meses de su retorno¹.

En septiembre de 1936 contraía matrimonio la filósofa andaluza María Zambrano, viajando poco tiempo después a Chile, donde su marido había sido nombrado secretario de la Embajada de España. Menos de un año duró su estancia en el extranjero, porque en junio de 1937 volvieron a España, aún a sabiendas de que la guerra estaba perdida. Saldría definitivamente al exilio al finalizar la contienda, no regresando a España hasta el año 1984, con ochenta años bien cumplidos.

¹ Esta salida la ha narrado su hijo Jaime Salinas en su libro titulado *Travesías. Memorias (1925-1955)*, Tusquets editores, Barcelona 2003, pp.

A finales de ese mismo mes de septiembre, Isabel y Francisco García Lorca salieron de España con destino a Bruselas, donde pasaron toda la guerra civil porque el hermano del poeta, asesinado en Granada, había sido destinado en calidad de secretario de la embajada española. Después, se exiliarían en Estados Unidos con una parte de la familia.

Pero veamos algunos otros comportamientos que se han dado a cargo de personas que también manifestaron su temor ante la posibilidad de regresar a su país, como es el caso del matrimonio formado por el pintor cántabro Gerardo de Alvear y Aurora Fernández Pujana, puesto que aunque aún no se había producido la sublevación, fue poco antes de la misma cuando ella se reunió en Buenos Aires con su marido, quien había partido con una beca del gobierno republicano el año anterior. Conocedores de los acontecimientos desarrollados, y a pesar de que carecían de cualquier significación política más allá de sus ideas liberales, decidieron no volver a España hasta que los avatares surgidos en Argentina con el peronismo les impulsó a regresar definitivamente a comienzos de la década de los cincuenta.

También la actriz Margarita Xirgu se encontraba de gira por Hispanoamérica cuando la sorprendió la noticia de la sublevación militar del 18 de julio, decidiendo entonces no regresar a su país: comprometida como estaba con el teatro de izquierdas y, muy especialmente, con las obras de Federico García Lorca, de haber vuelto a España hubiera podido sufrir un destino similar al de éste. No hay que olvidar que, a poco del advenimiento de la Segunda República, había protagonizado en los escenarios la obra dramática *Fermín Galán*, de Rafael Alberti, motivo por el cual una dama aristocrática llegó a abofetearla en plena calle. Antonina Rodrigo recuerda, en su documentada biografía de la actriz, que la compañía de la Xirgu salió de Santander el 31 de enero de 1936 con destino a Cuba, a bordo del barco trasatlántico “Orinoco”, y estaba compuesta por un elenco integrado por –además de la empresaria y, a la vez, primera dama- 22 actores y actrices; estas últimas eran Antonia Calderón, Eloísa Cañizares, Isabel Gisbert, Juanita Almoneda, Emilia Milán, Isabel y Teresa Pradas, Amalia Sánchez Ariño, Amelia de la Torre y Eloísa Vigo, llegando todos a Cuba para debutar en La Habana el 14 de febrero, siguiendo un periplo

artístico por Colombia, Perú, Chile, Argentina, Uruguay, donde la famosa actriz adquiriría la nacionalidad uruguaya², llevando un amplio repertorio de obras clásicas y modernas, entre las cuales destacaban *Doña Rosita la soltera*, *Yerma* y *Bodas de sangre*, las tres debidas a Lorca: Margarita, gran amiga de Federico, no podía creerse aún que el poeta granadino hubiera sido asesinado. Ella, a su vez, murió para los españoles, porque nunca más regresó a España: el Tribunal de Responsabilidades Políticas le había embargado todas sus pertenencias, declarándole extrañada de por vida. Por su parte, la actriz Amelia de la Torre volvería a comienzos de los años 50.

A la actriz Catalina Bárcena y a su compañero sentimental el dramaturgo y director Gregorio Martínez Sierra la Guerra Civil les sorprendió en Madrid, de donde huyeron a finales de septiembre de 1936 camino del exilio en Hispanoamérica. La esposa de este último, la escritora y anterior diputada socialista por Granada María de Lejárraga, vería cómo el día 17 de octubre de ese mismo año aparecía publicado en la *Gaceta de la República* su nombramiento de agregada comercial de primera clase para Suiza e Italia, promovido por su amiga Matilde de la Torre, diputada socialista por Oviedo y directora general de Comercio y Política Arancelaria³. A finales de setiembre se había reunido en Ginebra la Asamblea de la Sociedad de Naciones en la que era delegada suplente la escritora Isabel Oyarzabal, conocida literariamente como Isabel de Palencia.

Cuando Zenobia y Juan Ramón salieron de España con destino a una estancia inicialmente prevista solamente como norteamericana, él había superado ya los cincuenta y cinco años y ella estaba próxima a cumplir el medio siglo. Son edades bastante provecas para el tiempo en que viven, aunque seguramente Zenobia no lo tiene en cuenta, deseosa como estaba de huir de un Madrid que se ha vuelto agresivo, especialmente para el talante de su marido,

² RODRIGO, Antonina: *Margarita Xirgu*, Aguilar Editor, Madrid 1988, p. 332.

³ Sobre la compleja actitud sentimental de esta autora, vid. RODRIGO, Antonina: *María Lejárraga una mujer en la sombra*, Edit. Círculo de Lectores, Barcelona 1992.

quien de alguna manera lo recordará más adelante en los versos que publicará:

*Lo querían matar
los iguales
porque era distinto⁴*

El porte bastante imponente de Juan Ramón y sus barbas venerables -de aspecto muy parecido al de su amigo, el catedrático granadino y diputado socialista Fernando de los Ríos-, le conferían un aire de místico religioso que confundía a los milicianos, creyendo ver en él a un miembro de la clericala; un espía, en definitiva, de la quinta columna, pese a que los dos, marido y mujer, más la mujer que el marido, se dedicaban con intensidad al trabajo de organizar el control y cuidado de los niños huérfanos o abandonados, preocupación que siguieron manteniendo desde el extranjero.

Así que cuando aceptaron el nombramiento del presidente de la República Manuel Azaña, para Zenobia supuso un gran respiro, sabiendo que podían alejarse, siquiera fuera por un tiempo, que nunca pensaron iba a dilatarse tanto, de los peligros que entrañaba para el poeta una capital en guerra y sumida en el desconcierto de una parte de los defensores y de sus habitantes en general. Su salida no sería bien vista por algunas de sus amistades, como se desprende de la lectura de las memorias de su amiga y colaboradora Constanza de la Mora, destacada militante comunista:

“Las que habíamos empezado a ocuparnos de las niñas en el “refugio” de la Travesía del Fúcar nos sentimos decepcionadas cuando Zenobia y Juan Ramón Jiménez empaquetaron sus baúles, diciendo que marchaban a Alicante y salieron precipitadamente de España. Zenobia nos había ayudado unos días en el viejo convento y, luego ella y su marido instalaron a catorce niños pequeños en dos de sus departamentos amueblados, donde ellos mismos los cuidaban. Si su marcha pudo parecer una desertión, a mí me produjo verdadera pena, pues, a pesar de nuestras diferencias de los últimos meses, por cuestiones políticas, yo conservaba intacto

⁴ Poema titulado “Distinto”, publicado en *Rueca* nº 14, México, primavera 1945, p. 3.

mi cariño por Zenobia. Además, su presencia en España hubiera sido muy útil. Zenobia podía haber ayudado mucho durante la guerra con su energía y actividad⁵”.

Otra amiga suya, también exiliada, la poetisa Ernestina de Champourcin, ha dejado escrito lo siguiente sobre su decisión de salir de España: “Nos consta que en realidad el empeño de Zenobia, según confesión propia, pudo más que todo y venció la tristeza que le producía a su marido la idea de abandonar el país sin saber por cuánto tiempo⁶”.

Pero venció la tenaz decisión de Zenobia de abandonar una ciudad que pronto pasaría de estar sitiada a llegar a convertirse en asediada durante casi tres años.

ZENOBIA EN EL EXILIO AMERICANO

En puridad, no puede hablarse, pues, de una salida del matrimonio hacia el exilio, aunque el tiempo y las circunstancias así acabaron por considerarlo hasta el final de sus días. Con esta huida un tanto precipitada, aunque provisional, pasó algo similar a lo que había sucedido con la biografía fantástica del poeta publicada por el escritor Ramón Gómez de la Serna, en la cual se deslizan algunos errores de bulto acerca de la personalidad de Zenobia, al presentarla como maestra y norteamericana: ella misma recordará graciosamente más tarde, que el propio paso del tiempo hizo una realidad aquello que en principio no era otra cosa que sendos errores, puesto que ella pidió la nacionalidad norteamericana, la obtuvo y se dedicó a dar clases en diferentes universidades durante bastantes años.

⁵ MORA, Constanca de la: *Doble esplendor*. Editorial Crítica, Barcelona 1977, p. 296. Constanca no se vuelve a ocupar para nada de Zenobia en sus memorias, mientras que Zenobia se quejaba desde Puerto Rico y La Habana de la falta de respuesta de aquélla a sus repetidas cartas y envíos de dinero; vid. Zenobia Camprubí: *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz 1917-1956*, Edición de Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid 2006, pp. 41-43 y 48.

⁶ CHAMPOURCIN, Ernestina de: “...Y Zenobia”, en *Cuadernos de Zenobia y Juan Ramón 1*, Los libros de Fausto, Madrid 1987, p. 84.

La ya citada Ernestina de Champourcin manifestaba la distinta influencia en la pareja de la incertidumbre sobre la duración de su exilio, “ya que Zenobia estaba más o menos aclimatada por las circunstancias a los modos y ambiente de los Estados Unidos. Por otra parte, las mujeres gozamos por naturaleza de una facilidad de adaptación mayor que los hombres, y quizás también de la consciencia muy viva de las consecuencias que puede tener nuestro hundimiento⁷”.

Si bien éste fue el caso de Zenobia, debido a su tendencia a la hiperactividad, además de haber tenido una educación juvenil norteamericana, no lo era -por razones completamente distintas de carácter y de procedencia-, el de Margarita Bonmatí, cónyuge de Pedro Salinas: las dos, esposas de poetas famosos y, estando como estaban, muy supeditadas a las fobias y el carácter de sus respectivos maridos, vivieron su exilio de una manera muy diferente, aun habiendo hecho ambas un recorrido geográfico bastante similar.

Pero si lo comparamos con el de otros centenares de miles de mujeres españolas, incluso con los miles de mujeres de procedencia intelectual o de clases acomodadas que, debido a la guerra civil y, sobre todo, al final de la misma con la victoria de los sublevados, se vieron obligadas a salir al exilio, el suyo fue un destino privilegiado, un exilio casi dorado, pese a las penurias económicas por las que en muchos momentos atravesaron. Tanto por haber conseguido evitar verse inmersas físicamente (que no anímicamente) en todo el drama de la guerra civil, como por los resortes con los que con posterioridad contaron para lograr desenvolverse durante su residencia americana.

De cualquier manera, el destino de Zenobia, aunque voluntario inicialmente y con intenciones provisionales, sería muy parecido al que compartirían muchas de sus antiguas amistades españolas, las compañeras de la directiva del Lyceum Club Femenino madrileño, en cuya fundación Zenobia había participado y a cuya directiva había pertenecido en calidad de secretaria. De las socias

⁷ *Ibidem*.

fundadoras de aquel interesante proyecto cultural: Carmen Abreu, se exilió en Ginebra; Pilar de Zubiaurre en México; Matilde Huici, vicepresidenta, en Chile; Trudy Groa, en Francia, Suiza y México; Margarita Gorriti, en Uruguay; Isabel Oyarzábal Smith, en USA y México; Gloria Pérez, en Francia; Mabel Rick, en Buenos Aires; María de Maeztu (la presidenta) en Europa y Argentina, de donde regresó para morir; la jurista Victoria Kent, en París, México y Nueva York; María Martos, bibliotecaria, en Londres y Argentina. Parecía como si aquellas mujeres que supusieron, de alguna manera, la vanguardia del pensamiento femenino español de los años veinte y treinta, se vieran condenadas al destierro de por vida, solamente por haberse atrevido a transgredir el tradicional rol asignado a la mujer en España.

Separada por la distancia, Zenobia no quiere perder el contacto con muchas de sus antiguas amigas y compañeras, procurando mantener esa relación epistolar a la que tan aficionada era. A propósito de esto, escribe en sus diarios: “Poco a poco voy recibiendo cartas de muchísimas amigas con las cuales no tenía relación porque no sabía dónde estaban, aunque todas tienen cosas trágicas que contar. Una guerra es un dolor muy grande que tenemos que repartirnos entre todos⁸”. Estos contactos, aunque solamente sean esporádicos, mantienen viva en todas ellas la llama de la pasión por España; pero, además, sirven para estimular esa faceta tan representativa del espíritu de Zenobia, cual es la relación interpersonal y el sentido de la amistad, tan diferente a la que paulatinamente se va manifestando en el carácter de su marido, cada vez más proclive al pesimismo y al aislamiento, a encerrarse en sí mismo.

VIVIR CON JUAN RAMÓN

Acerca de la grandes diferencias existentes en los caracteres de la pareja ha escrito el estudioso juanramoniano Ricardo Gullón: “Dos seres muy distintos en temperamento y modo de ser: él, soñador y contemplativo, predisuesto a la melancolía y al pesimismo;

⁸ 5 de marzo de 1940. Vid. CAMPRUBÍ, Zenobia: *Epistolario I.*, op. cit. pp. 246-247.

ella, práctica y dinámica, alegre por naturaleza y optimista. La apasionada obstinación del poeta llegó a vencer las resistencias de la amada, haciéndola cada día más a su imagen y semejanza. El débil (en apariencia), el triste, resultó vencedor⁹. Lo mismo que sucedería al final de sus vidas, y el amor, que al principio se había mostrado reticente en Zenobia e insistente en Juan Ramón, acabó rompiendo las barreras iniciales establecidas por ella como defensa, hasta el extremo que relataba Consuelo Jevenois, una amiga de juventud de Zenobia: “La vi enamorarse de Juan Ramón locamente y dedicarle su vida, su inteligencia, su magnífica y rara personalidad y así ha sido durante cuarenta años y hasta que la muerte los ha separado¹⁰. Otra diferencia importante, como es la radicalmente opuesta concepción religiosa de ambos, nunca interfirió en su relación respetuosa en este aspecto.

Pero la vida de Zenobia con Juan Ramón no fue tan idílica como en algunos lugares ha podido describirse. La convivencia con un hombre tan difícil, dado a la neurastenia y a la depresión constante, enfermo real y, como gran hipocondríaco que era, también imaginario -más lo último que lo primero, aunque por razones biológicas acabará siendo lo primero-, no resultaba un camino de rosas, como puede desprenderse de algunas de sus confidencias. A este respecto, ella escribe en su *Diario*: “Las cosas entre J. R. y yo llegaron a su punto culminante. Yo me doy cuenta de que tengo un gran defecto al no poder tolerar acusaciones, pero mi indignación fácilmente provocada y probablemente injusta la mayor parte de las veces, me saca toda la que tengo normalmente reprimida por estar mortificada todo el tiempo (...) Armé un infierno. Le dije que todos los hombres que él tanto desprecia y critica, por lo menos se mantienen, y a su mujer y a sus hijos, y él, que no tiene que preocuparse por casa y comida, no puede resolver ni los problemas más pequeños y está desperdiciando su vida tirado en la cama o

⁹ JIMÉNEZ, Juan Ramón/CAMPRUBÍ, Zenobia: *Poemas y cartas de amor*, Estudio preliminar de Ricardo Gullón. La Isla de los Ratones, Santander 1986, p. 13.

¹⁰ CAMPRUBÍ, Zenobia: *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz 1917-1956*, op. cit., p. 762n43.

perdiendo tiempo en los vestíbulos de los hoteles con un montón de gente poco interesante¹¹”.

Al igual que tantas otras mujeres de artistas o de intelectuales, ella ha de supeditar su propia personalidad a la de su marido. Incluso ha de cumplir ese papel que se adjudica desde tiempo inmemorial a la mujer, sirviendo no solamente como cuidadora del enfermo eterno que es, sino también como relaciones públicas y como secretaria: es “la más ideal de las secretarias”, a juicio del también juanramoniano Arturo del Villar. Porque “Zenobia (...) no sólo fue esposa sino a la vez madre, colaboradora, secretaria, agente de negocios, enfermera y chofer de su marido”, recuerda Ricardo Gullón¹². Sacrifica, en gran parte, sus propios deseos y su propio desarrollo para cumplir la voluntad de su marido, por eso ella escribe que “ayudar a J. R. no es suficiente para llenar el día, pero es suficientemente irregular para no permitirme hacer compromisos en cuanto a asistir a clases¹³”. Y a menudo siente una frustración íntima: “Yo echo de menos los hijos que nunca he tenido”, escribirá en uno de esos momentos anímicamente bajos¹⁴.

Una mujer como ella, procedente de la burguesía acomodada norteamericana, ha de verse obligada a conocer una serie de estrecheces económicas, fruto principalmente de la situación internacional que se vive, alejados como están de los editores de uno de los más grandes best-sellers de la historia de la literatura: *Platero y yo*. Lo mismo le sucede a Margarita Bonmatí, cuando acompaña en su periplo americano a Pedro Salinas. Y se convierten en abnegadas cuidadoras, descuidando su propia salud y, a la vez, solidarias con el infortunio de unos seres que sin haber participado directamente en el enfrentamiento ideológico surgido en la península ibérica -al menos, sin haberlo hecho desde la primera línea-, han de sufrir las consecuencias derivadas de no querer renunciar a su compromiso con la democracia, tratando ellas, a su vez, de no romper la paz interior que buscan sus parejas. Si Juan

¹¹ CAMPRUBÍ AYMAR, Zenobia: *Diarios* (1991a), pp. 135-136.

¹² JIMÉNEZ, Juan Ramón/CAMPRUBÍ, Zenobia: *Poemas y cartas de amor*, op. cit., p. 26.

¹³ CAMPRUBÍ AYMAR, Zenobia: *Diarios*, op. cit., p. 3.

¹⁴ CAMPRUBÍ, Zenobia: *Epistolario I*, op. cit., p. 581.

Ramón Jiménez vivió toda su vida dominado por el pánico a la muerte, el poeta Juan José Domenchina, marido de Ernestina de Champourcin, era propenso a la neurosis, como Juan Ramón, (“esta pobre chica sí que ha llevado una vida heroica”, escribía Zenobia en 1949, compadeciéndose de Ernestina¹⁵), al tiempo que Pedro Salinas también se comportaba como un hombre sometido a su temor a las enfermedades: en definitiva, las tres mujeres compartían sus vidas con otros tantos hipocondriacos, por muy sublimes que fueran los versos de los poemas que éstos compusieran.

En el caso de Margarita Bonmatí, enamorada como está de un marido que hace mucho tiempo que no la corresponde y al que ha proporcionado sus conocimientos de idiomas y literatura, su sacrificio es asumido abnegadamente por la relación matrimonial, como corrobora cuando declara a su hijo Jaime: “Ya sabes lo importante que es para mí verle contento y animado (a su marido¹⁶)”. De la misma manera se manifiesta Zenobia, cuando escribe: “yo procuro buscarle a J. R. todo lo que creo pueda alegrarle en todos los momentos¹⁷”. Y ella declina disponer de su libre albedrío porque también se ve compensada con ser la esposa de un poeta mundialmente querido y admirado, pudiendo conocer, aunque solamente sea en la hora de su propia agonía, la culminación de su obra: la concesión del premio Nobel para Juan Ramón, tarea en la cual fue fundamental la ayuda prestada por la profesora hispanoamericana Graciela Palau de Nemes.

Las enfermas son ellas, aunque muchas veces no lo saben o prefieran ignorarlo, como es el caso de Zenobia, que acabará falleciendo víctima de un cáncer, posiblemente mal cuidado o descuidado por no atreverse a dejar solo a Juan Ramón. En este sentido, sí aparecerá algún reproche a la falta de sensibilidad de su marido ante la situación planteada: “Ya saben ustedes que a quien ha habido que meterle bisturí y aplicarle Rayos X y radium es a mí, y tiene el valor de decirme a todas horas: “¡Ay, tú estás buena y sana! ¡Quién estuviera como tú!”. Y, además, sabe que tiene en su mano

¹⁵ Ibídem, p. 730.

¹⁶ SALINAS, Jaime: *Travesías*, op. cit., p. 185.

¹⁷ CAMPRUBÍ, Zenobia: *Epistolario I*, op. cit., p. 602.

alargarme la vida dándome la satisfacción de salir conmigo... pero erre que erre”, escribe en una de sus cartas a los Guerrero¹⁸.

Un común y cruel destino acompañará a tres esposas de otros tantos poetas españoles exiliados en Estados Unidos. Zenobia Camprubí (de Jiménez), Margarita Bonmatí (de Salinas) y Germaine Cohen (de Guillén), sufrirán operaciones de cáncer y no vivirán mucho tiempo: la primera fallece en 1956, la segunda en 1953 y la tercera en 1947. Esta desgracia les uniría, en la distancia, porque antes les había separado las discrepancias surgidas entre Juan Ramón y los dos discípulos suyos, a partir de finales de los años veinte, y que les llevaría a no hablarse, interrumpiendo de esa manera una comunicación antes fluida y creadora. Pero, finalmente, Zenobia y Margarita incluso compartieron el mismo hospital en Boston, poco antes de fallecer la primera. Y las tres tenían en común, además, sus orígenes familiares extranjeros,

EL INSTINTO MATERNAL

Coexiste en el temperamento de gran parte de muchas de estas mujeres un acusado instinto maternal que las conduce a proteger y sobreproteger a sus hombres (maridos e hijos incluidos), obviando y perdonando sus manías y hasta sus ofensas. Parece lógico en Ana Ruiz, la anciana madre del poeta Antonio Machado, que le acompañó en las primeras jornadas del exilio francés, falleciendo tres días después de haberlo hecho su hijo en el pueblo de Collioure, como si su instinto materno protector tratara de no dejarle desamparado hasta el último momento.

Quizás el hecho de no haber tenido hijos volcó en Zenobia su pasión maternal en la figura de un marido que muchas veces se comportaba como si fuera un niño débil y malcriado por su madre, Mamá Pura. Como ejemplo, veamos esta anotación suya en una carta de 1946: “Cuando volví de New York y Litchfield, en donde lo

¹⁸ Ibídem, p. 1347, carta de abril de 1955.

pasé estupendamente durante ocho días y volví con unas cuantas libras de más (que realmente no necesitaba pero sí el descanso para los nervios), me encontré a J. R. en un estado tan lamentable que se me encogió el corazón¹⁹". Y, más adelante, ya en 1950, escribe desesperada: "La idea de la muerte y la necesidad de tener un médico a su disposición siempre, como en su juventud, me tienen esclavizada²⁰". Efectivamente, el carácter hipocondriaco de Juan Ramón le había llevado desde bien joven a buscar la figura protectora de un médico siempre próxima a él, hasta el extremo de residir en la misma casa donde habitaba un facultativo... aunque éste fuera un ginecólogo.

Zenobia falleció el 28 de octubre de 1956, tres días después de que le concedieran a Juan Ramón el Premio Nobel de Literatura. Esto fue dos años antes de que lo hiciera el enfermo eterno, planificando hasta en el último momento lo que sería la vida de Juan Ramón una vez que ella haya desaparecido, y habiendo conseguido no solamente el preciado galardón sueco sino que sus propias sobrinas renunciaran a favor de su tío a la percepción de la pensión vitalicia que legalmente les correspondía.

Y llegando aquí hemos de mencionar el caso de la profesora mexicana Berta Gamboa, quien falleció diez años antes de que lo hiciera con 84 años su anciano esposo, el poeta León Felipe, siempre frágil y achacoso. La escritora María Teresa León lo hizo, perdida ya toda consciencia, mucho antes de que muriera un Rafael Alberti que llegaría a centenario. La diputada Matilde de la Torre, antecedió en la muerte a su hermano menor Carlos, al que cuidaba solícitamente desde niño por estar impedido físicamente. Y un accidente desgraciado en Guatemala segó la vida de Constanza de la Mora con sólo 44 años.

Una de las pocas excepciones fue la de la escritora María de Lejárraga, abandonada por su marido el dramaturgo Gregorio Martínez Sierra para emparejarse con la actriz Catalina Bárcena, con la cual convivió hasta sus últimos días ya en España, donde regresó en 1947 para fallecer víctima de un cáncer: a pesar de

¹⁹ *Ibidem*, p. 531.

²⁰ *Ibidem*, p. 870.

todo, ella siguió, desde la distancia, a veces de una enormidad geográfica, enviándole las obras que escribía y que su todavía marido presentaba como propias. ¿Qué hubiera sido de la carrera de Martínez Sierra sin el trabajo denodado y sacrificado de su mujer, quien en su larga vida nunca logró el reconocimiento de su obra, pasando por ello los derechos de la misma a la hija que su marido había tenido con su compañera sentimental? Ella, como Margarita Bonmatí, la escritora Concha Méndez o la pintora argentina Delia del Carril, eran bastante más mayores que sus respectivas parejas: Delia “la hormiguita”, compañera del poeta Pablo Neruda en los años más convulsos, conoció esa dulce venganza por haber sido abandonada por éste, al sobrevivirle durante más de veinte años, sobrepasando con creces la mágica cifra de los cien años. Lo mismo que María de Lejárraga. También Concha Méndez sobrevivió tres décadas a un Manolito Altolaguirre que la dejó por otra mujer.

Muchas de estas mujeres se vieron postergadas en la historia de España y la de la Literatura. ¿Por qué no aparece debidamente reflejada su verdadera participación en la Generación del 27, cuando estuvieron inmersas en ella tanto Concha Méndez como Ernestina de Champourcin o Maruja Mallo? Incluso existe una denominada generación 27-bis, con aquellos más jóvenes que no tuvieron participación activa alguna; pero el trabajo de las mujeres suele ser obviado, cuando no negado.

Su relación de dependencia emocional para con sus maridos fue tan intensa que algunas no pudieron llegar a asumir la soledad, después de producirse su óbito, como ocurrió con la viuda de Juan Centeno, en Estados Unidos: “Pocos meses antes de que él muriera, su mujer, Catherine, había dado a luz a una niña a la que bautizaron con el nombre de Aitana. Catherine, que había pasado su vida pendiente de Juan, estaba deshecha y vivía automarginada. Yo pasaba a verla a diario. Acabó refugiándose en el alcohol. Nunca me cansaré de insistir en lo mucho que el grupo de exiliados que acabamos en Estados Unidos debemos al matrimonio Centeno”, ha escrito en sus memorias Jaime Salinas, hijo del poeta del mismo apellido²¹.

²¹ SALINAS, Jaime: op. cit., p. 489.

Se hacen cargo de las obligaciones más perentorias, para que sus maridos puedan realizando su obra poética. “Pesos, cheques, medidas, cargaremos, réditos, gravámenes, hipotecas, fianzas... No entiendo una sola palabra del lenguaje de los hombres...”, escribe Juan Ramón, justificándose así, abrumado por unas obligaciones de las que ha sido exonerado²². Por eso, acerca de la estancia de Zenobia en los Estados Unidos se ha dicho que: “No siempre estaba en casa durante mis visitas. Sus obligaciones de mujer práctica, de brazo fuerte de la vida de la pareja, la hacían salir a menudo a cumplir compromisos puramente sociales en los que el poeta no participaba²³”. Porque, de la misma manera que a Pérez Galdós se cuidaban celosamente sus hermanas mayores de que nada ni nadie le molestara mientras trabajaba durante las mañanas, Zenobia se encargaba de que no se produjera ningún ruido que enturbiara el trabajo o el descanso de Juan Ramón, a quien hasta el sonido producido por el rasgar de una pluma sobre el papel ponía nervioso: “ahora mismo yo, que estaba haciendo de maritornes en la cocina, he dejado lo que hacía porque el ruido le impedía trabajar y me he venido a esperar media hora o tres cuartos a que él termine y salga a dar una vueltecita porque el sol ha despejado la niebla y el día está bueno”, escribe Zenobia a los Guerrero²⁴. Pero, a menudo, sus obligaciones para Juan Ramón se convierten en asfixiantes: “No tengo casi ningún tiempo ni libertad para ir a ninguna parte por mi cuenta y así se dio el caso de necesitar el sanatorio para poder continuar en la Universidad”, les dice más adelante²⁵.

Acostumbrada como estaba desde niña a tener personal de servicio a sus órdenes, confesaba reiteradamente su falta de conocimiento y también de afición para las labores de la cocina. Por lo tanto, Juan Ramón tenía que hacerse lo más perentorio cuando ella estaba ausente, algo que a menudo podía enturbiar sus relaciones. Su amiga Ernestina de Champourcin, gran admiradora de Juan Ramón, escribía al respecto: “Y le seguí a la cocina, donde, poniéndose

²² JRJ: *Autobiografía y artes poéticas*. Edición de Arturo del Villar, Los libros de Fausto, Madrid 1981, p. 22.

²³ CHAMPOURCIN, Ernestina de: *La ardilla y la rosa (Juan Ramón en mi memoria)*, Los libros de Fausto, Madrid, 1981, p. 17.

²⁴ CAMPRUBÍ, Zenobia: *Epistolario I*, op. cit., p. 490.

²⁵ *Ibidem*, p. 603.

un trapo limpio a modo de delantal, empezó a cascar huevos y a partir jamón. El autor de *Platero* haciendo de marido americano es algo que no he podido olvidar nunca. La llegada de Zenobia interrumpió la escena, y de la cocina volvimos a la literatura y las amistades²⁶".

María Teresa León ha de preocuparse de que el temperamento dado a la juerga y bastante pródigo de Rafael Alberti no rompa la armonía vecinal y acabe con la economía familiar, sobre todo cuando se encontraba con un espíritu todavía más crápula y desinhibido como era el chileno Pablo Neruda. Es entonces cuando Delia del Carril y María Teresa León tenían que hacer grandes esfuerzos para que la promiscuidad de los amigos convocados no ocasionara el desahucio de la vivienda, cosa que no siempre consiguieron.

España está constantemente presente en su pensamiento. En su correspondencia se mantenía atenta a todo lo que venía de España, resaltando noticias que escuchaba en la radio y cartas que recibía de amigos repartidos por España y América, sobre todo: "¡Lo de Santander ha sido horroroso²⁷!", escribe, refiriéndose al incendio que asoló esta ciudad en febrero de 1941. Incluso están pendientes del posible regreso a España: "Si alguna vez vuelvo a Madrid...²⁸". "Me gustaría ahorrar algo, ya que habrá que gastar un dineral en España cuando termine esto²⁹". Y cuando en 1946, por motivos económicos, se ve obligada a dejar su casa de Madrid, hace saber a sus amistades que sí piensan regresar alguna vez. En 1950 ya estudia seriamente la posibilidad de volver ambos a España, posibilidad que se esfuma ante la oposición mostrada entonces por Juan Ramón. En la correspondencia de Zenobia, sobre todo en la establecida con su corresponsal y paciente amigo español Juan Guerrero, se nota su espíritu ahorrativo, mezcla de catalana y yanqui, mirando siempre el lado práctico de la vida en un país que no siempre les proporciona todo lo que necesitan para vivir con el ritmo de vida que corresponde a su antigua situación. En la lectura de sus cartas vemos una obsesión por el detalle y la economía

²⁶ CHAMPOURCIN, Ernestina de: *La ardilla y la rosa*, op. cit., p. 59.

²⁷ CAMPRUBÍ, Zenobia: *Epistolario I*, op. cit, p. 302.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ *Ibidem*.

que puede resultar patológica, aunque el deseo constante de corresponder desde la distancia con sus numerosos parientes y amistades nos congracie con ella.

Solamente las mujeres independientes, las que no llevan a cuestas una vida familiar, pueden permitirse el cultivar su propia personalidad sin tener que abdicar de aspectos de la misma en beneficio de su cónyuge. Pienso que Zenobia renunció a seguir con sus traducciones y a lo que alguno ha citado, quizás excesivamente, como una carrera literaria prometedor, para mantenerse al tanto de la marcha de las cosas de Juan Ramón: le compensaba, aunque a veces se rebelara, ser la mujer de un gran poeta, unánimemente reconocido, antes que iniciarse en una carrera que no sabía cuál podía ser su destino. "Así como nunca enfoqué en mi juventud la idea de convertirme en maestra, muchas veces había pensado en un porvenir de escritora. Pero como no me casé hasta los veintisiete años, había tenido tiempo suficiente para averiguar que los frutos de mis veleidades literarias no garantizaban ninguna vocación seria. Al casarme con quien, desde los catorce, había encontrado la rica vena de su tesoro individual, me di cuenta, en el acto, de que el verdadero motivo de mi vida había de ser dedicarme a facilitar lo que era ya un hecho y no volví a perder el tiempo en fomentar espejismos. Nadie mejor que el lindo grupo de niñitas puertorriqueñas que, poco después de llegar nosotros a la isla, me confirmó, de manera encantadora, en mis opiniones. Le hacían a Juan Ramón mil preguntas sobre Platero y se apartaban compungidas por la muerte de éste, cuando se detuvieron ante mí. Como si hubiese encontrado la solución de su problema, me dijo la mayor. "Y, es claro, como se murió Platero, tuvo que casarse con usted", recuerda no sin cierta nostalgia³⁰.

Podía haber seguido una carrera similar a la de una amiga suya, discípula de Juan Ramón: Ernestina de Champourcin, quien marchó con su marido al exilio primero en Toulouse y después México, donde sobrevivieron trabajando como traductores para la editorial Fondo de Cultura Económica. Colaboran, igualmente, con otras editoriales como Centauro y Unión Tipográfica Hispanoamericana,

³⁰ CAMPRUBÍ, Zenobia: *Vivir con Juan Ramón*, Los Libros de Fausto, Madrid 1986, p. 104.

llegando a traducir medio centenar de títulos. Ella colabora en la revista *Rueca* y publica los poemarios *Presencia a oscuras* (1952), *Cárcel de los sentidos* (1960) y *El nombre que me diste* (1960): su marido, Juan José Domenchina, ha muerto en 1959, y el carácter religioso de su poesía se intensifica desde entonces. Publica *Haikais espirituales* (1967) *Cartas cerradas* (1968) y *Poemas del ser y del estar* (1972). Pero la situación familiar de Ernestina era, en muchos aspectos, bastante similar a la de Zenobia, según le comentaba a ésta cuando le habla sobre “las neurastenias de Domenchina, que hay veces que le ha anunciado, en una de sus malas rachas, que se va a morir dentro de dos horas³¹”.

Los altibajos en el estado de ánimo de Juan Ramón conducen a limitar sus movimientos y también sus decisiones, llenándola a ella de incertidumbre. Por eso escribe: “Quiere que deje la universidad porque no quiere estar con nadie más que conmigo y no quiere estar solo. No sé qué hacer, pues lo de la universidad no lo hago sólo por pasar el rato y, justamente cuando todo el mundo se preocupa por temor a la inflación, no parece el momento más oportuno para quedarme sin un tercio de su haber. Además, que los sanatorios y médicos no se pagan con el aire puro ni el agua cristalina³²”. A última hora, Zenobia hizo algunas gestiones para que ambos fallecieran en España, y así lo rememora su sobrino español: “Desde 1955 tía Zenobia proyectaba la venida de los dos, en el verano del 56, con objeto de explorar y tantear lo que suponía al poeta el reencuentro con su país y su familia, con un final intento de incorporarlo a la misma³³”.

La mayor parte de ellas nunca regresará a España -algunas lo hicieron después de muertas-, como las abogadas Victoria Kent y Clara Campoamor, la actriz Margarita Xirgu, la diputada socialista por Asturias Matilde de la Torre... Ésta no había solucionado un problema marital que arrastraba desde el año 1917, cuando contrajo matrimonio por poderes con un primo suyo residente en Perú y a los quince días de haberse presentado en su domicilio americano decidió rehacer sus maletas y regresar a España: la vida no era

³¹ CAMPRUBÍ, Zenobia: *Epistolario I*, op. cit., p. 849.

³² *Ibidem*, p. 566.

³³ HERNÁNDEZ-PINZÓN, F.: “Zenobia y Juan Ramón en Moguer”, p. 61.

como se la había planteado su enamorado desde la distancia. Pese a todo, continuaba firmando Matilde de la Torre de Gutiérrez, como su amiga María de Lejárraga había adquirido el seudónimo de María Martínez Sierra. El resto de su vida, aproximadamente treinta años, Matilde la vivió sola cuidando de su hermano menor Carlos de la Torre, minusválido, quien la sobrevivió.

Son mujeres que parecen, a pesar de su temperamento independiente, nacidas para echarse obligaciones encima. Obligaciones como la que rompió la prima política de Matilde, Concha Espina, al separarse de su marido Ramón de la Serna y después divorciarse de él, superando sus escrúpulos religiosos, haciéndose cargo de sus cuatro hijos desde bien pequeños. Cuando llegó la Segunda República fue una de las primeras mujeres en solicitar el divorcio, que se lo tramitó Clara Campoamor; entonces era partidaria de una República de la que poco a poco fue distanciándose, hasta convertirse en una de las máximas defensoras de Falange y del golpe de estado militar que aboliría, entre otras muchas cosas favorables a la mujer, el divorcio, con leyes que retrotraían el estado recién adquirido a su situación anterior. Si el ex marido de Concha Espina no hubiera fallecido durante la guerra civil (por cierto, siendo alcalde republicano), ¿cuál hubiera sido la situación legal de Concha Espina? ¿Cuál era, incluso, después de la muerte de éste, divorciada, viuda? Dejemos en aire esta paradoja que la acompañaría toda su vida, aunque sus hijos trataran de esconder un pasado que para el Régimen franquista podía resultar, cuando menos, engorroso. Zenobia no simpatizaba con el divorcio y, a pesar de unirles a ambas su devoción religiosa, no le resultaba nada simpática esta escritora, a juzgar por una confidencia epistolar de 1950: “Concha Espina, por lo visto, no se preocupa de molestar a los muertos con tal de conseguir publicidad. La pobre nunca se distinguió por su buen gusto³⁴”.

Zenobia recuerda que pertenecía a la clase más privilegiada, aunque el servicio doméstico no se encuentre tan barato en Estados Unidos como lo estaba en España: “Hoy, sábado, viene la negrita y me va planchar los vestidos que me va a reformar mi costurera

³⁴ CAMPRUBÍ, Zenobia: *Epistolario I*, op. cit., p. 824.

colombiana porque todos me están larguísimos³⁵”, escribe. Esto nos da idea de que, aún dentro de las penurias que su vida en el exilio entraña, no puede prescindir de servicio doméstico.

Las otras mujeres, fundamentalmente las procedentes de las clases medias-bajas y proletarias, hubieron de contribuir con su esfuerzo personal a la economía de los hogares, en muchas ocasiones suplantando la presencia de los hombres, puesto que su trabajo no era requerido o no había puestos para ellos, en países que tenían problemas para poder aceptar la mano de obra extranjera. Francia fue, desde el año 1939, uno de ellos, y mientras los hombres se encontraban en los campos de internamiento, las mujeres trataban de subsistir ejerciendo tareas domésticas, o utilizando su conocida habilidad para manejar la máquina Singer, como ya se ha aludido anteriormente. Sabida es la antigua disposición de la mujer española para el corte y confección, quizás debido a que era la única tarea femenina socialmente aceptada, en una cultura en la que toda la responsabilidad laboral fuera de casa era ejercida por los hombres. Concha Méndez recuerda las dificultades de emprender una tarea que no estuviera bien aceptada en el mundo hispano, como le sucedió durante su estancia en Cuba, cuando quiso ayudar a su marido como lo había hecho en España: “...aquellos hombres tenían una dosis de machismo muy grande. Decían que yo quería desprestigiar a Manolo al ocuparme del dinero; cuando, en realidad, al principio de nuestro matrimonio, era yo quien se ocupaba del dinero y ganábamos muchísimo³⁶”.

Los comienzos de estas mujeres fueron duros y, en ocasiones, angustiosos: para algunas más que para otras. En el exilio mexicano, Estrella Rodríguez, esposa de un tipógrafo socialista que no conseguía encontrar trabajo debido a su edad, puso en marcha todos sus resortes personales para facilitar el desarrollo de la economía hogareña, como había ya hecho cuando vivía en España y los sueldos miserables de los trabajos no daban para sostener a una familia con tres hijos y pretensiones de alguna educación. Muchas son las mujeres que en el exilio debieron dejar a un lado

³⁵ *Ibidem*, p. 524.

³⁶ ULACIA ALTOLAGUIRRE, Paloma: *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas*, Mondadori, Madrid 1990, p. 114.

sus antiguos pruritos sociales para dedicarse a la dura tarea de fregar escaleras. Algo que, por otra parte, estaban ejerciendo en España las mujeres de los presos y las viudas de los ejecutados.

Pero ésta sería ya otra historia.



13. Zenobia en Cuba

Antonio Ramírez Almanza

0. INTRODUCCIÓN

Parecería, visto por un observador ajeno a las vidas de JRJ y Zenobia Camprubí, que un trabajo bajo la denominación de “**Zenobia en Cuba**”, pudiera tratarse de un hecho aislado de la vida de la esposa del poeta de Moguer. No obstante, a pesar de la inseparable e indisoluble relación de la pareja, nos atreveríamos a encontrar marcos diferenciados en los modos y comportamientos en aquel exilio común que comenzó en 1936 hasta el final de sus días.

Si partimos de los fuertes componentes emocionales de JRJ, y la visión pragmática de Zenobia, los contenidos y las formas de sus exilios, pudiéramos exponernos a decir que, sin ser contrapuestos, fueron distintos. Por un lado, el exilio interior del poeta, con toda su carga de transitoriedad en sus inicios y la aceptación del no regreso; por otro, la conformidad de Zenobia ante un exilio permanente, perdidas ya, todas las esperanzas de un fin inmediato de la contienda. Siguiendo el rastro de la abundante información que nos ofrece la obra del poeta en su exilio interminable, nos podríamos percatar de tales circunstancias. En JRJ notamos esa identificación de desterrado muy claramente, tanto en su obra lírica, *En el otro costado*, *Animal de fondo*, *Espacio y Tiempo*, como en su *Guerra en España*, de contenido más vivencial o analítico. En Zenobia, sus *Diarios* y relaciones epistolares, que muestran su permanente lucha y preocupación, nos otorgan esa visión en paralelo de un mismo destino de desarraigados o trasterrados, pero visto desde un fondo más real. Una muestra, de las muchas que pudiéramos elegir, puede ser lo que escribe Zenobia en su *Diario* un 31 de mayo de 1939, ya en los EEUU:

[...] Esta mañana me puso de vuelta y media porque había ya planeado nuestra salida, para conseguir de nuevo el permiso de reentrada por un año más cuando expiren nuestros pasaportes. Me dijo que un español sólo podía pensar con alegría en volver a España y que yo, claro, sólo amaba a España como un botánico o algo así. Pensándolo bien, es verdad que quiero a España y al campesino español; pero no a otros muchos españoles. El hecho es que siento rencor respecto a

la mayoría de mis paisanos que han recibido mucho de mí sin devolverme gran cosa [...]¹

Por la misma fecha, JRJ le escribe a Giner de los Ríos:

[...] España es de día y de noche mi sueño vivo, que me hace gritar cuando estoy dormido, según me dice Zenobia. Y cuando escribo está velado por el manto de mi nostalgia, verso y prosa. [...] Me duele tanto el instante, la eternidad, digo, que canto más que nunca para ahuyentarla y espantar mi fantasma. Me ando en la llaga con ilusión. Esta llaga no se cerrará ya nunca, ni aun en España, si un día puedo besarla en presencia y figura, en la misma cara².

Con estas dos perspectivas, podemos atrevernos a un acercamiento a Zenobia Camprubí, observándola sola y en la dimensión comprometida de sus primeros años de exilio, cuando el matrimonio recalca en la isla caribeña un veinticuatro de noviembre de 1936, permaneciendo en ella hasta marzo de 1939. Su presencia en Cuba, procedentes de Puerto Rico, se justificaba por la invitación que les hiciera la Institución Hispano Cubana de Cultura presidida por Fernando Ortiz, quien recurre al erudito cubano José María Chacón y Calvo como mediador, ya por entonces amigo personal de JRJ. Esta amistad procedía de la época en la que el joven cubano llega a Madrid en 1918 como diplomático de la legación cubana, residiendo allí hasta 1936. En aquellos años establecieron buenas relaciones dentro del círculo de la Residencia de Estudiantes.

No parece que la I.H.C.C pasase por muy buenos momentos en aquellas fechas. Prueba de ello es la carta que Fernando Ortiz escribe a Chacón y Calvo, el veintinueve de octubre de 1936, con cierta actitud lastimera:

[...] La Institución Hispano-cubana necesita traer a alguien de gran cartel, pues el desengaño que nuestra gente tuvo con Ortega y Gasset nos ha perjudicado mucho, está en Puerto Rico, Juan Ramón Jiménez y quedó en llegar hoy precisamente;

¹ CAMPRUBÍ 2, 1991, p. 69.

² JIMÉNEZ 1992, p. 206.

pero escribe que no podrá venir hasta la segunda quincena de noviembre. Todo esto nos desangra. [...]³

Mucha atención prestó Chacón y Calvo en aquellos primeros días por JRJ. Los trae a la memoria al poco de la muerte del poeta en sus *Recuerdos Cubanos de Juan Ramón Jiménez* en 1958:

[...] El gran poeta, amigo como pocos de la paz y el silencio, conoció, en sus primeros días habaneros, uno de nuestros hoteles más ruidosos, aunque confortable sin duda, situado donde estuvo un tiempo el *Diario de la Marina*. El primer signo que encontré de que algo había cambiado en el autor de *Platero y yo*, fue el de que no le oí quejarse, en los primeros días, del ruido de la ciudad, tan intenso en aquella zona próxima al Parque Central. Le dí cuenta de mi sorpresa a Zenobia, la admirable esposa de Juan Ramón que a poco le preparaba un alojamiento más silencioso en un hotel del Vedado, en donde años después viviría el gran hispanista Vossler [...]⁴

Esta necesidad de silencio es corroborada por Zenobia en una de sus extensas cartas a Guerrero Ruiz. Previsora de la necesidad de los ambientes más idóneos para JRJ, se emplazaron en el citado Hotel Vedado, donde ya iban a permanecer todo el tiempo que estuvieron en Cuba. Meticulosa en sus notas de los *Diarios* lo describe así:

[...] Aquí, como hemos vivido siempre con un pie en el estribo, no nos hemos acomodado en un pisito, que tal vez, hubiera sido más económico y confortable. Vivimos en un hotel modesto y tranquilo; debido al clima, todas las habitaciones tienen su baño particular aunque él no tiene ningún otro lujo. Nuestra habitación no es muy grande pero todo el sitio que falta dentro está mucho más que compensado por la gran extensión de

³ CHACÓN Y CALVO, José María: Archivo personal. Instituto de Literatura y Lingüística. La Habana. Correspondencia núm. 8032 (para más información ver: Ascensión y Purificación lírica, Visión del Hispanista José María Chacón y Calvo sobre JRJ de María Eugenia Mesa Olazabal [inédito])

⁴ “Recuerdos cubanos de Juan Ramón Jiménez”. *Diario de la Marina* (junio 4, 6, 8, 12, 1958). P. 4º

mar que vemos por las dos ventanas y hasta por las del baño. Las paredes son blancas y completamente lisas, cosa que también va con nuestro gusto, y una amiga nos ha prestado una excelente radio, aparato que en otros tiempos horripilaba a J.R. pero del cual vivimos ahora pendientes porque nos trae noticias de España.⁵ [...]

Una vez instalados en el Hotel Vedado (hoy Hotel Victoria), el poeta va a iniciar sus actividades comprometidas y quizás, comenzar una de las etapas más activas del JRJ que conocemos. Zenobia, a su vez, en ese permanente triángulo de esposa del poeta, su colaboradora y comprometida en lo social y personal, inicia la suya. En este marco es donde queremos detenernos. Acercarnos a ella fuera de la fusión permanente con su marido, la Zenobia intranquila y paciente, la inquieta, la proyectora, la viajera.

1. CUBA EN EL EXILIO LITERARIO ESPAÑOL

No quisiéramos dejar pasar -con el fin de contextualizar mejor esta exposición-, lo que la Isla caribeña significó en los distintos exilios literarios españoles desde el comienzo del siglo XX.

Todos sabemos que el 98 marca, en la simbología del tempus histórico, el final de las colonias, en lo que se refiere a la parte histórica de España y la denominación de una generación literaria, hoy ciertamente discutida, desde que así la nominase, con argumentos más o menos historiográficos, aquellos artículos conocidos de Azorín, “inventor” en cierto modo de esta clasificación generacional. Ese tópico del 98, aún perdura todavía reivindicado por algunos autores contemporáneos de la crítica literaria, que inciden en aquel acontecimiento histórico como origen de este movimiento, en contraposición, al mismo tiempo, con aquellos otros que mantienen el escaso interés de los escritores españoles hacia el desastre cubano. Opinión, esta última, de la que no participo, ya que una lectura detenida de los muchos textos aportados por los escritores del final del XIX, vienen a demostrar lo contrario.

⁵ CAMPRUBÍ *Epistolario* 1, p. 93.

Pararnos con detalle en la mayoría de los escritores españoles que pasaron o se quedaron en Cuba y que superan la centena, es una tarea que no corresponde a esta intervención, por lo que trataremos de centrarnos en algunas de las figuras más relevantes, que con su presencia y estancia influyeron más positivamente en la cultura cubana.

De significación muy especial en dicha cultura fue la visita del ensayista Fernando de los Ríos en sus distintos viajes. Invitado la primera vez en 1927, dictó múltiples conferencias en la Isla. Se vinculó al grupo de intelectuales del *Grupo Minorista*. Su agradable trato y el aprecio que tuvo por Cuba le granjearon la admiración de los intelectuales cubanos. Pero quizás una de las visitas que mayor interés suscitó en la Cuba de los años treinta fuese la del granadino Federico García Lorca, invitado por aquellos años, como otros muchos escritores españoles, por la Institución Hispanocubana de Cultura. En su periplo americano no dejó atrás la isla caribeña, de cuya estancia de tres meses, afirmó que había sido el período más feliz de su vida. Bastante conocido y estudiado ha sido este viaje de Lorca a la Isla, sus conferencias, sus amistades con Emilio Ballagas, Nicolás Guillén, Juan Marinello o Dulce María Loynaz y sobre todo textos del poeta que tuvieron su germen en Cuba, como *El público* y algunas escenas de *Así que pasen cinco años*, o el famoso poema *Son de negros en Cuba*. Con Lorca, podemos afirmar, se inicia en Cuba una presencia de escritores españoles que va tener su apogeo con el exilio republicano del 36 en adelante. Este período, en contraposición al del exilio mexicano, ha sido poco estudiado. En los últimos años, gracias al Coloquio Internacional “La literatura y la cultura del exilio republicano español de 1936”, que se organiza bianualmente en la ciudad de San Antonio de los Baños, empezamos a conocer la verdadera dimensión de la presencia de los escritores exiliados en Cuba y sobre todo su influencia en la cultura cubana desde entonces. No fueron pocas las dificultades que encontraron estos escritores españoles en Cuba. Ante la reticencia de muchos de los intelectuales cubanos con la presencia española. Zenobia Camprubí confirma esta circunstancia en un fragmento de una carta a Elisa Ramonet en noviembre de 1937, dice:

[...] Aquí hay muchísimos españoles y todos trabajan.
Como no hay trabajo para todos los cubanos ponen cada

día más dificultades a los extranjeros pero, a pesar de eso, como el español es tan trabajador y tiene tanto sentido de responsabilidad, encuentra trabajo siempre. Muchos sacan papeles de ciudadanía porque no pierden, por eso, la primera [...]»⁶

Pocos fueron los que tuvieron oportunidad de impartir sus conocimientos, fundamentalmente en el campo de la docencia, conformándose con su integración en centros no docentes, o apoyados por instituciones españolas o cubanas, entre las que habría que destacar el *Instituto Hispano Cubano de Cultura*, dirigido por Fernando Ortiz, creado para estrechar los lazos de amistad y colaboración entre los dos países, el *Círculo Republicano Español* y los centros regionales españoles, divididos en sus bandos ideológicos respectivos, como el *Centro Gallego*, de tendencia falangista y *Hermandad Gallega* de tendencia republicana, así como el *Centro Asturiano*, los más importantes en presencia de toda la Isla. De las instituciones cubanas, las más importantes fueron el *Lyceum femenino* y el *Lawn Tennis Club*, *La Escuela Libre de La Habana*, *La Escuela de Verano de la Universidad de La Habana*, *El Instituto Universitario de Investigaciones Científicas y de Ampliación de estudios* y *La Universidad del Aire*. Los actuales trabajos que vamos conociendo hoy de los vínculos que se establecieron entre estas instituciones y los escritores españoles en el exilio republicano, confirman el impulso que los mismos iniciaron para el desarrollo de la cultura cubana.

Otra de las mayores aportaciones hecha por los escritores españoles será en los estudios literarios. La importante presencia de docentes, básicamente profesores universitarios, favorece la contribución española en este campo. Sobresale entre todos las obras de Juan Chabás en torno al estudio de la literatura española. Sus libros han constituido (hasta épocas recientes) materia de obligada consulta en la educación cubana. Pero las dos figuras de mayor significación de este período del exilio republicano serán el mogueño Juan Ramón Jiménez, en el campo de la poesía, y María Zambrano en el ensayo y pensamiento.

⁶ Carta a Elisa Ramonet de Zenobia Camprubí. La Habana, 30 noviembre 1937.

2. LA PRESENCIA DE JRJ EN CUBA

JRJ sigue estando en Cuba: deambulando por las calles intensas de color de La Habana, interrogando a los edificios que el tiempo ha vaciado, en La Habana Vieja; por las fortalezas, en La Habana Moderna, paseando en la tarde por el del Malecón con Menéndez Pidal con destino al Vedado para internarse en el moderno Hotel Victoria, que hoy refleja en un azulejo blanco de la entrada la constancia del vivir de Juan Ramón y Zenobia en el Hotel. En la placa se puede leer:

En este Hotel vivió con su esposa Zenobia Camprubí Aymar entre los años 1936-1939 el Gran Poeta Español Juan Ramón Jiménez Premio Nobel de Literatura.

Nos lo encontraríamos en los lugares donde el poeta tuvo presencia viva: el Teatro Campoamor, cercano al Gran Hotel de La Habana, un edificio bellissimo que en su día fue el Teatro Gallego (en él, JRJ presentó su *Antología de la poesía cubana del 36*. Hoy, con su techumbre derruida, sus ventanas oscuras y su interior muerto al arte de Talía, reflejan la pena en los últimos restos de vidrios rotos y maderas podridas), por la casa donde nació Martí o por el bosque de La Habana bañado por el río Almendrales, en el Hotel Nacional, en la casa de los Loynaz o en la librería *La Moderna Poesía*, hoy, cerradas sus puertas de cristal, y polvorientos los estantes, donde Zenobia se paraba para ver los libros de Losada, que le parecían horribles, por la Institución Hispano Cubana de Cultura; en el Lyceo de La Habana (una institución Cubana fundada por mujeres en 1929, inspirado en el fundado en Madrid un año antes), en el Circulo Republicano Español, una organización que, como otras en el exilio, estuvo encaminada a la recaudación de fondos para los guerrilleros españoles, y que hizo diferentes campañas bajo el slogan “Armas para los guerrilleros”, así como el traslado de refugiados a América. Este Círculo contribuyó a la definitiva instalación de muchos exiliados que, posteriormente, ante las escasas perspectivas laborales que encontraban en Cuba, tuvieron que marchar a otros países americanos⁷. Allí resonaron

⁷ NARANJO OROVIO 1988 pp 59-64

las conferencias de JRJ. Recuerda Zenobia que en una de sus intervenciones:

“[...] las salas del Círculo Republicano estaban llenas como para asfixiarse y el aplauso cuando llegó J.R. fue sorprendente. Qué fácilmente se entusiasma esta buena gente, y qué responsabilidad para el orador. J.R. les habló de las clases bellas de trabajadores que ha descrito en sus libros [...]”

Pero donde mejor nos encontraremos a JRJ por Cuba será en la impronta que dejó en la joven intelectualidad cubana de entonces. Chacón recuerda que cuando terminó su ciclo de conferencias con la Hispano Cubana:

“[...] continuó trabajando en sus temas de siempre, conoció a los poetas cubanos, se interesó por las obras mas variadas y diversas, reunió a los espíritus mas solitarios y procuró dejar en todos una sensación de cordialidad humana y compañerismo verdadero. El poeta puro, el andaluz universal, el hombre que mas honda y definitiva influencia ha ejercido en los modos y las modas de la nueva poesía española, hispánica ha sido para nosotros una lección profunda de tolerancia, de comprensión, de convivencia⁸[...]”

Indiscutible fue el magisterio que ejerció en los dos escasos años que residió en La Habana entre los escritores cubanos, ejerciendo una laudable labor de animación en el campo de la lírica, descubriendo a muchos de los mejores poetas de la poesía cubana contemporánea como Emilio Ballagas, José Lezama Lima, Cintio Vitier, Eugenio Florit, Fina García Marruz, Dulce María Loynaz o Serafina Núñez.

A esta última, a la que pudimos entrevistar aún viva, JRJ le dedicará dos de los más hermosos capítulos de su *Españoles de tres mundos*. Del poeta de Moguer nos contaba:

⁸ CHACÓN Y CALVO: *Revista Cubana*. Núm. enero-marzo, 1937

[...] Mi primer libro, quien me ayudó a publicarlo fue Juan Ramón, que tuvo la gentileza de darme un aporte de su ahorros para su edición [...] el día que me visitó yo había salido y lo recibieron mi padre y mi madrastra. Con ellos me dejó un sobre con el dinero, y luego se marchó en el coche que lo llevó. Había ido solo y llevaba prisa. Después yo le dí las gracias por su generosidad, pero él me dijo que de ninguna manera, que era su deseo ayudarme.⁹ [...]

Cintio Vitier recuerda la inapreciable influencia de JRJ en los poetas cubanos, nos lo comentaba, hablando, una mañana de febrero en su casa habanera:

[...] Por... el Coloquio con JRJ de José Lezama Lima, por su trabajo sobre Martí, por su prólogo a la *Poesía cubana* en 1936, por todo lo que hizo, escribió y dijo entre nosotros, por su presencia irradiante y lo que significó para Ballagas y Florit y para los poetas de *Orígenes*, lo considero uno de los fundadores de la cultura poética cubana de este siglo. El consejo fundamental que nos dio, plenamente identificable con el pensamiento martiniano, mantiene hoy más que nunca su profunda vigencia [...]

Un año antes de su muerte, el consagrado crítico y poeta cubano, no había olvidado aún aquella presencia de JRJ en Cuba, y escribía para la página “Memoria y olvidos de la revista” *La Letra del escriba* en 2006:

[...] Después, leyendo las colaboraciones cubanas de Juan Ramón, aprenderíamos mucho más: que la poesía pura (en cuanto aspira a la belleza, que se identifica con la justicia) es “inmanente imperialista”. No planteó Juan Ramón en Cuba ningún conflicto entre poesía “pura” y poesía “social” o “política”. El Festival por él organizado y presentado en febrero de 1937 en el Teatro Campoamor, recogido después en libro, fue una prueba absoluta de democracia poética. No faltó allí ninguna voz significativa de aquel momento [...]

⁹ RAMÍREZ ALMANZA, Antonio y ROPERO REGIDOR, Diego. *Delirios y recuerdos de Serafina Nuñez*. (Entrevista de los autores) El signo del gorrión. Madrid. 2002

Por ello, “al tratar sobre ideologías políticas se tiende, a veces con excesiva ligereza, a encuadrar a las personas dentro de parámetros establecidos por la costumbre o por intereses espúreos. Eso parece ocurrir con la identificación que algunos hacen del Juan Ramón ‘republicano’ y de su probable adscripción a ciertos ideales, sin tener en cuenta no sólo la filosofía que destila su obra sino sus antecedentes y, menos aún, a sus maestros que estimularon el amor a la poesía, a la justicia social, al respeto del pensamiento ajeno, e incluso a un fuerte desarrollo del pensamiento libre”¹⁰.

3. ZENOBIA EN CUBA

3.1. Relaciones e inquietudes de las instituciones cubanas por la Guerra Civil Española

Cuando Zenobia y JRJ llegan a Cuba, ya la Isla estaba abiertamente comprometida con la situación de la contienda española. Desde noviembre de 1936 se habían lanzado llamamientos al pueblo de Cuba que, a pesar de la clandestinidad de los partidos políticos, hicieron posible que un millar de cubanos se integraran en las Brigadas Internacionales, y salieran clandestinamente de la Isla, pese a la neutralidad de los gobiernos cubanos que se alternaron en aquellas fechas. Cito a Roger González Martell, quien en su trabajo “Los republicanos de izquierda en el exilio”, nos dice:

[...] Hubo además otras manifestaciones de apoyo a la República española. En el aspecto político continuamente se organizaban actos públicos y mítines, y en la prensa se informaba sobre los acontecimientos. En lo económico se hicieron donaciones, tanto colectivas como personales, de artículos de primera necesidad y dinero. También surgieron diversas organizaciones, entre ellas la Asociación Nacional de Ayuda al Pueblo Español, el Comité de Ayuda al Niño del Pueblo Español, así como organizaciones juveniles y femeninas. La primera fue creada en Cuba en octubre de 1936 impulsada por el Partido Comunista, y estaba representada por distintos

¹⁰ RAMÍREZ ALMANZA, Antonio y ANTEQUERA LUENGO, Juan José. *Juan Ramón Jiménez y la II República Española*. 2007. (Inédito)

sectores simpatizantes de la causa española. Entre sus funciones estaba la de recolectar alimentos, ropa, medicinas, juguetes y dinero, así como, realizó un activo trabajo político a través de los mítines y diversos medios de propaganda. Tenía delegaciones en todas las provincias. La segunda de las agrupaciones estaba presidida en Cuba por el profesor universitario Ramiro Valdés Dausá, e integraron su Comité de Honor importantes figuras de la intelectualidad cubana. Por los propósitos de este Comité, tuvo un considerable apoyo entre la población cubana en toda la isla, quienes contribuyeron con recursos económicos y dinero para socorrer a los niños españoles víctimas de la guerra. Su órgano de divulgación fue la revista *¡Ayuda!*. Además crearon y sostuvieron una escuela-hogar infantil en Sitges, Barcelona, inaugurada el 31 de mayo de 1938 con el nombre de “Pueblo de Cuba”, dirigida y administrada por la pedagoga cubana Rosa Pastora Leclere. Hubo otras organizaciones que se destacaron por sus trabajos de solidaridad, como es el caso de la Hermandad de los Jóvenes Cubanos y la Agrupación de Jóvenes del Pueblo. No hay que olvidar tampoco, la participación de los intelectuales cubanos representados por Juan Marinello, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Félix Pita Rodríguez y Leonardo Fernández Sánchez en el segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura celebrado en julio de 1937 en Valencia [...]

Pero no todos los residentes españoles en Cuba estuvieron a favor de la República. Pronto se constituyó por parte de los partidarios de los sublevados el Comité Nacionalista Español de Cuba, integrado por la élite de mayor poder adquisitivo. Incluso Falange Española se había creado antes de la sublevación militar de julio del 36, apoyada por comerciantes, oligarcas y la propia Iglesia Católica. Tuvieron sus propios medios de comunicación, entre los que estaba el cubano *Diario de la Marina*, medio donde JRJ publicaría algunos textos¹¹. Indudablemente, el ambiente que encontrarían Zenobia y Juan Ramón no sería de lo más favorable.

¹¹ Carta de Juan Ramón, 19 marzo 1937. *Rimas* (2 junio 1937) p. 6. Diario de la Marina. La Habana, 1937.

En algún momento, llegó a escribir Zenobia que “*si en La Habana, no tienes la mano y gritas “Viva Franco”, estás calificada del más reconcentrado comunismo*”¹².

3.2. La constante preocupación por los niños

Si hay que detenerse en algún aspecto de la inquietud producida por la Guerra Civil Española en el matrimonio Jiménez, será la continua preocupación de Zenobia por los niños republicanos que dejaron en España. En un principio, por los doce que acogieron bajo su tutela y posteriormente, según se desarrollaba la contienda, por todos los que podríamos llamar esa orfandad inocente que dejó tras de sí la lucha fratricida de las dos Españas. Bien conocida, por lo publicado, es la protección que, ya desde Madrid, mostraron hacia ellos, por lo que no abundaremos en este sentido. Sólo recordar que desde los primeros días del exilio, principalmente Zenobia realiza un incansable trabajo por la mejora de las condiciones de vida de todos ellos. Conocidas son las primeras suscripciones a través del periódico de su hermano *La Prensa* de New York con el objetivo de recaudar fondos para los huérfanos republicanos, sus relaciones continuas con el Concejo Nacional de Protección de Menores de la República para el envío de dinero, los permanentes contactos que mantiene con el Concell Municipal de Castellar del Vallés (Barcelona), lugar donde fueron evacuados los niños recogidos en Madrid, procedentes de la evacuación anterior desde Alicante. Esta labor de constante generosidad de Zenobia no es resultado de una reacción espontánea, sujeta a los avatares emocionales producidos por la Guerra. Sólo con entrar en los estudios llevados a cabo por la Dra. Palau de Nemes, relativos a los compromisos y la constante inquietud socio-cultural (y por añadidura intelectual) de Zenobia a lo largo de su vida, tendremos huellas suficientes que nos pondrán en el camino de una mujer realmente comprometida. Podríamos recordar, con la clara intención de mostrarles el ámbito de los compromisos de Zenobia, su ingente tarea en la Junta de Becas para Mujeres españolas en los Estados Unidos, la labor de la Residencia de Señoritas, la institución del Comité Femenino de Higiene Popular, la creación del Lyceum Club Femenino (cuyo

¹² Carta de Zenobia Camprubí a Olga Bauer. 27 junio 1937.

Departamento Social mantenía una guardería para sesenta niños), su lucha por el voto de la mujer española y, sobre todo, lo que ella misma califica, en el discurso ante el Club de Mujeres de la Facultad de Puerto Rico, un 29 de octubre de 1936, como “la entidad que me llega en este momento más cerca del corazón. Me refiero a la “PROTECCION DE MENORES”. La tengo junto al corazón porque es una obra de amor y de paz en medio de la guerra y del odio, porque con la Cruz Roja es la obra mas noble, más serena y más desinteresada que se realiza actualmente en España”. Más detalladamente nos los cuenta así:

[...] Pero la obra más hermosa realizada por la entidad es la que realiza desde que empezó esta ciega guerra civil que está destruyendo nuestra patria. En las cuatro semanas que precedieron a nuestra salida de Madrid, esta institución había recogido a 6.000 niños abandonados. Sus recursos eran escasísimos para un esfuerzo tan fuera de órbita de su funcionamiento normal y a ayudarles acudieron cuantas personas de sentimientos humanitarios tuvieron algo que ofrecer: cooperación personal, locales, ropas, alimentos. Parece existir cierta reserva mental por parte de algunas personas a quienes hablamos de nuestra angustia por los niños. Una amiga mía. Al enterarse en Madrid que mi marido y yo habíamos adoptado a 12 niños mientras durase la guerra, para ayudar con nuestro pequeño hogar a la obra grande de conjunto, me preguntó incomodada: “¿Cómo se os ha ocurrido prohijar a estos *proletarios*?”. Esta actitud explica muchas incomprendiones y malas inteligencias. La Protección de la Infancia se ocupa de todos los niños que los *necesitan* sin calificativos. “¿Son hijos de comunistas o de fascistas?” nos preguntan otros. *Esto no nos importa*. Son niños. Por el momento, lo que hay que hacer es cuidarlos física y mentalmente, apartarlos del peligro, evitar que mueran, que pasen hambre, que pasen frío, que sufran, quererles, cuidarles, hacerles felices. Como ya nosotros no podíamos ayudarles desde dentro, tenemos que ayudarles desde fuera y pedir al mundo de fuera que nos ayuden también.¹³ [...]

¹³ CAMPRUBÍ, Zenobia; *Discurso ante el Club de Mujeres de la facultad de la Universidad de Puerto Rico*. 29 octubre 1936. Letras de Deusto, núm. 114 (Vol.37) Enero-Marzo 2007, pp. 14-26

Es patente que, con el asentamiento en Cuba, Zenobia no olvida la situación de los niños españoles evacuados. Repasando la abundante correspondencia de Zenobia Camprubí con Juan Guerrero Ruiz, correspondiente al período de su estancia en Cuba (casi 60 cartas entre el 3 de diciembre de 1936 al 13 de diciembre de 1938), el eje central de las mismas irá parejo a la situación de los niños evacuados¹⁴.

Zenobia se multiplica. Las extensas cartas a Guerrero demuestran una inquietud latente, a pesar de la impotencia de no poder actuar por la lejanía. Sus textos están llenos de sugerencias, iniciativas, propuestas ante las diferentes perspectivas que van tomando los acontecimientos de los niños, obligados a diversas evacuaciones (Madrid, Alicante, Castellar, Francia). En todo ese proceso Zenobia adopta y adapta sus bríos. Indicaciones y consejos vuelan de La Habana a España. Mantiene su inquebrantable lucha por conseguir recursos. Comienza, como ya había iniciado en Puerto Rico, su labor de difusión a favor de las ayudas a los niños. Ya el ocho de enero de 1937 nos cuenta:

[...] Yo tenía anunciada una charla en el Lyceum con este fin, pero la suspendo porque el material es ya viejo y la gente quiere saber dónde están los niños ahora [...] ¹⁵

No caerá en saco roto su perseverancia. Será con los estudiantes cubanos con quienes comience su trabajo. Lo recuerda así en unas de sus cartas, sintiéndose satisfecho el matrimonio “porque la semilla prenda a nuestro paso”, y sobre todo ella, apreciando no haber resultado tan inútil estar en la Isla.

[...] Al fin, aquí germinó la petición por los niños españoles que al principio parecía haber caído en desierto. Han sido los estudiantes los que la han sacado a flote. Ya tienen su oficina y todo. Hasta por radio dan a conocer su petición. Uno de los organizadores vino a verme en la velada a la memoria de

¹⁴ CAMPRUBÍ *Epistolario 1*

¹⁵ *Ibidem*. pp. 53-54

García Lorca y me dijo que, como yo había sido la inspiradora, querían saber si yo querría estar en el Comité de Honor [...]¹⁶.

[...] Tengo la satisfacción de que en el Comité me dijeron que había sido el resultado de la idea que mi entrevista periodística dejó flotando en el aire. Como hace muy poco que empezaron, sólo tienen \$600 pero con un poquito aquí y otro poquito allí es como se consiguen las cosas. Les he leído las cartas de la Junta Tutelar, reproducidas en el periódico de mi hermano, y creo enviarán el dinero a París como él [...]¹⁷.

Pronto va a implicar a instituciones cubanas y particulares en su desenfadada tarea de ayuda a los niños. Desde el Círculo Republicano confeccionarán ropa de abrigo (haciendo más de 3.000 piezas), el Lyceum, que se ocupará de los envíos, hará llamamientos de personas de su entorno como Mirta Aguirre, poeta habanera muy comprometida con su poesía de injusticia social, a Carlos Montilla, encargado de negocios de España en Cuba que organiza un comité para la remisión de azúcar y tabaco, y la propia Zenobia que aconseja a particulares para el transporte anónimo de recursos a sus familiares en España.

Quizá uno de los momentos más emotivos vividos por Zenobia y JRJ en Cuba fuese la llegada a La Habana del *Mexique*, el barco que hacía escala en el puerto de la Isla camino de México con los niños evacuados gracias a la ayuda del gobierno de Cárdenas. No por conocido, quisiéramos dejar de mostrarles cómo se lo comenta Zenobia a Guerrero en carta de once de junio de 1937:

[...] Nunca nos alegramos tanto de nuestros pasaportes diplomáticos, que nos permitieron subir a bordo. Ya estaba allí el señor Montero, nuestro encargado de Negocios, y al momento llegaron el señor Craviotto, embajador de México, y el señor Espinosa, primer secretario. Luego subieron siete representantes de las infinitas sociedades y agrupaciones que mandaban regalos de todas clases: juguetes, ropas,

¹⁶ Ibidem. pp. 65-66

¹⁷ Ibidem. pp. 68

calzado, dinero, etc. El gobierno cubano envió golosinas. “El responsable”, señor Muñoz, y su hija nos hicieron una excelente impresión, así como todos los maestros que conocimos. Nosotros cuidamos de llevar juguetes, tan a propósito para los maestros como para los niños, que no en balde hemos tenido nuestra propia guardería y sabemos la cantidad de juguetes que hay que hacer desaparecer por escotillón, mientras duermen los chicos: juguetes de un ruido ensordecedor, juguetes que se tragan fácilmente, juguetes con los que le saca un chico a otro un ojo sin darse cuenta, o juguetes que sirven para darle un chico a otro un estacazo en la cabeza, dándose perfecta cuenta. Así que les llevamos un verdadero catálogo de juegos constructivos y pensamos el descanso que les proporcionamos a los maestros. Prometieron avisarnos los que tuvieran más aceptación para mandárselos en cantidad. Pero lo mejor de todo fue estar con los chicos. Le digo a usted, Guerrero, que, si no fuera porque no están terminados los libros, nos vamos con los chicos a Morelia. Un poetita catalán de diez años no le soltaba un dedo de la mano a Juan Ramón y era tan entrañable la criatura que le pedimos que se quedara con nosotros y, al mes, lo llevaríamos a Morelia. “No puedo, señor”, le dijo a Juan Ramón con los ojos llenos de lágrimas, “porque tengo tres hermanitos a bordo y no puedo abandonarlos”. Le aseguro que estamos por irnos detrás de los chicos a Morelia, pero no, podemos hacer más cuidando de otros, que éstos ya tienen al presidente Cárdenas que los cuide [...]”¹⁸.

Curioso nos va a resultar un comentario de Zenobia en una carta del cuatro de noviembre de 1937, donde nos dice que “los niños del Monturrio también escriben y, por ahora, tampoco han tenido desgracias”¹⁹. Conociendo que se trata de una zona de Moguer -recogida en varias ocasiones por JRJ en sus obras- desconocemos a qué niños se refiere, o quién le escribe mencionándolos. A pesar de esa sensación de máquina incansable que es Zenobia, tenemos la impresión de que sus objetivos de ayuda querían ir más lejos,

¹⁸ Ibidem. p. 84

¹⁹ Ibidem. p. 110

pero hay momentos en que la vemos decaída y decepcionada. El siete de marzo de 1938 le dice a Guerrero:

[...] Ya sabe que yo quería tener una guardería con la que me entendiera yo directamente y para la que yo buscaría dinero entre unos cuantos [...] Estoy desengañada de todos mis esfuerzos a través de personas desconocidas. Cogen el dinero, mandan un recibo ¿y luego ...? [...] Yo quisiera no sólo que los niños no murieran sino que no pasaran esos terrores, ni vieran las cosas que tienen que ver. [...] Yo he escrito para que saquen a los ocho niños míos, que habían evacuado a Cataluña, para que los saquen al sur de Francia. Créanme ustedes, no hay nada mejor que hacer que salvar a todos los niños que se pueda de la guerra [...] ²⁰

Quizá su estancia en los EE.UU. desde el 26 de agosto al 1 de diciembre, la reconforta. En ese período no decae su trabajo y se encuentra, según sus palabras, “espiritualmente más a gusto”²¹, principalmente por el encuentro con personas que tienen la misma orientación que ella sobre la situación de España. Fueron más de cuatro años de intensa labor para aquellos niños. Los testimonios epistolares que se conservan dan fe de una inquietud indeleble: la constante correspondencia con la Junta Tutelar de Menores, las cartas al responsable de la colonia en Castellar del Vallés interesándose por los niños (especialmente por el niño Paquito García Gabriel, de quien va conociendo su evolución), el cual le pregunta a Zenobia el parentesco con el Paquito, pues él no sabe explicarle muy bien quien es ella, la múltiples correspondencias con sus amistades solicitando ayuda. En alguna ocasión escribió: “...si yo pudiera llenaros todo aquello de huevos, patatas, leche en polvo y todos los alimentos mas succulentos, te aseguro que lo haría con la vida y el alma...”. Así era Zenobia.

²⁰ Ibidem. p. 128

²¹ Ibidem. p. 161

3.3. Compromiso y relaciones habaneras

Cualquier observador externo, que nos haya leído hasta el momento, podría pensar que poco tiempo más le quedaría a la afanosa Zenobia en su permanente ir y venir, en ayudar y animar a JRJ o las incansables tareas de socorrer a los niños. Nos equivocamos. Inquieta hasta la extenuación, su fortaleza personal y su innata entrega personal, no tienen respiro. De inmediato, y en paralelo al peso cotidiano, Zenobia se va a incorporar a la sociedad habanera de aquellos años, no sólo en todas aquellas vertientes que están dentro de su órbita socio-cultural, sino en otras de tipo asistenciales en la línea de su inherente actitud de generosidad desprendida. Tampoco dejará atrás sus deseos de nuevos conocimientos y su pasión por los viajes. La dimensión de todo ello sobrepasa los límites de este trabajo, por lo que nos centraremos en sus relaciones con las más importantes instituciones cubanas de la época. No fueron pocas, por lo que elegiremos aquellas donde sus contactos y labor fueron más intensos.

Sin duda, fue el Lyceum de La Habana el centro neurálgico de sus acciones, tanto personales como de colaboración, donde Zenobia encuentra crecidamente apoyos y donde contribuye más. No en balde, tendríamos que recordar su vinculación al Lyceum Femenino de Madrid del que fue co-fundadora con María de Maeztu. El Lyceum habanero era ya por 1936 una entidad con prestigio. Fundado en 1928, el mismo reunía, en palabras del profesor Gustavo Pittaluga, dentro del ánimo de “una independencia espiritual de la mujer”, “el noble fomento del *oficio*, de una ocupación en servicio público por parte de jóvenes mujeres [...]. En segundo lugar, una frecuentación igualmente libre, espontánea, en el propio ambiente colectivo de esta casa solariega con hombres de letras, artistas, músicos, profesores [...] está aquí en acción la "comunidad humana" del hombre y de la mujer, la colaboración de los sexos en el intento de constituir una sociedad nacional, una sociedad nutrida por el más elevado anhelo de vida colectiva”²².

²² PITTALUGA, Gustavo: “El Lyceum y la vida espiritual de la mujer”. Conferencia ofrecida en el Lyceum el 4 de marzo de 1954 y publicada en la *Revista Lyceum*, 11,37 (febrero 1954), pp. 73-74.

En él, Zenobia no será una mera espectadora que se acerca para asistir a la fiesta que le dan a Menéndez Pidal, a las conferencias de JRJ, a escuchar discutir sobre los problemas de Cuba, recibir a las mujeres representantes de la Liga Internacional Americana por la Paz, a escuchar charlas sobre dietética o recibir clases de cocina. No sólo pretende instruirse con las conferencias de literatura española de Camila Enríquez Ureña o de música de María Muñoz de Quevedo. En él, sabe lo mismo rehusar a formar parte de un jurado para un Premio de Literatura que aceptar serlo para la concesión de un premio a la mejor biografía. Se encarga encantada de la elección del mobiliario para la representación del Auditorium en beneficio de la creación de la Biblioteca Pública del Lyceum, que estaban organizando con su ayuda (incluso vendiendo boletos), se implica en la preparación de juguetes para los niños pobres y en su instrucción, ayuda a dar clases de inglés para los refugiados y propone que “el Lyceum consiga un cuerpo de trabajadores voluntarios que dediquen la mitad del día a trabajo de reconstrucción y la otra mitad para trabajo propio individual”²³.

Hay otras instituciones de La Habana donde Zenobia va a mantener contactos. Destaca el Círculo Republicano Español (del que ya hemos hablado anteriormente). En él su vinculación será mayor por las charlas de JRJ. Otra institución de carácter no político frecuentada por Zenobia será la Hispano Cubana (institución que les invitó a Cuba), donde no parece sentirse muy cómoda. En algún momento escribiría “que se lo merecen, ya que nunca fijan los términos con anticipación y es un sistema que no funciona muy bien para los que no son exigentes.”²⁴ Pero serán instituciones de tipo asistencial las que capten más el mayor interés de Zenobia. Entre ellas, el Centro de Dependientes donde alaba el esfuerzo de “cuánto se puede hacer con poco si están bien dirigidos”²⁵, la Oficina de Auxilio al Niño Español, donde quiere sentirse “segura de que el dinero será bien utilizado”²⁶, la Institución para Ciegos, “que nos trajo noticias de nuestros amigos, los niños ciegos”²⁷, o

²³ CAMPRUBÍ 1, 1991, pp. 6, 26, 31, 32,33, 34, 38, 40, 43, 46, 59, 64, 91, 104, 106, 109, 120, 130, 132, 133, 142, 143, 155, 156, 331.

²⁴ Ibidem. p. 28

²⁵ Ibidem. p. 24

²⁶ Ibidem. p. 30

²⁷ Ibidem. p. 65

el Hogar de los Niños Abandonados. Con JRJ visitó la Junta de Dependientes, un hogar de ancianos²⁸, las Damas Católicas y el Club Hornedo destinado a las clases populares. En ellos, perciben el trabajo de los españoles en América que han tratado con éxito organizaciones sociales colectivas. Juntos también visitarán la Beneficencia, lugar donde se tenían recogidos a casi un millar de niños huérfanos. De él saldrá satisfecha, loando el trabajo de las monjas y los instructores²⁹. Cuando la invitan a visitar el Instituto Cívico Militar, centro recientemente abierto por la dictadura militar cubana que se hace llamar Centro Superior Tecnológico (Ciudad Escolar) y que decía tener entre sus objetivos “amparar, proteger y educar a la niñez desvalida, a los niños huérfanos de padres campesinos, obreros, policías, miembros del Ejército y la Marina Constitucional”³⁰, Zenobia no ocultará su malestar sobre los métodos pedagógicos empleados en este lugar. La reflexión posterior en su Diario un dieciséis de enero de 1937 lo corrobora:

[...] Una amiga me invitó a ir en coche al campo para ver el Instituto Cívico Militar... Me hubiese gustado el paseo al sol con este tiempo tan maravilloso, pero no puedo evitar la aversión que le tengo a la pedagogía militar. ¿Me falta la necesaria amplitud de ideas a pesar de mi sincero deseo de ser siempre justa y equitativa? Para mi son esenciales el orden y la seguridad, pero los métodos que emplea este hombre o que dicen que emplea y su expresión son absolutamente los de un bribón. Al fin y al cabo lo que importa es la certeza de la integridad moral [...]³¹

Sorprende su movilidad permanente, siempre pensando en el beneficio que ello puede suponer para la colectividad. Su visión no es exclusivamente idealista. Su condición de generosidad alcanza límites que, a veces, podemos pensar llevarían a la extenuación y a la desesperanza a cualquiera. A su categoría moral y a su formación se une una gran capacidad para abrir permanentes frentes de combate: lo mismo visita un orfanato donde los niños

²⁸ Ibidem. p. 109-110

²⁹ Ibidem. p. 93

³⁰ Instituto Cívico Militar. *Memoria Año Académico, 1939-40*

³¹ Ibidem. p. 148

sufren de una epidemia de viruela que acude a una conferencia de primeros auxilios para hacerse enfermera práctica. Visita el centro Rockefeller, en Marianao, donde enseñan a las madres a vestir y bañar a sus bebés, o recoge fondos para la España republicana. Tampoco en su estancia neoyorquina se relaja: asiste a una comida en la Asociación de Política Extranjera para “forjar una nueva España”, visita la cárcel de mujeres de New York para ver cómo funciona y organiza una fiesta a beneficio de los niños de Cuna, ocupándose del quiosco³². No quisiera dejar pasar, pero esta vez con los textos de Zenobia sacados de su *Diario*, una de las labores más interesantes que desarrolló en Cuba: su trabajo en la cárcel de mujeres de Guanabacoa. Sólo su lectura lo dirá todo:

- 4 de marzo 1937: [...] luego voy a llevar toda la ropa de la que pueda deshacerme a las mujeres que salen de la cárcel y no tienen qué ponerse [...]

- 15 de diciembre 1937: [...] y por la tarde asistí a la conferencia de Mrs. Kates sobre reformas en las cárceles para mujeres. Esta fue precedida por una reunión del círculo social y la directora de la cárcel de mujeres. Me inscribí con Mrs. Kates para tomar nota de los antecedentes penales de las mujeres. No tengo ninguna experiencia en esta clase de trabajo [...]

- 2 febrero 1938: [...] Mañana en la cárcel de mujeres. Junto con el médico de las mujeres y Carolina prepararon los cuestionarios sobre la condición física, la conducta y la inteligencia. Comenta que cuando estén listas las planillas, Mrs. Kates y ella comenzarán el trabajo como asistente [...]

21 marzo 1938: [...] Visita a la cárcel de mujeres, a las que les asigna varias tareas de costura, crochet, tejido... como pedidos para llevar al norte de regalos [...]

22 marzo 1938: [...] Envía a la cárcel las cosas necesarias para comenzar la clase manual y el concurso por el mejor pijama y mejor kimono [...]

28 junio 1938: [...] Primera clase en la penitenciaría, según ella no tuvo mucho éxito, pues no pudo mantener la atención de las 20 mujeres porque ella no estaba segura de sí misma [...]

³² Ibidem. pp. 151, 160,161, 204, 209, 302, 305, 314, 316

De una semana antes de su marcha definitiva de Cuba, aún nos vamos a encontrar un último testimonio de su desprendimiento. No lo comenta en el *Diario* pero se encuentra en Camagüey (entonces enclave de la colonia norteamericana), antiguo Puerto Príncipe, ciudad natal de Gertudris Gómez de Avellaneda y de nuestra querida Graciela Palau de Nemes. Tenían allí los episcopales de EE.UU. una iglesia y una escuela dirigida por Mr. Gooden. Le habían pedido que les hablara a los niños: “lo que hice, para decirles tan sencilla y directamente como me fue posible, cómo era la guerra y para rogarles por trabajar la paz desde la niñez, atacando la guerra desde sus principios, que era la mala voluntad”, nos cuenta. Se despidió de la Isla como llegó, con la Guerra Civil Española en el costado, con la imagen de los niños refugiados de una generación perdida. Pero no olvidará Cuba después de su marcha. Lo que pensaba ser una estancia corta se convirtió en un tiempo suficiente que terminó impregnándola de afectos hacia la Isla Caribeña. Lo demostrará por su correspondencia posterior con las amistades que dejó allí. En las cartas que hemos podido recuperar con las hermanas Lavedán, les escribe en diferentes momentos sensaciones y recuerdos de Cuba:

[...] Ojala nos fuera fácil cruzar el charco pero ahora es imposible.

Sé que podíamos estar mejor en aquel precioso nido [...]

[...] A mi me ha dado por aprovechar las vacaciones de Navidad

[...] que sale de aquí el 16 de diciembre y nos deporta en La Habana el 23, para que podamos pasar el cumpleaños de JRJ con Vds. Y no sólo eso sino que no hemos de volver hasta el 6 de enero ¿Qué les parece? Vamos en plan de completa gandulería

[...] Me muero de pena de pensar que no estará allí mi querida María Muñoz de Quevedo. Como me gustaría que nos dieran su cuarto en donde viéramos salir los círculos del atardecer todos incendiados por el horizonte del mar. [...]

[...] Cuánto o mejor dicho nos gustan todos sus “chismes” que nos recuerdan todo el ambiente de nuestra vida habanera ¡que hubiera dado por oír a la coral en las gradas del capitolio en momentos de emoción tan profundos! Con nuestros viajes perdemos el paso de todos los amigos [...]³³

³³ Cartas de Zenobia Camprubí a las hermanas Lavedán. Sin datar. Archivo personal de Zenobia del Centro de Estudios Juanramonianos. Casa Museo Zenobia-JRJ.

Testimonio de esa cercanía con Cuba y sus amistades es una carta que escribe Zenobia a Chacón y Calvo desde Hato Rey, Puerto Rico, un quince de agosto de 1955, un año antes de su muerte:

[...] Hace dos Navidades traté de “embullar” (no, los puertorriqueños dicen “*****”) a J.R. para pasar las vacaciones en Cuba, valiéndonos de la infecta Trasatlántica Española, ya que a J.R. no hay quien lo meta en un aeroplano, pero J.R. me aseguró que cuatro días en *El Marqués de Comillas* equivalía para él a cuatro meses de colitis y, como pude comprobar entretanto, que nunca se sabe cuándo se llega ni cuánto tiempo se está en puerto en esa línea, también yo me desinfecté por completo [...]

Pero quizá donde mejor se evidencia cómo era Zenobia, es en la carta que le escribe a Chacón y Calvo para hablarle de su enfermedad:

[...] El último día del 51, cuando ya J.R. iba saliendo de su depresión, lo celebré yo quitándome de encima, en el Massachussets General Hospital, un fibroma de 5 libras con dos células malignas. En el 52, y como resultado del excesivo optimismo de mi cirujano, tuve que recurrir a tratamientos de Rayos X y a radium, que me dejaron un tanto achacosa durante una temporada, así que acabé por dejar definitivamente la Universidad de Puerto Rico (diez años de vida, improvisadamente, universitaria: tres aquí y siete en Maryland) y ahora llevo ya andados dos años de los cinco que debo andar para comprobar la curación total, cosa que a medio camino me cacarean todos los, siempre optimistas, galenos. Como dicen los norteamericanos de los Estados Unidos: *I keep my fingers crossed*. (Cruzo los dedos) Por ahora la cosa va bien...[...]³⁴

³⁴ Fondo del Archivo de Chacón y Calvo del Instituto de Literatura y Lingüística. La Habana.

3.4 Por La Habana y por la Isla: viajera incansable

El texto de aquel día en Camagüey, no contiene sólo la parte de su permanente compromiso. También aparecen sus arrebatos viajeros, sus impresiones de observadora con su matiz lírico a la hora de exteriorizar sus sensaciones. Este trabajo, en su intención de acercarse en exclusiva a la Zenobia más comprometida, ha obviado necesariamente otras facetas suyas, “Otras Zenobias” (sus muchas amistades cubanas, el trabajo junto a JRJ, etc.). Conocida es su avidez viajera durante toda su vida que en Cuba, a pesar de las vicisitudes que conformaron aquellos primeros años del exilio, Zenobia no desaprovechará. Donde está quiere conocer. Por donde va quiere ver. En agosto de 1937 escribe en su *Diario*:

[...] Pero, como antes de irme de Cuba quisiera ver algo del país y me canso de esperar a que J.R. se decida a ir conmigo, hace cinco días (con una muchacha del hotel) me decidí a tomar una <<guagua>> (que es como llaman aquí a los automóviles de línea) y que son de una baratura inverosímil, y me fui a ver una playa llamada “Varadero” que tiene un mar de colores verdaderamente increíbles hasta vistos³⁵.

En La Habana se recrea en el esplendor del Reparto de Miramar, en el Vedado, en el Hotel Nacional, en La Vieja Habana, en el Floridita, en las viejas casas españolas, en la Librería Moderna o en la casa donde nació Martí. Busca intimidad en una curiosa y pequeña iglesia de la calle Galiano, en La Franciscana y en la Merced, en el viejo convento de las Clarisas o la iglesia del Cristo, donde podía pensar tranquila en su madre, en la placidez del mar en Jaimanitas, el lugar que más le gustaba de los alrededores o en aquel que con JRJ llaman “nuestro lugar en las rocas” donde le llevaban los taxistas sin preguntarles. Y sola, recorre una gran parte de la Isla. Va a Cienfuegos con intenciones de ampliar sus conocimientos de botánica:

[...] Largo el viaje hacia la casa Harvard en los terrenos de una plantación moderna. El jardín botánico de experimentación

³⁵ CAMPRUBÍ, *Epistolario 1*, p. 97

tropical es un verdadero paraíso, un oasis de hojas verdes con las altas lomas de Trinidad, azules y distantes como trasfondo, una espléndida y ardiente puesta de sol y un alto y desgarrado graduado de Harvard, duro, flaco y nervudo parado a nuestro lado mostrándonos interesantes especímenes con tan pocas palabras como la carne en sus huesos [...]³⁶

En Varadero describe un primoroso atardecer:

[...] Nunca me olvidaré de ese ancho y fresco portal que mira hacia el mar a través de las diáfanas ramas de los pinos japoneses. ¡Qué mar más allá de la pálida y blanca arena! Tal brillantez de colores, en los que el azul era el menos fuerte, verde claro y amarillo y blanca espuma y en aquella inolvidable fiesta al ponerse el sol, cuando cambió el fluir del cielo y se vertió en toda el agua que se extendía entre nosotros y la tierra.[...]³⁷

A Pinar del Río va en varias ocasiones, paisaje que considera el más simpático de Cuba que le recuerda a Puerto Rico, pasando por Viñales, donde describe el valle y anota la presencia de los guajiros con sus caballos:

[...] Ayer salí para Pinar del Río en auto con otras siete personas a las 2.30 p.m. Ansiaba la oportunidad de conocer la provincia más al oeste de Cuba, de la que había oído decir que era muy diferente a la planicie de estos alrededores. En una hora estábamos avanzando en línea paralela a una cordillera de montañas azules a la derecha nuestra y empecé a sentirme de veras bien. Estas llanuras eternas me deprimen, aun cuando tenga una el mar. Justo antes del atardecer comimos en el camino, más allá de P. del R. y poco antes de llegar a El Cerro. Anocheció tan de momento que necesitamos la lumbre de la basura que habíamos quemado para terminar de recoger. El campo estuvo hermoso durante todo el trayecto. Regresamos a la ciudad, que se veía más bonita en la oscuridad y tuve

³⁶ Ibidem. p. 14.

³⁷ Ibidem. Jueves, 26 de agosto de 1937. p. 85

insomnio toda la noche a pesar de la fatiga, porque los ruidos de la mañana comenzaron antes de que se acabaran los ruidos de la noche. [...] Sí, Pinar del Río es como Puerto Rico y para mí es el paisaje más simpático de Cuba. Había hasta pinos, no de la misma variedad que los nuestros, pero más semejantes que estos pinos orientales que me parecen artificiales.[...]
[...] Llovió toda la mañana, pero la silueta de la sierra de Viñales se veía vivamente recortada contra el cielo, no había neblina, el pequeño poblado escondido encantadoramente, entre un montón de árboles en el valle, las mismas colinas bajas separadas, de formación similar a las de la vecindad de San Juan, P.R. aumentaban el encanto del bien cultivado y abierto valle. Pero creo que la carretera que subía cuando comenzamos a escalar me gustó tanto como ninguna. [...] Estaba lloviendo en Viñales y los guajiros habían venido a caballo para pasar el domingo en el pueblo. Se habían refugiado con sus grandes sombreros y sus cortos y pesados capotes en los distintos portales, y los caballos, esos curiosos pequeños y muy vivos caballos guajiros con su gracioso trote, estaban todos amontonados juntos bajo los aleros o lugares salientes [...]³⁸

De marzo del 37 a enero del 39, Zenobia recorrerá casi toda la zona occidental de la Isla (Guanajay, San Miguel de los Baños, Santiago de las Vegas, Río Cristal y Rancho Boyeros, Ariguanabo, Bahía Muriel, Isla de Pinos, Hornedo, la Loma del Mazo). En el centro, conocerá Trinidad, Patricio, los balnearios de Cabañas y Martín Mesa, y saboreará la hermosura de Las Cumbres, el Valle Yumurí, los Topes de Collantes, Las Bocas o el Valle de San Luis

Sin duda, hermosa es la descripción que nos hace de aquella jornada en Camaguey:

[...] Las más sobresalientes impresiones del día: el bello jardín que descubrí temprano por la mañana, más hermoso que como lo adiviné la noche anterior: masas de buganvilla, coralillo, palmas, me recordó el hotel en Fez, que fue palacio

³⁸ Ibidem. p.121.

del cadí. Voluptuosos e inmensamente lujosos árboles del pan, bambúes, flamboyanes y laureles principalmente. Las viejas barracas, un espléndido fondo arquitectónico.³⁹

4. CONCLUSIÓN

A modo de conclusión, no quisiéramos -aunque no es materia de este trabajo- dejar de hacer algunas observaciones en relación a las distintas opiniones que con respecto a Zenobia se han ido vertiendo sobre su supuesta subyugación o dependencia de JRJ. Desde el poco acertado análisis de Rosa Montero, publicado en *El País* en 1995 (contestado con contundencia por Graciela Palau de Nemes⁴⁰ y al cual no dieron la misma cobertura que merecía), se asentaron confusas ideas sobre la personalidad de Zenobia. Atrevidos indocumentados, al tratar su figura, se refugian en expresiones como “una vida mortífera”, “su anulación voluntaria”, “la capacidad que tenía para automutilarse” o “el hombre que la tiraniza”. Algunos, queriendo analizarla desde sólo la visión de sus *Diarios*, vistos como elementos literarios en su contexto autobiográfico, llegan a diagnosticar su caso como la exclusión del “yo” por la imposición del “otro”, cercano a lo que algún autor ha llamado “la identidad cautiva”⁴¹. Entendemos estos análisis de los *Diarios* demasiados parciales, por cuanto, todos los textos de Zenobia, conocidos hasta el momento, no hay que situarlos solos en el tiempo de la convivencia con el poeta. Cuando hemos querido denominarla “Con luz propia”, no ha sido una afirmación gratuita. Poco de acuerdo estamos con aquel comentario de María Teresa León cuando dice que Zenobia había tomado “una decisión hermosísima: «vivir al lado del fuego y ser la sombra»⁴². Ella, que se autocalificaba “cola de cometa” de Rafael Alberti. Pocos han tenido en cuenta su formación previa, antes de instalarse en España, país con un desarrollo remiso y arduo en el papel de la mujer y donde

³⁹ Ibidem. p. 337

⁴⁰ UNIDAD, pp. 52-56

⁴¹ PÉREZ VICENTE, Nuria. “Zenobia Camprubí o la identidad cautiva: la autobiografía del otro”. *Congreso Internacional en Homenaje a Zenobia. Representar-representarse*. Moguer-Huelva. 2001

⁴² LEÓN, María Teresa; *Memoria de la melancolía*, Buenos Aires, Losada, 1970, p.312

Zenobia va a destacar en el marco de las instituciones que, bajo las ideas del krausismo, intentaron romper el tradicionalismo educativo con respecto a la mujer española de las primeras décadas del siglo XX. Más cerca estamos de la opinión de “silenciosa” dentro del contexto de la relación con JRJ. Sobradamente la crítica juanramoniana ha examinado el papel de la mujer del poeta, incluidas sus huellas o influencias intelectuales, sobre todo a partir de los trabajos de la profesora Nemes, al considerarla la clave del concepto de “poesía desnuda”⁴³. Para nosotros Zenobia es la constancia inagotable. Alguna vez lo escribimos y lo seguimos manteniendo:

“No sé a quien se parecería. Con quién compararla. Con quién medirla. Qué calificativos aplicarle una vez que, dentro de su tránsito de vida, me la encuentro desnuda y sola en su amplitud de ser vibrante, candela inagotable, rescoldo que nace y se renace en los abrazos y risas múltiples de entrega interminable. Zenobia Camprubí no es un nombre atado en la nada. Una viajera con fulgor de espumas, ni siquiera el oleaje que viene y va, es el todo posible, es el permanente imposible que calma e impulsa, es el fragor de las estancias más cálidas, es el retorno deseado, es la longitud de la caricia.

Una vez dentro de ella, mirándola por los ángulos de su pulso constante, creemos que no sólo se sostuvo firme en la proa del vivir, sino que supo atar todos los vientos, que manejó el timón del sueño con la firmeza y la esperanza de la llegada al mejor puerto, a cualquier puerto, a cualquier lugar para recomenzarse como quien nace cada día. No la busquen en la desolación y el desamparo. Multiplicada hacia todas las corrientes, la entrega no es su palabra, ni la desembocadura a ningún río del desaliento. Armó abatimientos y tejió el gran paraguas protector para aquellos que caminasen en su mismo camino. Entendió el desprendimiento como una filantropía necesaria de la especie. Intuyó la luz que le acompañaba sin dejar de ser la luz que poseía. Zenobia Camprubí no termina su biografía en el lugar de los olvidados. En cada acercamiento a sus pasos se nos reverdece, cada vez más florecida sintiéndola transparente y silenciosa por un jardín de palabras. Tuvo la poesía

⁴³ UNIDAD, p. 56

necesaria en el arcón más cercano y la palabra exacta casi brotada en su piel. Siempre se despojó con la fuerza de lo incontenible. Hurgó entre las luces y evitó las sombras. Recogió tras las lluvias las mejores aguas. Filtró la sustancia de lo que era para darlo en la dosis precisa. Miró lejos y distinguió la profundidad del compañero. No retuvo su tiempo, lo vivió, lo encapsuló para entregarlo con su medida. Conductora de su época, se anticipó a las estaciones y estas la recompensaron con la constancia inagotable de una mujer para todos los tiempos. Sencillamente Zenobia.”⁴⁴

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Actas II y III del Coloquio Internacional *La literatura y la cultura del exilio republicano español de 1939*. (1998 -2002), Gexel. Casa del Escritor Habanero. San Antonio de los Baños, Cuba.

Actas del Congreso *Mujer y escritura Autobiográfica: Zenobia Camprubí* (2008), Huelva. Los Libros del Trienio.

ALTED VIGIL, A. (2000), «*Reflexiones en torno a la cultura del exilio español de 1939*», *La literatura y la cultura del exilio republicano español de 1939: II Coloquio Internacional : actas*, edición de Roger González Martell, La Habana, Casa del Escritor Habanero / GEXEL / AEMIC.

ANDERSON, A. (1999), *América en un poeta. Los viajes de Federico García Lorca al Nuevo Mundo...* Universidad Internacional de Andalucía.

AUB, M. (2002), *Enero en Cuba*. Biblioteca Max Aub. Patronato de la Fundación Max Aub.

AUGIER, A. (2000), «*Cuba en Alberti y Alberti en Cuba*», *La literatura y la cultura del exilio republicano español de 1939, II Coloquio Internacional: actas*, edición de Roger González Martell, La Habana, Casa del Escritor Habanero / GEXEL / AEMIC.

BLASCO IBÁÑEZ, V. (1978) *Lo de Cuba. Artículos contra la Guerra de Cuba*, ed. de J.L. Leçon Roca, Valencia, Ediciones León Roca.

⁴⁴ RAMÍREZ ALMANZA, Antonio. *Zenobia Camprubí con luz propia*. (Cenitenario de la estancia de Zenobia en La Rábida). Edición de la Fundación Zenobia-JRJ y la UNIA. 2009.

- BAROJA, P.** (1904), *La mala hierba*, Editorial Caro Raggio. Centenario do 98. *Manuel Curros Enriquez. 90º Aniversario do seu pasamento*. Xunta de Galicia.
- CAMPRUBÍ, Z.** (1991), *Diario 1. Cuba (1937-1939)*, Madrid, Alianza Tres.
- (1991), *Diario 2. Estados Unidos (1939-1950)*, Madrid, Alianza Tres.
- (2006), *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz (1917-1956)*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- Congreso Internacional en homenaje a Zenobia* (2001). Reprintar-representarse. Moguer, Ediciones de la Fundación Zenobia-JRJ.
- CURROS, E.** (1989), *Aires de mi tierra*, edición bilingüe. Madrid, Ediciones 29.
- DOMINGO, J. y GONZÁLEZ, R.** (1998), *Sentido de la derrota. Selección de textos de escritores españoles exiliados en Cuba*, Valencia, Gexel.
- DOMINGO CUADRIELLO, J.** (2003), *Los Españoles en la letras cubanas durante el siglo XX*, Diccionario Bio-Bibliográfico, Junta de Andalucía, Editorial Renacimiento.
- (2001), *Panorama de la labor literaria de los exiliados españoles en Cuba*. Actas del I Congreso Internacional L'exili cultural de 1939. Seixanta anys després, Biblioteca Valenciana.
- El signo del gorrión* (1993), Revista de bolsillo, Madrid, Editorial Trotta.
- GONZÁLEZ MARTELL, R.** (2000), «*Presencia republicana en Cuba y Martí en el pensamiento español: visión de los exiliados*», La literatura y la cultura del exilio republicano español de 1939, II Coloquio Internacional: actas, edición de Roger González Martell, La Habana, Casa del Escritor Habanero / GEXEL / AEMIC.
- Gran Enciclopedia Gallega* (1974), Santiago de Compostela, Silverio Cañada Editor.
- JIMÉNEZ, J.R.** (1992) *Cartas Antología*, edición de Francisco Garfias, Madrid, Espasa Calpe.
- (2009), *Guerra en España (prosa y verso) (1936-1954)*, edición de Soledad González Ródenas y Ángel Crespo, Sevilla, Editorial Point de Lunettes.
- JOHNSON, R.** (2004), *La Cuba secreta: Los orígenes de la estética de María Zambrano*
- La Poesía Cubana en 1936*, Frente de Afirmación Hispanista. A.C, México.

- LÓPEZ VARELA, E.** (1998), *A poesía Galega de Manuel Curros Enríquez*, Diputación Provincial da Coruña.
- MARINELLO, J.** (1964), *Contemporáneos. Noticia y Memoria. Santa Clara (Cuba)*, Universidad Central de las Villas.
- MAURI SIERRA, O. F.** *Vicente Blasco Ibáñez: su aventura cubana.*
- NARANJO OROVIO, C.** (1998), *Cuba, otro escenario de lucha (La Guerra Civil y el exilio republicano español)*, Madrid, CSIC.
- RAMÍREZ ALMANZA, A.** (2003), *Presencia de los escritores españoles en Cuba: de Curros Enríquez a María Zambrano*, El Árbol Espiral, Béjar (Salamanca).
- RODRÍGUEZ, J.** (2000), «*Los escritores modernistas españoles y la guerra de Cuba*», La literatura y la cultura del exilio republicano español de 1939, II Coloquio Internacional: actas, edición de Roger González Martell, La Habana, Casa del Escritor Habanero / GEXEL / AEMIC.
- ROMERO, C.** (2002), «*Lino Novás Calvo y su visión de la Guerra Civil Española*», Actas del III Coloquio Internacional La Literatura y la Cultura del Exilio Republicano Español de 1939, Instituto de Literatura y Lingüística de La Habana.
- SANTOJA, G.** (1995), *Un poeta español en Cuba: Manuel Altolaguirre. Sueños y realidades del primer impresor del exilio*, pról. de Rafael Alberti, Barcelona, Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores.
- SUEIRO, V. M.** (2002), «*Emigración y exilio en la obra literaria de Ángel Lázaro*», Actas del III Coloquio Internacional La Literatura y la Cultura del Exilio Republicano Español de 1939, Instituto de Literatura y Lingüística de La Habana.
- UNIDAD** (1996), *(Cuaderno de textos) de Zenobia y Juan Ramón (y Estudios Juanramonianos)*, Moguer, Publicaciones de la Fundación Juan Ramón Jiménez.
- VV.AA.** (2001), *Migraciones y Exilios*, Madrid, AEMIC.
- VALLE-INCLÁN, R.** (1926), *Esperpento de las galas del difunto.*
- VITIER, C.** (1981), *Juan Ramón Jiménez en Cuba*, Ciudad de La Habana, (Cuba), Editorial Arte y Literatura.
- Zenobia Camprubí con luz propia; Centenario de la estancia de Zenobia en La Rábida (2009)*, Catálogo Exposición, Moguer (Huelva), UNIA-Casa Museo Zenobia-JRJ.
- ZUERAS TORRENS, F.** (1990), *La gran aportación cultural del exilio español (1939)*. Diputación Provincial de Córdoba.



14. La presencia de Zenobia en los fondos de la Fundación Zenobia- Juan Ramón Jiménez

Rocío Bejarano Álvarez

1. ORIGEN DE LA FUNDACIÓN ZENOBIA-JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

En 1948 se crea en Moguer la Biblioteca Pública, bajo el nombre de “Juan Ramón Jiménez”. Pocos años después surge la idea de hacer un Museo dedicado al poeta y su esposa y unificar el futuro Museo con dicha biblioteca. La Diputación Provincial de Huelva adquiere un inmueble, antigua propiedad de la familia de Juan Ramón, donde el poeta había vivido parte de su juventud, sita en la calle Nueva, hoy calle Juan Ramón Jiménez, y se dota al edificio de material relacionado con el autor, por lo que se decide entablar conversaciones con él y su esposa Zenobia. El fruto de esa relación se expone hoy en la Casa-Museo. Con la compra del edificio y gracias al acuerdo entre la Administración Local y Provincial, es definitivamente en 1958 cuando se decide integrar en dicho inmueble el Museo y la Biblioteca Pública, que en origen se hallaba en el Ayuntamiento. A ese nuevo conjunto se le denomina “Casa Municipal de Cultura” y se llega así hasta 1987, fecha en que surge el proyecto de creación de la Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez. Nos encontramos hoy con un edificio nutrido de muebles, enseres personales de la pareja y una importantísima biblioteca y hemeroteca, de las que hablaremos más adelante. Algunos de estos bienes fueron enviados por ellos desde su exilio en Puerto Rico, aunque la parte principal de la colección procede de Madrid, del Museo Romántico, donde estaban en depósito desde el exilio de la pareja y que se trasladan a Moguer. En todos estos hechos se observa el interés del propio poeta moguerense y de su esposa Zenobia en que esta iniciativa tuviera éxito. Y así ha sido si atendemos a la manifiesta aceptación por parte del público en general, y de la comunidad intelectual en particular, con las innumerables visitas y consultas que se han venido realizando desde los orígenes de esta institución hasta la actualidad, ya sea para conocer al matrimonio a través de los elementos que rodeaban su vida cotidiana o para conocerlo mediante su legado escrito.

2. ÁMBITO CULTURAL DEL MUSEO Y DEL CENTRO DE ESTUDIOS JUANRAMONIANOS

La actividad de la Casa Museo no se queda solamente en la mera función expositiva, sino que a lo largo de su historia ha sido protagonista o ha participado activamente en multitud de actos

relacionados con la literatura y la cultura, y actualmente colabora y apoya, en la medida de sus posibilidades, a toda persona, organismo público, privado, y centro educativo o cultural que solicita realizar alguna actividad relacionada con Juan Ramón o Zenobia. Nuestros objetivos son la conservación, protección y difusión del patrimonio juanramoniano, añadiendo la máxima del fomento de la vida y obra del poeta y su esposa. Para conseguir todo esto, se creó el Centro de Estudios Juanramonianos, al amparo de la Biblioteca, uno de sus principales atractivos y un referente importantísimo para cualquier persona interesada en estudiar la obra del matrimonio Jiménez, y a la vista de la gran demanda por parte de los investigadores y usuarios solicitando información y documentación sobre Juan Ramón y Zenobia, y de diversas instituciones pidiendo colaboración en la realización de actividades culturales, fue necesaria una reorganización, quedando dividido el Centro de Estudios en dos departamentos, para atender con mayor rapidez y eficacia las nuevas necesidades y solicitudes externas, uno, el departamento de catalogación de fondos documentales y bibliográficos, y otro, el departamento de atención al investigador y actividades culturales.

3. FONDOS DEL CENTRO DE ESTUDIOS JUANRAMONIANOS

Debido a la amplia riqueza de los fondos, ésta divide su oferta atendiendo a la clasificación realizada según el origen, tipo y formato del documento, añadiendo la comodidad que brindan las nuevas tecnologías al estar la documentación digitalizada para una fácil consulta y preservando así su conservación en el tiempo. Hay marcada una división atendiendo a estos aspectos, y es por ello que se conserva en diferentes espacios:

3.1. Biblioteca Personal

Biblioteca Personal: es el fondo que aglutina los libros que el poeta utilizó hasta salir al exilio en 1936. Su organización y catalogación se ha adecuando a la normativa vigente, utilizándose como software el programa de gestión bibliotecaria ABSYS. Se dispone de catálogo informático formado por más de 3.300 títulos, donde se

detallan las características especiales de cada ejemplar, como por ejemplo exlibris, dedicatorias y anotaciones del poeta o de Zenobia. Asimismo hemos digitalizado todas las cubiertas y portadas de los libros.

3.2. Biblioteca de Selección

Biblioteca de Selección: aquí se encuentran todas las ediciones y reediciones de la producción literaria del Nobel a partir de 1958, así como los estudios y trabajos sobre Zenobia. Comprende materiales de carácter muy diverso, como reediciones de libros, publicaciones inéditas, tesis y tesinas, borradores de libros, trabajos de investigación, ensayos, actas de congresos y encuentros juanramonianos, cintas magnetofónicas, videos, recortes y publicaciones en prensa, cassettes, diapositivas, DVD's, CD-ROM, etc. Ya se ha comenzado a catalogar informáticamente, por lo que realizar las búsquedas resulta más fácil y rápido, y gracias a la inclusión del Centro de Estudios en la Red de Centros de Documentación y Bibliotecas Especializadas, proyecto de la Junta de Andalucía, pronto se podrá consultar el catálogo on-line.

3.3. Hemeroteca

Hemeroteca: es un fondo documental único en España, como la Biblioteca Personal, que está formado por 487 títulos y más de 7.500 revistas, editadas entre 1900 y 1936, que coleccionaron el propio poeta y su esposa, y donde aparecen muchos de sus primeros trabajos, así como de la mayoría de los escritores y artistas de su generación. Son ediciones valiosísimas, muchas de ellas ilocalizables o de muy difícil acceso. Son de gran interés para el estudio de la literatura y ciencia del siglo XX, ya que, aunque la mayoría son de carácter literario, se contemplan títulos de muchas otras materias, como medicina, arte, geografía o historia. Hay revistas que parece que pertenecían a Zenobia, como *El maestro*, *Independent Woman*, *La Revista de viajes*, *Mundo Femenino*, *Revista de Pedagogía* o *The Woman Journal*. Están editadas en distintos idiomas como inglés, francés, alemán, italiano y griego.

Entre los más importantes títulos destacan revistas como: *España*, *Índice*, *Cervantes*, *Grecia*, *Ultra*, *Litoral* y *Revista de Occidente*. Además de las revistas, la Hemeroteca cuenta con 4.500 periódicos

nacionales e internaciones, cuyas fechas de publicación oscilan entre 1894 y 1936. Entre los títulos más importantes destacan: *ABC*, *Hoja del Lunes*, *El Sol* y *La Prensa* de Nueva York. Después del convenio suscrito con la Residencia de Estudiantes, se acaba de finalizar el proceso de digitalización de toda esta colección de revistas, y pronto podrán ser puestas al servicio del investigador sin ser necesario el desplazamiento a Moguer. La digitalización de los periódicos se realizará igualmente, comenzando por los diarios locales y los ejemplares que sean difíciles de localizar.

3.4. Fototeca

Fototeca: la conforman todos aquellos materiales gráficos que recuerdan las vivencias de Juan Ramón y de Zenobia. Son fotografías en papel, fototipias y placas de vidrio que la pareja conservó, relacionadas no sólo con sus propias figuras, sino también con sus familias, amistades, residencias y lugares relacionados con ellos. Se ha localizado todo el material gráfico almacenado en la Casa Museo y se ha realizado la catalogación y las actuaciones de conservación pertinentes, sustituyendo todas las fotografías originales expuestas desde hace años en el Museo por las reproducciones, con el fin de conservarlas. A día de hoy tenemos un fondo fotográfico de 1.091 registros, digitalizado en su totalidad y agrupados en las siguientes categorías: JRJ-Infancia; JRJ-Adolescencia, JRJ-Madurez, JRJ-Vejez; Zenobia-Infancia; Zenobia-Adolescencia; Zenobia-Madurez; Zenobia-Vejez; Matrimonio; Retratos, Caricaturas y Esculturas de JRJ; Obra Pictórica de JRJ; Retratos, Caricaturas y Esculturas de Zenobia; Deceso; Familiares; Amigos; Homenajes; Juanramonianos; Residencias y Lugares relacionados con Juan Ramón y Lugares de Moguer.

3.5. Archivo Personal

Archivo Personal: en este espacio se custodia documentación original de incalculable valor como el Telegrama de concesión del Premio Nobel, el Certificado de matrimonio, el título de Doctor Honoris Causa, otorgado por la Universidad de México, pasaportes, borradores de poemas, el precinto de cierre de la casa del poeta en Madrid, correspondencia privada de Juan Ramón, de su hermano Eustaquio Jiménez, personaje de renombre en la

época, y de Zenobia. Además de esta documentación original, se dispone de multitud de reproducciones digitales, de documentación relacionada con Juan Ramón (documentos personales, funcionales y patrimoniales) y con Zenobia (documentos personales, funcionales y patrimoniales). Por último tenemos la colección denominada Familia Zenobia-Juan Ramón, que se subdivide a su vez en 3 grandes bloques: Fondo Eustaquio Jiménez, Colección Isabel Aymar y Comunidad de Herederos. En total tenemos inventariados 1778 documentos, número que va en aumento gracias a las últimas donaciones recibidas, como es el caso de M^a del Carmen Gómez Morales, amiga de Zenobia en Puerto Rico, quien donó 13 cartas, o Merle Fry, amiga de Juan Ramón en Washington, quien hizo lo mismo con borradores de poemas, libros y algunas postales.

Cabe destacar que la Fototeca, la Biblioteca de Selección y el Archivo Personal (obras, recuerdos, manuscritos, fotografías, cartas) son fondos abiertos, que se van incrementando periódicamente con nuevas donaciones y adquisiciones, ya que desde la Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez se incentiva la localización y donación de material relacionado con el matrimonio y su tiempo, para integrarlas en el conjunto de los fondos existentes.

3.6. Álbumes

Álbumes: Zenobia nos dejó además otros materiales interesantes, como su “Álbum”, que consta de 62 hojas plagadas de recuerdos que ella misma fue guardando en su juventud como cartas, fotografías, invitaciones a eventos como bodas, bailes, entradas a espectáculos, la insignia que la revista neoyorkina *St. Nicholas Illustrated Magazine for Boys and Girls* concedió a Zenobia en el año 1904 por la publicación del relato dedicado a su abuela: “When my grandmother went to school”, recortes de prensa, postales, dibujos, etc., incluso la que puede ser su primera carta, a la edad de ocho años. Este material se encuentra digitalizado en su totalidad con el objetivo de no tocar el álbum más, pues debido a su gran tamaño y su antigüedad, su encuadernación y sus hojas se encuentran en un estado muy delicado. Puede admirarse en una vitrina del Museo. Igual de interesante es su “Álbum para tarjetas postales”, como reza su cubierta, llena de postales, afición que tenía Zenobia durante su infancia y adolescencia. Cien hojas que contienen trescientas postales, casi todas manuscritas por familiares y amigos.

4. INTERACTIVO

Para unir todo este material de una forma digital, y para que el propio investigador realice sus búsquedas sin perderse, el Centro de Estudios Juanramonianos presenta a todos los usuarios un novedoso servicio que posibilita la consulta y estudio de todo el universo juanramoniano y zenobiano, a través de un sistema interactivo que incorpora un potente motor de búsqueda de datos e imágenes. El sistema es muy sencillo y cuenta con dos puntos de acceso a la base de datos, a través de los cuales se pueden consultar las siguientes colecciones: La Biblioteca Personal: a través de este apartado se podrán realizar búsquedas de los ejemplares por autor y dispone de un índice de materias para facilitar aún más la búsqueda. También se podrá consultar el apartado “la impronta del poeta”, que hace referencia a la huella dejada por el Andalúz Universal, junto a su esposa Zenobia, en sus propios libros; se podrá consultar “artes a mi”, que contiene una selección de las mejores dedicatorias que diferentes escritores escribieron en los ejemplares de Zenobia y Juan Ramón y se podrá acceder también a la sección de Obra, que se ha subdividido en varios apartados (lírica, prosa, poemas póstumos, traducciones, y obra completa) para conseguir un estudio más eficaz. En el apartado dedicado a la Hemeroteca, se podrán consultar las revistas y periódicos que Zenobia y Juan Ramón conservaban hasta antes del exilio así como los proyectos editoriales del poeta. Se podrá consultar también su Bibliografía (con más de 11.000 registros bibliográficos), así como visualizar su Archivo personal completo, y su Fototeca, así como los Enseres personales expuestos en el Museo.

Este interactivo es la base de datos sobre Juan Ramón Jiménez y sobre Zenobia Camprubí más completa que existe en todo el mundo, albergando en torno a 20.000 registros, cifra que va incrementándose día tras día, gracias al proceso de localización y recopilación de material (obras, recuerdos, manuscritos, fotografías, cartas, etc....) que venimos realizando. Es objetivo principal de la Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez y de su Centro de Estudios difundir todo el fondo documental y legado patrimonial de Zenobia y de Juan Ramón Jiménez, e invitamos a todos los interesados y amantes de la literatura a que se acerquen a nuestra Casa Museo y disfruten de este importantísimo e ingente legado de uno de los matrimonios más importantes del siglo XX.



15. Tras la huella de Zenobia en la prosa de Juan Ramón Jiménez

M^a Ángeles Sanz Manzano

Nadie discute hoy el lugar preeminente que Juan Ramón Jiménez ocupa dentro de la llamada «Edad de Plata»¹. Su trayectoria poética discurre por estas casi cuatro décadas dejando una impronta decisiva. Ya en su juventud, desde las «huestes» modernistas, Juan Ramón contribuyó con su lucha a la renovación de la poesía española, anquilosada y caduca al expirar el siglo XIX²; después, en su madurez, ejerció de mentor y maestro para toda una promoción de jóvenes poetas, conocidos como Generación del 27.

Consciente del alcance de su labor, el moguerense reclamó sin falso pudor ni fingida modestia el mérito que creía corresponderle, si bien, en un acto de justicia poética y de exactitud histórica, quiso hacerlo extensivo a su compañero y amigo Antonio Machado. Del 26 de abril de 1931, ya en el final de «Edad de Plata», data esta esclarecedora declaración del poeta:

Antonio Machado y yo tenemos que crear la poesía de nuevo, *crearla*; al llegar nosotros el poeta español es Núñez de Arce, y yo tengo que crear de nuevo la poesía, crear las esencias poéticas que luego se han transfundido en toda la obra de los que han venido después; los jóvenes de hoy no saben lo que es encontrárselo todo por hacer, pues ellos han tenido el camino abierto...³

Cualquier intento de aproximación a la poesía contemporánea exige, pues, adentrarse en la vida y en la obra de Juan Ramón. Quien se aplica a esta tarea de inmediato se percata de una presencia, tan constante, que acaba tornándose en omnipresencia: la de Zenobia Camprubí Aymar, su esposa.

Mujer inquieta y comprometida, Zenobia desplegó una intensa actividad como empresaria y traductora, además de participar en

¹ Un estudio global de este periodo, que abarca desde 1902 hasta 1939, puede hallarse en MAINER 1983. De la actuación que Juan Ramón tuvo en él se ocupa J. C. Mainer sobre todo en las pp. 200-205.

² Con estas palabras resumió el poeta la significación que el modernismo tuvo para la poesía española del cambio de siglo: “Era el encuentro con la belleza sepultada en el siglo XIX por un tono general de poesía burguesa. Eso es el modernismo un gran movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza” (JIMÉNEZ 1962, p. 17)

³ GUERRERO RUIZ 1998, p. 228.

algunas de las iniciativas culturales en pro de la educación femenina más importantes de su tiempo⁴. Por todo ello, su figura posee el suficiente relieve como para merecer ser incluida en la nómina de mujeres destacadas de la «Edad de Plata»⁵.

Aún sin olvidar nunca la entidad que alcanzó por méritos propios, interesa ahora volver a unir su nombre al de Juan Ramón. Biógrafos y estudiosos del poeta no han escatimado palabras a la hora de destacar la decisiva influencia de Zenobia en su vida y en su obra. Y sin embargo, existe todavía una parcela de la inmensa creación juanramoniana, donde la presencia de Zenobia está aún por explorar: su obra en prosa⁶. La razón que lo explica es que, todavía hoy, transcurridos ya 52 años desde la muerte de Juan Ramón, su producción prosística ha sido mucho menos leída y ha merecido menos atención crítica que su verso.

En el camino elegido para descubrir la huella dejada por Zenobia en su obra prosística, será el propio Juan Ramón quien haga las veces de guía. Unas palabras suyas, escritas en 1956, como discurso de agradecimiento por la concesión del Premio Nobel de Literatura, sirven bien para iniciar el trayecto:

Acepto y agradezco el honor que esta ilustre Academia me concede al otorgarme un premio que no he merecido. Cercado por el dolor y la enfermedad, he de permanecer en Puerto Rico sin participar en persona en los actos solemnes de la Academia (...)
Mi esposa Zenobia es la verdadera ganadora de este premio. Su *compañía*, su *ayuda*, su *inspiración* de 40 años han hecho posible mi trabajo. Hoy me encuentro sin ella desolado y sin fuerzas⁷.

⁴ Información sobre estos y otros detalles de la vida de Zenobia puede encontrarse en SODY DE RIVAS 2007 y BEJARANO ÁLVAREZ 2009.

⁵ De la misma opinión es Antonina Rodrigo que no duda en incluir la semblanza de Zenobia (RODRIGO 1996, pp. 127-150) junto a la de otras mujeres ilustres de la primera mitad del siglo XX tales como Victoria Kent (RODRIGO 1996, pp. 215-239), Federica Montseny (RODRIGO 1996, pp. 241-264), María Goyri (RODRIGO 1996, pp. 151-183), Margarita Xirgu (RODRIGO 1996, pp. 65-87), María de Maeztu (RODRIGO 1996, pp. 17-33) o M^a Teresa León (RODRIGO 1996, pp. 89-125)

⁶ Comencé la búsqueda de Zenobia en la prosa juanramoniana en SANZ MANZANO 2001, pp. 91-101.

⁷ GULLÓN 1968, p. 167. *La letra cursiva es mía*.

El dolor por la pérdida definitiva de la mujer amada, fallecida el 25 de mayo de aquel año, tan sólo tres días antes de conocerse la decisión de la academia sueca, infundió al poeta la necesaria lucidez para hallar las palabras justas: Zenobia había sido su mejor «compañía», su más decisiva «ayuda» y su principal fuente de «inspiración».

1. ZENOBIA, «COMPAÑÍA» Y «AYUDA»

Zenobia fue compañera inseparable de Juan Ramón durante cuarenta años: desde aquel frío 2 de marzo de 1916, en que contrajo matrimonio con el poeta en la iglesia católica de Saint Stephen de Nueva York, hasta el trágico 25 de mayo de 1956, cuando su vida se apagó para siempre en la Clínica Mimiya de Santurce (Puerto Rico), en medio de un hermoso otoño tropical.

Durante su larga convivencia con el poeta, supo acompañarlo del modo preciso en que lo necesitó en cada momento. Tal habilidad sólo se adquiere cuando se llega a un conocimiento profundo del ser amado. Y así ocurrió: Zenobia llegó a conocer a Juan Ramón en toda su dimensión humana, que es tanto como decir en su grandeza y en su debilidad. Para quererlo y para admirarlo nunca necesitó engañarse ni falsear la realidad. Le bastó con comprender y aceptar. Su mirada se adentró en el alma de Juan Ramón, conciliando ternura y justedad. De sus últimos años de vida data esta cabal semblanza del poeta:

(...) Su carácter es del todo diferente en sus temporadas fecundas de lo que es en las áridas. No tiene términos medios, o está muy bien o muy mal.

(...) Sus defectos principales son el no aceptar casi nunca la responsabilidad de su culpa, por muy insignificante que sea y la suspicacia para dolerse de cosas insignificantes.

Además, es muy egoísta pero a medida que pasan los años, en este defecto que tanto lo dominó en su juventud, ha hecho un gran progreso, se esfuerza por recapacitar cuando se le advierte y procura y logra mejoras. En esto verdaderamente ha ahondado mucho, sobre todo en las temporadas en que su vida es serena y tiene tiempo de pensar. En temporadas nerviosas no hace el menor esfuerzo por dominarse y llega

a una crueldad increíble en el egoísmo cuando se trata de la manía especial en boga en el momento. Al lado de esto es también de una generosidad emocionante en que todo lo quiere dar y en que le da una gran alegría proporcionarle una satisfacción o gusto a cualquiera, aun cuando se trate de un desco(nocido)⁸.

Zenobia, tan enérgica y alegre, sabía ejercer de compañera silenciosa, casi invisible, cuando Juan Ramón se hallaba entregado a la creación de su obra. De labios de su marido, había escuchado una y mil veces que la «soledad» y el «silencio» constituyen la atmósfera necesaria del creador:

El verdadero talento es asceta, como la verdadera virtud; se nutre de la soledad y el silencio⁹.

El silencio es para mí una atmósfera absolutamente necesaria para respirar como el aire¹⁰.

Por eso, mientras Juan Ramón permanecía inmerso en su obra, Zenobia luchaba por que nada turbase su concentración. El «ruido» adquiriría entonces las proporciones de un funesto enemigo al que había que evitar a toda costa. Así clamaba contra él el poeta:

El ruido cómo lo complica todo. Qué huésped tan molesto, tan tangible, tan desordenado, tan sucio, tan necio es¹¹.

El ruido me divide el día y el cerebro en mil pedacitos, fragmentos impagables¹².

Para mantener al poeta a salvo de él, Zenobia tuvo que recurrir a las más diversas argucias: caminaba en completo sigilo por la casa, sofocaba cualquier conato de jaleo, daba orden al portero para que impidiese la entrada a toda persona que preguntase por Juan Ramón y, si alguien conseguía burlar el cerco, ella disculpaba

⁸ JIMÉNEZ 1986, pp. 111-112.

⁹ JIMÉNEZ 1990, p. 344.

¹⁰ JIMÉNEZ 1990, p. 344.

¹¹ JIMÉNEZ 1990, p. 345.

¹² JIMÉNEZ 1990, p. 345.

amablemente la imposibilidad de su marido para recibirlo esgrimiendo mil excusas¹³.

Pero cuando el poeta abandonaba por unos instantes su labor creadora y volvía a la vida corriente, Zenobia cambiaba de inmediato su función: sabía que entonces Juan Ramón la necesitaba bulliciosa y activa. Recobraba su ajetreo habitual e iba de un lado a otro de la casa, afanándose en mil tareas distintas, todas orientadas a hacer más agradable la existencia de Juan Ramón. No había detalle de la vida cotidiana del poeta que escapara a su cuidado: vigilaba que sus lápices –Juan Ramón nunca quiso escribir con pluma estilográfica– estuvieran siempre bien afilados, colocaba flores frescas para adornar su mesa de trabajo¹⁴ e, incluso, se sentaba al piano para interpretar algunas de las piezas preferidas del poeta¹⁵.

Trató de impedir con amorosa insistencia que Juan Ramón se recluyera en un «apartamento» que, aunque imprescindible para realizar su obra¹⁶, resultaba nocivo para su estado anímico, si se prolongaba más allá de lo necesario. Aprovechó la gran afición musical del poeta para persuadirlo de que la acompañara a conciertos, primero en el Madrid de antes de la guerra; después, en las diferentes ciudades por las que transcurrió su exilio (Nueva York, La Habana, Washington, San Juan)¹⁷. Consiguió también que Juan Ramón subiera al pequeño Ford, que le regaló su hermano José, y que recorriera con ella al volante numerosas ciudades del norte y el centro de España: Soria, Logroño, Pamplona, San Sebastián, Bilbao, Santander, etc¹⁸.

¹³ CAMPOAMOR GONZÁLEZ 2002, pp. 73-74.

¹⁴ CAMPOAMOR GONZÁLEZ 2002, p. 89.

¹⁵ GUERRERO RUIZ 1998, pp. 63-64.

¹⁶ Con este énfasis defendió Juan Ramón su necesidad de soledad: “Mi «apartamento», mi «soledad sonora», mi «silencio de oro» (que tanto se me ha echado en cara, y siempre del revés malévolo, y tanto se han metido conmigo en una supuesta «torre de marfil», que siempre vi en un rincón de mi casa y nunca usé) no los aprendí de ninguna falsa aristocracia, sino de la única aristocracia verdadera y posible.

Los aprendí desde niño, en mi Moguer, del hombre del campo, del carpintero, del herrero, que trabajan solos casi siempre en lo suyo, con el cuerpo y el alma (...)” (JIMÉNEZ 2009 b, p. 41).

¹⁷ De la pasión de Juan Ramón por la música, constante a lo largo de su vida, y de la influencia que tuvo en su obra me ocupé en SANZ MANZANO (1998-1999).

¹⁸ CAMPOAMOR 2002, p. 86.

Puesto que Zenobia siempre acompañó a Juan Ramón, pudo ayudarlo en cada momento y circunstancia. Su «ayuda» se hizo efectiva en todos los órdenes de la vida. Comenzó por asistirle en los aspectos más prácticos y prosaicos. Consciente del absoluto desinterés de Juan Ramón por los asuntos materiales, asumió la tarea de velar por la economía familiar desde el principio hasta el final de su matrimonio¹⁹. Su carácter emprendedor la llevó a buscar fuentes de ingresos en varios negocios surgidos de su propia iniciativa, contraviniendo así las convenciones previstas para una mujer en su época. En 1926, abrió, junto con su amiga Inés Muñoz, una tienda dedicada al “Arte Popular Español” en la que se vendía todo tipo de artículos rústicos: «deshilados, bordados, muebles, vidrio, cerámicas, cobres, forja, cuero repujado, cestería y tejidos». También por aquellos mismos años, comenzó a subarrendar pisos amueblados a diplomáticos y extranjeros que residían temporalmente en Madrid²⁰.

Al igual que les ocurriera a muchos españoles que emprendieron el camino del exilio, la salida de España agravó los apuros económicos del matrimonio. Pero Zenobia, lejos de desanimarse, intensificó sus esfuerzos para remediarlos. Aun cuando sobrepasaba ya los cincuenta años, no dudó en aceptar el cargo de profesora de español en el Departamento de Historia y Cultura Europeas de la Universidad de Maryland durante los años 1944 y 1951, ejerciéndolo además con auténtica dedicación. También en Puerto Rico, en agosto de 1951 volvió a desempeñar labores docentes en la Facultad de Estudios Generales hasta que su salud se lo permitió²¹.

¹⁹ En una nota, con fecha del 3 de mayo de 1939, Zenobia escribió en su diario: “A veces pierdo casi las esperanzas de recibir alguna ayuda definitiva de J(uan) R(amón), de que haga algo constructivo que no sea su poesía”(CAMPRUBÍ AYMAR 2006 a, p. 55).

²⁰ De todas estas iniciativas empresariales da cumplida cuenta BEJARANO ÁLVAREZ 2009, pp. 101-107.

²¹ Zenobia da buena muestra de su innata vocación por la docencia en las referencias constantes que hace a la preparación de sus clases, los exámenes, su relación con los alumnos en los diarios que escribió en Estados Unidos (CAMPRUBÍ AYMAR, 2006 a) y Puerto Rico (CAMPRUBÍ AYMAR, 2006 b) así como en sus epistolarios (CAMPRUBÍ AYMAR, 2006 c y CAMPRUBÍ AYMAR y PALAU DE NEMES, 2009).

Con el mismo entusiasmo y la misma eficiencia, prestó ayuda al poeta en las tareas literarias. Ya su noviazgo comenzó en forma de colaboración literaria. En 1915, un año antes de contraer matrimonio, Zenobia y Juan Ramón trabajaron juntos en la traducción al español de la obra del poeta hindú, Rabindranath Tagore, galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1913. Su trabajo conjunto dio como fruto una treintena de libros entre poemarios, obras de teatro, cuentos y aforismos²². Convertida ya en su esposa, Zenobia continuó colaborando con Juan Ramón en la traducción de otros muchos poetas como Shakespeare o Synge²³.

También dentro de su proceso creativo, Juan Ramón le asignó una función específica. Así lo explicó el poeta:

Escribo siempre de un tirón, a lápiz, luego lo dicto o lo pone Zenobia a máquina, y lo veo objetivado, fuera de mí. Entonces sí lo corrijo despacio, pero después, una vez que lo dejo, ya no me ocupo de él; si años más tarde lo releo tal vez cambie un adjetivo, una palabra, si en la lectura el cambio se impone por sí²⁴.

²² He aquí sus títulos: *La Luna Nueva, El Jardinero, El Cartero del Rey, Pájaros Perdidos, La Cosecha, El Asceta, El Rey y la Reina, Malini, Ofrenda Lírica, Gintanjali, Las Piedras Hambrientas, Ciclo de la Primavera, El Rey del Salón Oscuro, Sacrificio, Morada de Paz, Regalo de Amante, Chitra, Mishi y otros cuentos, Tránsito, La Hermana Mayor y otros cuentos, La Fugitiva I y II, Obra Escogida, Recuerdos, El Naufragio, Entrevistas de Bengala. Poemas de Kabir, El Sentido de la Vida, Nacionalismo y Obra Selecta.*

Para muchas de estas obras, Juan Ramón escribió además varios poemas-prólogos ver CAMPOAMOR GONZÁLEZ 1999, pp. 91-101.

²³ Hasta el propio José Ortega y Gasset destacó la labor traductora de la pareja: “Jiménez tañe sus propios versos, y –ambos juntos- traducen poetas lejanos, esto es, se dedican a hacer en España el contrabando de la poesía” (PÉREZ ROMERO 1999, p. 34). Para una completa recopilación de sus traducciones de poetas europeos ver JIMÉNEZ 2006.

²⁴ GULLÓN 1960, p. 9.

En sus diarios, Zenobia alude constantemente a la tarea de mecanografiar la obra del poeta. Constituía para ella uno de sus más importantes y gustosos quehaceres diarios: “Juan Ramón me dictó mucho esta tarde sobre Antonio Machado. Está en efervescencia de «creación» desde que nos establecimos aquí, pero me dicta despacio y con esfuerzo” (CAMPRUBÍ AYMAR 2006 a, p. 24, nota del día 4 de marzo de 1939).

“Un día de trabajo continuo. Terminamos por completo «Poesía y Literatura» y la versión corregida de Valle-Inclán avanzó rápidamente” (CAMPRUBÍ AYMAR 2006 a, p. 177, nota del día 1 de enero de 1940).

“Escribí a máquina con J(uan) R(amón). Hermosa y larga tarde” (CAMPRUBÍ AYMAR 2006 a, p. 288, nota del día 13 de abril de 1944).

Zenobia, pues, fue quien se ocupó de poner a limpio buena parte de lo escrito por el poeta para que así pudiera depurarlo y corregirlo hasta conseguir la tan anhelada perfección.

Pero su participación en la obra juanramoniana no se limitó a la abnegada y oscura labor de copista: el poeta le reservó cometidos de mayor enjundia. Tanto confiaba Juan Ramón en su gusto estético y tan seguro estaba del conocimiento que tenía de su obra que le encomendó en 1931 realizar la selección de poemas que habían de formar parte de la antología *Poesía en prosa y verso* (1902-1932). Quiso reconocerle públicamente su decisiva colaboración subtitulando el libro del siguiente modo: *Escojida para los niños por Zenobia Camprubí Aymar*²⁵.

Otro libro surgido gracias a la intervención de Zenobia fue la *Tercera Antología Poética*, publicada en 1957. Debido al estado de postración en el que cayó Juan Ramón desde 1954, año en que recibió el encargo de publicar una selección de su obra para la editorial madrileña Biblioteca Nueva, Zenobia tomó la decisión de sacar adelante el proyecto. Su empeño le llevó a realizar al mismo tiempo las siguientes tareas: selección de los poemas, recopilación de muchos de ellos dispersos en múltiples revistas y copia a máquina de otros tantos²⁶. Su tarea comenzó a ser heroica cuando en febrero de 1956 se agravó el cáncer que padecía y hubo de recibir sesiones de rayos X que le ocasionaron dolorosísimas quemaduras. Sobreponiéndose a su debilidad, acudía casi diariamente a la Sala que la Universidad de Puerto Rico había destinado como archivo del poeta para continuar con su labor, apurando sus últimas fuerzas.

“¡Al fin el sábado por la mañana J(uan) R(amón) me dictó! La espera fue muy larga y deprimente, pero anoche, de momento, J(uan) R(amón) volvió a los suyos y anunció que hoy iba a dictar” (CAMPRUBÍ AYMAR 2006 a, p. 301, nota del día 27 de octubre de 1945).

²⁵ Así se lo hizo saber a su amigo Juan Guerrero en una conversación mantenida el día 28 de agosto de 1931: “Me dice que se titulará sencillamente *Poesía en Prosa y Verso escogido para los Niños, por... Zenobia Camprubí de Jiménez*, pues es ella la que va haciendo la selección a su gusto, aun cuando él revisa con ella este trabajo, que hace muy a gusto, pues ha de quedar un libro bastante bonito” (GUERRERO RUIZ 1998, p. 333).

²⁶ De las circunstancias que rodearon la elaboración de la *Tercera Antología Poética* y de la participación que tuvo Zenobia trata EXPÓSITO HERNÁNDEZ 2008, pp. 375-394.

2. ZENOBIA, «INSPIRACIÓN»: «FUENTE HUMANA DE POESÍA»

Como «compañía» y «ayuda», Zenobia se convirtió en la presencia más permanente en la vida del poeta. Lógico es suponer, entonces, que su poderosa silueta también se proyectara sobre la obra de Juan Ramón, más aún si se recuerda que fue norma creativa del poeta fundir su vida con su obra. En un breve aforismo lo dejó claramente prescrito:

No puede haber desunión entre vida y obra²⁷.

Llegó a lograr entre ambas tal grado de unión que en otro de sus aforismos se preguntó:

¿La poesía sale de la vida o la vida de la poesía?²⁸

²⁷ JIMÉNEZ 1990, p. 301.

²⁸ JIMÉNEZ 1990, p. 291.

También los estudiosos del poeta han reparado en la fusión entre vida y poesía que realiza. Sirva esta hilera de afirmaciones, dispuestas por orden cronológico, para demostrarlo:

“En Juan Ramón, vida y poesía son una y la misma cosa; la poesía no sólo es vocación y oficio, sino que en verdad le constituye (...) Para él, vivir y poetizar ha sido lo mismo; cada accidente y cada incidente le depara motivos bastantes de exaltación, motivos que le incitan, le presionan y, por un fenómeno de espontánea alquimia creadora, emanan poesía” (Ricardo Gullón, «Vivir en poesía», *Clavileño*, 42 [enero-febrero de 1956], p. 17).

“Desde el primer momento, Juan Ramón alimenta su poesía con vida verdadera” (Tomás Blanco, «Juan Ramón Jiménez, ayer y hoy», *Insula*, 19-20 [julio-diciembre de 1957], p. 350).

“Cuando uno está con Juan Ramón Jiménez se da cuenta de que no hay un momento de su vida consciente que no sea experiencia poética” (Donald F. Fogelquist, *Juan Ramón Jiménez [1881-1958] Vida y obra. Bibliografía. Antología*. Nueva York, Hispanic Institute in the United States, 1958, p. 127)

“Juan Ramón Jiménez cultivaba una vida poética plena- constitutiva del puro poetizar- es decir, ocupaba íntegramente su existencia humana en la creación de belleza por la palabra. Por eso, los temas de ese poetizar no van a ser más que los momentos o instantes de una actividad contemplativa: los únicos instantes verdaderos o que instan de veras.

El poema se convierte en una fragmento puro de vida espiritual, elevada y aparte” (Luis Felipe Vivanco, «La palabra contemplativa», *Introducción a la poesía española contemporánea*, Madrid, Ediciones Guadarrama, pp. 56-57).

“La vida poética, la entrega a la belleza, exige al hombre entero: es la vida misma del poeta la que deviene poetización sucesiva” (M^a Luisa Amigo, *Poesía y filosofía en Juan Ramón Jiménez*, ob. cit., p. 61).

Así pues, Zenobia, presencia constante en su vida, quedó de inmediato incorporada a su obra. De este proceso dejó constancia el poeta en un proyecto titulado *Fuentes de mi poesía*²⁹. Tras someter su creación a un rigurosísimo escrutinio, Juan Ramón consigue recopilar todo cuanto le había servido de inspiración. Aunque, como tantos otros de sus libros, quedó inédito a su muerte, las anotaciones dejadas bastan para formarse una idea clara de cuál había de ser su estructura³⁰. El poeta distingue hasta cuatro tipos distintos de «fuentes»:

1) «Fuentes estéticas»: influencias recibidas de diferentes artes («Poesía, música, pintura, arquitectura, escultura, etc.»)³¹ y de diferentes artistas y poetas. La enumeración más completa encontrada es la siguiente:

-En el ámbito de la literatura: «Garcilaso, Santa Teresa, Quevedo, Góngora, Espronceda, Bécquer, Heine, Lamartine, Poe, Rosalía de Castro, Rubén Darío, Gautier».

-En el ámbito de la pintura: «Angelico, Tintoretto, Watteau, Botticelli, (...) Gauguin, Delacroix»

-En el ámbito de la arquitectura: «Partenón, Giralda, Ruinas de Italia, Puerto de N. York, La Avenida, Arcachón».

-En el ámbito de la escultura: «Estatuas griegas»

-En el ámbito de la música: «Chopin, Beethoven, Debussy, Litz, Mozart, Schubert, Mendelson, Wagner».

²⁹ La primera vez que el poeta hizo referencia a este proyecto fue el 11 de enero de 1931 en el curso de una conversación mantenida con Juan Guerrero. Por fortuna, el fiel amigo tomó cumplida nota de las palabras del poeta: “Me dice que está trabajando en preparar todos estos libros, entre ellos el de *Fuentes de mi Poesía*, donde honradamente irá incluyendo todas aquellas poesías que han ejercido una influencia directa en su obra y además fotografías de sitios y personas que también han sido fuentes de su poesía” (GUERRERO RUIZ 1998, p. 117)..

³⁰ En el Archivo Histórico Nacional de Madrid se conservan la mayoría de las anotaciones pertenecientes a este proyecto con las signaturas 131/1-13. En la “Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez” de la Universidad de Puerto Rico, tan sólo he podido localizar dos documentos pertenecientes a este libro: Proyectos, 4, 30 y J-1, Autógrafos III, Cartapacio 3, 60, reverso de hoja. En lo sucesivo, utilizaré las abreviaturas AHN para hacer referencia al material localizado en el Archivo Histórico Nacional de Madrid y SZJRJ para el hallado en la “Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez” de la Universidad de Puerto Rico.

³¹ SZJRJ, Proyectos, 4, 30.

2) «Fuentes naturales»: ciudades, paisajes y lugares donde transcurrieron distintos momentos de su vida: «Moguer, Burdeos, Madrid, América, Cádiz, El Puerto, Rota, etc.»³². El poeta incluye también los parajes naturales que más estimularon su creación: «Guadalquivir», «Pirineos», «Pino de la Corona», (calle de) «La Ribera», «Fuentepiña», «Dehesa de la Estera», «Mar Atlántico»³³.

3) «Fuentes materiales»: domicilios en los que vivió («Mi casa, Mis cuartos de trabajo, Terrazas, Sanatorio del Rosario, Conde Aranda 16, Lista 8, Velázquez, 96, Residencias») ³⁴ así como monumentos y recintos que dejaron en él una honda impresión («La Giralda», «Generalife», «Alcázar de Sevilla», «Ermita de Montemayor», «Claustro de Santa Clara», «El Faro») ³⁵.

4) «Fuentes humanas»: personas que, por razones afectivas, tuvieron un peso especial en su vida. Es dentro de este cuarto y último tipo de «fuentes» donde aparece citado el nombre de «Zenobia»:

Mi madre. Zenobia. La madre de Zenobia. Su abuela. Mi padre. Hermanos. Eustaquio. Retrato de Cruz. (...) Mis sobrinos en Carnaval (19xx). Victoria. Lola. Blanca. Mis sobrinos. Pedro que me ofreció el Pino de la Corona. Tía Enriqueta³⁶.

Prueba del sitio preeminente que el poeta le reservó en su creación es que sólo «Mamá Pura», su madre, la precediera en el listado. Pero aún se ha podido rescatar de entre los papeles del poeta un apunte más para certificar que Zenobia estaba llamada a ser la «fuente humana» de la que brotara buena parte de su obra:

Zenobia (mucho) (en muchos sitios)³⁷

³² AHN, 131/1.

³³ AHN, 131/11.

En otra anotación, el poeta apunta su intención de incluir fotografías de cada uno de los sitios mencionados (AHN, 131/12).

³⁴ AHN, 131/10.

³⁵ AHN, 131/11.

³⁶ AHN, 131/10.

³⁷ SZJRJ, 119 (52).

Juan Ramón se atuvo fielmente a todo lo escrito y proyectado: desde 1913, año en que la conoció, hasta 1956, año en que ella muere y en el que él queda desolado y sin fuerzas para proseguir con su obra, Zenobia siempre estuvo presente en su obra.

El influjo que ejerció sobre su verso se hace evidente de diferentes formas y maneras. Como es de esperar, el nombre de Zenobia figura en los poemarios del poeta como destinataria de muchas de sus dedicatorias. *Eternidades*, publicado en 1918, es el primer libro que dedica a su esposa. Al frente del volumen aparecen estas sencillas palabras: «A mi mujer».

En 1935 ve la luz *Canción*, el primero y el único tomo de su obra completa que llegó a publicar³⁸. Tan importante libro se lo ofrece el poeta a Zenobia con esta larga dedicatoria:

A mi mujer Zenobia Camprubí Aymar, a quien quiero y debo tanto, estas canciones que le gustan y tantas de las cuales ha anticipado y confirmado ella con su espíritu, su bondad y su alegría.

Muchos años después, en 1949, Juan Ramón dedica a su esposa la edición que aparece en la Editorial Losada de Buenos Aires de *Sonetos espirituales*, libro que publicó por primera vez en 1917. Las palabras escogidas entonces fueron: «A Zenobia con mi mejor esencia y existencia».

Especialmente emotivas son las dedicatorias que aparecen en sus libros de poemas posteriores a la muerte de Zenobia. Son muchos y muy intensos los sentimientos que el poeta logra condensar en frases extremadamente breves y sencillas. En *Libros de poesía*, publicado por la editorial Aguilar en Madrid en el año 1957, puede leerse la siguiente dedicatoria: «(A la sombra transparente de Zenobia) Juan Ramón». Para *Tercera Antología Poética*, el libro en que tan esforzadamente trabajó Zenobia en sus últimos meses de vida y que no pudo ver terminado, escribió el poeta: «A Zenobia de mi alma».

³⁸ Apareció en Madrid en la Editorial Signo. Puede encontrarse una edición facsímil del libro en *Canción*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1993.

Entre sus papeles inéditos, Ricardo Gullón encontró esta hermosísima y estremecedora dedicatoria que comienza con las mismas palabras que la anterior y para la que no precisó el libro al que iría destinada:

A Zenobia de mi alma, este último recuerdo de su Juan Ramón, que la adoró como a la mujer más completa del mundo y no pudo hacerla feliz. Sin fuerzas ya. [sin fecha]³⁹.

También se advierte la impronta de Zenobia en el ideario poético que sustenta cada uno de los libros de verso citados. El encuentro con ella en el verano de 1913⁴⁰ supuso un auténtico punto de inflexión en la trayectoria de Juan Ramón: Zenobia fue quien encaminó sus pasos hacia la «poesía pura»⁴¹. Libros como *Estío* (1916), *Sonetos espirituales* (1917), *Diario de un poeta recién casado* (1917) y *Eternidades* (1918) muestran a las claras el concienzudo proceso de «depuración» al que Juan Ramón sometió la «forma» y las «ideas» de su poesía tras conocerla⁴².

Además, Zenobia contribuyó sensiblemente a ampliar la formación lírica del poeta. Con él compartió su afición por la literatura anglosajona, adquirida durante sus años de formación en Estados Unidos⁴³. Juntos leyeron a Amy Lowell, Robert Frost, Vachel

³⁹ JIMÉNEZ 1986, p. 109.

⁴⁰ Ambos se conocieron en la Residencia de Estudiantes. Les convocó una conferencia impartida por don Manuel B. Cossío sobre La Rábida. Un matrimonio americano, amigo de ambos, los Byne, les presentó e inmediatamente entablaron una animada conversación (CAMPOAMOR GONZÁLEZ 2002, p. 61).

⁴¹ De manera unánime, todos los estudiosos han coincidido en destacar el vuelco que supuso para la trayectoria poética de Juan Ramón la llegada de Zenobia su vida en 1913. Con especial énfasis lo han subrayado Graciela Palau de Nemes en «Poesía desnuda: Ruptura y tradición», *Actas Congreso Internacional Conmemorativo del Centenario de Juan Ramón Jiménez*, tomo I, Huelva, Diputación Provincial, 1983, p. 54 y VÁZQUEZ MEDEL 2001, p. 20.

⁴² En uno de sus aforismos dejó escrito lo que, desde entonces, se convirtió en su principal norma estética: «Depuración de la forma es «únicamente» depuración de la idea» (JIMÉNEZ 1990, p. 198).

⁴³ En este país vivía toda su familia materna. Como señala A. Campoamor, «los Aymar eran una de las familias de más rancio abolengo en los Estados Unidos» (CAMPOAMOR GONZÁLEZ 2002, p. 64). En compañía de su madre, doña Isabel Aymar, Zenobia viajó a Estados Unidos por primera vez en 1896, a la edad de nueve años. Allí residió hasta los trece. En 1905, cuando contaba dieciocho años, regresó a Norteamérica para quedarse hasta 1909.

Lindsay, Edgar Lee Masters, Edwin Arlington Robinson, Ezra Pound, Frost, Lindsay y T. S. Elliot⁴⁴. Con Zenobia, profundizó en la obra de otros autores que el poeta conocía superficialmente: Shelley, Browning y Whitman y también gracias a ella se entusiasmó por la lírica de William Blake, Emily Dickinson, Francis Thompson, Yeats y Synge⁴⁵.

La inmersión en la tradición poética anglosajona tuvo en Juan Ramón efectos provechosos: le brindó una «salida al agotamiento formal del simbolismo francés»⁴⁶ y, sobre todo, contribuyó a afianzar su ideal de «poesía desnuda» al encontrar, en algunos de estos poetas, planteamientos estéticos muy similares a los suyos⁴⁷.

Mientras que, como queda demostrado, la huella dejada por Zenobia en el verso de Juan Ramón ha sido ya suficientemente perseguida, el rastro que dejó en su prosa todavía continúa oculto.

3. PRESENCIA DE ZENOBIA EN LA PROSA

Verso y prosa surgieron de un proceso de creación paralelo y simultáneo. El propio Juan Ramón quiso destacar su íntima vinculación:

 Mi prosa es tan abundante como mi verso, o más y ha sido siempre como paralela a mi verso, a su verso⁴⁸.

Un año antes, en 1908, se matriculó en el Teacher's College de la Universidad de Columbia para cursar estudios de literatura inglesa (CAMPOAMOR GONZÁLEZ 2002, p. 62).

⁴⁴ GONZÁLEZ RÓDENAS 2005, pp. 121-122.

⁴⁵ GONZÁLEZ RÓDENAS 2005, p. 122.

De este último autor, Juan Ramón, en colaboración con su esposa, tradujo en 1920 la obra *Jinetes Hacia el Mar* (CAMPOAMOR GONZÁLEZ 1999, p. 98).

⁴⁶ GONZÁLEZ RÓDENAS 2005, p. 121.

⁴⁷ Así por ejemplo, González Ródenas señala la afinidad que pudo hallar Juan Ramón en la obra de Amy Lowell: "Amy Lowell en el manifiesto incluido en su edición de la antología: *Some Imagist Poets*, de 1915, proclamaba la necesidad de un lenguaje común y la búsqueda de la palabra exacta y la imagen precisa, justamente uno de los ideales estéticos juanramonianos" (GONZÁLEZ RÓDENAS 2005, p. 121).

⁴⁸ JIMÉNEZ 1975, p. 138. En parecidos términos se pronuncia en JIMÉNEZ 1973, p. 20.

En 1934, cuando el poeta llevaba más de tres décadas de intenso trabajo creativo, se percató de que las dimensiones de su obra en prosa muy probablemente excedían ya a las de su verso:

Tal vez lo que más tenga (...) son poemas en prosa; es lo que yo he escrito más en mi vida y conservo cantidades enormes. Lo necesario es que tenga salud para dejarlo todo, al menos, ordenado⁴⁹.

El temor del poeta se confirmó y no dispuso del tiempo suficiente para «dejarlo todo ordenado» y publicado. Antes de morir, tan sólo pudo dar a la imprenta tres libros: *Platero y yo* (1914), *Españoles de tres mundos* (1942) y *Espacio* (1954), quedando, por tanto, inédita la mayor parte de su obra prosística. Rara vez se encuentra un desajuste tan acusado entre proporción de obra creada y obra publicada. La razón de esta discordancia reside en las características de su proceso creativo.

Juan Ramón entendía la escritura de cada uno de sus libros como «obra en marcha», en cambio y movimiento constantes. Afirmaba el poeta que «poetizar es abrir siempre y no cerrar nunca»⁵⁰. Publicar le exigía interrumpir violentamente el libre discurrir de cada «obra en marcha». Por eso, frente a la noción tradicional de libro impreso, sinónimo de obra acabada y fijada, Juan Ramón opuso la de «libro con vida», es decir, en continua evolución. En un apunte lo explicó así:

Los libros hay que dejarlos que ellos se hagan solos y a su gusto. Uno no debe hacer más que ayudarlos. Tienen su edad, su madurez⁵¹.

Es claro que sus «libros con vida» requerían periodos de escritura muy largos para poder ir haciéndose durante años, razón por la que el poeta iba retrasando indefinidamente su finalización y su publicación. La consecuencia es fácil de prever: Juan Ramón se encontró al final de su vida desbordado por una gran cantidad de

⁴⁹ GUERRERO RUIZ 1999, p. 195.

⁵⁰ JIMÉNEZ 1990, p. 576.

⁵¹ AHN, 20, 144/61.

obra en prosa inédita, sin tiempo ni fuerzas ya para ordenarla y corregirla. El creador se vio vencido por su propia afluencia creativa. Con profundo pesar confesó:

Nunca he podido casar la creación con la publicación⁵².

Por fortuna hoy en día, mucha de esta prosa que quedó inédita a la muerte de Juan Ramón ha visto ya la luz⁵³, si bien todavía algunos libros permanecen a la espera de ser reconstruidos y editados⁵⁴.

Para que el rastreo de la huella de Zenobia sea exhaustivo es necesario efectuar la búsqueda tanto en la prosa publicada como en la inédita. Por eso, esta indagación se va a realizar siguiendo tres direcciones:

1^a. Por los libros de prosa publicados en vida del poeta (hasta 1958)

2^a. Por los libros de prosa publicados después de la muerte del poeta (a partir de 1958)

3^a. Por los libros de prosa que aún permanecen inéditos.

3.1. Libros de prosa publicados en vida de Juan Ramón

Platero y yo, la obra más conocida y traducida de Juan Ramón, se publicó por primera vez en 1914, en una versión abreviada de 63 capítulos, dentro de la colección «Biblioteca Juventud» de la editorial La Lectura. Tres años más tarde, en 1917, el libro vería la luz en la editorial Calleja con los 138 capítulos que componen su versión completa. Sin embargo, Juan Ramón había iniciado su escritura varios años antes, hacia 1906⁵⁵.

⁵² JIMÉNEZ 1975 p. 143.

⁵³ *Obra poética*, Juan Ramón Jiménez, tomos 3 y 4, ed. de J. Blasco y M^a Teresa Gómez Trueba, Madrid, Editorial Espasa-Calpe, 2005.

⁵⁴ Es el caso de *Vida*, obra de gran complejidad y extensión. En la actualidad, la profesora Mercedes Juliá y yo nos encontramos trabajando en su reconstrucción.

⁵⁵ Afirma el poeta: "(...) empecé a escribir *Platero* hacia 1906, a mi vuelta a Moguer después de haber vivido dos años con el jeneroso Doctor Simarro" (JIMÉNEZ 1997, p. 89).

En esta cita del poeta, como en todas las siguientes, se mantiene su peculiar ortografía.

La intención del libro la resumió el poeta sucintamente la primera vez que lo anunció:

Platero y yo son confidencias entre un asno y el poeta⁵⁶.

Estas «confidencias» solían tener un tema recurrente: el campo moguerño y las hermosas y cambiantes estampas que ofrecía conforme iban sucediéndose las estaciones. Y Zenobia, ¿está presente en el plácido monologar del poeta? La respuesta es clara: no lo está. Dos son los motivos que explican su ausencia. En primer lugar, el libro remite a su etapa de retiro en Moguer, entre los años 1905 y 1912, cuando Zenobia todavía no había irrumpido en su vida; en segundo, *Platero y yo* es un libro transido de un intenso sentimiento de soledad. Juan Ramón entabla un largo monólogo con un interlocutor silente, Platero. Aun así el borriquillo consigue atenuar su soledad con su sola presencia, convirtiéndola en «soledad comunicada»⁵⁷. La incursión en el libro de Zenobia -que, como se señaló, fue su mejor «compañía»- hubiera significado la interrupción de su largo monólogo para entablar con ella un diálogo, un intercambio incesante de sentimientos y pensamientos, en el que no siempre serían necesarias las palabras: a veces, bastarían los silencios.

Resulta significativo comprobar que, antes de conocer a Zenobia, Juan Ramón ya había soñado con una mujer capaz de acompañarlo de este modo. En unos apuntes inéditos proyectó un libro, titulado *La paseante espiritual*, que debía obedecer al siguiente planteamiento:

⁵⁶ *Renacimiento*, nº 8 (1907), p. 425. En esta primera mención de la obra, Juan Ramón la incluye dentro de *Baladas de primavera*, trilogía formada, además de por *Platero y yo*, por los poemarios *Baladas de primavera* y *Otoño amarillo*.

⁵⁷ Con estas certeras palabras define Julián Marías la peculiar *comunicación* que se establece entre el poeta y su burrillo: “Con *Platero*, Juan Ramón sigue solo. Pero esa soledad se comunica. *Platero y yo*: está todo en el título. Juan Ramón puede decir: *nosotros*; pero Platero no; Platero no hace más que frotarse mimosamente contra Juan Ramón, estar con él, serle *casi-tú*, sin ser nunca *yo*. No hay más que un *yo* en todo el libro; el otro es... Platero” (MARIAS 1957, p. 382).

La paseante espiritual.

Pensamientos y sentimientos, en forma de diálogos breve, agudo, conciso.

A veces, monólogos, con la compañera silenciosa al lado, el alma de la paseante, respetuosa y amable.

Suelo pasear con ella. A veces, nuestro diálogo se compone de dos hondos silencios. Entonces es cuando vamos el uno con el otro más que nunca, cuando vamos de veras⁵⁸.

Espanoles de tres mundos. Viejo mundo. Nuevo mundo. Otro mundo (Caricatura lírica) (1914-1940) es el título completo del segundo libro de prosa publicado por Juan Ramón. Apareció en la editorial Losada de Buenos Aires el 14 de agosto de año 1942. Por entonces, Juan Ramón ya había completado un lustro de su largo exilio.

Como era habitual en el poeta, este libro de retratos le requirió un periodo largo de escritura. Aunque vio la luz en 1942, los primeros retratos fueron escritos en 1914 y publicados en diversos periódicos y revistas desde 1915⁵⁹. Todavía no consideró que fuera ésta la versión definitiva del libro; muy al contrario, lo ofreció a la imprenta de modo provisional ya que sólo incluía 61 de los más de 150 retratos que recordó haber escrito⁶⁰.

Juan Ramón concibió la obra como una extensa galería de retratos contemporáneos. Su intención era llegar a componer el «panorama completo» de su época. Para ello, como reza el subtítulo, incluyó a personajes españoles («viejo mundo»), americanos («nuevo mundo») y muertos («otro mundo»). Si variada es su procedencia, no menos diverso es el listado de oficios en los que destacaron: por el libro desfila un amplio muestrario de escritores, filólogos, científicos, músicos, pintores, ingenieros, filósofos y algún político⁶¹. El poeta,

⁵⁸ AHN, 203/2. El subrayado es del poeta.

⁵⁹ CAMPOAMOR GONZÁLEZ 1999, p. 132.

⁶⁰ En las sucesivas ediciones póstumas de la obra se fue ampliando el número de retratos: R. Gullón reunió 130 retratos en su edición JIMÉNEZ 1987 y, varias décadas después, J. Blasco y F. J. Díaz de Castro incrementaron el número hasta 151 en JIMÉNEZ 2005 f.

⁶¹ Responde a un plan premeditado del poeta la incursión en la obra de tan sólo tres políticos: Salmerón, Meabe y Fernando de los Ríos. Y, aún éstos, según aclaró no figuran por su «función pública, sino por su carácter y condición moral» (JIMÉNEZ 1987, p. 20).

según dejó escrito en el prólogo, pensó conferir algún orden a esta larga nómina y decidió dividir el libro en cinco secciones:

1. «Muertos transparentes» (poetas románticos que tanto influyeron en sus inicios literarios): Bécquer, Rosalía de Castro, José Martí, el ingeniero Isaac Peral.
2. «Rudos y entrefinos del 98 y demás» (hombres vinculados al cambio de siglo): Unamuno, Antonio Machado, Ramón Menéndez Pidal, Fernando de los Ríos, Guitiérrez Solana, Moreno villa.
3. «Internacionales y solitarios» (personajes muy admirados, muchos vinculados a la Institución Libre de Enseñanza): Francisco Giner de los Ríos, Enrique Granados, José Ortega y Gasset, Manuel de Falla, Alfonso Reyes, José Enrique Rodó, Nicolás Achúcarro.
4. «Entes de antro y dianche» (poetas con un «fondo oscuro, con algo misterioso»): Ramón Gómez de la Serna, Pablo Neruda, Federico García Lorca.
5. «Estetas del limbo» (poetas que se caracterizan por su virtuosismo artificioso): Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre.

También en el subtítulo anuncia el empleo de la «caricatura lírica» para retratar a sus contemporáneos. Esta técnica bien podría concretarse en tres pasos:

- 1º. El poeta estudia u observa detenidamente al retratado.
- 2º. Selecciona los rasgos físicos y psicológicos que mejor lo definen e individualizan.
- 3º. Distorsiona paródicamente estos rasgos valiéndose de un hábil manejo de diferentes recursos literarios: metáforas, imágenes, adjetivos, neologismos⁶².

De la maestría que el poeta llegó a adquirir en el arte de la «caricatura» dan muestra algunos de sus retratos más conocidos. Es el caso del que realizara del filósofo madrileño José Ortega y Gasset, repleto

⁶² Los procedimientos literarios desplegados por Juan Ramón en sus «caricaturas líricas» han sido estudiados detenidamente por SALGADO 1968, GÓMEZ TRUEBA 1995, pp. 82-120 y J. Blasco y F. J. Díaz de Revenga en «Introducción», JIMÉNEZ 2005 f, pp. 14-37.

de imágenes tan expresivas como exactas: la frenética actividad de su pensamiento quedó reflejada en su «frente hipertrofiada»; su fecundidad de ideas es equiparada a «un árbol de carga grande madura»; su vibrante oratoria a «una boca de fuego» y su capacidad para atraer a tantos discípulos y lectores lo convirtió, según captó la mirada del poeta, en un «imán de horizontes»⁶³.

Otro tanto podría decirse de la «caricatura lírica» de Francisco Giner de los Ríos, fundador de la Institución Libre de Enseñanza y entrañable amigo y maestro de Juan Ramón. De nuevo, vuelve a hacer acopio de poderosas imágenes para retratarlo: su personalidad apasionada y luminosa halla en el «fuego» su mejor símbolo. Así, se refiere a él como «silbante víbora de luz», «chispeante enredadera de ascuas» o «llama condenada a la tierra»⁶⁴.

Ha de hacerse ahora la pregunta de rigor: ¿también incorporó el poeta el retrato de Zenobia en esta amplia galería de contemporáneos? Tras pasar revista cuidadosamente se comprueba que no figura la «caricatura lírica» de su esposa. Se suscitan entonces dos interrogantes: ¿por qué Zenobia está ausente en este muestrario y, en cambio, sí están presentes otras mujeres coetáneas como las escritoras Rosa Chacel⁶⁵, Concha Méndez⁶⁶ o Ernestina de Champourcín⁶⁷, o como la ilustradora Norah Borges⁶⁸? ¿Acaso el poeta no quiso someter a Zenobia al proceso deformante que exigía el arte de caricaturizar?

Las respuestas que puedan darse a ambos interrogantes son suposiciones. No se tiene conocimiento de ninguna declaración de Juan Ramón explicando por qué Zenobia no debía figurar en este proyecto. Aún así, pueden aventurarse algunas hipótesis fundadas. El poeta pudo excluir a su esposa de esta galería de retratos porque ella formaba parte del ámbito estrictamente privado de su vida. Le resultaría impropio, por tanto, tratar a Zenobia como

⁶³ JIMÉNEZ 2009 a, pp. 97-99.

⁶⁴ JIMÉNEZ 2009 a, pp. 68-70.

⁶⁵ JIMÉNEZ 2009 a pp. 199-200.

⁶⁶ JIMÉNEZ 2009 a, pp. 195-196.

⁶⁷ JIMÉNEZ 2009 a, pp. 141-142.

⁶⁸ JIMÉNEZ 2009 a, pp. 183-184.

un personaje público más y le parecería impostado fingir frente a ella la misma distancia que ante los demás retratados. A pesar de ello, no debe olvidarse que Juan Ramón siempre reconoció en su esposa la suficiente valía como para situarla entre las mujeres más sobresalientes de su época⁶⁹.

A la segunda cuestión puede contestarse que el poeta no la excluyó del libro con la intención de protegerla de su mirada lacerante e irónica ya que también ella fue objeto de su afán *caricaturizador*, como quedará demostrado en páginas posteriores, cuando se explore la huella de Zenobia en uno de sus proyectos inéditos, titulado *Miss Conciencia*.

Espacio constituye, junto con *Tiempo*, uno de los dos largos poemas en prosa que escribió el poeta ya en el final de su vida. En un principio apareció publicado en verso libre en la revista *Cuadernos Americanos* en 1943 (nº 5, pp. 191-205) y 1944 (nº 5, pp. 181-183). Pero Juan Ramón, que en sus últimos años se propuso la tarea de prosificar toda su obra en verso⁷⁰, acabó por trasvasarlo a la prosa. En abril de 1954, las tres estrofas o fragmentos que componen la totalidad del poema aparecieron en prosa en el número 28 de la revista madrileña *Poesía española*, pp. 1-11.

En *Espacio* el poeta se propuso llevar a cabo un difícilísimo reto: escribir un largo poema en prosa «sin asunto, en sucesión natural»⁷¹,

⁶⁹ El 13 de junio de 1915, a los dos años exactos de haber conocido a Zenobia, el poeta hace a su amigo, Juan Guerrero, la siguiente confidencia: “(...) Ella es una muchacha que, claro, no diré que sea mejor que todas las demás, porque en el mundo hay muchísimas mujeres de valía, pero uno ha de hablar en relación con aquellas que conoce, y yo de cuantas he encontrado es la mejor- no sé si a los demás les gustaría, y esto me tiene sin cuidado-, pero a mí sí” (GUERRERO RUIZ 1998, p. 34).

Además, Juan Ramón siempre puso especial empeño en que Zenobia fuera reconocida como traductora desde el principio de su colaboración. Así, en una carta fechada el lunes día 6 de septiembre de 1915, puede leerse: “Todas las traducciones que hagamos de cosas bellas, las firmarás tú. Luego, has de hacer algo original, ¿verdad? Yo quiero que, en el porvenir, nos unan a los dos en nuestros libros. Así viviremos «aquí» siempre. ¿No te da esto alegría, di? Que el nombre tuyo y el mío se fundan en la boca que los pronuncie, cuando ya no existamos en esta vida ¿verdad?” (JIMÉNEZ 1986, p. 77).

⁷⁰ A Ricardo Gullón le confesó este propósito en el curso de una conversación mantenida el 10 de diciembre de 1953: (...) estoy pensando para sucesivas ediciones de mis obras, en dar el verso como prosa (...) ¿Por qué no hacerlo? (GULLÓN 1958, pp. 114-115).

⁷¹ JIMÉNEZ 1992, p. 237.

sostenido únicamente por lo que consideraba los «elementos intrínsecos», «esenciales» de la poesía: «la sorpresa, el ritmo, el hallazgo, la luz, la ilusión sucesiva»⁷².

¿Está presente Zenobia en este raro y extraordinario poema? Para empezar, comprobamos que no es a ella a quien está dedicado sino al poeta Gerardo Diego, con quien Juan Ramón creyó contraer una deuda de gratitud por el motivo que él mismo aduce:

A Gerardo Diego, que fue justo al situar, como crítico, el «fragmento primero» de este «Espacio», cuando se publicó, hace años, en Méjico. Con agradecimiento lírico por la constante honradez de sus reacciones⁷³.

Tampoco aparece como tema central, entre otras razones, porque, como se acaba de señalar, *Espacio* carece de asunto concreto. Además, en ninguno de los tres fragmentos que lo componen aparece el nombre de Zenobia. Y sin embargo, sí está presente en el poema de una manera constante aunque velada: es ella quien se esconde tras dos de las palabras más utilizadas por Juan Ramón: «amor» y «mujer». Dentro de su búsqueda de la «poesía esencial», el poeta prefirió eliminar cualquier detalle biográfico y referirse a la «mujer» sin nombre alguno y al «amor» sin detalles anecdóticos⁷⁴. Pero no debe olvidarse que fue Zenobia quien le permitió llegar al conocimiento de la «mujer» y el «amor» y a elevar ambos conceptos a un plano ideal y trascendente⁷⁵.

3.2. Libros de prosa publicados tras la muerte de Juan Ramón

Para seguir rastreando la huella de Zenobia por los numerosos libros de prosa póstumos sin perderse conviene tomar como

⁷² JIMÉNEZ 1974, p. 129.

⁷³ JIMÉNEZ 2005 e, p. 1267.

⁷⁴ Así lo señala Almudena del Olmo Iturriarte en «Notas», JIMÉNEZ 2005 e, pp. 1307-1308. En una carta dirigida a Luis Cernuda en 1943, Juan Ramón se reafirma en este empeño suyo de prescindir en su escritura de lo anecdótico: «Creo que en la escritura poética, como en la pintura o la música, el asunto es la retórica, «lo que queda», la poesía. Mi ilusión ha sido siempre ser más cada vez el poeta de «lo que queda»» (JIMÉNEZ 1992, p. 237).

⁷⁵ Ver JULIÁ 2008, 399-421.

referencia el año de 1913, fecha en que ambos se encontraron por vez primera. Las obras iniciadas por Juan Ramón con anterioridad a este año revelan un interesante dato: aunque todavía no había conocido a Zenobia, en muchas de ellas, ya estaba presentida e incluso prefigurada.

3.2.1. Zenobia: presentida y prefigurada

La mujer, desde el principio, aparece como una presencia constante en el verso y la prosa de Juan Ramón. Junto con la «obra» y la «muerte» completa la nómina de de lo que el poeta consideró sus tres «realidades absolutas»:

Tengo en el mundo tres realidades absolutas: la mujer, la obra,
la muerte. Lo demás me importa bien poco.
Y poco me importa que otros sepan de esta mujer, esta obra,
esta muerte mías⁷⁶.

En el inicio de su trayectoria, la mujer representaba para Juan Ramón la dualidad entre la carne y el espíritu, la tentación y la pureza. En *Baladas para después*, uno de los libros que comenzó a escribir antes de conocer a Zenobia, en 1908⁷⁷, tensa hasta el extremo esta concepción ambivalente y contradictoria de lo femenino.

La mujer carnal, que tienta al poeta con su «oreja rosa», su «boca sangrienta», su «mejilla mate» y con cada pliegue de su cuerpo desnudo, entrevisto en la penumbra de una habitación, aparece descrita en la «Balada de la amada desnuda» con una sensualidad casi voraz:

¡Tu cuerpo desnudo! ¡Qué grande me parece de pronto! ¿Cómo
ha podido estar aprisionado en estas leves y estrechas telas?
¡Oh qué tesoro, qué mar, el de la amada desnuda! (...)
Después, ese aroma a esencias y a carne joven y pura. Qué
atracción en el corsé, en la blusa, en todos los sitios en donde
ha estado un pecho tuyo, un brazo, un hombro... Parece que
te disgregas... (...)

⁷⁶ JIMÉNEZ 1990, p. 667.

⁷⁷ En este año, el poeta anuncia este título por primera vez en la contraportada del poemario *Elegías puras*, junto con otras tres obras más: *Comentario sentimental*, *Ideas líricas* y *Paisajes líricos*.

Tu cuerpo desnudo. ¿Se ha agrandado de pronto? ¿Todavía guardabas más encantos? (...) Tus muslos se afinan cerca de las rodillas, tus brazos que se afinan cerca de los codos; y todos los golfos, los valles, las colinas de tu cuerpo. ¡Qué paisaje para el reposo de mis besos!⁷⁸

Pero la mujer pura, ideal, superior a cualquier amante, también pugna por atraerlo, allá desde las alturas. En la «Balada de la mujer de ensueño» el poeta la llama con urgencia para que vuelva con él y no se desvanezca jamás:

¡Oh, ven, ven pronto, azucena de carne, alma mía, amor de mis amores! Tu ensueño me inunda de inefable idealidad, eres bella como nadie, buena como ninguna, amante, madre, hermana en una carne, como santa, como si la luna se hubiera hecho una mujer⁷⁹.

Durante aquellos años previos a conocer a Zenobia el poeta se debate angustiosamente entre ambos modelos femeninos. A veces sucumbe a la atracción de la mujer carnal y, tras saciarse de ella, siente «hastío» y frustración, como confiesa en la «Balada del amor inútil»:

Me empeñé en verla desnuda, en registrarla toda, exaltado de una sensualidad torpe, brutal e inflexible (...)

Al fin, se dejó hacer cuanto quise. Su carne morena, sus pechos pequeños, caídos, sus muslos un poco más pálidos que lo demás. Cuando todo el secreto del amor, iluminado y pobre, estuvo entre mis manos, se tapó la cara con las suyas, llorando de vergüenza.

El placer fue rápido. Yo sabía bien que aquello iba a tener un fin brusco, de hastío, y así fue⁸⁰.

Otras, es la mujer pura quien consigue cautivarlo con mayor fuerza. Entonces el poeta se siente elevado hasta un ámbito ideal. Tanto la desea y con tanta insistencia la sueña que, en ocasiones, cree haberla encontrado. Así lo afirma en la «Balada de la mujer ideal»:

⁷⁸ JIMÉNEZ 2005 a, p. 186.

⁷⁹ JIMÉNEZ 2005 a, p. 216.

⁸⁰ JIMÉNEZ 2005 a, p. 203.

Te encontré en cualquier parte, sin saber cómo, de vuelta de perdioseros de carne y de chanzas sin sentido. Y tú, la buena, la bella, la verdadera, me estabas esperando -¡desde cuándo!- con la sonrisa en los labios (...)
¡Oh!, te he encontrado, mujer única (...) con tu voz velada, tus canciones de niña, tu castidad sin tacha, alma de carne que incitas a lo infinito⁸¹.

Bien sabemos que aún había de esperar unos cuantos años más para que la «mujer ideal» saliese a su encuentro, pero no deja duda de que la esperaba ansiosamente; tanto, que poseía la certeza absoluta de que existía en alguna parte.

Todavía esta «mujer ideal» debía reunir otros requisitos además de la pureza. La lectura atenta de sus libros de prosa póstumos, iniciados antes de 1913, depara nuevas revelaciones. Su «mujer ideal» debía ser diferente, distinta de la mujer común y corriente. Por eso, se sintió atraído, ya durante su niñez, por las mujeres forasteras y rubias que llegaban a Moguer. A *Entes y sombras de mi infancia*, libro comenzado en 1909⁸² y en el que pretendía recoger algunas de las personas e imágenes que poblaron sus primeros años⁸³, pertenece la prosa titulada «La forastera del baño». Juan Ramón recuerda cómo sus ojos de niño no podían apartarse de una mujer rubia, venida de fuera de Moguer, mientras se bañaba. Aquella mujer lo atraía tan intensamente porque «tenía el encanto de lo extraño»:

Todos se maravillaban de ver salir del baño, pegado el bañador crudo, a la sobrina de Don Manuel el cura -¿Simona?-, bella, rubia, maravillosa. Yo, niño, la miraba -«¿Por qué vienen esos niños?»-, pero no veía aún más que lo visible. Aquella mujer

⁸¹ JIMÉNEZ 2005 a, p. 171.

⁸² En este año está fechada la prosa más temprana que escribió para el libro, «¡Herodes!» (SZJRJ, J-1 Entes y sombras...78c).

⁸³ En el prólogo explica el poeta la intención del libro: «Imaginaciones sobre cosas que llegaban, a fuerza de misterio, a una personificación, o personas extrañas que derivaban, por su secreto, hacia lo imaginativo, encontrándose unas y otras en un reino intermedio de vida orijinal y aparte, alrededor de la mía, acaso también vista por otro en ese dominio. En aquellos años de mi retrainamiento en Moguer, eran mis compañeros reales de existencia“(JIMÉNEZ 2005 d, p. 747).

tenía el encanto de lo estraño. Era de otro pueblo. Una mujer de otra parte que venía a bañarse a Moguer⁸⁴.

En *Recuerdos*, libro iniciado en 1903⁸⁵, más ambicioso que el anterior ya que proyectó dar cabida a sus recuerdos de infancia, juventud y madurez⁸⁶, Juan Ramón rememora una noche, a sus 10 años, en que acudió a Huelva con su familia para asistir a una zarzuela. Entonces, su mirada se quedó prendida en Pepita Gonzalo: también ella tenía «el encanto» de la mujer que es diferente. Escribe el poeta:

Fuimos a Huelva, de noche, a ver una zarzuela... La carretera...
La marisma... Las estrellas, entonces (...)
Al salir, en el olor a gas de la calle del Puerto (olor que entonces era para mí señal de cosmopolitismo; en Moguer, petróleo) en la acera ancha. ¡Pepita Gonzalo! que me mira, confusa, al irse, con sus ojos verdes de niña de fuera, elegante, estraña para mí, niño fino, pero tosco de maneras, y triste, de pueblo⁸⁷.

La mujer ideal había de poseer otra cualidad más: el cultivo interior. Juan Ramón deseaba que su amada fuese sensible a la naturaleza, a la poesía y al arte. Soñaba poder compartir con ella el intenso goce que produce la contemplación de un paisaje, la lectura de un libro o ejecución de una pieza musical. En uno de sus primeros aforismos dejó constancia de esta temprana aspiración:

El amor de la mujer espiritual es el placer más completo, porque la mujer responde. Nos seduce la belleza de una rosa, pero la rosa no lo sabe; una obra de arte –un cuadro, una sonata, un libro–, nos estasia, pero la obra no se entera; los pensamientos y los sentimientos platónicos están indudablemente y sólo en nosotros. La mujer cultivada recoge la ilusión de nuestra carne con alma, y la goza y la complica y la devuelve, en esos instantes en que

⁸⁴ JIMÉNEZ 2005 d, p. 775.

⁸⁵ En mayo de este año, Juan Ramón publica en el nº 2 de la revista *Helios* (pp. 173-179), «La corneja. De un libro de recuerdos», primero de los textos escritos para este libro.

⁸⁶ Así lo dejó establecido en una nota hallada en su archivo puertorriqueño con la signatura SZJRJ, 148 (2) 201.

⁸⁷ JIMÉNEZ 2005 i, p. 1041.

vemos países ideales a través de unos ojos apasionados, instantes que son como una pasajera realización de lo eterno, en que nos suspendemos sobre la vida⁸⁸.

En esta concepción de la mujer, el joven Juan Ramón muestra la influencia que tuvo sobre él la Institución Libre de Enseñanza. Giner de los Ríos, su maestro de vida, y otros institucionistas contribuyeron a que se forjara este modelo femenino, tan alejado de la mujer tradicional española, educada únicamente para ser madre y esposa⁸⁹. El poeta pudo comprobar cómo muchos de aquellos hombres, tan admirados por él, se casaron con mujeres cultas, de sólida formación, capaces incluso de desarrollar una carrera profesional al margen de la de sus maridos. Era el caso de la esposa de Ramón Menéndez Pidal, María Goyri, la primera mujer española que cursó una carrera universitaria, o de la esposa de Julián Besteiro, Dolores Cebrián, profesora de Ciencias Físicas en la Escuela Normal de Toledo.

En suma, la semblanza de la mujer deseada que ha ido componiendo Juan Ramón en sus libros de prosa puede sintetizarse del siguiente modo: había de ser pura, extranjera, rubia y culta.

Con esta imagen tan clara, tan nítidamente prefigurada en su prosa y por lo tanto, en su mente, no debe sorprender que Juan Ramón reconociese en Zenobia a la mujer ideal nada más serle presentada en aquel caluroso verano de 1913 en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Exultante de gozo y ya perdidamente enamorado, el poeta no dudó en hacérselo saber a la propia interesada en una carta fechada, justo un año después, en el verano de 1914:

Zenobia, ¡qué bueno es Dios, pues me ha puesta a usted en mi camino! ¡Qué angustia pensar que pude no haberla conocido! Me parece que en usted ha tomado forma esa mujer que siempre me sonrió desde las estrellas ¡Yo la he soñado a usted tantas veces! ¡Oh! ¡Gracias, Dios mío, gracias por esta

⁸⁸ JIMÉNEZ 1990, p. 54.

⁸⁹ Sobre el modo en que los institucionista abordaron el problema de la educación de la mujer española y contribuyeron a su formación y a su cambio de mentalidad ver DOMÍNGUEZ SÍO 1991, pp. 679-706.

bendición! ¡Estoy tan lleno, Zenobia, tan lleno de usted! Me río y lloro lo mismo que un niño⁹⁰.

3.2.2. Zenobia: hallada, conquistada y sólo aludida

Pero, como ocurre en toda historia de amor, tras el hallazgo del ser amado, comienza la lucha por conquistarlo. Y la lucha se le presentaba larga y difícil a Juan Ramón. Zenobia, en un principio, se mostró recelosa y esquiva ante aquel hombre permanentemente triste, siempre ensimismado y reconcentrado en sí mismo. Con gran sentido del humor, le escribe en una de sus cartas:

A mi ilustre amigo Juan R. Jiménez, en muestra de honda gratitud, por haberle visto y oído reír la memorable fecha del día 10 de agosto de 1913⁹¹.

En otra misiva vuelve a hacer al poeta el mismo reproche en tono jocoso:

Es usted un ciprés, más parado y sombrío que los del Generalife⁹².

Juan Ramón sabía también que él, poeta de futuro incierto y de familia venida a menos⁹³, no era el candidato que doña Isabel Aymar deseaba para su hija, detalle significativo si se piensa en el gran ascendiente que la madre ejercía sobre Zenobia⁹⁴.

Pese a todo, no cesó en su lucha por conquistarla, aunque no lograra evitar los momentos de desesperanza y decaimiento. En «Amor sombrío», prosa escrita en 1914, perteneciente al libro *Odas libres*, Juan Ramón exclama:

⁹⁰ JIMÉNEZ 1986, p. 63.

⁹¹ JIMÉNEZ 1986, p. 41.

⁹² JIMÉNEZ 1986, p. 32.

⁹³ Dos años antes de conocer a Zenobia, en 1911, el Banco de España y el de Bilbao decretaron la ruina de la familia Jiménez. Todos sus bienes salieron a subasta pública a excepción de los que pertenecían a Doña Pura, madre del poeta (CAMPOAMOR GONZÁLEZ 2002, p. 60).

⁹⁴ Para apartar a su hija del poeta, doña Isabel optó por una solución drástica: llevársela a América durante una temporada (CAMPOAMOR GONZÁLEZ 2002, p. 66).

Pero la guerra, mujer, es insostenible. No tengo ya voluntad para vencer; me duele el alma, como si fuera carne; no quiero perder la aurora de la razón⁹⁵.

Sin embargo, no puede ni quiere cesar en su empeño. A pesar de contemplarla tan lejana, se siente irremediamente atraído por ella. En «Marea», prosa perteneciente al mismo libro y también escrita en 1914, confiesa:

¡Y mi corazón (...) se hincha hacia ti en una inmensa marea de amor humano, deslumbrado inútilmente por tu distante amor divino!⁹⁶

Finalmente, es sabido que consiguió llegar hasta ella para unírsele y no desasirse jamás. Otra prosa, perteneciente a su libro *Piedras, flores y bestias de Moguer*, recoge el momento en que ya, con Zenobia, convertida en su esposa, pasea de su mano por el campo de Moguer. Una flor de jara, que contempla a la feliz pareja y a la que Juan Ramón le cede la voz⁹⁷, narra la escena:

Hoy han venido los dos a mi lado, por la colina de arena roja que él pasó tantas veces con su ideal seguro en el centro de oro irisado de su corazón, y, mirándonos sonreír, blancas, alegres y granas, le ha dicho:
-Aquí oí hablar de ti la primera vez, al lado de esta jara...
Y hemos sentido de su mano el mismo suave estremecimiento⁹⁸.

Se esperaría que a partir de 1916, año en el que Zenobia une definitivamente su destino al del poeta, su presencia en los libros de prosa póstumos se multiplicase y se hiciese más notoria y evidente. En buena lógica, podría suponerse incluso que, puesto que Zenobia era una de las principales «fuentes humanas» de su poesía, fuese el motivo central de algún o algunos de sus libros.

⁹⁵ JIMÉNEZ 2005 g, p. 314.

⁹⁶ JIMÉNEZ 2005 g, p. 314.

⁹⁷ El poeta quiso que fueran las «flores de Moguer» quienes relataran en este libro sus recuerdos: "(...) en vez de ser un burrillo son las flores, las mil flores diversas, las que hablan de mis recuerdos de niñez y adolescencia" (GUERRERO RUIZ 1999, p. 195).

⁹⁸ JIMÉNEZ 2005 h, pp. 851-852.

Pues bien, tras examinarlos detenidamente se llega a la conclusión de que ninguna de las obras de prosa publicadas tras la muerte del poeta está dedicada a Zenobia. Esta constatación sorprende más aun cuando se observa que Juan Ramón sí dedicó libros enteros a otras «fuentes humanas» como su madre –*Vida y muerte de Mamá Pura*–, su querido maestro Francisco Giner de los Ríos –*Un león andaluz*– o incluso su amigo, el médico vasco Nicolás Achúcarro –*Un vasco universal*. En cambio, la presencia de Zenobia se limita a referencias aisladas y concretas.

Aparece mencionada en el libro antes citado, *Vida y muerte de Mamá Pura*, cuando el poeta rememora el momento en que su madre, Doña Pura, yace en su cama, ya agonizante. Aún con un hálito de vida, consigue sostener con la familia que se agolpa en torno a su lecho el siguiente diálogo:

De pronto varía la conversación:

-¡Qué buena estás tú!; le dijo a mi mujer.

-Mamá Pura, ¿a que no se acuerda usted cómo me llamo?

-¡Qué cosas tienes! ¿No me voy a acordar?

Y no se acordaba.

-De modo que... no me voy a acordar. ¡Vaya!

Entonces el niño; desde el cuarto de al lado:

-¡Tía Zenobia!⁹⁹

A ella alude también en el libro, *Isla de la simpatía*, escrito durante sus últimos años de vida y dedicado a la tierra que fue su morada final, Puerto Rico. Menciona a Zenobia, recordando su condición de mujer «medio puertorriqueña», puesto que su madre, doña Isabel Aymar, nació en Guayanilla, un municipio costero situado al sur de la isla¹⁰⁰.

En *Guerra en España*, obra en la que relata su penosa experiencia de la guerra civil española, Zenobia aparece como la compañera inseparable que vivió día a día junto a él su amargo periplo de exiliado por distintos países de América: Estados Unidos, Cuba,

⁹⁹ JIMÉNEZ 2005 k, p. 1181.

¹⁰⁰ JIMÉNEZ 2008, p. 5.

Argentina y Puerto Rico. Ella está integrada en ese «nosotros» que en algunas ocasiones utiliza el poeta¹⁰¹.

El libro en el que se han encontrado más referencias a Zenobia, aun sin ser nombrada, es *Tiempo*, el otro poema extenso escrito por Juan Ramón. Los siete fragmentos que lo componen datan de 1941, si bien no vieron la luz hasta 1986¹⁰². Concebido como un «memorial largo de prosa»¹⁰³, la escritura fluye libre y natural, acompañada con el discurrir de las horas y los días. Las sensaciones, las impresiones y los pensamientos que depara al poeta cada jornada van deslizándose por el poema. Zenobia, que compartía con él todo su «tiempo»¹⁰⁴, también se encuentra diluida en su escritura. De nuevo, aparece en el «nosotros»¹⁰⁵ y en las palabras «mujer» y «amor»¹⁰⁶, además de estar tras el «tú»¹⁰⁷. Pero donde su

¹⁰¹ Véanse, por ejemplo, las páginas 23 y 27 de JIMÉNEZ 2009 b.

¹⁰² Fue editado por Arturo del Villar en Madrid, editorial Edaf.

¹⁰³ JIMÉNEZ 2005 j, p. 1325.

¹⁰⁴ Dan prueba del grado de compenetración que ambos alcanzaron en su vida diaria estas líneas correspondientes al Fragmento 3: “Ahora llevamos los dos una vida muy fundida en lo mejor, trabajamos, paseamos, guisamos, oímos música, viajamos, leemos juntos. Tengo la suerte de que a ella le guste lo que a mí y de que llegue a todo y todo lo sienta. Estamos más cerca que en España, y si no fuera porque a mí me falta España de este modo, y por lo que pasa en España, y en el mundo, sería feliz en la medida en que puede serlo el hombre interior” (JIMÉNEZ 2005 j, p. 1341).

¹⁰⁵ Entre otros muchos fragmentos, aparece el «nosotros» en los siguientes: “En Cuba, viniendo nosotros de Matanzas a La Habana, por aquel camino cobijado de verdor, los totíes y los sinsontes vinieron cantándonos todo el viaje entre los magníficos, ya negros laureles” (JIMÉNEZ 2005 j, p. 1339).

“El periódico *La Prensa* de N. Y., publica hoy un artículo de nuestra sobrina Inés Camprubí Mabon sobre la esposición de su hermana Leontina en New York. Estas dos sobrinas nuestras están dotadas escepcionalmente para todo lo bueno y lo peor (...). Qué májico el Hudson aquella noche negra y plata en que llevamos a Leontina a su estudio” (Jiménez [2005], pp. 1342-1343).

¹⁰⁶ Sirvan como ejemplo:

“Tengo el amor y la mujer, frecuento la naturaleza, sigo el arte jeneral, leo de todo, trabajo todo el día y la noche en lo mío. ¿Qué me falta hacer más?” (JIMÉNEZ 2005 j, p. 1330)

“Cuando besamos a nuestra mujer en la boca, besamos en ella la boca de dios, todo el universo visible e invisible, y el amor es el único camino de la eternidad y de dios. En realidad yo creo que no hay otra eternidad que el amor y si sentimos la muerte como un defecto es porque nos quedamos sin acción de amor (...)” (JIMÉNEZ 2005 j, p. 1358).

¹⁰⁷ En el fragmento 1 puede leerse: “Abrazados los dos en olvidada y presente desnudez plena, como un orbe aislado, con la fuerza elemental de toda la creación, tus ojos verdes, único ver mío, me han dado eternidad completa hecha amor” (JIMÉNEZ 2005 j, p. 1327).

presencia alcanza mayor relevancia es en la hermosa descripción que de ella hace el poeta en el fragmento tercero:

Por la noche salimos poco. Qué bien está ella con sus vestidos de noche, qué joven está, es, qué espíritu tiene tan permanente. Los colores que van mejor con el suyo, de noche, son el negro, el gris con verde, con plata; de día lo blanco. Tiene el buen gusto de no pintarse; sólo, por la noche, un lijerísimo acento; y cómo le saca este toque de suave rosa y el sofoco de la excitación el verde especial, íntimo, secreto, de sus ojos. Su mirar es hondo y rico como era el de su madre¹⁰⁸.

Hasta aquí podría hacerse el siguiente balance de la presencia de Zenobia en la prosa publicada del poeta, antes y después de su muerte:

- en ninguno de los libros examinados aparece como asunto principal.
- Sólo se encuentra su huella en alusiones, la mayoría de las veces, sin ser nombrada.

¿Se debería colegir, entonces, que, en contra de lo proyectado, Juan Ramón no llegó a cumplir su propósito de incluir a Zenobia en su obra prosística como fuente que era de toda su poesía?

No se puede extraer todavía ninguna conclusión definitiva. Antes es preciso proseguir con el rastreo de la huella de Zenobia en la multitud de notas, apuntes e índices referentes a proyectos inéditos que hoy se encuentran depositados en el Archivo Histórico Nacional de Madrid y en la Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico.

3.3. Prosa inédita dedicada a Zenobia

Y he aquí que las pesquisas dan su fruto: en el archivo madrileño se halla una nota en la que Juan Ramón recoge la relación de libros que han de tener a Zenobia como argumento principal:

¹⁰⁸ JIMÉNEZ 2005 j, p. 1341.

De Z(enobia)
Monumento de amor
Vidas paralelas
Miss Conciencia
Zenobita Valdeurí
(cortitos todos)¹⁰⁹

En otra nota similar, conservada en el archivo puertorriqueño y fechada en 1932, el poeta vuelve a hacer explícita la misma intención:

Obra poética de Juan Ramón Jiménez
(1895-1932)
La Agraciada Universal
Miss Conciencia
Vidas paralelas
Zenaidita Valdeurí, etc.
Madrid
19xx¹¹⁰

Uno y otro apunte sirven para constatar que el poeta proyectó escribir, al menos, hasta cuatro libros de prosa centrados exclusivamente en su mujer: *Monumento de amor*, *Miss Conciencia*, *Zenobita Valdeurí* o *Zenaidita Valdeurí* y *Vidas paralelas*. Aunque se trata de obras diferentes en intención, estilo y estructura, todas ellas están unidas por el mismo núcleo temático –Zenobia– y por su pertenencia al ciclo *Recuerdos*¹¹¹, que había de agrupar los libros dedicados a evocar a todas las personas, lugares y sucesos impresos en su memoria¹¹².

¹⁰⁹ AHN, 286/1.

¹¹⁰ SZJRJ, Proyectos 5, 48.

¹¹¹ Juan Ramón, a diferencia de otros poetas, concibió su «Obra», no como la suma de todos sus libros, sino como un todo orgánico. En uno de sus aforismos lo afirmó de manera inequívoca: “Libros, no; obra” (Jiménez [1990], p. 377). Para dotar a sus libros de una mayor trabazón decidió agruparlos por «series» y «ciclos». El propio poeta lo explica: “Yo mismo, cuando estoy formando estos libros, me quedo sorprendido de la riqueza que contienen, la variedad asombrosa y, al propio tiempo, la unidad de cada ciclo poético, pues son verdaderos ciclos completos sucesivos cuya línea de enlace de unos y otros se puede advertir perfectamente” (GUERRERO RUIZ 1999, p. 247).

¹¹² En los planes para la ordenación de su «Obra» completa en prosa, figuran dentro del ciclo *Recuerdos*, además de los títulos dedicados a Zenobia, *Recuerdos*, *Vida y muerte de Mamá Pura*, *Viajes y sueños* –que comprendería los libros menores: *Olvidos de Granada*, *Sevilla*, *Isla de la simpatía*, *Guerra en España* y *Vida* (BLASCO PASCUAL Y GÓMEZ TRUEBA 1994, p. 64).

Por lo tanto, Juan Ramón incluye los libros dedicados a Zenobia dentro de su prosa autobiográfica. En un aforismo precisa el significado que este «tipo» escritura tiene dentro del conjunto de su «Obra»:

Hay un tipo de literatura corriente (biografía, recuerdo, anécdota, etc.) que no tiene interés o tiene poco interés cuando el que la escribe, por bien que la escriba, escribe sólo eso. Pero esa «escritura» acompaña de un modo encantado la obra de quien tiene Obra, porque en ella es donde está visible el escritor, que en la obra es secundario, o mejor dicho, está absorbido¹¹³.

Es decir, Juan Ramón eligió su prosa autobiográfica para hacerse «visible» y reconocible ante el lector. Este empeño le exigía detallar el marco espacio-temporal en que fue transcurriendo su vida así como las personas que lo acompañaron. De ellas quería realizar una recreación fidedigna para hacerlas también *visibles* y reconocibles ante el lector. Así es como aparece Zenobia en los cuatro libros de prosa, centrados en su figura, antes citados. Ya no es la mujer sin nombre y sin cuerpo, convertida en forma poética, a la que se adivina más que reconoce. Ahora el poeta la devuelve a su condición de mujer real y perfila su silueta con trazos nítidos. De manera que se complace en llamarla por su nombre o, juega con él inventando apelativos cariñosos («Zenobita» o «Zenaidita»), o, incluso, utiliza un sobrenombre con intención burlona («Miss Conciencia»).

Para conocer el modo exacto en que Zenobia quedó reflejada en estas obras es tarea obligada detenerse en el análisis de cada una de ellas.

Monumento de amor

Su mismo título alude con claridad al sentimiento que impulsó su escritura. Juan Ramón inició este libro en 1913, el mismo año en que conoció a Zenobia, e inmediatamente sintió la imperiosa necesidad de tributarle una «ofrenda lírica».

¹¹³ JIMÉNEZ 1990, pp. 411-412.

Según las anotaciones dejadas, la obra se compondría de un «Epistolario», donde el poeta reuniría la abundante correspondencia que ambos se cruzaron durante sus años de noviazgo, y de una segunda parte, titulada «Lira», que albergaría todos los poemas, en verso y en prosa, dedicados a Zenobia¹¹⁴. Dan justa idea del apasionamiento con que fue concebido el libro estos versos del poema titulado «Zenobia»:

Me he convertido a tu cariño puro
como un ateo a Dios.
¿Lo otro, qué vale?
Como un pasado oscuro y andrajoso
puede todo borrarse (...)
El cielo de tu gracia
será el comienzo y el final. En balde
quieren los lobos asaltar la cerca
en donde tus ovejas blancas pacen.
No quiero más que un oro y es el oro
que emanan tus sentidos inmortales.
¡Sólo tú, sólo tú! Sí, sólo tú.
Yo no he nacido, ni he de morir. Ni antes
ni después era nada, ni sería
nada yo sin ti (...) ¹¹⁵.

Aunque, una vez más, Juan Ramón murió sin ver el libro terminado y publicado¹¹⁶, dejó explícito su propósito de recoger en él, en clave lírica, su historia de amor con Zenobia hasta el momento en que emprende viaje a Nueva York, en enero de 1916, para casarse con ella. *Diario de un poeta recién casado*, escrito durante aquel viaje a Estados Unidos, fue considerado por Juan Ramón la continuación poética de su idilio:

¹¹⁴ Así es descrito el proyecto por el poeta en una de sus notas: “*Monumento de amor. Epistolario y lira* (Poema de prosa, poesías, etc.) Comenzará con mi conocimiento de Z. Primeras esquelas, tarjetas. «¿Dónde vive usted?». El Palomar. Luego, los cantares cruzados por los dos en las conferencias. Luego, ya, el amor, hasta N. York” (JIMÉNEZ 1986 p. 9)

¹¹⁵ JIMÉNEZ 1983, p. 120.

¹¹⁶ Con carácter póstumo, fue editada parcialmente por R. Gullón en JIMÉNEZ 1986. En la actualidad, trabaja en una nueva edición más completa del libro la profesora M^a Jesús Domínguez Sío.

Monumento de amor y *Diario de un poeta recién casado* forman como una historia de mi conocimiento de Zenobia hasta mi casamiento con ella, en 2 libros¹¹⁷.

Miss Conciencia

Tres años más tarde, en 1916, Juan Ramón alumbró *Miss Conciencia*. El título aparece anunciado por primera vez en la contraportada del poemario *Estío* el 13 de diciembre de 1916, nueve meses después de que el poeta contrajera matrimonio con Zenobia en Nueva York. En sus siguientes libros -*Sonetos espirituales* (1917), *Diario de un poeta recién casado* (1917) y *Eternidades* (1918)- *Miss Conciencia* siguió figurando como obra de próxima publicación. Con toda probabilidad, el poeta continuó trabajando en el libro durante la década de los años veinte y treinta¹¹⁸. Juan Ramón, que tenía por costumbre ocuparse de todos los aspectos relacionados con la edición de sus obras¹¹⁹, dejó entre sus apuntes varios diseños de portada elaborados siguiendo el mismo modelo de su libro *Eternidades*¹²⁰. Finalmente, *Miss Conciencia* quedó inconcluso e inédito, aunque se conserva de él bastante material¹²¹.

Fácil es deducir que «Miss Conciencia» fue un apodo inventado por el poeta para referirse a su esposa. El sobrenombre sintetiza dos de sus rasgos más característicos: su condición de norteamericana

¹¹⁷ JIMÉNEZ 1986, p. 10.

¹¹⁸ Lo confirma el hecho de que *Miss Conciencia* siga apareciendo en un plan, realizado por el poeta en 1932, para la edición de su «Obra poética» (SZJRJ, Proyectos 5, 48).

¹¹⁹ En 1916, Juan Ramón ocupaba el cargo de director literario de la Casa Calleja. Fue requerido para tal cometido por sus conocidas cualidades como editor. Antes, entre 1914 y 1915, había desempeñado la misma ocupación en la Residencia de Estudiantes. El poeta había dado muestras sobradas de su gusto exquisito para seleccionar el papel, la tipografía y la encuadernación. Además, ponía un celo extremo en evitar erratas. Para conocer más ampliamente la actividad de Juan Ramón como editor ver «La edición en la época de Juan Ramón Jiménez» de Hipólito Escobar, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 408 [1984] pp. 75-96.

¹²⁰ AHN, 177/1 a 4.

Eternidades se publicó el 1 de agosto de 1918 en la madrileña Tipografía de A. de Ángel Alcoy.

¹²¹ Hasta 18 prosas pertenecientes a esta obra aparecen publicadas en JIMÉNEZ 2007, pp. 358-365.

-«Miss»- y su obsesión por analizar racionalmente todas las cosas, de manera que nada quedara fuera del alcance de su mente escrutadora -«Conciencia»-¹²².

Desde el mismo título el poeta evidencia su intención de someter a Zenobia al mismo proceso *caricaturizador* que empleara en su libro de retratos *Españoles de tres mundos*. Recuérdese: observación atenta, selección de los rasgos físicos y psicológicos más definidores y distorsión y exageración paródica de los mismos. Así pues, ni Zenobia, aún siendo la mujer por siempre amada y la musa constante de toda su obra, consiguió escapar al poder escudriñador y burlón de su mirada. La cercanía con ella y el trato diario y cotidiano desvelaron al poeta su faz más real e, incluso, más descarnada.

A Juan Ramón le surgieron dudas sobre el título del libro, la lengua en que debía escribirlo o su estructura. Tan sólo parecía tener claro que había de ser «breve y agudísimo». Así consta en este apunte:

Miss Conciencia.
¿En inglés el título?
¿El libro en inglés?
Breve y agudísimo
¿En partes, o solo?¹²³

En otra nota, planea estructurar la obra en tres secciones, supeditadas al tono irónico y «agudísimo» que había de presidir el libro:

J.R.J
Miss Conciencia (soltera)
Miss Conciencia (casada)
Miss Conciencia (divorciada)¹²⁴

¹²² Si bien *Miss Conciencia* había sido el apodo elegido para titular la obra, según consta en una de sus notas, el poeta pensaba *alternarlo* con los de «Miss Celeste» y «Miss Rápida» a lo largo del libro. Así consta en la siguiente anotación: “Miss Celeste. Miss Rápida. Otros nombres de M. Conciencia que alternarán en el libro” (AHN, 177/25).

¹²³ AHN, 177/5.

¹²⁴ AHN, 177/16.

Según las prosas que se han localizado de la obra, estos fueron algunos de los rasgos de Zenobia que provocaron la ironía del poeta¹²⁵:

-su excesivo apego a la protección maternal:

Miss Conciencia ha crecido hasta sus 28 años, pero el pecho, por falta de aire libre, y la manera de hablar, por enfermiza maternidad, se le han quedado en los 6 años¹²⁶.

-Su manera compulsiva de dar las gracias:

Miss Conciencia, como su madre, da mil y una vez las gracias. Si se toca al piano algo para ella, todo el tiempo está deseando que acabe la pieza para decir, melosa y largamente:

-Gracias... (...)¹²⁷

-Su afán por que los demás «siempre» aprueben sus opiniones:

-¿Tú qué dices, Carmen?

Siempre que se discute de algo, Miss Conciencia busca la fuerza en el testimonio de los demás, de cualquiera que aumente en número su modo de ver, haciendo cadenas de viento.

Con esto se considera salvada de su martirio de incompreensión¹²⁸.

-Su inhibición en temas morales que contrasta con su desinhibición en asuntos escatológicos:

Esto no es de ella sola, es de todos los hipócritas y de todos los católicos. El chiste carnal sensual no asomará a sus labios. El chiste sucio, en cambio, en el sentido de necesidades diarias, de la otra suciedad, es su recreo (...)¹²⁹.

Para contrarrestar lo implacable de su mirada sobre Zenobia, Juan Ramón proyectó dirigir también sus burlas sobre sí mismo y su amplio inventario de manías y obsesiones. Bajo el apodo de «Mrs Cínico», el poeta aparecería en algunas páginas de la obra,

¹²⁵ El propio Juan Ramón reconoció compartir con su «hermana menor», Victoria, un carácter «serio en apariencia y *guasón* en realidad», que le predisponía a hallar cómica cualquier cosa o persona (JIMÉNEZ 2008, p. 26).

¹²⁶ JIMÉNEZ 2007, p. 358.

¹²⁷ JIMÉNEZ 2007, p. 359.

¹²⁸ JIMÉNEZ 2007, pp. 359-360.

¹²⁹ JIMÉNEZ 2007, p. 363.

riéndose abiertamente de sus defectos. Sirva para demostrar lo poco indulgente que pensaba ser consigo mismo esta nota:

Mrs Cínico. Sentimental, doble carácter del poeta.
Va a ella por sentimentalismo que le superpone –extranjera, rubia, viajera, arisca- y por orgullo de vencer¹³⁰.

Fiel a su intención, en una de las prosas conservadas, titulada «El orden», aparece bajo la abreviatura «C.»:

Cuando Miss Conciencia habla de lo ordenada que era su abuelita, C. aprovecha la ocasión para echarle encima su desorden.
El orden le da a la vida, tan fugaz, un carácter de permanencia. Si somos desordenados parece que contribuimos a lo provisional de la existencia¹³¹.

Junto a todos estos materiales, el poeta dejó indicado su propósito de incluir también en el libro una selección de la correspondencia que mantuvo con Zenobia:

Copiar cartas y fragmentos.
Así.
De una carta de M(iss) C(onciencia)
De una carta de C. S¹³².

Zenaidita Valdeurí o Zenobita Valdeurí

El poeta inició *Zenaidita Valdeurí* en fechas próximas a *Miss Conciencia*, es decir, en torno a 1916. En este libro, al que también se refiere con el título de *Zenobita Valdeurí*, pretendía recoger los principales episodios de la vida de su mujer que, por aquel tiempo, contaba con 29 de edad. Así reza la siguiente nota:

¹³⁰ AHN, 177/24. Juan Ramón ya hizo gala de su gusto por la autocrítica en su autorretrato «Revés de un derecho ya publicado», JIMÉNEZ 2005 f, pp. 199-200.

¹³¹ JIMÉNEZ 2007, p. 362

¹³² AHN, 177/24.

J.R.J

Zenobita Camprubí

(Zenaidita Valdeurí)

29 años

Un libro (no de niños, de la infancia y la juventud de Z. C. mujer joven, que, por la educación de sus padres, siguió siendo niña, sin desarrollo ni libertad).

Episodios.

Valencia. El barco. Baúl de agua. El traje prestado, etc¹³³.

Juan Ramón sólo llegó a escribir algunos borradores que se conservan en el archivo madrileño y que aún no han sido publicados¹³⁴. Únicamente han visto la luz estas líneas correspondientes a un apunte en que el poeta describe el instante en que oyó por primera vez la risa de Zenobia:

(...) una risa tan rubia y tan clara como el ala de un charariz, cuando pasa, volando por el sol¹³⁵.

El escaso número de apuntes y notas hallados en los archivos del poeta llevan a pensar que Juan Ramón abandonó la escritura de *Zenaidita Valdeurí* muy pronto, dejando el proyecto en su fase inicial de creación.

Vidas Paralelas

El libro *Vidas paralelas*, cuyo título tomó el poeta del escritor latino Plutarco, fue anunciado, por vez primera, en la contraportada de *Estío* en el año 1916, de lo que se infiere que Juan Ramón simultaneó su creación con los dos proyectos anteriormente citados: *Miss Conciencia* y *Zenaidita Valdeurí*. El poeta siguió anticipando la publicación de la obra en los mismos poemarios que *Miss Conciencia: Sonetos espirituales* (1917), *Diario de un poeta recién casado* (1917) y *Eternidades* (1918). También se conserva un diseño de portada en el que Juan Ramón anotó, en el margen

¹³³ AHN, 286/4. La nota aparece publicada en BLASCO Y GÓMEZ TRUEBA 1994, p. 92.

¹³⁴ AHN, 286/3 a 12. Únicamente poseen título dos de ellos: «El nombre» (AHN, 286/7) y «De pie» (AHN, 286/10).

¹³⁵ PALAU DE NEMES 1982, p. 134.

inferior izquierdo, su intención de editar la obra siguiendo el modelo de *Eternidades*¹³⁶.

El título del libro, también cuidadosamente elegido¹³⁷, muestra dos aspectos poco conocidos del poeta: su conocimiento e interés por la lengua y la literatura latinas, que despertó en su primera juventud¹³⁸, y su afición por la biografía. A este respecto, dejó escrito en el Fragmento 5 de *Tiempo*:

Qué buenas biografías podría escribir yo si tuviera tiempo.
Me gustan mucho las biografías verídicas, no poetizadas ni leyendescas y los epistolarios. Me gustan más que los ensayos y los poemas¹³⁹.

Prueba de que, a lo largo de su vida, leyó con verdadera fruición biografías es el gran número de ellas que figuran en un inventario que se conserva de su biblioteca. El listado incluye las siguientes:

Vida de Benjamín Franklin (J. Santelmo), Alejandro Magno (J. Palau Vera), Cervantes, Napoleón, Gonzalo de Córdoba (El Gran Capitán), Julio César, Cristóbal Colón, Stepheson, Pasteur, Pizarro, Miguel Ángel, León XIII, Abraham Lincoln, William Pen¹⁴⁰.

Era ésta otra más de las aficiones que también compartía con Zenobia. Con ella acostumbraba a leer biografías y epistolarios de hombres ilustres¹⁴¹.

¹³⁶ AHN, 285/1.

¹³⁷ De la atención con que seleccionó la titulación de todas sus obras trató el poeta en varios de sus aforismos: “«No importa», dicen, «el título. La cosa es el libro». Sí, pero es que el libro es el título” JIMÉNEZ 1990, p. 252). “Un título es el fin de una visión y el comienzo de elaboración de una idea” (JIMÉNEZ 1998, p. 14). El poeta continúa subrayando la trascendencia del título en la composición y presentación del libro en varios aforismos más (JIMÉNEZ 1990, p. 719, p. 470 y JIMÉNEZ 1998, p. 15 y pp. 3-4).

¹³⁸ Fue en el año 1903, cuando, animado por Francisco Giner de los Ríos y el doctor Luis Simarro, el poeta decidió estudiar latín y griego, además de alemán e inglés (GUERRERO RUIZ 1998, p. 105).

¹³⁹ JIMÉNEZ 2005 j, p. 1353.

¹⁴⁰ AHN, 59/144.

¹⁴¹ Así por ejemplo, juntos leyeron las cartas de Goethe (CAMPRUBÍ AYMAR 2006 b, p. 19) y la vida de Toscanini (CAMPRUBÍ AYMAR 2006 a, p. 185).

No resulta extraño, entonces, que, llevado por esta pasión, Juan Ramón proyectara una obra en la quedaran recogidas su vida y la de Zenobia. Aunque son escasas las indicaciones que se conservan del libro, se ha hallado un esquema que permite conocer su desarrollo:

Vidas paralelas
Moguer-La Rábida
Sevilla-Valencia
Burdeos-Boston
Madrid-Lausanne
Moguer-Barcelona
Puerto de Sta María-Moguer
Moguer-El mar
Madrid-Washington
Palos-París
Moguer-Moguer (un día)
El mar-New York
New York-New York
El mar-El mar
Cádiz-Cádiz
Sevilla-Sevilla
Moguer-Moguer
Madrid-Madrid¹⁴².

Para escribir esta curiosa obra, mezcla de biografía y autobiografía, el poeta pensaba seguir el curso de su trayectoria vital y de la de su esposa a partir de la relación de lugares por los que ambas fueron transcurriendo. El listado topográfico de la columna izquierda corresponde a sitios vinculados con su propia existencia; el de la derecha, con la de Zenobia.

La primera línea «Moguer-La Rábida» permite conocer el episodio con el que Juan Ramón pensaba iniciar el libro. En noviembre de 1909, el poeta estuvo muy cerca de conocer a Zenobia, sin embargo las circunstancias impidieron que fueran presentados entonces. La que sería su mujer se encontraba residiendo en La Rábida junto con su padre, el ingeniero catalán Raimundo

¹⁴² SZJRJ, *Autógrafos* 38, 2.

Camprubí que se hallaba en aquel tiempo dirigiendo las obras del Puerto de Huelva. Casualmente, el poeta acudió una de esas tardes otoñales a contemplar el monasterio en compañía de su amigo, Joaquín Sorolla. El pintor valenciano había recibido por entonces el encargo de realizar un cuadro de Colón saliendo del Puerto¹⁴³. En el transcurso de la visita, Sorolla solicitó al guarda del recinto unos prismáticos para poder apreciar mejor el paisaje. El empleado transmitió el encargo al padre de Zenobia, quien al enterarse de que Sorolla, cuya obra conocía y admiraba, se encontraba a escasos metros le invitó a tomar el té. Por supuesto, también hizo extensiva la invitación al joven poeta que lo acompañaba. Juan Ramón y el pintor rechazaron la proposición al haber acordado regresar al pueblo antes de que se ocultase el sol. De esta forma, el poeta tornó a «Moguer» sin haber llegado a conocer a Zenobia, que continuó en «La Rábida» durante algún tiempo más¹⁴⁴.

El curso vital de ambos seguirá discurriendo por separado hasta que confluye en el verano de 1913, al asistir los dos a un ciclo de conferencias sobre cultura española que tuvo lugar en la Residencia de Estudiantes. Sus respectivas existencias comienzan, desde entonces, a coincidir en el espacio y en el tiempo. Así queda reflejado en el esquema: la línea «New York- New York» recoge la llegada del poeta a esta ciudad el 12 de febrero de 1916, tras un largo viaje por «el mar», para contraer matrimonio con Zenobia días después. Con la boda, sus destinos quedaron ligados para siempre, razón por la que, a partir de esta línea, figuran en ambas columnas los nombres de los mismos lugares. El libro habría de concluir con la llegada del matrimonio a Madrid, donde fijarían su residencia hasta 1936.

Además del plan general de la obra, Juan Ramón también dejó indicaciones sobre el número de capítulos que debían constituir el libro –«40»– así como las partes en que había de dividirse cada uno de ellos –«2»–. En una nota inédita puede leerse:

¹⁴³ Según señala G. Palau de Nemes, fue el americano Archer Huntington, fundador y presidente de la Sociedad Hispánica de Nueva York, quien le encomendó este trabajo (PALAU DE NEMES 1982, p. 122).

¹⁴⁴ Relata el episodio con todo pormenor PALAU DE NEMES 1982, pp. 122-123.

Así este libro: En capítulos de dos partes: I. y II. Comenzar la 1ª con una idea, y pasar a la emoción sentimental. Luego, la 2ª parte: Tú, entonces, etc. Unos 40 capítulos solamente (dobles)¹⁴⁵.

La articulación de cada capítulo en dos secciones se aviene a la perfección con su propósito de trazar *paralelamente* la vida de Zenobia y la suya: la primera parte la dedicará a evocar su propia existencia, la segunda a la rememoración de la de su mujer. Aunque Juan Ramón parecía tener bien definidos el carácter y contenido del libro, los borradores que para él dejó escritos son escasos en número y muy incompletos¹⁴⁶.

Aún no concluye el hallazgo de proyectos inéditos consagrados a Zenobia. La indagación en los archivos del poeta reserva todavía dos nuevas sorpresas: *La mujer querida* y *Desnudos o Verde y alegre*.

La mujer querida

De *La mujer querida* sólo se ha hallado una hoja manuscrita que, aunque aparece sin fecha, dos indicios permiten datarla por la misma época que los proyectos antes citados: en primer lugar, presenta idéntico tipo de caligrafía que las notas referidas a *Miss Conciencia*, *Zenaidita Valdeurí* y *Vidas paralelas* y en segundo, persigue el mismo fin de rendir tributo a la figura de Zenobia.

La intención que inspiró *La mujer querida* no puede ser más insólita: Juan Ramón, anticipándose a los acontecimientos de manera casi profética, proyectaba relatar en este libro lo que haría si su mujer falleciese antes que él. De este modo consta en la siguiente nota:

La mujer querida
(Lo cuenta él)

Un libro donde se diga lo que yo haría si ella muriera. Una especie de recordatorio para hacer, si este triste caso ocurriese,

¹⁴⁵ SZJRJ, *Autógrafos*, 38, 3.

¹⁴⁶ SZJRJ, *Autógrafos* 38, 1; SZJRJ, *Autógrafos* 38, 3 y SZJRJ, *Autógrafos* 38, 4.

eso que solo se hace una vez ¡ay! y que nunca puede (podría) hacerse mejor ya si una vez se hace mal¹⁴⁷.

En el mismo apunte, el poeta detalla las tres partes de las que había de constar el libro:

I. La muerte.

II. No se avisó a nadie

III. Solos, como en vida.

La primera noche solo (hay apuntes)

Visitas a la nueva casa (hay apuntes)

El rosal (hay apuntes)

Una costumbre por lo que pudiera pasar.

Lo cierto fue que, cuando realmente tuvo lugar el fallecimiento de Zenobia, aquel fatídico 28 de octubre de 1956, Juan Ramón no se encontraba con fuerzas suficientes para acometer este proyecto; incluso, es muy posible que, en aquellos años finales de vida, ya lo hubiera olvidado por completo.

Desnudos o Verde y alegre

Este proyecto, para el que el poeta barajaba los títulos *Desnudos* o *Verde y alegre*, posee especial interés en tanto que descubre a un poeta que, sin dejar de serlo, se atrevió a abordar su historia de amor con Zenobia desde una nueva perspectiva: la de novelista.

No fue ésta la primera ni la única vez que Juan Ramón manifestó su interés por el género. En dos obras que quedaron inéditas a su muerte, *Cuentos largos*¹⁴⁸ y *Crímenes naturales*¹⁴⁹, pretendió recopilar los numerosos bocetos de novelas que escribió a lo largo de su trayectoria¹⁵⁰.

Bajo los títulos *Desnudos* o *Verde y alegre*, el poeta pensó escribir una novela en «páginas breves» inspirándose en su noviazgo y boda

¹⁴⁷ SZJRJ, J-1 *Autógrafos* B, 80.

¹⁴⁸ JIMÉNEZ 2005 c, pp. 907-921.

¹⁴⁹ JIMÉNEZ 2005 b, pp. 937-1007.

¹⁵⁰ Sobre la incursión de Juan Ramón en la novela y su particular concepción del género he reflexionado en Sanz Manzano (2003).

con Zenobia. Según se desprende del boceto que dejó, la obra se habría de iniciar con el momento en que la conoció y, de inmediato, se sintió atraído por ella. El relato proseguiría con la narración de su «difícil» noviazgo, de su viaje a Nueva York en 1916 para contraer matrimonio y su recorrido posterior por varias ciudades americanas durante su viaje de novios («Boston», «Washington», «Filadelfia»). He aquí la sinopsis realizada por Juan Ramón en una de sus notas manuscritas:

«Desnudos» o «Verde y alegre»

Novela: (En páj. Breves.)

(...)

Desde que él la conoció concibió el deseo de tenerla, de gozarla desnuda en plena naturaleza, verde y alegre...

Noviazgo difícil. El viaje de ella, huyendo de un destino avasallador, alrededor del mundo. Él con ella. Resignación amorosa de ella, que lo ama, aunque no quisiera.

(Descripciones bellas de viaje)

Boda en N(ueva) Y(ork). Mañana de nieve. National Arts Club. Boston. Washigton, Filadelfia, Miss Sargent, casa de Hannah. Insinuación lenta de él hacia su afán sexual. Una noche de estío, ella dice: «En

Aranjuez... Qué frenesí el de los primeros».... El viaje natural. El campo solitario. El goce pleno. > En la mañana > de junio, < aún el jardín sin sol, los chopos plenos de verdor nuevo, se erguían negros, [y] frescos e inmóviles en el [tran] sereno cielo [gris] perla, donde se iba desvaneciendo la luna <”¹⁵¹

En los diseños de portada que dejó esbozados Juan Ramón para el libro figura el año 1918 como fecha del inicio de su escritura¹⁵². De este dato se infiere, que el poeta comenzó su creación por la misma época en que escribió su *Diario de un poeta recién casado*. Ambos libros están estrechamente relacionados al compartir un mismo núcleo argumental: la peripecia vivida por el poeta durante su travesía por el mar y su estancia en Norteamérica.

¹⁵¹ Estas notas fueron publicadas por primera vez por Carmen Jiménez en su artículo «Sobre un proyecto narrativo de Juan Ramón», *Culturas* (suplemento cultural de *Diario 16*), 6 de septiembre de 1987, p. III.

¹⁵² AHN, 93/1 a 4. En el margen izquierdo de uno de estos bocetos (AHN, 93/2), Juan Ramón indica que la portada de *Desnudos* había de ser idéntica a la de *Eternidades*.

Sin embargo, a diferencia de *Diario de un poeta recién casado*, en *Desnudos*, Juan Ramón elige la tercera persona para contar su historia, convirtiéndose a sí mismo y a Zenobia en los personajes principales de esta trama amorosa inspirada, detalle a detalle, en su propia vida. En los apuntes del proyecto, Juan Ramón deja clara su intención de no publicar esta novela:

(Y guardarlo, en manuscrito)
(...) (No publicarla. Sólo por gusto)¹⁵³

El poeta confiesa escribir este libro sólo «por gusto», a buen seguro, por el placer de revivir y dejar constancia del que, sin duda, consideraba el episodio más trascendental de su vida. Posiblemente, porque no pensaba dar a conocer esta obra, el poeta se permitió ciertos desahogos íntimos como la detallada descripción del «deseo» que sintió por Zenobia nada más conocerla.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Al finalizar la búsqueda de la huella de Zenobia por toda la prosa del poeta –la publicada durante su vida, la póstuma y la aún inédita–, se concluye que Juan Ramón se sirvió de ella, como «fuente» de su poesía, en un gran número de obras y en seis como «fuente» única y exclusiva:

1. *Monumento de amor*
2. *Miss Conciencia*
3. *Zenaidita Valdeurí o Zenobita Valdeurí*
4. *Vidas paralelas*
5. *La mujer querida*
6. *Desnudos o Verde y alegre*

El poeta no pudo llegar a concluir y publicar ninguno de estos seis libros. Todos fueron comenzados en torno a las mismas fechas y, la mayoría, dejados en una fase inicial de creación. Esta circunstancia indica que, una vez más, Juan Ramón se sintió desbordado por su

¹⁵³ C. Jiménez, op. cit., p. III.

propia fecundidad creativa. Los proyectos se iban superponiendo en su mente unos a otros con una celeridad que les hacía inaprensibles. En una breve nota hallada en el archivo madrileño, dejó escrito, a modo de claudicación:

Soy el mártir del perenne proyecto fugitivo¹⁵⁴.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

-Sobre la Edad de Plata:

MAINER, J. C. (1983), *La Edad de Plata (1902-1939), Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra.

RODRIGO, A. (1996), *Mujeres para la historia. La España silenciada del siglo XX*, Madrid, Compañía Literaria.

-Obras escritas por Zenobia:

-Diarios:

CAMPRUBÍ AYMAR, Z. (2006 a), *Diario, 2. Estados Unidos (1939-1950)*, edición, traducción y notas Graciela Palau de Nemes, Madrid, Alianza Editorial-Editorial de la Universidad de Puerto Rico.

----- (2006 b), *Diario, 3. Puerto Rico (1951-1956)*, edición, traducción y notas G. Palau de Nemes, Alianza Editorial-Editorial de la Universidad de Puerto Rico.

-Epistolarios:

----- (2006c), *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz. 1917-1956*, ed. de Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

CAMPRUBÍ, Z. y PALAU DE NEMES, G. (2009), *Epistolario.. 1948-1956*, ed. de Emilia Cortés Ibáñez, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

-Obras escritas sobre Zenobia:

SODY DE RIVAS, Á. (2007), *Aquella flor amarilla*, Moguer, Fundación Municipal de Cultura.

¹⁵⁴ AHN, 213/13.

BEJARANO ÁLVAREZ, R., et al. (2009), «*Zenobia, luz entre sombras*», *Zenobia Camprubí con luz propia. Centenario de la estancia de Zenobia en La Rábida*, Huelva, Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez-Universidad Internacional de Andalucía sede Santa María de La Rábida, pp. 93-112.

-Libros de Juan Ramón Jiménez:

JIMÉNEZ, J. R. (1962), *El Modernismo. Notas de un curso* (1953), ed. de R. Gullón y E. Fernández Méndez, México, Aguilar.

----- (1973), *Con el carbón del sol*, ed. de Francisco Garfias, Barcelona, Bruguera.

----- (1974), *En el otro costado*, ed. de Aurora de Albornoz, Madrid, Júcar.

----- (1975), *Crítica paralela*, ed. de Arturo del Villar, Madrid, Narcea.

----- (1983), *Antología poética*, ed. de Vicente Gaos, Madrid, Cátedra.

----- (1986), *Poemas y cartas de amor. Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí*, ed. de Ricardo Gullón, Santander, Editorial La Isla de los Ratones.

----- (1987), *Españoles de tres mundos*, ed. de Ricardo Gullón, Madrid, Alianza.

----- (1990), *Ideología (1897-1957 (Metamorfosis, IV))*, ed. de Antonio Sánchez Romeralo, Barcelona, Anthropos.

----- (1992), *Cartas. Antología*, ed. de Francisco Garfias, Madrid, Espasa-Calpe.

----- (1993), *Canción*, ed. facsímil, Barcelona, Seix Barral.

----- (1997), *Platero y yo*, ed. de Jorge Urrutia, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva.

----- (1998), *Ideología II (Metamorfosis, IV)*, ed. de Emilio Ríos, Moguer, Ediciones de la Fundación Juan Ramón Jiménez.

----- (1999), *El modernismo (Notas de curso)*, ed. de Jorge Urrutia, Madrid, Visor Libros.

----- (2005 a), *Baladas para después*, ed. de Fernando García Lara, Obra poética, Madrid, Espasa, vol. 3, pp. 153-273.

----- (2005 b), *Crímenes naturales (Prosas tardías: 1936-1954)*, ed. de John C. Wilcox, Obra poética, Madrid, Espasa, vol. 4, pp. 937-1007.

----- (2005 c), *Cuentos largos*, ed. de Antonio Piedra, Obra poética, Madrid, Espasa, 2005, vol. 4, pp. 855-936.

- (2005 d), *Entes y sombras de mi infancia*, ed. de María Pilar Celma Valero, *Obra poética*, Madrid, Espasa, vol. 3, pp. 727-815.
- (2005 e), *Espacio*, ed. de Almudena del Olmo Iturriarte, *Obra poética*, Madrid, Espasa, vol. 4, pp. 1245-1310.
- (2005 f), *Libro de retratos*, ed. de Javier Blasco y Francisco J. Díaz de Castro, *Obra poética*, Madrid, Espasa, vol. 4, pp. 1-271.
- (2005 g), *Odas libres*, ed. de Julio Jensen, *Obra poética*, Madrid, Espasa, vol. 3, pp. 305-321.
- (2005 h), *Piedras, flores y bestias de Moguer*, ed. de Richard A. Cardwell, *Obra poética*, Madrid, Espasa, vol. 3, pp. 817-898.
- (2005 i), *Recuerdos*, ed. de Teresa Gómez Trueba y Carlos León Liqueste, *Obra poética*, Madrid, Espasa, vol. 4, pp. 1009-1094.
- (2005 j), *Tiempo*, ed. de Mercedes Juliá, *Obra poética*, Madrid, Espasa, vol. 4, pp. 1311-1366.
- (2005 k), *Vida y muerte de Mamá Pura*, ed. de ed. de Enrique Pérez Benito, *Obra poética*, Madrid, Espasa, vol. 4, pp. 1094-1243.
- (2006), *Música de otros. Traducciones y paráfrasis*, ed. bilingüe de Soledad González Ródenas, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.
- (2007), *Antología de prosa lírica*, ed. de M^a Ángeles Sanz Manzano, Madrid, Cátedra.
- (2008), *Isla de la simpatía*, ed. de M^a Ángeles Sanz Manzano, La Editorial, Universidad de Puerto Rico.
- (2009 a), *Españoles de tres mundos*, prólogo de José Manuel Caballero Bonald, texto preparado por Javier Blasco y Francisco Díaz de Castro, Madrid, Visor Libros.
- (2009 b), *Guerra en España*, ed. de Ángel Crespo, revisada y ampliada por Soledad González Ródenas, Sevilla, Point de Lunettes.

-Estudios sobre la prosa de Juan Ramón Jiménez:

- BLASCO PASCUAL, J. y GÓMEZ TRUEBA, T. (1994), T., *Juan Ramón Jiménez: La prosa de un poeta*, Valladolid, Grammalea.
- GÓMEZ TRUEBA, M^a T. (1995), “*Estampas líricas*” en *la prosa de Juan Ramón Jiménez. Retratos, paisajes y recuerdos*, Universidad de Valladolid, 1995, pp. 82-120.

- GULLÓN, R. (1960), «Platero, revivido», *Papeles de Son Armandans*, 46, pp. 9-40.
- MARIAS, J. (1957), «Platero y yo o La soledad comunicada», *La Torre*, 19-20, pp. 381-395.
- SALGADO, M^a A. (1968), *El arte polifacético en las "caricaturas líricas" juanramonianas*, Madrid, Ínsula, 1968
- SANZ MANZANO, M^a Á. (2003), «De por qué Juan Ramón renunció a ser novelista: el poeta y su teoría de la novela», *Revista de Literatura*, 130, pp. 471-500.

-Estudios generales sobre la vida y la obra de Juan Ramón Jiménez:

- CAMPOAMOR GONZÁLEZ, A. (1999), *Bibliografía de Juan Ramón Jiménez*, Moguer, Ediciones de la Fundación Juan Ramón Jiménez.
- (2002), *Juan Ramón Jiménez. Nueva biografía*, Sevilla, Edición especial de *El Correo de Andalucía*
- DOMÍNGUEZ SÍO, M^a J. (1991), *La Institución Libre de Enseñanza y Juan Ramón Jiménez*, vol. 2, Madrid, ed. de la Universidad Complutense.
- EXÓSITO HERNÁNDEZ, J. A. (2008), «Zenobia Camprubí y la Tercera Antología de Juan Ramón Jiménez», *Mujer y Escritura Autobiográfica: Zenobia Camprubí*, ed. de Emilia Cortés Ibáñez, Diputación Provincial de Huelva, pp. 375-394.
- GONZÁLEZ RÓDENAS, S. (2005), *Juan Ramón Jiménez a través de su biblioteca. Lecturas y traducciones lengua francesa e inglesa (1881-1936)*, Universidad de Sevilla.
- GUERRERO RUIZ, J. (1998), *Juan Ramón de viva voz*, vol. 1 (1913-1931), Valencia, Pre-Textos.
- (1999), ed. de Manuel Ruiz-Funes Fernández, vol. II, Valencia, Pre-Textos.
- GULLÓN, R. (1958), *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez*, Madrid, Taurus.
- (1968), *El último Juan Ramón. Así se fueron los ríos*, Madrid, Alfaguara.
- JULIÁ, M. (2008) «Zenobia maestra de Juan Ramón: el amor y la mujer en la vida y la poesía última de Juan Ramón Jiménez», *Mujer y Escritura Autobiográfica: Zenobia Camprubí*, ed. de Emilia Cortés Ibáñez, Diputación Provincial de Huelva, pp. 399-421.

PALAU DE NEMES, G. (1974), *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez: La poesía desnuda*, 2 vols., Madrid, Gredos.
----- (1982), *Inicios de Zenobia y Juan Ramón Jiménez en América*, Madrid, Fundación Universitaria Española.
PÉREZ ROMERO, Carmen (1999), *Juan Ramón Jiménez, traductor de Shakespeare*, Huelva, Ediciones de la Fundación Juan Ramón Jiménez.
SANZ MANZANO, M^a A. (1998-1999), «La música en el universo poético de Juan Ramón Jiménez», *Tropelías*, 9 y 10, pp. 407-419.
----- (2007), «Presencia de Zenobia en la vida y en la obra (en verso y en prosa) de Juan Ramón Jiménez. Índice y estudio de varios proyectos inéditos», *Letras de Deusto*, 116, pp. 67-103.
VÁZQUEZ MEDEL, M. Á. (2001), «Zenobia en el universo literario de Juan Ramón Jiménez» en *Congreso Internacional en Homenaje a Zenobia. Representar-representarse, firmado: mujer*, ed. de Antonio Ramírez Almanza, Moguer-Huelva, Fundación Juan Ramón Jiménez, 2001, pp. 19-34.



16. Zenobia y el Nobel

Graciela Palau de Nemes

Al borde de la muerte, por cortesía de la Academia Sueca, Zenobia Camprubí se enteró, con anterioridad al anuncio oficial, que su marido, Juan Ramón Jiménez, era el ganador del Premio Nobel de Literatura de 1956. Por gracia divina y una fuerza de voluntad que distinguió a esta mujer en todos los actos de su vida, Zenobia sobrevivió una semana y disfrutó, después del anuncio oficial, del reconocimiento rendido a su marido y a ella.

Este hecho es ya historia y sobre todo lo dicho se destaca el titulado «Zenobia y Juan Ramón en la trágica gloria del Premio Nobel», folleto publicado en 1973 por Francisco Hernández-Pinzón, sobrino del poeta, como recuerdo y homenaje a los quince años de la muerte de su tío ocurrida en Puerto Rico el 29 de mayo de 1958. Después se dio al público, en 1988, en la revista *Barcarola* de Albacete y en 1996 en *La Voz de Huelva*¹.

En los últimos años de la vida de Zenobia, Hernández-Pinzón fue para sus tíos el hijo que no tuvieron. Zenobia contaba con él para todo.

En cuanto a los datos del Nobel, hay que señalar el estudio de Alfonso Alegre Heitzmann titulado *Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de un Premio Nobel*², que bien podría titularse *Historia del Premio Nobel*, por la copiosa información en cuanto a la elección de los premiados.

Hoy quiero hablar de la contribución de Zenobia a la propuesta a favor de su marido enviada a la Fundación Nobel por los profesores del Departamento de Lenguas y Literaturas Extranjeras de la Universidad de Maryland, Estados Unidos, y del paso de ella y su marido por dicha universidad, donde dejaron un recuerdo imperecedero, razón por la que todos cooperaron para que, en un brevísimo tiempo, se preparara una propuesta tan completa y

¹ Francisco HERNÁNDEZ-PINZÓN JIMÉNEZ. «Zenobia en la trágica gloria del Premio Nobel», *Barcarola*, núm. 26-27, Albacete, febrero 1988, pp. 71-80, y en *La Voz de Huelva*, Huelva, 25 octubre 1996.

² Alfonso ALEGRE HEITZMANN. *Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de un Premio Nobel*. Transcripción y notas de los telegramas y cartas de la segunda parte del libro: José Antonio Expósito. Residencia de Estudiantes, Madrid, 2008.

bien documentada que dudamos fuera superada por ninguna de las personas o instituciones que hayan propuesto anteriormente su candidatura.

En un libro de ensayos titulado *Contra el olvido. El exilio español en los Estados Unidos*, Mercedes Juliá habla del exilio de Juan Ramón y concluye que mientras que la mayoría de los artistas exiliados de su generación se afanaban en recrear el limitado mundo de donde procedían, él aceptó su destino incorporando a su obra las nuevas vivencias en el continente americano, expresadas por símbolos sacados de esos parajes y que su desarraigo le permitió adoptar nuevas perspectivas, contemplar otros horizontes con una gran originalidad de visión y enriquecer su vida y su obra con valores cósmicos y místicos, desconocidos hasta entonces en la poesía española³. Zenobia y Juan Ramón llegaron a la cúspide de su talento y sus aspiraciones durante el exilio en los Estados Unidos.

Zenobia se distinguió en España por su labor cultural y de beneficencia. Sobre todo, fue una de las socias fundadoras del primer club de mujeres, el Lyceum, y la primera secretaria, encargada de las becas que se ofrecían a las muchachas españolas para estudiar en los Estados Unidos. En el exilio en Cuba, la nombraron miembro honorario de dicha Sociedad e hizo una labor meritoria a favor de las mujeres en la cárcel, pero no se avino al clima; además, vivían apretados en el cuarto de un hotel y Juan Ramón no se ocupaba de su obra y perdía el tiempo en tertulias. De algún modo, aunque por distintas razones, ni Juan Ramón ni Zenobia se avinieron al espacio del Caribe.

Al llegar al Puerto Rico en 1936, el poeta escribió un trozo titulado «De piedra, Puerto Rico» en el que decía: «He recorrido la isla de Puerto Rico en distintas direcciones. Su riquísima naturaleza interior confirma mi duda primero. ¿Por qué esta naturaleza hermosa me parece blanda, floja, insuficiente? Tierra, piedra, árbol, ¿por qué todo es tan demasiado bonito? Los panoramas llegan a

³ Mercedes JULIÁ. «Reflexiones sobre el exilio de Juan Ramón Jiménez. Hacia otra desnudez», en *Contra el olvido. El exilio español en Estados Unidos*. Editado por Sebastián Fabee y Cristina Martínez Carozo, Alcalá de Henares, España, 2009, p. 95.

parecer grandiosos, los efectos de monte, mar y cielo sorprenden. Pero nada acaba de imponérsenos con grandeza verdadera»⁴. Nótese que reacciona en contra del paisaje aunque lo describe bellísimamente.

Del paisaje cubano no dice nada, maldice a las palmeras, árboles simbólicos de Cuba que aparecen hasta en el escudo de la patria. En un trozo de prosa titulado «Palmeras» y subtítulo «Puerto Rico, Santo Domingo, Cuba» empieza celebrándolas y termina despreciándolas. Cito: «Palmeras, jugosas espinas verdes, huesos vivos. Y aquellas palmeras tontas, con tronco como trompa de elefante y una lustrosa hipertrofia más azul en la matriz. Palmera, palo seco solo, a las que un monstruo le segó los brazos»⁵.

A los tres años de exilio en el Caribe, Zenobia y Juan Ramón se trasladaron a los Estados Unidos. En el momento en que llegaron a la Florida (el 29 de enero de 1939), celebraron el nuevo espacio. Dice Zenobia: «La proximidad de Miami nos llenó la vista con el violeta y azul de este mar tan bello. Las islas cubiertas de casitas blancas nos volvieron a alegrar»⁶ y en los primeros versos de «Canciones de la Florida» Juan Ramón anticipa que ha de escribir una poesía diferente y se lo atribuye a la belleza del nuevo espacio. Yo considero que más que belleza era avenencia.

El primer poema de «Canciones de la Florida» se titula: «¿Quién será?» Al título siguen tres versos, remedando al antiguo «sólo queda en mi mano / la forma de su huída»⁷. Los nuevos versos, después del título y separados del poema dicen: «Solo queda en mi mano / el cenizo de oro de su ala, / la forma de su huída». Sabemos, por la primera y última estrofas de dos versos cada una, que se trata de una nueva y presentida poesía que volverá a él

⁴ Juan Ramón JIMÉNEZ, «De piedra Puerto Rico, *Isla de la simpatía*», Edición de María de los Ángeles Sanz Manzano. La Editorial Universidad de Puerto Rico, 2008, pp. 33-34.

⁵ Juan Ramón Jiménez, «De piedra Puerto Rico, *Isla de la simpatía*», cit., p. 66.

⁶ Zenobia CAMPRUBÍ. *Diario 2. Estados Unidos (1939-1950)*. Edición de Graciela Palau de Nemes, Alianza Editorial/La Editorial Universidad de Puerto Rico, 2006, 2ª ed. 1980, p. 3.

⁷ En Juan Ramón JIMÉNEZ, *Lírica de una Atlántida*, Edición de Alfonso Alegre Heitzmann, Galaxia Gutenberg, S.A., Barcelona, 1999, p. 69.

en otra forma en un espacio que él no conoce aún. Cito: «Pero la belleza vuelve / a desnudarme otra forma. // ¿Y en qué espacio de este mundo / tiene lugar tanta gloria?»

Asombra la intuición poética de Juan Ramón. La crítica nos dice una y otra vez que la poesía no es biografía. No será para otros, pero lo fue para este poeta. La poesía carnal de sus principios fue una búsqueda de trascendencia a través de la carne. Al casarse con la casta, sencilla, inteligente Zenobia, vino a su encuentro «la poesía desnuda», y al avenirse en el exilio a un espacio diferente, pero gustoso, se dio cuenta que para el ser humano no existen fronteras y que la trascendencia está en nosotros. Los Estados Unidos será el espacio de su gloriosa y última poesía, la de la trascendencia. Desde que se instalaron allí van recobrando la tranquilidad, encuentran casa agradable donde vivir y trabajo gustoso que hacer. Juan Ramón da conferencias en la Universidad de Miami, de la Florida, después da clases, y Zenobia se matricula para seguir cursos universitarios, un deseo que se quedó truncado al regresar a España en 1909, después de una larga estancia en su juventud, en el estado de Nueva York y ser admitida como estudiante universitaria en la Universidad de Columbia.

Invitado Juan Ramón a ser conferenciante de los cursos de verano de la prestigiosa Universidad de Duke en Carolina del Norte, Zenobia continuó enriqueciéndose culturalmente tomando allí también cursos avanzados al nivel universitario.

La prueba más grande de la armonía de la pareja con el nuevo espacio está en los títulos de la nueva poesía de Juan Ramón: «Canciones de la Florida», «Espacio» y «Romances de Coral Gable». A partir de 1942, cuando el matrimonio se trasladó a Washington, continúa la avenencia con el espacio. De nuevo, los títulos de los poemas son de los lugares donde viven: «Una colina meridiana» es la traducción al español de «Meridian Hill», nombre del área de Washington donde está situado el hotel Dorchester House en el que arrendaban un piso. Esa área aún se llama así porque corresponde al círculo o meridiano que divide al globo terrestre en dos partes. El título: «Del bajo Takoma» corresponde a un área en Maryland con un bello sanatorio donde pasaba el poeta temporadas. «Los olmos de Riverdale», así llamados, bordeaban su residencia en el pueblo de ese nombre; «Canciones de Queensbury» lleva el nombre de

la calle donde estaba su casa y «Cementerio de Arlington», lugar donde entierran a los héroes de la nación y es un área cercana al lado de Washington. Pertenece al estado de Virginia que, como Maryland, colinda con la capital.

Si en la Florida Juan Ramón escribió «Espacio», la noche oscura del alma de su vía místico-poética, en Maryland halló la inspiración para *Animal de fondo*, el poema de la trascendencia que cerró con broche de oro su producción poética. Y eso se lo dijo bien temprano Juan Ramón a la joven española Ángela Figuera, en carta de Riverdale del 17 de octubre de 1949. No fue en el mar, fue en Riverdale, en el lugar de su residencia donde ocurrió la sinestesia que le hizo darse cuenta que hay otro modo de ser, o sentir, que el físico.

La sinestesia ha sido un recurso muy usado en la poesía moderna, pero en el caso de Juan Ramón él habla de una experiencia personal, reconocida por la medicina y que muchos grandes personajes la han experimentado desde la antigüedad. En nuestro caso, no tenemos más que atenernos a la definición de un *Pequeño Larousse*: «Sinestesia»: asociación espontánea entre sensaciones de naturaleza distinta, pero que parecen determinarse por ellas mismas. Y eso es lo que le dice Juan Ramón a la mencionada Ángela Figuera. Cito: «Querida amiga: dios estaba en mí, con inmanencia segura, desde que tuve uso de razón; pero yo no lo *sentía* con mis sentidos espirituales y corporales que son, naturalmente, los mismos. De pronto, el año pasado, gran año para mí, al poner el pie en el estribo del coche, aquí en Riverdale, camino de New York, camino de la Argentina, lo *sentí*, es decir, lo vi, lo oí, lo gusté, lo toqué. Y lo dije, lo cante en el verso que él me dicto. Eso es todo»⁸. Aunque en esa carta ese dios está escrito con minúscula, aparece con mayúscula y de manera muy explícita en el segundo poema de *Animal de fondo* titulado: «El nombre conseguido de los nombres». Cito la estrofa: «El dios que es siempre al fin, / el dios creado y recreado y recreado / por gracia y sin esfuerzo / El Dios, el nombre conseguido de los nombres»⁹.

⁸ Juan Ramón JIMÉNEZ, *Selección de cartas (1899-1950)*. Prólogo: Francisco Garfías. Ediciones Picazo, Barcelona, 1973, pp. 226-227.

⁹ Juan Ramón JIMÉNEZ, *Animal de Fondo*. Con la versión francesa por Lysandro Z. D. Galtier. Editorial Pleamar, Buenos Aires, 1949, p. 14.

En *Animal de fondo* no hay paisaje, todos los elementos son cósmicos y se implica una trascendencia del ser a otro ámbito. Lo importante es que en esta obra termina la vía poética de Juan Ramón que se había convertido en una búsqueda de trascendencia a través de su ámbito. La única poesía que Juan Ramón escribió después de *Animal de fondo*, residiendo en Puerto Rico en 1952, y enferma su querida Zenobia, el conmovido poeta le canto en los poemas «De ríos que se van»¹⁰ y esos ríos son los simbólicos de Jorge Manrique, de sus coplas del siglo XV por la muerte de su padre, nada tienen que ver con el paisaje.

Sin la poesía de los Estados Unidos, Juan Ramón no hubiera sido un candidato para el Nobel de 1956. Si su gran obra poética hubiera terminado en 1936 no hubiera tenido la grandeza que adquirió en el espacio de ese continente.

Y ¿que hacía Zenobia mientras Juan Ramón escribía su poesía?

En diciembre de 1941, los Estados Unidos se declararon en guerra, incorporándose a la Guerra Mundial que estalló en 1939. Estando Zenobia y Juan Ramón en la Florida se enteraron de un programa de buena voluntad ofrecido por la Oficina del Coordinador de Asuntos Americanos, en el que se hablaría de la cultura hispanoamericana incluyendo la literatura. Juan Ramón quiso participar y con tal propósito hicieron un viaje a Washington; pero no se logró nada porque las charlas tenían que ser sometidas a la censura, que se reservaba el derecho de omitir o corregir cualquier parte que consideraran no apropiada y como los censores no eran especialistas en literatura, podían alterar el significado de su charla. Aun así, las oportunidades de empleo en Washington eran muchas y Zenobia, bilingüe, debió haber pensado que ella también podría servir al país en alguna capacidad y así sucedió.

Declarada la guerra se impuso el reclutamiento militar de los varones al cumplir los 18 años de edad, fecha en que los estudiantes empiezan su carrera universitaria. Como tenían que ser entrenados antes de ir al frente y en Maryland había muchos fuertes militares, designaron a esa Universidad como escuela de verano, donde los soldados

¹⁰ En Juan Ramón Jiménez, *Lírica de una Altántida*, pp. 361-394.

universitarios pudieran continuar sus interrumpidos estudios. Para ese programa se necesitaba personal, los profesores regulares estaban de vacaciones o sirviéndole al gobierno en asuntos de guerra. Ya sea por referencia, o porque Zenobia solicitó, en 1943 la nombraron conferenciante del mencionado programa para hablar de cultura española. Ella estaba calificada para dar conferencias, aunque no tuviera un diploma universitario. Había publicado en inglés en prestigiosas revistas de los Estados Unidos como *St. Nicholas*, *The Craftsman*, *Vogue*; había vertido del inglés al español la obra entera de Rabindranah Tagore y traducido cuentos de niños del inglés para la conocida Casa Calleja.

Zenobia desempeñó con excelencia su cargo de conferenciante sobre cultura española y el Director de la Facultad de Lenguas y Literaturas Extranjeras de la Universidad de Maryland la invitó a ser miembro de dicha Facultad, empezando en el curso académico de 1944-1945. Ella aceptó porque le convenía el sueldo y podía matricularse en los cursos universitarios que le faltaban o convalidarlos por su trabajo académico. Le asignaron clases de cultura y civilización española, de introducción a esa literatura y de conversación. Juan Ramón suplía por Zenobia cuando algún malestar la retenía en la casa y finalmente le ofrecieron a él un puesto en la misma Facultad para dar cursos avanzados de literatura hispana.

Zenobia enseñaba tres días a la semana y él un día, con lo que le quedaba a ella mucho tiempo para ir a Washington a visitar a muchísimas amistades de su agrado, casi todas norteamericanas; a asistir a almuerzos, té, reuniones y actos culturales en los mejores sitios. Debido a su linaje, sus amistades eran personas ricas, de la alta clase y distinguidas. Aunque Juan Ramón no salía tanto como ella, lo procuraban los diplomáticos de los países hispanoamericanos y los profesores y alumnos de las universidades cercanas. El privilegiado poeta no asistía a reuniones de la facultad, ni trabajaba en comités como los demás; pero él y su mujer invitaban a todo el mundo a su casa si necesitaban consultarles. A la casa de Riverdale iban profesores a pedir libros prestados, recomendaciones, contactar con otros escritores y también iban estudiantes de otras lenguas, a discutir asuntos literarios. Podían comunicarse con él en francés, porque él y Zenobia hablaban esa

lengua y en inglés porque Zenobia era una traductora de primera categoría e iba al grano.

Zenobia y Juan Ramón sirvieron bien a la Universidad de Maryland. Llevaban conferenciantes gratis, escritores, artistas y especialistas que residían o pasaban por Washington; eran consejeros del Club de Español y daban recibos y té en su apartamento de Washington a los soldados del programa mencionado, y a los alumnos y profesores de dicha universidad.

Yo conocí a Zenobia y Juan Ramón en 1947, al empezar el estudio para el Doctorado en Filosofía y Letras. Descubrimos que, aunque en diferentes pueblos vivíamos cerca, se podía ir caminando a su casa en Riverdale. Me matriculé en todos los cursos que dio el poeta. No todos los profesores habían regresado de la guerra y nos permitieron coger cursos con profesores eminentes de universidades de Washington, a quienes yo no podía consultar en sus horas de oficina, por lo que Juan Ramón me invitó a ir a su casa a ayudarme con esos cursos y se convirtió en mi mentor. Nuestros días libres coincidían y allí iba yo, libreta en mano, todas las semanas y en los veranos, cuando no estaban ellos fuera de vacaciones, casi todas las tardes. Zenobia me instaba a ir, porque entonces Juan Ramón no se quedaba sólo cuando ella salía e iba a Washington a encontrarse con sus amistades. Algunas veces me llevaban a actos culturales. En su casa, además de las lecciones de literatura, Juan Ramón me hablaba de su vida y sobre todo de Moguer y yo lo escribía en mi libreta de apuntes literarios. Le pedí permiso para escribir sobre él mi tesis de doctorado y me lo concedió. Me hizo un bosquejo que se publicó en la mencionada *Selección de cartas* (pp. 274-275) advirtiéndome que me adheriera a hechos importantes y que nada de andar celebrándolo. De ese Juan Ramón, hombre bueno, ocurrente, sencillo, cariñoso, generoso, jamás me olvidaré. Me decía unas cosas preciosas de Zenobia, que se ausentaba enseguida que yo llegaba.

El año de 1950 a 1951 fue trágico para Zenobia, que hizo el Vía Crucis de todos los hospitales de Washington y Maryland porque Juan Ramón estaba en un grave estado de depresión. Un médico español exiliado y ejerciendo en el famoso hospital de Johns Hopkins de Baltimore les aconsejó consultar con un especialista

de su lengua exiliado en Puerto Rico. Allá fueron en diciembre de 1950, pero éste necesitaba ausentarse y tuvieron que regresar a Maryland. En un segundo viaje en 1951 encontraron al médico que buscaban, más amistades españolas y otros exiliados residentes en esa isla que se ocuparon de ellos.

A Zenobia le ofrecieron un puesto en la Universidad de Puerto Rico que desempeñó de 1951 a 1952; pero ya se le había declarado la enfermedad que le costaría la vida. Antes de marcharse a esa isla en 1951, el Director de la Facultad de Lenguas de la Universidad de Maryland le informó que podía seguir enseñando hasta que le tocara jubilarse. Es decir que sin un diploma universitario Zenobia se había ganado plaza de profesora en esa Universidad y ése fue su máximo logro cultural. De conseguir trabajo permanente en la Universidad de Puerto Rico, tendría que retirarse pronto, en mayo de 1953. El 22 de diciembre de 1951, Zenobia sufrió una hemorragia en Puerto Rico, le aconsejaron verse con un experto oncólogo del Massachusetts General Hospital. Se fue el 24 de diciembre, la operaron de cáncer el 31 y regresó a Puerto Rico el 1 de febrero de 1952.

En 1952 Juan Ramón mejoraba y ella empeoraba. Arrendaron la casa de Riverdale y a Juan Ramón le ofrecieron un puesto en la Universidad de Puerto Rico donde el Rector, Don Jaime Benítez, había acogido con entusiasmo a la pareja. Juan Ramón fue nombrado Poeta en Residencia.

Resuelto el problema económico se quedaron gustosos en esa isla. Además, el Canciller Jaime Benítez se portaba muy bien con ellos y hasta puso a su disposición una sala de dicha Universidad para todos los libros y papeles, instalándoles una biblioteca. Este sitio habría de convertirse en la famosa Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez.

En 1954 Juan Ramón recayó y fue hospitalizado; mejoró en 1955 y Zenobia empeoró.

En su diario del 31 de mayo de 1955 dice Zenobia: «Pienso más y más en la posibilidad de volver a Sevilla para terminar allá apaciblemente nuestros días; es en donde Juan Ramón tiene

más familiares cercanos y buenos amigos. He escrito hoy a Paco (Hernández-Pinzón) pidiéndole datos exactos para construir o desechar este plan. A J.R. ni una palabra por ahora»¹¹.

En julio de 1955 Zenobia volvió a Boston buscando alivio. No se pudo hacer nada por lastimada que estaba del tratamiento de los Rayos X al que tenía que someterse en Puerto Rico. El 2 de septiembre de ese mismo año volvió al hospital de Boston. Juan Ramón quiso acompañarla, pero ella lo tranquilizó diciéndole que su sobrino Paco (Hernández-Pinzón) iría a buscarlo a Puerto Rico para llevárselo a España si a ella le pasaba algo. Juan Ramón pareció conformarse. El 20 de septiembre Zenobia regresó a Puerto Rico desahuciada. A su regreso, llegó Hernández-Pinzón para cuidar a su tío y a ella la recluyeron en la clínica Mimiya de esa vecindad.

Y ahora diré por qué caminos llegamos a proponer a Juan Ramón en la Universidad de Maryland para el Nobel de 1956.

En 1951, al marcharse Juan Ramón y Zenobia y permanecer en Puerto Rico, yo me quedé sin su ayuda para completar la disertación sobre su vida y su obra. De todos modos, obtuve el doctorado en 1952. La disertación tenía que convertirse en un libro publicado por una editorial prestigiosa, de lo contrario no podía aspirar a una cátedra.

En 1955 y 1956 pude ir a Puerto Rico a completar mis investigaciones sobre la biografía de Juan Ramón, y Zenobia puso a mi disposición todo el archivo y libros de su sala en esa Universidad. Según yo escribía le pasaba a ella lo escrito, pidiendo su opinión que como una buena maestra me la daba. A veces ella estaba de cama y Juan Ramón completamente deprimido se pasaba el día sentado en un cuarto semi oscuro y esa admirable mujer dejaba su cama, se iba a dónde su marido y le leía mis páginas para que él las corrigiera si era necesario. Las correcciones tenían que ver con insuficiente información histórica y frases mal usadas. Al otro día, temprano por la mañana, yo pasaba a verla y comentábamos «mis disparates».

¹¹ Zenobia CAMPRUBÍ. *Diario 3. Puerto Rico (1955-1956)*, Graciela Palau de Nemes (ed.), Alianza Editorial/La Editorial Universidad de Puerto Rico, 2006, p. 97, nota 43. Ver también pp. 9-10 y p. 17, nota 1.

Aún guardo sus correcciones, mayormente de frases mal usadas, porque yo vivía, desde hacía muchos años, en inglés.

En mis investigaciones encontré una importante carta del hispanista, profesor y escritor sueco Arne Häggquist a Zenobia, en la que le agradecía el envío de fotos de Juan Ramón y de un ejemplar de *Animal de fondo*. En esa carta, sin fecha, pero con matasellos de noviembre 18 de 1955, el hispanista sueco decía cosas de sumo interés. Las menciono:

1. Que el español era una lengua poco conocida en Suecia y que lo mismo sucedía con la literatura española.
 2. Que a los interesados en dicha literatura les era imposible encontrar los libros que buscaban.
 3. Le preguntaba a Zenobia donde podía comprar *Españoles de tres mundos* y no sabía si había otras obras de Juan Ramón en prosa o dónde se podrían conseguir.
 4. Decía además, que él estaba traduciendo *Platero y yo* al sueco y que otro académico llamado Hjalmar Gulberg había traducido como quince poemas de Juan Ramón que se iban a publicar con un ensayo en una revista literaria sueca.
- El golpe de gracia, en este caso, fue para mi saber que Juan Ramón había sido considerado para el premio Nobel más de una vez y no lo había ganado.

Al comentar esta carta con Zenobia le propuse buscar el apoyo de la Universidad de Maryland para pedir el Nobel para Juan Ramón y ella me recomendó que le escribiera a Donald Fogelquist, profesor y amigo de ellos que los había visitado en Puerto Rico recientemente y se estaba ocupando del asunto.

Al principio de su carrera académica, de 1941 a 1942, este profesor ejercía en la Universidad de Miami y allí conoció a Juan Ramón y a Zenobia. En 1954, ejerciendo en la Universidad de California, fue a Puerto Rico con la intención de escribir una biografía del poeta, pero no pudo porque Juan Ramón estaba enfermo. En su lugar, publicó la correspondencia de éste con Darío proporcionándoles a los Jiménez copias de ella porque le habían regalado los originales a la Biblioteca del Congreso.

En 1955, al regresar yo a la Universidad de Maryland le sugerí al Director, Dr. Zucker, que propusiéramos a Juan Ramón para el Nobel a lo que todos asintieron con gran entusiasmo. Como me indicó Zenobia, me comuniqué por carta con el Dr. Fogelquist ofreciéndole nuestro apoyo o solicitándolo, según el caso. No conociendo las reglas del Nobel, las pedimos a Suecia. Todo esto se hizo el 27 de septiembre de 1955.

Nuestras misivas se quedaron sin respuesta hasta principio de enero de 1956; pero ya habíamos hecho todas las diligencias para la propuesta, con la ayuda del Director del Salón Hispánico de la Biblioteca del Congreso, el Dr. Francisco Aguilera, buen amigo de Juan Ramón y Zenobia que iban allí a menudo.

Recibimos los estatutos del Nobel en los primeros días de enero de 1956, lo que apenas dejaba tiempo para cumplir con la fecha límite de las propuestas, el 1 de febrero. El Dr. Fogelquist contestó a nuestra carta del septiembre pasado, el 9 de enero de 1956, acabando él de recibir los estatutos, como nosotros. La información que él nos daba era mínima: que un profesor podía proponer a un candidato de literatura y que la fecha límite era febrero 1, lo que ya sabíamos. Nos deseaba buena suerte. Era obvio que el Dr. Fogelquist como nosotros, desconocía las reglas, y que no podía, en tan poco tiempo, sin los recursos nuestros, preparar una propuesta y apoyarla con todo el material a nuestra disposición. Aún así, en un par de artículos publicados en español en revistas literarias nos desmintió y se jactó de su participación y la de *otras universidades* de los Estados Unidos de lo que no hay prueba alguna¹². Medio siglo después, Alfonso Alegre fue justo al darnos el debido crédito en la crónica del Premio Nobel, a base de la documentación que pudimos proporcionarle, que no encontró en sus investigaciones, lo que no nos extraña. Es lógico pensar que los académicos hispanistas deben de haberse servido de ellos. La Fundación Nobel requiere que se mande evidencia a favor de la propuesta, lo que cumplimos al máximo.

¹² Emilia CORTÉS ha aclarado este asunto en el «Apéndice. Algunas precisiones en torno del Nobel» de su edición de las cartas Zenobia Camprubí / Graciela Palau de Nemes, *Epistolario 1948-1956*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 2009, pp. 257-271.

Sabemos que los documentos, libros, reseñas, traducciones, etc. que les enviamos no se podían conseguir en Suecia, como le decía el académico Häggquist a Zenobia en la ya comentada carta que yo leí durante mis investigaciones.

En cuanto a la propuesta quiero mencionar los estatutos más importantes de la Fundación Nobel:

1. Una persona competente en la rama del saber del recomendado puede proponerlo para el premio.
2. Sólo se considerarán las propuestas sometidas durante los doce meses que anteceden al 1 de febrero.
3. La propuesta debe estar acompañada de evidencia que justifique el premio (es decir, escritos y documentos que lo apoyen) y en los lenguajes que se citan: escandinavos, inglés, francés, alemán y latín.

De todos estos requisitos, el tercero nos había de dar más trabajo: los escritos y documentos que necesitábamos se hallaban en Puerto Rico, en la sala-biblioteca de la pareja y Zenobia estaba enferma. No podíamos pedirlos directamente a esa Universidad, que nada sabía de nuestra propuesta y estaban proponiendo a Menéndez Pidal. De todos modos, le escribimos a Zenobia que con la ayuda de su fiel amiga Inés Muñoz, de los Estados Unidos, que se hallaba visitándola en Puerto Rico, nos envió todo lo que necesitábamos y enseguida: copias fotostáticas de documentos y de las cubiertas de traducciones de la obra de Juan Ramón en inglés y otras lenguas; artículos y, sobre todo, ejemplares de sus libros que no hubiéramos podido conseguir en el poco tiempo que nos quedaba.

Lo único que nos faltaba era escoger un libro de Juan Ramón de tendencia idealista, escrito al año anterior o recientemente, y de no serlo, uno cuyo significado hubiera pasado desapercibido hasta recientemente.

El último libro de Juan Ramón, *Animal de fondo*, publicado en 1949, fue controversial. Muy pocos lo entendieron. Federico de Onís, gran crítico de la poesía española en los Estados Unidos, pensó que Juan Ramón no andaba bien de la cabeza, atribuyéndoselo a su enfermedad. Lo mismo creyó Zenobia. A mí él me lo regaló y

no entendí palabra. Y allí fue Troya. ¿Qué libro íbamos a escoger? Consultamos con el Dr. Aguilera de la Biblioteca del Congreso y él nos dijo que acababan de escoger a *Platero y yo* en competencia con el *Quijote* y otras grandes obras en español, para grabarlo y distribuirlo en las bibliotecas para ciegos de todos los Estados Unidos, sus posesiones y territorios. Además, nos dio publicaciones de dicha biblioteca en las que constaba este hecho. Por ley, esta institución no puede respaldar a ningún candidato para un premio. El resto lo aportamos nosotros: portadas de *Platero*, traducidas a otras lenguas, prueba de que en los países de habla española se usaba como texto escolar y aún en los Estados Unidos, que ha sido la inspiración de obras de arte y que además de su perfección literaria, se distinguía por su sentimiento de humanidad y amor a los humildes, a los menos afortunados seres de la creación, ya sean hombres, animales, insectos o una hoja de hierba.

El Dr. Zucker, director del Departamento de Lenguas, suspendió todas las actividades de esa oficina para preparar la propuesta y pidió a la Oficina de Correos de la Universidad mantenerse abierta hasta que llegara nuestro envío para Suecia.

Ahora volvamos al principio, a hablar de los últimos días de Zenobia y el Nobel. El domingo 21 de octubre de 1956, estando Zenobia grave, llegó un periodista sueco a su cuarto de enferma del hospital de Puerto Rico, queriendo entrevistar a Juan Ramón, por considerarlo un fuerte candidato para el Nobel. Juan Ramón se negó. Las amigas que siempre acompañaban a Zenobia hablaron al periodista de su gravedad, de lo que ella fue para su marido y lo que merecía saber, antes de morir, si él era el ganador del premio. Atendido el pedido en Suecia, autorizaron decírselo por adelantado a Zenobia y guardar el secreto hasta el día del anuncio oficial, el 25 de octubre de 1956.

Dos o tres días antes, recibimos en la Universidad de Maryland un telegrama de Jaime Benítez, de la Universidad de Puerto Rico, requiriendo mi presencia el 26 de octubre. Yo comparecí. El avión llegó a Puerto Rico de madrugada, a las 6:00 de la mañana. Me recibió Connie Salva la asistente del canciller Benítez y me llevó directamente al hospital porque Zenobia quería verme. Todo estaba a media luz. Entré a su cuarto, me tendió los brazos, se

los cogí, balbució algo que no pude entender, le brillaron los ojos, yo dije cualquier tontería y semi sonrió. Por suerte, Connie entró enseguida diciendo que teníamos que asistir a una celebración del Nobel en el teatro de esa Universidad por la mañana. Así fue. Y yo leí la propuesta que enviamos a Suecia solicitando el Nobel para Juan Ramón.

Al mediodía, Connie me dijo que tenía que ir al hospital porque Zenobia quería verme. Así lo hice y le llevé un simbólico botón de rosa amarillo envuelto en celofán con un bonito lazo amarillo. Me lo prepararon en la florería del hotel. Digo simbólico por el poema que le escribió Juan Ramón titulado “La flor tú”, y el amarillo era uno de los colores favoritos del poeta¹³.

Al llegar al hospital había unos hombres congregados al frente de la puerta esperando a que Juan Ramón volviera de almorzar e inconscientes de la presencia de la enferma.

La Zenobia de por la tarde era otra, alegre como antaño, sola ella en su cama, limpiecita, tranquila en un cuarto que parecía un jardín lleno de flores bellísimas que ocupaban más de la mitad del espacio. Al entrar me sonrió, me indicó que me sentara en la silla a su cabecera. Me dijo unas palabras de cariño, me pidió que le leyera los cables y telegramas que como columna subían en su mesita de noche. Completamente lúcida, nos reíamos cuando el mensaje procedía de uno de «los enemigos poetas», y me corregía si yo pronunciaba mal un apellido extranjero. No queriendo cansarla, me despedí al rato cuando aún Juan Ramón no había llegado. Le dije que tenía que ir a otro pueblo a visitar a una tía, pero que volvería el domingo directamente al hospital. Así lo hice, pero su cuarto estaba vacío. Se había muerto esa tarde. Pasmada, le pregunté a la enfermera que cambiaba la cama que me dijera cómo, cuándo. Me contestó que el viernes por la tarde Zenobia pidió que la aseara, la cambiara, le pusiera una mañanita y le prendiera una flor amarilla que tenía en la mesita de noche en un celofán con un lazo amarillo. Me señaló: «Allí se quedó, en la perchera». ¿Cómo, si el cuarto

¹³ Juan Ramón JIMÉNEZ, “La flor tú”, *Canción*, Signo Editorial, Madrid, 1935, p. 133.

estaba vacío? Me di cuenta, me pareció que Zenobia me dejaba un mensaje.

A su muerte, en la sala de la Universidad de Puerto Rico que lleva su nombre y con Juan Ramón sentado a la cabecera del ataúd, puse una docena de capullos de rosa amarillos en un florero sobre un estante de libros al pie de su retrato y una tarjeta en nombre mío y de sus colegas, en la Universidad de Maryland. Alguien tomó una foto y Juan Ramón la escogió para ponerla en el frontispicio de la *Tercera Antología* en que ella tanto trabajó en Puerto Rico, estando enferma de muerte¹⁴. El libro apareció dedicado por Juan Ramón «A Zenobia de mi alma». Yo los llevo a los dos prendidos en la mía, como mi flor en la mañanita de Zenobia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALEGRE HEITZMANN, Alfonso (2008), *Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de un Premio Nobel*. Transcripción y notas de los telegramas y cartas de la segunda parte del libro: José Antonio Expósito. Residencia de Estudiantes, Madrid.

CAMPRUBÍ, Zenobia (2006), *Diario 2. Estados Unidos (1939-1950)*, Graciela Palau de Nemes (ed.), Alianza Editorial/La Editorial Universidad de Puerto Rico, 2ª ed.

----- (2006), *Diario 3. Puerto Rico (1955-1956)*, Graciela Palau de Nemes (ed.), Alianza Editorial/La Editorial Universidad de Puerto Rico.

CAMPRUBÍ, Zenobia / PALAU DE NEMES, Graciela (2009), *Epistolario 1948-1956*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

HERNÁNDEZ-PINZÓN JIMÉNEZ, Francisco (1996), «Zenobia en la trágica gloria del Premio Nobel», *Barcarola*, núm. 26-27, Albacete, febrero; y en *La Voz de Huelva*, Huelva, 25 octubre 1996.

JIMÉNEZ, Juan Ramón, (1935), “*La flor tú*”, *Canción*, Signo Editorial, Madrid.

¹⁴ Juan Ramón JIMÉNEZ, *Tercera Antología Poética (1898-1953)*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1957.

----- (1949), *Animal de Fondo*. Con la versión francesa por Lysandro Z. D. Galtier. Editorial Pleamar, Buenos Aires.

----- (1957), *Tercera Antología Poética (1898-1953)*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid.

----- (1973), *Selección de cartas (1899-1950)*. Prólogo: Francisco Garfias. Ediciones Picazo, Barcelona.

----- (1999), *Lírica de una Atlántida*, Edición de Alfonso Alegre Heitzmann, Galaxia Gutenberg, S.A., Barcelona.

----- (2008), «De piedra Puerto Rico, *Isla de la simpatía*», Edición de María de los Ángeles Sanz Manzano. La Editorial Universidad de Puerto Rico.

JULIÁ, Mercedes (2009), «Reflexiones sobre el exilio de Juan Ramón Jiménez. Hacia otra desnudez», en *Contra el olvido. El exilio español en Estados Unidos*. Editado por Sebastián Fabee y Cristina Martínez Carozo, Alcalá de Henares, España.



Anexo de imágenes



Institución Libre de Enseñanza. Martínez Campos, 14

LYCEUM
CLUB FEMENINO ESPAÑOL
INFANTAS, 31

CONFERENCIAS ORGANIZADAS POR LA SECCIÓN DE CIENCIAS

Mes de marzo

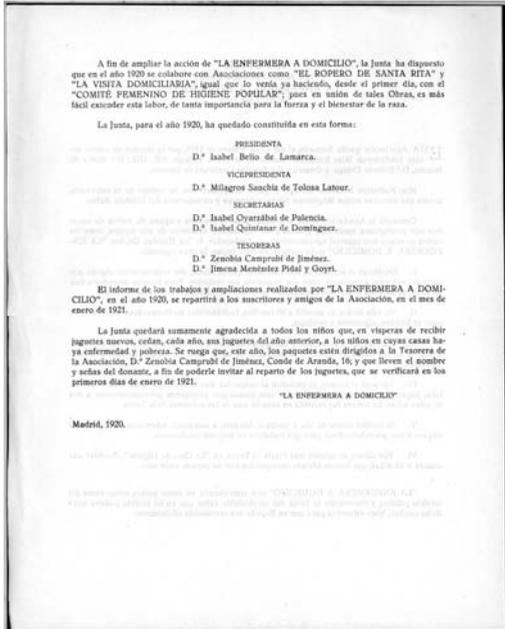
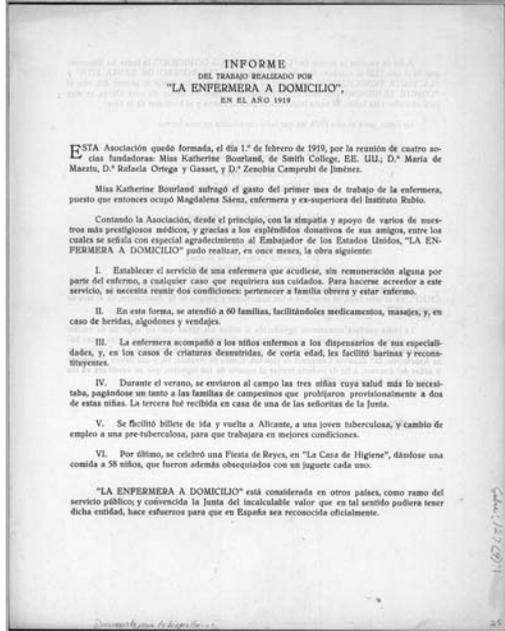
DÍA 9.—DON JULIO PALACIOS: DE DÓNDE SALE LA LUZ.
DÍA 16.—DON AMÉRICO CASTRO: QUEVEDO: UN ESCRITOR BARROCO
EN EL MADRID DE FELIPE IV.
DÍA 23.—DON BLAS CABRERA: EL MENTIR DE LAS ESTRELLAS.
DÍA 30.—DON ENRIQUE SUÑER: LA MISIÓN DE LA MUJER EN LA
PROTECCIÓN AL NIÑO.

LAS SEÑORAS ASOCIADAS PODRÁN DISPONER DE INVITACIONES
HASTA CUATRO DÍAS ANTES DE LA FECHA DE CADA CONFERENCIA

A LAS 7 DE LA TARDE

9/100

QABA
ZENOBIA
MUE PUEBLO



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES

JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS
É INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CURSOS DE VACACIONES
PARA EXTRANJEROS
(II AÑO)

MADRID, 1913

25 DE JUNIO Á 5 DE AGOSTO

JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS
É INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CURSO DE VACACIONES

MADRID, 1913

El segundo curso de vacaciones para extranjeros, organizado por la Junta para ampliación de estudios é investigaciones científicas, se dará en Madrid del 25 de Junio al 5 de Agosto de 1913, bajo la dirección del Profesor D. Ramón Menéndez Pidal.

Estos cursos se proponen principalmente ofrecer á los extranjeros que se dedican á la enseñanza del español ó que desean familiarizarse con nuestra lengua y literatura, la oportunidad de oír conferencias y hacer trabajos prácticos sobre los monumentos más interesantes de aquéllas. Al propio tiempo tienen por objeto facilitar el conocimiento del país mediante lecciones, excursiones y visitas á los Museos y Centros de cultura.

Los derechos de inscripción serán 50 pesetas, que se abonarán al entregar al interesado la tarjeta de matrícula.

Las excursiones se organizarán de acuerdo con los que hayan de tomar parte en ellas.

Un cierto número de los inscritos podrá alojarse en la Residencia de estudiantes, donde se darán las clases, á un precio de pensión completa que oscilará, según las habitaciones, entre cinco y ocho pesetas por día. En la Residencia encon-

trarán la ventaja de una pequeña biblioteca y la oportunidad para conversar y relacionarse con maestros y escolares españoles. Para pedir plaza deberán dirigirse al presidente de la casa, D. Alberto Jiménez (Fortuny, 14).

Las señoras podrán alojarse en el «Instituto internacional de señoritas», situado en lugar muy próximo a la Residencia, escribiendo para ello a la Secretaria (Fortuny, 21).

La correspondencia referente al curso de vacaciones, informes de hoteles, casas de huéspedes y familias, viajes, etc., deberá dirigirse al Secretario de la Junta para ampliación de estudios, Plaza de Bilbao, 6, Madrid.

PROGRAMA DEL CURSO

A. LITERATURA

El Cid en la Historia y en la leyenda; una conferencia, por D. Federico de Onís.

Juan Ruiz; una conferencia, por D. Américo Castro.

Los hermanos Valdés; una conferencia, por D. Federico de Onís.

Cervantes y la épica; una conferencia, por D. Ramón Menéndez Pidal.

Cervantes (segunda parte del *Quijote*); una conferencia, por D. José Ortega Gasset.

Influencia del Ariosto en Cervantes; una conferencia, por D. C. Ortega Mayor.

El teatro español del siglo XVII; una conferencia, por D. Jacinto Benavente.

El Alcalde de Zalamea, García del Castañar, Las mocedades del Cid; tres conferencias, por D. Victor Said Armesto.

Saavedra Fajardo; una conferencia, por D. Américo Castro.

Cronistas de Indias; tres conferencias, por D. Pedro González Magro.

Las novelas españolas contemporáneas de Pérez Galdós. Azorín. Baroja. Últimas novelas de la Condesa de Pardo Bazán.

La literatura periodística contemporánea; cinco conferencias, por D. Ramón M. Tenreiro.



Navellos, 14, Valencia, donde vivió Zenobia.
Archivo Emilia Cortés



La norteamericana Louise Grimm, amada «postal» de Juan
Ramón entre 1907 y 1913



Zenobia durante su estancia en Norteamérica



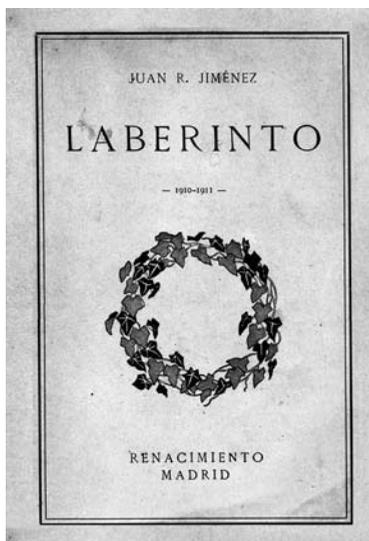
Juan Ramón hacia 1900, en una típica pose modernista que invita a la ensoñación amorosa



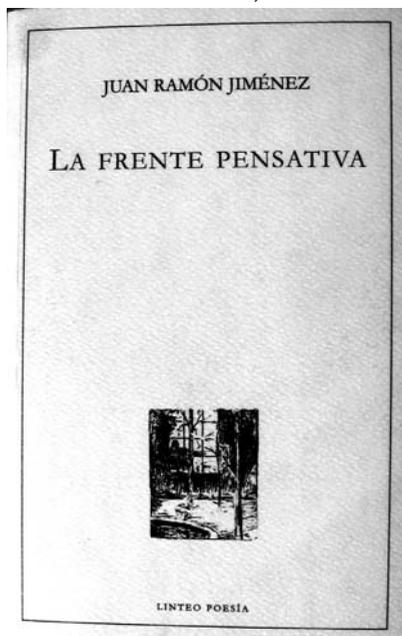
Juan Ramón hacia 1894, con el uniforme del colegio jesuita de San Luis Gonzaga, donde desarrolló su obsesión por el pecado carnal



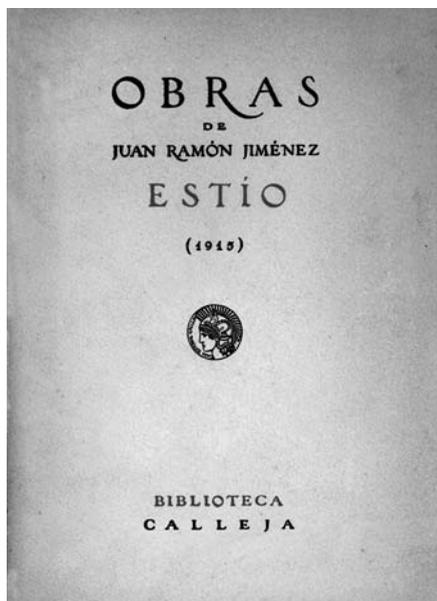
Blanca Hernández-Pinzón, la primera novia de Juan Ramón, cuando era niña en Moguer



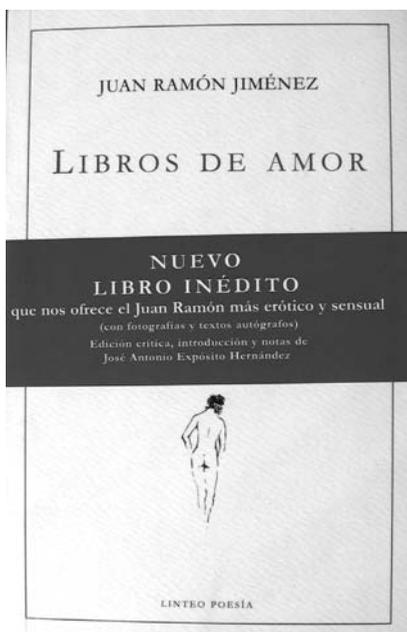
Cubierta de *Laberinto*, 1910-1911, de JRJ, Madrid, Renacimiento, 1913



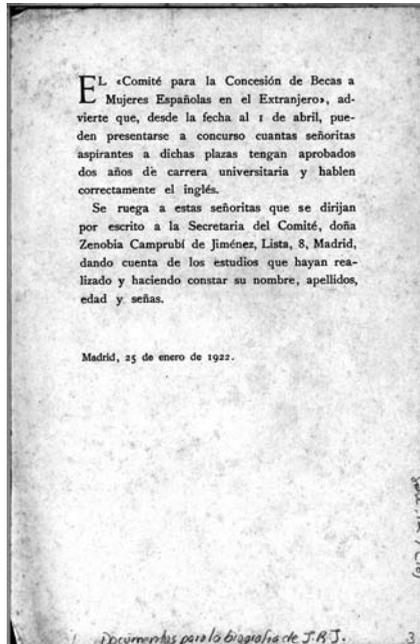
Cubierta de *La frente pensativa*, 1911-1912, (Libro inédito) de JRJ, Ourense, Linteo, 2009



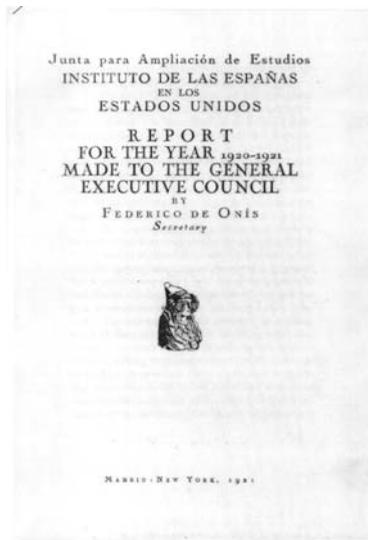
Cubierta de *Estío*, 1915, de JRJ, Madrid, Calleja, 1916

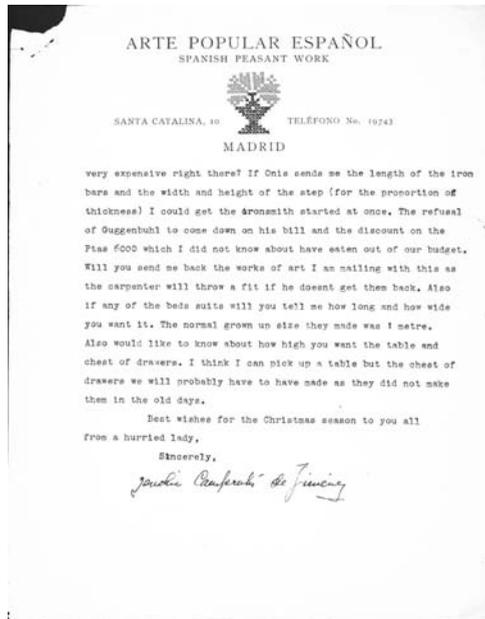
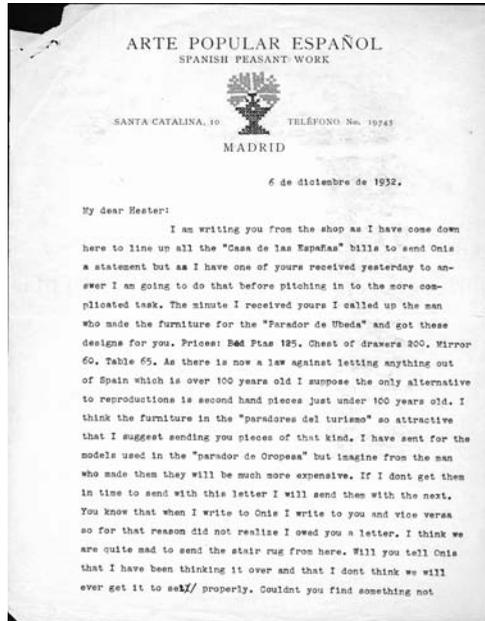


Cubierta de *Libros de amor*, 1911-1912, (Libro inédito) de JRJ, Ourense, Linteo, 2007



Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez. Sobre 127-10

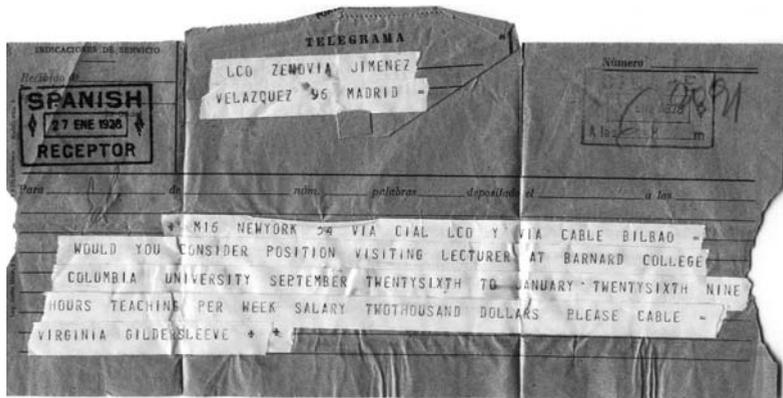




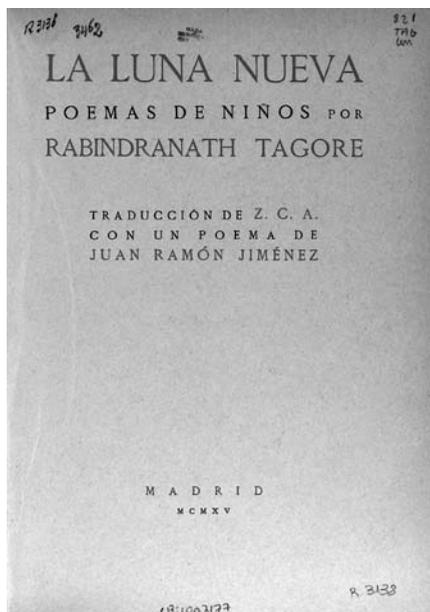
Carta de Zenobia en relación con la Casa de las Españas



Casa de las Españas, hoy. Universidad de Columbia, Nueva York.
Archivo Emilia Cortés



Oferta de trabajo de Barnard College a Zenobia. Archivo privado
Francisco Hernández-Pinzón



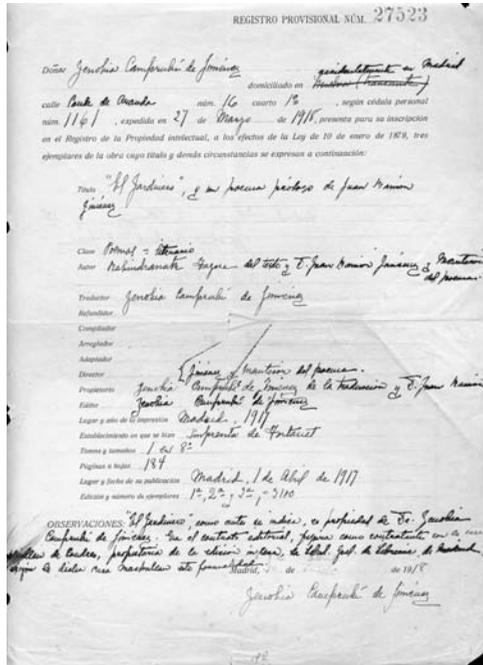
Geneva, Switzerland
April 5, 1921

Dear Madame Jiménez

I can not tell you how sorry I am to have to postpone my visit to Spain till a later date. Unfortunately I have come to Europe burdened with a case, and am not absolutely free about my movements owing to this. You will know what it is from the accompanying leaflet. It became urgently necessary for me ~~to~~ first to come to Switzerland for the purpose I have in mind— and if I had strictly followed my original programme my visit to your country would have been a hurried one— which would have disappointed me greatly, for the idea of Spain has such a deep attraction for my mind. I am looking forward to the time when I shall have the leisure to have a full enjoyment of my stay in your beautiful country and to be able to come into an intimate touch with the heart of Spain.

Very sincerely yours
Rabindranath Tagore

Carta de Tagore a Zenobia. Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez



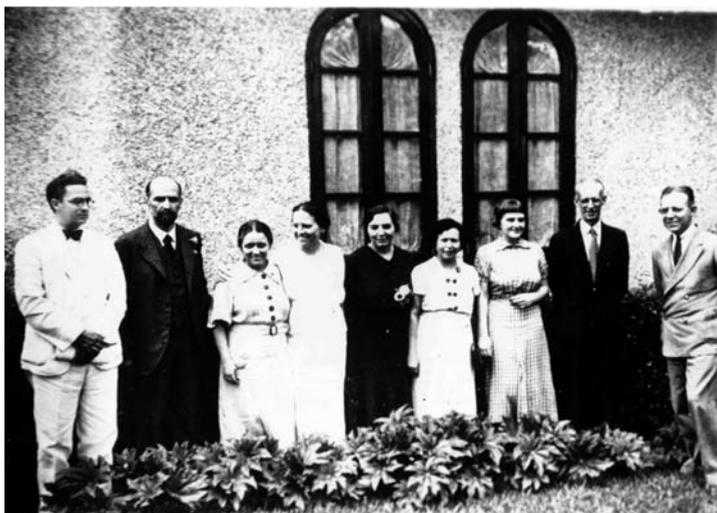
Propiedad intelectual de la traducción de la obra de Tagore.
 Archivo privado Francisco Hernández-Pinzón



Teatro de la Escuela Nueva en el Ritz. Jóvenes que representaron
El Rey y la Reina, de Rabindranath Tagore



Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí



De izquierda a derecha: Antonio S. Pedreira, JRJ, Carmen Gómez Tejera, Zenobia, Muna Lee, Concha Menéndez, Leontine Camprubí, Rafael W. Ramírez de Arellano y José Gueits. Río Piedras, octubre de 1936

Carta de Zenobia a las hermanas Lavedán, el 30 de mayo de 1939.

Me alegro mucho que llegasen bien...
 Compañeros y que quedasen. Me acordé de hacerles
 saber que yo me quedé en Cuba y me parece
 que esto es el que le estubo bien a Leonor. Yo me
 quedé en Cuba por el hecho de que los puntos
 no están precisos. En el momento en que
 llegó la carta de Leonor con los puntos de partida
 que fui a la ciudad y con la carta en una mano
 y la república en la otra, hice el punto
 que se acuerda de las hermanas y me sale
 lo mismo. Por relaciones de amistad de comuna
 se ve por fortuna. Tanto fue un momento
 de estar obviando especialmente. No hay
 que me quedé más que esto agraciado
 de por aquí - Miami o La Habana -
 pero se ha quedado en Cuba. Ayer fuimos
 a Lluvia de la Habana y toda la noche
 estábamos en la plaza, las pocas horas que
 se han abierto están abiertas lo todo

Carta de Zenobia a las hermanas Lavedán, el 30 de mayo de 1939



Zenobia y Juan Ramón en un homenaje a China celebrado en la Habana el 7 de julio de 1938. Les acompañan en el palco el cónsul general de España en La Habana, Jaime Montero y de Madrazo, y el ministro consejero de la embajada de España, Carlos Montilla (en primer término)



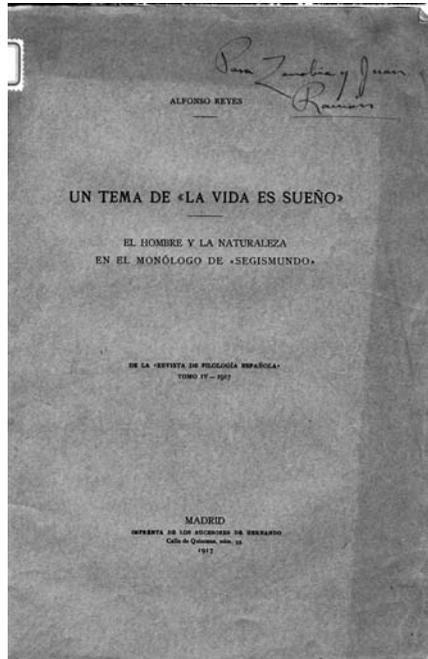
Juan Ramón con Zenobia y grupo de escolares cubanos en 1937





Zenobia y su cuñada Ethel Leaycraft

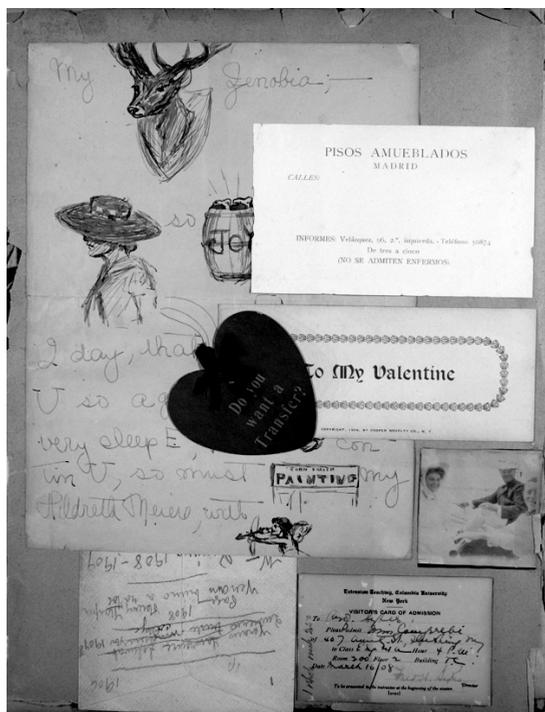
2	3
<p>Países para los cuales este pasaporte es válido Pays pour lesquels ce passeport est valable</p> <p><i>Marruecos, España, Francia y Tánger.</i></p> <p>Objeto del viaje — Objet du voyage <i>Perreo</i></p> <p>La validez de este pasaporte terminará, Ce passeport expirera</p> <p><i>al año fecha.</i></p> <p>à moins que sea renovado — à moins de renouvellement</p> <p>expedido en — délivré à MADRID</p> <p>fecha <i>12 Marzo 1932</i> date </p> <p>RENOVACIONES — RENEUVELLEMENTS</p> <p>1.^o 2.^o</p>	<p>Esposa - Femme</p>  <p>Firma del Titular / Signature du Titulaire <i>Zenobia Camprubí</i> <i>de Jorrués</i> su esposa — Et de sa femme.</p>  <p>El Director general de Seguridad, P. D. El Secretario General.</p> <p><i>[Signature]</i></p>



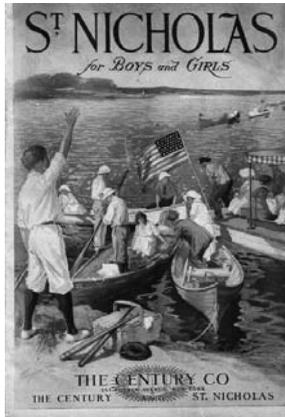
Zenobia, bebé



Sala de Zenobia. Casa-Museo Zenobia-Juan Ramón Jiménez



"Álbum de Recuerdos" de Zenobia



Casa Museo Zenobia-
Juan Ramón Jiménez de
Moguer, signatura: 330

Zenobia Camprubí Aymer
fuentes buenas de mi poesía
Mi mujer
(1913), soñada, en El Escorial

Vidas paralelas

Liverpool - R. G. G.
 Sanika - Valenciu.
 Duxter - Berlin.
 Ota - L. W. M.
 Ch. M. - Pasadena.
 Puerto de Sta. Maria: August
 M. G. - G. M.
 Madrid - Washington.
 Paris - ~~London~~
 Liverpool - ~~London~~
 M. G. - ~~London~~
 New York - New York.
 The City - Mexico
 Sanika - Sanika
 La R. C. G.
 M. G. - M. G.
 G. M. - G. M.

Autógrafos 38

Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez de Puerto Rico, signatura: Autógrafos, 38, 2



Jaime Benítez recoge el Premio Nobel



Retrato de Zenobia por Sorolla

Con la colaboración en el curso de:

